

El mal de pensar

y otros ensayos

Domingo Miliani



compilador Rafael A. Rivas D.



PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO

El mal de pensar

y otros ensayos

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
Autoridades Universitarias

•*Rector*

Léster Rodríguez Herrera

•*Vicerrector Académico*

Humberto Ruiz Calderón

•*Vicerrector Administrativo*

Mario Bonucci Rossini

•*Secretaria*

Nancy Rivas de Prado

PUBLICACIONES
VICERRECTORADO
ACADÉMICO

•*Director*

Humberto Ruiz Calderón

•*Cordinación editorial*

Luis Ricardo Dávila

•*Asistencia editorial*

Yelliza A. García A.

•*Consejo editorial*

Tomás Bandes

Asdrúbal Baptista

Rafael Cartay

Mariano Nava

Stella Serrano

Gregory Zambrano

COLECCIÓN
Clásicos del pensamiento andino

Obras de Domingo Miliani

•*Responsable de la edición:*

Rafael Ángel Rivas Dugarte

Instituto de Investigaciones Literarias
Gonzalo Picón Febres

COLECCIÓN

Clásicos del pensamiento andino

Publicaciones

Vicerrectorado Académico

El mal de pensar y otros ensayos

Domingo Miliani

Primera edición, 2006

© Universidad de Los Andes

Vicerrectorado Académico

© Rafael Ángel Rivas Dugarte (compilador)

•*Concepto de colección*

Kataliñ Alava

•*Diseño gráfico*

Miguel Bustillo

•*Diseño de portada*

Yessica Soto

•*Impresión*

Editorial Venezolana C.A.

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito legal: lf20058004449

ISBN: 980-11-0931-9

Universidad de Los Andes

Av. 3 Independencia

Edificio Central del Rectorado

Mérida- Venezuela

publicacionesva@ula.ve

<http://viceacademico.ula.ve/publicacionesva>

Impreso en Venezuela

Printed in Venezuela

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
Autoridades Universitarias

- *Rector*
Mario Bonucci Rossini
- *Vicerrectora Académica*
Patricia Rosenzweig
- *Vicerrector Administrativo*
Manuel Aranguren Rincón
- *Secretario*
José María Andrés

PUBLICACIONES
VICERRECTORADO
ACADÉMICO

- *Dirección editorial*
Patricia Rosenzweig
- *Coordinación editorial*
Victor García
- *Coordinación del Consejo editorial*
Roberto Donoso
- *Consejo editorial*
Rosa Amelia Asuaje
Pedro Rivas
Rosalba Linares
Carlos Baptista
Tomasz Suárez Litvin
Ricardo Rafael Contreras
- *Producción editorial*
Yelliza García A.
- *Producción libro electrónico*
Miguel Rodríguez

Primera edición digital 2011

Hecho el depósito de ley

Universidad de Los Andes
Av. 3 Independencia
Edificio Central del Rectorado
Mérida, Venezuela
publicacionesva@ula.ve
publicacionesva@gmail.com
www2.ula.ve/publicacionesacademico

Los trabajos publicados en esta Colección han sido rigurosamente seleccionados y arbitrados por especialistas en las diferentes disciplinas

El mal de pensar

y otros ensayos

Domingo Miliani

Compilación, edición, notas e índice

Rafael Ángel Rivas Dugarte

Prólogo

Luis Javier Hernández



PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO

Domingo Miliani nació en Boconó (Edo. Trujillo) en 1934. Fue uno de los críticos literarios y latinoamericanista venezolano más destacado de fines del siglo XX y comienzos del XXI. Desde muy joven incurrió en la poesía, y más tarde en la narrativa y en el ensayo, género este último que manejó con soltura, sencillez y profundidad. Se graduó en el Pedagógico Nacional de profesor de Castellano, Literatura y Latín (1956). Realizó, estudios de postgrado en la Universidad Nacional Autónoma de México y recibió el título de doctor en Letras Latinoamericanas (1965). Ejerció labores docentes en la Escuela de Letras de la Universidad de Los Andes, donde al poco tiempo fue designado su director (1966). Allí fundó el Centro de Estudios Literarios “Gonzalo Pícion Febres”, instauró los Talleres de Creación Literaria, concibió e inició el proyecto del *Diccionario de la literatura venezolana*. En Caracas fundó y dirigió el CELARG (1974 y 1978). Fue director de Estudios e Investigaciones de la Biblioteca Nacional (1978); presidió la Fundación Museo de Ciencias (1991) y continuó su labor formadora en las más importantes universidades de Venezuela. En el 2000 fue designado embajador extraordinario y plenipotenciario en la República de Chile, cargo que ejerció hasta su muerte en el 2002. Entre sus libros más conocidos están: *Arturo Uslar Pietri, renovador del cuento venezolano* (1969); *Vida intelectual de Venezuela. Dos esquemas* (1971); *Prueba de fuego* (1973); *Tríptico venezolano. Narrativa, pensamiento y crítica* (1985); *País de lotófagos (ensayos, 1992)* y *Entre la historia y la intemperie* (1997).

El Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes ha decidido contribuir con la industria editorial de la ciudad y del país en general. Al insertarnos en este importante e indetenible movimiento, buscamos el afinamiento de nuestra política editorial. Uno de sus pasos es la creación de la *Colección Clásicos del Pensamiento Andino*. Su lanzamiento, a fines del 2004, ha dado lugar a la creación de un espacio que contempla la edición de obras destinadas a perdurar. Obras especialmente dirigidas a acendrar en todos los públicos, no sólo el universitario, el espíritu de una cultura y de una época de la que somos depositarios.

En el origen de todo rescate está, entonces, la intuición histórica, el instinto de conservación de cuanto hemos sido, la fijación en el futuro de unas imágenes que sólo evocan pasado. Adviértase que cuando el pasado entra en desuso es cuando más se despierta en las sociedades el deseo de recuperar su memoria concreta. Precisamente, vivimos en una época caracterizada por estos rasgos. De allí, lo que nos planteamos como reto editorial.

Para la Universidad de Los Andes, en general, y de manera muy particular para el Vicerrectorado Académico, es un verdadero honor emprender una iniciativa de esta naturaleza. A pesar de su carácter regional, esta universidad siempre ha sabido que el mejor progreso no es el que queda atado a los límites de nuestras montañas o de la “frontera acústica de las campanas parroquiales” sino aquel que trasciende las alturas de nuestra Sierra Nevada para instalarse en el mundo.

Y de esto trata esta nueva iniciativa. Rendir homenaje a nuestros más ilustres hombres de letras y pensamiento. De allí lo de clásico. Obras en su conjunto dignas de imitación permanente en el tiempo, modelo a transmitir a las generaciones futuras porque son fuente permanente de enseñanza. Obras que constituyen una suerte de itinerario del pensamiento andino. Escritores tan conspicuos como Julio César Salas (*fundador de nuevos saberes*) y Gonzalo Picón Febres (*iniciador de la crítica literaria moderna en Venezuela*); o pensadores con tanta raigambre venezolana como Alberto Adriani (*fundador de la hacienda pública nacional*), Mario Briceño Iragorry (*pensador de la hispanidad*), Mariano Picón Salas (*nuestro gran ensayista*), Tulio Febres Cordero (*el rapsoda de Mérida*), Domingo Miliani (*crítico literario*); o los tachirenses Samuel Darío Maldonado y Rafael Angarita Arvelo, son expresión de nuestras circunstancias y a su vez del compromiso para con las generaciones futuras de nuestra aventura existencial.

Todos fueron pensadores, educadores, críticos, ensayistas, pero, sobre todo, arduos defensores de nuestra civilidad, de la paz social que a ellos mismos les tocó vivir. Acérrimos críticos del militarismo caudillista, de sus páginas brotan notas de pensamiento y de progreso que hemos querido poner a la disposición de un vasto público para enseñarle que sólo nos superaremos en clima de democracia y de libertad. La universidad debe ser siempre el ámbito posible para la discusión del pensamiento plural y crítico y, hasta cierto punto, para la difusión de un pensamiento impertinente y travieso sobre la sociedad y el mundo.

Hay prosas y pensamientos que irremediamente se oxidan con el tiempo o, lo que es peor, con el poco uso. Hemos de prevenir que no ocurra así con nuestros clásicos. Acaso por salud estética y mental, para que no nos deje encorvados la historia, cada generación necesita hacer su propia antología. Valgan los autores seleccionados como necesidad de nuestra propia escogencia.

En la prisa de estos tiempos los hombres requieren saber de muchas cosas; pero necesitan saber, igualmente, quienes fueron, cómo produjeron, sobre qué indagaron nuestros ancestros intelectuales. Este es, pues, el móvil que anima la colección que hoy iniciamos y para cuya continuidad solicito el más decidido apoyo del lector.

Y esto es válido con mayor énfasis en esta era de lo virtual, cuando se afianza particular y paradójicamente la idea de que el libro no morirá nunca, a pesar de las amenazas que se ciernen sobre la palabra impresa. Añadiríamos que, por el contrario, el destino del libro es extender su ámbito, aumentando de manera importante los índices y hábitos de lectura inteligente.

Clásicos del Pensamiento Andino es también una edición dedicada a los bibliófilos. Sabemos que la bibliofilia ha sido siempre el refugio del libro como voluntad de permanencia. Y si nuestro esfuerzo editorial contribuye a esta idea, cualesquiera que sean las circunstancias, nunca llegarán a poner en peligro la existencia generalizada de la palabra sobre papel. Por el contrario, colecciones y obras como las presentadas siempre quedarán como un testimonio salvador de un pasado que nos honra y nos constituye, de una cultura que no se desvanece por más adversas que sean las condiciones. Editar a los grandes de nuestra historia intelectual, es editar para los bibliófilos e investigadores, es convidar a las generaciones futuras al esfuerzo de comprender. Así enseñaremos a quienes vengan, a no renunciar al impulso de la creatividad mediante la escritura de obras bien hechas, de valor permanente. Las obras de esta colección serán la delicia de todos, lectores, investigadores y coleccionistas.

Humberto Ruiz Calderón
Vicerrector Académico

D O M I N G O M I L I A N I
E N L A R E I N V E N C I Ó N D E L A U T O P Í A

*Se tiende a devaluar la Utopía al usarla
como un calificativo despectivo para juzgar nuevos proyectos,
cuando éstos se dirigen a la enorme base social
marginada de la historia y de la riqueza.*

Domingo Miliani

Domingo Miliani en su escritura revisita tiempos y espacios desde la senda de la utopía latinoamericana, desde allí anda y desanda caminos siguiendo las huellas de los fundadores; Rodó, Ugarte, Vasconcelos, Briceño Iragorry, Picón Salas; son conciencias constantes que vuelven una y otra vez a ocupar la atención del Maestro en esa búsqueda de la identidad dentro de lo discontinuo. Pero caminos al fin que se encuentran en los vértices del compromiso del intelectual con la realidad circundante. Porque la escritura de Miliani es constante lucha contra el olvido y el desarraigo; es “voz inclemente” contra la falta de compromiso, por parte de los medios de comunicación, de una “política” para difundir el pasado nacional, que junto a un sistema educativo escindido de la realidad inmediata, son las grandes omisiones que conllevan a “borrar la memoria histórica”.

Para Domingo Miliani fue preocupación constante vivir en una sociedad que “ha cultivado el hábito del olvido. Se vive una cotidianidad desligada del ayer inmediato o levemente remoto”. En una sociedad de seres desarraigados, la memoria colectiva sufre de “amnesia”, se hace voluble con el paso del tiempo y fácilmente sustituible frente a los aforismos de la sociedad. Al existir un vacío de “conciencia histórica”, no hay reflexión sobre nuestro pasado. El ejercicio histórico se mantiene alejado de lo colectivo y sólo es un espacio para las “minorías cultas”, los ditirambos académicos que se sienten estremecidos por el desme-

dro de la categoría del “mestizaje” como ente unificador de una identidad que se escapa de los formatos históricos y se hace eco en las conciencias anestesiadas: “resbaladizas identidades nacionales bastante desleídas”.

Es la ejecutoria de una “pedagogía del olvido” que hace fértil los surcos del discurso político y su efecto alienante y manipulador. Sin historia ni cultura, somos seres condenados a la amnesia que “absuelve e indulta”. Seres del olvido emergen a manera de tabulas rasas que fortalecen las acciones de los políticos, que entre actos contritos y promesas de enmienda conjuran las subversiones y usufructúan el poder con más ahínco y encono. Y desde ese poder político se estimula la “enseñanza de la ignorancia” para “vender el no pensar”, estimular los silencios que se transforman en muecas irascibles, gestos que justifican una conducta aviesa. Por ello, Miliani propone el “mal de pensar” como el gran objetivo para no “deshacernos como sociedad”. Evitar que el intelectual sea un “analfabeta ilustrado” que sobreviva cuidando una parcela de su saber desde la “miopía epistemológica”.

De alguna manera, es el torcimiento de la vida del intelectual que debe recuperar las sendas para “repensar el país para rescatarlo del hundimiento colectivo”¹. “Repensarlo”, pensarlo, asumir el “mal” del pensamiento para reconstruir la memoria a través de un intelectual auténtico que “no puede permitirse el lujo temerario del pesimismo ni declarar la derrota sin haber luchado”². Y en esa lucha, el escritor “se piensa en la utopía”, por ello Miliani hace del nacionalismo romántico latinoamericano blasón para alentar conciencias y conminar a pensar:

En esa metáfora moral de la utopía americana, subyace todo un llamado a la investigación reflexiva que nos permita mirar al fu-

¹ Discurso de clausura al Primer Simposio de Literatura Trujillana, Trujillo, 1988.

² *Ibíd.*

turo, no como adivinos, sino como científicos capaces de gerenciar la utopía, una ‘gerencia del conocimiento superior’ para resolver nuestro drama social. El nuevo espacio de la utopía como proyecto y no como soberbia aislada socialmente está en la Universidad. En ello se juega la supervivencia de la institución misma, apremiada de cambios en el rumbo y la orientación³.

Frente a la desmemoria cotidiana y la “industria” de la ignorancia promovida por el sistema educativo, Miliani propone el “mal de pensar” como la construcción de una escritura que provea de la pasión por el entorno, y el compromiso de la palabra en la búsqueda de nuevos horizontes de significación. El pensar la cotidianidad; la labor de pensar un país como memoria “asociativa y colectiva” frente al “histrionismo” de los medios de comunicación. Nuestra cultura e historia frente al efecto globalizador, para que la historia no muera de mengua y olvido en su dolorosa escisión de lo colectivo. Es cultivar la cultura. Adosar la palabra en los laberintos de la desmemoria para ensayar formas del pensamiento liberador. Construir un rostro frente a las ausencias del pasado, y así vencer el “analfabetismo ilustrado”.

En este sentido, la escritura de Domingo Miliani se mueve entre *la Historia y la Intemperie*. Y parafrasear el título del libro de Domingo Miliani publicado por la Universidad de Los Andes en 1977, me ayuda a tipificar su obra entre los intentos por dilucidar una “nación” latinoamericana desde la historia de las ideas y la escritura que acude a la memoria cotidiana para definir la “región íntima” que se alimenta de la nostalgia. Es leer el rostro de las realidades mediante la armonía musical, al creer Miliani, que; “Leer es como cantar sin desafinar”.

³ Texto leído como Clase Magistral en la Universidad de Santiago de Chile, en la inauguración del Doctorado en Estudios Americanos el 26 de abril de 2001.

Y precisamente, a través de su obra, Domingo Miliani, fue un “lector impelente” que impulsó maneras de “mirar”; *pruebas de fuego* para lo escrito por otros y por él mismo en un enriquecedor diálogo que tuvo múltiples referentes, pero un reverencial respeto por los escritores; “¿Quien no ama la lectura cuando se encuentra con estos seres indelebles en su bondadosa pedagogía, más válida a veces que las rígidas órdenes del tener que leer para un examen?”, se preguntaba retóricamente para admirar a quienes han dejado huella en la historia de la literatura universal.

Son múltiples las alusiones de Miliani sobre su formación de lector que comenzó en el regazo del abuelo y se convirtió en el *modus vivendi* dentro de una vida académica que compartió con las “nostalgias” de la tierra y la historia familiar. En todo este periplo, la lectura fue alimento de alma y forma de vida, vivió leyendo para nutrirse, vivió leyendo en “voz alta” –como llamó a su escritura– para dar a conocer “su” Crítica literaria como juego de incertidumbres –que según él– no debía conducir a nada; pues, es mejor que los caminos no conduzcan a nada porque sino dejan de ser caminos para convertirse en destinos terriblemente ciertos.

Entonces, su propuesta literaria nos revela dos puntos coincidentes dentro de una prolífica obra. Dos regiones escudriñadas a través de la palabra. Dos regiones que andan tras la misma intención que parece desvanecerse a cada paso y reaparecer bajo diversas pieles y metáforas. Es la “memoria latinoamericana” desdibujada a través del sincretismo y la intemperie de la palabra. Es la palabra de la angustia por construir sobre bases ciertas, donde lo autobiográfico se hace asidero fundamental. Y desde allí, Domingo Miliani se convirtió en GUARDAGUJAS DE LA HISTORIA, como sugiere Picón Salas. Miliani fue a buscar las “memorias diluidas”; en los discursos del mestizaje. Quiso verle el alma a las ciudades porque se formó en una generación que se ejercitaba en la recitación de versos en “voz alta”, como si las declamaciones trajeran de nuevo a los autores a un diálogo fecundo entre los “enamorado de las palabras”.

En ese periplo, Miliani se transformó en lector de América y asumió la pasión latinoamericana como punto focal de sus textos; “La pasión latinoamericanista nos fue uniendo como hermanos alrededor de un maestro muy querido: Leopoldo Zea”, confesaba con denodado orgullo para ilustrar el entramado académico y personal que había contribuido a su formación intelectual. Desde Latinoamérica hasta la aldea de los afectos, construyó Domingo Miliani una obra literaria que parece “mirar” hacia dentro para demarcar un nuevo recorrido donde el dinamismo tiende a “revisitar” autores y tendencias desde los procesos culturales que enriquecen y se enriquecen en la substancia del discurso, ora subversivo, ora exaltador, ora nostálgico.

Para Miliani la crítica literaria, es decir, la lectura, fue la asunción de instantes. “Ese instante, cualquiera de ellos, –decía– no se repite en forma idéntica. Los puntos de vista cambian con la vida, con la lectura, con el estar haciendo y deshaciendo sobre la página”, así lo asume en el prólogo de *Prueba de fuego* para justificar, de alguna manera, la literatura y su correspondencia autonómica con el método para abordarla: “Hurgando teorías, encuentro que la obra puede ayudar en la inducción del método para abordarla. De acuerdo con lo que se procura investigar, varía la dimensión de cada instantánea”. De allí que la mayoría de los textos de Miliani son recopilaciones de artículos que quiso “reunirlos a título de inventario que, en todo caso, no es sino el ocio aplicado a corregir la dispersión”.

Miliani fue acucioso lector que buscó reflexionar la literatura desde los procesos culturales latinoamericanos. La crítica dentro de la cosmovisión signica-cultural que permita decantar las particularidades dentro de la universalidad, “más allá del inventario y la anécdota”.

Dibujado el perfil de los “nuevos tiempos”, Miliani intuye la escritura como lucha contra el olvido, donde la escritura es memoria transfigurada en disímiles acepciones que por su sincretismo constituyen la magia y maravilla de un continente predispuesto a la desmemoria.

Entonces, la historia se hace espejismo que nos deja titiritando de incertidumbres frente a la intemperie, la historia no es historia sino un simple decorado de portentos. Desnudos bajo la intemperie; Miliani, apuesta al destino del hombre como el verdadero reto a asumir por el pensamiento humanístico de nuestros días.

Esta concepción del pensamiento humanístico nos conduce a una posibilidad práctica dentro del discurso literario; “No podemos seguir siendo convidados de piedra de una historia esgrimida como arma de dominación”. Entonces, la disyuntiva que queda, reside en la construcción de otra historia que refleje la sensibilidad como principal estamento de estructuración.

Por ello, Domingo Miliani se proclamó “lector en voz alta”, con una óptica de análisis que se estableció en tres aspectos fundamentales; por una parte, a través de “asedios” que apuntan a una reconstrucción biográfica; “en casos de autores sobre quienes poco se conocía en tal sentido”. En otra dirección, acudió a la historia de las ideas, para indagar sobre el complejo y sincrético panorama latinoamericano que aún se desmadeja entre el “arado y la pluma” buscando su autenticidad. La otra óptica de análisis de Miliani, estuvo fundada en una semiótica de la cultura, desde donde juntó la confluencia signica de Latinoamérica para “abordar” la cultura como, memoria, sistema, comunicación. Las variadas dimensiones constructivas de su sistematicidad y los diferentes sistemas de comunicación intra e intercultural serán, pues, dos de los pilares a partir de los cuales, Miliani, establece una tipología de la cultura latinoamericana.

Para Domingo Miliani, entre la historia y la intemperie media un peligroso elemento: el olvido, una desnudez signada por el azar que desorienta. El azar acecha haciendo tambalear las certezas de la historia, una historia que nació de las entrañas mismas de la ficción con las Crónicas de Indias y que hace más inciertos los destinos. Esa historia tambaleante le ha dejado el camino abierto a la “peste del olvido” como lo afirma García Márquez.

Ante ese laberinto de la soledad latinoamericana, surge la literatura como la indumentaria utópica para cubrir nuestras intemperies. La literatura es el ejercicio regresivo, el encuentro con el ser en medio de la tierra circundante a la aldea cósmica de la nostalgia, es el único medio de aprehensión del espacio que nos queda.

Latinoamérica y el mundo siguen su rumbo, y la historia, parece no cambiar; hoy día pende con más fuerza sobre nosotros la “peste del olvido” en un continente de sustituciones y aplazamientos. La lucha continúa por no permitir que los Macondo o los Comala nos deglutan en olvido y soledad. En medio de los “laberintos de la soledad”, nos queda la lectura como conjuro mágico; la lectura en VOZ ALTA, una lectura VOCEO pregonando buenas nuevas; como profetizó Domingo Miliani al hallarle “Magia e ilusión a la lectura” y su funcionabilidad como reducto para luchar contra la soledad.

Y es que la vida de Domingo Miliani está asociada a la lectura, allí comenzó su mundo al lado del abuelo; hoy, él ocupa el lugar del viejo soñador al convertirse en un “abuelo literario” que conmina a leer a la luz de la vela de Bachelard, convocando “los sueños de la memoria”. Su obra es oasis para hallar calma y mesura en medio de las luces incandescentes de una sociedad que atropella el intelecto, agrede los cuerpos y mutila conciencias. En ese mar de incertidumbres, Miliani propone el libro como istmo para guarnecerse de la intemperie, aun cuando sea, en el reino de la utopía, y los lectores, Quijotes que luchan contra molinos de viento; esperanzado en la nueva simiente.

Y hoy, gracias a la iniciativa editorial de la Universidad de Los Andes que con este tomo inicia la publicación de las obras completas de Domingo Miliani, podemos volver a encontrarnos con el maestro de “sonreída sapiencia”; el intelectual extraordinario que hizo de su ejercicio literario un “oficio cotidiano”, donde la escritura transparenta el tono conversacional con que el Maestro animaba las tertulias que se diluían entre la academia y las anécdotas.

Es la oportunidad para que el *Alma mater* honre a quien enseñó en sus aulas y dejó “un poco de nostalgias entre sus muros de tan inquieto hacer intelectual”, y permita a las nuevas generaciones visitar la obra de Domingo Miliani para que encuentren inagotables navíos que ayuden a moverse entre la historia y la intemperie a través de la Voz de un lector incansable, intelectual comprometido desde la integridad académica y la verticalidad moral; porque: “Ya no lo podremos dejar con displicencia, una vez más, a las generaciones venideras. No hay más plazo para el advenimiento”

Es difundir un pensamiento caracterizado por la “autenticidad de una conducta”, para quien enseñar fue un “goce”. La voz que se metamorfoseó en cátedra, ensayo y tertulia.

Y en esas vueltas de hoja de la vida que sorprenden gratamente, hoy puedo volver a manifestar mi admiración por el Maestro que nos maravilló en las aulas; pero además, por el Amigo que me permitió compartir en los reinos de su mayor utopía, la casa paterna de Las Guayabitas.

Luis Javier Hernández Carmona
El Paraíso, octubre, 2005

El Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes ha tenido a bien incluir dentro de sus planes editoriales la publicación de las *Obras completas* del Dr. Domingo Miliani, ilustre intelectual boco-nés, quien fuera durante varios años Catedrático y Director de la Escuela de Letras de esa universidad. De esa manera, hace un reconocimiento a la destacada labor intelectual del docente, el escritor, el pensador, el crítico y el administrador cultural que tan importantes servicios prestara al país y quien, por la galanura de su estilo, su erudición y la profundidad de su pensamiento en el estudio de la historia, la literatura y la cultura venezolana y Latinoamérica, se constituye en continuador de la obra desarrollada por pensadores de la talla de Mario Briceño Iragorry y Mariano Picón Salas.

El Proyecto de las *Obras completas* del doctor Miliani, pensado en 21 volúmenes, recoge la totalidad de sus libros, ensayos, artículos, cuentos, poemas, trabajos inéditos, así como también una selección de su valioso epistolario, y para iniciarlas se optó por el volumen *El mal de pensar*. Los 21 ensayos que lo conforman fueron seleccionados por el propio autor pocos meses antes de su fallecimiento y corresponden a distintos períodos de su producción intelectual. Seis de ellos fueron escritos durante el período en el que representó a su país como Embajador Plenipotenciario en Chile, y el titulado “Cecilio Acosta: desde el Tercer Milenio”, redactado en Caracas entre marzo y abril de 2002. Este último es un ensayo epistolar con el que agradece al Rector, Dr. Ángel Lombardi, el Doctorado *Honoris Causa* que le otorgara la Universidad Católica “Cecilio Acosta” de Maracaibo.

De los trabajos que originalmente pensara el autor para integrar el volumen *El mal de pensar*, sólo nos hemos permitido suprimir, por considerarlo inconcluso, “De la democracia de asalto a la democracia participativa”. El lector podrá observar algunas reiteraciones de conceptos, ideas o citas en algunos ensayos que fueran escritos para intervenir en conferencias, congresos y actos públicos a los que era constantemente invitado, no solamente por la reconocida estatura intelectual del escritor sino también por el cargo de Embajador que con tanta dedicación ejercía. Esos detalles vienen a dar muestra no sólo del intenso trabajo intelectual a que estuvo sometido durante el período de su representación diplomática agosto de 2000 a diciembre de 2001 , sino también de la necesidad en que se vió, en algunos momentos, de escribir apremiado por constantes e ineludibles compromisos políticos o académicos que lo obligaron a repeticiones tal vez involuntarias, posibilidad que en otras circunstancias le hubiesen causado horror. Ello no disminuye ni la lucidez de su pensamiento ni a la brillantez de sus exposiciones.

Rafael Ángel Rivas Dugarte

Compilador

Caracas, 16-XI-2005

E L M A L D E P E N S A R*

*La sociedad que no se propone alcanzar
como uno de sus principales fines
la perfección moral e intelectual del individuo,
que es parte integrante de ella, es una sociedad monstruosa,
es un cuerpo formado como las masas brutas
por agregación de materia
y que sólo puede desempeñar un papel subalterno
en el universo.*

Martín J. Sanabria¹

*La memoria individual puede ser buena o mala;
pero la memoria colectiva es mala.*

Ernesto Sábato

1. Requiem por la historia

Los venezolanos nacidos en 1958, hoy hombres de 40 años, difícilmente conocen la historia venezolana desde la muerte de Gómez en adelante. No la vivieron; tampoco se la enseñaron. Ni los dotados de una gran memoria, salvo los “especialistas”, podrían referir nuestra cultura

* Texto leído en el II Simposio “Venezuela: tradición en la modernidad” organizado por la Universidad Simón Bolívar y la Fundación Bigott el año 2000. Publicado con variantes en: *Los rostros de la identidad*. Carmen Elena Alemán y Fernando Fernández; comps. Caracas. Equinoccio / Fundación Bigott, 2001, pp. 141-157.

¹ Presentación al Decreto de Instrucción Pública, Gratuita y Obligatoria, promulgado por Antonio Guzmán Blanco (27 de junio de 1870). Puede leerse en: *Documentos que hicieron historia*. Comp. de Pedro Grases y Manuel Pérez Vila. Caracas, Edics. de la Presidencia de la República, 1962, vol. II, pp. 22-35. Igualmente la circular firmada por el Ministro de Instrucción Pública, Martín J. Sanabria (pp. 36-39). Esta contenía todo un programa doctrinario de orientación liberal, sobre la democratización de la enseñanza.

y el acontecer nacional más allá de unos pocos años. Esta omisión es un modo de borrar la conciencia histórica. Se ha cultivado el hábito del olvido. Se vive una cotidianidad desligada del ayer inmediato o levemente remoto. El día a día genera indiferencia total. La memoria colectiva, además de mala, es a-histórica. Y la amnesia es una fuente propicia a la pasividad o el conformismo. No abundan, además, fuentes históricas escritas de circulación masiva². El argumento es que se trata de un saber de minorías. Tampoco se hace mayor esfuerzo por divulgarlas a través de medios audio-visuales. No se ha escrito una Historia de Venezuela Contemporánea, producto de un equipo especializado, accesible a cualquier público medio. Existe un *Diccionario de Historia de Venezuela* (1988) auspiciado por una Fundación privada. Obra de referencia, por su costo elevado nutre los anaqueles de bibliotecas públicas y algunas personales o institucionales de difícil acceso. Entonces, ¿dónde es posible llenar el vacío de conocimiento histórico, cada vez más reducido a los recintos académicos? La mayoría nacional no está habituada, pues, a reflexionar sobre nuestro pasado. La ignorancia lamentable se manifiesta en esas encuestas reiteradas de las televisoras donde el desconocimiento y la ligereza humillan al interrogado de la calle en casi todos los casos. A las minorías “cultas” las tiene sin cuidado este saber, para no mortificarse. Niegan la identidad. No son afectos a la tradición cultural por sus orígenes heterogéneos extra-europeos (indios, negros). Es un saber incómodo porque sacude la conciencia anestesiada. Las telenovelas son un sustitutivo para todos, mayoría o minorías. Hubo un hermoso intento de novelar la historia con inteligencia y buena actuación: el Gómez de Cabrujas. Otros esfuerzos murieron precisamente en el intento. Programas como los de Uslar Pietri “Raíces de Venezuela”, “Cuéntame a Venezuela” fueron efímeros. No ha habido, pues, continuidad

² Desde posiciones opuestas hay dos obras de importancia en el campo de la Historia escritas por Guillermo Morón, *Historia de Venezuela* (Caracas: Italgráfica, 1971) y, *Los Presidentes de Venezuela* (Caracas, Edit. Papi. 1986), donde arriesgó sus registros hasta la presidencia de Jaime Lusinchi. La otra, en óptica marxista escrita y publicada por Juan Bautista Fuenmayor, *Historia de Venezuela política contemporánea* (Caracas, Edic. del autor, 1975-88. 14 v.).

divulgativa. La ficcionalización de la historia, al desacralizarla ha provocado rechazo de las academias. Sus lectores medios no son muy copiosos.

Pensar el país es un trabajo de memoria asociativa y colectiva. Si ésta es mala, como afirma Sábato (1939), entonces hay que suplirla con estudio, con documentación. Prever el futuro sin un cimiento informativo que marque la estela por donde hemos venido transitando se vuelve labor de astrólogos, invasores de espacio informativo con discursos leguleyos o banalizaciones de un optimismo de lo maravilloso ridículo. Es la inmediatez depurada de reflexión, el destino barato y degradado. Los griegos acudían al oráculo en acto de fe mitológica. El oráculo les aleccionaba en el pasado histórico y el devenir. Los televidentes de hoy son usuarios del histrionismo.

Es apremiante la información, aunque sea elemental, sobre nuestra historia y nuestra cultura, si queremos fortalecer nuestra conciencia nacional ante el proceso globalizador. La historia no ha muerto pero la estamos matando por omisión en la conciencia colectiva. La matan quienes temen su juicio inexorable. La ocultan quienes sienten culpa de una tradición inconfesable. Es una pedagogía del olvido. La amnesia absuelve y hasta indulta. El borrón y cuenta nueva es inversión rentable para cierta forma de lucro político.

En un ensayo sobre la “Antítesis y tesis de nuestra historia”, Mariano Picón Salas (1939) siente que Venezuela ha sido uno de los países hispanoamericanos donde se ha vivido con mayor dramatismo entre aires de tormenta el acontecer histórico. Cada vez que insurge una amenaza de convulsión colectiva proliferan los “propósitos de enmienda”, las promesas de cambio. Pasado el temporal regresamos a la inercia de una dinámica donde “nos modernizamos a pesar de nosotros”. Sin embargo, en su capacidad de mantener un idealismo optimista, propone:

Oponer a la sorpresa de ayer, a la historia como aventura, una nueva historia sentida como plan y voluntad organizada. Hacer de esta igualdad criolla por la que el venezolano combatió y se desangró

durante más de un siglo la base moral de nuestra nueva historia. Esto es lo que yo llamaría la “tesis” venezolana, el saldo positivo que aún resta y debemos fortalecer conscientemente después de la prueba tremenda que fue nuestra vida civil. Y en la comprensión de este problema, en la manera como la nación librada de sus tragedias y fantasmas puede ser creadora, radica el misterio alucinante de nuestro destino futuro. Materialmente tenemos el espacio, el territorio y hasta los recursos. Se impone ahora la voluntad humana³.

Don Mariano escribió su ensayo cuatro años después de la muerte de Gómez. Lo recogió en su libro *Comprensión de Venezuela* (1949), por la vigencia que conservaba y aún conserva. El humanista merideño falleció en 1965. Si hoy viviera ¿qué pensaría respecto a lo que hemos hecho con nuestro espacio, nuestros recursos y nuestra historia?

2. El diente roto del país

En un relato escrito a finales del siglo XIX, Pedro Emilio Coll personificaba en Juan Peña, la imagen de un político que a consecuencia de una riña de infancia, quedó con un diente roto en forma de sierra y se habituó a acariciarlo en la boca cerrada, con la punta de la lengua. El incidente inició la “edad de oro” de Juan Peña. Aquel gesto interno lo ejecutaba con “el cuerpo inmóvil, vaga la mirada, sin pensar”. Su silencio fue leído por los observadores como signo de genialidad y de prudencia. Hasta el médico de la familia le diagnosticó una grave enfermedad para las sociedades contemporáneas: *el mal de pensar*. Agrega el escritor modernista que “aquel afortunado personaje llegó a ser diputado, académico, ministro, y estaba a punto de ser coronado

³ “Antítesis y tesis venezolana”, *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), N° 3 (1939), pp. 11-16. También en: “*Comprensión de Venezuela*”, *Obras selectas*. Caracas, Edime, 1962, p. 207.

Presidente de la República, cuando la apoplejía lo sorprendió acariciándose su diente roto con la punta de la lengua”⁴.

La narración alegoriza el ascenso que en un siglo ha logrado la *mesocracia* en el asalto de posiciones públicas, “sin pensar”. En lo político Juan Peña ostenta semejanzas con la realidad contemporánea. La gestualidad ayuda al silencio y la mueca intrabucal se asemeja a los aleteos manuales estilo limpia-parabrisas o los saltos histéricos sobre un mismo punto, característicos de ciertos líderes en campaña. La mueca es el mensaje.

3. Tipología de la crisis

La reflexión político-cultural en torno al siglo XX, después de la doctrina oficial del Positivismo, o en coexistencia con él, primero intentó la búsqueda de una salida revolucionaria a la dictadura gomecista. Inmoló una generación “pensante” aunque no pensadora. Si bien no fue capaz de engendrar un proyecto preciso de país para ponerlo a tono con la modernización indetenible –cuyo modelo era el estado norteamericano en expansión por América Latina–, al menos forjó individualidades que sintieron el “dolor de patria”, leído en un verso de Abilio Guerra Junqueiro. Integraron el grupo *La Alborada*. Los ensayos juveniles de Rómulo Gallegos, Julio Planchart y Henrique Soublette, expresan ese desvelo que no pudo cuajar en realizaciones prácticas, salvo la efímera gestión presidencial de Gallegos, nacida de un golpe militar y una Asamblea Constituyente que presidió la inteligencia luminosa de Andrés Eloy Blanco.

A partir de ese grupo emergente en 1909, hay continuidad, no ruptura intelectual en la reflexión acerca de la *crisis* del país. Así la vieron y escribieron Miguel Otero Silva, en cuya novela *Fiebre* (1939), un estudiante del 28 invoca a Dostoiewski para que cante “el dolor de mi pueblo”. Así lo magnifica y expone con patetismo José Rafael Pocaterra en sus *Memorias de un venezolano de la decadencia* (1927 y 1937).

⁴ “El diente roto”, *El castillo de Elsinor*. Comp. de Rafael Ángel Insausti. Caracas, Academia Venezolana de la Lengua (Col. Clásicos venezolanos, 14), 1966, pp. 145-146.

A la muerte de Gómez, uno de los primeros oficiales egresados de la Academia Militar, tiene en sus manos la transición hacia la democracia: Eleazar López Contreras. Permite libertades limitadas y concluye exilando a los ex-dirigentes estudiantiles del gomecismo, ahora adultos profesionales, por actividades “comunistas”. Existe un famoso *Libro rojo sobre las actividades comunistas en Venezuela*, donde se codean Betancourt con Gustavo y Eduardo Machado, José Antonio Mayobre con Valmore Rodríguez, Jovito Villalba con el “Calvito” Leoni, etc. En otras palabras, como lo ha estudiado Arturo Sosa⁵, el *garibaldismo estudiantil* del 28 es la matriz de los partidos post-gomecistas de una pintoresca izquierda criolla, y hasta la democracia cristiana, surge de una división de la Federación de Estudiantes en 1936, la llamada UNE, fundada por Rafael Caldera, Pedro del Corral, y otros.

Varios pensadores contemporáneos legaron una meditación fecunda cuyo mensaje a veces ignoramos. Son reformistas económicos del temple de Alberto Adriani, nacionalistas como Mario Briceño Iragorry y Enrique Bernardo Núñez, liberales como Arturo Uslar Pietri, eclécticos como Augusto Mijares, Mariano Picón Salas, Felipe Massiani. En la obra de estos autores se venía pronosticando una *crisis* que ha tocado fondo en nuestros días. Comenzó con el enunciado de una *crisis de hombres* proclamada por Eleazar López Contreras en 1936, el mismo año en que Uslar llamaba premonitoriamente a *sembrar el petróleo* si no queríamos ir hacia la quiebra total de la nación y en sus editoriales del diario *Ahora* escribía sobre la *Crisis de responsabilidad*. Briceño Iragorry habló de una *crisis de pueblo*, es decir, un proceso integral de las crisis que golpeaban los valores morales, la educación, la conciencia de un desarraigo desnacionalizador, hasta la crisis de “pecado” de lesa patria. Picón Salas abordaba los procesos de una modernidad sin modernización en libros fundamentales como *Crisis, cambio, tradición* (1955), aparte de sus reiterados planteamientos que desde la muerte de Gómez claman por un cambio de actitud frente a la crisis total de nuestra democracia. La idea

⁵ *Del garibaldismo estudiantil a la izquierda criolla*. Pról. de Jesús Sanoja Hernández. Caracas, Edics. Centauro, 1981. 517 p. En coautoría con Eloí Legrand.

de *crisis* y de *cambio* no es, pues, una invención de los *juanpeñas* de la pequeña burguesía, que hablaban en nombre de los *juanbimbas* marginales del pueblo, cuyos intereses defendieron supuestamente cuando asumieron las responsabilidades de conducción política en los partidos, desde el post-gomecismo hasta hoy. En el fondo de su boca cerrada o vociferante, según las circunstancias y la oportunidad, tallaron, igual que el símbolo de Pedro Emilio, un diente roto “sin pensar”. Repitieron frases de alerta y las tradujeron a lugar común. No fueron capaces de resolver la situación nacional en un proyecto apto a superar una crisis de casi cien años. Al final de cada torpeza les resultó fácil decir: “estábamos equivocados”, “me engañaron”, “no supe lo que hacía”. No es exageración. La memoria individual, si no es tan mala, debe recordar que son textuales en ciertos instantes del desastre, aunque parezcan las de un menor que se disculpa ante un *padre pueblo* que está en la tierra y cuyo juicio no perdona ni indulta.

4. La ignorancia como tradición rentable

Quienes hablaron de la inmadurez o impreparación del pueblo, tampoco lo educaron. Prosiguieron hablando de modo paternal en su nombre. La tradición más estimulada fue la del pueblo ignorante y manso. No de otra manera se explica cómo el decreto de instrucción pública, gratuita y obligatoria nunca se aplicó a plenitud. Al final de la dictadura de Gómez, el analfabetismo alcanzaba 75%. A su muerte surgieron las escuelas normales y el Instituto Pedagógico para mejorar la formación y profesionalizar a los docentes. Estos educadores recibieron la enseñanza de una brillante misión pedagógica chilena que Picón Salas invitó a trabajar en nuestro país. Sus integrantes fueron los creadores del Pedagógico y de la Escuela Experimental Venezuela. Los maestros normalistas y los profesores graduados sustituyeron parcialmente a los bachilleres de palmeta. En 1940, el joven Ministro de Educación, Arturo Uslar Pietri, presentó al Congreso y logró que se aprobase una nueva Ley de Educación, una de las más progresistas de este siglo. La democracia posterior a Pérez Jiménez cerró gradualmente las

escuelas normales, minimizó el Instituto Pedagógico en cuanto a calidad formativa. En una alarmante regresión, durante los últimos años, los mismos bachilleres han reasumido funciones docentes a través de carnets de militantes políticos. Se ha municipalizado la irresponsabilidad docente. Todo ha derivado en argumento para degradar la educación pública y plantear su privatización como negocio. La solución ha sido pintoresca: un educador profesional, fundador de la Universidad Pedagógica, desde su investidura accidental de Ministro, argumentó que cualquier bachiller o profesional está calificado para ejercer la enseñanza. Es el retorno a los días en que el boticario enseñaba francés, el dentista impartía educación artística, el jefe civil era encargado de la Formación Moral y Cívica de niños y adolescentes, o cuando la mujer del policía, por ser analfabeta, como no podía regentar un grado de primaria, era nombrada Directora de la escuela. No es simple coincidencia esta minimización de la tarea formativa y la que Picón Salas describía poco antes de la promulgación de la nueva Ley de 1940:

Contra la unidad nacional que hubiera podido convertirse en unidad y vertebración de la función educativa, conspiraban una serie de causas como el propio sistema federal con su caciquismo aldeano, con su régimen de escuelas y colegios estatales y municipales no controlados ni supervisados por el Ministerio y que eran una de las tantas prebendas de que disponían los “jefes”. En los Estados de la Unión estas escuelas y colegios eran las pequeñas dádivas que se ofrecían a “las señoritas decentes y vergonzantes” y los pequeños empleos para los pequeños amigos de la causa, o en el mejor de los casos, para ocupar a algún “bachiller calígrafo” que no alcanzaba apostura de jefe civil⁶.

Toda similitud con la situación educativa de hoy no es sino parte de la “panacea” de privatizar la enseñanza, convertida en industria de

⁶ “Notas sobre el problema de nuestra cultura”, *Comprensión de Venezuela. Obras selectas*, p 211.

la ignorancia. Llegamos así a la empresa de vender como mercancía también el *no pensar*. Ciertos monjes medioevales predicaban a sus feligreses esta idea: “cuanto más ignorantes seáis, más cerca de Dios estaréis”. Hoy se pregona el postulado de que “un pueblo ignorante se gobierna más fácilmente que uno culto y protestatario”. Esto último forma parte de un eufemismo con forma de trabalenguas: la “governabilidad”. Todo cuanto sea leído como reclamo o protesta se convierte en atentado contra ella, se valúa acto de violencia o resentimiento contra un sistema, cuyo perfil tampoco hemos sido aptos a definir, dentro de un discurso babélico donde se confunden estado y gobierno, democracia con hegemonía de partidos, cultura con espectáculo público de recinto, reservado a los doscientos o trescientos asiduos de *vernisages*, bautizos, *premieres*, etc. En esta babelización el ciudadano deviene en usuario o sobreviviente de la crisis, por tanto, atropellable. El héroe del partido, epónimo de barrio o avenida, se identifica con peculador de juicios prescritos o engavetados. Termina ejerciendo la ubicuidad que en alguna época se definía como vocación de servicio público. Héroe proteico al fin, es inversionista y lavador de capitales, banquero y filántropo, empresario y mercader. En grupo marchan cual felices parejas a colocar sus fondos saqueados en otro país dentro de pactos donde los del otro país, a su vez, son invitados con calidad de socios, para invertir entre nosotros, si les ofrecemos garantías absolutas, para compensar las pérdidas de prestigio en su espacio de origen. La confusión bien administrada da altos dividendos. La tradición del dolo junto a la cultura de la ignorancia son excelentes máscaras para escamotear la identidad perdida o escondida como la mancha de la familia, un lastre que impide el acceso a una universalidad cada día más indefinida.

5. La gran subasta

Cuando el siglo veinte y un segundo milenio se van entornando, nuevos factores intensifican los mecanismos videográficos o cibernéticos para sustituir la idea por la imagen subliminal que piensa por nosotros, como en el slogan de una prestigiosa agencia publicitaria. El

hombre y los dentífricos, los cuerpos de mujeres hermosas y los gestos ecuestres o pedestres de los líderes, se publicitan en videoclips y vallas de autopistas, con financiamientos múltiples, incluidos los familiares. Los métodos de enseñanza por estudio dirigido han degenerado en hojas semivacías para que los estudiantes, “sin pensar” rellenen frases incompletas. No hemos producido el antídoto: un proyecto de ser humano que aspiramos ser o hacer para no deshacernos como sociedad. Un ser humano a quien educar y no degollar o castrar mental y moralmente. Un joven que aprenda con entusiasmo ligado al trabajo y a la destreza, liberado del gran hastío que le produce un saber mal transmitido y muerto por anacrónico. Queremos tener un pueblo “culto” pero no lo cultivamos. ¿En qué plan de estudio se enseña, por ejemplo, a escuchar la música académica, a valorar una obra plástica? ¿Cómo se puede estimular el interés por la lectura a través de las guías de relleno que suplantán el texto y aburren al adolescente, sometido a ese ejercicio pueril de completar frases inocuas? Hace ya muchos años, el maestro Ángel Rosenblat escribió una serie de artículos para demostrar que “Nuestro bachillerato es un lamentable fracaso”. Hubo protestas y se le tildó de exagerado. No se tomaron en cuenta sus observaciones para enmendar el gran disparate. No tenemos capacidad de producir tecnología propia pero tampoco hemos sido muy idóneos para transferir la ajena y aplicarla con éxito a un crecimiento económico diferente al saqueo. De país rebelde hemos derivado en agentes intermediarios del comercio fácil sin importar lo que se venda. No producimos. No arriesgamos. Huimos con todo y ganancias no siempre diáfanas. Importamos todo, menos nosotros mismos. No es un fenómeno imputable sólo al maiamerismo actual. La preferencia por todo cuanto no sea nuestro tiene abolengo. Comienza con el siglo⁷. Hemos entendido la globalización como un

⁷ En una carta de Bruzual Serra enviada a Castro en enero de 1900, desde París, se insistía en el predominio económico del café como base de sustentación de nuestra economía. Ya entonces habíamos entrado de lleno en la fácil “agricultura de puerto” que exige menores esfuerzos, como lo expresa un párrafo que pudiera haber sido escrito en 1994: “Así es la verdad, que nosotros compremos al extranjero mantequilla, queso, pescados conservados, jamón, frutas en su jugo, en fin, conservas y confi-

englobamiento pasivo, como engullimiento fagocitario, no como una oportunidad y un reto que abre la historia para que seamos capaces de emerger con nuestra voz y nuestra riqueza rescatada de la rapiña. Hemos admitido que la historia está muerta y ya no asusta. Culturalmente aspiramos a una universalidad sin rostro, parecido al mimetismo servil y no a la asimilación intelectual, al metabolismo de la inteligencia capaz de pensar.

En carta desde Madrid, fechada el 13 de septiembre de 1955, dirigida a su yerno Miguel Ángel, Mario Briceño Iragorry dejó escrita esta advertencia:

La nueva universidad ha de hacerse presente en el mundo venezolano por medio de una densa aportación formativa y crítica. La cultura de charol sigue siendo nuestro fardo más pesado. La carencia de principios es nuestra falla peor. Como pueblo y como individuos obramos sin pensar en nuestro destino. ¿Constituimos una auténtica comunidad? ¿No traduce acaso nuestra conducta el efecto de que no hubiésemos superado aún el individualismo anárquico del yo, del tú, del él, negados, en consecuencia, a la realización fecunda del nosotros? Nuestra falta de responsabilidad y de solidaridad cívica tiene su razón última en la ausencia de la alteridad sobre la cual radican los valores jurídicos. Solón halla el espíritu de justicia sólo en comunidades donde los no perjudicados se sientan tan lesionados como los que reciben el daño. Para mí todas nuestras deficiencias son fruto fatal de la culpable incompreensión de nuestro destino humano⁸.

turas de todo género, y lo que es más grave aún, hasta maíz y caraotas. Es decir: importamos el desayuno, el almuerzo y la comida, y enviamos por ello al extranjero una suma respetable de oro, oro que tanto necesita el país”, cit. por Juan Bautista Fuenmayor, *Historia de la Venezuela política contemporánea*. Caracas, Edición del autor, 1976, tomo 1, p. 31.

⁸ *Obras completas*. Caracas, Edics. del Congreso de la República, 1997, vol. 20, p. 497.

Hay países que hoy discuten un nuevo mecenazgo cultural. Para que Mecenas reencarne hay que sacarlo del “analfabetismo ilustrado”. En aras de un falso proyecto de sociedad industrializada que no hemos construido, cercenamos la formación humanística, donde se forma la conciencia ética para el ejercicio del liderazgo social. Como sustitutivo afloró una clase económica inculta, dirigida por bachilleres doctorados en la universidad de la vida, pero tan buenos servidores y tan comprables como ciertos universitarios que vendieron la vergüenza y los ideales, tal baratija en un mercado informal. Los mejores servidores del saqueo han sido casi siempre ex-dirigentes revolucionarios de ayer en las aulas levantiscas. Obvian los nombres. La comisión y el soborno han reemplazado el esfuerzo. Además, no dejan huella ni pruebas. La usura desplazó el riesgo de los verdaderos empresarios capaces de construir una estructura productiva eficiente. De toda esta gran subasta no escapan ni siquiera la mayoría de los intelectuales que podrían padecer “el mal de pensar”. Alguien los ha inmunizado.

En 1955 desde Madrid, en su exilio, Mario Briceño Iragorry leía la prensa y comentaba con notorio desencanto:

Sobre las páginas de un diario madrileño miro justamente hoy la fotografía de un desairado edificio de siete plantas, levantado sobre resistentes pilares, y el cual ha sido construido recientemente en la barriada de La Florida, de nuestra querida Caracas. Carece de primer piso y puede decirse, según apunta el título, que ha sido montado al aire.

Fotografía y comentario constituyen un elocuentísimo resumen simbólico de lo que es nuestro mundo venezolano presente y de lo que ha venido siendo nuestra cultura de última data. Como pueblo y como intelectuales, carecemos de primer piso. Hemos sido alegremente montados al aire.

En un contexto semejante, la peor enfermedad, el delito más castigado es precisamente “el mal de pensar” sobre todo si ese pensamiento es crítico y apunta a un cambio de fondo. Corre el riesgo de que se le

incluya en ese nuevo testamento que van escribiendo los calificados por cierto mandatario como “profetas del desastre”.

Hoy existe el pugilato por ocupar o mendigar una posición. Lo cierto es que el conjunto ha generado un fenómeno que tal vez fue la meta de muchos: lograr el vacío crítico o silenciar e ignorar la voz contestataria. Esa forma sutil de represión, a su vez, abre incisiones por donde va estallando la protesta. El intelectual honesto se repliega o escribe sobre temas que no lo comprometan. Esta conducta fue llamada por Briceño Iragorry “la prudencia culpable”. El espacio lo va ocupando gradualmente el discurso político mal hablado y peor escrito. Muchos darían la vida por privatizar también la inteligencia. Así podría estar al alcance de su poder adquisitivo.

Después de quinientos años del día en que un Almirante europeo navegó sobre delirios geográficos en la proximidad de nuestras costas, ante la majestuosa desembocadura del Orinoco, para hacernos entrar en la historia de Occidente por las puertas del Paraíso Terrenal, seguimos debatiendo y preguntándonos de dónde venimos y hacia dónde vamos. Andamos como náufragos en medio de un gran desconcierto y un gran miedo. Valdría interrogar a las figuras protagónicas que monopolizan el liderazgo político para saber si serán aún capaces de producir un cuerpo de ideas coherentes que sirvan de itinerario seguro al descoyuntado país construido sobre la improvisación y la que Briceño Iragorry llamó “democracia de asalto” o don Julio Garmendia, más lapidario y sutil, designaba en voz baja con el sobrenombre de “mediocracia representativa”.

Bibliografía citada

- Briceño Iragorry, Mario. *Obras completas*. Caracas: Edics. del Congreso de la República, 1988-1998. 23 vols.
- Coll, Pedro Emilio. “El diente roto”, *El Castillo de Elsinor*. Caracas: Tip. Herrera Irigoyen, 1901.
- . *Pedro Emilio Coll*. Comp. y estudio prelim. de Rafael Ángel Insausti Caracas: Academia Venezolana de la Lengua (Col. Clásicos venezolanos, N° 14), 1966, pp. 145-46. En esta edición pueden consultarse tanto “El diente roto” como “La delpiniada”.
- Fuenmayor, Juan Bautista. *Historia de la Venezuela Política contemporánea (1899-1969)*. Caracas: Edición del autor, 1975-88. 14 vols.
- Fundación Polar. *Diccionario de historia de Venezuela*. Coordinación de Manuel Pérez Vila. Caracas: La Fundación, 1988. 3 vols.
- Morón, Guillermo. *Historia de Venezuela*. Caracas, Edic. del autor, 1971. 5 vols.
- . *Los Presidentes de Venezuela*. Caracas: Edit. Papi. 1986.
- Otero Silva, Miguel. *Fiebre*. Caracas: Edit. Elite, 1939.
- Picón Salas, Mariano. “Antítesis y tesis venezolanas”, *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), N° 3 (1939), pp. 11-16.
- . *Comprensión de Venezuela* (1949), *Obras selectas* Caracas: EDIME, 1962, p. 207.
- . *Crisis, cambio, tradición*. Caracas: EDIME, 1955.
- Pocaterra, José Rafael. *Memorias de un venezolano de la decadencia*. Bogotá, Edics. Colombia, 1937. Caracas: Edit. Elite, 1936. 2 vols.
- Sábato, Ernesto. *Uno y el universo*. Buenos Aires: EMECE, 1939.
- . *Ensayos*. Buenos Aires: Losada, 1962.

**DEL NACIONALISMO ROMÁNTICO
AL LATINOAMERICANISMO UNIVERSAL***

(Notas preliminares)

*“La unión de los pueblos americanos no sería, pues,
una operación estratégica, sino un razonamiento.
No se trata con esto de limitarla a esas frágiles declamaciones
de fraternidad que son el romanticismo de la política.
Pero a igual distancia de la declamación y del atentado,
hay un terreno práctico de acción razonada
que trataré de delimitar”.*

Manuel Ugarte, *La defensa latina*, 1901.

Agradezco al rector Ubaldo Zúñiga Quintanilla, al decano de la Facultad de Humanidades Raúl Labbé Osses y a mi entrañable colega Nelson Osorio Tejada, el honor y la deferencia de invitarme a leer estos párrafos para inaugurar el Doctorado en Estudios Americanos de la Universidad de Santiago de Chile. Ellos me regresan a una inquietud compartida con maestros y compañeros latinoamericanos y caribeños. Nos desvelábamos por lograr, desde América Latina, la formación de especialistas capaces de abordar con valentía y lucidez los grandes retos y peligros continentales, dentro de esta contemporaneidad cargada de turbulencias en aires no siempre claros.

En 1965, con el Maestro Leopoldo Zea, en México, notábamos la proliferación de Centros y Departamentos de Estudios Latinoamericanos fundados en universidades norteamericanas, europeas, asiáticas e incluso africanas. Hasta en Dakkar (Senegal), hasta en Auckland (Nueva Zelanda), habíamos detectado la existencia de esos institutos cuyos méritos reconocíamos. En Alemania surgió una especialidad académica

* Texto leído como Clase Magistral en la Universidad de Santiago de Chile, en la inauguración del Doctorado en Estudios Americanos el 26 de abril de 2001. Fechado en Santiago de Chile, abril de 2001.

en Latinoamericanística. Por contraste en nuestra región no existían más de dos o tres organismos dedicados a analizar nuestra realidad propia, en forma integral, desde nuestro contexto, para no vernos en trance de importar hasta la imagen de nosotros mismos. En esos tiempos existía la Casa de Las Américas de La Habana. Surgieron dos Centros de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de México: el de Filosofía y Letras, dirigido por el Dr. Leopoldo Zea y el de Ciencias Políticas en cuyo equipo destacaban Pablo González Casanova, Enrique González Rojo, Víctor Flores Olea.

En 1974 me correspondió fundar en Venezuela el Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”. Allí compartí alegrías, proyectos y algunas contrariedades olvidadas con amigos chilenos muy queridos: Gonzalo Rojas, Rafael Kries Saavedra, Nelson Osorio, Jorge Gaete Avaria, Ana Pizarro, junto a uruguayos como Arturo Ardao, Mario Sambarino, Hugo Achugar y Javier Sasso. A tantos años de aquellas experiencias vale preguntarse cuántos centros más existen en nuestros países latinoamericanos. De ellos, cuántos están formando las inteligencias críticas, aptas para asumir la investigación valorativa y la defensa de nuestros intereses fundamentales: resbaladizas identidades nacionales bastante desleídas, un patrimonio material que no se limita sólo a materias primas, unas culturas acorraladas por fuerzas internas que las consideran inútiles, o externas que las suplantán por mercancía standard, unas estrategias a distancia donde se considera innecesario ocupar militarmente nuestros países porque es mejor invadir nuestros cerebros con bombardeos subliminales vía satélite. Cuesta menos, se ahorran divisas. Ya no es asunto de especulación académica lo que se plantea. Es de supervivencia dentro de una globalización fagocitaria manejada a distancia, aceptada sin mucho análisis y con entusiasmo no exento de irresponsabilidad. Por eso me complace participar en este acto augural e inaugural. Marcará historia en los estudios modernos de nuestra América. En su actividad podrá estudiarse nuestra realidad común con otras ópticas y metodologías enfocadas a una misma inquietud.

Elegí como tema de conversación el nacionalismo romántico y el americanismo universal. Creemos vigentes algunas de sus ideas. La

situación continental vuelve al dilema de la integración y la defensa de la autonomía. América Latina y el Caribe emergen como factores de equilibrio frente a un mundo sacudido por nuevos conflictos militares y sociales, por urgencias postergadas. Las raíces remontan a los tiempos vesperales de la emancipación americana respecto a los imperios europeos. Fue un americanismo fundacional, coincidente con el auge de la Ilustración y los aires anunciadores del Romanticismo. Fue un Americanismo utópico, sin duda, y también la edad prenatal del concepto de nación derivado de la Revolución Francesa, donde arraigó el regionalismo político, ideológico y literario. Ambas visiones del Nuevo Mundo nacen, pues, en coetaneidad contrapuesta. Son variaciones históricas sobre una misma inquietud. Sus contradicciones fertilizaron la evolución de unas repúblicas urgidas de pragmatismo, ávidas de alcanzar las metas de progreso material dentro de un orden pintoresco cimentado en el autoritarismo de los déspotas ilustrados que mitificaron y justificaron algunos intelectuales positivistas. Los aislamientos provocaron en muchos casos inestabilidad y pobreza. Ocasionaron nuevas invasiones o cercenamientos de territorio. Estos factores han impulsado nuevas crisis y alienaciones económicas. Los obnubilados las atribuyen a minorías socialmente inadaptadas, pero no analizamos a fondo sus motivaciones concretas. Hoy se regresa como en el mito de Sísifo a empujar con la fuerza de la mayoría depauperada el peso de viejos modelos de una libertad económica en detrimento del crecimiento y los derechos sociales. En los análisis de costos se incluye una divisa macabra: las vidas humanas que morirán de hambre o de represión cuando protesten, una suerte de dólar supervivencia. Se tiende a devaluar la Utopía al usarla como un calificativo despectivo para juzgar nuevos proyectos, cuando éstos se dirigen a la enorme base social marginada de la historia y de la riqueza. Uno de los pensadores más ecuanímenes de nuestro siglo XX, Pedro Henríquez Ureña, en un momento luminoso de su meditación, reivindicó el proyecto utópico de América:

La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles: es una de las magnas creaciones espirituales del Mediterráneo, nuestro gran

mar antecesor. El pueblo griego da al mundo occidental la inquietud del perfeccionamiento constante. Cuando descubre que el hombre puede individualmente ser mejor de lo que es y socialmente vivir mejor de como vive, no descansa para averiguar el secreto de toda mejora, de toda perfección. Juzga y compara; busca y experimenta sin descanso; no le arredra la necesidad de tocar a la religión y a la leyenda, a la fábrica social, y a los sistemas políticos. Es el pueblo que inventa la discusión; que inventa la crítica. Mira al pasado y crea la historia; mira al futuro y crea las utopías¹.

En esa metáfora moral de la utopía americana, subyace todo un llamado a la investigación reflexiva que nos permita mirar al futuro, no como adivinos, sino como científicos capaces de gerenciar la utopía, una “gerencia del conocimiento superior” para resolver nuestro drama social. El nuevo espacio de la utopía como proyecto y no como soberbia aislada socialmente está en la Universidad. En ello se juega la supervivencia de la institución misma, apremiada de cambios en el rumbo y la orientación.

1. Americanismo fundacional

La primera imagen de América es exógena. Tiene más de doscientos años. Desde esa época genera reflexiones y controversias. “La disputa del Nuevo Mundo”, estudiada por Antonello Gerbi, fundamentó la visión compasiva de nuestras culturas indígenas, buenos salvajes a quienes aún negamos o excluimos de esta civilización globalizada, de quienes europeos como Raynal, Marmontel, Chateaubriand se compadecieron, a quienes en la cruel interpretación de Jorge Enrique Adoum, cuando ya no tenían más fuerza que explotarles, se les exprimió el alma reencarnada en literatura “indigenista”.

¹ “La utopía de América” (La Plata, 1925). Reproducido en *La utopía de América*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, pp. 6-7.

Cuando Carlos III expulsó de sus colonias ultramarinas a los sacerdotes jesuitas (1767), reagrupaba agentes de una conciencia americana y de un pensamiento cristiano subversivo.

El abate Juan Ignacio Molina inicia el prefacio a su *Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile* con un guiño que insinúa su visión americanista ilustrada, su preocupación por conocer no sólo la naturaleza sino las sociedades y las lenguas indígenas fundadoras. No habla de “Las Indias” o de las “Colonias de Ultramar”, sino afirma que “La Europa vuelve al presente toda su atención hacia la América, deseando conocer con erudita curiosidad la diversidad de sus climas, la estructura de sus montes, la naturaleza de sus fósiles, la forma de sus vegetales y sus animales, las lenguas de sus habitantes”. Esa conciencia científica de americanidad universal atrajo a Miranda para leer la obra y admirar al sabio chileno. El venezolano, doctor de O’Higgins, regaló al presidente Thomas Jefferson, en 1806, antes de invadir a Venezuela, un ejemplar de la obra de Molina y conservó otro en su biblioteca de Londres. En 1809 animó a James Mill para que publicara una extensa nota sobre la *Historia* del abate².

Otro jesuita peruano, Juan Viscardo y Guzmán, escribió en francés una “Carta derijida (sic) a los españoles americanos” (1799). Traducida al español, Miranda la publicó en Londres (1801)³, para difundirla como manifiesto emancipador, adjunto a la proclama de 1806 cuando ocurrió el desembarco por el puerto de La Vela de Coro. Muchos de los contactos y enlaces de Miranda en casi todos los países americanos se establecieron gracias al apoyo y la relación con los jesuitas exilados en Italia, con quienes se vinculó gracias a dos ex-sacerdotes de la orden: Esteban de Arteaga y Tomás Belon. Entre ellos están Molina, Viscardo y también otros dos amigos muy próximos a Miranda: el peruano José del Pozo y el chileno Manuel José de Salas con quienes suscribe la llamada “Acta de París”

² Fue publicada originalmente en la *Revista de Edimburgo*, N° 36, enero de 1809. Está reproducida con el título “Conocimiento y examen de Suramérica”, *Miranda. La aventura de la libertad*. Edgardo Mondolfi y David Ruiz Chataing; comps. Caracas, Monte Ávila (Biblioteca del Pensamiento Venezolano “José Antonio Páez”), t. I, p. 183-188.

³ La 1ª ed. es de Londres (Piccadilly), P. Bayle, 1801.

el 27 de diciembre de 1797. En ella queda asumido el compromiso de volver a la América Meridional para iniciar la lucha liberadora contra la Corona de España. Según Manuel Gálvez, ambos eran ex-jesuitas⁴.

El proyecto que mantendría unidas las colonias españolas de América Meridional (desde el istmo de Darién) en un Incanato, nacido después de la Independencia, se alimentó de este pensamiento y de las concepciones universalistas de la masonería europea, con cuyas logias establecieron nuestros precursores una sólida fraternidad. Miranda fundó en Londres la bautizada con el nombre de “Gran Reunión Americana”. Con ella se relacionó la Logia “Lautaro” de Cádiz, donde terminó de formarse Bernardo Riquelme, (O’Higgins) iniciado en Londres por Miranda⁵. Fue un americanismo ilustrado y universal anterior al surgimiento de una conciencia romántica de nación. Entre el regionalismo nacionalista y el americanismo universal giró buena parte de las controversias del siglo XIX.

2. Nacionalismo romántico

Si las utopías europeas exaltaron la figura del buen salvaje, éste devino en personaje de idilios sentimentales. El primero, *Atala* de Chateaubriand (1801), fue traducido al español, el mismo año de su aparición francesa, por dos latinoamericanos residentes en París: Simón Rodríguez y Fray Servando Teresa de Mier, Chateaubriand, asombrado frente al mundo de América del Norte se preguntaba qué habría sido de Europa si los descubridores hubiéramos sido nosotros. El discurso de la barbarie tal vez habría sido el civilizado y viceversa. El acto depredador de las culturas americanas lo explica justamente por un choque de civilizaciones y no de la civilización contra la barbarie: “El indio no era salvaje: la civilización europea no obró sobre el estado puro de la naturaleza, sino sobre la incipiente civilización americana; si no hubiese

⁴ Manuel Gálvez. *Don Francisco de Miranda*. Buenos Aires, Emecé, 1946.

⁵ Cf. Alfonso Rumazo González. *Miranda, protolider de la independencia americana*. Los Teques, Venezuela, Biblioteca de Temas y Autores Mirandinos, 1985. V. especialmente p. 192.

encontrado nada hubiese creado algo; pero encontró costumbres y las destruyó porque era más fuerte y porque creyó que no debía mezclarse con esas costumbres”⁶.

Cuando Chateaubriand visitó los Estados Unidos (1791), aquella democracia era admirada por revolucionarios del viejo Continente. Dos años antes, los Derechos del Hombre eran reiterados en los documentos de la Revolución Francesa. Los hispanoamericanos residentes en Europa, en especial los jesuitas expulsos y los futuros luchadores militares de la independencia se designaban ciudadanos de América, o americano-españoles o españoles americanos como en la carta de Viscardo. La conciencia capaz de darle cuerpo doctrinario a aquel sentimiento fue la de Francisco de Miranda, “un ciudadano de la América del Sur”, el primero que desde 1790 renuncia a su nacionalidad española en una carta al rey Carlos IV para adoptar la de “una patria que me trate al menos con justicia y me asegure la tranquilidad civil”⁷. Es el tiempo en que Miranda le está dando fisonomía al primer plan de gobierno para una república americana llamada Colombia. No se limita a un plan político. Se ocupa de aspectos tan modernos como la necesidad de abrir un Canal en el Istmo de Panamá, “que facilite el comercio de la China y el mar del Sur, con innumerables ventajas para Inglaterra y América”⁸. El plan establece para todos los efectos la condición de *ciudadano americano* a los nacidos en un país que es todo el Subcontinente meridional desde el istmo de Darién. Los electores incluyen a indios y negros a quienes se les concede la ciudadanía sin las limitaciones de ser propietarios de bienes raíces o se les hace propietarios para que ejerzan plenamente la ciudadanía. No hay en nuestro tiempo muchas constituciones latinoamericanas que lleguen a este grado de avance social, pero en la realidad sí ha despertado la conciencia de esas minorías étnicas que han ido ilustrándose para exigir sus derechos.

⁶ *Los natchez*. Madrid, Novaro (varias edics).

⁷ Carta a Carlos IV fechada en Londres el 23 de abril de 1790

⁸ Cf. *Pensamiento político de la emancipación*. Comp. y prólogo de José Luis Romero. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977. Texto de Miranda: pp. 13-19.

José Luis Romero juzgó severamente los planes mirandinos:

Algo de utópico había en toda su concepción, y no parecía que hubiera aplicado a fondo la experiencia inglesa para coordinar los mecanismos constitucionales de ese vasto estado americano en que pensaba. No eran los suyos, en rigor, planes prácticos, nacidos de la convicción o la seguridad de que le sería dado ponerlos en acción, sino más bien bosquejos provisionales que, por cierto, parecían ignorar la realidad latinoamericana⁹.

La ignorada realidad de ayer es hoy certeza de nuevas agitaciones sociales no resueltas. El distanciamiento con los paradigmas europeos es precisamente lo que otorga originalidad al proyecto mirandino, cuyo enjuiciamiento imparcial no se logra con lentes europocéntricos.

El de Miranda y sus amigos es americanismo fundacional y tal vez, como señala Romero, algo utópico. En todo caso esa utopía devino en historia, en fragmentación romántica de naciones inventadas geopolíticamente por unos estados oligárquicos donde, muchas veces, los héroes emancipadores se transmutaron en caudillos dictatoriales. El único logro de esta aspiración integradora fue la Gran Colombia de Bolívar. Efímera por las contradicciones y ambiciones de los propios héroes resultó un modelo y una experiencia invocados todavía. Su autor fue uno de los más perseverantes constructores del ideario integrador. En su discurso, América es “un pequeño género humano” o la “reina de las naciones y madre de las repúblicas”. Bolívar es también el primero que vislumbra nuevos peligros de colonización para unos pueblos disgregados. Con toda claridad advertía: “Divididos seremos más débiles, menos respetados de los enemigos y neutrales. La unión bajo un solo gobierno supremo hará nuestras fuerzas y nos hará formidables”.

Miranda y Bolívar aportaron a la conciencia de americanidad una herencia intelectual que vertiría después en el ideario de los pensadores socialistas a comienzos del siglo veinte, los llamados miembros de la generación del Centenario.

⁹ J.L. Romero, Estudio preliminar a *Pensamiento político de la emancipación*, p. xviii.

El nacionalismo romántico enunció la unidad americana como proyecto de integración en libertad. El objetivo era lograr, después de la independencia política, la emancipación mental. Los héroes del pensamiento se jugaron la vida en esa tarea inconclusa, aunque emprendida después de que los héroes militares cumplieron la suya. El Romanticismo regionalista creció ligado al liberalismo económico sustentado por las oligarquías criollas, lectoras tempranas de Adam Smith. A partir de la noción de patria entendida como tierra de los padres [“Terra patrum”] se disgrega la unidad geopolítica, etnocultural, en repúblicas de precario carácter independiente. Con ellas se desploman los proyectos y realizaciones de unidad o integración, soñados o contruidos como efímeros castillos de arena por Miranda, Bolívar, San Martín, O’ Higgins, reiterados como nostalgia intelectual por un extenso conjunto de pensadores. Es un americanismo que se mitologiza en el imaginario social del Romanticismo para oponerse a la visión localista de otros ideólogos como Sarmiento, los oligarcas liberales y los positivistas del período post-emancipador, para culminar dentro del siglo XIX con los krausistas, modernistas y arielistas. En estos últimos cimentan el nacionalismo americanista y el latinoamericanismo universal. Este último va configurándose como reflexión diferenciada del cosmopolitismo de los modernistas (“sustituir el concepto de patria por el de humanidad” proclamaba Pedro Emilio Coll) y el internacionalismo de los socialistas. La etapa más cercana a nosotros será la búsqueda de una conciencia intelectual, una “dialéctica de la conciencia americana”, para utilizar términos de Leopoldo Zea.

Con la frustración de proyectos unificadores otras formas tentativas de absorción neocolonial empezaban a emerger con la doctrina Monroe (1823). Las naciones aisladas se hacían más controlables. Los profetas de las nuevas dominaciones aparecían bajo forma de observadores y “expertos” europeos, parecidos a ciertos analistas políticos o asesores para asuntos latinoamericanos de nuestros días. Visitaban Estados Unidos y desde allí, pronosticaban nuestro destino.

Las avanzadas de una inteligencia neocolonial, sintetizadas en dos viajeros franceses, Alexis de Tocqueville y Michel Chevalier, trazan las líneas divisorias entre la *civilización* europocéntrica y la *barbarie* de

nuestros pueblos mestizos, dicotomía respecto a la cual Sarmiento será sólo uno, pero no el único, de los voceros más empeñados. En el siglo XX, Mariano Picón Salas (*Europa-América*) y Leopoldo Zea (*Discurso desde la marginación y la barbarie*) serán los analistas críticos más claros en la refutación conceptual de este paradigma negador de nuestra potencialidad como pueblos.

Tocqueville, el mejor promotor de la democracia norteamericana, veía en 1835 la situación cultural de América como una disputa entre dos razas: la angloamericana y la española¹⁰. Advertía: “No se puede disimular que la raza inglesa haya adquirido una inmensa preponderancia sobre todas las demás razas europeas del Nuevo Mundo”. (...) “Pienso que el territorio sobre el cual la raza angloamericana debe extenderse un día, será igual a las tres cuartas partes de Europa”¹¹.

Las apreciaciones y pronósticos de un socialista utópico francés, Michel Chevalier, discípulo de Saint-Simon, condicionaron en parte las políticas de repoblamiento con *razas superiores* europeas. Visitó Estados Unidos por unos meses y México por un par de semanas. Escribió unas *Lettres sur l’Amérique du Nord*, publicadas en París en 1836. Arturo Ardao cita y glosa las referidas a América Latina:

En cuanto a América, la contraposición que establece es entre ‘anglo-americanos’ e ‘hispano-americanos’. Acompañaba a esa terminología en uso, un profundo pesimismo respecto al destino de los pueblos americanos de origen español, a los que, en verdad, descalificaba. En una de sus últimas cartas, desde Augusta, en septiembre de 1835, decía: ‘El principio republicano ha producido los Estados Unidos, pero él ha engendrado también esas miserables repúblicas de la América española’. Para insistir, en la estrictamente última, desde Nueva York, en octubre, ‘Parece, pues, que los Anglo-americanos

¹⁰ Alexis de Tocqueville. *La democracia en América*. México, Fondo de Cultura Económica (varias edics.)

¹¹ Las citas son transcripciones de Arturo Ardao, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos”, 1977, p. 46.

serán llamados a continuar directamente sin ninguna intervención exterior, la serie de los progresos que la civilización a la cual pertenecemos ha cumplido siempre desde que dejó el Viejo Oriente, su cuna. Es un pueblo que tendrá descendencia, aunque, tal vez, tal tipo que ahí domina hoy deba ser eclipsado pronto por otro; en tanto que los Hispano-americanos parecen no ser más que una raza impotente que no dejará posteridad, a menos que, por uno de esos desbordes que se llama conquista, una ola de sangre más rica, venida del Septentrión o del Levante, no llene sus venas empobrecidas¹².

Chevalier, socialista utópico, asesoraba a Napoleón III. De vuelta en París, insinuaba al oído del Monarca la posibilidad de iniciar una reconquista francesa de las antiguas colonias españolas de América, bajo las ideologías del pan-latinismo que tuvo en nuestro continente numerosos seguidores.

Junto al nacionalismo disociador de las décadas del 30 al 70, otros latinoamericanistas preconizaban un retorno a la unidad de América Latina, bien fuese bajo forma de una Confederación, como proponía Juan Bautista Alberdi en Argentina, o como un retorno a la patria grande, a la nación latinoamericana como habrían de proclamar Francisco Bilbao en Chile y otros posteriores. El nacionalismo americanista se tornó teórico y simbólico. En algunos casos devino en un discurso esperanzado pero idealista.

Mientras tanto un nuevo intervencionismo minaba o sustraía retazos de territorio al Sur de los Estados Unidos. Este asedio despertó una nueva conciencia defensiva de la cultura hispanoamericana. *Madre América* y *Nuestra América* de Martí habían inaugurado un nuevo modo de comprender nuestras identidades culturales. Su muerte en acción libertadora lo elevó como héroe militar e intelectual. La guerra de independencia de Cuba se había convertido en foco de atención continental. La voladura del *Maine* (1898) en el puerto de La Habana develó a Estados Unidos como potencia invasora. Los intelectuales formados

¹² Ardao, *ibíd.*, p. 51.

dentro del Positivismo y el Modernismo comienzan a pensar en función de Continente y no de países aislados. *El continente enfermo* (1899) de César Zumeta y el *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó marcan el discurso americanista con una línea de ruptura frente a la cultura sajona. Otros textos más políticos y oratorios encienden fogatas panfletarias. Modelos en este último rumbo serán los ensayos *Ante los bárbaros*, de José María Vargas Vila y *La americanización del mundo* de Rufino Blanco Fombona. La palabra imperialismo y los ataques contra él se hacen reiterativos en la nueva escritura que cierra el siglo XIX.

3. Americanismo nacionalista

El primer socialismo utópico había inspirado el nacionalismo americanista de Echeverría, Lastarria y Bilbao. El ideario socialista no marxista de Jaurès y de la socialdemocracia alemana o el anarquismo de Bakunin y Kropotkin hacen aparición en los nuevos pensadores del siglo XX. El sentimiento nacionalista se continentaliza. El nuevo enfoque será el de un americanismo nacionalista, pero la nación será toda América Latina, Patria Grande.

En 1901, un argentino de 26 años, Manuel Ugarte, escribió en París dos ensayos, “La defensa latina” y “El peligro yanqui”¹³. La voladura del *Maine* (1898) en el puerto de La Habana y el affaire Dreyfus impactaron su sensibilidad y le despertaron convicciones socialistas. Un viaje a Estados Unidos (1899) y la amistad con Rufino Blanco Fombona, radicado en Boston, le abrieron los ojos frente al imperialismo norteamericano. Su regreso a París en 1900 fue el comienzo de una combativa militancia latinoamericanista. Ingresó en el Partido Socialista Francés. Se deslumbra con la oratoria de Jaurès. Asiste a reuniones de los intelectuales de izquierda. Inicia su lucha contra la intervención norteamericana en América Latina.

Aquellos dos ensayos cambiaron el lenguaje de su discurso. En *Viña del Mar* (1939), Ugarte rememora aquel momento de transformaciones,

¹³ Fueron publicados respectivamente el 5 y el 19 de octubre de 1901, en *El País*, de Buenos Aires.

su alejamiento de la prosa altisonante y eurítmica de los modernistas, para adoptar la sobriedad expresiva que leyó en Antonio Machado y Azorín: “Nos consagramos a la extirpación de la palabra inútil y afrontamos la dificultad de escribir corto, de condensar cuatro páginas en una (...) Del idioma entrado en carnes, hicimos un idioma todo en músculos, dispuesto a servir de briosa cabalgadura a la idea sutil y a la incisiva sobriedad”¹⁴. En lo histórico reconoce el retorno a los ideales americanistas de la generación de 1810. En cuanto a visión del grupo modernista latinoamericano de París y de Europa, con quienes mantenía estrecho contacto y también diferencias estéticas, observa que “pertenecíamos a una nacionalidad única, considerando a Iberoamérica, desde Europa, en forma panorámica”. Como antes había ocurrido con los jesuitas y conspiradores ilustrados del siglo XVIII, los unía un propósito y una identidad común. A comienzos del siglo XX, bajo nuevas situaciones políticas y culturales, renacía la comunidad de propósito americanista”. Más que el idioma –continúa– influía la situación. Y más que la situación, la libertad de dar forma en el reino del espíritu a lo que corrientemente designábamos con el nombre de Patria Grande”. Ese fue el contexto de donde surgió la reflexión plasmada en sus dos ensayos. Restaba emprender la gran cruzada antimperialista desde Madrid en 1912, para divulgar los contenidos de su libro *El porvenir de la América española* (1910).

“La defensa latina” lo inclinó hacia el pensamiento social. Profundizó en un singular análisis geopolítico. Resaltó el aislamiento entre las tres subregiones que conformaban para él América Latina (Extremo Sur, Centro y Extremo Norte). Percibió la falta de comunicaciones (ferrocarril, telégrafos, circulación de informativa de la prensa). Su diagnóstico abarca junto a la incomunicación regional, la tendencia al exotismo:

Hasta hace pocos años ni aun los más vecinos estaban en contacto directo. Cada pueblo se ha orientado a su modo. Hoy mismo nos unen

¹⁴ “Los escritores iberoamericanos del 900”, *La nación latinoamericana*. Comp. pról. y notas de Manuel Galasso. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 298.

con Europa maravillosas líneas de comunicación, pero entre nosotros estamos aislados. Sabemos lo que pasa en China, pero ignoramos lo que ocurre en nuestro propio continente. De aquí que las repúblicas nacidas de un mismo tronco, sean tan disímbolas. Cada una se ha desarrollado aislada, dentro de sus fronteras, multiplicándose por sí misma, sin recibir más influencia exterior que la que le venía de Europa en forma de emigración ávida de lucro. De suerte que muchas de esas sociedades abandonadas por los españoles en plena infancia, han seguido repitiendo los gestos del coloniaje, sin tratar de relacionarse entre ellas¹⁵.

Ugarte contrasta las afinidades entre las repúblicas latinoamericanas, con la heterogeneidad etnocultural y política de las europeas:

Nuestro territorio fraccionado presenta, a pesar de todo, más unidad que muchas naciones de Europa. Entre las dos repúblicas más opuestas de la América Latina, hay menos diferencia y menos hostilidad que entre dos provincias de España o dos estados de Austria. Nuestras divisiones son puramente políticas y por tanto convencionales. Los antagonismos, si los hay, datan apenas de algunos años y, más que entre los pueblos, son entre los gobiernos. De modo que no habría obstáculo serio para la fraternidad y la coordinación de países que marchan por el mismo camino hacia el mismo ideal (p. 4).

Para superar la incomunicación geográfica e informativa, proponía un plan que a su juicio sería la primera medida de defensa. Al considerar las comunicaciones desde una perspectiva estratégica, era opuesto a su privatización o control monopólico por parte de empresas extranjeras y menos norteamericanas. Sugiere que sean “construidas o administradas directamente por nuestra naciones, utilizando diferentes capitales europeos de modo que se neutralicen. Los teóricos aconsejan evitar las ocasiones en que una empresa extranjera pueda mono-

¹⁵ “La defensa latina”, *La nación latinoamericana*, p. 4.

polizar un servicio esencial para la vida de un Estado. Los capitales yanquis se verían naturalmente excluidos por completo”. Finaliza enfatizando que “en ningún caso podría admitirse que las vías de comunicación sean propiedad de empresas extranjeras y especialmente norteamericanas”. Superada esta amenaza real en su tiempo, estimaba los beneficios incalculables de las comunicaciones ferroviarias y telegráficas entre los países latinoamericanos. Aún no las hay. Las comunicaciones harían que los pueblos se conocieran mejor y se irían sorteando las prevenciones mutuas.

En lo económico, Ugarte percibía la apertura del comercio hacia los países europeos como una manera de contrarrestar la dependencia unilateral respecto de los Estados Unidos. Con impresionante visión de futuro escribía hace cien años:

Francia, Inglaterra, Alemania e Italia han empleado en las repúblicas del sur grandes capitales y han establecido inmensas corrientes de intercambio o de emigración. En caso de que los Estados Unidos pretendieran hacer sentir materialmente su hegemonía y comenzar en el sur la obra de infiltración que han consumado en el centro, se encontrarían naturalmente detenidos por las naciones europeas que tratarán de defender las posiciones adquiridas. Este choque de ambiciones es la mejor garantía para los latinos de América (pp. 6-7).

Con otro lenguaje más técnico, dentro del contexto de la globalización fagocitaria de nuestra contemporaneidad, la tesis de Ugarte ostenta similitudes conceptuales con la de una economía multipolar, capaz de neutralizar la unipolaridad hegemónica, impuesta más que propuesta por los Estados Unidos. El pensador argentino se anticipó en los enunciados de una “utopía” que aún se discute por inaplicable o silencio por anacrónica. En su tiempo las fuerzas sociales más avanzadas del socialismo sustentaban posiciones de internacionalismo aséptico frente a las intervenciones de Estados Unidos con su política del *big stick*. Los planteamientos de Ugarte no fueron refutados sino omitidos. El luchador no tuvo otro camino que la marginación por largo tiempo.

De las formulaciones teóricas Ugarte pasó a la lucha militante en Europa y de ella a la prédica personal en América. Recorrió la mayoría de nuestros países y Estados Unidos, para difundir las denuncias de su obra *El porvenir de la América Española*. El 9 de julio de 1912 leyó en la Universidad de Columbia una conferencia titulada “Los pueblos del Sur ante el imperialismo norteamericano”. Denunciaba los atropellos contra México, los préstamos impuestos a Nicaragua, las inmoralidades de empresarios norteamericanos en otros países. Se declaraba adversario de una política y no adversario de un pueblo, para agregar con toda valentía: “Si yo vengo a hablar aquí contra el mal del imperialismo, no es para desafiar vanamente a la opinión; es porque acaricio el deseo de contribuir a desvanecer los antagonismos, es porque abrigó la esperanza de ver a toda América fraternalmente unida en el futuro como lo estuvo en las épocas de la independencia”¹⁶.

El porvenir de la América Española recibió elogios en la prensa europea y latinoamericana, menos en Buenos Aires donde *La vanguardia* rechazó los planteamientos por considerarlos una “proclama alarmista”.

Había llegado a convertirse en líder indiscutible de las luchas latinoamericanas y su reconocimiento era internacional. Apoyó los movimientos estudiantiles de reforma universitaria. Fue el único orador no estudiante que intervino en los sucesos de abril de 1918 cuando quedó constituida la Federación Universitaria Argentina. El cerco y la calumnia, el aislamiento y el silencio lo van hiriendo. Comenzaba el calvario político que en expresión de su biógrafo Norberto Galasso, lo convertiría finalmente en “un argentino maldito”. Regresó a Europa por dieciséis años. Regresó a Argentina (1935) por pedimento de Manuel Gálvez. Recomenzaba el viacrucis por los choques con los socialistas. La vida de privaciones aumentaba. Los suicidios de tres amigos: Leopoldo Lugones, Liandro de la Torre y Alfonsina Storni lo aterran. Se radica en Chile. Replegado en Viña del Mar, seguía escribiendo. Seguía escribiendo, incansable y polémico. Comenzaba la Segunda Guerra y él mantenía

¹⁶ Cf. M. Ugarte, *La nación latinoamericana*, pp. 71-72.

su neutralidad: “no soy germanófilo ni aliadófilo: soy iberoamericano”. Los últimos años se acercó al Apra, durante una breve permanencia en Perú y, finalmente, al peronismo (1946), de cuyo régimen fue embajador en, México, Centroamérica y Cuba hasta 1950. Se suicidó en Niza en 1951.

4. Americanismo universal

El mismo año en que Ugarte publicaba sus dos ensayos famosos (1901), nacía en Mérida (Venezuela) Mariano Picón Salas. Llegó a Valparaíso en 1923. Traía su primer libro publicado: *Buscando el camino* (1920) y una gran pobreza. Creció en lo político, en lo literario y en lo ideológico dentro de la generación chilena de 1920. Era un ambiente impregnado con aires de reforma universitaria y de sueños revolucionarios. Las sesiones de la Federación de Estudiantes y de los clubes políticos eran encendidas. Con otros estudiantes comparte el desvelo americanista. Su sensibilidad literaria se vigoriza con las inquietudes de la lucha política, las vanguardias estéticas y la efervescencia social.

Se pensaba, bellamente, en esos años del 20 y tantos que el ímpetu de reforma universitaria que había recorrido todo el Continente, desde la Córdoba argentina hasta el México donde era ministro José Vasconcelos, no sólo nos haría más sabios y justos, sino contribuiría a modificar la áspera realidad de tiranos y tierras intervenidas, que era la de toda la América Latina. Nunca como en esos días tuvimos el deseo de ser más generosos. Pensábamos que otra generación de la Independencia habría de encontrarse, para restablecer la unidad de nuestro perdido destino continental. Cada estudiante que asaltaba la apasionada tribuna quería ser por un momento el nuevo Bolívar, el nuevo Martí. Padecíamos por toda la América de nuestra sangre, fuese la de la Revolución Mexicana o la Nicaragua de Sandino¹⁷.

Hilos de un mismo pensamiento americanista se entretejían para abarcar dos siglos de espera frente a una misma pasión liberadora. Ese

¹⁷ “En la fértil provincia señalada”, *Autobiografías*, p. 203.

mesianismo social lo indujo a participar en la vida política. Anarquismo, marxismo y socialismo en ciernes cubrían el espacio ideológico de Chile en los años del 20 al 30. Picón Salas lee a los socialistas europeos, especialmente Fauré y los marxistas disidentes: Rosa Luxemburgo, De Mann. Se acerca a las líneas no dogmáticas del marxismo. En aquellos años también los marxistas, como los socialistas, propugnaban un internacionalismo proletario de espaldas a las realidades turbulentas de América Latina.

En el Instituto Pedagógico estudió Historia y Filosofía. Colaboró en la revista *Claridad*, semanario estudiantil, fundado por el poeta Alberto Rojas Jiménez, junto a Raúl Silva Castro y Rafael Yepes. Allí colaboraban también Eugenio González Rojas, Juan Gómez Millas, Rudecindo Ortega, Roberto Meza Fuentes, José Domingo Rojas, Pedro León Loyola, Carlos Vicuña, Alex Varela¹⁸.

La Biblioteca Nacional de Chile forjó la erudición del latinoamericano y maestro de la prosa, al lado de un amigo entrañable: Guillermo Feliú Cruz. El tránsito por el Instituto Pedagógico, labró un educador y un combatiente por las causas sociales y culturales. Las lecturas de José Ingenieros (*Evolución de las ideas argentinas*), Samuel Ramos (“Nacionalismo y cultura”) y Alfonso Reyes (“México en una nuez”), lo proveyeron de métodos y le insinuaron ideas para las primeras meditaciones sobre América Latina, expuestas en una conferencia que dictó en la Universidad de Concepción (“Hispanoamérica, posición crítica”, 1931). Los libros y conferencias del pintoresco le contagiaron la idea de ecumene, reiterada como idea y propósito a largo de su escritura ensayística.

Igual que Ugarte, Picón Salas reacciona contra el excesivo culto a la forma de los modernistas. En diciembre de 1933 escribía en Chile esta reflexión:

... es preferible para un escritor vivir su tiempo, trasudar un poco con la multitud, disolver en su retorta estas sales que cristaliza cada época, antes que encerrarse en la campana aisladora de una forma per-

¹⁸ Cf. Rolando Mellafe, Antonia Rebolledo y Mario Cárdenas, *Historia de la Universidad de Chile*. Santiago de Chile, Edics. de la Universidad de Chile, 1992, p. 150.

fecta pero vacía. (...) Hay por ahí una tradición literaria apretada como en un herbario en las Antologías, de hombres que persiguieron la forma con la obstinación del maniático. Pero la forma no se busca: se crea. El error y el olvido que ya cubre a algunos escritores de América, como Rodó, es que ganaron en forma lo que perdieron en vida y pasión”¹⁹.

Sin duda Picón Salas había consultado el prólogo y la *Antología de nuevos escritores hispanoamericanos* compilada por Manuel Ugarte. El Prólogo fue causa de rechazo por parte de Rodó. Picón Salas se identificaba más con uno de sus grandes amigos y maestros: Alfonso Reyes, quien ese año de 1933 descansaba en Santiago de Chile. En una carta inédita para Ricardo A. Latcham, otro de sus grandes amigos, quien reposaba en Pucón, escribe Picón Salas:

Aquí entre las novedades literarias está la llegada de Alfonso Reyes que viene a buscar unos días de reposo cordillerano, pues se siente muy cansado de trópico y diplomacia. No va a desempeñar ninguna actividad pública. Hoy lo fui a ver al “Crillón” y tuvimos con este hombre pequeñito de cuerpo pero de espíritu muy fino, una hora de charla muy cordial. Le di para que contrarrestara la impresión del mundo oficial un panorama de los problemas que a nosotros nos interesan; le hablé de ti y de los hombres jóvenes que representan dentro de la soterrada vida chilena un nuevo ímpetu. Él, por lo demás, estaba bien informado de nuestro movimiento²⁰.

En esa etapa creemos que fue determinante su amistad con Eugenio González Rojas, curtido en la acción política desde su adolescencia, como presidente de la Federación de Estudiantes (1920). Eran días en que la unidad de los estudiantes con los obreros presagiaba cambios y

¹⁹ “Prólogo y digresiones sobre América”, *Dependencia e independencia en la historia hispanoamericana*. Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”, 1977, p 24.

²⁰ Fechada en Santiago el 16 de agosto de 1933, dirigida a Latcham en Pucón, donde se hallaba recuperándose por trastornos de salud.

sacudidas sociales. Cuando el 4 de junio de 1932 ocurre el derrocamiento de Juan Esteban Montero e insurge la efímera revolución socialista de Marmaduque Grove, Eugenio González Rojas es nombrado Ministro de Educación. Un año después, con el mismo Marmaduque, Salvador Allende y Oscar Schnake, Eugenio González aparece entre los fundadores del Partido Socialista que nace el 19 de abril de 1933.

Al ocurrir la Revolución de Marmaduque Grove, el rector de la Universidad de Chile presentó renuncia. Lo reemplazó una junta rectoral de tres miembros: Pedro Godoy, profesor de la Escuela de Arquitectura; Pedro León Loyola, profesor del Instituto Pedagógico y Mariano Picón Salas, profesor de la Escuela de Bellas Artes. Aquella experiencia duró apenas doce días, pero Picón Salas no la olvidó nunca y, en la madurez caraqueña, con humor afirmaba: “Don Andrés Bello y yo hemos sido los únicos venezolanos que alcanzamos el alto honor de ser rectores de la Universidad de Chile”. Feliú Cruz opina sobre aquella experiencia rectoral de Picón Salas y lo ubica en los contextos ideológicos del momento:

Representaba las aspiraciones de la izquierda revolucionaria de Chile. Se hallaba cerca de las doctrinas proclamadas por el Partido Socialista, cuyo jefe era Eugenio Matte Hurtado. Picón-Salas prudentemente no hacía ostentación visible de partidismo, y creo sinceramente que nunca lo hizo. Su condición de extranjero lo alejaba de las tiendas de sus afecciones ideológicas y por eso no formó parte del Partido Socialista ni de ningún otro. Pero estaba identificado con él y era uno de sus mentores, junto con Eugenio González, Oscar Schnake, Manuel Eduardo Hubner, Arturo Bianchi, Luis Mandujano Tobar, Arturo Natho, Julio César Jobet y otros más con quienes hizo intensa vida de camaradería intelectual²¹.

En las revistas de ideas hizo armas conceptuales en aproximación a los anarcosindicalistas y socialistas. Su tarea literaria e ideológica de mayor impronta fue la fundación de la revista *Índice*, en la cual lo res-

²¹ *Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas*. Santiago de Chile: Edit. Nascimento, 1970, pp. 32-33.

paldaron sus compañeros de literatura y luchas Eugenio González Rojas, Ricardo A. Latcham, Oscar Vera, Raúl Silva Castro, Héctor y Humberto Fuenzalida, Benjamín Subercaseaux, junto a otros pertenecientes a promociones anteriores: Mariano Latorre, Fernando Santiván, Domingo Melfi. Al comentar la revista, Guillermo Feliú Cruz anota que *Índice* era una revista “de carácter literario, pero en cuyo fondo ideológico palpitaban muy vivamente las ideas socialistas del grupo político al que pertenecían los cofundadores”²². El crítico lo considera ya, con Latcham, un “líder intelectual..., obraba por presencia, con socrática vocación, sin ningún residuo pedagógico, con señorío y elegancia de ademanes y actitudes”²³. Latcham, por su parte, estima que *Índice*, congregó un grupo extraordinario de intelectuales, “de múltiple categoría y de generaciones diversas, mancomunadas en un esfuerzo creador que contribuyó a enriquecer y ensanchar los horizontes de la cultura nacional y a despertar una nueva vocación americanista frente al aislamiento en que vivieron las promociones europeizantes más antiguas”²⁴.

En la carta a Latcham, de 1933, Picón Salas habla del grupo de trabajo político donde Fernando Santiván jugaba papel importante. Proyectaban un periódico de combate contra los facistas y los marxistas que se enfrentaban entre ellos y contra los socialistas.

Al lado de la lucha política llevada con discreción, Picón Salas se adentraba día a día en el conocimiento de la historia hispanoamericana como territorio de su futuro ensayístico. La información histórica sobre el mundo colonial chileno e hispanoamericano fue el hilo conductor hacia un americanismo crítico, donde la búsqueda de un humanismo nuevo le permitiera comprender la cultura continental con visión “ecuménica”, similar a la de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, con quienes tuvo analogías en la reflexión desapasionada sobre los problemas de América Latina y Europa.

El sentimiento de unidad latinoamericana, casi premonitorio, leído en Lastarria, Bilbao, Alberdi, Sarmiento, Hostos, Martí, Ingenieros

²² *Ibid.*, p. 33.

³³ *Ibid.*, p. 65.

²⁴ Ricardo A. Latcham, Prólogo a *Ensayos escogidos*. Comp. de Juan Loveluck. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1958, p. xi.

y Ugarte, trabajaba ya desde los años treinta en el pensador que soñaba un proyecto modernizador de América Latina. Ese sentimiento aflora casi como un desgarramiento geológico de su enorme amor por la tierra y el pueblo chilenos, que tanto le dolían. No en vano escribió al final de su ensayo “Intuición de Chile”:

Pensamos que, como en las logias y los ejércitos de hace cien años, nuestra inquieta juventud de América volverá a encontrarse para realizar un plan grandioso. Veremos entonces que lo que nos une es mucho mayor que lo que nos separa; que el aislamiento es lo que nos entrega a la voracidad extranjera, y lo que debilita en esta América que habla español, el sentimiento nacional. Chile, como toda nación indoamericana, busca esa idea nacional que no puede edificarse sino sobre la común Cultura, la organizada Economía y la vasta voluntad de permanencia histórica.

Al bloque cultural y político latinoamericano con que ya soñamos, para salvarnos, Chile aporta su tradición de pueblo sagaz y tranquilo que conoció el Estado mientras otros vivían la montonera, que tiene ya una industria que aspira a ser libre, pero que sufre como todos de falta de eco, de afonía espiritual²⁵.

Esa búsqueda de resonancia más allá de las fronteras mismas recorre toda la obra posterior de Picón Salas. Tanto como a Reyes y Henríquez Ureña, sus pares en la nueva búsqueda de un americanismo universal, le preocupa la expresión de nuestra cultura y su acceso al contexto de las naciones del mundo. No se queda en la subordinación eurocéntrica. Si Hegel nos había echado de la Historia, los nuevos pensadores buscaban una re inserción justa, sin minusvalía. En 1933, Picón Salas formulaba un modelo dialéctico de la Historia de América, donde puede percibirse ya la visión del problema cultural desarrollado en su

²⁵ “Intuición de Chile”, *Viajes y estudios latinoamericanos*. Caracas, Monte Ávila, 1987, p. 19.

obra posterior. Comienza por descartar el prejuicio de una América del Norte madura y robusta y la otra América salvaje o rupestre. Desecha la idea de los europeizantes de una América joven y por tanto inmadura para acceder al pensamiento filosófico puro. Sería el punto medular de una futura interrogante polémica sobre si existía una filosofía americana. Retorna a la elemental dialéctica de Hegel, para simplificar una propuesta rectora de su ideario de madurez: “Primero debemos unir en una voluntad nacional los miembros de un mismo grupo (tesis); oponernos a las fuerzas que la obstaculicen (antítesis) y podremos convivir con ellas cuando cada grupo actúe en pie de igualdad dentro de una común y más vasta proyección universal (síntesis). Latino-americanismo, Anti-Imperialismo, Americanismo Integral son las obligadas etapas de esta concepción dialéctica de nuestra Historia”²⁶.

A partir de ese planteamiento esquemático, Picón Salas irradiaría su meditación incansable por comprender las grandes separaciones político culturales entre América Latina y Europa o las dos “Américas desavenidas”: la sajona y la latina. Buscaba superar el maniqueísmo idealista de Ariel y Calibán, llegar a una armonía basada en una revisión del sistema democrático, de un trato justo entre iguales y de una conciencia humanística o “ecuménica” de la cultura como convivencia universal en la justicia y en la armonía. Esas constantes de su pensamiento tuvieron un punto de partida en un tiempo y un espacio: el tiempo de la juventud en efervescencia intelectual y política y el espacio de Chile, un país donde fue modelando la arquitectura de una pasión: el americanismo universal.

El balance chileno hizo de Picón Salas un hombre opulento. Regresó con la misma pobreza material que ostentó siempre. Sus caudales sumaron siete libros, tres de narrativa, tres de ensayos y uno de crónicas escrito en colaboración con Guillermo Feliú Cruz²⁷. Afectiva y espiritualmente, se llevó una esposa (Isabel Cento) y una hija (Delia),

²⁶ “Prólogo y digresiones sobre América”, *Dependencia e independencia en la historia hispanoamericana*. Caracas, CELARG, 1977, pp. 23-24.

²⁷ *Mundo imaginario*, 1927 [Prosa poética y narraciones]; *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica*, 1935; *Hispanoamérica posición crítica*

nacida en la navidad de 1937. Dejó dos hermanas que residen en Santiago (Ada y Josefina). Por último una gran nostalgia de amigos y paisajes de los cuales no se despojó nunca. Años más tarde, en un libro autobiográfico, *Regreso de tres mundos* dejó testimonio. Creo que lo condensó en estas frases: “Moré en todos los barrios, viví todas las vidas, conocí la inquietud, la pena o el goce. Porque llegué tan joven, se acabó de formar el hombre. Hay en mi alma cicatrices chilenas que se ahondan junto a las cicatrices venezolanas. Y la imaginación volandera, aun cuando fuese arrastrada hacia otras comarcas, siempre añora aquel verdor del valle de Santiago con su trasfondo de nieves y sus avenidas de álamos”²⁸.

ca, 1931; *Odisea de tierra firme (Relatos de Venezuela)*, 1931; *Preguntas a Europa*, 1937 [Ensayos]; *Problemas y métodos de la historia del arte. Dos conferencias didácticas*, 1934; *Registro de huéspedes* [Novela], 1934; *Imágenes de Chile: vida y costumbres chilenas en los siglos XVIII y XIX a través de testimonios contemporáneos*. Selec. y notas de MPS y Guillermo Feliú Cruz, 1933.

²⁸ Mariano Picón Salas, “En la fértil provincia señalada”, *Regreso de tres mundos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1959.

ESTADOS UNIDOS Y AMÉRICA LATINA
DIÁLOGO E INCOMUNICACIÓN*

“El norteamericano tiene una experiencia técnica que nos es útil y sobreabunda en riquezas que necesitamos para acrecentar el bienestar común. Pero el hecho de su poder extraordinario no justifica nuestro achicamiento.

Colaboración no es subordinación ni olvido de la personalidad. Colaboración es igualdad. Claro que es en extremo difícil la sociedad del gato y el ratón. El ratón corresponde al pitiyanqui. Puede, en cambio, haber sociedad de gatos grandes y de gatos pequeños. Yo sólo aspiro a que en nuestra relación con el gran país del Norte hagamos el papel de gatos magros y no de ratones gordos. Grandes ellos, pequeños nosotros, podemos hablarnos y entendernos en el común idioma felino”.

Mario Briceño Iragorry.

“Léxico para antinacionalistas”, *Aviso a los navegantes*, 1953.

En 1953, asumía la Presidencia de los Estados Unidos el General Dwight Eisenhower. Getulio Vargas se suicidaba en Brasil. José Stalin moría en Moscú. Corea era repartida en Norte y Sur. Casi medio siglo ha transcurrido de aquellos hechos. En 1954 Guatemala fue convertida por fuerza de una campaña reiterada en la prensa y en los primeros canales de televisión, en “enemigo de la paz y de la civilización occidental y cristiana”; cometía el delito de aplicar una Ley de Reforma Agraria, mediante la cual quedaban expropiadas las tierras de la United Fruit Co. y eran entregadas a los campesinos que trabajaban como obreros de la empresa bananera. El enemigo se llamaba Jacobo Arbenz. “Para erradicar las ideas exóticas que ponen en grave peligro el mundo libre” era convocada en la Ciudad Universitaria de Caracas la X Conferencia

* Texto leído en el Ateneo de Santiago de Chile, el 15 de noviembre de 2001.

Interamericana de Cancilleres. El convocante era el Secretario de Estado John Foster Dulles. El punto único era lograr un diálogo que permitiese intervenir en Guatemala para exterminar la amenaza continental. Numerosos países latinoamericanos estaban regidos por dictaduras militares: Duvalier en Haití, Trujillo en República Dominicana, Batista en Cuba, Somoza en Nicaragua, Rojas Pinilla en Colombia, Odría en Perú, Stroessner en Paraguay. En Venezuela gobernaba Marcos Pérez Jiménez. Había desconocido unas elecciones en 1952. Su enemigo público era Mario Briceño Iragorry, pensador católico nacionalista. Es el autor del párrafo que sirve de epígrafe a estas palabras. Había obtenido la máxima votación como diputado a un Congreso Constituyente. Las elecciones fueron desconocidas. Briceño Iragorry, exiliado en Madrid, fue agredido “por manos desconocidas” cuando salía de escuchar una misa dominical.

En 1953, Alejo Carpentier presidía una Comisión Organizadora del Primer Festival Latinoamericano de Música. Fue inaugurado con el *Retrato de Abraham Lincoln*, de Aaron Copland. La ciudad universitaria inauguró el Aula Magna con un dispositivo móvil acústico diseñado por Christopher Calder. Carpentier leyó un texto que en su elegante barroco sonaba a percusiones caribeñas: “Calder, calderero prodigioso”. La intención era, en medio de la guerra fría, reabrir un diálogo inteligente de América Latina con Estados Unidos y, tal vez, disuadir al vehemente adversario de Guatemala para que dejase vivir un experimento de democracia social. Ella pudo haber sido entonces un modelo de justicia y tolerancia, de no haber sido porque el Secretario de Estado halló al paso un coronel ad-hoc, a quien venderle aviones sobrantes de la Segunda Guerra. El coronel se llamaba Carlos Castillo Armas. La X Conferencia escuchó un encendido discurso del canciller Guillermo Toriello, quien presidía la delegación de Guatemala. Completaban el pequeño grupo el profesor Raúl Osegueda y el novelista Miguel Ángel Asturias. Pese a las protestas, la inasistencia de Costa Rica, los votos salvados de México y Argentina, quedó aprobada una Declaración sobre “la integridad de los países de América contra el comunismo y en defensa del mundo libre”. Unas semanas después, aviones militares

despegaban de Honduras para bombardear Guatemala. Árbenz es obligado a dimitir. Lo demás es conocido. En noviembre, Diego Rivera pintaba un mural transportable en colaboración con Rina Lazo. Estaba soportado en tela. Lo tituló *La gloriosa victoria* en homenaje al pueblo de Guatemala. El poeta venezolano Carlos Augusto León, exilado de la dictadura, leía unos “Versos ante el mural de la gloriosa victoria”, en el acto de presentación de la obra. Arte y tragedia se encontraron entonces. Fue un diálogo muy doloroso. Un año antes, el ensayista Mariano Picón Salas publicaba en *Cuadernos Americanos* de México, un ensayo que tituló “Américas desavenidas”.

La situación continental vuelve al dilema de la integración y la defensa de la autonomía. América Latina y el Caribe emergen como alternativa de equilibrio y llamado a la prudencia, frente a un mundo sacudido por nuevos conflictos militares y sociales, por urgencias postergadas. Las raíces remontan a los tiempos vesperales de la emancipación americana respecto a los imperios europeos. Fue un americanismo fundacional, coincidente con el auge de la Ilustración y los aires anunciadores del Romanticismo. Fue un Americanismo utópico, sin duda, y también la edad prenatal del concepto de nación derivado de la Revolución Francesa, donde arraigó el regionalismo político, ideológico y literario. Ambas visiones del Nuevo Mundo nacieron, pues, en coetaneidad contrapuesta. Son variaciones históricas sobre una misma inquietud. Sus contradicciones fertilizaron la evolución de unas repúblicas urgidas de pragmatismo, ávidas de alcanzar las metas de progreso material dentro de un orden pintoresco cimentado en el autoritarismo de los déspotas ilustrados que mitificaron y justificaron algunos intelectuales positivistas. Los aislamientos provocaron en muchos casos inestabilidad y pobreza. Ocasionaron nuevas invasiones o cercenamientos de territorio. Estos factores han impulsado nuevas crisis y alienaciones económicas. Los obnubilados las atribuyen a minorías socialmente inadaptadas, pero no analizamos a fondo sus motivaciones concretas. Hoy se regresa como en el mito de Sísifo a empujar con la fuerza de la mayoría depauperada el peso de viejos modelos de una libertad económica en detrimento del crecimiento y los derechos sociales. En los

análisis de costos se incluye una divisa macabra: las vidas humanas que morirán de hambre o de represión cuando protesten, una suerte de dólar supervivencia. Se tiende a devaluar la Utopía al usarla como un calificativo despectivo para juzgar nuevos proyectos, cuando éstos se dirigen a la enorme base social marginada de la historia y de la riqueza. Ahí reside el fermento mayor de la violencia. Lo complementa la falta de diálogo como existía en los momentos de lucha por la independencia de todo el Continente.

En 1898 la voladura de un barco norteamericano en el Puerto de La Habana abría una fisura profunda en las relaciones de Estados Unidos con América Latina. La llamada guerra Hispano-americana y la intervención de Estados Unidos en la Independencia de Cuba, en la isla de Puerto Rico y en el Archipiélago de Filipinas, dividió las opiniones en nuestros pueblos. El temor a nuevas ingerencias comenzó a adquirir fuerza de tormenta. El mundo de habla hispánica vivió una suerte de reconciliación con España, al menos en el terreno intelectual y espiritual. Los últimos vestigios de dominación peninsular en nuestro Continente quedaban extinguidos. De las cenizas de Cavite, el arsenal naval español en Filipinas, parecían brotar voces de advertencias. En 1899, César Zumeta, un positivista venezolano escribía su ensayo *El continente enfermo*, en el cual llamaba a una alianza de los pueblos hispanoamericanos, frente a la real amenaza de Estados Unidos que desde Bolívar, con su rechazo a la Doctrina Monroe (1823), venía recorriendo la reflexión de los mayores pensadores hispanoamericanos. Sería larga la enumeración de ensayos que desde entonces fueron circulando en casi todos nuestros países, para llegar al punto donde culmina una primera etapa de análisis con la dicotomía simbólica expuesta por José Enrique Rodó en su célebre libro *Ariel* (1900).

Después de *Ariel*, el tono reflexivo de los ensayistas se hace más enfático, la denuncia es más directa. Un escritor argentino, Manuel Ugarte, comienza a plantear la controversia como una cruzada hispanoamericana. Se inicia hace cien años con dos ensayos escritos en París y publicados en Madrid: “El peligro yanqui” y “La defensa latina”. Un conjunto de textos posteriores se agrupan luego en el libro *El porvenir*

de la América Española (1912), con el cual Ugarte emprende una campaña de diálogo por toda América, especialmente con las juventudes universitarias. En la Universidad de Columbia dicta una conferencia, recibida con preocupación por los organismos de gobierno y con entusiasmo por jóvenes que empezaban a entender un diálogo inútil, convertido muchas veces en un soliloquio de voz que impone desde el Norte y unos pueblos de espaldas que desoyen desde el Sur del Río Grande. En su charla denunció la cronología de intervenciones y atropellos librados contra nuestras repúblicas a lo largo de los años, con diversos pretextos.

Ugarte concebía América Latina como una sola nación: la Patria Grande. La oponía, en relación análoga con la dicotomía de Rodó, a la América Sajona. Pero su pensamiento era más combativo. Se dolía de la incomunicación y el desconocimiento entre nuestras repúblicas y la mirada vuelta hacia Europa o el Asia.

Sabemos lo que pasa en China, –escribe en 1901– pero ignoramos lo que ocurre en nuestro propio Continente. De aquí que las repúblicas nacidas de un mismo tronco, sean tan disímbolas. Cada una se ha desarrollado aislada, dentro de sus fronteras, multiplicándose por sí misma, sin recibir más influencia exterior que la que le venía de Europa en forma de inmigración ávida de lucro. De suerte que muchas de esas sociedades abandonadas por los españoles en plena infancia, han seguido repitiendo los gestos del coloniaje, sin tratar de relacionarse entre ellas¹.

Recién concluida la primera guerra mundial, en 1919, Ugarte escribió una carta a la Federación Universitaria Argentina, protagonista de la Reforma de Córdoba. Llamaba a evitar la discordia y las controversias entre naciones latinoamericanas, asediadas y golpeadas por sucesivas intervenciones o por conflictos fronterizos. Y con voz admonitoria planteaba en su carta: “Provocar nuevas guerras sería ofrecer a

¹ “La defensa latina” (1901), *La nación latinoamericana*. Caracas, Biblioteca Ayacucho N° 45, 1978, p. 4.

los extraños fácil oportunidad de censura y hasta propicia ocasión para intervenciones contrarias a nuestra dignidad continental. Lo que nuestra América necesita es paz, trabajo y cordura; paz, para estabilizar la vida; trabajo para valorizar la riqueza y cordura, para prever el porvenir”. Líneas más adelante, agregaba otra reflexión cuya actualidad sorprende por la semejanza con argumentos expuestos en nuestros días por filósofos tan respetables como Leopoldo Zea.

En 1912, como parte de su cruzada por todo el Continente, Ugarte habló ante profesores y estudiantes de la Universidad de Columbia. Empezó advirtiendo que no hablaba “...como adversario de un pueblo. Vengo a hablar como adversario de una política”. Y su mensaje era la búsqueda o reanudación de un diálogo de iguales como el sostenido en la época de las luchas comunes por la independencia. En su conferencia resalta:

La paz y el buen acuerdo entre los pueblos sólo pueden estar basados sobre la justicia y donde no hay equidad, no existe nunca el orden, ni la amistad durable. Si yo vengo a hablar aquí contra el mal del imperialismo, no es para desafiar vanamente a la opinión: es porque acaricio el deseo de contribuir a desvanecer los antagonismos, es porque abrigo la esperanza de ver a toda América fraternamente unida en el futuro como lo estuvo en las épocas de la independencia, cuando, sin distinciones de lengua ni de origen las colonias que descendían de Inglaterra como las que se segregaban de España y de Portugal, las de procedencia anglosajona como las de filiación latina, se lanzaban en bloque a la conquista de su personalidad².

Lo que Ugarte llama “conquista de su personalidad” es en el fondo el mismo planteamiento que Leopoldo Zea ha reiterado como una de las dos búsquedas constantes en la historia del pensamiento latinoamericano: la identidad y la emancipación mental.

En su recorrido de 1912 por la mayoría de los países latinoamericanos, Manuel Ugarte habló en la Universidad Central de Venezuela.

² “Los pueblos del Sur ante el imperialismo norteamericano” (1912), *Ibid.*, pp. 71-72.

La dictadura de Juan Vicente Gómez reprimía el país. El orador argentino pronunció simplemente unas palabras sobre Bolívar. Fueron muy breves, pero lo suficientemente conmovedoras para dejar embelesado a un joven estudiante de dieciséis años: Mario Briceño Irigorry. Ambos se reencontraron cuando eran representantes de sus respectivos países en Centroamérica, por 1948.

En 1909, en México, nació el *Ateneo de la Juventud*, tribuna donde confluyeron inteligencias elevadísimas como las de Antonio Caso, Samuel Ramos, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. De aquel centro partió una búsqueda de la identidad nacional y continental y su expresión en la cultura. La reflexión deja a un lado el hermetismo nacionalista para insertarse en la conquista de nuestro espacio en el mundo moderno. Era una forma de poner en diálogo las dos culturas contrapuestas: la sajona y la latina. Vasconcelos hablaría de una raza cósmica. Reyes y Henríquez Ureña buscan las coincidencias culturales dentro de la diversidad de civilizaciones. Respecto a Estados Unidos más que la confrontación procuran la comprensión que conduzca al entendimiento entre iguales, superada la soberbia hegemónica de uno y la sumisión temerosa de otros.

El ensayista dominicano Pedro Henríquez Ureña, decidía abandonar México en 1924, para radicarse en Argentina. Era un hombre de 30 años. Dictaba cursos en Buenos Aires y en la Universidad de La Plata. En esta última, pronunció en 1925 una conferencia para los alumnos y profesores. La tituló "Patria de la justicia". Comenzaba con una frase cuya retórica recuerda sus tempranas lecturas de Martí, a quien dedicó un ensayo en 1905: "Nuestra América corre sin brújula en el turbio mar de la humanidad contemporánea". Era una meditación sobre los problemas de la integración cultural latinoamericana como una utopía realizable. Enfatizaba una vez más en la necesidad del diálogo y la diferencia. Se preguntaba dónde más sino en América podían fructificar las utopías. Una de ellas era el sentimiento de unidad americana que nutrió el ideario desde los primeros ilustrados que vivieron el proyecto emancipador. La época donde el diálogo de las Américas sajona e hispana era solidario y entre iguales. Cuando Miranda se incorporó a la lucha por la

Independencia norteamericana y, a su regreso, para iniciar su proyecto emancipador desde Venezuela, desembarcó en Nueva York. Fue invitado a cenar por el presidente Thomas Jefferson, su viejo compañero de luchas emancipadoras. El regalo de Miranda para el mandatario fue un ejemplar de la *Historia natural de Chile*, del abate Molina. Ahora, en 1925, Henríquez Ureña afirma ante los universitarios argentinos:

La primera utopía que se realizó sobre la tierra –así lo creyeron los hombres de buena voluntad– fue la creación de los Estados Unidos de América: reconozcámoslo lealmente. Pero a la vez meditemos en el caso ejemplar: después de haber nacido de la libertad, de haber sido escudo para las víctimas de todas las tiranías y espejo para todos los apóstoles del ideal democrático, y cuando acababa de pelear su última cruzada, la abolición de la esclavitud, para librarse de aquel lamentable pecado, el gigantesco país se volvió opulento y perdió la cabeza; la materia devoró al espíritu; y la democracia que se había constituido para bien de todos se fue convirtiendo en la factoría para lucro de unos pocos. Hoy, el que fue arquetipo de libertad, es uno de los países menos libres del mundo.

¿Permitiremos que nuestra América siga igual camino? A fines del siglo XIX lanzó el grito de alerta el último de nuestros apóstoles, el noble y puro José Enrique Rodó nos advirtió que el empuje de las riquezas materiales amenazaba ahogar nuestra ingenua vida espiritual; nos señaló el ideal de la magna patria, la América española. La alta lección fue oída; con todo, ella no ha bastado, para detenernos en la marcha ciega. Hemos salvado, en gran parte, la cultura, especialmente en los pueblos donde la riqueza alcanza a costearla; el sentimiento de solidaridad crece; pero descubrimos que los problemas tienen raíces profundas. Debemos llegar a la unidad de la magna patria; pero si tal propósito fuera su límite en sí mismo, sin implicar mayor riqueza ideal, sería uno de tantos proyectos de acumular poder por el gusto del poder, y nada más. La nueva nación sería una potencia internacional, fuerte y temible, destinada a sembrar nue-

vos terrores en el seno de la humanidad atribulada. No: si la magna patria ha de unirse, deberá unirse para la justicia, para asentar la organización de la sociedad sobre bases nuevas, que alejen del hombre la continua zozobra del hambre a que lo condena su supuesta libertad y la estéril impotencia de su nueva esclavitud, angustiosa como nunca lo fue la antigua, porque abarca a muchos más seres y a todos los envuelve en la sombra del porvenir irremediable³.

Por los años en que llegaba Henríquez Ureña a la Argentina, un venezolano, Mariano Picón Salas, iniciaba estudios en el Instituto Pedagógico de Chile. Había nacido en 1901. Compartió lecturas de adolescencia con el pensador católico Mario Briceño Iragorry. Ambos se iniciaron, como tantos jóvenes de la época, en revistas que se llamaron *Ariel*, por la admiración casi mítica hacia el libro de José Enrique Rodó.

Los trece años de vida chilena vieron crecer a uno de los ensayistas más consistentes en la renovación de un pensamiento hispanoamericanista del nuevo rumbo. A diferencia del maniqueísmo arielista o del apasionado discurso, a veces panfletario más que ensayístico, escrito por otros pensadores coetáneos como César Zumeta (*El continente enfermo*, 1899), José María Vargas Vila (*Ante los bárbaros*, 1900), Rufino Blanco Fombona (*La americanización del mundo*, 1902), Picón Salas conserva la lucidez analítica de Martí (*Nuestra América*, 1896) y el reparo enérgico de Ugarte (*El peligro yanqui*, 1901), pero imprime a la dialéctica de su pensamiento un tono de equidad compartido también por Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, en lo que éste último llegó a calificar como la búsqueda de una “*anficciónia* de la inteligencia americana”.

³ “Patria de la justicia” (1925), *La utopía de América*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, N° 37, p 10-11.

La información histórica sobre el mundo colonial chileno e hispanoamericano fue el hilo conductor hacia un americanismo crítico, donde la búsqueda de un humanismo nuevo le permitiera comprender la cultura continental con visión *ecuménica*.

Esa búsqueda de resonancia, más allá de las fronteras, recorre toda la obra posterior de Picón Salas. No se queda en la subordinación europocéntrica. Si Hegel nos había echado de la Historia, los nuevos pensadores buscaban una reinsertión justa, sin minusvalía. En 1933, Picón Salas formulaba un modelo dialéctico de la Historia de América, donde puede percibirse ya la visión del problema cultural desarrollado en su obra posterior. Comienza por descartar el prejuicio de una América del Norte madura y robusta y la otra América salvaje o rupestre. Desecha la idea de los europeizantes de una América joven y por tanto inmadura para acceder al pensamiento filosófico puro. Sería el punto medular de una futura interrogante polémica sobre si existía una filosofía americana, planteado por Sebastián Salazar Bondy. Retorna a la elemental dialéctica de Hegel, para simplificar una propuesta rectora de su ideario de madurez: “Primero debemos unir en una voluntad nacional los miembros de un mismo grupo (tesis); oponernos a las fuerzas que la obstaculicen (antítesis) y podremos convivir con ellas cuando cada grupo actúe en pie de igualdad dentro de una común y más vasta proyección universal (síntesis). Latino-americanismo, Anti-Imperialismo, Americanismo Integral son las obligadas etapas de esta concepción dialéctica de nuestra Historia”⁴.

Para Alfonso Reyes, la *inteligencia americana* es un concepto menos ambiguo que los excluyentes de civilización y de cultura. En la praxis, el sentido de esa inteligencia está ligado a un modo de ser diferenciado de dos polos de atracción: Estados Unidos o Europa. Entre ambos, nuestra heterogeneidad etnocultural es garantía de la futura raza cósmica de que habló José Vasconcelos; pero sobre todo, nuestra inteligencia hace de América Latina un continente cuya especificidad se

⁴ “Prólogo y digresiones sobre América”, *Dependencia e independencia en la historia hispanoamericana*. Caracas, CELARG, 1977, pp. 23-24.

resume en estos rasgos, mucho más hondos que los del simple mestizaje étnico, ya comprobadamente común a casi todos los pueblos de la tierra:

Para esta hermosa armonía que preveo, la inteligencia aporta una facilidad singular, porque nuestra mentalidad, a la vez que tan arraigada a nuestras tierras como ya lo he dicho, es naturalmente internacionalista. (...) En tanto que el europeo no ha necesitado de asomarse a América para construir su sistema del mundo, el americano estudia, conoce y practica a Europa desde la escuela primaria. De aquí una pintoresca consecuencia que señalo sin vanidad ni encono; en la balanza de los errores de detalle o incomprendiones parciales de los libros europeos que tratan de América y de los libros americanos que tratan de Europa, el saldo nos es favorable. (...) Nuestro nacionalismo connatural, apoyado felizmente en la hermandad histórica que a tantas repúblicas nos une, determina en la inteligencia americana una innegable inclinación pacifista. Ella atraviesa y vence cada vez con mano más experta los conflictos armados y, en el orden internacional, se deja sentir hasta entre los grupos más contaminados por cierta belicosidad política a la moda. Ella facilitará el gracioso injerto con el idealismo pacifista que inspira a las más altas mentalidades norteamericanas. Nuestra América debe vivir como si se preparase siempre a realizar el sueño que su descubrimiento provocó entre los pensadores de Europa; el sueño de la utopía, de la república feliz, que prestaba singular calor a las páginas de Montaigne, cuando se acercaba a contemplar las sorpresas y las maravillas del nuevo mundo⁵.

Desde 1927, Reyes y Picón Salas mantenían una estrecha correspondencia donde intercambiaban puntos de vista a veces condensados

⁵ “Notas sobre la inteligencia americana”, *Fuentes de la cultura latinoamericana*. Leopoldo Zea; comp. México, Fondo de Cultura Económica, vol. 1, 1993, p. 248.

en una frase, a veces en proyectos de libros o en lecturas intercambiadas y comentadas⁶. Se conocieron personalmente en Santiago en 1933. En carta inédita a Ricardo Latcham lo describe así: “Hoy lo fui a ver al Crillon y tuvimos con este hombre pequeñito de cuerpo pero de espíritu muy fino, una hora de charla muy cordial”.

El pensamiento americanista de Picón Salas evoluciona a partir de una primera conferencia dictada en la Universidad de Concepción. La tituló “Hispanoamérica, posición crítica”⁷. Las coincidencias con Reyes y Henríquez Ureña son notables. Hay en ese ensayo un primer esbozo de su concepción *ecuménica* del americanismo histórico y cultural. La idea de *ecumene* se fija en él con la lectura de Keyserling. Opone el concepto de ilustración, (homologado con progreso), al de cultura en un sentido más espiritual y humanista. Rechaza el individualismo intelectual como falsa cultura, frente a la gran masa social marginada de la realidad cultural y educativa. Hay ya en esas páginas de juventud un empeño reflexivo de comprender nuestra cultura continental como unidad dentro de las diferencias que surgen del análisis comparativo. En la conclusión está uno de los momentos luminosos y proféticos de su meditación americana: la búsqueda de unidad dentro de lo específico de nuestra geografía, como una vía de dialogar con otras culturas que también andaban ya en procura de unidad para el diálogo entre iguales. Cuando aborda el problema del individualismo histórico de donde emergieron las versiones mesiánicas de nuestros caudillismos, señala que hemos sido pueblos de *biografía* más que de *historia*. Nos parecemos a esos semitas de los primeros milenios de la historia antigua, pueblos en perpetua movilidad y nomadismo, entre los cuales despuntaba de pronto un profeta. Y precisamente porque ese profeta hablaba palabras extrañas, venía cargado de un destino profundo, se erigía sobre su pueblo de pastores como una voz sobrenatural, pasaba al relato oral o al folklore religioso, transfigurado. Un análisis de la

⁶ Cf. Gregory Zambrano; comp. *Odiseos sin reposo. Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes (Correspondencia, 1927-1959)*. Mérida, Venezuela, Fundación Casa de las Letras Mariano Picón Salas, 2001.

⁷ Fue publicada en la revista *Atenea* de la misma Universidad en 1931.

concepción americana de lo heroico nos revelaría semejante actitud de espíritu. La historia no puede aparecer ante nuestros ojos sino como maravillosa biografía; la concepción de fuerza social nos es muy abstracta, y preferimos ver pasar por el horizonte –aunque éste después se nuble– el rastro fulgurante de una personalidad⁸.

Su enfoque de la cultura como conciencia social fue producto de los cordiales aunque encendidos debates que el ensayista venezolano compartía con los escritores chilenos cuyas ideas eran expresadas tanto en la revista *Índice*, como en *Letras*, otra publicación que fundó y dirigió su amigo Salvador Reyes. En su conferencia, Picón Salas ironiza el individualismo europocéntrico, muy común a toda la Hispanoamérica de aquellos años donde se confrontaban los modernistas afrancesados y los gestores de un nacionalismo continental. Equidistante de ambos, su posición de equilibrio observaba críticamente cómo “Más que una conciencia social, la cultura suele parecernos aislado ornamento individual. Es privilegio de unos pocos que alardean de sus informaciones, o gozan de sus secretas búsquedas con mero designio decorativo - he dicho en otra parte-. El libro que les llegó por el último correo es para ellos hermoso como buen artículo de París; le extrajeron una metáfora o una paradoja con que enriquecieron su dandismo intelectual. Llevarán durante algún tiempo esa metáfora o esa paradoja como flor en la solapa, o irisará a la luz de sus cónclaves exquisitos, como una corbata del ingenio. Acentuamos de esta manera el tremendo desnivel americano entre el hombre ilustrado, que asume para nosotros el carácter esotérico de un mago en una sociedad primitiva, y el pueblo -nuestro sagrado pueblo de los himnos nacionales y las declamaciones patrióticas-, que está sumido aún en muchos países del continente, en oscura e inexpressada vida vegetativa”.

En las argumentaciones del filósofo mexicano Samuel Ramos, lector de Hegel, contemporáneo de Alfonso Reyes y junto a éste, forjador del universalismo cultural que despuntó en el *Ateneo de la Juventud* (1909), Picón Salas afinó el carácter de su cosmovisión cultural. Fue

⁸ “Hispanoamérica, posición crítica”, *Europa-América*. Caracas, Monte Ávila, 1996, p. 196.

el mismo pensamiento que vivió directamente Pedro Henríquez Ureña. Fue un ecumenismo que miró a Europa con óptica analítica. Y desde esa perspectiva integral, expone una de sus ideas que prevalecerá en la obra posterior. Leída a la distancia, aquella memorable conferencia resulta premonitoria de la incierta realidad de estos días:

Como las circunstancias nacionales y el proceso cultural en el continente tienen más de un punto de contacto, me atreví a hablar no de un país exclusivo, sino de toda América. No lo hice por alarde ni tendencia a la generalización. Creo que se nos aclaran las circunstancias peculiares de cada país cuando lo comparamos con otros. La historia es hoy, ante todo, historia comparativa. Todos nuestros pueblos con más o menos grados de progreso o de conquista técnica, viven las mismas inquietudes espirituales, reaccionan ante los mismos estímulos. Por otra parte, nuestra comprensión aumenta, nuestro destino se hace más responsable, cuando sobre las fronteras de nuestros países, que no son fronteras espirituales, tendemos una mirada de totalidad. Hace falta, por circunstancias que todos sabemos, no perder esa ecuménica posibilidad hispanoamericana. El hispanoamericanismo, si no se queda en las vanas fanfarrias y los discursos de las fiestas de la raza, si no es un pretexto para hacer retórica, si se apuntala en un firme método crítico, puede darle a la presente y a las próximas generaciones del Continente, una conciencia de raza y de cultura que sería lo mejor que nuestra América criolla ofreciera al mundo. Desgarrado por las crisis más dramáticas que conozca la historia de Occidente, óyense en el mundo contemporáneo clamorosas voces que piden unidad. El espíritu rebalsa las fronteras. Los pueblos de la misma tradición y del mismo origen, quieren agruparse. Ven venir peligros comunes, y como ovejas perdidas en los despeñaderos al atardecer, retornan al valle a apretar el rebaño. Hasta la misma Europa dividida y nacionalista pide unidad. (...) Por los otros confines del mundo se oyen el llamado hindú, el llamado islámico, el llamado hispanoamericano. Los pueblos sueñan en las anfictionías de razas y culturas que por sobre sus ambiciones

nacionales y pequeños odios, los purifiquen y les abran con mayor fe las puertas obstinadas del porvenir⁹.

En 1936, cuando Picón Salas regresó a Venezuela, Alfonso Reyes leía en Buenos Aires las “Notas sobre la inteligencia americana”. El venezolano fue designado Encargado de Negocios de Venezuela en Checoslovaquia. Era su primer viaje a Europa. La realidad cultural del Viejo Continente lo impactó y amplió en él sus reflexiones de aquella conferencia de la Universidad de Concepción. Volvió a Chile por corto tiempo. Aquí escribió otro ensayo bajo el título de *Preguntas a Europa*¹⁰. Fue el núcleo de un nuevo libro donde culmina la visión universalista de la cultura americana. La Guerra Civil Española y los albores de la Segunda Guerra Mundial fueron los impulsores de aquella angustiada reflexión. El libro culminante lo editó en México, con el título *Europa-América*. Lo subtitó “Preguntas a la esfinge de la cultura”¹¹. Alfonso Reyes le tendía la mano y su amistad se hizo más fraternal. Hay en ese nuevo libro un halo de angustia sobre el destino de la cultura. Sobre todo, hay una interrogante que mira a Hispanoamérica y a Estados Unidos como dos “Américas desavenidas”, éste último, nombre de otro ensayo escrito en 1951, cuyo mensaje, cincuenta años después, conserva una lúcida vigencia y casi estremece al lector de ahora, frente a las nuevas incertidumbres con las cuales despunta el tercer milenio:

Y lo que le da cierta fragilidad paradójica al inmenso poder norteamericano ante la presente angustia mundial, es que frecuentemente fallan fines y principios más altos que los de la expansión de los negocios y de los objetos de confort. No pueden plegarse a las pautas del usual conformismo inmanentista norteamericano, pueblos y

⁹ *Ob. cit.*, pp. 202-203.

¹⁰ Lo editó en Santiago e Chile bajo el sello e Editorial Zig-Zag. Fue reeditado casi de inmediato en La Habana, por Editorial Cultura, 1938.

¹¹ Apareció en números sucesivos de la revista *Cuadernos Americanos*. Después la Editorial el mismo nombre lo publicó en forma de libro en 1947.

culturas que han vivido experiencias más trágicas y desgarradas. El paria hindú, el indio de Sur América, el estudiante musulmán, protagonistas de pueblos en extrema o reprimida tensión, pueden ser más inquietos y descontentadizos que el próspero y satisfecho Mr. Babbitt. Por ellos hablan culturas o frustraciones milenarias. y no basta –como creen algunos norteamericanos– sustituir los principios teóricos, la Filosofía de una democracia mundial que a veces aceptó las alianzas y los intereses más bastardos, con la ayuda técnica a “los países atrasados”. Tanto como de auxilio material y tecnológico, esos pueblos están requeridos de comprensión y justicia. No serán tan sólo los tardíos herederos de un sistema industrial y capitalista; los últimos invitados de un festín que por el reclamo de fuera ya no era posible excluirlos. Se necesita una inteligencia supra-nacional que apacigue los resquemores y diferencias; que sea capaz de aproximarse con simpatía a lo distinto. No basta vencer porque es preciso convencer, decía Unamuno. Y el convencimiento –aquello que el Evangelio colocaba más allá de cada día– opera en zonas más desgarradas y misteriosas del alma, donde la necesidad se torna en fe¹².

El retorno al humanismo como llamado a la meditación serena pero firme, fue el discurso admonitorio de científicos, filósofos y escritores que vivieron o atestiguaron la Segunda Guerra Mundial. Entre los numerosos hispanoamericanos que llamaron a esa reflexión estuvieron Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y Mariano Picón Salas. Frente a la pesadilla contemporánea que cambió en la mentalidad del hombre la indiferencia por terror a partir del 11 de septiembre del 2001, volver a textos como *Europa-América*, si bien no soluciona los conflictos, al menos pone a pensar y a revisar comportamientos en el ámbito de la inteligencia que fundamenta la cultura y entona su instrumento comunicativo: la educación. El pensador venezolano concedía a las pequeñas naciones hispanoamericanas un sentido de arbitraje moral que los grandes centros hegemónicos del poder militar y económico no pueden

¹² “Américas desavenidas”. Publicado originalmente en *Cuadernos americanos* 10:4 (1951).

asumir ante el descrédito que produjo el horror. En 1946, después de la explosión atómica de Hiroshima y Nagasaki, escribió: “Quizás el proceso ecuménico del hombre que llamamos Historia Universal no sea más que el conflicto entre la voluntad de poder y la voluntad de cultura, entre las fuerzas de derroche y de destrucción y las de creación y conservación”¹³. Es posible que los pueblos hispanoamericanos estén inermes ante el poder de la decisión, pero no ante el poder de la reflexión que llame a una equidad prudente y no a una sumisión genocida incondicional. Ahí el reto para la Universidad latinoamericana y los intelectuales, como árbitros de un desbordamiento irracional. Picón Salas fue un ejemplo de equilibrio hace medio siglo. La indiferencia culpable ya no cabe en el estrecho margen de la esperanza contemporánea.

En una bella página de Henríquez Ureña sobre Alfonso Reyes, el humanista dominicano, rememoraba una frase de Goethe referida por Antonio Caso: “la literatura es la sombra de la buena conversación”. Y podría agregarse que toda conversación implica un diálogo de interlocutores para que no sea un soliloquio o un monólogo. Los intelectuales de nuestro Continente no han aportado su sombra para romper la incomunicación frente a una gran incertidumbre que nos cobija a todos.

¹³ “Las pequeñas naciones” (Discurso en la Universidad de Puerto Rico, 31 de marzo de 1946), *Europa-América*. Caracas, Monte Ávila, 1996, pp. 170-171.

**M I R A N D A , P R E C U R S O R
D E L A A N F I C T I O N Í A A M E R I C A N A ***

Sin detrimento de la idea bolivariana de reunir en Panamá un Congreso Anfictiónico, considero oportuno hacer referencia a una prehistoria de aquel proyecto.

Hacia finales del siglo XVIII, los hispanoamericanos residentes en Europa, en especial los jesuitas expulsos y los futuros luchadores militares de la independencia se designaban ciudadanos de América, o americano-españoles o españoles americanos como en la carta de Viscardo. La conciencia capaz de darle cuerpo doctrinario a aquel sentimiento fue la de Francisco de Miranda, “un ciudadano de la América del Sur”, el primero que desde 1790 renuncia a su nacionalidad española en una carta al rey Carlos IV para adoptar la de “una patria que me trate al menos con justicia y me asegure la tranquilidad civil”¹. Es el tiempo en que Miranda le está dando fisonomía al primer plan de gobierno para una república americana llamada Colombia. No se limita a un plan político. Se ocupa de aspectos tan modernos como la necesidad de abrir un canal en el istmo de Panamá, “que facilite el comercio de la China y el mar del Sur, con innumerables ventajas para Inglaterra y América”². El plan establece para todos los efectos la condición de *ciudadano americano* a los nacidos en un país que es todo el Subcontinente meridional desde el istmo de Darién. Los electores incluyen a indios y negros a quienes se les concede la ciudadanía sin las limitaciones de ser propietarios de bienes raíces o se les hace propietarios para que ejerzan plenamente la ciudadanía. No hay en nuestro tiempo muchas constituciones latinoamericanas que lleguen a este grado de avance social, pero en la realidad sí ha despertado la conciencia de esas minorías étnicas que han ido ilustrándose para exigir sus derechos.

* Trabajo inédito. Fechado en Caracas, junio de 2001.

¹ Carta a Carlos IV fechada en Londres el 23 de abril de 1790.

² Cf. *Pensamiento político de la emancipación*. Comp. y prólogo de José Luis Romero. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977. Texto de Miranda: p. 13-19

En un documento fechado en París el 22 de diciembre de 1797, que suscribieron Francisco de Miranda y dos jesuitas americanos expulsados a Europa (José del Pozo y Manuel José de Salas) se consideraba por primera vez la importancia estratégica del istmo de Panamá, como una estrecha garganta donde podría abrirse un canal que facilitara “la comunicación del mar del Sud con el océano Atlántico”³. En el mismo documento, numeral 6°, se agrega la posibilidad de establecer un paso interoceánico por el lago de Nicaragua. Ambas fueron ideas obsesivas de Miranda. Para la época, el Precursor buscaba por cualquier medio la ayuda europea para iniciar la lucha emancipadora. Proponía a Inglaterra el otorgamiento de un empréstito que le sería cancelado tan pronto se afianzara la independencia de la América Meridional, territorio de su proyecto de Incanato. Este último era concebido como una federación de las naciones sudamericanas desde el golfo de Darién hasta la Patagonia. Su capital, situada en el istmo de Panamá, llevaría el nombre de Colombo, sede para el gobierno central, porque cada nación conservaría su autonomía política bajo la figura de una confederación semejante a la anficiónía griega de ciudades-estado, congregada en un parlamento donde se debatían los asuntos de interés común. Los miembros de este cuerpo deliberante representaban los estados colindantes y eran los anficiones. Sólo una inteligencia concedora de las culturas clásicas, como lo era Miranda, pudo concebir con tanta precisión un proyecto que sólo un siglo después, llegaría a concretarse en obra de ingeniería. Sólo un apasionado de las culturas indígenas americanas buscaría la simbiosis de la anficiónía con la de un Incanato de raíz quechua. En el fondo de ambos componentes se lee siempre el sentimiento integrador de la América Latina o “Meridional” como él la designaba. Igual que en Bolívar, en Miranda la Patria era América.

Miranda, veterano luchador revolucionario, tenía una visión estratégica tan aguda, que ella explica por qué Panamá y no otra zona de la América Meridional podía ser elegida cabeza de una futura anficiónía

³ “Cuerpo de bases para la independencia y la unidad de los pueblos y provincias de la América Meridional”, *América espera*. Francisco de Miranda. Caracas, Biblioteca Ayacucho, vol. 100, 1982, pp. 194-199.

política. En un discutido plan militar elaborado en Londres en agosto de 1798, escrito en francés por el General venezolano, queda nuevamente establecido que, en una posible alianza solidaria de Estados Unidos y Gran Bretaña para ayudar a la emancipación americana y debilitar a España, aliada de Francia contra Inglaterra, el sitio más indicado para concentrar los contingentes militares sería el istmo de Panamá. Literalmente señala el documento mirandino: “La posesión de esta franja de tierra que une ambos continentes americanos permitiría comunicar simultáneamente el océano Atlántico con el Pacífico. Desde esta excelente posición se podría con igual facilidad tomar de flanco todos los asentamientos de la costa septentrional de la América del Sur y los de la costa occidental de la misma península. Por otra parte, siendo precisamente los asentamientos de mayor población los más próximos al istmo, un movimiento bien pronunciado en esta parte, podría en poco tiempo dar el impulso sucesivo a todo el resto”⁴.

José Luis Romero juzgó severamente los planes mirandinos:

Algo de utópico había en toda su concepción, y no parecía que hubiera aplicado a fondo la experiencia inglesa para coordinar los mecanismos constitucionales de ese vasto estado americano en que pensaba. No eran los suyos, en rigor, planes prácticos, nacidos de la convicción o la seguridad de que le sería dado ponerlos en acción, sino más bien bosquejos provisionales que, por cierto, parecían ignorar la realidad latinoamericana”⁵. La ignorada realidad de ayer es hoy certeza de nuevas agitaciones sociales no resueltas. El distanciamiento con los paradigmas europeos es precisamente lo que otorga originalidad al proyecto mirandino, cuyo enjuiciamiento imparcial no se logra con lentes europocéntricos.

El de Miranda y sus amigos es americanismo fundacional y tal vez, como señala Romero, algo utópico. En todo caso esa utopía, durante la

⁴ Miranda, “Documento 80”, *América espera*, p. 229.

⁵ J.L. Romero, Estudio preliminar a *Pensamiento político de la emancipación*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 23, p. xviii.

fundación de las repúblicas independientes, devino en historia, en fragmentación romántica de naciones inventadas geopolíticamente por unos estados oligárquicos donde, muchas veces, los héroes emancipadores se transmutaron en caudillos dictatoriales. El único logro de esta aspiración integradora fue la Gran Colombia de Bolívar. Efímera por las contradicciones y ambiciones de los propios héroes resultó un modelo y una experiencia invocados todavía. Su autor fue uno de los más perseverantes constructores del ideario integrador. En su discurso, América es “un pequeño género humano” o la “reina de las naciones y madre de las repúblicas”. Bolívar es también el primero que vislumbra nuevos peligros de colonización para unos pueblos disgregados. Con toda claridad advertía: “Divididos seremos más débiles, menos respetados de los enemigos y neutrales. La unión bajo un solo gobierno supremo hará nuestras fuerzas y nos hará formidables”.

La idea bolivariana se oponía ya a la insurgencia neocolonialista de los Estados Unidos bajo el disfraz de la doctrina Monroe. El proyecto de Incanato mirandino es tal vez un abuelo utópico de la Gran Colombia. Uno y otra fueron concepciones visionarias de una defensa unitaria que no supimos conservar. La idea del Congreso Anfictiónico fue obstruida a conciencia por los Estados Unidos. Panamá volvió a ser, en los ojos expansivos del imperialismo, a comienzos del siglo XX, el centro estratégico, ya no defensivo de los pueblos latinoamericanos, sino zona militar de ocupación junto al Canal, base de operaciones para vigilarnos y ocuparnos a discreción.

Hoy renace el sueño de unidad latinoamericana, pero en vigilia unánime que presagia cambios fundamentales a lo largo de América. Prehistoria mirandina, historia bolivariana de una anficiónía, convergen en una visión de futuro inmediato, estrategia para otro amanecer menos tormentoso de nuestros pueblos.

E S P A C I O H I S T Ó R I C O
D E L C U E N T O V E N E Z O L A N O*

1. Historia y espacio de la literatura narrativa

La historia literaria de nuestro tiempo ya no se dibuja sobre la sombra anecdótica y biográfica de los autores. No deambula entre los fantasmas de los mitos personales ni entre inspiraciones angélico-satánicas. Un modo de expresión literaria traza su propio espacio y formula un eje por donde va transitando –en continua evolución: es su diacronía. Allí, como en todo movimiento, un género se afirma o niega, acumula energías ajenas a expensas del desgaste propio, o genera nuevos elementos que por instantes hacen irreconocible su figura de objeto literario. Cuando un modo de expresión, cuento, novela, poema, es apenas una estructura inscrita sobre ese espacio móvil, si repite su organización de lenguaje y acciones, termina codificándose a tal extremo, que el lector, fatigado, pierde interés –en la participación del acto comunicativo: ha descubierto los secretos, el prestidigitador que escribe ha quedado al desnudo. Es el momento en que aparece un nuevo objeto, extraño, capaz de romper esquemas, apto para descodificar el género; y el lector tiene que volver a dar de sí cuanto se le exige para percibir un mensaje escrito en una misma lengua, como escritura, pero organizado en otro sistema de señales, en otro lenguaje, en el plano del acontecimiento, en la totalidad de las acciones contadas, en la historia.

En buena parte el cuento venezolano de los últimos treinta años puede estudiarse hoy como un continuo proceso de búsquedas dirigidas a romper los códigos de una literatura que, por demasiado familiar en la aprehensión literal de la materia regionalista, llegó a extinguirse en una incesante repetición de hablas pintorescas y de paisajes morosos.

* Se publicó como "Prólogo" de la obra, *El cuento venezolano en El Nacional. Premios del concurso anual. 1943-1973*. Caracas, Edit. Tiempo Nuevo, 1973, pp. 7-49. Fechado en Caracas, mayo, 1973.

El lector se había visto demasiado idéntico en el fondo del espejo y concluyó dando la espalda a su propia imagen sin distorsión. La retórica invariable de unas tragedias escritas para llamar a piedad, donde el receptor del texto se hallaba identificado hasta la pérdida del interés, y donde el autor había perdido la capacidad de imaginar el objeto para convertirse en un intermediario entre el objeto concreto y su transcripción en palabras, convirtió a la literatura narrativa venezolana en una especie de mercado de buhoneros: la mercancía desgastada se exhibió en rudos cajones polvorientos, en las aceras de las avenidas. Los cristales atractivos de los anaqueles donde el paseante sentía el objeto al alcance de la mano, pero sin poder alcanzarlo, terminaron enturbiando sus diafanidades o fueron rotos por la mano de un público mal educado a que todo se le entregase hecho.

El espacio del cuento venezolano se ha perfilado casi siempre en la revista y el periódico, más que en el libro editado a posteriori. Al diario político y a la revista de variedades nunca les ha faltado un rincón para albergarlo. A ellos se debe su enorme difusión y popularidad. El cuento venezolano está en deuda de gratitud con la hospitalaria publicación periódica que le dio hogar desde su origen.

Los certámenes literarios han sido el otro recipiente donde se ha estimulado la creación de relatos. En Venezuela, ningún género ha recibido tanta atención e incentivos –a través de concursos promovidos por revistas o instituciones múltiples– como el cuento. Tal vez la condensada organización de sus acciones en un discurso sintético y, por tanto, breve, haya permitido que sea el modo de expresión privilegiada para hacerlo objeto de premio y, en ocasiones, también, de escarnios.

La evolución del cuento como categoría expresiva puede estudiarse mejor en nuestras fuentes hemerográficas que en los volúmenes editados por sus autores. En el siglo XIX, agotado paulatinamente el auge del artículo costumbrista, surgió el cuento. *La Opinión Nacional*, *El Cojo Ilustrado*, *Cosmópolis* y otras publicaciones alojaron relatos o convocaron concursos para cuento. Hasta en los Juegos Florales –propiedad privada de la poesía– la agenda alborozada guardó un

sitio para la narración breve¹. Así fueron dándose a conocer los nombres mayores de nuestra cuentística en el Modernismo y en el Criollismo, a partir del auge que adquiere desde 1893. Urbaneja Achelpohl se recela en la madurez de su escritura en *El Cojo Ilustrado*, lo mismo que Manuel Díaz Rodríguez, Rufino Blanco Fombona, Rafael Cabrera Malo, Pedro Emilio Coll, Miguel Eduardo Pardo, Alejandro Fernández García, Rafael Sylva, Francisco Betancourt Figueredo. Libros clásicos de nuestra cuentística primera estrenaron la imprenta en aquellas revistas, la más perseverante de las cuales, por la frecuencia de inserción y por la durabilidad de sus certámenes, fue *El Cojo Ilustrado*. Al esclerosarse el Modernismo, las nuevas promociones, en especial de *La Alborada*, preexistieron en su balbuceo en la misma publicación de Herrera Irigoyen. Los primeros relatos de Julio Horacio Rosales (“Había adquirido una trampa jaula”, “Labios crueles”, “Historia de rapaces”, “Viendo pasar las nubes”) figuraron, junto a los cuentos del incipiente Rómulo Gallegos, en entregas sucesivas desde 1907. Y el malogrado Henrique Soublette dejó uno de sus testimonios de excelente narrador en “El mensajero del sol”, que incluyó la revista en 1910.

En 1915, *El Cojo Ilustrado* cierra su empresa de alientos. *El Universal* y *Cultura Venezolana* hacen el relevo para que despunte otra generación, destinada a aportar al cuento venezolano estaturas como las de Julio Garmendia, Pedro Sotillo y Ángel Miguel Queremel, y permitir que abrieran los ojos a otra latitud los adelantados del vanguardismo: Carlos Eduardo Frías, Arturo Uslar Pietri. Son los años 20 y José Rafael Pocaterra ejercía un realismo violento, apuntado a demoler los últimos predios de un criollismo endémico y de un modernismo extemporáneo, a través de publicaciones por entregas como las que el mismo Gallegos intentó igualmente.

La narrativa de vanguardia pasa de la víspera al trecho a finales de los veinte. Se reparte el espacio con un realismo social insurgente contra la dictadura de Juan Vicente Gómez.

¹ Los Primeros Juegos Florales Nacionales, celebrados en 1916, otorgaron premio a Rafael Bolívar Coronado, por su cuento “El nido de azulejos”.

Hay revistas efímeras. Pero dos publicaciones cobran trascendencia especial en la acogida de las dos corrientes polarizadas del cuento: *Élite* y el semanario humorístico *Fantoches*. La primera, bajo la conducción alternada de Raúl Carrasquel y Valverde y de Carlos Eduardo Frías. El segundo, bajo la mano docta de Leoncio Martínez. Ambas direcciones asumen con decisión una tarea: romper el código de los idilios campesinos, cebados en la sombra musical de los bucares modernistas. En la primera época de *Fantoches* las acciones del cuento mantienen algunos hábitos de ruralismo; en algunos vanguardistas también emerge por instantes, pero una vocación de universalidad tejía ya la prosa con audacias ultraístas y fragmentaba el objeto, el personaje, la historia, en un caleidoscopio de planos aprendidos en la visión cubista o surrealista del espacio plástico. El cuento venezolano había llegado a su mayoría de edad.

En un nivel de corrientes estéticas, la bifurcación hacia un realismo contestatario y de signo éticorreformista o hacia una disolvencia poética de la imagen real, conviven en una común escritura que elimina las resonancias del modernismo. La vanguardia irá quebrando progresivamente la secuencia lineal de las acciones, con la inserción de un intenso fluir onírico que fragmenta al personaje. El discurso, sin embargo, mantiene una euforia de metáforas que no ha logrado sino reemplazar la senestesia modernista. De todas formas, ahora comenzaba a importar menos el objeto real elegido por el cuentista; contó más la dimensión integral del trabajo sobre un texto que aprendió a sugerir e intuir situaciones instantáneas como un modo de negar o atomizar la morbilidad de las figuras estáticas, dibujadas en su literalidad externa. Este cambio cuajó en un ritmo más ágil del relato a través de los cuentos escritos por narradores de 1928 como Carlos Eduardo Frías, José Salazar Domínguez, Guillermo Meneses, Arturo Uslar Pietri, Ramón Díaz Sánchez, José Fabbiani Ruiz y otros.

A la muerte de Gómez (1935), la mejor producción literaria de los narradores –ex prisioneros de la dictadura– exiliados se vuelca en aluvión sobre los lectores venezolanos. El surrealismo afirma sus potencias en la poesía, con el grupo Viernes. La estética marxista del realismo apunta en la denuncia de una narrativa carcelaria. El lenguaje del

cuento mantiene, no obstante, su hálito de lirismo del que no se ha logrado despojar en la Venezuela posterior. Pero al lado de la imagen poe-
mática, donde la acción se debilita por momentos, insurge un habla más
auténtica y cruda; una escatología de la rebelión intelectual aparece por
primera vez con atuendo vanguardista en Antonio Arráiz, a diferencia
de la cruda literalidad expresionista de Pocaterra. El realismo mágico,
nieto directo de lo maravilloso surrealista, andaba en busca de un len-
guaje desde los años veinte. Ahora se afianza y diasporiza con la segunda
generación de *Fantoches*, la que empieza a escribir una vez muerto el
dictador. Los antecedentes deben buscarse en Guillermo Meneses y Us-
lar Pietri. Ambos, al evocar los comienzos de su generación literaria, los
conceptúan². La escritura personal, el “idiolecto”, varía de unos a otros,
pero la voluntad común se refleja en la multiformidad de los textos de
autores como Arturo Croce, Gustavo Díaz Solís, Oscar Guaramato.

Por los años cuarenta, bajo influjos muy claros de los narradores
de habla inglesa –Joyce, Hemingway, Faulkner y, particularmente, Hux-
ley–, un nuevo grupo de poetas y cuentistas se incorpora al espacio del
cuento venezolano. Es el grupo de la revista *Contrapunto*. Entre sus
integrantes hay intenciones similares al vuelco detonado por los
vanguardistas de los veinte, con respecto a las supervivencias esclero-
sadas del Modernismo y del Regionalismo, que había culminado con
Rómulo Gallegos y estaba agonizando en los estertores de algunos epí-
gonos. *Contrapunto* significó para la narrativa una puesta al día con las
corrientes de universalidad que sobrevivieron después de la Segunda
Guerra Mundial. Se rompió el pudor a la desnudez del yo; el relato abor-
dó los recintos interiores de los personajes y extrajo de ahí una materia

² El término realismo mágico comenzó a utilizarse primero en el campo de la plástica. Desde 1925, el crítico alemán Franz Roh lo impuso en su libro *Realismo mágico. Post-expresionismo*, cuya edición alemana y la versión española circularon el mismo año. Guillermo Meneses, en las Palabras del autor que abren la antología de sus *Diez cuentos* (Caracas, Monte Ávila, 1968), dice: “Es posible que haya dos tendencias en lo que he escrito; una por la cual se tiende a realizar lo que podría llamarse ‘realismo mágico’ para usar frases muy del gusto de los años de mis comienzos literarios” (p. 10). Uslar Pietri lo conceptuó más claramente en 1947. Ver nota N° 6 de este mismo trabajo.

no siempre noble en sí misma, sórdida a momentos, pero convertida en una realidad estética por el trabajo de la escritura más sobria en la imagen, recia en la textura de las situaciones existenciales. El punto de vista del narrador, que había permanecido casi siempre fuera del espacio interior de la ficción, se interioriza e incorpora como procedimiento emanado de las acciones mismas, y tuvo antecedentes notables en los esfuerzos aislados de Julio Garmendia, Arturo Uslar Pietri y Guillermo Meneses. La lección y los hallazgos de estos autores no habían logrado, a pesar de todo, trazar una brecha decisiva; permanecieron en estado latente. Era como si las visiones del relato venezolano hubieran sido deslumbradas por la luz y el paisaje tropicales hasta silenciar casi las andanzas por las tinieblas del yo.

Los de *Contrapunto* no tuvieron ya el escrúpulo institucional de elegir sus objetos narrativos en ámbitos rurales o urbanos. Era lo de menos. El objetivo estaba en trascender más allá de nosotros mismos desde los estratos abismales del subconsciente y de los hastíos psicológicos. Allí cerraron filas cuentistas que, en lugar de polemizar con manifiestos o de aspirar a construir una revolución social en el espacio narrativo, se dedicaron a experimentar seriamente nuevos lenguajes de las acciones y el discurso. Andrés Mariño Palacio, conciencia crítica de su generación, se expresaba así: “En tiempos como los actuales, en patrias como las nuestras, más que los gestos abombados, más que las palabras huecas, más que las apasionadas poses de los sacrificios que no son tales, valen las nobles, humanas, desinteresadas actitudes de aquellos espíritus que no saben de la moneda alta ni de la baja, que han olvidado el juego absurdo de las cotizaciones y apenas si están enterados de las oscilaciones solitarias de sus propias almas”³. Aquella renovación que había tenido, insistimos, antecedentes en Guillermo Meneses, Uslar, Garmendia, Díaz Solís, incluso, aglutinó en haz los nombres de Antonio Márquez Salas, Ramón González Paredes, Andrés Mariño Palacio, Humberto Rivas Mijares, Héctor Mujica, Ernesto Mayz Vallenilla.

³ Andrés Mariño Palacio, “El arte de meditar”, *Ensayos*. Caracas, INCIBA (Biblioteca Popular Venezolana, N° 110), 1967, p. 91.

No fue *Contrapunto* el único vocero de las nuevas generaciones. El 3 de agosto de 1943 comienza a circular un diario moderno, de ágil ritmo informativo y dinámica imagen tipográfica: *El Nacional*, fundado por Henrique Otero Vizcarrondo, puesto a la dirección del narrador Antonio Arráiz. Una nota Marginal sin firma, que precedió el volumen de cuentos conmemorativo de diez años de circulación, señalaba el objetivo que desde el comienzo se trazó el periódico:

... impúsose éste a sí mismo, como tarea primordial sin cuyo cometido no se justificaba su existencia, la de preocuparse y hacer preocupar a sus lectores por las cuestiones artísticas, por la siembra y desarrollo de la cultura en nuestro país. Quienes fundaron la empresa no concebían el diarismo como simple expendio de noticias más o menos sensacionales, ni como afortunada colocación de espacio en el mercado publicitario, sino fundamentalmente como una contribución cotidiana al desenvolvimiento espiritual y cultural de nuestro pueblo”⁴.

Treinta años después se comprueba que aquel objetivo se mantuvo por encima de las oscilaciones y cambios dinámicos operados en los medios de comunicación impresa. En sus páginas confluyeron intelectuales de todas las tendencias. El Papel Literario, igual que el Índice Literario de *El Universal* y la recién clausurada *Revista Nacional de Cultura*, completaron la obra de expansión en el espacio de nuestro cuento para conformar su historia hasta hoy.

2. El concurso de cuentos

Los certámenes literarios tienen, para un ganador concreto, el signo de un estímulo. Para otros, los no favorecidos, o para los lectores y comentaristas de fuera, el síntoma legendario de lo oculto, de lo frustrante e, incluso, de algo susceptible de toda reticencia. Concursos de cuento los hubo, como se ha visto ya, casi desde el comienzo del géne-

⁴ “Marginal” (s. fma.), *Veinte cuentos. Premios del Concurso Anual de Cuentos del diario El Nacional. 1943-1953*. Caracas, Talleres de El Nacional, 1953.

ro en Venezuela. Después del promovido por *El Cojo Ilustrado*, para impulsar modernismo, el de *Fantoches* formó una escuela, impuso una norma, señaló un rumbo, primero hacia un realismo regional y de protesta, bajo la dirección de Leoncio Martínez también autor de cuentos-caricatura. Su concurso está incorporado a la historia de la narrativa venezolana, por su aliento y combatividad. Clausurado por Gómez, *Fantoches* reapareció a la muerte del dictador, otra vez en manos de Leo, luego dirigido por Julio César Ramos. En casi toda su existencia, el concurso mantuvo su tradición y reveló nombres como los de Pablo Domínguez, Juan Pablo Sojo, Luis Amitesarove, Arturo Briceño, Luis Peraza, entre los de una primera generación. Y los de Oscar Guaramato, Raúl Valera, Lourdes Morales, Gustavo Díaz Solís, Pedro Francisco Lizardo, entre los que se anunciaban con nuevo lenguaje.

A tres años de su primera salida, el diario *El Nacional* promovió un Concurso Anual de Cuentos. Durante veintisiete años, en forma ininterrumpida, lo ha sostenido. Llega a ser así el de más dilatada existencia en Venezuela. En más de un cuarto de siglo, el volumen de textos concurrentes cada año no baja de los doscientos. La ocultación de nombres tras el seudónimo, respetado en las Bases, impide, al historiarlo, señalar líneas que demarquen la calidad de nombres y de piezas remitidas. Pero el solo número indica la trascendencia nacional que estableció en su conjunto.

Observado desde su iniciación, con la objetividad que permite un lapso amplio de durabilidad, hay perspectivas para demostrar concretamente una verdad: el concurso ha aglutinado, con excepciones muy escasas, año tras año, lo más relevante en la evolución del cuento venezolano contemporáneo.

Ubicado el certamen dentro del espacio total que configura la historia del género, y con los antecedentes que se han venido exponiendo, resulta una segunda afirmación: tanto en los autores (ganadores, menciones, jurados) como en los textos, el Concurso de *El Nacional* resume y hace confluír casi todas las generaciones y las corrientes por donde ha discurrido el cuento venezolano de nuestro tiempo, después del Modernismo.

No siempre ha habido consenso en la aceptación de los concursos. Se afirma, con persistencia cíclica, que este tipo de hechos dista de ser un marco referencial para estudiar la calidad de un género literario. Tales asertos forman parte del mito que se construye, más allá del tiempo, alrededor de circunstancias cuya verdad absoluta es inasible. Queda, pues, la trayectoria, la estela dibujada en el conjunto integral de una cultura literaria. El Concurso de *El Nacional* no ha sido una excepción en tal sentido.

En julio de 1946, cuando se anuncia la convocatoria para una primera competencia, Héctor Mujica escribe:

Nunca los concursos literarios han sido el fiel que indique con precisión la calidad artística de los participantes. Muchas veces, por no decir casi siempre, el concurso favorece a escritores y artistas de mediana categoría, a los más hábiles en materia comercial, a oportunistas de la belleza o, finalmente, a quienes escriben especialmente para concursos. En Venezuela, a lo largo de su vida literaria, los concursos no han favorecido siempre a los verdaderos creadores.

Pese a esta opinión, y luego de consideraciones sobre el inconformismo del escritor, concluye el periodista y narrador: “La noble iniciativa del diario El Nacional merece el más sincero reconocimiento por parte de los escritores. Y sería deseable que otras empresas o personalidades abrieran concursos literarios de poesía, de teatro, de novela, etc.⁵”

Esta exposición citada cobra interés particular porque permite ver cómo el Concurso de *El Nacional* –que no ha sido el único para cuento venezolano en los últimos treinta años, pero sí el más permanente– escapó a la impresión iconoclasta de aquel joven integrado a *Contrapunto*. Basta revisar la trayectoria de los ganadores, en sus obras, para concluir de modo muy distinto. Revísense los apéndices biobibliográficos de los participantes y podrá mirarse que es ínfimo el número de nombres que no continuaron su trabajo en el espacio de la cuentística venezolana.

⁵ Héctor Mujica, “Concurso de cuentos”, *El Nacional*, Caracas, 14-7-1946, p. 8.

Los años siguientes ahondaron el trabajo azaroso de mirar dónde estaban el cuento y el cuentista que señalaron con firmeza el devenir del género. Independientemente de la valoración justa o injusta de los otorgamientos, la jerarquía intelectual de los jurados nunca fue puesta en duda. Sus juicios, literarios pero también humanos, pudieron ser calificados de severos. Los premios no siempre fueron recibidos con la misma alegría y algunas veces los favorecidos rechazaron la distinción por inconformidad. Pasadas las incidencias, cada uno, ganador o perdedor, se esforzó en demostrar sus aptitudes narrativas y muchos de los relatos que entraron en debate dieron nombres a libros sustantivos de nuestra cuentística. Ese es el mejor juicio.

Cuando algunas veces fue declarado desierto el concurso, por razones de calidad o por otros motivos, quizá no siempre literarios, las pequeñas tormentas no lograron sino acentuar el interés y la expectativa de creadores y lectores. Así fue conformándose un público impaciente y una esfera capaz de completar la impronta que sigue marcándose, clínicamente, hasta hoy.

3. Los grandes momentos

Sin duda que un fenómeno cuya vida se extiende a más de cinco lustros tiene altibajos. No siempre han sido obras maestras los cuentos que obtuvieron primeros premios u otras clasificaciones. Pudo haber relatos excelentes que pasaran inadvertidos a la hora de decidir. Eso es normal. Pero el espacio histórico señala momentos culminantes, obras cuya impactación inmediata e influjo posterior significan verdaderos niveles máximos en la evolución de la narrativa. Pueden señalarse algunos de esos grandes instantes.

En el primer año de otorgarse distinciones, el primer premio recayó sobre “La Virgen no tiene cara”, de Ramón Díaz Sánchez. La mención especial fue para “Los fugitivos”, de Alejo Carpentier, recién llegado a Venezuela, conocido más como musicólogo, cuando su gran escritura no lo había proyectado como un clásico de la narrativa hispanoamericana contemporánea. Díaz Sánchez ya tenía fama bien conquistada

con su novela *Mene* (1936). En el cuento, había arrancado con *Cardonal* (1933) y *Caminos del amanecer* (1941). La magia y el misterio habían delineado la intensa dramaticidad humana de sus tipos. Pero con el cuento premiado entraba en una fase de escritura más artística en su discurso y novedosa en el montaje de las materias accionales.

Al año siguiente, un joven cuentista de Contrapunto, que había publicado ya algunos relatos en el propio diario *El Nacional* (“Las tres dalias”, 1946), recibe el primer premio. Antonio Márquez Salas, con “El hombre y su verde caballo”, iniciaba una deslumbrante curva de ascenso renovador. Los ideales de su grupo se imponían en un reñido y desconcertante flujo de narraciones excelentes. El simbolismo de su escritura caótica, la recurrencia de los estados interiores, el valor cósmico hacia donde elevó el objeto regional, la textura expresionista marcada por un objeto de gran belleza narrativa, aunque repulsivo en la realidad concreta, introdujo una nueva estética en el arte de contar venezolano. “El hombre y su verde caballo” se erigió en arquetipo, en paradigma de donde fueron derivando en progresión un nuevo estilo y una nueva manera de enfocar el texto de los cuentos. En años siguientes muchos cuentistas trataron de imitarlo. Cinco años después, el escritor repitió su proeza de sorprender con otro primer premio otorgado a un relato más hermético, multiforme en la desmembración de las secuencias, faulkneriano en la composición de su historia críptica y trascendente. Márquez Salas había descodificado su propio estereotipo que otros habían desmayado en su eficacia. El nuevo texto, “Como Dios”, por mucho tiempo se constituyó en un reto que exigía del lector una entrega esforzada para comprender sus valores subyacentes. La acción convencional, portada en el discurso de un lirismo más o menos superficial, fue cuestionada desde entonces. La capacidad creadora del gran cuentista, prosiguió y, por tercera vez, en 1964, cuando todos lo creían definitivamente silenciado en su arte, reapareció, poderoso, con un primer lugar alcanzado gracias a un relato más diáfano en la expresión, despojado de correspondencias extra narrativas, irradiado en cuatro tiempos de una misma historia contada desde la perspectiva de cuatro personajes diferentes: “Solo, en campo descubierto”.

En 1948 hubo un vacío de primer lugar. Dos segundos premios habían sido concedidos a Juan Chabás y Pedro Berroeta. El tercero, a Ernesto Mayz Vallenilla. Los dos últimos rechazaron públicamente el honor, como se verá en su momento. El incidente remarcó tal vez con tintas más sonoras el triunfo que debió alcanzar Arturo Uslar Pietri en 1949.

La temática de un género forma parte de una codificación excesiva cuando comienza a repetirse, pero también compromete al escritor en la selección del objeto donde apoya sus desarrollos. Son las constantes de un asunto.

Los años del cuarenta, al concluir la Segunda Guerra Mundial, enfatizaron los conflictos raciales en Estados Unidos. Hispanoamérica revivió en su poesía lírica los ritmos afrocubanos o vertió a desarrollos de acciones narrativas el trasfondo sociocultural del mundo de color. Langston Hughes en la poesía, Paul Robeson en la música, William Faulkner en la novela y el cuento, se habían proyectado durante la convivencia aliada del conflicto bélico, tanto en Europa, que los descubriría, como en el continente hispanoamericano. Desde Cuba, poetas como Nicolás Guillén o cuentistas y novelistas como Alejo Carpentier, Lino Novás Calvo, Enrique Labrador Ruiz, pigmentaban su ficción revolucionaria en la estructura, con aquella temática. Venezuela no fue una excepción. Nuestros autores convergieron en esa inquietud que venía modelándose en los relatos de Guillermo Meneses, pero que había entrado a ser una reiterada obsesión en las obras de Ramón Díaz Sánchez, por la vía de una perspectiva culta, y en Juan Pablo Sojo, por los trayectos de una ingenuidad vivencial-erótica más legítima. Arturo Croce y Díaz Solís ensayaron plasmar tipos humanos de igual reflejo objetivo. Pero es Arturo Uslar Pietri, con “El baile de tambor”, quien logra un acercamiento onomatopéyico al lenguaje percutivo de los tambores negros, por el camino de una escritura palpitante en su ritmo e intensidad. Fue el premio de 1949. Mayor importancia revistió aquel momento si se toma en cuenta que, al año siguiente, hubo de nuevo un desierto en el primer y segundo sitios del Concurso. Los dos terceros lugares correspondieron a Oscar Guaramato y Alfredo Armas Alfonzo. Ambos

cuentistas coinciden en señalar la excesiva severidad del jurado, entre cuyos miembros se hallaba Arturo Uslar Pietri. En el Papel Literario del 13-VIII-50, el cuentista y crítico apuntaba indicios de una repetición excesiva en la escritura, que estaba llevando a la narración venezolana por un despeñadero falso y convencional: codificado al máximo. Su ensayo de entonces merece una cita, por cuanto sus afirmaciones coincidían con una opinión generalizada. El concurso estaba creando una especie de norma singularizada alrededor de un falso lirismo que fatigaba ya a los lectores, a tiempo que resentía un rasgo esencial de la narrativa: la potencia de sus acciones en el nivel de la historia:

Es evidente, por ejemplo, que en nuestros cuentos está predominando una peligrosa tendencia hacia una especie de impresionismo poético que se contenta principalmente con frases e imágenes. Es el cuento concebido como poema en prosa con gran olvido de todos sus otros elementos vitales. El resultado de todo esto es el desdén de la acción y la consideración de los personajes desde fuera como meros elementos decorativos de la composición. Si esto persiste podría representar no sólo un agotamiento, sino la desnaturalización del género.

También hay que pensar que esos cuentos sin personajes, sin conflicto humano válido, sin acción, sostenidos solamente sobre un juego de imágenes y de impresiones poéticas, han de estar confinados a un mínimo público de literatos, sin poder llegar al público lector, con grave perjuicio para la cultura nacional y para la literatura nacional⁶.

Aquel llamado de Uslar Pietri, quien poco antes había caracterizado certeramente la dirección del cuento venezolano en su libro *Letras y hombres de Venezuela*, debió calar, seguramente, como una amonestación irrefutable. Más cuando en su libro él había sido el pri-

⁶ Arturo Uslar Pietri, "Los cuentos", Papel Literario de *El Nacional*. Caracas, 13-8-1950, p. 14.

mero en conceptualizar el realismo mágico de nuestra narrativa “como una intuición poética o una negación poética de la realidad”⁷. Su declaración de 1950 venía, pues, a clarificar el verdadero sentido de lo poético en la construcción del asunto narrativo. En la praxis de la creación, sería Guillermo Meneses el destinado a sentar lección de maestría en la técnica y cambio de rumbo en el lenguaje del cuento.

Meneses procedía de una luminosa carrera literaria, emprendida precozmente, desde 1930, con su cuento “Juan del cine”, reelaborado luego como “Adolescencia”, bajo el magisterio metodológico de Joyce, el de *El artista adolescente*. Había escalado una primera cumbre en el género, con “La balandra Isabel llegó esta tarde”. Con el premio de 1951, “La mano junto al muro”, señaló orientaciones excepcionales a su propio espacio creador y logró irradiar en un influjo continuo que aún mantiene vigencias en los más jóvenes narradores venezolanos de hoy. En el mismo concurso de aquel año memorable, se distinguían con otros galardones dos piezas extraordinarias del cuento venezolano: “Santo de cabecera”, de Alfredo Armas Alfonzo, y “Mañana sí será”, de Raúl Valera, ambas dignas de figurar en la más exigente antología. A partir de este año, la vida del concurso llegaba a su robustez integral, su popularidad había sido conquistada en forma legítima. Los años siguientes ven triunfar y elevarse a Alfredo Armas Alfonzo, uno de los más denodados trabajadores del cuento en su generación. Revela nuevos nombres como los de Oswaldo Trejo, Adriano González León, Héctor Malavé Mata, Enrique Izaguirre, Hernando Track Pino, Gustavo Luis Carrera, Rafael Zárraga, hasta incidir en el descubrimiento de novísimos valores: Carlos Noguera, David Alizo, José Napoleón Oropeza y Jorge Nunes.

⁷ Arturo Uslar Pietri, “El cuento venezolano”, *Letras y hombres de Venezuela*. México, Fondo de Cultura Económica (Col. Tierra Firme, 42), 1948. Según el crítico mexicano Luis Leal, este ensayo de Uslar es el primero donde se utiliza el término realismo mágico aplicado a la narrativa hispanoamericana. Cf. “El realismo mágico en la literatura hispanoamericana”, *Cuadernos Americanos* (México), N° 4 (1967), pp. 230-235.

4. Los jurados

Participar en un concurso literario es, para muchos intelectuales, un hecho de poca importancia, un acto de azar, una concesión a la vanidad. Aceptar la condición de juez literario es uno de los riesgos más desagradables para un escritor. Cuando más, terminará siendo amigo de quien resulta distinguido. Los demás concurrentes, si no llegan a la enemistad, conservan subterráneo algo de resentimiento. Llegar a un acuerdo entre dos o tres escritores, en materia de gusto, sensibilidad, concepción del género de que se trata, es aún más arduo. Respecto al campo externo, al público, el concursante se enaltece cuando gana, no es afectado cuando deja de figurar, sobre todo si mantiene su anonimato tras el seudónimo. De todas formas, ganador o perdedor, nunca o casi nunca resulta cuestionado. Pero cuando le corresponde ser juez, recibe los disparos de un adversario invisible: el público; de otro oculto: el autor disimulado en otro nombre o lema. Si la justicia es ciega, el juicio literario en un concurso lo es doblemente. Ahí la dificultad.

La experiencia de participar en un juicio de literatura tiene el atractivo enorme de que permite pulsar un estado de atención sobre los objetos de la realidad que, para un determinado momento, son elegidos como frecuencia para la elaboración de los textos, para la metamorfosis que los vuelve otro objeto: el arte.

Con respecto a selección de jurados, *El Nacional*, desde el comienzo de su Concurso, procuró integrarlos sobre la base de un representante intelectual del diario y dos escritores entre los cuales nunca ocurrió que por lo menos uno no fuera narrador. Escasamente figuraron poetas. Cuando estuvieron presentes, o habían ejercido simultáneamente el oficio crítico o habían frecuentado el cuento. Casi siempre el ganador del año precedente formó parte del Jurado en el posterior inmediato. En cuanto a ubicaciones, entre los miembros han desfilado representantes de casi todos los movimientos generacionales y de las tendencias artísticas dominantes en un sitio del espacio narrativo o de las orientaciones críticas. Basta pasar revista ligera a la nómina de los veintisiete equipos que juzgaron los textos, para comprenderlo así.

De lo anterior puede concluirse que los juicios emitidos en veredicto pudieran ser puestos en entredicho, refutados e, incluso, en un caso, desacatados por rechazo público de las distinciones. Pero lo que nunca fue puesto en tela de juicio: la calificación intelectual de los componentes del núcleo comisionado para dictaminar. Si los cuentos seleccionados en una circunstancia determinada pudieron ser otros, tal vez mejores, veintisiete años de historia colocan fuera de toda duda que la concesión de méritos y los estímulos no fue casi en ningún caso producto de capricho o poco acierto. La mejor constatación es observar la obra que esos escritores favorecidos continuaron produciendo para gestar una cuentística de inmejorable factura en los años que siguieron a su éxito. En este sentido, la tarea de los jurados fue cumplida decorosamente y su labor de impulsar un espacio genérico, tangiblemente fructífera.

Descartando la simple actitud del lector, los integrantes de los veintisiete grupos enjuiciadores tenían un conocimiento directo de la creación narrativa, por haberla escrito, o estudiado con certeza, en ensayos que constan en libros. Sólo podrían exceptuarse de esta generalización el poeta Luis Pastori y María Teresa Castillo de Otero Silva, quien representó intelectualmente al diario en una sola oportunidad. Del resto, los 81 nombres componentes, algunos repetidos varias veces, son profesionales del ensayo crítico y, mayoritariamente, del arte narrativo, entre ellos, los ganadores de primeros premios y una buena proporción de autores que recibieron menciones o segundos y terceros sitios, sin que tal hecho indique con exactitud una ubicación axiológica en el cuento.

5. Textos y autores

Aparte de fatigosa, resultaría poco útil seguir una cronología estricta de los cuentos que sucesivamente obtuvieron figuración en el Concurso. Las referencias temporales sólo permiten aquí ubicar el sitio donde se produce una presencia creadora a lo largo del eje espacial de nuestra cuentística.

Comenzando por Ramón Díaz Sánchez, es de notar que cuando obtiene el premio único en 1946, como resaltamos a propósito de los

grandes momentos del Concurso, era cuentista y novelista conocido. El campo estético donde se incorpora su escritura, el tiempo de su discurso narrativo es el de las vanguardias, a través del grupo Seremos, de Maracaibo. El autor fue perseguido y encarcelado en las ergástulas del gomecismo, al igual que sus demás compañeros de generación. Pero su obra no refleja una dominante social, en personajes y materias, como ocurrió con muchos de sus compañeros de grupo (Valmore Rodríguez, Gabriel Bracho Montiel). *Mene* fue su texto donde más coincidía el tiempo histórico de la narración con las vivencias del autor. A partir de “La virgen no tiene cara”, su obra deriva en un desarrollo de procedimientos narrativos más actualizados. El asunto cultural, el objeto negroide, siguió siendo material de trabajo, constante en su creación anterior y posterior. Pero ahora se operaba un montaje, una superposición de elementos que imprimieron novedad de escritura a su relato: el tiempo histórico de los movimientos precursores de la independencia genera una instancia donde el agente de la historia, Juan Soledad, comporta, junto a una dama blanca, el desarrollo de un idilio cuya solución va referida a un nivel de sensibilidad artística: la escuela de mano esclava en la pintura colonial venezolana, de la que Juan Soledad viene a ser una reconstrucción simbólica, tanto como la dama blanca es una alegoría sensualizada de la virgen-objeto del cuadro que va a ser pintado. Creaba así el autor un nuevo espacio en el cuento, a nivel de la acción: la ruptura del relato histórico lineal, la intencionalidad folklorista en el tratamiento de los asuntos negros, la superposición de campos estéticos pintura-literatura, como dos lenguajes que conviven en los desarrollos. En cuanto al plano expresivo, aún sobreviven en el cuento las disonantes utilizaciones, poco efectivas, del diálogo que reproduce, como en la escritura de los relatos criollistas el habla popular del negro, no siempre ajustada al comportamiento accional de los personajes. Cuatro años después, la reelaboración expandida de estos materiales generó su novela *Cumboto*.

Para el momento en que Díaz Sánchez recibe reconocimiento, la cuentística nacional comenzaba a recibir un franco impacto del cual sólo se tomó conciencia muchos años después: Andrés Mariño Palacio publicaba, casi adolescente, su libro *El límite del hastío*, donde exploraba

las dimensiones recónditas de la soledad existencial, mientras el realismo de temas locales se mantenía inmutable en su descenso final: *Intentona*, de Raúl Valera; *Pelusa y otros cuentos*, de Ada Pérez Guevara.

Pareja con la altura alcanzada por Díaz Sánchez, estuvo la mención concedida a “Los fugitivos”, de Alejo Carpentier, relato ubicado en un ámbito no venezolano por su atmósfera. Otra vez el negro está ahí. Pero la relación asociada de dos vidas, la de Perro y la del esclavo Cimarrón, imprimía a las acciones ritmo e intensidad particulares por los juegos de dualismos e isocronías de las secuencias, de acercamientos y alejamientos en el doble viaje de las huidas simultáneas, expresadas esta vez en un discurso netamente vanguardista, utilizado con la intencionalidad de construir una atmósfera vaga y no un ambiente circunscrito por líneas figurativas en cuanto a los objetos. Los dualismos accionales condicionan de tal modo el plano expresivo que los nombres Perro y Cimarrón, de los dos personajes, el humano y el animal, apenas si los diferencia el lector, en el paralelismo de las fugas, por los indicios, de hombre o bestia, para luego invertir cruelmente el desarrollo final, cuando Perro termina devorando por hambre las carnes inertes del negro. Y en un tercer plano subyacente, simbólico, desarrollar las analogías de trato que el amo blanco daba al perro y al negro esclavo, sin caer en la estereotipada moraleja del realismo social.

El concurso de 1947 otorgaba segundo premio a un tercer cuento escrito en la temática que venimos comentando: “Un negro a la luz de la luna”, de Arturo Croce. Este autor, perteneciente como Díaz Sánchez a los narradores que iniciaron su obra por los años 30, ha manifestado terquedad renovadora en su escritura, aunque su conjunto de producción presente desigualdades. Sus primeros relatos aparecieron en *Cultura Venezolana* y *Fantoques*. Su apego al regionalismo de intención social delimita el libro *Chimó y otros cuentos* (1942). Había madurado otros dos libros: *Taladro* (1943) y *La muerte baja de la montaña* (1947). En su obra propia, “Un negro a la luz de la luna” representa la derivación hacia un lirismo que lo conducirá, progresivamente, al trabajo de un realismo poético y mágico, llevado a culminación en

los cuentos de *La montaña labriega* (1958). En lo relativo al espacio temático general, “Un negro a la luz de la luna” se recorta como reiteración de una imagen folklórica idealizada del negro barloventeño, reciamente vivenciado por Juan Pablo Sojo desde 1943 (*Nochebuena negra*) y construido en variantes de diseño narrativo a través de los textos que hemos reseñado. La imbricación del objeto folklórico negro en un contexto histórico de las luchas civiles (Guerra Federal) había sido impuesto como arte en el trasfondo que enmarca “La virgen no tiene cara”. Croce persistió en su asiduidad participante dentro del Concurso. Obtuvo otro tercer premio en 1953 y, finalmente, conquistó la primera posición en 1961, con un relato de convincente expresión poética sobre tema urbano y desarrollado con novedad en las acciones: “La luz se quebró en el árbol”.

En otra perspectiva, 1947 puede considerarse como año decisivo en la transformación de los lenguajes del cuento venezolano. Mientras Juan Pablo Sojo mantenía fervoroso apego al tema negroide y recibía mención en el Concurso, el grupo *Contrapunto* se hizo presente con Antonio Márquez Salas, en el primer lugar, mientras Héctor Mujica aparecía en libro: *El pez dormido*; Gustavo Díaz Solís ganaba un tercer galardón con “Arco secreto”, al lado de Guillermo Meneses, por su relato “Un destino cumplido”.

Antonio Márquez Salas representó la sorpresa en todos los niveles del relato. Su personaje, el indio Genaro, aparentemente modelado en barro criollista, adquiere su fisonomía psicológica y material en una dislocación retaceada que su autor provocó en los tiempos de la narración, cortados en fragmentos y diseminados en un discurso de ritmo acelerado en la sintaxis de frase escueta, lento en la acción que retardan las situaciones reiterativas de pobreza, mutilación, muerte, trabajo, símbolo telúrico de la tierra cultivada como contraste poemático de la piedad gangrenada. Los elementos de composición ya no se organizan en desarrollos paralelos o yuxtapuestos de las secuencias, sino que se alternan en una sola masa narrativa que el lector debe ordenar. “El hombre y su verde caballo” resultó difícil de leer a los primeros que llegaron a frecuentarlo, precisamente porque Márquez Salas había descodificado

los estereotipos de una narración demasiado explicativa, lineal, continua en la regularidad de su texto, estacionaria dentro del espacio del género en Venezuela. Más tarde, aquel relato llegó a convertirse en un arquetipo que otros autores, ganadores o no, dentro del concurso, mimetizaron en una “escuela” efímera cuyo empobrecimiento estructural no le permitió sobrevivir. Su propio autor negaría aquel diseño con una nueva sintaxis, más hermética y efectiva aun, en otro de sus cuentos distinguidos, “Como Dios” (1952), para finalizar experimentando por tercera vez, ya no en la fragmentación de la imagen narrativa, sino en la convergencia de cuatro visiones que irradiaban al centro de una misma historia de muerte: “Solo, en campo descubierto” (1964).

El segundo premio, Gustavo Díaz Solís, había deslumbrado, como Guillermo Meneses, por precocidad y finura en el trabajo de sus relatos. En 1940, *Fantoches* lo había revelado al estimular su hermoso texto “Llueve sobre el mar”. La composición de personaje y situaciones, organizados alrededor del negro-brujo José Calasán, anunciaba a un gran renovador cuya técnica pasó inadvertida, tal vez porque los lectores de entonces aún estaban condicionados en sus juicios por la atención restringida a una temática “criolla”.

Después de su primer libro, *Marejada* (1940), el segundo volumen llevó nombre del memorable relato difundido por *Fantoches* y fue impreso en 1944. Con “Arco secreto” se perfilaba otro Díaz Solís: el escritor de discurso siempre diáfano penetra a lo recóndito de una acción psicológica, hilvanada en un desplazamiento por espacios interiores de soledad angustiante, de referencias evocativas, en cuyos ejes el sentido de la acción avanza o retrocede airosamente por el tiempo del relato, sin estar adherido a la dirección necesariamente continua de la expresión verbal.

Guillermo Meneses comenzaba en el cuento de entonces a explorar otras dimensiones de su propio espacio de narrador alucinante. “Un destino cumplido”, independientemente del lugar que ocupó en los premios de 1947, condensa la historia a un instante de agonía de su personaje Julio Alvarado. El método joyceano del crecimiento existencial, que venía trabajando Meneses desde su iniciación, se aplica ahora a los

experimentos anagramáticos centrados en el verbo donde se halla reducida la predicción accional de su personaje: FRACASO. Si la perspectiva desde donde narra es exterior, la visión del personaje ha penetrado en los ámbitos de un yo agónico cuyo fluir psíquico se expande en el discurso experimental a partir de una historia reducida en su tiempo al instante final: “El Profesor Julio Alvarado ha dejado de existir, serenamente”, pero amplificadas en una temporalidad psíquica donde el discurso prolonga desesperante, la agonía en los juegos del anagrama de fijación.

Si “La mano junto al muro” representó uno de los momentos culminantes del Concurso y bifurcó la obra de Meneses con una segunda pieza maestra, “Un destino cumplido”, en su propio espacio de inagotable excursionista de las ficciones, marcó el punto de partida hacia la propia culminación de su trabajo creativo.

Aun sin estar ligado en forma militante a la generación de *Contrapunto*, Pedro Berroeta constituye un caso insular en la codificación general de la cuentística venezolana, como en su momento lo fue y sigue siendo el desconcertante Julio Garmendia.

Berroeta había publicado en 1945 su volumen *Marianik*. El libro fue un acontecimiento. Lo ilustraron notables artistas plásticos y lo inscribieron intelectuales de rango. En cuanto a la escritura en sí, aquellos cuentos figuraban dentro de una narrativa de misterio, trabajada con irónica precisión en el discurso. Su nombre se ubicó, desde entonces, dentro de una extraña originalidad, equidistante del cuento regionalista y de la escritura poemática. En 1948, Pedro Berroeta y Ernesto Mayz Vallenilla –éste, ganado definitivamente por la filosofía, pero frecuentador del relato y distinguido en varias ocasiones– protagonizaron en el Concurso de *El Nacional* una de las situaciones más interesantes, por curiosa en lo anecdótico y rebelde en la actitud.

Aquel año el Concurso fue declarado desierto para el primer premio y el Jurado recomendó a la empresa que otorgara dos segundos premios a estos escritores. No fue el hecho de haber sido segregados del primer lugar lo que impulsó a ambos al rechazo, sino que el veredicto cerraba con tres apartes que merecen transcribirse:

Para llegar a las anteriores conclusiones, los miembros del Jurado han tenido en consideración las siguientes razones:

- a) La gran mayoría de los trabajos recibidos para el Concurso carecen de todo mérito y revelan ser obra de aficionados o de personas sin ninguna vinculación con la literatura.
- b) Entre los trabajos de valor se nota una inclinación muy acentuada por los temas macabros, patológicos y truculentos. Esto como característica de un artista genial es aceptable y hasta encomiable, pero como síntoma casi unánime en un certamen como éste, donde podría haber concurrido buena parte de la juventud literaria de un país, se convierte en señal alarmante digna de reprobación.
- c) Dentro de estas reservas, el jurado considera que debe dar su voz de aliento a los ganadores de este concurso por el mérito indiscutible de sus cuentos⁸.

El rechazo no se hizo esperar. Berroeta, en carta desde Washington, y Mayz Vallenilla, desde Caracas, hicieron notar que la aceptación de un segundo premio habría sido una forma indirecta de avalar las afirmaciones del Jurado. El monto de un premio fue obsequiado al Asilo de Huérfanos de Caracas. El relato de Mayz Vallenilla no se publicó. El de Berroeta forma parte del presente volumen y constituye, dentro del enfatizado espacio narrativo de tema negroide, una muestra de elaboración artística donde se transpone a una historia contada la estructura poética de una composición musical de los negros: el merengue “Compae Facundo”. Para el campo narrativo del propio Berroeta, “Instantes de una fuga” significa una salida fuera del eje que venía trazando su escritura personal culminante en novelas como *La leyenda del conde Luna* y *El espía que vino del cielo*.

En 1950, como se anotó con anterioridad, el primer premio correspondió a “El baile de tambor”, de Arturo Uslar Pietri, cuyo comentario relacionamos con el cuento de Díaz Sánchez y otros textos del mismo tema

⁸ *El Nacional*, Caracas, 3-8-1948, p. 1.

negroide. Hubo, sin embargo, la reaparición de un ensayista que había trahinado por la narrativa desde sus tiempos de formación y madurez en Chile: Mariano Picón Salas. Su cuento “Peste en la nave” recibió un tercer premio. Si no aportó nada novedoso en la evolución del género, en cambio fue el núcleo narrativo de uno de sus libros más hermosamente escritos: la biografía novelada *Pedro Claver, el santo de los esclavos*. Y realmente, si la acción estaba apegada a los códigos tradicionales del relato, en cambio la impecable destreza del prosista se hallaba en plenitud.

En segundas posiciones figuraron Héctor Santaella y Alfredo Armas Alfonzo.

Héctor Santaella no continuó en el desarrollo vocacional del relato. La economía y otras actividades lo asimilaron. Su cuento de entonces, “Dulce Jacinta”, continuó la narrativa de asuntos marineros, cimentada en leyendas de pescadores y hombres de puerto, que había tenido en José Salazar Domínguez a un maestro y en Enrique Bernardo Núñez a un artífice no igualado fácilmente en su capacidad de convertir, por vía de un discurso mítico-poético, las leyendas populares del mar histórico y contemporáneo, fundidas en una sola masa de acciones, en una estructura novelística de valores poco frecuentes: *Cubagua*.

Con los mismos materiales de la leyenda históricopopular, llevada a una destemporalización mítica, ha venido trabajando Alfredo Armas Alfonzo, quien aquella vez compartió tercer lugar por “Los cielos de la muerte”.

Armas Alfonzo había comenzado su itinerario de cuentista en 1945, con “El borracho”, que publicó la revista *Élite* con ilustraciones del entonces incipiente artista plástico Carlos Cruz Diez.

A partir de “Los cielos de la muerte”, el arte narrativo de Armas Alfonzo ha girado alrededor de unidades históricas y supersticiosas, con un trabajo donde lo épico de las narraciones populares mantiene su tono de hipérbole, su capacidad deformadora de los objetos reales, pero el autor las dota de un halo poemático gracias a la alta jerarquía de su escritura. Este cuentista ha llegado así a convertirse en un pertinaz labrador de acciones expresionistas, en las cuales rescata y conserva una tradición de la conseja, afianzada en sus cuentos de localización regio-

nal, pero entendida ésta como reflejo que soporta la realidad tabuladora de un pueblo y no como transposición literal de hechos o anécdotas. La misma constante marca idiolectalmente otros dos cuentos suyos que obtuvieron reconocimiento en competencias de años inmediatos: “La cresta del cangrejo” (2° Premio, 1950) y “Santo de cabecera” (1951).

“El único ojo de la noche”, ganador del primer premio en 1954, marcó en la copiosa obra cuentística de Armas Alfonzo un acercamiento nuevo, por rutas de un discurso más coloquialmente entonado con sus materias populares, a los territorios del realismo mágico, más legítimo cuanto más próximo al arte de lo maravilloso popular, rumbo que luego cristalizó en su libro *Los lamederos del diablo* (1956).

El segundo premio, obtenido con “La cresta del cangrejo”, lo compartió Armas Alfonzo con Oscar Guaramato. Nuevamente se había declarado desierto el primer sitio del Concurso. Ambos denunciaron su inconformidad con el severo dictamen del Jurado.

Oscar Guaramato había triunfado en concursos promovidos por la revista *Alas*, de Barquisimeto, y en el célebre certamen de *Fantoches*. Su primer libro de relatos, *Biografía de un escarabajo* (1945), señalaba ya una tendencia personal de este cuentista: labrar el cuento sobre la dramaticidad de la ternura, extraer la poesía de las cosas sencillas para transformarla, por vía de una técnica imperceptible, en fórmula secreta de sus historias. Su prosa está cargada de resonancias rítmicas de la poesía; en un discurso metafórico escribió “La niña vegetal” cuento donde resume los aciertos y los riesgos de un cuentopoema, valioso en él, mal imitado por otros narradores. Guaramato persistió en esa dirección y logró mantener la eficacia de sus procedimientos en sus volúmenes *Por el río de la calle* (1953) y *La niña vegetal* (1954). Su narrativa, llena de humanidad, de piadosa contención emocional, rompió en aquel momento con una retórica de la crueldad, agotada en su afán de conmover con tragedias románticorrurales o falsamente existencialistas. En el espacio histórico del cuento, Guaramato y Oswaldo Trejo se diferenciaron, además, de una narrativa que buscaba retornar a cierto neo-criollismo, como el de los *Cuatro cuentos rurales* de Manuel Trujillo, o como la hibridación de acciones localistas en un recargado discurso de

vanguardia, acuñada por Julián Padrón, empeñado en hacer la misma tarea de Urbaneja Achelpohl a comienzos de siglo: una retórica del discurso modernista, para portar una historia costumbrista. La posición hegemónica de Gallegos se mantenía inamovible en la tendencia que él llevó a culminación y que empezaba a declinar inexorablemente. Uslar Pietri había sentado lección por tercera vez con *Treinta hombres y sus sombras*, libro donde los objetos de una realidad venezolana estaban de cuerpo presente, pero nunca de “cuerpo entero”, sino diasporizados en la reciedumbre de una técnica dirigida a romper las formas tradicionales de la historia y del discurso. El realismo mágico había llegado a su expresión legítima. La incorporación de los procedimientos que segmentaban el plano expresivo en disolvencias “cinematográficas”, los puntos de vista combinados en omnisciencia selectiva, la quiebra de los tiempos de la acción independizada de las direcciones del discurso, llevaron el cuento venezolano a cimas que hoy pueden verse, en la distancia, como las de una universalidad integral. Los años de 1948 a 1954 son de auge y proyección excepcionales en el espacio de la cuentística venezolana.

La legitimidad experimental de Márquez Salas y otros narradores de Contrapunto hallaron en Oswaldo Trejo un audaz continuador que se alejaba de los excesos metafóricos y de los hermetismos de la superficie, para penetrar la sustancia misteriosa de la realidad y de los objetos que la conforman. Desde sus libros *Los cuatro pies* (1948) y *Escuchando al idiota* (1949), Trejo fue ascendiendo hasta alcanzar la maestría de sus *Cuentos de la primera esquina* (1952) y proseguir en una capacidad de autorrenovación nunca negada hasta hoy, cuando ejerce influjo y prodiga su penetrante capacidad artística en los más jóvenes cultores del relato venezolano.

Humberto Rivas Mijares, quien había nacido a la narrativa atrincherado en un ruralismo de nobles intenciones, produjo su mejor cuento, “El murado” (1949), y desgajó de su obra el tono trágico provinciano, lo mismo que Manuel Trujillo, a partir de su volumen *Tiempo sin reloj* (1950). Manuel Guillermo Díaz, Blas Millán, el excelente narrador humorístico de *La radiografía y otros cuentos*, reapareció cargado de

fuerzas en la reedición ampliada de *Bolívar, Dios y el Diablo y otros cuentos frívolos*, adicionados a *La virgen caraqueña* (1950). Raúl Valera transportó la tragedia amorosa del hombre de provincia a la incipiente turbulencia urbana, en su cuento “Mañana sí será”, del que ya se hizo comentario. Julio Garmendia, que desde 1927, con *La tienda de muñecos*, había cerrado su puerta a la calle, solitario y silencioso, alborozó de nuevo a sus lectores con un segundo libro que, escapaba otra vez a todas las codificaciones del cuento nacional: *La tuna de oro* (1951). Héctor Mujica editaba su segundo y mejor libro de ficciones: *Las tres ventanas* (1953). Antonio Arráiz, el fundador del Concurso cuando dirigía el diario, el insólito maestro de la conseja popular de *Tío Tigre y Tío Conejo* (1945), desde su voluntario alejamiento del país, volvió al cuento con *El diablo que perdió el alma* (1954). Carlos Dorante se inauguró con *Los amos del cielo* (1954), en una temática universalista establecida por los de Contrapunto. Ramón González Paredes lanzaba en avalancha de ensayos, novelas y relatos, un libro excelente: *Campanas sin campanario*. El relato para niños tuvo dos cultoras: Lucila Palacios, con *Mundo en miniatura* (1955), y Mireya Blanco: *Aventuras de Cachito a través de Venezuela* (1956). Además éstos son los años en que aparecen las obras maestras de nuestra cuentística: “La mano junto al muro” (1951), “Como Dios” (1952). Y también cuando Nelson Himiob publica su volumen *La gata, el espejo y yo* (1952).

Desde el Ecuador había llegado para quedarse un narrador magistral: César Dávila Andrade. Recibió premio en segundo lugar, con “El hombre que limpió su arma” (1952), y a poco tiempo lanzó su libro *Abandonados en la tierra* (1956), donde el trabajo sobre materias esotéricas y la recia escritura del poeta conviven en un conjunto de piezas clásicas para la narración del continente. Coterráneo, hermanado a Dávila Andrade por vínculos generacionales, es Alfonso Cuesta y Cuesta, ganador en 1953.

A partir de este período, que puede tenerse como el de oro para nuestro espacio cuentístico, la originalidad y el cultivo asiduo del género promueven una emulación de búsquedas y autenticidades entre los artistas del relato.

En 1957 comienza a fermentar la indignación colectiva, acumulada contra una dictadura –la de Marcos Pérez Jiménez– que reprimía al país desde comienzos de la década. Los intelectuales no fueron ajenos a tales protestas. Ayudaron la preparación de un derrumbe producido el 23 de enero de 1958. Pero antes volvieron a saber de las cárceles y el exilio.

En la narrativa aparecen nuevos grupos y revistas. Destaca, por su trascendencia inmediata y posterior, el núcleo de la revista *Sardio*. Su orientación fue iconoclasta. Su combatividad nerviosa estuvo alimentada de una decisión renovadora. La tradición localista de los materiales y la retórica del relato son ironizados y puestos sobre la mesa de discusiones. Se niegan muchos de los grandes nombres. En el grupo hay poetas y cuentistas, pintores de inagotable capacidad de travesura y de burla. A los monstruos sagrados de la cultura se les opone una teratología del sarcasmo plástico y poético. Su capacidad polémica empieza a cuajar en obra. El grupo sostiene su beligerancia alentada por la caída del dictador. Proyecta su inquietud en derivaciones como *El Techo de la Ballena*. Entra en pugna estética con otros jóvenes de orientación marxista que se atrincheraron en la excelente publicación *Tabla Redonda*. En ambas puede estudiarse hoy el cambio radical de orientaciones que se produce en la literatura venezolana desde 1960 en adelante.

Entre los nombres de mayor resonancia para el cuento, agrupados en *Sardio*, se cuentan Héctor Malavé Mata, Adriano González León y Salvador Garmendia.

Las insignias de un universalismo trascendente, leído en literaturas europeas contemporáneas, han encontrado un relevo, después de que las vanguardias del 30 y los atormentados de *Contrapunto* en el 40 se habían institucionalizado en la decantación de sus hallazgos. Los nuevos narradores y poetas reclaman al lenguaje literario más sobriedad, acercamiento coloquial a las modalidades del habla urbana ajustada a la cruenta verdad de un objeto social amorfo y deprimente, urgido de un sacudimiento pleno. Rimbaud, Lautréamont, Saint-John Perse, Antonin Artaud, James Joyce, Dylan Thomas, Henry Miller, son leídos con

avidez. Apenas dos venezolanos escapan a la negación rotunda: José Antonio Ramos Sucre y Julio Garmendia. Guillermo Meneses regresará de Europa. Su magisterio quede exteriorizado en la fundación de otra revista literaria para que los jóvenes se expresen: *Cal*. En Hispanoamérica comenzaba a irrumpir una nueva narrativa que estaba despedazando también los códigos de la retórica superregionalista. La obra de Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Alejo Carpentier, es leída y estudiada con vocación de discipulado. Carpentier había residido casi ininterrumpidamente en Venezuela desde 1946 hasta 1959. Si su presencia ejerció un discreto reflejo sobre los jóvenes, en cambio una columna diaria de excelente diseño, “Letra y solfa”, desde las páginas de *El Nacional*, ayudó a difundir las nuevas orientaciones que en el campo de la cultura andaban por el mundo. Pero fue la publicación de sus novelas *El reino de este mundo* y *Los pasos perdidos* lo que permitió que su nombre pudiera vincularse sin reservas al nuevo proceso de los jóvenes creadores, aparte de su gesto de solidarizarse con la Revolución Cubana y regresar a su patria, con lo cual creció la simpatía y la admiración hacia su callada y alta estatura física e intelectual.

En el exterior, como exiliados de la dictadura, algunos jóvenes valores entraban en contacto con intelectuales e influencias enriquecedoras. Al ser derrocado Pérez Jiménez, los viejos escritores, entre ellos Gallegos, retornan al país. Al otro lado, los nuevos. La polémica en los terrenos ideológicos y estéticos no esperó. La brecha generacional estaba abierta.

En 1957, Héctor Malavé Mata recibe el premio del Concurso de *El Nacional*, con “La metamorfosis”. El segundo lugar correspondió al narrador español Martín de Ugalde. El tercero a Pedro Francisco Lizardo, poeta de afirmado prestigio, que había comenzado escribiendo cuentos regionalistas capaces de trascender el país y ser reproducidos por la revista *Pan*, de Buenos Aires. Esta vez, un cambio completo en su escritura narrativa: “Viaje al fondo del espejo”. Tanto en Malavé Mata como en Lizardo, las visiones existenciales del hombre interior inciden ahora para borrar los últimos matices de la tragicidad parroquiana cuyo efectismo estaba definitivamente extenuado, gracias a las transfiguraciones que aplicó Armas Alfonzo, o a los golpes asestados por

Márquez Salas, Díaz Solís, Meneses y otros. Lizardo no continuó publicando narraciones. Malavé reincidió en su voluntad de conmover las raíces de la acción narrativa en un alucinante caos de regresiones y progresiones subconscientes apuntaladas sobre un impecable discurso lírico. En 1962 volvió a conquistar el primer sitio, con el relato “Como brasa hundida en el espejo”. Su libro *Los sonámbulos* es de este mismo año.

Adriano González León había figurado con tercer premio desde 1954: “En el lago”. En 1957 circuló bajo pie editorial de Sardo su primer libro: *Las hogueras más altas*. El éxito fue inmediato. Juan Goyanarte lo reimprimió en Buenos Aires con prólogo consagratorio de Miguel Ángel Asturias. Por otra dirección, en la novela, alcanzó en 1968 el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral. Su nombre se había internacionalizado al mismo tiempo en que estaba apareciendo otro volumen de sus relatos: *Hombre que daba sed*.

Salvador Garmendia ha sido uno —de la generación de *Sardo*—, entre escasísimos autores de relieve, de los que han permanecido ausentes del Concurso, tanto en la competencia de textos como en los Jurados. No obstante, es de trascendencia especialísima en la transformación del cuento venezolano en la década del sesenta. Sus libros *Doble fondo*, *Difuntos*, *extraños y volátiles* y *Los escondites* revelan en el cuentista una capacidad de exploración de los lenguajes y las situaciones tan importantes como los que le han consagrado como el gran novelista de la última década.

Desde 1958, junto a la concepción trascendentalista del relato, figuró el grupo *Tabla Redonda*, de orientación marxista, y entró en discusiones estéticas e ideológicas con los de *Sardo*, la mayoría de cuyos componentes eran artistas e intelectuales de avanzada. La pugna entre un arte del realismo revolucionario y una trascendencia estética de la dimensión total del hombre quedó impresa en cartas y manifiestos. Pero también el realismo social se había descodificado en la tradición dogmática. Enrique Izaguirre, de clara militancia en la izquierda, ganó ese año el primer premio con “Lázaro Andújar, el que olvidó su nombre”. El tono de elegía en el discurso abordaba un conflicto de asesinato

político durante la dictadura. La visión épica del combatiente había desplazado al relato con moraleja ideológica. Izaguirre dio el título de su cuento a un volumen publicado en 1959. Cinco años más tarde regresó con un segundo título: *La noche sumaria*, libro donde no abandona el contexto de sus ideas, pero lo expresa con afanada voluntad de integrar a su escritura nuevos procedimientos.

Entre tales tendencias, bajo influjos del maestro del relato cubano Onelio Jorge Cardoso, se filtra un joven colombiano residente en Venezuela: Hernando Track Pino. El desamparo y la angustia existenciales, expresados en un discurso de grandes tensiones líricas, le permitieron triunfar con “Cuenta usted, taita”, en un certamen de cuento universitario, y en 1960, con “Las tardes juntas”, figuró triunfador en *El Nacional*.

Con todo, persistía aún la tradición que el propio Concurso había ido generando en la escritura del cuento: una fuerte cristalización de los planos expresivos estructurada alrededor de un discurso de reiteraciones metafóricas donde se expande y estira una acción no siempre convincente como historia. Rafael Zárraga asimiló bien estas modalidades y obtuvo dos veces la máxima distinción: “Nubarrón” (1959) y “La brasa duerme bajo la ceniza” (1966). En los últimos años, con José Napoleón Oropesa, sobre un asunto de violencia guerrillera, puede notarse aún esa constante: “La muerte se mueve con la tierra encima” (1971).

En el espacio del Concurso, Gustavo Luis Carrera, conocido como ensayista y crítico a través de la revista *Crítica Contemporánea*, sorprendió en 1963 cuando obtuvo premio con “Las cuatro falacias”, un relato de situaciones esotéricas, organizadas concéntricamente alrededor de un personaje popular: un loco de pueblo, pero de cualquier pueblo del mundo. Los planos premonitorios enfatizados, la escritura de signos crípticos interpolados en el desarrollo, desgajaron y combinaron las secuencias en forma tal que el lector se vio otra vez retado a complicidad y colaboración más a fondo. Luego el autor volverá a obtener estímulo, compartido con Orlando Araujo, en 1968. El cuento se titula “Viaje inverso”.

Desde 1960, las ilusiones colectivas de ver transformado el país, luego de erradicada otra dictadura, que muchos calificaron como “la

última”, advino una democracia turbulenta. La represión, antes que cesar, se intensificó. A las polémicas de prensa pública entre partidos políticos sucedió una cadena de insurrecciones armadas donde se vio comprometida una juventud política e intelectual. El camino de la Revolución Cubana era un ejemplo vibrante. La violencia no se limitó al plano de las luchas políticas. En la literatura apareció una nueva escritura narrativa y poética donde se incorporaron y valorizaron formas del argot urbano de los barrios; el sexo y la crueldad inhumaron rotundamente las posibilidades del idilio; la palabra se escribía, ya no para organizar un discurso lírico donde se disimulara la intensidad mayor o menor de las acciones contadas. Una lengua corrosiva, intencionalmente disparada como arma de combate, resquebrajó toda posibilidad de narrar parsimoniosamente. El cuento empezó a presentar situaciones vertiginosas y caóticas, como el objeto convulsionado de la realidad donde se apoyaba. La jerga manida de cierta retórica del eufemismo es ridiculizada hasta el sarcasmo.

A la vitalización del lenguaje correspondió una incorporación de nuevas temáticas: la burocracia urbana, la improvisación, la impaciencia revolucionaria, las brutales expresiones de la tortura y el crimen políticos, la desmitificación del amor y el sexo, la cotidianidad absurda y ociosa de los bares y cafés de gran ciudad, indicio del falso mito de un país lleno de abandonos y carencias, la mezcla heterogénea y caprichosa de la inmigración sin rumbo, la paranoia colectiva, la confusión e inversión de valores, la epopeya ridícula de los deportes, los *slogans* de la publicidad contaminadora del ambiente. Y a esa temática, el lenguaje se fue acordando con una múltiple posibilidad de combinaciones procedimentales en el nivel de las historias.

A esa nueva realidad de la ficción se fue inclinando también el Concurso. Durante dos años consecutivos hubo declaración de premios desiertos: 1965 y 1967. Pero a partir de 1968, Orlando Araujo introduce nuevas modalidades. Comparte el primer lugar con Gustavo Luis Carrera. “Un muerto que no era el suyo” es relato ubicado en su denotación dentro de un tiempo de las insurgencias civiles de los caudillos a finales de siglo; pero en las acciones estaba claramente connotada la violencia coetánea del autor. El lenguaje, reiterativo, señaló reflejos

inteligentemente asimilados del relato con que Juan Rulfo desmitificó la narrativa épica de la Revolución Mexicana, al mostrarla en su reverso. Orlando Araujo, como Gustavo Carrera, era respetado en su condición de perspicaz ensayista y crítico literario. Por eso fue más sorprendente su triunfo, al que siguió la aparición de un bello libro de relatos: *Compañero de viaje*.

Carlos Noguera, un joven poeta, figuró en 1969 como el casi desconocido autor de “Altagracia y otras cosas”. Ahora el asunto guerrillero y sus desviaciones casi delincuentes modelaron la ficción. Su cuento premiado era anuncio de una excelente novela que alcanzó consagración internacional casi inmediatamente: *Historias de la calle Lincoln*.

Era la misma línea que proyectaba al cuento venezolano en victorias extranacionales, cuando Luis Britto García, con su libro *Rajatabla*, conquistaba el resonante Premio de Cuento de la Casa de las Américas.

En un derrotero de los hastíos urbanos, expuestos con humor y agilidad accional, David Alizo venía imponiendo su escritura en dos libros: *Quorum* y *Griterío*. Fue el ganador de 1970, con “No sé cuántas cervezas en una noche”. Y Jorge Nunes, poeta de varios libros, recibió el reconocimiento del último Concurso reseñado aquí, el de 1972, con un relato donde lo grotesco de la acción se resuelve poéticamente en su discurso “La trapecista”.

6. Balance

Hemos procurado, hasta aquí, insertar en el espacio total del cuento venezolano, con las razonables omisiones ocasionadas por la prisa o el olvido no siempre voluntario, la trayectoria e interés que el Concurso de Cuentos de *El Nacional* ha logrado incorporar a esa modalidad cuya historia sigue por escribirse.

Se ha dicho que la mayoría de los nombres más importantes de la cuentística nacional, sea como jurados o como ganadores de premios y menciones, terminaron inscritos como síntomas del proceso dinámico reflejado en el nivel incidental del certamen. Los que han escapado como individualidades se implican en tanto han pertenecido a grupos

y generaciones cuya presencia ha sido continua y alternada, desde los ya remotos sobrevivientes de los grupos de 1918, o de las vanguardias de los 20, hasta los novísimos trabajadores del relato que siguen su heroico abrirse paso en revistas efímeras, desde Caracas o la provincia. Muchos de ellos, por el hecho de no haber conquistado lugares notorios, hasta ahora, no se extrañan; el tiempo hace cambiar también los registros de un corte necesario en un instante del espacio narrativo. Entre quienes no han obtenido figuración, vale la pena recordar algunos nombres como los de José Manuel Briceño Guerrero, Argenis Rodríguez, Esdras Parra, José Balza, Héctor de Lima, Mary Guerrero, Ednodio Quintero, Jesús Alberto León, Carlos González Vega.

Y hay otros nombres que intencionalmente dejamos para último: aquellos de escritores ya formados y colocados en los espacios de la narrativa de sus propios países, cuya lección y aporte al proceso evolutivo del cuento venezolano es insoslayable. Un recuento rápido hace mirar con gratitud y afecto que los hacen nuestros para siempre, aparte del lugar que ocuparon sus relatos en una determinada incidencia, los nombres de Alejo Carpentier, Juan Chabás, Miguel de los Santos Reyero, Alfonso Cuesta y Cuesta, César Dávila Andrade, Martín de Ugalde, Manuel Mejía Vallejo, entre quienes dejaron su testimonio inscrito en el certamen. Y una nómina que hoy sería imposible formular, entre quienes residen también y han hecho de Venezuela el nuevo espacio para su escritura intelectual y humana.

Cuando un libro sale de las manos que lo escriben, se extraña, es objeto más perteneciente a un lector potencial y al patrimonio de cultura, que a su propio creador. Con razones mayores, un Concurso, a través de un largo recorrido, deja de ser el patrimonio institucional de quien lo auspicia para hacerse objeto de valor colectivo, donde autores y lectores tienen puestos los ojos expectantes. Su historia queda inventariada hasta hoy. La mirada general seguirá viéndolos crecer.

NÓMINA DE LOS JURADOS DEL CONCURSO

1946	Alejo Carpentier
Andrés Eloy Blanco (suplido en veredicto por Miguel Otero Silva)	Miguel Otero Silva
Alejandro García Maldonado	1953
Antonio Arráiz	Julio Garmendia
	Ramón Díaz Sánchez
1947	Humberto Rivas Mijares
Ramón Díaz Sánchez	
José Fabbiani Ruiz	1954
Rafael Angarita Arvelo	Arturo Uslar Pietri
	Alejo Carpentier
1948	Mariano Picón Salas
Antonia Palacios	
Antonio Arráiz	1955
Miguel Otero Silva	Blas Millán (seud. de Manuel Guillermo Díaz)
	Carlos Eduardo Frías
1949	Miguel Otero Silva
Fernando Paz Castillo	
Antonio Márquez Salas	1956
Miguel Otero Silva	Eduardo Arroyo Lameda
	Miguel Otero Silva
1950	Humberto Rivas Mijares
Arturo Uslar Pietri	
J. F. Reyes Baena	1957
Gustavo Díaz Solís	Humberto Rivas Mijares
	Humberto Cuenca
1951	Oscar Guaramato
Arturo Uslar Pietri	
Alejo Carpentier	1958
Miguel Otero Silva	Juan Oropesa
	Juan Liscano
1952	Miguel Otero Silva
Arturo Uslar Pietri	

1959	1966
Fernando Paz Castillo	Pedro Sotillo
José Ramón Medina	Humberto Rivas Mijares
Gustavo Díaz Solís	Guillermo Meneses
1960	1967
María T. Castillo de Otero Silva	Gustavo Díaz Solís
José Fabbiani Ruiz	Ramón Díaz Sánchez
J. M. Siso Martínez	Adriano González León
1961	1968
Guillermo Meneses	Miguel Otero Silva
Gustavo Díaz Solís	Oscar Sambrano Urdaneta
Antonio Márquez Salas	Oscar Guaramato
1962	1969
Luis Pastori	José Ramón Medina
Antonio Stempel París	Domingo Miliani
Alfredo Armas Alfonzo	Gustavo Luis Carrera
1963	1970
Mario Torrealba Lossi	Antonio Márquez Salas
Pascual Venegas Filardo	Alfredo Armas Alfonzo
Pedro Díaz Seijas	Carlos Noguera
1964	1971
Guillermo Meneses	Oswaldo Trejo
José Ramón Medina	Julio Garmendia
Martín de Ugalde	Gustavo Díaz Solís
1965	1972
Antonia Palacios	José Ramón Medina
José Fabbiani Ruiz	Oscar Guaramato
Antonio Márquez Salas	Domingo Miliani

AUTORES Y TEXTOS DISTINGUIDOS EN LOS CONCURSOS ANUALES

Concurso / Año / Ganadores

I / 1946 / Premio único: Ramón Díaz Sánchez, “La virgen no tiene cara”.

Mención especial: Alejo Carpentier, “Los fugitivos”.

II / 1947 / Primer premio: Antonio Márquez Salas, “El hombre y su verde caballo”.

Segundo: Arturo Croce, “Un negro a la luz de la luna”.

Terceros: Gustavo Díaz Solís, “Arco secreto”; Federico Rodríguez Rodríguez, “El inmigrante”; y Guillermo Meneses, “Un destino cumplido”.

Cuarto: Eliécer Sánchez Gamboa, “Eduvigis el de las canales”.

III / 1948 / Primer premio: Declarado desierto.

Segundo: Declarado desierto.

Terceros: Juan Chabás, “Suceso”; Pedro Berroeta, “Instantes de una fuga” y Ernesto Mayz Vallenilla, “Cinco rostros de la soledad”.

IV / 1949 / Primer premio: Arturo Uslar Pietri, “El baile del tambor”.

Segundo: Alfredo Armas Alfonzo, “Los cielos de la muerte”.

Terceros: Mariano Picón Salas, “Peste en la nave”; y Héctor Santaella, “Dulce Jacinta”.

V / 1950 / Primero y segundo premios: Declarados desiertos.

Terceros: Alfredo Armas Alfonzo, “La cresta cangrejo”; y Oscar Guaramato, “La niña vegetal”.

VI / 1951 / Primer premio: Guillermo Meneses, “La mano junto al muro”.

Segundos: Miguel de los Santos Reyero, “El tic-tac de la paz”; y Alfredo Armas Alfonzo, “Santos de cabecera”.

VII / 1952 / Primer premio: Antonio Márquez Salas, “Como Dios”.

Segundo: César Dávila Andrade, “El hombre que limpió su arma”.

- VIII / 1953 / Primer premio: Alfonso Cuesta y Cuesta, “El caballero”.
Segundo: Pedro Berroeta, “La forastera”.
Terceros: Oscar Guaramato, “Dolores”; y Arturo Croce, “Los ojos salvajes”.
- IX / 1954 / Primer premio: Alfredo Armas Alfonzo, “El único ojo de la noche”.
Segundo: Adriano González León, “En el lago”.
Tercero: Pedro Berroeta, “La invitación”.
- X / 1955 / Primer premio: Martín de Ugalde, “Un real de sueño sobre un andamio”.
Segundos: Antonia Palacios, “Los pasos de la lluvia”. Autor sin identificar, “La playa”.
Terceros: Silvio López, “Las murallas”; Elma Vera, “La negra Mercé”.
- XI / 1956 / Primer premio: Manuel Mejía Vallejo, “Al pie de la ciudad”.
Segundo: Oscar Guaramato, “La noche es rosa íngrima”.
Tercero: Oswaldo Trejo, “Estación del viento”.
- XII / 1957 / Primer premio: Héctor Malavé Mata, “La metamorfosis”.
Segundo: Martín de Ugalde, “La luz se apaga al amanecer”.
Terceros: Pedro Francisco Lizardo, “Viaje al fondo del espejo”; y Mercedes Bermúdez de Beloso, “Aguas turbias”.
- XIII / 1958 / Primer premio: Enrique Izaguirre, “Lázaro Andújar: el que olvidó su nombre”.
- XIV / 1959 / Primer premio: Rafael Zárraga, “Nubarrón” (comienza a otorgarse un premio único).
- XV / 1980 / Hernando Track Pino, “Las tardes juntas”.
- XVI / 1961 / Arturo Croce, “La luz se quebró en el árbol”.

- XVII / 1982 / Héctor Malavé Mata, “Como brasa hundida en el espejo”.
- XVIII / 1963 / Gustavo Luis Carrera. “Las cuatro falacias”
- XIX / 1964 / Antonio Márquez Salas, “Solo, en campo descubierto”.
- XX / 1965 / Declarado desierto.
- XXI / 1966 / Rafael Zárraga, “La brasa duerme bajo la ceniza”.
- XXII / 1967 / Declarado desierto.
- XXIII / 1968 / Primer premio compartido: Gustavo Luis Carrera, “Viaje inverso” y Orlando Araujo, “Un muerto que no era el suyo”.
Mención especial: Ernesto Mayz Vallenilla, “La red”.
- XXIV / 1969 / Carlos Noguera, “Altagracia y otras cosas”.
- XXV / 1970 / David Alizo, “Yo no sé cuántas cervezas en una noche”.
- XXVI / 1971 / José Napoleón Oropeza, “La muerte se mueve con la tierra encima”.
- XXVIII / 1972 / Jorge Nunes, “La trapecista”.

RESUMEN BIO-BIBLIOGRÁFICO DE AUTORES INCLUIDOS EN ESTE VOLUMEN*

Se han ordenado los resúmenes en estricto orden alfabético. Omitimos la referencia a las oportunidades en que los autores obtuvieron premios en el Concurso de *El Nacional*, dado que está señalada en la parte 2 de este Apéndice. Limitamos los datos bibliográficos a la obra narrativa y, particularmente, a la producción cuentística, por motivos de espacio.

ALIZO, David (1941). Nació en Valera (Edo. Trujillo). Se ha dedicado de modo preferente a la literatura, y dentro de ella al cultivo de la narración. Trabajó en la Dirección de Cultura de la Universidad de Oriente y en el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, organismo del cual obtuvo una beca para concluir la escritura de su novela: *Esta vida del diablo*. Con este motivo volvió a Europa, concretamente a Londres. Antes había vivido en Chicago, Nueva York, París.

Sus cuentos comenzaron a publicarse en las siguientes revistas: *Zona Franca*, *Revista Nacional de Cultura*, *Cultura Universitaria*, *Actual*, *Imagen*, *Oriente*. Hasta ahora ha editado los siguientes libros de cuentos *Quorum* (1967) y *Griterío* (1968).^{*1}

ARAUJO, Orlando (1928). Nació en Calderas (Edo. Barinas). Conocido como ensayista y crítico literario, Licenciado en Letras y en Economía por la Universidad Central de Venezuela.

Aparte del éxito alcanzado en el concurso de El Nacional, en 1972 obtuvo premio como narrador de textos para niños, en certamen patrocinado por el Banco del Libro, por su volumen, sin publicar: *Manuel*

* *Nota del compilador*. Para tratar de actualizar este trabajo ofrecemos en las siguientes notas (referidas con asteriscos) la fecha de fallecimiento, cuando corresponde, de los autores citados y los datos de las obras publicadas con posterioridad a 1973, fecha de edición original de este trabajo.

*¹ David Alizo. Editó posteriormente: *La rana, el tigre, los muchachos y el fuego*. *Mito de los indios maquiritares* (1969, 1979 co-aut.); *Esta vida del diablo* (1973, novela); *El rumor de los espejos* (1984, cuentos); *Puerta adentro* (1985, cuentos); *La segunda memoria* (1998).

Vicente Pata Caliente. En el cuento tiene publicado sólo “Compañero de viaje” (1970).^{*2}

ARMAS ALFONZO, Alfredo (1921). Nació en Clarines (Edo. Anzoátegui). Se ha dedicado casi exclusivamente al cuento. Trabajó en la Dirección de Cultura de la Universidad de Oriente y hasta 1972 desempeñó el cargo de Director General del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes. Ejerció el periodismo cultural en la revista *El Farol*, de la cual fue jefe de redacción por varios años. En 1969 obtuvo el Premio Nacional de Literatura.

Obra narrativa: *Los cielos de la muerte* (1949), *La cresta del cangrejo* (1951), *Tramojo* (1953), *Los lamederos del diablo* (1956), *Como el polvo* (19137), *Puerto Sucre, vía Cristóbal* (1967), *La parada de Maimos* (1969) y *El osario de Dios* (1969). Tiene además, inédita, una novela: *Las calcetas del bagre*.^{*3}

BERROETA, Pedro (1914). En el desempeño de diversos cargos diplomáticos vivió mucho tiempo fuera de Venezuela. Regresó en 1940 y comenzó a publicar algunos cuentos en diferentes revistas venezolanas.

En 1955 obtuvo el premio de novela promovido por la Cámara Venezolana del Libro, con su obra *La leyenda del Conde Luna* (1955).

^{*2} Orlando Araujo (1927-1987). Posteriormente se editaron: *Miguel Vicente Patacaliente* (1971); *Los viajes de Miguel Vicente Patacaliente* (1977); *Siete cuentos* (1977); *El niño que llegó hasta el sol* (1979); *Cartas a Sebastián para que no me olvide* (1988); *El niño y el caballo* (1992, 1997); *Compañero de viaje y otros relatos* (2005).

^{*3} Alfredo Armas Alfonso (1921-1990). Obra narrativa posterior: *Los cielos de la muerte; cuentos escogidos, 1949-1969* (1970); *La anunciación* (1971); *Agosto y otros difuntos* (1972); *Cualquier ocaso* (1972); *Siete güiripas para Don Hilario* (1973); *Cien máuseres, ninguna muerte y una sola amapola* (1975); *Cuentos* (1976); *Angelaciones* (1979); *El bazar de la madama* (1980); *El tigre, la raíz cercana de la rosa* (1980); *Con el corazón en la boca* (1981); *Este resto de llanto que me queda* (1987); *Cada espina: tres historia de amor* (1989); *Los desiertos del ángel* (1990, cuentos); *El osario de Dios y otros textos* (1993); *Este resto de llanto que me queda* (2005, cuentos); *Osarios, desiertos y otros ángeles. Antología de cuentos 1949-1999* (2005).

Después le siguió otra obra novelística: *El espía que vino del cielo* (1968). Recientemente acaba de ganar el Premio del Concurso Internacional de Novela “Simón Bolívar”, promovido por la Asociación de Escritores Venezolanos, con su obra inédita *La salamandra*.

En el cuento, publicó *Marianik* (1945).^{*4}

Ha escrito también poesía y ejerce el periodismo cultural por la televisión venezolana.

CARPENTIER, Alejo (1904).^{*5} Nacido en La Habana, en su juventud de entusiasmos surrealistas conoció en París a Arturo Uslar Pietri, con quien frecuentaba las tertulias de André Breton. Vino a Venezuela en 1946. Trabajó en una importante empresa de publicidad hasta 1959, cuando regresó a su país natal para incorporarse a trabajos culturales con el gobierno de la Revolución Cubana. Carpentier dejó una profunda huella en la cultura venezolana. Escribió durante más de diez años una columna diaria, “Letra y solfa”, donde contribuyó a divulgar los grandes problemas de la cultura contemporánea mundial. En Caracas concluyó la redacción de dos de sus novelas más importantes: *El reino de este mundo* y *Los pasos perdidos*. Organizó en Caracas el Primer Festival de Música Latinoamericana, cuya repercusión internacional fue extraordinaria.

CARRERA, Gustavo Luis (1933). Nació en Cumaná (Edo. Sucre), Residió varios años en París. Obtuvo la Licenciatura en Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha ejercido la docencia y la investigación literaria en la Universidad Central de Venezuela, institución en la cual obtuvo su Doctorado en Letras. Formó parte de la redacción de la revista *Crítica Contemporánea*. Como cuentista obtuvo resonantes triunfos nacionales e internacionales en certámenes auspiciados por *El Nacional*, del que fue ganador de primer premio en dos oportuna-

*4 Pedro Berroeta (1914-1997). Obra narrativa posterior: *El espía que vino del cielo* (1968, novela); *La salamandra* (1972, 1974, 1977, 1982, novela); *Migaja; lectura para descansar en la playa* (1975, novela); *Natacha te quiero tanto* (1986, novela); *Pequeño cuento nocturno* (1986, novela); *La huella del pez en el agua* (1992, novela).

*5 Falleció en 1980.

des, y por la revista *Cuadernos*, de París. Ha publicado, en el campo de la narrativa: *La palabra opuesta* (1962) y *Almena de sal* (1973).^{*6}

CROCE, Arturo (1907). Pertenece generacionalmente a las promociones que iniciaron carrera literaria en 1928. Ha cultivado con preferencia el cuento y la novela, además de la poesía. Publicó sus primeros relatos en *Cultura Venezolana*, *Elite* y *Fantoches*.

En narrativa ha publicado los volúmenes de cuentos *Chimó y otros cuentos* (1942), *Taladro* (1943), *La muerte baja de la montaña* (1947), *Tierra revuelta* (1952), *Surimán* (1955) y *La montaña labriega* (1958). En la novela destacan: *Los diablos danzantes* (1961), *Talud derrumbado* (1961), *El nudo* (1968), *La roca desnuda* (1968). Los dos últimos títulos obtuvieron sendos premios promovidos respectivamente por la Editorial Cromo-Tip y por la Asociación Regional de Ejecutivos del Estado Lara.^{*7}

CUESTA Y CUESTA, Alfonso (1912). Nació en Cuenca (Ecuador). Pertenece al brillante Grupo de Guayaquil, donde descollaron los nombres mayores de la narrativa ecuatoriana de vanguardia y del realismo social.

Reside en Venezuela desde comienzos del 50. Ha ejercido la docencia en la Universidad Central de Venezuela, y la Universidad de Los Andes, de Mérida, donde está radicado hace mucho tiempo. Cuando vino al país ya era un nombre prestigiado en el relato, a través de su volumen *Llegada de todos los trenes del mundo* y de una novela corta: *Cantera*. Su novela *Los hijos* obtuvo distinción especial en uno de los concursos promovidos por Casa de las Américas. Lleva tres ediciones en español y ha sido vertida al ruso.^{*8}

^{*6} Gustavo Luis Carrera. Posteriormente editó: *Viaje inverso* (1977, novela); *La partida del Aurora* (1980, cuento); *La muerte discreta* (1982, novela); *Cuentos* (1992); *Salomón* (1993, novela); *El signo secreto* (1997, novela).

^{*7} Arturo Croce (1907- 2002). Obra narrativa posterior: *Quiero vivir* (1976, novela); *Petróleo, mi general* (1977, novela).

^{*8} Alfonso Cuesta y Cuesta (1914-1991). Posteriormente aparecieron: *La medalla. El vidrio roto. El muro* (1978, cuentos); *Antología de cuentos* (1993).

CHABAS, Juan (1898-1955). Nació en Valencia (España). Representa uno de los grandes valores que la diáspora de la Guerra Civil Española nos permitió incorporar al patrimonio de la cultura venezolana, donde su labor de docente y de crítico literario fue sumamente fértil. Se marchó luego a La Habana, donde entregó trágicamente su vida. Lo más importante de su obra se inscribe en la poesía del período ultraísta español de los años 20 y en la historia literaria donde legó obras clásicas.

DÁVILA ANDRADE, César (1918-1967). Nació en Cuenca (Ecuador), Residió en Venezuela desde 1950 hasta 1967, en que se suicidó, desangrando así una de las más alucinantes sensibilidades del relato en su tierra y en la que hizo suya: la nuestra.

Hondo en el saber filosófico esotérico, enigmático hasta la soledad total, fue poeta y cuentista. Y su vida fue eso: crear materia real con la palabra.

Su bibliografía narrativa comienza con *Abandonados en la tierra* (1956), *Trece relatos* (1956), *Cabeza de gallo* (1966) y una antología póstuma, *Pacto con el hombre y otros cuentos* (1972), la completa.*⁹

DÍAZ SÁNCHEZ, Ramón (1903-1968). Nació en Puerto Cabello (Edo. Carabobo). Perteneció a las promociones de la vanguardia venezolana. Formó parte del grupo *Seremos*, de Maracaibo. Ejerció profesionalmente el periodismo, primero en su ciudad natal, luego en la región petrolera del Zulia. Cultivó también con gran acierto la investigación y la biografía históricas.

Como narrador había publicado en 1926 una primera novela, de la cual abjuró siempre: *El sacrificio del Padre Amaro*. En la cuentística arrancó de narraciones regionalistas en *Cardonal* (1933). El paso definitivo hacia la historia literaria lo constituyó su novela *Mene* (1936), con la cual obtuvo premio auspiciado por el Ateneo de Caracas. El resto de su obra narrativa está constituida por dos volúmenes de cuentos:

*⁹ César Dávila Andrade. Posteriormente apareció: *Cuentos* (1976).

Caminos del amanecer (1941) y *La virgen no tiene cara* (1951). En la novela, además de las obras mencionadas antes, aportó: *Cumboto* (Premio de novela Arístides Rojas, 1948), editada en 1950, *Cassandra* (1957) y *Borburata* (1960).

DÍAZ SOLÍS, Gustavo (1920). Especialista en literatura inglesa, profesor egresado del Instituto Pedagógico, realizó cursos de posgrado en Estados Unidos y viene ejerciendo ejemplarmente la docencia en el Instituto Pedagógico de Caracas y en la Universidad Central de Venezuela.

Su obra se inscribe exclusivamente en el cuento venezolano, aparte de algunos ensayos críticos sobre escritores de habla inglesa. Fue Director-Fundador de la Escuela de Periodismo.

Ha publicado: *Marejada* (1940), *Llueve sobre el mar* (1943), *Cuentos de dos tiempos* (1950), *Cachalo* (1965) y una antología de sus relatos: *Ophidia y otras personas* (1968).^{*10}

GONZÁLEZ EIRIS, Joaquín (1899-1970). Periodista y narrador de gran modestia, su biografía es casi un silencio de larga duración. La mayor parte de sus cuentos sigue dispersa en revistas y periódicos. Apenas dejó publicados en volumen: *En pedazos* (1925), *Acotaciones de un pesimista* (1925), *Como ellos* (s.a.) y *Dos novelas cortas* (1940).

GUARAMATO, Oscar (1916). Nació en Barcelona (Edo. Anzoátegui). Residió algún tiempo en Valencia en el ejercicio del periodismo, labor que hasta hoy viene alternando con su oficio de cuentista.

Recibió desde temprano el espaldarazo para su tarea narrativa, al obtener premios de la revista *Alas* (1943) (Barquisimeto) y luego de *Fantoches*. En 1947 obtuvo mención de honor en el concurso internacional de cuento “Alfonso Hernández Catá”, de La Habana.

^{*10}Gustavo Díaz Solís. Aparecieron después: *Arco secreto y otros cuentos* (1973, antología); *Cuentos escogidos* (1997).

Hasta ahora su obra se resume en los siguientes títulos: *Biografía de un escarabajo* (1943), *Por el río de la calle* (1953), *La niña vegetal y otros cuentos* (1958) y una antología: *Cuentos en tono menor* (1969).^{*11} Tiene inédita una novela: *El sol se acuesta a las diez*.

IZAGUIRRE, Enrique (1929).^{*12} Nació en Valencia. Es licenciado en Derecho. Ha ejercido la docencia literaria en las universidades de Los Andes, y Central de Venezuela.

Formó parte del grupo literario “Piedra”, de Valencia. Publicó sus primeros cuentos en la revista *Avepé*, de la misma ciudad. Hasta ahora su obra narrativa se concreta a dos títulos: *Lázaro Andújar* (1959) y *La noche sumaria* (1966).

MALAVÉ MATA, Héctor (1930). Nació en Ciudad Bolívar. Es Economista y docente universitario. Como investigador de su disciplina ha sobresalido como estudioso de los problemas petroleros venezolanos.

En la vida intelectual fue miembro fundador del grupo y la revista *Sardio*. Ha publicado un libro de cuentos: *Los sonámbulos* (1962).

MÁRQUEZ SALAS, Antonio (1919). Nació en Chiguará (Edo. Mérida). Se doctoró en Derecho en la Universidad Central de Venezuela y progresivamente se ha dedicado al exclusivo ejercicio de la profesión.

Su carrera intelectual la inicia vinculado al grupo *Presente*, que por 1940 aglutinó poetas, narradores y pintores de alta sensibilidad social. Su primer cuento “El Central”, apareció publicado en *Fantoches*, por 1943. De ahí parte su asombroso ascenso como narrador.

Su bibliografía agrupa dos libros de cuentos: *El hombre y su verde caballo* (1947) y *Las hormigas viajan de noche* (1956). Ambos fueron reeditados con el título *Cuentos* en 1965. En 1970 publicó una antología de sus relatos: *El día implacable*^{*13}

^{*11}Oscar Guaramato (1918-1987). Obra posterior: *Cronicario* (1983).

^{*12}Enrique Izaguirre falleció en 1994. No hay obra posterior.

^{*13}Antonio Márquez Salas (1919-2003). Editó posteriormente: *Domboe Salah Har y sus 32 mujeres* (1983, cuentos); *Solo, en campo descubierto y otros cuentos* (1994).

MEJÍA VALLEJO, Manuel (1923).^{*14} Nació en Antioquía (Colombia). Es uno de los altos nombres de la narrativa colombiana contemporánea, dentro de una orientación realista. Se dio a conocer con su libro de cuentos *Tiempo de sequía* (1957). Lo siguió una novela: *La tierra éramos nosotros*. El cuento que obtuvo premio de *El Nacional* fue núcleo de una de sus mejores novelas: *Al pie de la ciudad*, a la cual siguió una tercera obra que lo proyectó continentalmente: *El día señalado*.

MENESES, Guillermo (1911). Nació en Caracas. Es doctor en Ciencias Políticas, profesión que no ha ejercido casi nunca, por su vocación inagotable de periodista. Ha prestado servicios diplomáticos en Europa, al contacto de cuya cultura se afinó aun más su inquieta sensibilidad de maestro en la narración. Como periodista ha trabajado en la redacción o dirigido publicaciones de alto prestigio como *Elite*, *Ahora*, *El Tiempo*, *Jueves* (suplemento literario de *El Nacional*), *Últimas Noticias*, *La Esfera* y, particularmente, la revista *Cal*, donde se agruparon, bajo su dirección, pintores, poetas y narradores de elevada condición, en cuyas manos anda buena parte de las más nuevas tendencias artísticas de nuestro país.

Su obra narrativa es copiosa. En el cuento, a partir de su primero y sorprendente relato joyceano “Juan del cine”, ha publicado: *La balandra Isabel llegó esta tarde* (1934), *Tres cuentos venezolanos* (1938), *La mujer, el as de oros y la luna* (1948), *La mano junto al muro* (1952) y *Diez cuentos* (antología) (1968). En la novela: *Canción de negros* (1934) *Campeones* (1939), *El mestizo José Vargas* (1942); *El falso cuaderno de Narciso Espejo* (1952); *La misa de Arlequín* (1962).^{*15}

^{*14} Manuel Mejía Vallejo falleció en 1998.

^{*15} Guillermo Meneses (1911-1978). Obra posterior, ediciones y reediciones: *La balandra Isabel llegó esta tarde* (1934, cuento); *Canción de negros* (1934, 1972, 1992, novela); *Tres cuentos venezolanos* (1938, 1988); *Campeones* (1939, 1972, 1984, 1987, 1990, 1992, 1999, 2003, novela); *El mestizo José Vargas* (1942, 1946, 1972, 1981, 1992, novela); *La mujer, el as de oros y la luna* (1948, cuento); *El falso cuaderno de Narciso Espejo* (1952, novela); *La mano junto al muro* (1952, 1972, cuento); *Cable cifrado; ejercicio narrativo* (1961); *La misa de Arlequín* (1962, 1969, 1972, 1981, 1993, novela); *Espejos y disfraces* (1967, 1981, cuentos); *Diez cuentos* (1968, 1999, antología); *Cinco nove-*

NOGUERA, Carlos (1944). Nació en Tinaquillo (Edo. Cojedes). Licenciado en Psicología, ejerce la docencia en la Universidad Central de Venezuela. Se dio a conocer como poeta, integrante del grupo fundador de la revista *En Haa*. A raíz del premio obtenido en el concurso de *El Nacional*, se reveló un narrador cuyo triunfo se consolidaba al obtener (compartido con el argentino Héctor Libertella) el Premio Internacional de novela Monte Ávila, por *Historias de la calle Lincoln* (1971).^{*16}

NUNES, Jorge (1942). Nació en Lisboa. Naturalizado venezolano. Su carrera literaria ha sido en la poesía, donde tiene publicados libros de particular interés. Perteneció al grupo *En Haa*. Ha cursado estudios de Psicología en la Universidad Central de Venezuela, con un posgrado en la Universidad de Birmingham (Inglaterra). Ha dedicado esmero y tiempo a traducir al español la más nueva poesía inglesa. No tiene libro de cuentos publicado.^{*17}

OROPEZA, José Napoleón (1952). Está iniciando con pie firme su carrera de narrador. Logró distinciones en concursos de cuentos promovidos por las universidades del Zulia y de Carabobo, la Casa de la Cultura de Maracay y *El Nacional*. Ha publicado apenas un primer libro: *La muerte se mueve con la tierra encima* (1972).^{*18}

las (1972); *La mano junto al muro. El falso cuaderno de Narciso Espejo* (2005); *Obras completas* (1992-1998, 9 v.).

^{*16} Carlos Noguera. Publicó después: *Historias de la Calle Lincoln* (1971, 1991, novela); *Inventando los días* (1979, 1994, novela); *Juegos bajo la luna* (1994, novela); *La flor escrita* (2003, novela).

^{*17} Jorge Nunes. Publicó: *Ninfas, fábulas y manzanas* (1977).

^{*18} José Napoleón Oropeza. Publicó posteriormente: *Parte de la noche* (1971, cuento); *Las redes de siempre* (1976, novela); *El vuelo de ayer o el sueño de los sueños* (1977); *Ningún espacio para muerte próxima* (1978, cuentos); *Donde todo el universo es una orilla* (1979, narraciones); *Las hojas más ásperas* (1982, novela); *El bosque de los elegidos* (1986, novela); *Entre el oro y la carne: la trágica vida de Felipe Pirela, el bolerista de América contada con certero realismo* (1989, novela); *La guerra de los caracoles* (1991); *Testamento de un pájaro* (1999, novela); *La carta que contenía arena* (2003, novela).

PICÓN SALAS, Mariano (1901-1985). Es, por antonomasia, el maestro del ensayo venezolano en el siglo XX. Ligado cronológicamente a la generación de la vanguardia (1928), se formó intelectualmente a hora precoz, en Mérida, su ciudad natal. Maduró en su cultura y sensibilidad al contacto con Chile. Se le ha conocido más por su extraordinaria prosa conceptual que le ganó prestigio en el Continente. Pero cultivó simultáneamente la narrativa y dejó títulos de relatos, novelas y narraciones autobiográficas o históricas como *Mundo imaginario* (1927), *Odisea de Tierra Firme* (1931), *Registro de huéspedes* (1934), *Viaje al amanecer* (1943) y *Los tratos de la noche* (1955).^{*19}

REYERO, Miguel de los Santos (1921). Nació en La Mancha. Reside en Venezuela desde hace muchos años, en ejercicio del periodismo. Es abogado y normalista. Su primer libro de narrativa es una novela exitosa: *El último hermoso crimen* (1972).

TRACK, Hernando (1929). Colombiano de nacimiento, nacionalizado venezolano. Se licenció en Letras en la Universidad de Los Andes (Mérida), donde ejerce la docencia desde el mismo momento de su graduación. En 1959 obtuvo el premio Universidades Nacionales de Cuento, con *Cuente usted, taita*. Ha cultivado también la poesía. En los últimos años ha obtenido muy buena acogida con dos títulos narrativos: *Tiempo de callar* (1967) y *Mis parientes* (1968).^{*20}

^{*19}Mariano Picón Salas. Se han realizado diversas reediciones de su obra narrativa: *Agentes viajeros* (1922); *Mundo imaginario (Los recuerdos impresionantes. La vida de un hombre. Historia de un amigo. Tema de amor)* (1927); *Aventuras de un hombre vago (Divagaciones psicoanalíticas)* (1927); *Odisea de tierra firme (Cuentos de Venezuela)* (1931, 1940, 1995); *Registro de huéspedes* (1934, 1997); *Viaje al amanecer* (1943); (1948, 1956, 1959, 1962, 1963, 1969, 1980, 1981, 1984, 1987, 1993, 2001, 2002); *Los tratos de la noche* (1955, 1997); *Regreso de tres mundos: un hombre en su generación* (1959, 1985, 1987).

^{*20}Hernando Track Pino falleció en Caracas, en 1981.

TRUJILLO, Manuel (1925). Periodista, hombre de humor, perteneció al grupo *Contrapunto*. Ha prodigado su talento en la crónica escrita con ironía. Como cuentista tiene tres libros publicados: *Cuatro cuentos rurales* (1949), *Tiempo sin reloj* (1950) y *Chao, muerto* (1970).^{*21}

UGALDE, Martín de (1921). Nació en Andoain (Guipúzcoa, España). Nacionalizado venezolano. Perito mercantil, llegó a Venezuela cuando ya estaba intelectualmente formado, se dedicó al periodismo y a la creación literaria. Trabajó en *Élite*, *El Nacional*, *El Farol*. Ha escrito teatro, además de narrativa. En este último campo destacan sus libros: *Un real de sueño sobre un andamio* (1957), *La semilla vieja* (1958), *Iltzalleak* (1961) y *Las manos grandes de la niebla* (1965).

ÚSLAR PIETRI, Arturo (1906). Es una de las inteligencias más brillantes de nuestra cultura contemporánea. Ha sobresalido como ensayista, narrador, periodista, diplomático, político. Es abogado y economista. Desde sus tiempos de estudiante universitario se perfiló ideólogo estético de las vanguardias, a través de la revista *válvula*, cuyo manifiesto del único número es obra suya. Publicó sus primeros relatos y poemas desde la adolescencia, en revistas y periódicos, particularmente en *Cultura Venezolana*, *Billiken*, *Élite*. Actualmente, como Director del diario *El Nacional*, ha sido el centro de homenajes internacionales numerosos. Hoy puede afirmarse que es la figura más universal de nuestra vida literaria.

La Bibliografía de Uslar es amplísima. En la narrativa ha publicado los títulos siguientes:

Cuento: *Barrabás y otros relatos* (1928), *Red* (1936), *Treinta hombres y sus sombras* (1949) y *Pasos y pasajeros* (1966).

^{*21} Manuel Trujillo publicó posteriormente: *Desterrado en Madrid* (1975, novela); *El gran dispensador* (1983, novela); *El último engaño* (1991, novela) y *El bullicio* (1996, novela).

Novela: *Las lanzas coloradas* (1931), *El camino de El Dorado* (1947) y dos novelas que integran una trilogía aún no concluida: *Un retrato en la geografía* (1962) y *Estación de máscaras* (1964).^{*22}

VALERA, Raúl (1912). Abogado, periodista. Se inició en el cuento el grupo de *Fantoches*, de cuyo concurso obtuvo premio en el 1943 por “La alcancía de barro negro”. Su producción narrativa sigue aún dispersa en revistas y periódicos. En volumen ha publicado *Intentona* (1946).^{*23}

ZÁRRAGA, Rafael (1929). Nació en Borarue (Edo. Yaracuy). Ha sido periodista en provincia y en Caracas (trabajó en *El Nacional*). Ha publicado los siguientes libros de narrativa: *La risa quedó atrás* (1959), *Nubarrón y otros cuentos* (1968) además de la novela *Cuando la raíz no muere*.^{*24}

^{*22} Arturo Usilar Pietri falleció el año 2001. Posteriormente se han reeditado y publicado las siguientes obras: *Barrabás y otros relatos* (1928, 1978); *Las lanzas coloradas* (1931, 1932, 1940, 1944, 1946, 1948, 1953, 1958, 1970, 1972, 1979, 1984, 1986, 1991); *Red* (1936, cuentos); *El camino de El Dorado* (1947, 1966, 1990, novela); *Treinta hombres y sus sombras* (1949); *Tiempo de contar* (1954, antología); *El laberinto de Fortuna*: [1] *Un retrato en la geografía* (1962, 2 v., novela); *El laberinto de Fortuna*: [2] *Estación de máscaras* (1964, novela); *Pasos y pasajeros* (1966); *La lluvia y otros cuentos* (1967, antología); *Siete cuentos* (1968); *Simeón Calamaris* (1969, cuento); *Treinta cuentos* (1969, 1980); *Catorce cuentos venezolanos* (1969); *Treinta cuentos; antología* (1969, 1975); *Moscas, árboles y hombres* (1973, cuentos, antología); *Camino de cuentos* (1975, 1986, antología); *Baile de tambor* (1975); *Oficio de difuntos* (1976, 2004, novela); *El prójimo y otros cuentos* (1978); *Cuando yo sea grande* (1979, cuento); *Las lanzas coloradas y cuentos selectos* (1979); *Los ganadores* (1980, cuentos); *La isla de Robinson* (1981, novela); *Cuatro cuentos de José Gabino* (1986); *Treinta y tres cuentos* (1986); *La visita en el tiempo* (1990, novela); *Cuarenta cuentos* (1990, 1994); *Los cuentos de la realidad mágica* (1992).

^{*23} Raúl Valera. (Trujillo, Edo. Trujillo, 1912 – Caracas, 1999). Publicó posteriormente: *Parecía hermosa la vida allí* (1986, novela); *Mañana sí será* (1986, cuentos).

^{*24} Rafael Zárraga. Publicó después: *Casi tan alto como el campanario* (1977, cuentos); *La última oportunidad del Magallanes* (1978, novela); *Las rondas del obispo* (1982, novela); *Cuatro cuentos* (1994).

BARRABÁS, CINCUENTENARIO*

Arturo Uslar Pietri sigue convertido en uno de los nombres más controversiales de la literatura venezolana contemporánea. Ciertos iconoclastas lo estiman prescindible o lo señalan como hombre-mito de nuestra historia literaria¹. Otros lo combaten esgrimiendo argumentos sobre su conducta personal frente a la política convulsa de nuestro país. Nadie, sin embargo, creo que haya encontrado bases para negar la solidez de su obra intelectual. Ella se defiende más allá de los itinerarios que su autor haya podido asumir como hombre, acertadamente o no, según se mire, para ganar unos jueces que lo absuelven o lo condenan en vida. Se sigue escribiendo sobre el escritor para negarlo o exaltarlo como individuo. Menos se escribe para valorar su obra. Esto exige leerla. El fallo final lo dará la historia. La historia, sin embargo, por dinámica, parece no tener juicio final. Su discursividad, en nuestros días, sobre todo, está cruzada de intersubjetividades que apuntan a tantas visiones del mundo o a intereses polarizados al extremo de que oscurecen su intención de objetividad, concepto éste cada vez más ideologizado. En historia literaria no ocurre nada diferente. Un escritor, aun en su autobiografía, y tal vez en ella mejor que en ningún otro sitio no hace más que dar una perspectiva sobre sí mismo. En todo caso no será la única ni tendrá patente exclusiva de veracidad absoluta. El Neruda que ha vivido no es el mismo que confiesa haberlo hecho, ni lo es tampoco el que sus contemporáneos vieron y con-vivieron. Cuando uno ha manifestado cómo ve a un alguien, sin presunción de juicio definitivo, y ese

* Apareció publicado como estudio introductorio de la obra de Arturo Uslar Pietri, *Barrabás y otros relatos*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1988, pp. 7-25. Fechado en Boconó, junio de 1978.

¹ Aludo explícitamente a una serie de entrevistas promovidas por *Libros al Día*, vol. II, N°s 36-37-38 (1977), en las cuales se agrupan opiniones de José Balza, Julio E. Miranda y Mario Szechiman, pp. 4-11; y de otra parte, criterios divergentes de los anteriores, expuestos por Juan Liscano, Héctor Mujica y Domingo Miliani (pp. 76-89).

alguien ha enfatizado libro tras libro su magisterio como cuentista, por honradez no queda sino reconocerlo una vez más².

Cincuenta años después de su primera edición, *Barrabás y otros relatos* conserva su frescura inicial. Tiene actualidad para lectores que están por encima de las controversias parroquianas. Ha trascendido su propio momento de aparición. Se ha proyectado, con otros libros de su autor, más allá de la geografía nacional. Dentro de las condiciones propias que han gestado nuestra literatura asume caracteres de libro clásico. Lo excepcional es que ese libro haya sido el primero escrito por un autor que para 1928 tenía 22 años y en quien ya despuntaban rasgos de asombrosa madurez intelectual como los que resaltaba Pedro Sotillo, en septiembre de 1928, a propósito de *Barrabás...*

Pertenece Arturo Úslar Pietri al grupo esencialmente representativo de su tiempo. No va a la literatura por el asalto injustamente generalizador que denunció un renombrado intelectual endiosador de su época y de la labor realizada en su época, tampoco lo va por la palabra consagratoria de un escritor anterior, pues ya sólo los interesados se atreven a creer en tales consagraciones. Va por un imperativo vocacional al que ha estado dándole firme basamento cultural.

La literatura que realiza AUP escapará siempre a los improvisadores. No basta leer, escribir y el soplo divino. Ya pasó la edad de oro de los inspirados, y vivimos una hora áspera en que el arte es una grave responsabilidad. Y este descubrimiento dista mucho de ser viejo

² En 1966 escribí en México mi tesis doctoral sobre la cuentística de Uslar Pietri. No conocía personalmente al autor; por lo tanto no me indujo en el trabajo una razón de amistad, sino de lectura. Dos años después, revisé el trabajo en Mérida y lo entregué a Editorial Monte Ávila, empresa que editó el libro con título *Arturo Uslar Pietri, renovador del cuento venezolano* (1969). Hoy actualizaría muchos datos, corregirla inexactitudes que el propio Dr. Uslar Pietri me ha señalado con gran delicadeza. No obstante, volvería a escribir los juicios de valoración, sin modificar mis criterios expuestos entonces.

en Venezuela, pese al desdén entre olímpico y rencoroso de algunos y a la ignorancia integral de los otros³.

Esa disciplina intelectual quedaría ratificada tres años después con la consagración internacional obtenida por Uslar Pietri con la publicación en España de su novela *Las lanzas coloradas*. Pero regresando a *Barrabás y otros relatos* debe recordarse que las condiciones culturales de Venezuela, cuando aquel libro circulaba, no eran precisamente óptimas. La literatura oficializada del Modernismo ejercía una especie de represión intelectual cónsona con la que políticamente esos mismos intelectuales modernistas y positivistas contribuían a sostener. El país apenas si contaba con una minoría urbana lectora. Un libro que estaba irrumpiendo contra los cánones estéticos dominantes no pudo ser muy bien visto. En su comentario, Pedro Sotillo agrega:

Es necesario insistir en que quizás es la primera vez que un escritor tan joven como AUP produce y publica un libro tan densamente “literario” como el que nos ocupa. Uslar Pietri no es una aspiración, una posibilidad más que mañana pueda ser sumada a las que duermen en nuestro inmenso “carnero” literario. Este muchacho es una realidad intelectual, y una realidad nueva que lamentamos vaya a interrumpir el baile de momias que divierte a la gran mayoría de la tribu literaria. No tenemos la culpa: que traten de no leer. Por demás de eso, de no leer han hecho casi su oficio.

Esa realidad intelectual que era el joven escritor de 22 años, medio siglo después, continúa en admirable actividad productiva. Tal vez la misma circunstancia de su infatigable trabajo de escritor, pudiera inducir a una conjetura con relación a su primer libro, pensar, por ejemplo, que su perduración estuviera impulsada por obras posteriores

³ Pedro Sotillo, “Comentarios bibliográficos: *Barrabás y otros relatos*”, *El Universal*. Caracas, septiembre de 1928.

que reafirmaron una escritura artísticamente meritoria. Entonces uno podría someter tal obra a una prueba de crueldad literaria y, en vez de afirmar que si no hubiera sido por otros libros como *Red* (1936), *Treinta hombres y sus sombras* (1949), *Pasos y pasajeros* (1966), para citar sólo la obra cuentística, *Barrabás otros relatos* no habría rebasado en vigencia el año de su aparición: 1928. Más aún: se ha dicho que tales libros alcanzaron fama porque su autor proyectaba semanalmente su imagen personal en las pantallas de la televisión venezolana con su programa semanal *Valores humanos*. La afirmación se ha repetido en su inexactitud muchas veces hasta hoy. Por tanto, la crueldad literaria estaría en suponer que Uslar Pietri hubiera escrito solamente *Barrabás y otros relatos* y volver la mirada hacia el momento y las circunstancias en que lo lanzó a manos lectoras.

No vamos a entrar a discutir la coherencia de una generación: la de 1928, ampliamente celebrada este año en que se cumple el medio siglo de su inicio, en especial por la connotación política que ella implica en el país actual. La confusión política en que se vive dentro del hoy político tal vez provenga de allá, de una coincidencia efímera entre individuos con ideologías y comportamientos heterogéneos a quienes el tiempo agrupó en una misma inconsecuencia con el país que esperó de ellos su transformación, meta propuesta hace cincuenta años, pendiente todavía como una esperanza que ya muchos han perdido. En lo literario, como en lo ideológico, 1928 congregó visiones muy distintas. En lo político, engendraron los partidos del *status* actual. Las divergencias literarias, unas marcaron procesos culminatorios: el realismo, como arremetida negadora del modernismo, en la década del 10, con Blanco Fombona y Pocaterra. El super-regionalismo que definió al país sólo por su contextura rural, a partir del híbrido criollista crecido a expensas de la estética modernista, desde su promulgación en Luis Manuel Urbaneja Achelpohl hasta su consagración en Rómulo Gallegos: *Doña Bárbara* (1929). El propio modernismo guardaba aún vigencias y repitió esquemas entre los ministros del General Juan Vicente Gómez. Por último, los *iconoclastas* de la época: jóvenes que tomaban conciencia de la vanguardia y la enarbolaban como reto burlesco a la situación opresiva de

Venezuela, desde una apresurada lectura de las *Literaturas europeas de vanguardia*, publicada por Guillermo de Torre en 1925, obra convertida en catecismo de orgías metafóricas de corte ultraísta entre quienes estaban exhaustos de modernismo academizado y devaluado políticamente. Como grupo, los vanguardistas no tuvieron figura caudillesca apta a cohesionarlos como generación. Tampoco acuñaron un lenguaje generacional único. La revista inicial, *válvula*, duró apenas un número y no tuvo suficiente poder difusor aunque sí marcó históricamente un proceso de sacudida, no sólo literaria: Uslar Pietri, redactor único de la Presentación de aquel número único y de las notas finales escritas sobre vanguardia, afirma:

válvula fue una gran empresa de esperanza, de reunión, de toque de llamada. Allí convergieron gentes de muchas generaciones. Había gente mayor que nosotros. Estaban Fernando Paz Castillo, Leopoldo Landaeta, que eran de generaciones muy anteriores, pero coincidían con nosotros en lo esencial: la necesidad de darle otro rumbo a la literatura venezolana; salir de aquel charco de modernismo delicuescente y buscar algo que significara otra cosa, no sólo por una preocupación literaria, sino nacional. Todo esto se traduce y es visible en aquella publicación⁴.

Visto así el contexto, no se cumplieron, pues, las condiciones básicas propuestas por los teóricos del método, para que existiera una verdadera generación.

Dentro de aquella circunstancia que envolvía asiduos lectores de Ortega y Gasset y de su *Revista de Occidente*, se formó y empezó a escribir Arturo Uslar Pietri. Adquirió perfiles propios y singularidad desde el momento mismo de su inserción en el momento vanguardista, de

⁴ Transcribo aquí fragmentos de una entrevista grabada con Arturo Uslar Pietri en mayo de 1976, con motivo de haber cumplido 70 años. Parte abreviada de la misma se publicó en *El Nacional* de Caracas, el 16 de mayo de 1976, p. D-1. El fragmento en el texto y otros posteriores, permanecían inéditos hasta ahora.

cuyos postulados se manifestó vocero consciente aunque él mismo admitiese que todos tenían una formación precaria, asimilada en lecturas presurosas y disímiles: los realistas rusos divulgados por la Colección Universal de Espasa Calpe, Guillermo de Torre, la *Revista de Occidente*, la *Gaceta Literaria* de Madrid. Hombre joven entonces, recién egresado de la Universidad, su cuota de aportación fue literaria más que política. Su voluntad de revolucionar el medio intelectual y artístico representaba para él un modo de sacudir la totalidad de aquel ambiente, particularmente en cuanto representó *válvula*, aunque no actuó como romántico revolucionario en una semana de resistencia simbólica contra la dictadura de Juan Vicente Gómez, donde la mayoría pasó de la fiesta estudiantil al dolor de las cárceles. El gesto de protagonizar intelectualmente la doctrina de la revista, en cambio, mantuvo los fuegos concentrados sobre su autor y, por supuesto, sobre su obra. En la entrevista citada revela:

Vivíamos en una época caracterizada por una situación política represiva, en la cual las posibilidades de manifestarse eran limitadas y riesgosas. La falta de aire y de espacio para moverse originó el nombre, obvio, pues era eso: una espita por donde dar salida a aquella serie de inquietudes que todos compartíamos. ...

Las reacciones frente a la revista fueron muy variadas. Hubo gente que salió a mostrar su simpatía y consideró que valía la pena ver con cuidado aquel movimiento. Otros tendieron a agredirnos y ridiculizarnos, nos consideraron una suerte de bárbaros que irrespetábamos cánones y tradiciones.

Como una consecuencia inmediata, Uslar Pietri se marchó a Europa. Desempeñó cargos diplomáticos en Suiza, ante la Sociedad de Naciones. Esto no autoriza, sin embargo, a que se le califique de “gomecista”, un cartel impuesto a numerosos intelectuales de aquel tiempo, poco útil para calibrar méritos de sus obras, pues en muchos casos se trata de genuinos renovadores, pese a no haber compartido las inquietudes de los jóvenes vanguardistas de la Universidad. Así, en el

mismo sentido y situación se hallan escritores como Julio Garmendia y Enrique Bernardo Núñez. Ambos desempeñaron modestísimas representaciones diplomáticas en el Exterior. El cargo en una legación fuera del país, fue, a veces, sutil manera de exilio dorado, voluntario o involuntario. Para el dictador constituyó elegante recurso de alejamiento aplicado a opositores inteligentes e incómodos. Para los escritores, escapada prudente, para evitar acosos si no adoptaban una incondicionalidad frente al régimen. Los tres nombres citados, Uslar, Garmendia y Núñez, en todo caso, aluden a tres grandes transformadores de la literatura venezolana contemporánea. En su tiempo, la salida del país les dio otra perspectiva frente a los contextos locales. Ahí está un antecedente del debatido ausentismo imputado a escritores hispanoamericanos de nuestros días: García Márquez, Vargas Llosa y, en especial, Cortázar. La obra de los tres venezolanos creció en prestigio e influjo con los años. No ocurrió igual con numerosos escritores que pudieron ser abnegados anti-gomecistas en lo personal, pero cuya obra no alcanzó relevancia histórica para proyectarse al lector actual. La actitud personal asumida en aquel tiempo, fue distinta, ciertamente, pero no les aumentó ni sustrajo valor a las obras. Es más, las inconsecuencias y los oportunismos políticos posteriores de muchos anti-gomecistas que olvidaron el pacto revolucionario asumido cuando eran jóvenes estudiantes, no hace sino recalcar un hecho: en política como en literatura parece que no se pasa a la historia con buenas intenciones, sino con realizaciones. Entre los escritores, las obras quedan y se leen, cuando valen y conservan vigencia. Entre los políticos revolucionarios de hace cincuenta años, la revolución no se produjo y medio siglo después ya ni se menciona por parte de ellos, porque posiblemente no capitaliza votos.

*

El año 1928 tiene relevancia particular para el cuento venezolano por el nombre de un autor, Arturo Uslar Pietri, y de una obra: *Barrabás y otros relatos*. En ambos madura y se concreta la conciencia

de un ansia renovadora en nuestra literatura, cuyo estancamiento unos reconocían, otros se empeñaban en perpetuar. Quien tenga la curiosidad de revisar una cronología del cuento venezolano en la década del veinte podrá observar cómo la producción en este tipo de escritura narrativa era muy pobre. No podía hablarse de una decadencia. El cuento apenas estaba comenzando a adquirir caracteres y perfiles nacionales definidos. Vivía una etapa de letargo provocado por el desgaste de los códigos modernistas y criollistas, reiterados hasta la fatiga. Entre 1920 y 1930 se publica en Venezuela poco más de una treintena de volúmenes de cuentos. De ellos, apenas si marcaron momentos de impacto o sacudida los *Cuentos grotescos* (1922) de José Rafael Pocaterra, antídoto contra la especie arquetípica ridiculizada por el autor como de llaneros encobijados que minaban la literatura del criollismo para transitar por un paisaje idílico e inauténtico. Pocaterra abrió tránsito a una suerte de anti-literatura del realismo: el grotesco narrativo. Julio Rosales insistía, con *Aires puros* (1922), en valores que ya había expresado sólidamente en libros anteriores: *Bajo el cielo dorado* (1915). Otros nombres nuevos intentaban salir del marasmo: Manuel Guillermo Díaz (Blas Millán), dejaba finas páginas de relato humorístico en sus dos volúmenes de *Cuentos frívolos* (1924) y *Otros cuentos frívolos* (1925). Otro tanto se propuso José Ramírez, con sus olvidados *Muñecos de barro* (1926). El ambiente literario lo acaparó la aparición de *Ifigenia* (1924) de Teresa de la Parra. La novela había sido escrita y ya consagrada en París. Mientras tanto, anuncios de otro signo se vislumbraban en *El hombre de otra parte* (1925) del poeta Ángel Miguel Queremel, poeta vanguardista formado en España. El solitario Ramón Hurtado hurgaba con su *Tríptico* (1925) la narración fantástica. Todo esto precedió la aparición de un gran maestro, Julio Garmendia. *La tienda de muñecos* (1927), de excepcional jerarquía cuando se la mira desde una perspectiva actual, fue libro editado por su autor en París, donde residía, en las prensas de Editorial Excelsior. Pocos ejemplares circularon en Venezuela. El influjo y el reconocimiento de esta obra data de los años 50. La extrañeza de los textos, tan grande como la esquivez de su autor, quien apenas regresó al país en los comienzos de la Segunda Guerra Mundial, así lo motivaron. Aho-

ra puede comprenderse cómo la aparición de *Barrabás y otros relatos* (1928) debió constituir un acontecimiento insólito, aunque no un milagro literario. El clima de agitación vanguardista en lo político y lo ideológico había ido cobrando terreno en aquel decenio de los 20, no sólo en Venezuela, sino en todo el ámbito continental. Mientras realismo y criollismo llegaban a culminar como contrapartidas del cosmopolitismo proclamado por los modernistas, las vanguardias se definieron, tanto en política como en arte, partidarios de una lucha por incorporar lo venezolano en los contextos de universalidad. Pienso que en esta actitud fue decisivo el influjo de un criterio diferenciador propuesto por Guillermo de Torre en sus leídas *Literaturas europeas de vanguardia*:

Mientras lo cosmopolita es solamente general, lo universal es general y local; y esta característica es lo que hace (...) que una obra literaria (...) de valor universal pueda ser gustada con plenitud de entusiasmo tanto en su medio nativo, por virtud de las cualidades locales que posee, como por un medio exótico, merced al valor de amplia universalidad que irradia⁵.

Vanguardia intelectual, por lo menos en la poesía, hubo en Venezuela desde comienzos de los 20. José Juan Tablada introdujo ese magisterio. Aquí escribió y publicó numerosos textos caligramáticos. En la narrativa, por lo menos a partir de 1925 el citado texto de Queremel y la publicación del cuento “Canícula” de Carlos Eduardo Frías (el libro del mismo título fue editado en 1930) constituyeron indicios de ese cambio de actitud, plenamente definida como conciencia estética. Mucho tiempo después, Uslar Pietri, al evocar en la Presentación de sus *Obras selectas* (1ª ed. 1956) las condiciones en que publicó *Barrabás y otros relatos*, precisa:

Hace veinticinco años, algunos de los que éramos jóvenes escritores venezolanos sentíamos la necesidad de traer un cambio a nuestras

⁵ Guillermo de Torre, *Literaturas europeas de vanguardia*. Madrid, Caro Regio, 1925, pp. 369-370.

letras. La escena literaria del mundo estaba entonces llena de invitaciones a la insurrección y nuestro país nos parecía estagnado, lleno de esfinges que buscaban Edipos, y necesitado en todos los aspectos de una verdadera renovación. Con una información demasiado rápida, fragmentaria y superficial, comenzamos a hacer “vanguardia” y a pedir cambios. Pero un buen día advertimos que no bastaba con discutir y proclamar, sino que había que realizar una obra que reflejara, en su condición nueva, la presencia de una nueva conciencia no sólo de la literatura, sino de la condición venezolana. Fui uno de los que se puso a esa esperanzada tarea. De ella nació *Barrabás y otros relatos*, el primero de mis libros, que apareció a fines del año 1928. Eran unos cuentos que buscaban no parecerse a los cuentos que hasta entonces se venían escribiendo en Venezuela. El primero y más obvio de sus propósitos era el de reaccionar contra el costumbrismo pintoresco. Se empezaba por Barrabás, que no era un personaje costumbrista, sino la posibilidad de un conflicto humano válido y profundo: el hombre oscuro que participa decisivamente, y sin darse cuenta, en el momento más importante de una gran religión universal que va a nacer.

Era como un inconsciente propósito de irse lo más lejos posible para alcanzar una mejor perspectiva de lo propio, para sentir y expresar con mejor tino lo más universal y válido de lo propio⁶.

Ante el libro, como antes frente a la revista *válvula*, impacto y escándalo anduvieron en pareja. El libro, sin embargo, tuvo acogida excepcional entre los jóvenes y los más comprensivos de las nuevas tendencias literarias. Ya fue mencionado el comentario de Pedro Sotillo. Si Jesús Semprum había lanzado furiosos ataques contra las vanguardias, en cambio, otro crítico que entonces despuntaba en identidad con el nuevo movimiento, Rafael Angarita Arvelo, supo leer con

⁶ *Obras selectas*. 1ª ed. Caracas, Edime, 1956, p. xiii.

sorprendente modernidad el mensaje implícito en el volumen integrado por dieciséis relatos, para calificarlo como “El libro de las separaciones y de las revelaciones”, a punto que señalaba en sus páginas:

Construye en la literatura venezolana de todos los tiempos su andamiaje divisorio el volumen *Barrabás y otros relatos*. Es el adiós al paisaje superficial y plástico, adiós al vernaculismo, adiós al nativismo, glosa infecunda, mar de plata para corsarios palabreros⁷.

El libro se levantó, pues, como estandarte de las nuevas promociones que emergían no contra nombres propios de escritores, sino contra códigos intelectuales que en fase de agonía, luchaban por mantener un predominio literario inexorable. El mismo año de aparición del libro, sólo se registraron en la bibliografía del cuento venezolano las voces ya legendarias del disidente modernista Rufino Blanco Fombona, quien publicó *Tragedias grotescas*. Además, un cuento aislado, de Juan Oropesa, “El traje a cuadros” y, dentro de la línea criollista, *Lámpara de arcilla*, de Rafael Briceño Ortega. Mayores razones aún para que los fuegos cruzados de partidarios y oponente de las vanguardias centraran su atención, primero en la revista *válvula* (blanco de las iras desatadas de Jesús Semprum, crítico atrincherado en el semanario *Fantoches*). y luego en *Barrabás y otros relatos*.

El anticostumbrismo, convertido en sentimiento de rechazo colectivo de los nuevos narradores vanguardistas, prevalecía de manera repetitiva en algunos cuentistas de *Fantoches*. Un periódico humorístico de fuerte oposición contra la dictadura, no comprendió, de primer momento, la irrupción de la nueva estética, aunque en las páginas dirigidas por Leoncio Martínez, posteriormente, fueron insertándose cuentos cuyo lenguaje iba alejándose gradualmente de los códigos realista

⁷ Rafael Angarita Arvelo, “El libro de las separaciones y de las revelaciones (*Barrabás y otros relatos*)”, *El Universal*, Caracas, septiembre de 1928.

y criollista. Es de justicia, por lo demás, apuntar cómo los jóvenes vanguardistas supieron disentir estéticamente de escritores anteriores, y lo hicieron con franqueza, con decisión, pero mantuvieron profundo respeto humano por las figuras de tendencias que irremisiblemente se agotaban. Angarita Arvelo, en el comentario a *Barrabás*, clarifica estas posiciones, dentro de una prosa un tanto barroca, pero también orientada hacia la vanguardia:

Algunos inpuñan nuestra promoción hasta la mala fe. Nos tildan de negadores, de iconoclastas y de vacíos. Nuestro cartel es otro. Continuamos pura, sencilla y patrióticamente la tradición literaria del país mientras otros se disputan el afearla y desmerecerla, ajenos a la justicia y a las virtudes ciudadanas. Cuando esos otros escurrieron el homenaje a lo mejor de nuestra literatura, al nombre más alto de un ciclo literario de treinta años (Díaz Rodríguez), nosotros fuimos a la oblada alegres y confiados, cumplidores del deber. Pedimos la Academia para Urbaneja Achelpohl cuando sus propios contemporáneos se la negaban. Nos adentramos en todo el historial artístico venezolano, divulgándolo y esparciéndolo, sin adulterarlo para nuestras conveniencias personales, sin acomodarlo a nuestra ideología particular. Lo grave de esta promoción consiste en que ha de decir la verdad y –al decirla– demolerá estatuas de azúcar y de sal, de cera y de barro, respetadas sin razón por nuestros predecesores. Nada nos importa el que salgan dragones y fieras. Nunca hemos protestado contra ello ni contra los que –presuntuosamente– nos impiden surgir. Tenemos conciencia de nosotros mismos y más de nuestro agrado son los inconvenientes que las rosas. Vamos en automóvil. Vamos en aeroplano, por los caminos del aire.

Gritamos, gritamos, gritamos hasta aturdir. Nos escuchan los que vienen detrás. Pocas veces –hay que gritarlo, gritarlo– Venezuela ha contado con una promoción artística tan culta, trascendental y esforzada. Tan culta y universal. El momento histórico que

nos señala la post-guerra, la voz de la sangre y el tiempo que nos exulta como en las epifanías diluyen electricidades raramente maravillosas. Somos la Vanguardia (juventud, frescura, limpidez de propósitos, propósito del arte y de la patria). Somos los dueños de nuestra literatura, menospreciada por las mayorías derechistas y los revisores. Gritamos. La hora actual en el mundo acusa un definitivo meridiano de juventud. Gritamos. Para los espíritus de la mañana, los nuestros, los de aquellos que nos comprenden y los que hayan de seguirnos. Gritamos. Y hacemos crítica. A cada cual lo suyo.

En esta actitud de respeto y amplitud, debe recordarse además que el grupo de vanguardia tuvo en Leopoldo Landaeta un reconocido ductor intelectual. Landaeta venía de grupos literarios anteriores. Conocía sus intimidades. Se burló de los academizados esquemas modernistas en el memorable “Auto de fe” incluido en la revista *válvula*. Eso no lo perdonarían los intransigentes del modernismo y el criollismo. Si un hombre del pasado insurgía contra ellos con tanta furia como su joven auditorio, todas las iras divinas de las academias tuvieron que cesarse contra el grupo rebelde.

Barrabás y otros relatos fue la materialización de propósitos renovadores. Sin embargo, en sus páginas puede notarse que no todo estaba plenamente deslastrado de tradición narrativa venezolana inmediata. Aun así, hay otro elemento que hace del libro un imprescindible en el proceso de maestra cuentística. Es el hecho de que Uslar, desde aquellos años de juventud, tenía lúcida idea de lo que el cuento debía proponerse como esencial, *sugerir*, con economía de elementos, una realidad de la que no se podía prescindir, pero a la que tampoco se podían apegar para copiarla. Los vanguardistas de 1928 conocieron y leyeron una obra editada simultáneamente en alemán y en versión española. Nos referimos a *Realismo mágico, post-expresionismo* (1925) del alemán Franz Roh. Aunque la obra iba referida particularmente a las artes plásticas, muchos de sus planteamientos fueron asumidos por los nuevos narradores. Es que en Venezuela, desde los tiempos del Círculo

de Bellas Artes, los artistas venezolanos, músicos, pintores y escritores compartían en comunidad sus angustias e inquietudes de indagar nuevos lenguajes. Uslar Pietri, en la entrevista de 1976, recuerda que los jóvenes de su grupo conservaron ese hábito del coloquio entre las diversas artes. Ese intercambio estético, esa visión integral del arte, se explicita en el manifiesto de *válvula*. Las reflexiones trascienden, pues, a todos los campos de expresión. Desde entonces, el término *realismo mágico*, como dice Uslar Pietri, flotaba en el aire de la época. Se aplicó a todo arte que buscara intuir el misterio oculto tras las cosas de la realidad. No obstante, quien lo aplicó por primera vez a la literatura hispanoamericana, fue justamente Arturo Uslar Pietri, a propósito de su primer libro, pero en un ensayo sobre el cuento venezolano, inserto en *Letras y hombres de Venezuela* (1948).

Lo que asombra más, es el hecho de que los instrumentos teóricos e ideológicos de que disponía aquel grupo de jóvenes, distaba mucho de la abundancia intelectual que puede compartirse en nuestros días. No se trató, en *Barrabás y otros relatos*, de una mera transposición de teorías y métodos aplicados a otras literaturas. A este propósito es de extraordinaria importancia la evocación que Uslar hacía en mayo de 1976:

Hay algo que para las generaciones recientes es muy difícil de entender: es la pobreza verdaderamente increíble del medio literario venezolano. Aquí no llegaba ninguna de las revistas del surrealismo francés. No llegaron jamás. Llegaban tipos de revistas un poco mundanas como *La Ilustración Francesa*. La primera noticia que nos llegó a nosotros sobre lo que estaba pasando en las literaturas del mundo fue el libro de Guillermo de Torre. Ese libro fue para nosotros una revelación. Porque coincidía con nuestro deseo de hacer otra cosa. Aquí las novedades literarias más grandes que llegaban eran unos cuentos de Paul Morand, que por lo demás estaban muy lejos de ser surrealistas. Teníamos, pues, una información muy pobre. Yo vine a enterarme del surrealismo y de lo que pasaba en la literatura francesa, cuando llegué a Pa-

rís en 1929. No pudo haber en nosotros influencias de Bretón ni de los surrealistas europeos. Alguna vez llegaba una de las revistas vanguardistas sudamericanas. Allí leíamos algunos ejemplos o modelos de una nueva forma de poesía⁸.

Así, pues, si en años posteriores Uslar Pietri tomó contacto con la realidad cultural europea, especialmente francesa y maduró sus instrumentos de narrador lo mismo que sus concepciones estéticas, en convivencia con Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier y los escritores de la tertulia surrealista de la *Coupole*, con ello reforzó la intención renovadora en nuestra cuentística. Pero lo admirable es que antes de ese viaje y de los libros posteriores, desde Caracas, sobre base de lecturas heterogéneas y ante una pobreza intelectual como la que él describe, a los 22 años de edad, hubiera logrado producir un libro tan excepcional como *Barrabás y otros relatos*, para abrir camino cierto a un arte de narrar que sigue definiéndose y ampliando sus posibilidades en el cuento hispanoamericano de nuestros días.

En síntesis, aquella tendencia que despuntaba el año 28 y que en su momento fue designada genéricamente como vanguardia, consistió en lograr la expresión trascendente de lo cotidiano universal, como valor opuesto a la monumentalidad de un muralismo parroquiano. Se restauró a la realidad su propia condición de objeto seleccionable y combinable en planos, fragmentable en visiones intuitivas y, en ellas, lograr la revelación del misterio oculto tras los rasgos aparentes del objeto. Fue una manera de escribir cuentos que supo guardar una doble distancia: respecto al realismo costumbrista y al sensualismo epidérmico de los modernistas. De aquellas concepciones surgió un relato más sobrio en su lenguaje, afinó la atención en la imagen y en la vertiginosa relación metafórica en lugar de la prolija descripción estática de paisajes donde

⁸ Transcrito textualmente de la versión magnetofónica. Parte inédita.

los personajes quedaban disueltos. Angarita Arvelo señala con gran agudeza que “Uslar Pietri crea su paisaje para sus figuras, no sus figuras para sus paisajes vocación extraordinaria que lo llevará a comprender (...) el alma de este país, desperdiciada e inexcrutada”.

Si bien algunos de los cuentos que integran *Barrabás y otros relatos* muestran aún rasgos sedimentarios de los lenguajes narrativos tradicionales (criollismo y modernismo), no lo es menos que, en su conjunto, el volumen se inclinó a indagar una temática más trascendente para hacerla universal: desde el tema bíblico de Barrabás, que adquiere tensiones dramáticas cuando el autor centra la base del relato en “el delito de callar”, hasta la expresión de la locura vista desde la perspectiva misma del personaje que narra (“S.S. San Juan de Dios”), el sueño como premonición y azar objetivo (“El camino”), o los misterios de un saber indígena ancestral como el que fluye de relatos tan finos y novedosos en su técnicas: “El ensalmo”, “La voz”.

En cuanto a la perspectiva del narrador, al punto de vista, en nuestra cuentística había predominado una solemne omnisciencia absoluta en la que el autor no se atrevía nunca a ceder la palabra a los personajes para que narraran desde el fondo de sí mismos. Esa quiebra de la tradición, el juego de los puntos de vista, las narraciones desde el yo, comenzaron a ser usuales en nuestro arte de narrar a partir de Julio Garmendia y Arturo Uslar Pietri. La simultaneidad de ejes accionales y su alternancia en el relato, en cuentos como “La voz”, marcaron un sentido experimental que ni remotamente se habían planteado narradores anteriores.

Respecto a temas, nuestra narrativa había pasado y repasado por un paisaje que empezaba a resultar fatigoso de tan fotográfico. Se había terminado por definir lo nacional como lo rural pintoresco, espacio en el cual discurrían seres dibujados en caricatura de atuendos y exterioridades. La realidad interior del hombre seguía inhollada. Uslar aprendió y luego enseñó magistralmente a encontrar la otra dimensión del venezolano, lleno de riquezas interiores dignas de ser contadas en lengua menos local, apta a trascendernos y proyectarnos en comunión con otros seres humanos de cualquier geografía. Entre otras tareas hubo

de imponerse la de educar al personaje: enseñarlo a hablar directamente desde su yo y de sus intimidades y esto suponía para el autor una renuncia a la actitud censora: la presunción retórica prodigada en las descripciones estáticas del paisaje, un marginamiento de la acción ocupada por los propios agentes del relato a quienes había que mirar de frente y no por sobre el hombro como a seres inferiores y mal-hablados.

Aunque hoy no lo parezca, subvertir el orden del relato en aquellas condiciones políticas sociales y culturales era tan arduo como subvertir la paz dictatorial impuesta a un país obligado al delito de callar el orden.

Hay frases dentro de los cuentos mismos que dicen de la definida conciencia renovadora. Por ejemplo, en “No sé”, hay un párrafo que apunta directamente a la entraña de la nueva estética. A propósito del terror surge la duda frente a lo extraño vital, ante el misterio oculto en la realidad. Por supuesto, quien habla no es el autor en función de narrador omnisciente, sino un personaje que desde la perspectiva directa de una primera persona medita frente al mundo que le circunda:

No sé si es sólo fantasía de nuestras pobres cabezas aporreadas de estudio, fantasía que inflamamos con viento de imaginación como una lona, y después que ha pasado no sabemos si fue realidad, porque está mezclada con ella, y la realidad se acurruca detrás de los dientes.

Sólo acierto a decir que entonces vi cosas sobrenaturales e inexplicables, que acaso eran sencillas y claras, y aún no se si todo aquello estaba sólo dentro de mí y lo sacaba afuera con los ojos como una decoración, o era cierto, con una certidumbre sólida de lápida.

Todas las consideraciones anteriores conducen simplemente a afirmar por crueldad literaria que, aislado, *Barrabás y otros relatos* no pierde su vigencia: la recupera aún en nuestros días, por sobre las inseguridades de escritura o los vestigios de retórica tradicional, normales en el joven de 22 años que escribía en 1928. Medio siglo después,

quizá la historia literaria, sin juicios finales, le haya reservado con seguridad un sitio de excepción en los cambios de trayectoria que se operaron en el cuento venezolano a partir de la aparición del libro. No basta con destruir a priori o con negar un tanto malcriadamente una obra. Sencillamente hay que reemplazarla con otra superior. La dialéctica de la historia, literaria o social, es indetenible y también inexorable. Las escrituras literarias cumplen un ciclo vital en cuya entraña gestan su propia negación. Aquellos cuentos escritos por un joven pueden ser leídos por otros jóvenes sin que pierdan su actualidad o desdigan de su mensaje transformador. Vendrán seguramente las negaciones pero, desde luego, habrán de nacer en otros cuentos de igual o mayor jerarquía, no en la mezquindad accidental de las grandes soberbias carentes de respaldo en grandes obras.

TRILOGÍA DE ARTÍFICES:
ISAAC J. PARDO, ANTONIA PALACIOS,
ARTURO USLAR PIETRI*

“Pero nosotros nos inclinamos más bien a creer en la dignidad del hombre, y a pensar que es lo más noble en él, el más íntimo y potente resorte de su conducta”.

Antonio Machado: *Juan de Mairena.*

Este homenaje a tres sobrevivientes del proceso político-intelectual de 1928 es acertada iniciativa de los organizadores del XXXI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Agradezco el honor de señalarme para expresar, en nombre de los participantes, el afecto hacia Don Isaac, Doña Antonia y Don Arturo. El Maestro Pedro Grases, a propósito de Luis Correa, argumenta: “el *Don* no hay tribunales que puedan otorgarlo. Es preciso ganarlo a pulso, con el prestigio de una labor y con la garantía de una conducta”¹. *Don* está aquí desnudo de reverencias. Subraya nobleza de alma –no de sangre– con que dos caballeros de las letras, enmarcan a una gran dama de la poesía, la narrativa y la generosidad. La historia los hizo para nutrir nuestra menguada capacidad de recuerdo. Lecciones andantes, en una ecología de la inteligencia, ellos son riqueza natural no renovable: hombres y mujeres en quienes Venezuela se escuda para que no la deshagan.

Legibles como sus libros, los queremos por su conducta, por el valor de su pensamiento volcado en palabras de la obra, por su

* Texto leído el 24 de junio de 1996, en la sesión inaugural del XXXI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, homenaje a Isaac J. Pardo, Antonia Palacios y Arturo Uslar Pietri en la Sala “José Félix Ribas” del Complejo Cultural Teresa Carreño.

¹ Pedro Grases, “Luis Correa, suma de generosidad en las letras venezolanas”, *Obras*. Caracas-Barcelona, Seix-Barral, vol. 7, 1981, p. 193.

existencia digna que rebasa los noventa años sin sombra negadora². La salud resentida impidió a dos de ellos estar presentes esta tarde entre nosotros.

1
DON ISAAC

*“La historia de mi patria es un espejo mágico.
Cuantas veces miro en él
vuelve mi sombra de niño a extasiarse
en su plateado abismo”.*
Isaac J. Pardo. *Esta tierra de gracia.*

La vida de este médico ganado por la Literatura se inscribe en la historia de nuestro país desde la dictadura gomecista, donde transcurre la juventud de los tres agasajados, hasta la turbulencia de una democracia que se disuelve entre las manos. En casi un siglo de andanzas, Don Isaac ha visto transitar a unos hombres honestos hacia el triunfo, ensombrecido por el asalto, como sucedió con su amigo-maestro Rómulo Gallegos. También ha mirado abrirse los despeñaderos por donde se fueron deslavando las pretensiones de los asaltantes. Humorista natural, en las páginas de un semanario (*El Morrocoy Azul*), terció en ingenio y caballerosidad con Andrés Eloy Blanco, Antonio Arráiz, Miguel Otero Silva, Kotepa Delgado, Carlos Irazábal, Manolo García Maldonado, Gabriel Bracho Montiel, Aquiles Nazoa y otros señores del periodismo inteligente y generoso. Es el tono dominante en varios de sus libros.

Conoció la prisión gomecista (1928-29) y el exilio (1929-1936)³. En Barcelona (España) completa estudios de Medicina. Reencuentra a Rómulo Gallegos. Afianza una vocación literaria con lecturas de

² Isaac J. Pardo nació el 14 de octubre de 1905; Antonia Palacios, el 13 de mayo de 1904; Arturo Uslar Pietri, el 16 de mayo de 1906.

³ Cf. Oscar Sambrano Urdaneta “Cronología de Isaac J. Pardo”, *Fuegos bajo el agua*. 2ª ed., Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990. En ella hay testimonios recogidos directamente por Sambrano Urdaneta en conversaciones con el escritor.

autores españoles, franceses, rusos, alemanes, frecuentados antes en el aula obligada del Castillo Libertador de Puerto Cabello.

El 24 de noviembre de 1948, permaneció al lado del presidente Gallegos, hasta el último minuto antes de su derrocamiento. Con Salvador Garmendia, rompió lanzas solidarias en un gracioso juicio abierto contra un cuento: “El inquieto anacobero”, desplante donde algún juez olvidable perdió la conciencia del ridículo. Testimonio del incidente es el libro: *Esa palabra no se dice*.

En otra dimensión de su escritura, Isaac Pardo transita los laberintos de la utopía dentro de la historia. *Fuegos bajo el agua* (1983), culmina el desvelo del investigador y la escritura del prosista revelado en textos anteriores. La disciplina intelectual, la avidez de saber, adquiridas de juventud, cuando estudió en el Colegio Alemán de Caracas y escuchó las clases eruditas de José Antonio Ramos Sucre, lo convirtieron en maestro del ensayo histórico.

Isaac Pardo ha resaltado la línea imperceptible que hilvana realidad objetiva y proyecto idealizador de realidades. En esa capacidad de buceo radica la escritura entusiasmada por el trabajo intelectual, prosa donde los conceptos encarnan en lo que García Bacca, prologuista de *Fuegos bajo el agua*, denomina “relato-recital-canto”, pero también “lición”⁴.

La lectura de nuestra historia como espejo mágico, genera *Esta tierra de gracia* (1955). Sus páginas contagian el goce de sonreír ante la poesía ingenua del Almirante, entendimiento trastornado, ojos que se irritan al chocar con el espejismo de la realidad americana, o cuando disfruta del equívoco por el cual los reyes católicos dislocan nuestra geografía y convierten la región zuliana en isla de Coquivacoa, para hacer así de Alonso de Ojeda “el primer gobernador de una isla en tierra firme, anticipándose en más de un siglo a Sancho Panza”. Cinco siglos después, honrados labradores del Archipiélago Canario, fugitivos del franquismo, emigrados a esta tierra de gracia, llaman a Venezuela, con cariño y nostalgia, la octava isla, muelle apto para que alguna vez atraque La balsa de piedra, a bordo de la cual viene, desde la isla de Lanzarote, el navegante portugués José Saramago.

⁴ Prólogo a la 2ª ed. de *Fuegos bajo el agua*, p. lxxi.

Despojar de solemnidades la historia colonial es uno de los secretos del artífice. Encanta al lector. Le muestra una verdad desacralizada, sin presumir de que sea la única luz sobre los hechos. A través del reinventar continuo de una realidad verbal, la del hombre en el mundo, nos pasea desde la antigüedad hasta la *Perestroika* de Mijail Gorbachov, cuando la utopía pareció llegar a los estertores, tal vez porque el hombre, “globalizado” como sociedad, ha perdido su capacidad de ser solidario, constructor de armonías compartibles con sus semejantes. O por otro motivo que el ensayista enuncia al final de la segunda edición (1990) de *Fuegos bajo el agua*: “La conmoción provocada por el derrumbamiento del sistema staliniano ha tenido, y aún tendrá, repercusiones de carácter universal, lo que confirma, –si falta hiciese– el ‘empequeñecimiento del mundo’ (...) Pero se da la incongruencia de no existir un pensamiento social-político-económico capaz de afrontarlo. Las ideologías, doctrinas o sistemas en uso, herencia en gran medida del siglo XIX, están a fines del siglo XX en tal estado de desgaste que las hace inadecuadas a tan comprometedora realidad”⁵.

El enfoque resultó visionario. Un pensador húngaro, Bela Köpeczi, en 1995, enfrenta el ideologema de lo posmoderno. Plantea la necesidad de una nueva modernidad proyectada hacia el siglo XXI. Coincide con el criterio de Pardo⁶.

⁵ *Fuegos bajo el agua*, 2ª ed., pp. 812-813

⁶ A mi juicio, lo posmoderno ha llamado la atención sobre ciertos aspectos del pensamiento, pero no puede poner en duda la modernidad en cuanto tal, incluso si algunas de sus observaciones son justas desde el punto de vista de la relatividad, de la totalidad o del papel de la subjetividad. De todos modos no puede servir al proceso de la disgregación, cuyas consecuencias reales en las mentalidades y las culturas conocemos. Para Europa Central y Oriental yo abogaré por una modernidad humanizada, que buscaría recuperar el retraso mencionado, pero que permitirá una evolución económica y técnica equilibrada, el desarrollo de una sociedad democrática pluralista y social y la formación de una cultura diferenciada. Algunos elementos de esta modernidad humanizada pertenecen también a los países desarrollados, lo cual quiere decir que se trata de un problema de globalización que debe ser reconocido como tal por todos aquellos hombres políticos, economistas, intelectuales de diversas disciplinas, que ven las contradicciones entre una modernidad de los siglos XIX y XX y una nueva modernidad del siglo XXI. Bela Köpeczi”, *Discusión entre el posmoder-*

Volver a la utopía es cíclico. Afirma Fernando Ainsa: “Las rupturas auténticas de vanguardias y utopías se dan, pues, en los momentos en que se produce el desmoronamiento de un mundo histórico”⁷⁷. Más allá de la visión rígida de Tomás Moro, parece que la utopía goza de buena salud en América, espacio de su nacimiento⁸. *Fuegos bajo el agua*, será un texto ineludible para entenderla.

2

DOÑA ANTONIA

Sal con tu cuerpo de viviente a fabular tus sueños. Dí tu palabra.

Si nadie te escucha, habla con los astros, con la sombra que pasa.

Elige un sitio de resplandor oculto.

Antonia Palacios. *Ese oscuro animal del sueño*.

Antonia Palacios fue una de las mujeres excepcionales que acompañaron la aventura estudiantil de 1928⁹. Vinculada cronológicamente a los de aquella experiencia rebelde, se siente lejana de ellos por su obra. Tardía si se quiere, la aproxima e identifica con estéticas posteriores: el surrealismo, en la lectura de Humberto Díaz Casanueva y Luis Alberto Crespo¹⁰. El *nouveau roman* en la línea de los *Tropismes* (1939) de Nathalie Sarraute, por el diseño de sus relatos de materia atomizada hasta la disolvencia o la instantaneidad, por los actores sin nombre ni rostro que giran en un vértigo donde no es fácil escindir lo poético de lo narrativo¹¹.

nismo y el neomodernismo en el Este y el Oeste”, *Cuadernos americanos* (México), N° 53 (1995), pp. 161-166. La cita en p. 165.

⁷ “Modernidad y vanguardia en la marcha sin fin de las utopías en América Latina”. *Cuadernos americanos* (México), 9:50 (1995), pp. 118-129.

⁸ Cf. Horacio Cerutti Guldberg, “¿Fin o renacimiento del pensar utópico?”, *Cuadernos americanos* (México), 2:50 (1995), pp. 130-136.

⁹ Otras fueron Rosario y “Totoña” Blanco Meaño, María Teresa Castillo, Josefina Juliac, Beatriz Peña, algunas más que olvido sin intención.

¹⁰ Cf. Luis Alberto Crespo, “Antonia Palacios y todo lo inmóvil”, estudio preliminar a *Ficciones y aflicciones*. Antonia Palacios. Caracas, Biblioteca Ayacucho, N° 146, 1989.

¹¹ Nathalie Sarraute escribió un prólogo especial para la edición española de *Tropismos* (Buenos Aires, Galerna, 1968, trad. de Juan José Saer), donde expresa:

En *Crónica de las horas*, parafraseando a Proust expone su poética: “Quizás estos relatos no son más que uno solo. Los seres que pasan a través de sus páginas acaso no son más que un solo ser, un ser que se busca, se encuentra, se pierde. Un ser que vive, contempla, desde diferentes planos, horas y fechas diferentes, una misma realidad perennemente trasmutada”¹². Esos seres que pasan son instantes de una existencia captada como en cámara lenta, tal define la Sarraute sus textos y conforme Antonia los vislumbra tras los muros de piedra que la circundan.

Antonia escribe sobre Arturo Uslar Pietri y se autorretrata:

Arturo es mi adolescencia. Es el tiempo cuando yo creía no SER y acaso fuese el tiempo donde HE SIDO más que en ningún otro momento de mi vida. El tiempo en que todo estaba por hacerse, un tiempo ilimitado. Todavía yo no había iniciado la marcha hacia sitio alguno. Ante mí se hallaban, tras una inmensa muralla de temores y debilidades, todos los caminos. Acaso, sin saberlo, fue su palabra la que me empujara hacia el arduo camino que comencé a recorrer años más tarde con un paso titubeante, un camino no elegido deliberadamente, tal vez elegido por un sentir oculto donde resonara la voz de aquel muchacho flaco, que en una humilde pensión caraqueña, comenzó a luchar valientemente con la escritura. ¿Con cuáles letras líquidas y glugluteantes se escribió el agua? Esa y muchas otras preguntas ha debido hacerse, ante los signos que traducen la escritura, aquel muchacho que sentía

“Comencé a escribir en 1932, cuando compuse mi primer *Tropismo*. No tenía entonces ninguna idea preconcebida sobre literatura, y éste, como los que lo siguieron, fue escrito bajo el impacto de una emoción, de una impresión muy vívida. Lo que intentaba era mostrar ciertos “movimientos” interiores que me habían atraído durante mucho tiempo; en realidad casi podría decir que desde la niñez estos movimientos, que se ocultan bajo las apariencias cotidianas e inofensivas de cada instante de nuestras vidas, atrajeron mi atención y la retuvieron. En este campo, mis primeras impresiones se remontan muy atrás”, p. 10.

¹² *Crónica de las horas*. Caracas: Edic. del Ateneo de Caracas, 1980, p. 139.

crecer en su interior una misteriosa fuerza que lo llevaría a develar lo que la palabra encierra en sí misma. Era mi adolescencia, era nuestra adolescencia, Miguel Otero, Carlos Eduardo Frías, Inocente Palacios, Pablo Rojas Guardia, Luis Castro, Arturo... y yo... Yo entre todos como fuera de sitio pero integrada a todos con mis sentidos estremecidos por la palabra. Era el único licor que nos embriagaba, “el licor seminal de los sentidos”: la palabra. La decíamos una y otra vez y su fiebre quemaba nuestra frente y sumergíamos el rostro en la palangana llena de un agua que para aquel entonces nadie se preguntaba si estaba o no contaminada, éramos nosotros a quienes los dioses nos habían contaminado, nos habían inoculado un virus que se propagaría, más tarde, hacia las zonas más secretas de nuestro ser, invadiéndolas, haciendo de nosotros su presa¹³.

Ella mantenía silencio intelectual. Maduraba su potencial literario. En 1949 irrumpió con su primer libro: *Ana Isabel, una niña decente*. La crítica y sus compañeros de juventud recibieron la novela con júbilo. Ella seguía macerando palabras en algún sitio del espíritu atormentado por un duelo no vencido.

Trajeada con elegancias parisinas, negras casi siempre, coronada con amplio sombrero irrenunciable, estampa de *Belle époque*, aparecía y desaparecía con aire altivo en las presentaciones del libro de algún amigo, en ciertos homenajes. Administraba sus silencios y el diálogo no exento de vehemencia.

En la quinta “Cal y Canto”, 1ª Avenida de Altamira, entre las calles 9ª y 10ª, vive la prisionera de sí misma, concéntrica al silencio. Espera a la otra, la soledad definitiva. Es el viejo debate contra la descarnada. Ella la emplaza con certera herramienta: la palabra.

Me quema la palabra, me hace llama. Me quema y no me alumbraba,
me hace herida. Quemadura honda, mana sangre. Me quema

¹³ Palabras para presentar a Arturo Uslar Pietri en los Talleres de Cal y Canto. *Hojas de Cal y Canto* (Caracas) N° 6 (1979). Número aniversario.

desde su oscuro pliegue. Se esconde la palabra, se hace hermética. Quiero arrancar la máscara ¡tantas máscaras! dejarla toda al desnudo. Saber de sus espumas cuando asoma en gran respiro. Se fuga la palabra. Persiguiéndola sin tregua se me escapa la vida¹⁴.

En 1976, Antonia Palacios, visitó el Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”. Oswaldo Trejo, Jefe del Departamento de Creación Literaria, la invitó a coordinar uno de los Talleres Literarios. Aceptó emocionada. Los coordinadores duraban un año. Luego eran reemplazados. Venció el plazo, Antonia pidió que la dejaran continuar. En ello iba el conjuro a la soledad. No era posible hacerlo “por razones del Reglamento vigente”. Nunca han sido más crueles las normas de una institución. Convinimos en reunir a sus muchachos bajo un árbol de mango, en el patio de la bella casa del Centro, en la 7^a Avenida de Altamira. Así continuó su labor de compartir la palabra, un pan multiplicado. Después, a sugerencia de Alberto Guaura, Antonia accedió a reunir el grupo en su casa.

Cada entrega de la revista *Hojas de Cal y Canto* iba ilustrada con trabajos de pintores venezolanos. El primer número salió en mayo de 1978. Obsequió a los suscriptores un dibujo de Jacobo Borges. Los talleres de Antonia, regidos por la pasión de escritura capaz de transformar la palabra en “hermosura y luz no usada”, alentaron la obra de escritores en formación, así como acogieron las voces de otros mayores. Un texto sin firma en el número inicial de la revista define la línea estética:

Las dos mayores invenciones de la mente humana son la escritura y el dinero, según reza una cita de Mirabeau, para designar el lenguaje común de la inteligencia y el lenguaje común del interés. Nos ocuparemos de lo primero, al contemplar el signo, la palabra, pobre y ruin instrumento que manejamos a diario, para lo banal o trascendente. Instrumento con el cual en nuestros

¹⁴ “Largo viento de memorias (1981-1982)”, *Ficciones y aflicciones*. Caracas, Biblioteca Ayacucho N° 146, 1989, p. 258.

“talleres”, intentamos forjar belleza, plasmar vivencias, vertir las densidades que ocupan nuestra interioridad, y tender puentes hacia lo desconocido. La palabra, devaluada, prostituida, en razón de la aventura que ha significado por miles de siglos el maravilloso hallazgo de la escritura¹⁵.

Tomás Eloy Martínez, becario y coordinador de taller en el Centro Rómulo Gallegos, trabajaba su libro *La novela de Perón*. Para *Hojas de Cal y Canto* escribió una “Historia natural de los talleres”. Rememora nombres de compañeros: Oswaldo Trejo y Gonzalo Rojas. Resalta luego el espacio que Antonia Palacios inundaba:

Conocí hace un par de años una casa de Altamira donde los talleres emprendían por las tardes sus felices ejercicios de navegación, desplegando las velas hacia alta mar cuando soplabla el viento trejo o cuando el sol gonzalo aparecía en el horizonte. Una voz leía, otra buscaba a su lado las infinitas nervaduras que brotaban del texto, y otra más, poco a poco, despertaba dentro de sí los paraísos que había dejado apagar durante mucho tiempo. De aquellos días felices brotó, por combustión espontánea, el taller de Antonia Palacios. Como todo animal tímido, dio sus primeros pasos a horas fijas: el jueves de 4 a 6 o el miércoles de 6 a 8. Pero enseguida aprendió a forzar la cárcel de los atardeceres y a probar la resistencia de la noche. El cuerpo del taller de Antonia se volvió tan prodigioso que no tenía una sola cabeza parecida a la otra, ni antenas que jamás se hubiesen enredado, ni sabías que exhalaran un mismo color cuando se mostraban. La huella que dejaba no eran papelitos grises ni chismes triviales urdidos a la vera de Sabana Grande, sino desgarraduras que se prolongaban en los sueños y felicidades que eran tan perfectas como la primera sílaba de la vida¹⁶.

¹⁵ *Hojas de Cal y Canto* (Caracas), N° 1 (1978).

¹⁶ *Hojas de Cal y Canto* (Caracas), N° 3 (1978), p. D. En lugar de números, las páginas de la revista se identificaban con letras.

La amorosa entrega de esta mujer a sus talleres literarios, habría sido suficiente para que la Literatura Venezolana tuviera deudas permanentes con ella, si no fuera por la hondura angustiada de sus libros¹⁷, si no fuera por su alma poblada de sensibilidad, afectos, duelos, duendes, nostalgias, premoniciones. Ella canta:

Voy caminando sola. No sé dónde quedó mi alma. Acaso se escapó de esa razón excentrada que en mi alma se halla inalterable. No sé qué hacer con esta alma mía que esquiva mi cuerpo y anhela una libertad en fuga. Alma estremecida que sobrepasa la vida. Atada se halla mi alma y mi cuerpo que la llama con amargo sabor deja secos mis labios. Cuando el amor fue canto mi alma volaba en su plena libertad. Hoy el canto está apagado¹⁸.

3

DON ARTURO

Las grandes literaturas nacionales han sido precisamente aquellas en las que el escritor y su pueblo se han sentido mutuamente como dos interlocutores.
Arturo Uslar Pietri. *Letras y hombres de Venezuela.*

En diciembre de 1930 se cumplía un siglo de la muerte de Bolívar. Desde París, un joven de veinticinco años escribía a un amigo pintor y cineasta. El veinteañero había conmovido los medios literarios venezolanos con un manifiesto escrito para el único ejemplar de cierta revista de vanguardia: *válvula*. La carátula fue un trabajo cubista de Rafael Rivero Oramas, el mismo ilustrador de *Barrabás y otros relatos* en la edición de 1928.

¹⁷ *Ana Isabel, una niña decente* (1949), *Viaje al frailejón* (1956), *Crónica de las horas* (1964), *Los insulares* (1972), *El largo día ya seguro* (1975), *Textos del desalojo* (1978), *Una plaza ocupando un espacio desconcertante* (1981), *Multiplicada sombra* (1983), *La piedra y el espejo* (1985), *Ese oscuro animal del sueño* (1991).

¹⁸ *Ese oscuro animal del sueño*. Caracas, Monte Ávila, 1991, p. 19.

El joven vanguardista escribe a su amigo Rivero Oramas, aún bajo el impacto de una película soviética: *Tempestad sobre Asia*, de Pudovkin. La carta dice:

... lo que hay que lograr no es un episodio de Bolívar visto en la pantalla sino al contrario, una interpretación cinematográfica del Libertador. Interpretación cinematográfica, es decir: torsos de árboles, potros encabritados, y una como vaga nébula de mundo construyéndose. O para hablar en un término en que se me comprenda mejor: un poema fotográfico del Libertador.

Es necesario que en ese poema de imágenes figuren los elementos de la obra de Bolívar: la naturaleza, montañas, ríos, mares, llanuras, cielo; los animales: tigres, serpientes, cóndores, guacamayas, potros, toros; los hombres: soldados desnudos, soldados con uniformes británicos, hombres sembrando, pescando, a caballo, viejos, niños, mujeres pilando maíz; y todo en una mezcla sabiamente dispuesta y sin otra ilación que el vago tema fotográfico bolivariano que las une a todas; mezcladas diestramente: ríos, monte, mar, sol, luna, tormenta, árboles: tunas, cocos, plátanos; florestas, hierbas, palomas asustadas que vuelan, gavilanes; caballos (buen tema épico) cerreros, corriendo, encabritados, orejas, ojos, ancas de caballos, hombres sembrando, sentados a las puertas de los ranchos, arando, hombres que de pronto se ponen como a oír y comienzan a marchar solemnemente, como hacia un punto convenido, con el torso desnudo...¹⁹

¹⁹ El 18 de octubre de 1994, Uslar Pietri me escribió una amable carta en uno de cuyos párrafos decía: "Hoy, buscando en los mismos papeles viejos, me he topado con otra misiva dirigida a Rafael Rivero, en Caracas, desde París, en 1930. Rivero, que era caricaturista y cineasta, había coincidido conmigo en la idea de realizar una película que expresara un poco la visión de los hombres de nuestro tiempo y que fuera nuestro testimonio histórico con motivo del primer centenario de la muerte del Libertador, que para entonces se acercaba. Habíamos hablado en Caracas muchas veces de esa vaga posibilidad y, después de marcharme a París, donde tuve la ocasión de ver

El proyecto de poema cinematográfico cristalizó en novela. Alcanzó fama al ser escogida como uno de los mejores libros del mes en España: *Las lanzas coloradas* (1931). Distinción similar había consagrado antes a *Doña Bárbara* (1929).

Rómulo Gallegos y Arturo Uslar Pietri fueron pioneros venezolanos en la inquietud por transferir al cine las imágenes de su novelística. Con ellos, inseparable, Rafael Rivero Oramas, “el Tío Nicolás”, abuelo de los cuenta-cuentos. Los niños venezolanos de otro tiempo y sus amigos lo recuerdan mejor que la historia de nuestra cultura²⁰.

Es sabido que Arturo Uslar Pietri, Miguel Ángel Asturias y Alejo Carpentier, confluyeron en París a finales de los años 20. Los tres discutieron la dimensión mágica subyacente en la realidad y la historia americanas. Extrajeron conclusiones diferentes. Realizaron innovaciones análogas en la narrativa.

Uslar regresó de Europa en 1934. Fundó con Alfredo Boulton y Julián Padrón *El Ingenioso Hidalgo* (1935). Allí publicó varios ensayos²¹. Uno propone:

Definamos lo indefinible, esa sustancia mágica y maleable de que está hecha la fábula. Algunas historias claras y exactas vagan desde lo

mucho cine de vanguardia, en particular el gran film del ruso Pudovkin, *Tempestad sobre Asia*, me pareció que allí estaba un modelo de lo que podíamos intentar. Este proyecto evidentemente no pasó de allí, pero la idea me siguió dando vueltas por dentro y terminó por concretarse en la creación de mi novela, *Las lanzas coloradas*, aquella novela que es, en cierto modo, la realización literaria de la visión cinematográfica que le había esbozado a Rivero”.

²⁰ Rafael Rivero (1904-1992) será recordado especialmente por su dedicación a dos revistas para los niños de Venezuela y América Latina. Primero fue *Onza, Tigre y León*. Después, más famosa, *Tricolor*. Ambas eran editadas por el Ministerio de Educación. Además, en la radio primero y luego en los comienzos de la televisión mantuvo un programa donde narra cuentos para los niños, con voz de abuelo, bajo el seudónimo de “Tío Nicolás”. Oscar Sambrano Urdaneta le dedicó una hermosa página: “El gran Rafael Rivero Oramas”, *Papel Literario de El Nacional*. Caracas, 16 de agosto de 1992.

²¹ “Pies horadados”. *El Ingenioso Hidalgo*. Caracas, marzo de 1935, N° 1, p. 1 y “Asteriscos”, *ibíd.*, N° 2, junio de 1935, pp. 1-2.

remoto en la memoria de los hombres como un destino ejemplar. Mientras más avanza en profundidad el conocimiento. Mientras más se complica la noción de las cosas y de sus relaciones, más parecen poder compendiarse y confundirse en aquellas consejas que van resultando extraordinarias. Son esencialmente símbolos y símbolos inagotables, casi como una cifra que abarca y ordena.

El mito es una ciencia previa a la que regresa, después de un largo vagabundeo verificador, la reflexión. Es un vasto espejo donde el mundo se mira entero y como en otra orilla²².

Creemos leer aquí el antecedente de lo que Luis Leal concedió a Uslar Pietri: haber sido el primero en utilizar (en 1948) el término y el concepto de *realismo mágico* aplicado a la Literatura Hispanoamericana, en un párrafo sobre el cuento venezolano²³. Aquella expresión, aplicada por Franz Roh en 1925 a la pintura pos-expresionista alemana, empleada por Massimo Bontempelli (1926) en su revista *900*, con la variante “realismo mítico” a propósito de la vanguardia italiana, era convicción estética de Uslar y sus compañeros desde los días parisinos²⁴.

La idea del realismo mágico, y la interpretación del conocimiento mítico producen en Uslar Pietri una bifurcación de su discurso. La primera línea fluye en tres libros de cuentos²⁵. La segunda emerge de los ensayos de *El Ingenioso Hidalgo*, su libro de viajes *Las visiones del camino* (1945), hasta adquirir sentido simbólico en el conjunto ensayístico *De una a otra Venezuela* (1949).

Uslar escribió en febrero de 1936 sobre la “crisis de responsabilidad”. En 1937, Eleazar López Contreras, presidente interino de

²² “Pies horadados”, *Obras Selectas*. Caracas, EDIME, 1977, pp. 1.111-1.113.

²³ Luis Leal alude al texto sobre el cuento, incluido por Uslar en *Letras y hombres de Venezuela*. México, Fondo de Cultura Económica (Col. Tierra Firme), 1948.

²⁴ Sobre Bontempelli y el realismo mágico, cf. Guillermo de Torre. *Historia de las literaturas de vanguardia*. Madrid, Guadarrama, 1965, pp. 169-171. Sobre las revelaciones del propio Uslar referidas al tema, Cf., “Realismo mágico”, *Godos, insurgen-tes y visionarios*. Barcelona, España, Seix-Barral, 1986. Posteriormente lo incluyó en la 3ª ed. de *Letras y hombres de Venezuela*. Caracas, Monte Ávila, 1995.

²⁵ *Barrabás y otros relatos* (1928), *Red* (1936) y *Treinta hombres y sus sombras* (1949).

Venezuela, habló de una crisis de hombres. En 1951, Mario Briceño Iragorry discernía sobre nuestra “crisis de pueblo” (*Mensaje sin destino*). Este último recuerda que Uslar, recién llegado de Nueva York, “promovió una investigación pública acerca de una presunta crisis literaria en Venezuela”²⁶. También Mariano Picón Salas abordará el tema de la crisis de la cultura en 1955²⁷.

En Uslar Pietri, aquellos temas iniciales fueron creciendo hasta materializar el mitologema del Minotauro. En octubre de 1948, decía: “De una hora oscura y trágica surgió la ficción del Minotauro. De una de esas horas en que el destino de la ciudad parecía perdido para siempre ante la fuerza enemiga. El mito cuenta la amenaza de esa fuerza sobrehumana y el triunfo final del griego. El héroe es el que acomete lo imposible para salvar la ciudad”²⁸. Teseo, cuenta Borges, no utilizó la espada. Tenía otra arma: el respeto de su pueblo. Con ella derrotó al Minotauro. Ese respeto es el arma que Uslar Pietri empuña con rebeldía juvenil a los noventa años de edad, cumplidos el pasado 16 de mayo.

En el libro *De una a otra Venezuela*, con tres párrafos sintetiza su concepción del problema:

Crisis que se refleja en su vida política, en su vida económica y en su vida social. Crisis de transformación y deformación fundamentalmente económica que repercute en lo social y que se ha complicado en lo político.

El factor que origina esa crisis es el petróleo. La inquietud colectiva y las transformaciones de la estructura social visibles hoy en Venezuela vienen de él, y la inestabilidad política ha sido su más aparatosa aunque no su más terrible consecuencia.

Mientras la mayoría de los venezolanos no se percate de esa realidad nada podrá hacerse para contener, dominar y transformar

²⁶ *Mensaje sin destino. Obras completas*. Caracas, Congreso de la República, v. 7, 1989, p. 167.

²⁷ Cf. *Crisis, cambio y tradición. Ensayo sobre la forma de nuestra cultura*. Caracas, EDIME, 1955.

²⁸ *De una a otra Venezuela*. Caracas, Monte Ávila, 1977, p. 40

esa crisis. Lo que se necesita es que todo el país se limpie los ojos de telarañas políticas y de mentiras convencionales y se movilice en su propia defensa. El petróleo es como un Minotauro y para vencerlo se requiere una empresa teseica. Coordinada, serena y resuelta tarea de muchos. De todos, sería lo mejor²⁹.

La metáfora del Minotauro y Teseo se expande a la idea de una “nación fingida”, irreal en su opulencia, democracia degradada, Ariadna prostituida³⁰.

Su teoría general de la crisis plantea: “La vida de un pueblo es una perpetua crisis de crecimiento y de adaptación a circunstancias constantemente cambiantes. Eso es precisamente lo que hace del gobierno y de la política un arte complejo. Un arte mucho más complejo de lo que generalmente suponen los demagogos de plaza pública”³¹.

Arturo Uslar Pietri forma con Mario Briceño Iragorry, Augusto Mijares, Enrique Bernardo Núñez y Mariano Picón Salas el estrado más alto del pensamiento venezolano contemporáneo. Uslar tiene además, a su favor, el haber sido uno de los primeros economistas venezolanos modernos. Fundó la primera Cátedra de Economía Política en la Facultad de Derecho de la Universidad Central, en 1936. Si se agrega su formación jurídica y la excelencia del prosista dotado de cultura ecuménica, se tiene la figura excepcional que otea la raíz de nuestras crisis comunes con visión profética. Su pensamiento responde a una angustia sobre el país: la carencia de proyecto, el quehacer fragmentario, la improvisación como norma, la corrupción como hábito histórico, elevados hoy al cinismo, lastres que nos han impedido ser “la gran nación”. Todos, con autosuficiencia, creíamos verla como un espejismo entre las opulencias y despilfarros ejecutados por unos cuantos banqueros y “empresarios”

²⁹ *Op. cit.*, pp. 11-12.

³⁰ Esta elaboración parafrástica del Minotauro, portador simbólico de la crisis venezolana, también se manifiesta en algunos pasajes de su trilogía novelística *El Laberinto de Fortuna*, especialmente en *Estación de máscaras*.

³¹ “El tema de la historia viva”, *De una a otra Venezuela*, p. 17.

saqueadores. Es el presente signado por lo que él mismo ha calificado “cultura de la corrupción” y otro contemporáneo, Mario Briceño Iragorry designó como “democracia de asalto”. Ambos pensadores, con visiones diferentes, aman profundamente a Venezuela. Uslar, liberal de amplia concepción. Briceño, católico y nacionalista irreductible. No cierran los ojos ante los pliegues del país ensombrecido por la conducta social retorcida, en la que todos tenemos cuota de responsabilidad. Hay coincidencia entre ellos y lo que otro ensayista, Ernesto Sábato, expresaba en 1963:

Así como la madurez de un hombre comienza cuando advierte sus limitaciones, la de una nación comienza cuando sus conciencias más lúcidas comprenden que las infinitas perfecciones de que (como a la madre) la creían dotada, no son tales; y que, como en otras naciones, como en todas las naciones, sus virtudes están inexorablemente unidas a sus taras, taras de las que los seres honestos no pueden sino acusarse y avergonzarse. Motivo por el cual creo que nosotros comenzamos a ser una nación madura. Y como al fin y al cabo cada hombre llega a tener con los años el rostro que se merece (puesto que ha sido elaborado no sólo con su carne sino con su espíritu, con sus valentías y cobardías, con sus grandezas y con sus miserias), nuestra patria tiene, finalmente, en su madurez, el rostro que debía tener, el rostro que todos y cada uno de nosotros le hemos ido forjando sobre su carne viva: políticos o artistas puros, canfinfleros y honestos padres de familia, millonarios y peones, ateos y creyentes. De modo que si todos podemos reivindicar sus virtudes, nadie que no sea un canalla puede declararse sin culpa por sus males. Toda gran literatura nacional resulta así una despiadada acusación a la patria, precisamente y en la medida en que es un despiadado ataque que el artista hace a su propia alma, en virtud de ese doble y oscuro proceso que da origen a los peores personajes de la ficción (...)³².

³² Ernesto Sábato, “Desazón y literatura nacional”, *El escritor y sus fantasmas* (1963). *Ensayos*. Buenos Aires, Losada, 1970.

En 1960, se cumplían ciento cincuenta años del 19 de abril, día inicial de la rebeldía contra España. Apenas salíamos del decenio dictatorial de Pérez Jiménez. El personalismo de algunos líderes políticos trasmutados en caudillos enturbió las aguas. Uslar escribe un balance de siglo y medio de búsquedas para hacer la república. Lo estudia como empresa no muy exitosa de catorce generaciones. El autoritarismo se impuso: “El orden sustitutivo que el caudillismo creó en Venezuela fue más un orden para estar que un orden para hacer. La empresa de hacer la nación quedó muchas veces olvidada y aun retrocedida, porque se consideraba incompatible con las necesidades de fortalecimiento y supervivencia del sistema autoritario³³. Culmina el balance con un reclamo a la “generación del petróleo”, que “... ha tenido a su disposición para construir el país medios que no pudo siquiera vislumbrar ninguna generación anterior”. También la responsabilidad era mayor. No fue cumplida. El resultado está a la vista. Frases que hoy resuenan en su discurso, fueron conclusiones a que llegaba el ensayista hace más de treinta años. La realidad confirmó sus aseveraciones. Entonces anotó:

Podría escribir un libro con todo lo que he dicho en tantos años. No he tenido necesidad de rectificar porque la realidad no ha sido rectificada. Era fácil prever la situación en que nos hallamos, hubiera sido posible tomar a tiempo medidas para evitarla y no nos encontraríamos tan amenazados y desconcertados como hoy. A veces resulta triste y doloroso haber tenido razón³⁴.

Las frases datan de 1983. La crisis arreciaba. Muchos no creyeron en ella. Las advertencias del analista fueron interpretadas por algunos como hipérbolos seniles. Igual réplica esgrimían algunos intelectuales a raíz de la aparición de su libro *Golpe y Estado en Venezuela*. En realidad no un libro sino varios, ha escrito en prédica recurrente. Acicateado por el desplome doloroso del país, el escritor dedicado a su

³³ “La empresa de hacer el país”, *Obras selectas*, p. 1324.

³⁴ “Profecías de lo obvio”, *El Nacional*. Caracas, 23-3-1983, p. A-4.

trabajo narrativo, alzó la voz y asumió una posición acusadora frente al gran desastre que aumentaba. Su pensamiento retorna a la expresión patética con la cual, en 1936, había pedido “Sembrar el petróleo”. Reassume aquella lucha con el Minotauro petrolero que había desarrollado en los ensayos de 1948³⁵. Se compromete con el país, sin que nadie tenga fundamentos para acusarle de ambición política. Ese comportamiento no ha estado regido por la militancia sumisa a un partido político. Fue hombre de partido en 1940³⁶. Su amplitud ideológica la ha reconocido gente de todas las tendencias³⁷. En 1963 lanzó su nombre como candidato a la Presidencia de la República. Fue derrotado por Raúl Leoni. Lo aceptó y colaboró en el proceso pacificador del país, durante el llamado “gobierno de amplia base”³⁸. Su actitud crítica de los últimos años no es una manera oportunista de aprovechar encrucijadas para asaltar posiciones. Responde a una convicción que, a propósito de la idea sartreana de compromiso, denominó “conciencia libre”³⁹.

³⁵ *De una a otra Venezuela* nació como libro a partir de los ensayos que semanalmente publicaba en el diario *El Nacional* de Caracas.

³⁶ Entre 1936 y 1940 Uslar tuvo una actuación política destacada durante los gobiernos de Isaías Medina Angarita y Eleazar López Contreras. Se le consideró uno de los cerebros organizadores del Partido Democrático Venezolano (PDV) que dio soporte al gobierno de Medina Angarita.

³⁷ Ramón J. Velásquez juzga así la actuación política de Uslar en aquellos años:
... Arturo Uslar Pietri, ya para 1942 se ha convertido en la gran figura del régimen. A Uslar Pietri se le asigna entonces el papel de sumo inspirador de los grandes cambios de estilo en el gobierno, a tiempo que sus enemigos lo acusan de atizar la división entre los generales López Contreras y Medina Angarita. Para los ya reducidos grupos regionalistas, Uslar es antiandino y para los conservadores es un peligroso aliado de los comunistas.

Correspondan o no estos elogios y estas acusaciones a la verdad, es lo cierto que Uslar Pietri, desde Miraflores, tendió un puente entre la mayoría de los escritores, poetas y artistas y el gobierno, y abrió el camino a los representantes de la generación del año 28 que no quisieron aceptar la jefatura de Rómulo Betancourt”, “La evolución política de Venezuela en el último medio siglo”, *Venezuela moderna. (1926-1976)*. Caracas, Fundación Eugenio Mendoza, 1976, p. 44.

³⁸ Cf. Ramón J. Velásquez, *Ibíd.*, pp. 246 y ss.

³⁹ “Los hombres tenemos, fatalmente, una posición ideológica, tenemos una posición política, porque estamos frente a la política. Pero ¿cómo nos ponemos frente a eso?,

En 1958, Uslar Pietri pronuncia un discurso-inventario de nuestra literatura y la actitud del escritor venezolano frente a la realidad: “Sobre el país de las realidades, hecho por la historia, nuestros escritores han estado predicando o soñando el advenimiento de un país distinto”⁴⁰.

Esa disyunción entre el país real y el ficcional vale tanto para su obra narrativa como para la ensayística. Uslar observa el dañino alejamiento entre el intelectual y el hombre de praxis política. Una distancia que ha resultado cara al país. En su discurso agrega esta observación:

Ha habido una trágica separación entre ese país ideal de nuestras letras y el país real de nuestra historia. Mirándose con mutua desconfianza y recelo, cuando no olvidados aparentemente el uno del otro, se llegó a terribles momentos en que parecieron hablar en dos lenguas distintas, sin posibilidad de comunicación, como en aquella ocasión, casi magnífica y casi trágica, en que mientras una nación analfabeta y depauperada, al borde de la desmembración, reencendía la guerra federal y se desangraba, sin saber por qué, en los campos de batalla, Cecilio Acosta subía a la tribuna, en un salón de Caracas, a hacer el más pulcro elogio de las letras al través de la historia. No era, sin duda, un elogio de los guerrilleros, lo que Venezuela esperaba en aquel momento, pero tampoco un elogio de las bellas letras antiguas y modernas, en una hora deses-

como una conciencia libre o adquiriendo un compromiso que nos pone al servicio de... Si eso es así, el problema está en el compromiso. No en que un escritor defienda una posición revolucionaria. Perfectamente. O que un escritor defienda una posición conservadora. Perfectamente. El problema está en que, para defenderla, si pasa la barrera de adquirir un compromiso, en ese momento renuncia a ser una conciencia libre y está obligado a no decir ciertas cosas, a decir otras cosas y a convertirse, finalmente, en un propagandista. Es allí de donde surge el problema en nuestro tiempo”. Intervención grabada, en la *Semana de autor. Arturo Uslar Pietri*. Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1988, p. 29.

⁴⁰ Discurso de incorporación como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua, incluido como Apéndice en *Letras y hombres de Venezuela* con el título “Venezuela y su Literatura”. La cita en *Obras Selectas*. Caracas, EDIME, 1977, p. 987.

perada en la que el país no hallaba otra manera de expresar sus carencias y sus tensiones internas, sus hambres físicas y espirituales, sino por medio del plomo de las guerrillas⁴¹.

El debilitamiento de la conciencia crítica en el intelectual moderno asordina la voz de protesta, respetada y oída antes en momentos difíciles. Bastó que cierto ensayista norteamericano-japonés decretara con éxito editorial “la muerte de la historia”, y con ello ocasionara una estampida hacia el facilismo bajo especie pos-moderna. En Europa ocurre algo semejante⁴².

Ciertos intelectuales de nuestro continente al llegar a la consagración literaria voltearon los ojos y la espalda al compromiso ético. Usaron la palabra como escala por donde trepar sin esfuerzos. Muchos llegaron demasiado temprano. Don Julio Garmendia anotaba que por eso era preferible “no llegar, porque así se tiene siempre hacia dónde ir”. Uslar es una imagen aleccionadora. No llega para seguir andando. Ignora la fatiga para el trabajo intelectual. Uslar y Briceño Iragorry, a medida que avanzaron en edad se hicieron más implacables en sus críticas y en sus prédicas de advertencia. Ambos se inscriben en la estirpe de los escritores combativos. Son hombres faro. Se les puede leer o mirar para reencontrar rumbo, salvo indiferencia en contrario.

La tendencia banalizadora en la interpretación del momento latinoamericano ha sido una falsa puerta de salida. La trivialización de la historia ha borrado gradualmente el poder de sacudida para las conciencias. Vamos hacia el debilitamiento de nuestra capacidad analítica. Cada vez nuestras inteligencias se hacen más ineptas para pensar y hallar salidas propias. En Venezuela, tal vez por el deslumbramiento de una falsa

⁴¹ *Op. cit.*, p. 988.

⁴² Bela Köpeczi, en su ensayo citado [Nota 6] dedica un comentario a Christian Ruby, y su obra *Le champ de bataille* (1990). Señala que “... lo neomoderno no ha logrado responder a la cuestión del papel de los intelectuales. El intelectual en Europa Occidental está desilusionado, no está interesado en los problemas de la comunidad, se cierra en su especialidad” (p. 164). Tal vez por mimetismo, o empatía, ocurre igual con los intelectuales latinoamericanos insertos en el modelo posmoderno.

opulencia, la ceguera irresponsable fue más notoria. En 1986, al recibir un homenaje de las academias nacionales con motivo de sus ochenta años de edad, Uslar volvía a enfocar los grandes retos del intelectual contemporáneo. Como hombre de pensamiento, al escritor correspondería la tarea de “integrarse a ese mundo, sin perder identidad y rumbo, concebir la propia forma de nuestra modernidad dentro del futuro inmediato de la sociedad planetaria, enriquecernos mentalmente sin perder la raíz, elaborar un pensamiento que nos sirva y no nos confunda y desvíe...”⁴³.

Esa labor casi de autopsia que el ensayista cumple sobre su contexto situacional había llevado a ciertos críticos a expulsar el ensayo de la literatura. Lo lanzaron hacia la filosofía, de donde también fue exilado por falta de rigor especulativo. La construcción verbal de un nuevo modelo para nuestros países queda así encabalgado en un incómodo espacio que muchos prefieren no ocupar. Las grandes crisis exigen, por cierto, grandes esfuerzos mentales de reflexión y análisis. Ya no es tan simple importar la imagen de nosotros o modelos que tampoco nos han sacado de nuestros hundimientos crónicos. Entre otras razones porque seguimos importándolo todo. Pero nosotros no le importamos para nada a las culturas metropolitanas. También en el campo de la meditación crítica hemos vivido pagando una incesante deuda externa. Hoy pareciera llegada la hora de articular lo que Leopoldo Zea describe como un “Discurso desde la marginación y la barbarie”. Más allá del desafío tecnológico está el apremio de fortalecer las conciencias críticas. En una autopista cibernética corren juntos pero no valen igual la venta de mercancías –entre las cuales está el propio ser humano–, la promoción sexual de la imagen *play-boy* y sus ambivalencias actuales, el discurso levantisco del indio o el texto impecable de Jorge Luis Borges. Un canal de computación se puebla lo mismo con propaganda de supermercado que con grandes ideas. Las últimas exigen talento. En uno y otro caso la *inteligencia* humana está detrás de la pantalla del monitor. Sólo que los fines éticos son contrapuestos. ¿Tampoco sobrevivirá una red futura llamada *intelinet*?

⁴³ “Una conciencia nacional. Discurso pronunciado el 10 de junio de 1986”, *Letras y hombres en Venezuela*. 3ª ed. Caracas, Monte Ávila, 1995; la cita en p. 300

Un país no se construye con palabras. Pero éstas ayudan a definirlo y perfilarlo, sobre todo si van cargadas de ideas despertadoras del letargo y la depresión colectivos. En una de sus urticantes meditaciones escribe don Alfonso Reyes:

El escritor, que sólo tiene que habérselas con papel y pluma, corre con más libertad en pos de sus creaciones; la transformación social se opera en su cabeza y, desde su mesa de trabajo o en tertulia con sus colegas, arregla alegremente el mundo en un parpadeo. Su acto llega hasta donde alcanza su talento. No es un mero juego: pensar seriamente una utopía política gasta, más o menos, las mismas energías que cuesta levantar una pirámide egipcia o mexicana. Lo que hay es que el pensamiento trabaja aquí con su propia y unificada sustancia, tiene asegurada la circulación, y toda la energía empleada se aprovecha. No es tampoco un dulce pasatiempo: los que escriben utopías políticas suelen pagarlo con su vida. Pero, en todo caso, el político, que maneja la más compleja de las realidades, aquella en que todas las otras se resumen –la realidad social–, se enreda, da traspies, y de cuando en vez se viene abajo con partido y con plataforma: así Palinuro se fue al agua, llevándose consigo el timón y parte de la popa⁴⁴.

La lucidez reflexiva de Arturo Usler Pietri respalda su conducta. Ambas le dan autoridad moral. Le permiten ser escuchado aun por sus detractores. Tener autoridad moral para el reclamo es a veces más importante que tener poder. Quien tiene autoridad moral dispone de un arma: el valor persuasivo. Salva en los momentos más adversos. A veces el poder hace callar. Elías Canetti afirma que “El silencio aísla: quien calla está más solo que los que hablan. Así se le atribuye el poder de la singularidad. El es el guardián del tesoro y el tesoro está dentro de él”⁴⁵.

⁴⁴ “Atenea política”, *Alfonso Reyes. Ensayos*. Selec. y pról. de Roberto Fernández Retamar. La Habana, Casa de las Américas, 1972, pp. 142-143.

⁴⁵ *Masa y poder*. Barcelona, España, Muchnik Editores, 1982, p. 290.

Uslar ha tenido la capacidad de saber hablar en el momento justo. Con palabra no exenta de vehemencia, sin ensañarse. Son sesenta años, de 1936 a 1996 en que no ha cesado de fulminar los errores históricos de nuestra vida política. Se puede disentir de sus opiniones, pero cuesta negar su valentía. Tiene estatura interior para ver claro más allá de los desconciertos. Por sobre la amistad que los une, Uslar le ha dicho verdades duras al presidente Rafael Caldera, sin considerarse un “adversario”. El Presidente, en homenaje ofrecido al escritor con motivo de sus noventa años de edad, con gallardía que lo honra en la manera de honrar, manifestó: “es un honor tener un crítico de la talla moral e intelectual de Arturo Uslar Pietri”.

Si Pardo es artífice histórico de la utopía y Antonia sacerdotisa de una palabra joven, Uslar es intérprete de una conciencia colectiva. Hace poco, en una reflexión sobre el ensayo, un joven pensador argentino-mexicano, Horacio Cerutti pregunta “¿Sería excesivo afirmar que por la voz del ensayista se expresan los sin voz de los suyos?”⁴⁶. En la ensayística de Arturo Uslar Pietri la Venezuela sin voz pudiera elevar su protesta y recuperar una pertenencia a veces olvidada, curiosa energía, raro mineral en vías de extinción: la dignidad.

⁴⁶ “Hipótesis para una teoría del ensayo”, *El ensayo en nuestra América. Para una reconceptualización*. México, UNAM, 1993, I, p. 17

**CRÍTICA E INVESTIGACIÓN LITERARIAS
EN VENEZUELA.
EXPERIENCIA Y TESTIMONIO***

*A la memoria
de José Santos Urriola
e Iraset Páez Urdaneta.*

“Hay culturas que mueren –como la romana de los últimos días del paganismo– porque carecieron de decisión para mirar los hechos nuevos, porque cerradas en el prejuicio escolar y el trabajo formalista de una tradición que les parecía eterna, no advirtieron que al lado suyo, inmensas multitudes estaban clamando y sintiendo de diferente manera”.

Mariano Picón Salas. “Profecía de la palabra”.

1. Oficio de testigo

Pasé por las aulas de la Universidad Simón Bolívar a enseñar en el Post-Grado de Literatura Latinoamericana. Eso me animó a hablar en familia, en tono más personal del que acostumbro, cuando algunos amigos del Departamento de Lengua y Literatura me pidieron intervenir en la clausura de estas deliberaciones sobre la investigación literaria en Venezuela, organizadas con motivo del 25 aniversario de la fundación de la Universidad.

La vida individual está ligada a la de ciertas instituciones. Uno las ve madurar como testigo. Evocarlas es, en cierto modo, recordar en voz alta. Tarea autobiográfica, el yo busca emboscarse en un nosotros, im-

* Palabras leídas el 8 de junio de 1995, en la clausura del Simposio sobre investigación literaria organizado por la Universidad Simón Bolívar. Fechado en Boconó-Caracas, junio de 1995.

puesto por la costumbre o el pudor de ser menos egocéntricos. En todo caso, el propósito no es apropiarse las experiencias institucionales para incorporarlas al patrimonio de lo que una gran amiga argentino-mexicana designa como la *egoteca personal* edificada con diplomas, títulos honoríficos, medallas de buena conducta bajo forma de condecoraciones y hasta estampitas de primera comunión. Al final, la desmemoriada posteridad, siempre ingrata, olvida por igual a los cultivadores de protagonismo y al más anónimo de los artesanos.

2. Tiempos de inconformismo

El país donde estudié mi carrera (1952-56) padecía la dictadura de Pérez Jiménez (1951-1958). En el Instituto Pedagógico de Caracas, formé parte de una promoción de inconformes. Nos rebelábamos contra un saber repetitivo y muerto, campante en el medio intelectual. Luchábamos contra una concepción feudal de las investigaciones, amuralladas en pequeños círculos académicos, detentadas por “oligarquías de ingenios”, como las llamó alguna vez Picón Salas¹.

Buscábamos *un método*, como quien pretende la piedra filosofal de la crítica literaria. Los métodos vigentes en la crítica y la historia literarias iban orientados hacia el impresionismo, la biografía, supervivencias del historicismo positivista aprendido de Hipólito Taine. La estilística, practicada por Ulrich Leo desde los años treinta halló escasos

¹ “No siempre las formas más altas de la cultura o los organismos que las administran, se ponen a tono con las necesidades colectivas ni tratan de expresar y adaptar la nueva circunstancia, la nueva urgencia que está naciendo. Cuando las masas piden pan resulta inoportuno, por lo menos, ofrecerles una ración de puro espíritu. Y nada se logra escribiendo discursos o tratados elegíacos sobre el hombre masa, sobre la vulgaridad de las multitudes, si no contribuimos a solucionar el conflicto tan contemporáneo, entre cultura y colectividad. Tal colisión no existió en otras épocas, porque los bienes del espíritu se transmitían casi esotéricamente, entre una oligarquía de ingenios como aquellos humanistas del Renacimiento que cambiaban entre sí cartas latinas, subrayando la rebuscada belleza de una lengua muerta, para que su mensaje no se manoseara en el tráfico de lo cotidiano”, M. Picón Salas, “Sociología y Antropología”, *Obras selectas*. 2ª ed. Caracas, EDIME, 1962, p. 1.264.

seguidores. Intentábamos un camino para comprender mejor la Literatura. Leíamos con avidez de hambrientos. Recuerdo esas vigiliadas de libros leídos en plazas públicas con Miguel Ángel Correa, Manuel Bermúdez y Oscar Pirrongelli, un compañero ciego que no sólo escuchaba sino traducía al Braille las pesadas indagaciones librescas que nos agobiaban en vísperas de exámenes, o los nuevos testamentos del saber literario, comentados en los corredores del viejo edificio de El Paraíso con Tito Balza, Elena Vera, José Joaquín Burgos, Ramón Palomares, Maximiliano Guevara y algunos más. Por inconformismo nos sentíamos discípulos de un personaje que encarnaba una epopeya satírica de la China medioeval, escrita por Wu-cheng-En. El personaje, incubado en un inmenso huevo de piedra, se llamaba Mono. Y su maestro lo bautizó con el epíteto de “Sabedor de vacuidades”. Era la forma de escarnecer a cierto profesor de Fonética, quien utilizaba las horas de su clase para hacer la apología del generalísimo Franco.

Oíamos al profesor Edoardo Crema, primero deslumbrados, luego escépticos. Deslumbrados por su erudición. Escépticos por una metodología que no terminaba de convencernos. Respetamos pero no compartimos su adhesión inflexible a unos principios estéticos cuya semejanza con Benedetto Croce él negaba de manera enfática. El profesor Crema, excelente lector, dramatizaba sus clases. Nos indujo a la lectura directa de las obras. En ello distaba de la mayoría, apegada a la repetición de los manuales de historia literaria. Escuchábamos asombrados la precisión matemática con que Guillermo Pérez Enciso desarrollaba sus clases de Psicología y en los recesos nos recomendaba leer la *Organización del trabajo intelectual* de Chavigny.

La atmósfera de aquel Instituto se completaba en las charlas de los largos corredores: remembranzas del geólogo José Royo Gómez sobre los instantes finales de Antonio Machado en Collioure; el soliloquio de susurros que eran las exposiciones filosóficas del maestro García Bacca, cuyos contenidos ninguno de nosotros asimiló plenamente pero todos admirábamos al suave maestro que deambulaba meditando por los pasillos. Por último, la estridencia contrastante de Luis Beltrán Guerrero. Llegaba a las siete de la mañana escandiendo a gritos, en divertida

pronunciación “restituta” –tan malsonante– los primeros versos de *La Eneida* en latín:

*Arma virumque cano,
Troia qui primus averunt
Italiam contra
Tiberinaquae longae.*

No entendíamos casi nada pero resonaba muy bien en el eco de los grandes patios de los lunes en ayunas. Por lo demás, en los recesos era el auténtico Maestro de envidiable memoria y amplísima erudición sobre la cultura venezolana, latinoamericana, universal. Tras su figura estrafalaria encarnaba un humanista de estirpe.

Tuvimos buenos maestros, otros medianos, como en cualquier institución de cualquier parte. Sólo que uno recuerda los extremos. La inconformidad estaba en nosotros. Lo importante era convertirla en disciplina de estudio. Teníamos vocación de trabajo. Faltaba *el método*, convertido por algunos sumos sacerdotes del saber en mito obsesivo. La estilística de los dos Alonso nos parecía insuficiente, como el relacionismo estético del maestro Edoardo Crema que el profesor Escalona Escalona nos obligaba a memorizar, término a término, cual dogma de fe grabado en su catecismo de Teoría Literaria. A modo de anécdota, devorábamos libros y con ellos –como Aldo Pellegrini– contribuíamos a la confusión general. Dámaso Alonso –empeinado en demostrar la diafanidad de Góngora– se turnaba en nuestras manos con Amado Alonso, quien hacía algo semejante con los poemas de Pablo Neruda, dentro de la perspectiva de una estilística románica de la Escuela española. Wolfgang Kayser apuntaba hacia la Ciencia Literaria alemana, divulgada antes por Ermatinger en *Filosofía de la ciencia literaria* (1946)². Carlos Bousoño, Middleton Murry, J. Pfeiffer, Edward Sapir,

² Raúl Bueno Chávez, en un ensayo “sobre la tradición en la crítica literaria”, hace una observación retrospectiva que guarda analogía con nuestra actitud de los años cincuenta: “El dominio de la metodología hermenéutica de Wolfgang Kayser, efectivo en nuestro medio a comienzos de la década del 60, y en general el dominio del análisis

Herbert Read señalaban otras compuertas por donde asomarnos a la interpretación y el análisis de los textos. Roger Garaudy, el de *Humanismo marxista* y Georgi Lukács el de *El asalto a la razón*, Henry Lefebvre, Héctor Agosti, teóricos del realismo socialista, no satisfacían nuestras expectativas de una estética marxista. No fuimos inmunes a esa posición dogmática. La *Teoría literaria* de René Wellek y Austin Warren nos mostraba rendijas de una nueva crítica en cuyos cimientos se hallaba la escuela de Praga y su Círculo Lingüístico. Aún era temprano para leerlos desde esa perspectiva, aclarada por el mismo Wellek en otro libro editado años después por Rafael Di Prisco, donde el teórico informaba sobre el formalismo ruso y la nueva crítica norteamericana³.

Arremetíamos contra todo cuanto salía impreso por la Editorial Gredos, los Breviarios del Fondo de Cultura Económica, los volúmenes de la Colección de Lenguaje y Literatura de la misma editora mexicana: Highet, Albert Beguin, Marcel Raymond, Erich Auerbach. Alguna vez cayó en nuestras manos un Eliot enristrado contra los críticos.

3. Provocación de la lectura

En cierto libro, *La imaginación sociológica* (1959) escrito por C. Wright Mills, leí una descripción del trabajo intelectual. Su primera traducción al español circuló en 1961. En el Apéndice “Sobre artesanía intelectual”, el autor precisaba:

lingüístico de cuño alemán (con todo el crédito científico que se otorgó a sus resultados por el hecho de cifrarse en la objetividad, en la inmanencia textual y en la entonces ya prestigiada y rigurosa ciencia lingüística) impuso en muchos un mirar con desdén todas aquellas expresiones de las críticas precedentes que se encuentran perturbadas por los enfoques contextuales (historia, biografía, ideología, sociedad, etc.). Eso hizo también que algunas estilísticas, como la de Amado Alonso fueran rechazadas con prontitud (no obstante ello, la de Amado Alonso ha tenido una relativa fortuna y un influjo sensible en nuestro medio) por cifrarse en un criterio que trasciende el marco (seguro, reconfortante) de lo que es el texto en sí y por englobar la intencionalidad del autor y el efecto que éste con su obra provoca en el lector”, *La actual crítica literaria hispanoamericana*, p. 57 (V. nota 18).

³ *Conceptos de crítica literaria*. Caracas, Edics. de la Biblioteca de la UCV, 1967.

El trabajo intelectual es la elección de un tipo de vida tanto como de una carrera; sépalo o no, el trabajador intelectual forma su propio yo a medida que trabaja por perfeccionarse en el oficio; para realizar sus propias potencialidades y aprovechar las oportunidades que se ofrezcan en su camino, forma un carácter que tiene como núcleo las cualidades del buen trabajador⁴.

Cuando leí aquella reflexión, eran días de euforia en todo el Continente. La Revolución Cubana nos había contagiado entusiasmo infantil por la construcción del socialismo. Nos sentíamos en la antesala del poder que alguien había ordenado tomar por cualquier vía.

Mills había escrito un pequeño volumen: *Escucha, yanqui*, análisis testimonial del proceso cubano. Proyectó e hizo célebre a su autor en toda América. En cierta forma, haberlo escrito le costó la vida. Por su lectura llegamos a otras obras suyas.

La obra de Wright Mills desmontó “La gran teoría”. Dibujó sus solemnes postulados en una caricatura demoledora de la recepción que los investigadores sociales hacen de ella. El planteamiento era éste:

1. - La primera recepción es la de quienes perciben la gran teoría como “uno de los mayores avances en toda la historia de la ciencia social”.
2. - El segundo grupo es el de quienes “pretenden entenderlo, pero a quienes no les gusta, es un tosco trabajo de pesadez impertinente”.
3. - A los que no pretenden entenderlo “... y a quienes no les gusta –si es que tienen el valor de sus convicciones– les parecerá que, verdaderamente, el emperador va desnudo”.
4. - Por último están muchos “que suavizan sus opiniones, y muchos más que permanecen pacientemente neutrales, esperando

⁴ C. Wright Mills. *La imaginación sociológica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 206.

a ver qué éxito profesional tiene, si es que tiene alguno. Y aunque es quizás una idea espantosa, muchos investigadores no saben nada de ello, salvo que es cosa de la que se habla mucho”⁵.

Este desmontaje despiadado hoy podría proyectarse sobre el vertiginoso sucederse de teorías y métodos críticos, que desde la estilística y el formalismo ruso hasta las semióticas, la teoría de la recepción, la genética del texto, la sociocrítica de la lectura y los deconstruccionismos postmodernos de Jacques Derrida, De Man, Hartman y otros seguidores han desfilado en una pantalla virtual de lo que el antropólogo norteamericano Jules Henry, caracterizó como “obsolescencia dinámica”⁶. Principio generado por la sociedad post-industrial para las esferas del objeto-mercancía, incluye los objetos artísticos, los ideológicos de las teorías y hasta las conciencias cosificadas de ciertos intelectuales bien vendidos como imágenes, pero tan desgastables y autodestructibles como el parabrisas de cualquier automóvil que estalla frente a la cara del conductor. No escapa a ella tampoco la aterosclerosis de los métodos absolutos.

Semejante crítica del apego a una “gran teoría” o un método único, nos hizo entender que la experiencia y el trabajo disciplinado, la reflexión y el asumir con seriedad responsable menos solemne el oficio, era lo más importante. Comprendimos que el método, bien elegido y aplicado, va adaptándose al propósito que uno aspira demostrar sin forzar la dignidad del texto. Su dinámica lo hace percedero como toda especulación intelectual. Lo demás es el riesgo de la indagación. Amado Alonso desde su posición estilística nos explicaba que “Al elevar a ciencia la crítica literaria se consigue que cada investigador parta del punto a que los anteriores habían llegado. Hay un avance, un acumulación de enseñanzas, una carrera de relevos. Se ha evitado que cada crítico –genial o discreto– tenga que recomenzar”⁷. Aquella lección de

⁵ “La gran teoría”, *op. cit.*, p. 45.

⁶ Cf. *La cultura contra el hombre*. México, Siglo XXI, (varias edics.).

amplitud entraba en colisión abierta con las cerradas imposiciones de la formación académica a la que estábamos atados por tradición. Mucho más que la intoxicación libresca mal asimilada o la palabrería ornamental de cierta crítica laudatoria, comenzó a preocuparnos desde entonces la reflexión en torno a la lectura y el respeto interpretativo que, según Todorov, forma parte del sistema ideológico de cada crítico, así como la descripción y el análisis forman parte del sistema del texto⁸. Eso –por supuesto– lo comprendimos mucho después, cuando en algún trabajo del semiólogo ruso-francés, volvimos a encontrar la categoría triple del método exegético leído tiempo antes en un ensayo de Alfonso Reyes. A propósito de la Ciencia Literaria, escribió el maestro mexicano: “Si la literatura es, pues, el objeto de la Ciencia de la Literatura, ésta, en cuanto a su modo, es una disciplina de descripción, análisis e interpretación”⁹.

4. El camino incierto

El otro escollo era dónde y cómo hacerse investigador. A comienzos de los años sesenta prácticamente no había en Venezuela centros de investigación literaria abiertos a los egresados de la educación superior¹⁰. Excepciones fueron el Instituto de Estudios Hispanoamericanos

⁷ Estas frases, leídas alguna vez en el Instituto de Filología “Andrés Bello”, entre los libros personales de don Ángel Rosenblat, por azar las encuentro ahora citadas en un párrafo en Alfonso Reyes: “La Ciencia de la Literatura”. *Ensayos*. Selec. y pról. de Roberto Fernández Retamar. La Habana, Casa de las Américas, 1972, p. 275. Reyes refiere la cita de Amado Alonso al “Propósito” de la *Colección de estudios estilísticos*. Buenos Aires, 1932, I.

⁸ Cf. “Las categorías del relato literario”, *Análisis estructural del relato*. R. Barthes y otros. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972.

⁹ “La Ciencia de la Literatura” (1948), *Ensayos*, (1972) p. 278.

¹⁰ No era una circunstancia exclusiva de Venezuela. El filósofo argentino Rizieri Frondizi escribía en 1956, a propósito de la Universidad argentina: “La primera misión de la universidad se refiere, pues, a la conservación del saber. La segunda a su incremento. La cultura no puede conservarse en un frasco de formol: para sobrevivir tiene que recibir constante aliento creador. De ahí la importancia de la llamada investigación científica, en la que incluimos todas las formas de creación

fundado por Mariano Picón Salas casi como un nombre eufónico. Luego desarrollado por Eduardo Arcila Farías y convertido en buen recinto para la investigación en Ciencias Sociales. El de Filología “Andrés Bello”, fundado por don Ángel Rosenblat (discípulo de los Alonso), el primero en explicar la Lingüística de Saussure en Venezuela, dentro de sus cátedras de la Facultad de Humanidades de la Universidad Central¹¹. En el Instituto de Filología “Andrés Bello” trabajaron con él y aprendieron el rigor crítico dentro de perspectivas filológicas y estilísticas, por lo menos cinco investigadores: dos orientadas hacia el estudio lingüístico: Aura Gómez y María Teresa Rojas. Tres a la crítica y la investigación literarias: Rafael Osuna Ruiz, Orlando Araujo y José Santos Urriola. De allí nacieron dos monografías importantes: *Lengua y creación en la obra de Rómulo Gallegos*, de Orlando Araujo y *La elaboración costumbrista en Peonía*, de Rafael Osuna. Ellos, al lado de don Ángel, iniciaron el Diccionario de venezolanismos, inédito a la muerte del maestro. Con posterioridad, en la Facultad de Humanidades de la Universidad Central nació un Centro de Estudios Literarios fundado por José Fabbiani Ruiz y Pedro Beroes. Allí –hasta donde recuerdo– realizaron trabajos de investigación Gustavo Luis Carrera, Efraín Subero, Oswaldo Larrazábal y algunos más¹².

La otra experiencia fue la Comisión Editora de las *Obras Completas* de Andrés Bello, donde las lecciones de don Pedro Grases sembraron

cultural”. Párrafo adelante agregaba: “La universidad que no investiga se transforma en institución parasitaria: tiene que vivir a expensas de las demás instituciones del mundo, a la espera incesante del correo”, “La universidad y sus misiones”, *Revista Comentario* (Buenos Aires), 4:13, (1956). Reproducido con el mismo título *La universidad y sus misiones*. San Cristóbal (Venezuela), Cuadernos de la Universidad (Serie Temas universitarios N° 1), 1968.

¹¹ En discurso para recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Central de Venezuela, el profesor Rosenblat evoca su llegada a Venezuela y la Fundación en 1947 del Instituto de Filología Andrés Bello. Cf. “El verdadero maestro es un eterno aprendiz”. Separata de *Cultura Universitaria* (Caracas), N° 100 (1973).

¹² En este Centro fueron producidas dos fuentes documentales muy útiles: las cronologías del cuento y la novela en Venezuela. Carrera hizo una relectura de Fermín Toro. Larrazábal investigó y aportó contribuciones muy útiles a la historia de la novela venezolana del siglo XIX.

inquietud por el trabajo documental y analítico en Oscar Sambrano Urdaneta, Rafael Di Prisco, Carmen Mannarino y de nuevo el irrepetible José Santos Urriola.

Los repertorios bibliográficos de la Biblioteca Nacional eran anacrónicos. Entonces ¿qué podía lograrse como no fuera engrosar las filas de aquellos a quienes Luis Correa había llamado *los inacabados* venezolanos? La solución no era pasar la vida repitiendo en el aula apuntes sobre ideas extraídas de bibliografías que los viejos profesores no revelaban¹³.

El concepto de estudios de post-grado no existía en las universidades, al menos en el campo humanístico. La ley de universidades no los contemplaba. Permitía los “doctorados de papel”, derecho adquirido para ascender en el escalafón; reivindicación defendida por las asociaciones gremiales, casi bajo el lema de “mueran los estudios de

¹³ El Prof. Grases tuvo la valentía de denunciar la práctica del libro oculto de muchos docentes: “Otra forma de trabajo universitario en vía de ensayo, que cae en las mismas consideraciones metodológicas, a que me estoy refiriendo, es la de los seminarios, que por lo general han dado escasos resultados en los países de habla hispánica porque la tarea de seminario exige además una extraordinaria generosidad por parte de quienes están dedicados a la enseñanza: la de entregar sus propias armas. En mi época de estudiante, algo lejana ya, recuerdo siempre que terminada alguna de estas clases oratorias, nos acercábamos, si podíamos llegar al profesor, a preguntarle qué libro había manejado. Les debo confesar que nunca supimos cuáles eran las fuentes que había utilizado. Jamás recibimos información acerca de cuál era la fuente a la que deberíamos recurrir para completar, verificar, rectificar o ratificar el concepto, la enseñanza o la explicación que habíamos oído. Era instrumento que se manejaba a escondidas, sistemáticamente escamoteado. Es dramático el contraste tremendo que hay entre la idea del maestro con todo lo que significa este escamoteo. En el fondo es simple falta de generosidad espiritual, debida a inseguridad en el conocimiento. ¿qué diferencia con el método de poner sobre la mesa el material de trabajo completo para que cualquiera pueda aprovecharlo y cualquiera pueda interrogar al propio profesor! Cuando se es maestro, con la humildad que dan los conocimientos, debe soportarse una pregunta ante la cual se deba decir: “yo no sé tanto como para contestar ahora”, sea porque se haya documentado más el estudiante, sea por enfrentarse a una cuestión intrincada. Ello no significa en absoluto ningún desdoro”, “La investigación humanística en Venezuela”, conferencia dictada en el Instituto Humboldt en 1965, puede leerse en *Escritos selectos* Caracas, Biblioteca Ayacucho, N° 144, 1989, pp. 456-466. La cita en p. 458.

post-grado”, ante cuya simple mención, ciertos añorantes de Millán Astray hubieran deseado empuñar el revólver, o revolver las cosas para impedir su implantación. Es decir, bastaba conseguirse un tutor, casi siempre un amigo no muy exigente, redactar un trabajo que fungiera como tesis y ya se doctoraba el aspirante sin que mediara estudio alguno. En casos excepcionales existía un Seminario para la elaboración de la Tesis. Segundo Serrano Poncela dirigió uno en la Escuela de Letras de la Universidad Central¹⁴.

El investigador literario o social era un solitario que trabajaba en aislamiento casi absoluto y pertenecía aun contra su voluntad a la rara especie de la “Oligarquía de ingenios” ya aludida¹⁵. Algunos habían tenido el privilegio de formarse en el exterior, por vocación de estudio o durante exilios más o menos voluntarios, más o menos políticos. Eran reyes semituertos en un país de ciegos.

El libro de Mills contagiaba su rebeldía expuesta en frases lapidarias. Su vigencia no se ha perdido. En primer término la idea de que “la Literatura se ha convertido en un arte secundario” bajo el empuje de la cultura de masas y por la incapacidad para competir con los grandes dramas sociales de la contemporaneidad. El sociólogo norteamericano interrogaba así:

¿Qué novela, qué periodismo, qué esfuerzo artístico puede competir con la realidad histórica y los hechos políticos de nuestro tiempo? ¿Qué visión dramática del infierno puede competir con los

¹⁴ En las propuestas de renovación universitaria presentadas por Darcy Ribeyro en 1968 a las universidades Central y de Los Andes, se establecía el requisito de cursar la Maestría para ascender a Profesor Asistente; y un Doctorado, para obtener el rango escalafonario de Profesor Titular. En el segundo caso procuraba superar el simple requisito de la tesis para doctorarse. Cf. *Conceptos fundamentales de la renovación universitaria*. Mérida, Universidad de Los Andes, 1969.

¹⁵ Rizieri Frondizi, afirmaba respecto de Argentina, donde había sido Rector universitario: “A pesar de todo, en nuestras universidades no se investiga salvo casos excepcionales de hombres aislados, que se sostienen con su propio esfuerzo. No sólo no se investiga, sino que tampoco se alienta la formación del espíritu necesario para el desarrollo de la ciencia”, *op. cit.*, p. 8.

acontecimientos de la guerra del siglo XX? ¿Qué acusaciones morales pueden afectar a la insensibilidad de los hombres en la agonía de la acumulación primaria?¹⁶.

Esa falta de respuesta a las grandes cuestiones de la realidad concreta era el comienzo de una banalización o *carnabanalización* de la literatura y de cierta crítica que la acompañaba con la lectura más o menos detenida –no siempre comprendida– de Goldmann, Barthes, Benjamin, Adorno, cuando no de un Lukács erigido por sus exegetas en autoridad marxista a partir de libros premarxistas como *Teoría de la novela* y *El alma y las formas*¹⁷.

El gran desconcierto –enseñaba Mills– no estaba en el campo estrictamente literario o cultural sino en el derrumbe indetenible de los grandes sistemas monolíticos cuyo desplome él veía con intuición profética y denunciaba en otros libros tan cuestionadores como *La élite del poder* o *Las causas de la tercera guerra*. Y quizás la pérdida de asideros en verdades erigidas como dogmas universales iba conduciendo gradualmente a dos problemas que delineaban la dramaticidad de nuestro tiempo:

El nuestro es un tiempo de malestar e indiferencia, pero aún no formulados de manera que permitan el trabajo de la razón y el

¹⁶ “La promesa”, *La imaginación sociológica*, p. 36

¹⁷ Un panorama de cuanto despuntaba en las investigaciones y la crítica literaria en América Latina hasta finales de los 70, puede leerse en la excelente compilación de Nelson Osorio: *La actual crítica literaria hispanoamericana*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Escuela de Letras, Departamento de Teoría de la Literatura, 1985. Reproduce trabajos de Enrique Anderson Imbert, Raúl Bueno Chávez, Roberto Fernández Retamar, Nelson Osorio, Noe Jitrik, José Antonio Portuondo, Antonio Cornejo Polar, Hugo Achugar, Desiderio Navarro, Domingo Miliani, Ángel Rama, Beatriz González, Alejandro Losada, Luis Iñigo Madrigal y Rafael Gutiérrez Girardot. Cf. también: Alberto Garrandés y José Luis Arcos; comps., *Teoría de la crítica y el ensayo en Hispanoamérica*. La Habana: Edit. Academia, 1990. Incluye textos de Guillermo de Torre, Antonio Alatorre, Carlos Rincón, José Juan Arrom y Jaime Concha, Raúl Bueno Chávez, Alejandro Losada, Gladys C. Marín, Graciela N. Ricci, Norma Pérez Martín, Jorge Eliécer Ruiz y José Luis Gómez Martínez.

juego de la sensibilidad. En lugar de inquietudes –definidas en relación con valores y amenazas–, hay con frecuencia la calamidad de un malestar vago; en vez de problemas explícitos, nada marcha bien. No se ha dicho cuáles son los valores amenazados ni qué es lo que los amenaza; en suma, no han sido llevados a puntos de decisión. Mucho menos han sido formulados como problemas de la ciencia social¹⁸.

Aquel pesimismo –que pervive con mayor acidez en nuestro presente–, para nosotros hallaba raíces objetivas en la realidad de nuestro país de aquellos días, estrecho espacio para el ejercicio intelectual de la investigación.

5. Un maestro

Tuve la fortuna de encontrar y frecuentar un tipo de maestro cuya alegría y sentido del humor coexistían con la rigurosa disciplina de trabajador intelectual: don Pedro Grases. Por sugerencia del profesor Luis Beltrán Guerrero hice mi pasantía por la biblioteca de la Universidad Central de Venezuela (1953-1955) como empleado auxiliar de canje. Disfruté y aproveché sus repertorios, ricos en revistas latinoamericanas¹⁹.

En la Escuela de Bibliotecología de la misma Universidad escuché a don Pedro Grases. Estaba rompiendo la tradición altisonante de la pedagogía oratoria. La reemplazaba por el trabajo artesanal de la Bibliografía, de la documentación, de la consulta de referencias y la elemental elaboración de fichas que soportaran el trabajo posterior. Combatía el facilismo de ciertos “ensayistas” que revoloteaban por los

¹⁸ *Ibid.*, p. 31.

¹⁹ Colecciones bastante completas de *Atenea*, *Cursos y conferencias*, *Revista Interamericana de Bibliografía*, *Revista Hispánica Moderna*, *Cuadernos Americanos*, *Revista iberoamericana*, *América* (de Colombia), *Repertorio americano*, *Revista Nacional* (de Montevideo); *Sur* (de Buenos Aires). Aquella biblioteca era el único lugar donde entonces podía ser consultado el *Handbook of Latin American Studies*, fundado por Lewis Hanke en la Universidad de Texas (Austin).

problemas intelectuales sin apoyo documental. Esas ideas las expuso don Pedro en su memorable conferencia. Hoy debería ser lectura insoslayable para quien aspire dedicarse a la investigación literaria²⁰.

Trabajé guiado por Grases durante dos años en la Academia Nacional de la Historia (1960-1961). Él coordinaba dos reuniones internacionales organizadas con motivo de los sesquicentenarios del 19 de abril de 1810 y el 5 de julio de 1811. La lección mayor fue entender el oficio de la investigación sobre unos postulados que le he escuchado repetir y escribir invariablemente: “el trabajo lento, sin prisa pero sin pausa”, por contraste con el *triunfo fácil* tan dilecto de quienes aspiran llegar rápido sin esfuerzo y desplomarse pronto sin remedio. En segundo término los denominados por él tres signos del saber: 1) la humildad; 2) el propio respeto y 3) La discreción²¹. De aquel tiempo viene mi admiración y la gratitud con el maestro cuya amistad prevalece.

Esos congresos permitieron escuchar a investigadores y estudiosos de Europa y América Latina²². Fue la toma de conciencia con un latinoamericanismo que existía como práctica sistemática más allá de nuestras fronteras, pero hacia el cual habíamos permanecido de espaldas²³.

²⁰ “La investigación humanística...”, *op. cit.*

²¹ Esas ideas las fijó don Pedro bajo el título de “Palabras en un Coloquio de Humanidades” (1955). Le escuché su lectura en la Universidad Santa María, recién fundada por la educadora Lola de Fuenmayor, dentro de unas reuniones organizadas con el nombre de “Actualidad y porvenir de las profesiones”. Lo incluyó en su libro *Gremio de discretos* (1958). Puede consultarse en *Escritos selectos*. ed. cit., pp. 451-455.

²² Magnus Mörner, del Instituto Iberoamericano de Estocolmo; Arturo Ardao, de Uruguay; Ricardo Donoso, de Chile; Jaime Jaramillo Uribe, de Colombia; Daniel Valcárcel (especialista en Túpac Amaru), de Perú; Hans Karl Schneider (estudioso de Humboldt) del Instituto Iberoamericano de Hamburgo; John Street, de Fitzwilliam College (Cambridge, Inglaterra); Ernesto de la Torre Villar y Silvio Zavala, de México; los venezolanos Germán Carrera Damas, Guillermo Morón, Ramón Díaz Sánchez, Tomás Polanco Alcántara, Carlos Felice Cardot, Mario Briceño Perozo, Manuel Pérez Vila, entre muchos más.

²³ A comienzos de siglo, algunos positivistas como Julio César Salas, se contaron entre los fundadores de la Sociedad Internacional de americanistas. En cambio para 1960 había en Venezuela un solo miembro del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana: Pedro Grases.

6. Lecciones mexicanas

En 1962 decidí marcharme a México. Quería formarme en la disciplina de un post-grado. El país en sí fue un conglomerado de lecciones. La vida cultural mexicana enseña a mirar con angustia, como algo personal, los problemas latinoamericanos. Desde los tiempos del Ateneo de la Juventud (1909) con Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes fueron preocupación permanente para los estudiosos de ese gran pueblo. Dentro de tal marco el Continente se veía con mayor nitidez. Resaltaban las grandes carencias intelectuales de nuestro país venezolano, aislado por su autosuficiencia, engreído con su ostentación saudita, proclive al derroche y a la irresponsabilidad crónica, con dinero suficiente “para sobornar la historia” tal nos describió, en un momento de humor, Darcy Ribeiro. El contraste entre la investigación humanística venezolana –individualista, de carácter casi iniciático– y la mexicana, democratizada y amplia, era muy grande. En el Colegio de México y en la Universidad Nacional Autónoma la investigación estaba profesionalizada y enmarcaba los estudios en un sistema evaluativo basado en la indagación personal y en el trabajo de equipo²⁴. Otras veces fueron los invitados que de todas partes llegaban al Colegio de México²⁵. O el

²⁴ En la Facultad de Filosofía y Letras, por los años sesenta fueron imborrables las enseñanzas de maestros mexicanos como Leopoldo Zea (Director del Seminario de Historia de las ideas en América), Miguel León Portilla (continuador del Pbro. Ángel María Garibay en el Seminario de Cultura Náhuatl), Francisco Monterde, Agustín Yáñez (Director de un Taller de Creación Literaria donde intervenían como invitados escritores mexicanos importantes: Arreola, Rulfo, Valadés entre otros), Antonio Alatorre (especialista en los siglos de oro españoles, Director de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*), María del Carmen Millán (especialista en Literatura Mexicana, Directora del Centro de Estudios Literarios “Julio Jiménez Rueda” y después de la Escuela de Letras), Ernesto Mejía Sánchez (poeta nicaragüense, especialista en Rubén Darío y el Modernismo), Sergio Fernández (Profesor de Teoría Literaria, Director del Seminario de Tesis doctorales) y las de exiliados ejemplares llegados de España para fundar escuela de poesía o reflexión sistemática: José Gaos, Wenceslao Roces, Adolfo Sánchez Vásquez, Luis Riu.

²⁵ Recuerdo haber escuchado los cursos de Noel Salomón y Emir Rodríguez Monegal, así como las conferencias de Marcel Bataillon sobre Carrió de la Vandra y el *Lazarillo*

paso vertiginoso de pensadores y escritores por las salas de clases y los auditorios de la Universidad donde podían oírse sus conferencias; esas imágenes se hicieron imborrables²⁶.

La razón de aquella confluencia extraordinaria era, a más de la hospitalidad mexicana, producto de una actitud de solidaridad política: primero ante la diáspora generada por la guerra civil española, durante la Presidencia del General Lázaro Cárdenas. Después porque México fue el único país que mantuvo ininterrumpidas sus relaciones diplomáticas con Cuba, contra toda doctrina o bloqueo.

En México la vida era estudio, deseo de tener más oídos y memoria para fijar tanta enseñanza. Amistad y exigencia coexistían en cada uno de esos hombres dedicados sin egoísmo a forjar investigadores en la Universidad e inquietar vocaciones creadoras en los talleres del Centro Mexicano de Escritores²⁷.

de ciegos caminantes. Su obra *Erasmus y España* había sido vertida al español por Antonio Alatorre, Director del Centro de Estudios Filológicos de El Colegio.

²⁶ Erich Fromm hablaba sobre el sicoanálisis de la libertad o los manuscritos juveniles de Marx, glosados por él en un Breviario el Fondo de Cultura Económica: *Marx y su concepto del hombre*. Allí escuché las declamaciones nasales de Neruda, las reflexiones guturales de Carpentier sobre los problemas de la novela y lo real maravilloso americano; el ensayo iconoclasta de Sebastián Salazar Bondy sobre *Lima la horrible*; la simpatía torrencial de Manuel Rojas, la crítica tonante de Benjamín Carrión contra la horda de dictadores latinoamericanos, a partir de García Moreno, a quien él retrató en una biografía subtitulada “El Santo del patíbulo”. La esperanzada prédica de Salvador Allende, convencido de la posible toma socialista del poder por vía electoral, la rebelión creadora de José Revueltas y sus Ligas Leninistas Espartaco, como disidencia del Partido Comunista Mexicano. La visión crítica sobre la revolución cubana expuesta por jurados o ganadores de los premios Casa de las Américas: Jesualdo, Ezequiel Martínez Estrada. El exiliado español Max Aub dirigía la Radio Universidad de México. Un joven equipo guiado por él grabó las voces de aquellos transeúntes de la inteligencia. El resultado fue la estupenda colección de discos que él bautizó con el nombre de *Voz viva de América Latina*, para complementar la ya existente *Voz viva de México*.

²⁷ Aquel Centro, sostenido por una gringa amiga de México, constituyó un grato recinto extra-universitario donde eran escuchadas con atención golosa las lecciones casi monologantes de Juan Rulfo, histriónicas de Juan José Arreola, o las intervenciones de talleristas irreverentes como José Agustín, satíricas en René Avilés Fabila y Jorge Arturo Ojeda, eruditas y sutiles en Fernando del Paso, envolventes por su sensualidad

7. Una renovación fallida

El regreso fue un reto: qué hacer y dónde hacerlo. Primero Mérida, donde hubo cobijo académico no siempre cómodo pero sí generoso²⁸. Las pugnas y los intereses –a veces diminutos– del aula universitaria revelaban otra realidad difícil de vencer. Sin embargo desde el Centro de Investigaciones Literarias fue emprendido y concluido con empeño no exento de mezquindades un Diccionario de la Literatura Venezolana. Se les dio cabida a numerosos estudiantes como preparadores (ayudantes de investigación)²⁹. Lo culminaron Lubio Cardozo, Juan Pintó y algunos alumnos³⁰.

en Marcela del Río; ceñudas y cinematográficas en los hermanos Ayala Blanco, provincianas y llenas de lirismo en Raúl Navarrete. Todo bajo la voz abuela de don Francisco Monterde y García Icazbalceta quien, pese a su agobiante desfile de apellidos había tomado por las bridas los caballos que tiraban el carruaje del Ministro de Instrucción Pública, don Justo Sierra, en los albores de la Revolución Mexicana.

²⁸ Especialmente hallé respaldo y hospitalidad que no olvido, de parte de su Rector, Pedro Rincón Gutiérrez, Carlos César Rodríguez (Decano Fundador de la Facultad de Filosofía y Letras), Enrique Izaguirre (Director de la Escuela de Letras), Mario Spinetti Dini, Alfonso Cuesta y Cuesta, Juan Astorga Anta. Encontré amistad sincera en Ernesto Pérez Baptista, Mario Bosetti, Oswaldo Vigas, Héctor Lippolis, Francisco Gavidia, Simón Noriega, Julio César Tagliaferro, Gonzalo Martínez, Adelis León Guevara, Horacio López Guédez, incluso el difícil y fraternal José Manuel Briceño Guerrero.

²⁹ Recuerdo de ellos a Gabriel Jiménez Emán, Naudy Lucena, Rafael Ángel Rivas, José Abreu, Zahir Rodríguez, Lya Niño, Hilda León Guevara, Gertrudis Cardona, Beatriz Rivera, Cecilia Cuesta, Orlando Flores Menesini, Sonia Real Escudero, además de otros mencionados en la Introducción del mismo *Diccionario* (ed. de 1974).

³⁰ Se trataba de un viejo proyecto que desde 1960, en los días luminosos del Departamento de Publicaciones del Ministerio de Educación veníamos madurando en común acuerdo con Sambrano Urdaneta y Efraín Subero, ante el fallido intento de nuestro profesor Edoardo Crema por realizarlo como un capítulo venezolano del Diccionario de Literatura Latinoamericana, trunco en la iniciativa de la Unión Panamericana de Washington. Después, al Diccionario le nacieron demasiados padres para tan pequeña criatura nonata. Se hicieron esfuerzos por convertirlo en una empresa interinstitucional donde –más allá de discordias– coparticiparan las universidades Central, Católica, del Zulia, el Instituto Pedagógico de Caracas. El debate no tardó en ganar tribuna en la prensa. Para saldar diferencias y unificar esfuerzos, a sugerencia de don Pedro

En 1968, por contagio del proceso nacional e internacional, la Universidad de Los Andes fue escenario de lucha por renovar las esclerosis estructuradas académicas. El Rector, Pedro Rincón Gutiérrez, invitó a Rizieri Frondizi para dictar conferencias en Mérida y San Cristóbal sobre la universidad latinoamericana (1968). Después, por varios meses, a Darcy Ribeiro –radicado en Caracas– para aplicarle rigor a aquella voluntad de romper el viejo parapeto de la universidad napoleónica³¹.

Comprometerse a fondo era participar en una pequeña guerra de pasiones por el cambio y la extirpación de los intereses creados en torno a las cátedras, que algún colega definió con la disparatada expresión de “feudos catedralicios”, para dar gusto a la ironía de Briceño Guerrero. Hubo distanciamientos lamentables, superados después. Luchamos y terminamos casi solos frente a un claustro de los más reacios a las innovaciones. Hubo logros. El mejor de todos, un pequeño grupo de ex-alumnos que siguen siendo, hasta hoy, razón de orgullo por su tesonera actividad investigativa, honestidad profesional y lealtad de grandes amigos. Son relevos de excelente labor académica. Nunca fueron rivales que pudieran “hacer sombra”, según el eufemismo acostumbrado entre ciertas mezquindades atrincheradas en los claustros, para cerrar las puertas a los más jóvenes. Fueron la verdadera renovación ética y metodológica, sin estridencias. No se plegaron ni replegaron nunca. Todos cumplieron. A muchos les costó un portazo en la nariz cuando, ya formados, quisieron volver o concursar en Mérida. Sería mezquino omitirlos: Rafael Ángel Rivas Dugarte, Alberto Rodríguez Carucci, Roldán

Grases fue convocada en Mérida una *Mesa Redonda para un deslinde crítico de la Literatura Venezolana*, donde participaron los estudiosos de la más diversa gama ideológica y metodológica. Sus nombres están consignados en la Introducción al *Diccionario general de la literatura venezolana* (1ª ed.), 1974. Fue el comienzo de un gran debate y de un inventario imprescindible. Tal vez una continuación e esas revisiones periódicas fueron las posteriores Jornadas de Docentes e Investigadores de Literatura Venezolana

³¹ Las ediciones del Rectorado reimprimieron el pequeño volumen de Darcy sobre *La Universidad necesaria* (1969).

Esteva Grillet, Sonia Real Escudero, Francesco D’Introno, Iván Calzadilla, Arturo Linares entre los más próximos.

La ilusión del post-grado en estudios latinoamericanos seguía siendo un sueño o una pesadilla. Teníamos la convicción de que en él estaba el verdadero semillero de donde surgiese una conciencia profesional abocada al estudio comprensivo de nuestra realidad continental. La entendíamos como labor para grandes equipos y no para ermitaños de la investigación. Creímos que el postgrado podía ser un instrumento democratizador de las investigaciones humanísticas. Para los docentes especializados, lo pensábamos como una oportunidad de tener discípulos, más que alumnos, como reiteradamente había señalado Grases:

En Hispanoamérica, en la educación humanística hay alumnos, pero no discípulos.

De ahí que no se hayan formado escuelas de investigadores, ni haya habido continuadores de las grandes individualidades en la investigación. Esto es cierto en Venezuela. Lo habitual en la historia de las ciencias y las letras nacionales es que no se forme escuela ni se dejen seguidores de la obra emprendida. Cada investigador científico y cada hombre de letras trabaja solo y aislado: toda empresa descansa en unos hombros únicos. La figura, tan común en otros medios, de un maestro con sus colaboradores y discípulos, que son continuadores de una idea y de un método en el que se han especializado, con lo que es posible que se establezca concatenación y continuidad en la ciencia, es insólita en Venezuela³².

8. Desde América Latina

Nos preocupaba encontrar la alternativa para no seguir dependiendo de imágenes importadas de nuestra cultura continental. Seguía

³² “El problema de la investigación humanística...”, *op. cit.*, pp. 459-460.

royendo una vieja reflexión leída en un texto de Alfonso Reyes: "... a nuestros amigos y a los extraños de nada les servimos dejando de ser quienes somos, sino llevando al trato común nuestro valor propio, positivo e insustituible"³³.

En octubre de 1970 dejé con dolor la Universidad de Los Andes. Me incorporé como docente al Instituto Pedagógico de Caracas (1971). Su Director, Pedro Felipe Ledezma entendió y acogió la iniciativa –para muchos ilusoria– de crear un Postgrado en Lingüística y Literatura Latinoamericana³⁴. El ambiente era favorable a su creación. Fue el primero de los postgrados en sus respectivas especialidades dentro del país. Me correspondió iniciarlo con un Seminario sobre “Las dos realidades en *Cien años de soledad*”. En 1972 se inauguró formalmente, con un plan de estudios detenidamente diseñado³⁵. Pese a los recursos precarios, el respaldo de Ledezma permitió traer como profesores visitantes figuras de la talla de Ángel Rama³⁶, José Luis Rivarola, Noel Salomón, Antonio Quilis, José Pedro Rona, Adolfo Elizaicín, Jorge Nelson Rojas, Sergio Serrón, Hugo Obregón Muñoz y otros³⁷. Hubo la incorporación

³³ “Discurso por la lengua”. Cito por la edición de Alfonso Reyes. *Ensayos*. La Habana, Casa de las Américas (Col. Literatura Latinoamericana), 1972, p. 194. Originalmente el texto fue una conferencia para los maestros extranjeros, dictada el 17 de agosto de 1943 en la Escuela Normal Superior de México.

³⁴ Desde 1966-67, Luis Quiroga Torrealba, Jefe del Departamento de Castellano, Literatura y Latín, venía organizando cursos breves de actualización con destacadas figuras como Bernard Pottier, Eugenio Coseriu, José Pedro Rona, Noel Salomon y otros.

³⁵ La redacción del Proyecto fue labor colectiva donde intervinieron, además de Quiroga Torrealba y María Teresa Rojas, otros colegas que habían vivido recientes experiencias de postgrado en Texas y París. Fueron Rafael Ángel Rivas y José Adames Flores.

³⁶ Ángel Rama había venido a Venezuela en 1972, invitado para intervenir en un “Coloquio Internacional el Libro”, organizado con motivo de la entrega del Premio Internacional de Novela “Rómulo Gallegos” en su segunda ocasión. Hicimos amistad. Lo invité a integrarse en la experiencia de nuestro Post-Grado. Aceptó y allí comenzó la fecunda permanencia suya en Venezuela, continuada posteriormente en la Universidad Central y en la Biblioteca Ayacucho.

³⁷ De ellos, Serrón y Obregón se quedaron definitivamente impartiendo clases en los Institutos Pedagógicos de Caracas y Maracay.

de venezolanos distinguidos como Efraín Hurtado, Carlos Silva, Guillermo Sucre, José Adames, Rafael Ángel Rivas, Yolanda Osuna, Ernestina Salcedo Pizani, Judith Gerendas y Eleazar León. Era un comienzo promisor. La renovación metodológica de la investigación fue indiscutible y muy variada, tanto en el campo de la Lingüística como de la Crítica Literaria. Se actualizó el enfoque analítico de los textos. En las aulas se habló de estructuralismo y semiología, de sociología de la Literatura, de Historia de las ideas. Julia Kristeva, Umberto Eco, Cesare Segre, Iuri M. Lotman y Boris Uspenski empezaron a descubrirnos el camino hacia una Semiótica de la Cultura³⁸. Al mismo tiempo se explicaban las tendencias de una Sociología de la Literatura –Goldmann, Leenhardt. La obsesión de Baktine aún no cundía. En el otro ambiente se hicieron familiares los planteamientos de las corrientes lingüísticas estructural, transformacional, generativa, la Dialectología y su diferenciación posterior en la Sociolingüística, la Semántica, la Fonología. Fue una real puesta al día en los estudios de estas materias.

Dos años más tarde, Manuel Bermúdez regresaba de Italia, docto en Semiótica. Asumió la Coordinación del Post Grado³⁹. El ansia de formarse para formar se fue extendiendo⁴⁰. Sus egresados han dejado buenas muestras de capacidad investigativa y documental⁴¹.

³⁸ Con una asombrosa disciplina de autoformación, Argenis Pérez Huggins comenzó a difundir temprano el análisis semiolingüístico del discurso dentro de la línea de Julia Kristeva, Hendricks y Van Dyck.

³⁹ Después fueron muy valiosas las incorporaciones de Francesco D'Introno, quien se había Doctorado en Lingüística, al lado de Bernard Pottier, en París. Luego había realizado pos-doctorado en Massachussets con el equipo de Noam Chomsky y sus colaboradores. José Adames, especializado en Semántica en París, también al lado de Pottier. Ireset Páez, doctorado en Stanford.

⁴⁰ En esa voluntad se formaron en el exterior y regresaron a elevar los niveles del post-grado: Orietta García Golding, especializada en Sociología de la Literatura con Jacques Leenhardt, en Paris III; Ireset Páez Urdaneta, en Lingüística, Stanford; Buenaventura Piñero, doctorado en la Universidad Nacional Autónoma de México; Iraida Sánchez, en Estados Unidos en Lingüística; Julieta Sánchez Chapellín, en Pennsylvania, doctorada en Sociolingüística bajo la dirección de Labov y Sankoff.

⁴¹ Algunas de las tesis discutidas y aprobadas para acceder a la Maestría en Literatura son buenos aportes. Rememoro entre otras las de Aura Barradas de Tovar sobre

En 1974 otra fundación vendría a reforzar considerablemente no sólo el post-grado, sino también la investigación latinoamericanista en su conjunto. En México había quedado ya un Centro de Estudios Latinoamericanos de cuyo nacimiento fui testigo parcial y parcializado. Al lado de la Casa de las Américas de La Habana, constituían los dos únicos rincones donde se pensaba América Latina desde dentro de América Latina, por contraste con más de ciento cincuenta centros fundados en los Estados Unidos, cerca de sesenta en Europa, veinte en los países socialistas y otros tantos en Asia y el medio Oriente⁴².

Tal vez por afecto digo creyendo que la experiencia a la cual voy a referirme, para concluir, constituyó el más significativo impulso a las modernas investigaciones de la cultura y la literatura latinoamericanas en Venezuela. Aludo a la creación del Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”. Nació por sugerencia del doctor Leopoldo Zea y el apoyo de Lucila Velásquez, entonces Presidenta del INCIBA⁴³. Fui llamado por mi antiguo maestro mexicano a un compromiso de dirección que no pude evadir. Acepté bajo ciertas condiciones, cumplidas cabalmente mientras Lucila Velásquez permaneció al frente del Instituto Nacional de Cultura. Me integré a un fraterno haz de intelectuales que

la narrativa de Rufino Blanco Fombona; la de Gladys García Riera sobre documentación relativa a la crítica y la teoría literarias en Venezuela; la de Isabel Martín de Puerta sobre la narrativa de José Balza; la de Griselda Nava sobre una Semiótica de la literatura para niños; las de Iraidá Sánchez, Minelia Villalba de Ledezma, Nelly Pinto de Escalona, Luis Álvarez, Elizabeth Raab, Lourdes Gonçalves, Sara Russotto y Luisa Rodríguez. Todos los nombrados siguen activos en las tareas de la investigación o la docencia y eso es lo más importante.

⁴² Según el *National Directory of Latin-americanists*, publicado por la Biblioteca del Congreso de Washington, para 1971 había sólo en Estados Unidos 2.695 expertos en asuntos latinoamericanos al servicio de dependencias gubernamentales, incorporados como diplomáticos en embajadas y consulados acreditados en las repúblicas de América Latina y el Caribe, o investigadores en los Centros y Departamentos de las universidades. En Latinoamérica aún no se están formando verdaderos latinoamericanistas aptos a desempeñar funciones semejantes, siquiera en el servicio diplomático de nuestros países.

⁴³ El acuerdo de creación, emitido por la Presidencia del INCIBA está fechado el 30 de julio de 1974.

aportaron lo mejor de sí al nacimiento y consolidación de aquel novedoso experimento de creación e investigaciones, concebido con la flexibilidad que le permitía su carácter extra-universitario. Su estructura organizativa fue ampliamente analizada por los compañeros fundadores del primer Consejo Directivo⁴⁴. Su instalación tuvo la presencia de figuras invitadas de América Latina⁴⁵. En los meses siguientes hubo importantes visitas de directores e investigadores de otros Centros similares de Estados Unidos y Europa⁴⁶.

En la primera sede de Altamira confluyeron y forjaron escuela, como Jefes de Departamento o como investigadores profesionalizados, figuras latinoamericanas que crecieron y se proyectaron en nuestro país y hacia el continente, al lado de venezolanos valiosísimos en la

⁴⁴ La Comisión Organizadora estuvo constituida por José Ramón Medina, Pedro Díaz Seijas, Salvador Garmendia, Adriano González León, Manuel Alfredo Rodríguez, Lucila Velásquez y Juan Liscano, quien no se incorporó. El Consejo Directivo, juramentado por Luis Manuel Peñalver el 18 de septiembre, lo formaron José Ramón Medina, Salvador Garmendia, Adriano González León, Lucila Velásquez, Manuel Alfredo Rodríguez y Pedro Díaz Seijas. Con posterioridad se incorporaron Oscar Sambrano Urdaneta y Raúl Nass.

⁴⁵ Participaron en un Foro de Integración Cultural Latinoamericana y continuaron ligados al trabajo incipiente. Pese a la inexistencia de relaciones diplomáticas formales con Cuba, se logró que entre ellos estuviese Roberto Fernández Retamar, presente en nombre de Casa de las Américas. Junto a él vinieron Leopoldo Zea y Abelardo Villegas, de México; Darcy Ribeiro y Sergio Bouarque de Holanda, de Brasil; Francisco Miró Quesada, de Perú; Arturo Ardao y Mario Sambarino, de Uruguay; Arturo Andrés Roig de Argentina; Javier Ocampo López, de Colombia. Por Venezuela estuvieron presentes y participaron en el Foro inaugural Eduardo Arcila Farías, Ramón Escovar Salom, Manuel Vicente Magallanes, Guillermo Morón, Elías Pino Iturrieta, Luis Quiroga Torrealba, Francesco D'Introno, Fernando Paz Castillo, Mario Briceño Perozo, Manuel Pérez Vila, Alfredo Chacón, Federico Brito Figueroa y Oscar Sambrano Urdaneta.

⁴⁶ Carmelo Mesa Lago y Cole Blaiser, de Pittsburgh; Paul Alexandru Georgescu, de Rumania; Harold Blackmore, de Inglaterra; Rafael Gutiérrez Girardot y José María Navarro, desde Alemania; Lazlo Scholz, de Hungría; Mario Benedetti, de Casa de las Américas; Ivan A. Schulman de Gainesville, Florida, USA; Nahum Megged, de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Un recuento más completo puede leerse en dos publicaciones del CELARG: *Síntesis informativa* (1976) y una actualización en septiembre de 1983.

investigación y la creación. El Centro abarcó no sólo la Literatura sino la Economía, el Pensamiento, la Historia, la Política, el Arte latinoamericanos. Los convenios de intercambio permitieron enviar a completar su formación de Post-Grado en otros Centros, a jóvenes investigadores, o a recibir pasantes de otros países, interesados en investigar temas venezolanos⁴⁷. Casi todos los especialistas congregados en él dictaron cursos en el Post Grado del Pedagógico y en otros que fueron creándose en esta Universidad Simón Bolívar, la Central de Venezuela, la Católica Andrés Bello⁴⁸. Dejaron libros notables editados por el mismo Centro. Fueron los verdaderos constructores de aquella experiencia. La memoria conserva nombres tan valiosos como los mencionados Arturo Ardao y Mario Sambarino. Ardao culminó su permanencia en Venezuela, incorporado a esta Universidad, por invitación de su Rector Fundador.

Javier Sasso, Hugo Achugar, Nelson Osorio, Gonzalo Rojas, Carlos Rincón, Mabel Moraña, Ana María Fernández, Rafael Kries, Volker Petzold, Jorge Gaete, Tomás Eloy Martínez, junto a venezolanos como Elías Pino Iturrieta, Guillermo Sucre, Carlos Silva, Oswaldo Trejo, Alfredo Armas Alfonzo, Carlos Rebolledo, Ludovico Silva, Oswaldo Barreto, Carlos Izquierdo, Antonia Palacios, Alfredo Silva Estrada, César Rengifo, Elizabeth Schön, y otros hallaron espacio para desplegar su vocación creadora o investigativa y terminar de formar muchos nombres que hoy están en la primera línea del trabajo dentro de las aulas de esta Universidad o en los centros de investigación que han proliferado en el tiempo a lo largo de los veinte años siguientes. Menciono entre ellos a Beatriz González Stephan, Clara Rey de Guido, Marisol Jiménez, Carlos Pacheco, María Dolores Ara, Mirla Alcibiades, Carlos Romero, Eva Klein, Javier Lasarte. La renovación metodológica y el rigor en el

⁴⁷ Inicialmente fueron becarios del Centro Gonzalo Barrios Ferrer (en Madrid y Cambridge), Carlos Romero, en Pittsburgh; estuvieron como pasantes en Caracas, John Beverly, de Pittsburgh y Keneth Bryan de Cambridge.

⁴⁸ Especialmente menciono la ayuda que a esos post-gradados aportaron Arturo Ardao, Mario Sambarino, Javier Sasso, Gonzalo Rojas, Guillermo Sucre, Carlos Rincón, Carlos Silva y Hugo Achugar en un comienzo. Después también impartieron cursos Nelson Osorio, Carlos Pacheco y Paul Alexandru Georgescu, invitado por tres meses a iniciativa de Lucila Velásquez.

trabajo de producción crítica debe actualmente a ellos aportes de significación.

Alrededor de 1976 comenzaba a emerger una reflexión crítico-lógica por todo el Continente. Dos publicaciones registraron aquellas inquietudes: la *Revista de Crítica Literaria Hispanoamericana* (Lima) de Antonio Cornejo Polar y *Texto Crítico* (Veracruz, México), dirigida por Jorge Rufinelli. El Centro asumió la iniciativa de inventariar en un curso colectivo las tendencias del momento. Participaron Nelson Osorio, Carlos Rincón, Hugo Achugar, Mario Benedetti, Antonio Cornejo Polar, Saúl Sosnowski y otros.

El Centro Rómulo Gallegos, pese a oleadas adversas, distorsiones de objetivos, altibajos inevitables, ha mantenido su línea de trabajo. Investigadores más jóvenes –y otros no tanto– ya son también nuevos maestros. En algún momento han pasado por esta experiencia latinoamericanista. Han nutrido las actividades de otros núcleos de investigación y formación superior: el Centro de Investigaciones Lingüísticas y Literarias “Andrés Bello” del Instituto Pedagógico de Caracas, el Instituto de Altos Estudios de la Universidad Simón Bolívar, el Centro de Investigaciones Literarias de la Universidad Católica “Andrés Bello”, La Casa de Bello, el Instituto Pedagógico de Maracay, el Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres” y el Núcleo Universitario Rafael Rangel (Trujillo), de la Universidad de Los Andes⁴⁹.

⁴⁹ Hoy puede afirmarse que entre todos los mencionados se ha generado un espacio definitivo para el trabajo de investigación literaria. A ellos se agrega un largo registro de nombres destacados, algunos veteranos como Alexis Márquez, José Antonio Castro, Gustavo Luis Carrera, Lubio Cardozo, Efraín Subero, Guillermo Sucre, Oswaldo Larrazábal, Juan Liscano, José Ramón Medina, Rafael Di Prisco, Ángel Vilanova, Luis Navarrete Orta, Francisco Rivera y otros más recientes: Alberto Rodríguez y su equipo, Julio Miranda, Teresa Espar, Víctor Bravo (en Mérida); Isidoro Requena, Douglas Bohórquez y Rafael Alfonzo (en Trujillo); Morella Contramaestre y Magaly Caraballo (en Maracay); Carmen Elena Alemán, Cristian Álvarez, Américo Arellano, José Balza, Lyl Barceló Sifontes, Luis Barrera Linares, Susana Benko, Velia Bosch, Carmen Bustillo, Rafael Castillo Zapata, Edgar Colmenares del Valle, María Julia Daroqui, Rafael Fauquié, Sonia García, Judit Gerendas, Cesia Siona Hirshbein, Verónica Jaffé, Gabriel Jiménez Emán, Antonio López Ortega, Carmen Mannarino, Agustín Martínez, Milagros Mata Gil, Elvira

Hoy las instituciones nombradas constituyen un ámbito amplísimo para los estudios humanísticos. Y los investigadores con metodologías y enfoques variados, algunas veces polémicos, han gestado un espacio de importancia para la actividad latinoamericana. El debate permanece vivo. Las búsquedas de nuevos asedios a autor, texto, receptor, contexto situacional enriquecen el panorama intelectual de esta área. No falta la improvisación y a veces el oportunismo que desemboca en la ligereza, pero domina el rigor y eso es lo que importa.

Antes de que se intentara un desmantelamiento irracional del Departamento de Investigaciones, en el Centro Rómulo Gallegos nació de Nelson Osorio la idea de elaborar un Diccionario General de la Literatura Latinoamericana. Sería empresa coauspiciada por otros centros ubicados en universidades del exterior. No fue posible en lo inmediato. Osorio perseveró en su idea. Fue acogida por la Biblioteca Ayacucho. Hoy se halla en prensa con el título de *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*. Es obra monumental de creación colectiva. Allí se congregan los mejores especialistas de nuestra investigación nacional y continental. Esa deuda de gratitud con el gran compañero chileno, ya de vuelta en su país, tardará mucho en ser reconocida y saldada.

9. El gran reto

Hoy se dispone de recursos y tecnologías de información afinadas. La consulta internacional de fuentes documentales puede hacerse

Match de Vera, Armando Navarro, Yolanda Osuna, María Fernanda Palacios, Buenaventura Piñero, Francisco Rivera, Oscar Rodríguez Ortiz, Susana Rotker, Mágara Russotto, Yolanda Salas, Juan Carlos Santaella, Yolanda Segnini, Lourdes Sifontes, Italo Tedesco, Salvador Tenreiro, Ana Teresa Torres, Vilma Vargas, Elena Vera (en Caracas). En tiempo más reciente se han incorporado André Bansard, Graciela Montaldo, Violeta Rojo y otros irremediablemente omitidos, como en toda enumeración. En la investigación documental y bibliográfica, continuadores de Manuel Segundo Sánchez y Pedro Grases, son ineludibles Ángel Raúl Villasana, Horacio Jorge Becco, Rafael Ángel Rivas Dugarte, Gladys García Riera, Roberto Lovera De Sola, José Marcial Ramos Guédez, Néstor Tablante Garrido, Lubio Cardozo y José de la Cruz Rojas Uzcátegui.

desde la propia casa. El investigador no tiene excusas. La reflexión no espera. Los métodos proliferan. Se suceden y desfallecen con una rapidez inusitada. Antonio García Berrio sintetiza el proceso dinámico de las metodologías contemporáneas en estos términos que compartimos:

Pero nada resulta ser en definitiva tan simple ni lineal, salvo la verdad absoluta en todo caso, sea o no sea asequible para los hombres. Así que ni las etapas monolíticas de seguridad eufórica, como pudo serlo la de la Poetología estructuralista, dejan de afirmar su confianza apoyada sobre parcelaciones censurables y sobre provisionalismos convenidos o meros despistes; ni tampoco las reacciones hipercríticas como la de la deconstrucción deben ser descontadas sin más, una vez que han ejercido su saludable acción revulsiva (...) En la culminación de la coyuntura crítica postmoderna, las alarmas contra el establecimiento permanente del nihilismo escéptico creo que justificaban el tono de una vigorosa sacudida, que sin embargo actualmente (en 1994), me parece ya innecesaria, pues a estas alturas del decenio final de nuestro siglo los restos de relativismo y de escepticismo a ultranza son meros fenómenos de empecinamiento residual, frutos de la falta de imaginación⁵⁰.

Cada vez el rigor, la exigencia y la búsqueda se hacen más apremiantes frente a un gran desconcierto donde no hay piso firme, donde no valen beatos milagrosos capaces de salvar ese enorme hoyo negro que es común como devenir al progresivo destino marginal de América Latina. Social y culturalmente sólo existimos como un problema, remoto e impertinente, para los grandes bloques de control económico: la Comunidad Europea, por ejemplo. La solución debe emerger de nosotros. La tercera guerra mundial es financiera. Los viejos aliados del ámbito

⁵⁰ Antonio García Berrio, *Teoría de la Literatura (La construcción del significado poético)*. 2ª ed. rev. y ampl. Madrid, Cátedra 1994, p. 25.

nazi hace cincuenta años, son hoy socios empeñados en ganar la batalla declarada por el yen japonés y el marco alemán contra el dólar. Wall Street pareciera el nuevo campo de batalla. Si ayer los intelectuales no contaban mucho, hoy podría sentirse su presencia como la de una horda de fantasmas incómodos que merodean por dentro de una Historia condenada a muerte en el juicio final del norteamericano Francis Fukuyama.

Entre todos los dolientes intelectuales de América Latina habría que asumir un reto de ayer y de ahora, con menos soberbia y más desprendimiento. En primer término, contribuir a superar el *complejo de inferioridad histórica* que Ernesto Mayz Vallenilla analizó en su ensayo “El problema de América” (1959)⁵¹. Sobre esa base puede encararse mejor el desafío y superar lo que el mismo pensador denomina *colonialismo tecnocrático*⁵². Urge repensarnos desde nosotros mismos para no ser disueltos en una globalidad nebulosa que empaña los aires de esta contemporaneidad desconcertante. Sólo así podremos formar un verdadero campo integrado, en el cual defendernos de la *demofagia*. Así América Latina será capaz de proyectarse contra la gran indiferencia que vamos despertando frente a un mundo disgregado, leído con cierta ligereza deconstructiva mal entendida y peor expresada en discursos melosos hasta el servilismo y muy concretos saqueos externos e internos que nos van desangrando sin respuesta eficiente. Es todavía la misma oscilación definida por un viejo maestro, Pedro Henríquez Ureña, quien la delineó con un par de términos: “el descontento y la promesa”. Entre uno y otro polos sigue transitando el mismo péndulo, la angustia común no resuelta en casi dos siglos de búsqueda sin proyecto definido. En su ensayo escrito en 1926, el gran dominicano oteaba el tiempo hacia adelante, con una pregunta y un comentario”. ¿El hombre del futuro seguirá interesándose en la creación artística y literaria, en la perfecta expresión de los anhelos superiores del espíritu?” Y casi

⁵¹ Puede leerse en: Jorge E. Gracia e Ivan Jaksic; comps., *Filosofía e identidad cultural en América Latina*. Caracas, Monte Ávila, 1988, pp. 267-307.

⁵² Cf. E. Mayz Vallenilla, “Latinoamérica en la encrucijada de la técnica”, J. E. Gracia y Jaksic, *op. cit.*, pp. 294-306.

entornando su reflexión dejaba caer un párrafo que pareciera estar escrito para un lector o interlocutor de este instante: “El arte y la literatura de nuestros días apenas recuerdan ya su antigua función trascendental; sólo nos va quedando el juego... Y el arte reducido a diversión, por mucho que sea diversión inteligente, pirotecnia del ingenio, acaba en hastío”⁵³.

⁵³ “El descontento y la promesa”, *La utopía de América*. Caracas, Biblioteca Ayacucho N° 37, 1978, p. 44.

L A U N I V E R S I D A D V E N E Z O L A N A
E N T R E L A C I U D A D L E T R A D A
Y E L A N A L F A B E T I S M O I L U S T R A D O*

*“Las voces que concitan se pierden en la indiferencia.
Los esfuerzos de clasificación resultan vanos y engañosos.
Los imanes de las escuelas han perdido su fuerza de atracción,
y son hoy hierro vulgar que se trabaja
en el laboratorio de la crítica.
Los cenáculos, como legiones sin armas, se disuelven;
los maestros, como los dioses, se van”.*
José Enrique Rodó. *El que vendrá*, 1896.

*“El problema no radica en asesinar la razón,
sino en dejar las malas razones en condiciones de no hacer daño; y
en disociar la noción de razón de la noción de verdad.
Pero esta honorable razón no se llama himno a la crisis.
Se llama, desde Kant, ‘crítica’. Determinación de límites”.*
Umberto Eco. “Crisis de la razón?”, 1980.

Nada compromete más que los honores. Póstumos canonizan o, al menos, borran defectos y magnifican virtudes. En vida aterran, porque emplazan. Si vienen del afecto germinado en el aula, retan porque obligan a mantener la autenticidad de una conducta. No a fingirla, sino a cultivarla. El sobrecogimiento de esta noche no es teatral, en todo caso. Comprometido y obligado, siento el terror de verme entre amigos admirables, entre alumnos de ayer, ahora maestros disciplinados y fecundos. No aprendí a hincharme de presunción. Vivo este momento, junto a ustedes, con la humildad de don Cecilio Acosta, quien un día

* Palabras de Domingo Miliani para agradecer la designación de Profesor Honorario de la Universidad Simón Bolívar. Caracas, 10 de marzo de 2000.

llegó a sentirse “oprimido a agasajos”. Y no dejo de pensar en aquella carta admonitoria que Briceño Irigorry, en la antesala de un exilio definitivo, escribió a Mario Briceño Perozo cuando quiso hacerlo objeto de homenaje en vida: “He sido sistemático enemigo de que el nombre de los vivos sea propuesto con carácter simbólico a los jóvenes. Creo que los nombres de personas aún en carne y hueso están expuestos al examen acre de los otros y, también, a los vaivenes del tiempo”¹.

No es que sienta el impulso de rechazar este acto de cariño. Por el contrario, agradezco muy emocionado, muy conmovido, la alta distinción que me confieren las ilustres autoridades, los integrantes del Consejo Académico y los docentes amigos de esta Universidad por cuyas aulas de postgrado tuve la alegría de transitar algunas veces. Pero no lo interpreto como exaltación de ningún mérito. No lo es haber entregado algunas horas de vida a compartir aprendizajes con unos estudiantes. Enseñar es un goce. Forma parte de nuestro mundo interior donde cada educador labra una pragmática de afectos y experiencias compartidas. Solicité la jubilación hace unos años, para dejar paso a relevos con saber novedoso, con pasión de generosidad. Aprendo de ellos ahora, en el retiro nostálgico del lector que los admira, a tiempo que disfruta de su escritura rendidora.

Desde los días de adolescencia, cuando cayó en mis manos un libro que hoy llega al centenario de su aparición, el *Ariel* de Rodó, asimilé del maestro Próspero una de esas lecciones que dejan impronta en la conciencia. El maestro reflexiona con sus jóvenes alumnos sobre la juventud y el sentimiento de belleza, una de las más elevadas formas del crecimiento moral, generador de “un delicado instinto de justicia”. En aquella meditación aprendí que “Nunca la criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirle como una imposición, le siente estéticamente como una armonía. Nunca ella será más plenamente buena que cuando sepa,

¹ “Carta al Dr. Mario Briceño Perozo”, (31 de mayo de 1958), *Obras completas. Textos inéditos y ensayos dispersos*. Caracas, Edics. del Congreso de la República, 1996. Vol. 19, pp. 271-273.

en las formas con que se manifiesta activamente su virtud, respetar en los demás el sentimiento de lo hermoso”². Aquella lectura me convenció de algo: no hay un espacio de la actividad humana mejor concebido para esa armonía entre el sentido de justicia y el respeto al sentimiento de lo bello, como la comunicación profunda que se establece en un aula. Y aquella fue una ley de vida que rige hasta hoy mis meditaciones más recónditas.

No vengo a sentar cátedra porque me asusta el sentido magistral de los discursos. Sólo quiero revivir con ustedes algunas reflexiones nacidas de esa experiencia maravillosa de las aulas, en los post grados del Instituto Pedagógico y de esta Universidad. Entre ellos no hubo rivalidad ni competencias malsanas, sino reciprocidad de entregas e intercambio fraternal de saberes expresados en sus docentes. Muchos compañeros de este valle nebuloso fueron a transmitir sus horas de estudio con los muchachos de El Paraíso. Algunos de nosotros vinimos aquí como a segunda casa, sin más ambición que la de ayudar en una empresa fundacional de los estudios literarios, dentro de una visión cultural muy amplia. No era ni es común que una Universidad donde predomina la formación profesional del mundo tecnológico deje espacio al saber de las ciencias humanísticas y a la filosofía. En manos de filósofo nació esta Universidad. En voz e inteligencia que propugnaron un humanismo técnico dirigido a desalienar al hombre contemporáneo de la esclavitud tecnocrática y convertirlo en dueño de su hacer pleno³. En admirable fusión se han formado en este post-grado muchos humanistas de nueva mirada hacia el mundo, a quienes antes los llamó la vocación científica. He visto crecer con asombro y respeto algunos egresados que fueron ingenieros de sistemas, biólogos, físicos y luego enrumbaron hacia la Literatura para realizar sólida obra de investigadores o poetas, sin abandonar su profesión inicial. El mundo de la *tecnofagia* contemporánea tiene en ellos unas conciencias despiertas y la Universidad unos soportes del saber innovador, cuyo imperativo es

² J. E. Rodó. *Ariel. Obras completas*, Aguilar, 1957, cap. III, p. 214.

³ Cf. Ernesto Mayz Vallenilla. *Ratio technica*. Caracas, Monte Ávila, 1983.

buscar un verdadero mejoramiento del ser humano integral, si queremos sobrevivir a la gran depredación desatada por la que Ernesto Sábato calificó de *era tecnológica*. Esa conjunción de pensar poéticamente y construir científicamente ha sido el mejor testimonio de que un postgrado humanístico, enclavado en una universidad tecnológica, no sólo era posible, sino necesario para superar el viejo maniqueísmo que contraponía el saber científico al conocimiento humanístico, pero sobre todo al imaginar poético. Semejante dicotomía fue considerada por Darcy Ribeiro una de las falacias mayores que azotaban la universidad latinoamericana tradicional. Escribe el antropólogo brasileño:

En nuestro tiempo *–hay que decirlo con toda claridad–* un humanismo que no está fundado en la ciencia no es ni mucho menos un humanismo. Naturalmente que una de las funciones de la Universidad es hacer al mayor número posible de ciudadanos herederos del patrimonio artístico. Cosa muy distinta, es convertir esta función en un culto que se encierra en el pasado, incapaz de absorber los conocimientos modernos e incapaz de conmovir con las ideas y los valores que se debaten en la sociedad en que se vive⁴.

Los estudios científicos, tanto como los humanísticos de hoy se encuentran enfrentados a una crisis de valores cada día más profunda. Esa crisis fue producto de la separación entre las ciencias puras que sirvieron de entraña a la especialización tecnológica y un saber humanístico de raíz filosófica reducido cada vez más a unas “egregias minorías” iniciáticas, a una nueva clerecía del conocimiento. Se vio en el pensador una suerte de árbitro insomne, presto a regular éticamente las tropelías de una ciencia al servicio del genocidio. Hombres como Bertrand Russel, Albert Schweitzer o Jean Paul Sartre fueron vistos con recelo por los sumos sacerdotes de la atomización global. Sabios

⁴ *La universidad necesaria*. Mérida, Universidad de Los Andes, Edics. del Rectorado, 1969, p. 64.

excepcionales como Einstein o Chomsky, cuando llamaron a la razón y al freno de las hecatombes nucleares, fueron considerados excéntricos. Hoy, ante un mundo que aspira a la integración global de las sociedades en armonía, con respeto a las diversidades multiculturales y multiétnicas, ninguna ciencia podrá aisladamente lograr esa convivencia armónica. El pedagogo hindú Karan Singh ha dicho recientemente que la educación del siglo XXI dispone de los avances aportados por el desarrollo científico y los inventos tecnológicos. Y añade: “Lo que nos falta para utilizarlos de manera creadora es la sabiduría y la compasión. Avanza el saber pero la sabiduría languidece”⁵.

El mundo contemporáneo llega a la cumbre de la tecnotrónica y las comunicaciones vertiginosas, gracias al ingente desarrollo de las ciencias del lenguaje. Y nadie se preguntaría hoy si es ciencia pura, experimental o social. ¿Hay alguna ciencia que no sea finalmente social, por el impacto de sus beneficios o sus daños? Sin embargo, habría que preguntarse hasta qué grado logra irradiar socialmente el conocimiento regido por las *culturas del libro*. El politólogo Manuel García Pelayo dedicó una hermosa reflexión al tema⁶. Define la cultura del Libro con referencia a los libros sagrados y a las culturas teocráticas de la antigüedad remota. La cultura del Libro deviene en un saber sagrado o, al menos, sacralizado, tan poderoso, que logra imponer una diferenciación histórica entre culturas ágrafas y culturas grafemizadas, aptas para producir y decodificar los libros. La idea de poder, superioridad iniciática de los hombres capaces de leer en el Libro, generó el carácter minoritario del saber académico. El docente devino en sumo sacerdote del saber encerrado en los libros, y los libros, convertidos en objetos sagrados, permanecieron fuera del alcance de las mayorías de los hombres, habitantes de esas culturas “grafemizadas”. La cultura del libro no sólo marcó el tránsito de la “oralidad literaria” original, a la literatura grafemizada, sino que provocó el nacimiento del “exégeta”, es decir, el

⁵ Karan Singh, “Educar para la sociedad global”, Jacques Delors y otros. *La educación encierra un tesoro*. México, UNESCO (Col. Educación y cultura para el nuevo milenio), 1996, p. 257.

⁶ Manuel García Pelayo, *Las culturas del libro*. Caracas, Monte Ávila, 1976

glosador del texto, el intérprete. Si en los comienzos fue sacerdote que explicaba la escritura sagrada en los templos, terminó explicando la literatura en las aulas. Se perdió así, por neutralización, la actitud crítica frente a la Escritura, un comportamiento que para Foucault era recusación o rechazo al poder impuesto por la Escritura sacralizada⁷. Una actitud que puso en tela de juicio la veracidad de la Escritura y, en consecuencia, el poder polisenso de la lectura. Al perder su actitud cuestionadora como crítica, el conocimiento del texto ha terminado convirtiéndose en un lenguaje sinfásico, en argot para concedores del secreto, alejado de la mayoría social. Argumentos análogos soportan la tesis de Ángel Rama en *La ciudad letrada*. Y el hombre que sabe leer, porque tiene la destreza del lenguaje básico, rechaza por desconocimiento las transcodificaciones culturales de los textos, ya no sólo literarios. Esta actitud ha generado en la universidad los *analfabetas ilustrados*, sabios incompletos que manejan su parcela del saber con esoterismo de alquimistas, pero ignoran todo cuanto hay más allá de su pequeña miopía epistemológica. Este individuo tiene su genotipo en la universidad compartimentada. No es privativo de la universidad venezolana. Es consecuencia de una manera de entender la universidad como recinto hermético, temeroso de contaminarse con los grandes torbellinos sociales donde transcurre la vida cotidiana de nuestros pueblos latinoamericanos, dentro de la “ciudad revolucionada” de Ángel Rama.

Rizieri Frondizi, al criticar severamente la universidad argentina, matriz que en 1918 concibió la reforma universitaria continental, escribía en 1956: “El universitario argentino es inculto porque sabe demasiadas cosas. El peso de los datos, las clasificaciones y los tratados lo agobian de tal modo que le impiden reaccionar por cuenta propia, con espontaneidad, frescura y sencillez”⁸. Añadía el filósofo: “Quien haya frecuentado las aulas universitarias no puede sorprenderse de la

⁷ Michel Foucault, “¿Qué es la crítica?” (1978), *Literatura y conocimiento*. Mérida, Universidad de Los Andes, Consejo de Estudios de Post Grado, Facultad de Humanidades y Educación, 1999. Trad. de Jorge Dávila.

⁸ *La universidad y sus misiones*. San Cristóbal, Venezuela, Universidad de Los Andes, Cuadernos Universitarios, 1956.

incultura que allí existe. A pesar de que el espíritu no puede alimentarse con sustancias muertas, los profesores sacrifican con frecuencia a los creadores de la cultura para presentarlos “didácticamente” a los estudiantes. Por suerte no faltan jóvenes capaces de resucitar cadáveres y profesores respetuosos del aliento creador. La cultura viva se cuele por las grietas; entra en la universidad furtivamente”. En este sentido, universidades como la Simón Bolívar son una excepción, por la voluntad modernizadora que la ha regido, por la estructura académica, donde los estudios culturales coexisten actualizados con los estudios científicos. Pero aún así, la estructura de recinto aísla a la universidad en general de la mayoría social. Lo mismo ocurre con las demás instituciones donde la cultura se ejercita para el disfrute de unas minorías. Es la contradicción entre lo que Martínez Estrada definía como *cultura de recinto*, contrapuesta a la *cultura de ágora*⁹. Ese aislamiento ha erosionado en la universidad su función rectora de la vida social y política del país, un espacio gradualmente ocupado por los partidos políticos. Frondizi dice que “Si ella no la asume, la dirección de la vida superior del país cae en manos de los partidos políticos, la prensa o las fuerzas armadas”¹⁰. Podría argumentarse que también ellos proceden del mundo académico. Es cierto a medias, porque de manera general los militantes de partidos políticos muestran una formación intelectual que no es precisamente la más rigurosa. La carencia de una visión cultural de la vida política, como coexistencia social armónica, ha quedado demostrada mil veces en la conducta que egresados universitarios, desde el poder, han adoptado frente a la universidad: la asfixia económica y el ataque gratuito, pero no la propuesta de los cambios sustanciales que la modernicen. En esta actitud no ha habido diferencia entre los portadores de corrientes ideológicas contrapuestas. En innumerables casos, quienes desde su condición estudiantil proclamaban revoluciones universitarias, desde el poder las reprimieron o, por lo menos impidieron que esa misma revolución, entendida como cambio profundo, no necesariamente

⁹ *Análisis funcional de la cultura*. La Habana, Casa de las Américas, 1960. Premio de Ensayo.

¹⁰ *Op. cit.*, p. 10.

violento, se implantara en la sociedad misma. A la inversa, los universitarios mejor capacitados asumen una postura autosuficiente que los inhibe de participar en la vida política. Critican desde fuera pero no asumen compromiso. Cuando acceden al poder se pliegan temerosos o adoptan un comportamiento acrítico, si no oportunista. Son artífices de lo que Briceño Iragorrry llamaba con sobrada razón las “democracias de asalto”. En el rango opuesto, los aislamientos y las inhibiciones se manifiestan en el discurso como una crítica susurrante o connotada entre líneas. Frondizi anota que uno de los mayores riesgos para la propia existencia de la universidad, es ese aislamiento. “Con el tiempo el aislamiento se intensifica y la vida del mundo sigue un derrotero que nada tiene que ver con lo que sucede en los claustros”. ¿Será que la idea de acumulación capitalista también ha regido en la acumulación avara del conocimiento que no irradia?

Cuando pensamos en la sociedad venezolana como una cultura de *analfabetas ilustrados*, en la calificación de Briceño Iragorrry, parecería que se trata de una exageración. Sin embargo, podría trazarse un arco en el tiempo, cuyos extremos fuesen 1830 y 1935. En la primera fecha, Venezuela adquiere fisonomía de nación y de república autónoma, al desmembrarse de la Gran Colombia. Su primera Constitución establecía que para ser *ciudadano* era necesario “tener una renta no inferior a 500 pesos anuales, una propiedad raíz y saber leer y escribir”. Los dos primeros requisitos podían ser cumplidos por las minorías urbanas de la oligarquía, los pardos y los mulatos, pero no los esclavos. El requisito cultural los democratizaba como una gran masa de analfabetas, con excepciones contadísimas. En consecuencia lo de “saber leer y escribir” no pudo implantarse nunca como exigencia real. Fue una original manera de concebir la sociedad civil y sobre todo, la “ética de la ciudadanía”. Para entonces la población venezolana fue calculada por Agustín Codazzi en algo más de 700.000 habitantes.

La obra universitaria de José María Vargas abrió una dimensión nueva del saber. De ella o a su alrededor surge la más brillante promoción de pensadores y tribunos, una minoría letrada, en cuyas manos crece la nueva República: Fermín Toro, Juan Vicente González, Santos Mi-

chelena, Tomás Lander, Felipe Larrazábal, Manuel Felipe de Tovar, Juan Manuel Cajigal, entre otros. Ellos se entregaron al compromiso de construir nación, de impulsar el nacimiento de una conciencia colectiva. El Decreto de “Instrucción Pública, Gratuita y Obligatoria”, promulgado el 27 de junio de 1870, por iniciativa de Antonio Guzmán Blanco mejoró muy relativamente las condiciones de restricción educativa a una minoría urbana. Es la llamada por Ángel Rama “La ciudad letrada”, en su etapa de ingreso a la modernidad. El país era poblado ahora por 1.800.000 habitantes. Los positivistas hacen esfuerzos ingentes por lograr una ampliación del conocimiento científico y cultural. Muchos de ellos serán científicos escritores: el médico Lisandro Alvarado hace filología; el médico Arístides Rojas practica la historia natural y la etnografía; el médico Lazo Martí escribe uno de nuestros poemas mayores: la “Silva criolla”. La mejor muestra de esa conjunción integradora de ciencia y humanismo es el *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes* (1895). Aun así, en el otro extremo del arco, a un siglo de república autónoma, Venezuela mantenía un aproximado 80% de población analfabeta. A la muerte de Gómez, para una población total de 3.467.839 habitantes, sólo asistían 1.532 estudiantes a las dos universidades existentes. Caracas tenía apenas 283.418 pobladores. Hoy, en los albores de un nuevo siglo, los índices de analfabetismo han descendido en lo estadístico y en el nivel del conocimiento primario, pero no en el acceso a la comprensión de los valores culturales. Nuestra cultura sigue siendo iniciática, sacralizada, de recinto, dentro y fuera de la universidad. Y los estudios culturales, si bien han rebasado el campo limitado a la cultura del libro, como crítica literaria, no han trascendido el muro del aula. No es un fenómeno venezolano solamente. Ni tampoco se trata de una muerte de los métodos barridos por epistemologías de la deconstrucción, el poscolonialismo y el posoccidentalismo. Es un problema de diseño en la metodología de la diseminación del saber, ya no importa que sea encarcelado en las viejas celdas del maniqueísmo donde yacían incomunicados en mazmorras alejadas el conocimiento científico y el humanístico. Es resultado del miedo a la sociedad que nos rodea, de la cual formamos parte pero no lo aceptamos como práctica

de comportamiento. Darcy Ribeiro, en su libro fundamental de reflexión acerca de la universidad latinoamericana, señalaba:

El temor a la ‘masificación’, común en la mentalidad académica, enajenada e ingenua, de la universidad tradicional latinoamericana, disfraza el temor a cualquier cambio que afecte los privilegios y que plantee la universidad necesaria al progreso de América Latina. Así se implican intereses académicos con actitudes políticas reaccionarias para mantener una universidad elitista asustada frente a la masificación. En estas condiciones, la reputación de un profesor no depende de la fecundidad científica ni de su eficiencia docente, sino sólo del mantenimiento de reductos cerrados, a salvo de críticas externas, de la ampliación de las matrículas o del cogobierno estudiantil¹¹.

Entre la masificación y el aislamiento la Universidad latinoamericana llega al final de un milenio donde quedaron cimentados los retos mayores para la democratización del conocimiento por la vía de las nuevas tecnologías de la información electrónica. El emplazamiento del nuevo milenio es el paso a la excelencia en la producción y difusión de conocimiento. Del aula cerrada, concebida como recinto o altar de sabidurías ocultas, se pasa rápidamente a la teleconferencia. De los libros guardados celosamente en anaqueles, para uso exclusivo de los miembros del club académico (profesores y alumnos) se pasa a la teleconsulta en las páginas web de los grandes reservorios documentales y bibliográficos. El nuevo catedrático ya no podrá impedir que le hagan sombra las arrolladoras maneras de la divulgación cultural dentro de la cual se incluye toda ciencia. Está emplazado a un tránsito inexorable en su tarea. Debe pasar de su condición mediadora de conocimiento ajeno, a productor de nuevos conocimientos generados en su propio contexto. En lo colectivo la universidad, si quiere sobrevivir como tal, está forzada a irradiar. Para ello tendría que pasar de su condición de almacenadora

¹¹ *Ibíd.*, p. 50.

o guardiana de conocimientos, o de consumidora de tecnologías exógenas, a generadora de un saber actualizado, expuesto siempre a una continua obsolescencia. Roberto Carneiro, plantea una reflexión sobre los retos educativos del nuevo milenio:

A la masificación y el individualismo que han caracterizado a la primera generación de las tecnologías de la información y la comunicación, llevando al paroxismo el modelo económico vencedor, sucede ahora una segunda generación tecnológica en la que se empieza a volver a la idea de interacciones en red y al valor de las relaciones de vecindad (virtuales). La sociedad cognoscitiva, fundada en una ética de intercambio de conocimientos y en fenómenos cognoscitivos generados por relaciones interpersonales sin fronteras, gracias a la globalización del planeta, debería favorecer el surgimiento de valores postmaterialistas”¹².

En el campo de la cultura, el énfasis de los estudios venía enfocado hacia el productor de expresiones simbólicas, a la conservación e interpretación de los mensajes encerrados en el producto simbolizador y, cuando mucho, en un tímido acercamiento a la recepción crítica del mensaje. No se educó a la gran masa como receptora potencial e idónea de los productos culturales engendrados por una minoría para su autoconsumo. De haberlo hecho, habríamos alcanzado a construir un modelo de cultura entendida como un sistema de códigos socialmente compartidos, de donde nacen productores vigorosos con capacidad creadora, llevada a un nivel de excelencia, mensajes difundidos ampliamente y receptores críticos aptos a convertirse también en productores idóneos. La retroalimentación de circuito cerrado fue provocando el debilitamiento de la producción de nuevos signos y el decrecimiento del consumo cultural. Los mensajes de la violencia, nutrientes de la subcultura de masas, ocuparon el espacio que debía corresponder a la

¹² “La revitalización de la educación y las comunidades: una visión de la escuela socializadora del siglo XXI”, Delors y otros, *op. cit.*, p. 232.

difusión de la cultura. Los grandes centros de dominación descubrieron que era más fácil y menos escandaloso invadir cerebros de pueblos enteros, vía satélite, con programas neutralizadores o estupidizantes, que ocupar geográficamente sus territorios. Este es el desafío de hoy. Tal vez una salida podría ser la enunciada por un nuevo Proteo, capaz de inducir el cambio de la universidad amurallada a la universidad virtual que difunda verdaderamente, de manera irrestricta, los conocimientos capaces de educar al ser humano como receptor y productor idóneo de una nueva cultura de la armonía. De esta manera la voz del Otro, no sólo podrá expresarse libremente sin nuestra mediación, sino que podremos oír en ella su reclamo justo de acceder al conocimiento como un patrimonio universal del hombre y no como una medicina que se dosifica desde un misterioso laboratorio de alquimia llamado universidad.

P O E S Í A , H U M O R Y B R E V E D A D
E N E L O S A R I O D E D I O S*

Más que una conferencia magistral, me siento en situación de leer unas notas marginales que ojalá logren provocar una lectura en voz alta de algunos textos congregados en *El osario de Dios*.

En una de las páginas más hermosas de confesión autobiográfica, Alfredo Armas Alfonzo rememora la infancia y la delinea así: “Mis rescoldos de mis días de niño en el Bajo Unare obran en todos mis recuerdos sobre esta costra de piel de culebra de agua y de barro prodigioso”. Esa metáfora del mundo inicial está ligada en forma inmediata a un párrafo donde consigna uno de sus mejores minicuentos autobiográficos, donde combina la magia policroma de los escarabajos con el excremento derramado por el niño en pleno campo. Leo allí casi el símbolo estético de cómo a partir de las sustancias más simples y hasta viles halladas en su cotidianidad observadora, la capacidad poética del narrador construye obra de arte. Lo bello está en el texto y no en la materia donde se incubaba. Simbólicamente, pues, hay una poética oculta de la irreverencia y la poesía, dos constantes del escritor, en ese pequeño relato que transcribo:

Cuando yo iba a acompañar a mi padre al conuco me detenía bajo un olivo, bajo un tropillo, bajo un boleperro, y desahogaba mis intestinos sólo para poder penetrar en el misterio propio de la leyenda del misterio. Una vez que lo hacía me daba vuelta y entonces veía descender del cielo mismo el arrastrapelota azul de zafiro y azul de turquesa, el rojo rubí o granate, el negro del ónix, el amarillo del topacio, el verde esmeralda, el morado amatista, el blanco diamante o perla; hablo de esos coleópteros que también se conocen con el nombre de escarabajos, que acompañaron el

* Texto de la conferencia sobre Alfredo Armas Alfonzo, dictada el 26-4-94 en el Ateneo de Caracas.

sueño de todo rey egipcio y que en la hoya del Unare abundaban tanto como abundaba entonces la felicidad. Volaban hasta el excremento en un vuelo de colores del arco iris y se ponían a excavar con sus patas traseras en torno al residuo hasta desaparecer misteriosamente ante nuestros ojos. Pero también así, sin tiempo para ello, desaparecía el excremento, hundido de repente en un descendimiento al principio muy lento, luego acelerado, hasta que el suelo se restablecía. Nuestro padre nos decía que de esa manera el arrastapelota proporcionaba el modo de preservar sus huevos; ahí en esa sombría cámara los ponía, ahí se incubaban y esa materia orgánica nutría el futuro de la especie. Ningún otro niño conoció ese secreto¹.

El escritor no estaba leyendo un texto, sino improvisando unas palabras entre algunos amigos. Se trata pues de una típica narración oral donde la poesía, el misterio y la materia aún amorfa se muestran como para revelar el secreto de un artista y la conservación de la especie literaria. Por eso estimo que allí está encerrada una poética. Y una poesía de la prosa que él hablaba y escribía con ese raro modo de atrapar al oyente o al lector. La estética de lo feo, a partir de *La metamorfosis* (1916) de Franz Kafka había inundado la narrativa del mundo. En Venezuela ingresa de manera abierta en los primeros cuentos de Antonio Márquez Salas (“El hombre y su verde caballo”). Saturó las novelas testimoniales de Curzio Malaparte sobre la ocupación norteamericana a Italia al finalizar la Segunda Guerra. Cundió por toda América en una suerte de neonaturalismo inserto en la novela super-regionalista, pero adquirió ese raro esplendor poético en Armas Alfonzo y Oscar Guaramato. Es curioso que ambos construyesen relatos poéticos a partir del símbolo del escarabajo que ya Kafka, bajo la forma de una cucaracha,

¹ “Remedo de un ángel”. Texto improvisado por Armas Alfonzo en el homenaje que le rindiera un grupo de amigos, en Cumaná, cuando recibió el Doctorado Honoris Causa otorgado al escritor por la Universidad de Oriente. Está incluido en: *Una valoración de Alfredo Armas Alfonzo*. Ramón Ordaz; comp. Cumaná, Casa Ramos Sucre / CONAC, 1987, pp. 107-122.

había utilizado para metamorfosear a Gregorio Samsa. Sólo que en el texto de Kafka la fabulación resalta la animalidad escondida del hombre bajo la forma de un insecto monstruoso. Borges señala que en los cuentos del gran checoslovaco no hay sino un tipo de hombre, el “homo domesticus –tan judío y tan alemán–, ganoso de un lugar, siquiera humildísimo, en un Orden cualquiera...”². En cambio en los dos venezolanos, el humilde insecto, el escarabajo, se manifiesta más apegado a la conservación de su especie que el ser humano deseoso de abortar. Eso es lo que ocurre con Guaramato en “Biografía de un escarabajo”. Lo asume para construir una alegoría de la maternidad contra el aborto, en una joven pareja. Armas Alfonzo, lo embellece y eleva para encarnar, como ya vimos, una poética del relato oral o una oralidad poética que soporta el discurso narrativo.

El narrador, un niño, es el autor implícito que se confiesa en voz alta, pero es una especie de encarnación humana de aquel niño ficticio, Sixto Armas, donde el cuentista proyecta ese universo de la infancia para ubicarlo en su Macondo ficcional, en su Yoknapatawpha, es decir, en la hoya del Bajo Unare.

Armas Alfonzo valora aquel remoto episodio de su niñez, como una de las revelaciones de donde parte la poética narrativa que profesaba. La otra, lo dice también, era la pequeña historia de los héroes no consagrados en la historia oficial, cuyo arquetipo es el abuelo Ricardo Alfonzo, comandante general, oficial del ejército de Ezequiel Zamora. Los soldados de las guerras civiles son magnificados en su crueldad. Los héroes grandes son puestos en controversia de ridiculizaciones a través de las clases de historia de José Gelasio Barreto, el maestro masón. La tercera veta será un santoral desacralizado, que confunde el símbolo religioso con el ícono de madera, a veces sexuado, casi siempre grotesco o con las desfiguraciones del arte popular. Esos materiales se transforman en literatura, bien por la vía del texto poético-narrativo, o por los choques y contigüidades entre la realidad y la ficción confundidas

² Borges. Prólogo a *La metamorfosis*. 8ª ed, Buenos Aires, Losada (Biblioteca Contemporánea, N° 118), 1970, p. 11.

para provocar el humor. Una incidencia característica donde la guerra, las imágenes religiosas y la muerte se combinan para provocar una escena que hace reír en medio de la tragicidad, es la del cuento “El mensajero”. El coronel Zenón Marapacuto aparece en Guanape y promueve una escaramuza donde los combatientes van fulminando santos y tumbas durante la guerra de los azules. La descolocación en el espacio es una de las claves del humorismo que rezuma en los cuentos de Armas Alfonzo. En este caso trasciende incluso al espacio del texto. Los adversarios de Marapacuto, atrincherados en el cementerio “como puntos suspensivos”, miran pasar las ráfagas de balas que impactan en las tumbas. El resultado es esta microsecuencia:

–Taca –y voló la pascuita de papel morado de la corona. Y taca y voló el letrerito que decía

Escolas
tico
Rami
re
faye
cio
el

y era lo que quedaba porque a la fecha se la llevó el plomo.

–Y taca –y el señor Don Cristo Jesús se quedó sin la cruz que afirmaba su propiedad sobre la muerte. Y taca y se le desmoronó el brazo al angelito del menor de los Chacín Espinoza, y eso que era del cemento bueno que venía de Alemania³.

Los tratos reverenciales como este de Jesucristo o los sobrenombres que abundan en los pueblos para designar personajes de los chismes y los corrillos, son otra fuente del humor que se reitera de un

³ “El mensajero”, *El osario de Dios y otros textos*, pp. 52-53

texto a otro. De ahí a la irreverencia total no quedaban sino unos párrafos más.

Nuestra narrativa venía escribiéndose hasta los años cuarenta con una suerte de prosa reprimida por un cinturón verbal de castidad. Nada de sexo descarnado, nada de cotidianidades vulgares, todo eufemismo. La prostituta es un personaje que apenas si comienza a figurar en los cuentos de Guillermo Meneses y de Raúl Valera. Antes se llamó meretriz, ramera o barragana y con tales eufemismos, apenas si aparecía mencionada en alguna página. Armas Alfonzo rompe todo recato, coloca sexos de madera a los hombres del pueblo que esculpía Rosalba Alvarez en “Santo de cabecera” y los convierte en figuras sagradas en los altares, cuando la iglesia de Clarines se quedó sin santos. Alfredo apunta en sus confesiones de Cumaná:

Como la Revolución Azul había dejado sin santos a la iglesia, con la sola excepción de los que talló mi abuelo imaginero Cándido Rojas, a la sociedad de Clarines se le ocurrió que a los santos de Rosalba debía corresponderles un sitio en los altares, y los santos de Rosalba fueron a los altares de la iglesia de Clarines. Estaban dotados de un ingenioso aparato, en el cual habría que reconocer la experta mano habilidosa de aquella mujer dispuesta a satisfacer por fin aquello que se hace por mandato de toda ley humana. Eran unos toscos instrumentos pintados de sapolín, que se bajaban o subían de acuerdo con un perno, con la mano, hasta colocarlos en la determinada posición que corresponde al cuerpo.

Manuel Estanga Ledezma, que me dibujaba rebaños de toros, rebaños de reses y caballos, un hombre que vivía de la carnicería del cochino cimarrón de los platanillales de las lagunas vecinas, que tuvo una mujer en la cual anualmente se reprodujo, consideró un día como anormal que los santos de Clarines poseyeran este atributo, por demás ofensivo a la religión, y los despojaron de ellos, los despojaron y los introdujeron en una inmensa gaveta de

un mueble que estaba en la sacristía, que está todavía en la sacristía... Allí estuvieron aquellos tristísimos instrumentos, y como el mecanismo de la gaveta de madera se había desgastado, cuando yo iba a buscar las ropitas de monaguillo los huevos de los santos rodaban del fondo de la gaveta con un ruido inolvidable, tuu, tuu, tuu y viceversa, cuando yo cerraba la gaveta los huevos de los santos volvían a su reposo original. Este es mi patrimonio, y así cosas como éstas⁴.

Esa capacidad de contar aun cuando hablaba entre amigos, fue lo que hizo de Armas Alfonzo un narrador de excepción, en cuya obra el humor y la poesía se confunden, la irreverencia subyace y pone a reír al lector cuando descubre los detonantes ocultos de la ironía y la sátira con que descoloca en el espacio textual los elementos de su cuentística. Es el mismo procedimiento subyacente en la cuentística de Juan José Arreola y Augusto Monterroso, maestros como él de la condensación narrativa. El mismo que se irá afinando como característica de los minicuentos latinoamericanos. En nuestro país resurge especialmente en los textos de *Rajatabla* de Luis Britto García y los de *La muerte viaja a caballo*, de Ednodio Quintero. Ultimamente también en los *Cuentos cómicos* de Salvador Garmendia.

El humor y la poesía, el trasfondo anecdótico y los relatos populares nutrieron su cuentística desde los primeros libros. Sólo que al principio la expansión del discurso diluía el humor en una solemnidad poética de la prosa. Creo que a partir de *PTC Puerto Sucre-vía Cristóbal*, esa reducción del discurso a los elementos esenciales configuran ya la tendencia que habrá de dominar en dos de sus libros más realizados: *El osario de Dios* y *Los desiertos del ángel*.

Más que hablar de la brevedad que desde Edgar Allan Poe los teóricos del cuento vienen utilizando para definir el tipo narrativo que puede ser leído en una sola sesión, a propósito de los minicuentos, en algunos trabajos, he preferido hablar de condensación narrativa. Es

⁴ "Remedo de un ángel", *op. cit.*, pp. 118-119.

decir que el texto va concentrando las esencias de su historia en un discurso sintético y plurívoco. Las significaciones o los sentidos subyacen tras la apariencia simple de cuanto se percibe a primera vista en el discurso. Si usáramos una metáfora para entender el asunto, en un mar o un mundo de agua, por lo escurridizo, como es la literatura, el cuento se vuelve etéreo, vapor de agua en ascenso, su tangibilidad está muy lejos de la *crystalización* que Middleton Murry atribuye al poema. Ese cristal duro, ese hielo cristalizado no se pierde cuando ocurre la evaporación, sencillamente se condensa, se hace nube visible, observable, dinámica, en movimiento. Es agua pero condensada. El discurso del minicuento pasa por una metamorfosis semejante. Es agua de la literatura. Tiene cristalizaciones tangibles de poema en algunas de sus expresiones, pero sobre todo es condensación, vemos el texto, lo leemos, pero sólo podemos comprenderlo dentro del sentido oculto connotado en la síntesis de su discurso vertiginoso. No sé, pero no hallo otra forma mejor de transmitir el asunto. El término condensación ligado al concepto de economía expresiva forma parte del sistema teórico que sobre el cuento han expuesto Brander Matthews y otros teóricos. Matthews, en un ensayo teórico difundido recientemente en español por Carlos Pacheco y Luis Barrera Linares⁵, plantea la condensación como un rasgo esencial al cuento en general, como elemento capaz de diferenciarlo de la novela dentro del subsistema narrativo. Otro teórico, Norman Friedman fija la atención en el concepto de economía expresiva⁶. Sin embargo no se establecen diferencias sustanciales entre el minicuento y el cuento cuya brevedad nadie discute. Un narrador mexicano, Edmundo Valadés, junto con Juan Rulfo fue uno de los primeros que en América Latina se preocupó en señalar diferencias de este sub-tipo de cuento, llamado por Anderson Imbert “minicuento” o “minificción”. Hoy la búsqueda de orígenes y padres remotos al minicuento se ha convertido en suerte de alquimia teórica de la narrativa en pos de la piedra filosofal que abrevia o condensa un relato. Valadés habla del origen chino

⁵ Cf. Carlos Pacheco y Luis Barrera L.; comps. *Del cuento y sus alrededores*. Caracas, Monte Avila, 1993. El texto de Matthews, “La filosofía del cuento”, en pp. 59-65.

⁶ “¿Qué hace breve un cuento breve?”, *ibid.*, pp. 85-105.

o en todo caso oriental, del minitexto ficcional⁷. Hay quienes lo involucran en las formas del haiku. En fin, hay infinidad de remisiones en torno a esta modalidad que comienza a cultivarse más o menos en forma extensa por toda América Latina desde la década del cincuenta en adelante. Antes sólo hubo indicios aislados. No extraña pues que al aparecer en 1969 *El osario de Dios* de Alfredo Armas Alfonzo (más allá del Premio Nacional de Literatura que obtuvo con el extraño volumen), la recepción fue de perplejidad, de sorpresa y hasta de no comprensión clara de lo que estaba anunciando el grupo de micronarraciones que lo integraban. Hubo quienes hablasen de relatos fragmentarios, de libro no logrado totalmente, de dispersión, de obra retaceada que no llegaba a cuentos. En realidad aquel libro estaba abriendo camino a una extraordinaria hueste de narradores jóvenes que desde 1970 se convertirían en nuevos maestros innovadores de la minificción. Es justicia reconocer entre los primeros de las nuevas promociones a los hoy ya consagrados y maduros narradores: Luis Britto García (*Rajatabla*, 1970) y Ednodio Quintero, quien fue descubierto como un gran trabajador de ellos, por la revista *El cuento*, que editaban Valadés y Rulfo en México. El concurso promovido por esta publicación en 1971 fue ganado por Ednodio con diez de sus microficciones incluidas después en *La muerte viaja a caballo*. Siguieron casi de inmediato Gabriel Jiménez Emán, Armando José Sequera, José Gregorio Bello Porras y otros. Salvador Garmendia en *Difuntos, extraños y volátiles* (1970) y José Balza en algunos de sus “Ejercicios narrativos”, entraban también a cultivar el difícil texto del minicuento.

Hasta aquí no hemos hecho sino plantear tres rasgos en la escritura de Armas Alfonzo, cuya confluencia imprime esa novedad singular a *El osario de Dios*. Los repito: el humor, la poesía y la brevedad o condensación accional en un discurso sintético. Y luego la ubicación en el tiempo y la teoría de cuanto aquel escritor –poco o mal leído durante mucho tiempo–, aportaba a la narrativa de la contemporaneidad latinoamericana.

⁷ Edmundo Valadés, “Ronda por el cuento”, *ibíd.*, pp. 283-289.

Si ahora hojeamos *El osario*, hallaremos que en sus páginas se congregan e interconectan 158 minicuentos. Todos en conjunto remiten o dialogan con libros anteriores a través de espacios, situaciones y personajes que lo precedieron y lo continuaron. *El osario de Dios* es entonces una especie de libro pivote en el universo narrativo de su autor. Antes, la expansión del discurso dejaba correr a caudal las historias menores del mundo del Unare, un Macondo del autor cuya geografía se dispersa en miles de pueblos verdaderos, donde transcurren hechos ficcionados mas no inventados por él. Después se opera una proyección concretada en otro libro extraordinario: *Los desiertos del ángel* (1990).

Milagros Mata Gil ha leído *El osario de Dios* como una novela re-taceada al modo de *Rayuela*. Esa lectura es válida, como lo es la que Julio Miranda realiza del conjunto narrativo de Armas Alfonzo como un tejido único. Armas Alfonzo mismo insiste en que la maravilla y el misterio formaban parte de la realidad de aquellos pueblos. Lo mágico y lo insólito conviven con la realidad normal que el relato propone. Así ocurre, por ejemplo, en el relato 23 donde la Pavigallo en vez de parir, ponía sus hijos. O más claramente en el 31, parodia de una sesión de espiritismo, donde Mercedes Alfonzo –madre del escritor– y unas tías, convocan a Amalia López. Cuando la muerta responde se origina la estampida de los concurrentes, menos de Mercedes, quien ve a la mujer tal como la percibió amortajada, ahora sentada en el corredor de su casa y dialoga con ella así:

–Adiós caray, Amalia, ¿Tú por aquí? –la saludó.

–¿Y no me llamaron, Mercedes? –respondió a su vez la recién llegada.

Ese coloquio natural de vivos con muertos, en la narrativa oral popular no tiene nada de extraño. Como no lo tenía en *Cien años de Soledad* de García Márquez, aquel Prudencio Aguilar, alanceado por José Arcadio Buendía, que inspira lástima a Úrsula cuando aparece en los corredores pidiendo un poco de agua; la pareja lo adopta como muerto

cercano y víctima y victimario terminan haciendo planes de criar gallos juntos, para distraerse en los aburridos domingos de la muerte.

La narración oral que amamantó desde la infancia la vocación literaria de Armas Alfonzo, lo fue enseñando a entender la poética simple de cómo tras la anécdota, el chisme o el relato de pulperos, hay una epopeya menor de lo cotidiano y en ella no hay fácil distinción entre lo verdadero o lo imaginario. Esta fue la puerta por donde el cuentista se salvó del realismo literal que ya era lugar común de nuestra literatura hasta la década de los cincuenta. En el relato N° 22 del *Osario*, puede leerse la plurivocidad de un mismo hecho narrado por dos personajes populares diferentes. Mito y realidad (serpiente bicéfala) forman entonces una alternancia de perspectivas en torno a unos referentes comunes. Ambas visiones de una querrela trivial coexisten en el relato y lo cargan de una intención teórica, parte de la poética del propio autor. Pero a la vez opone un párrafo poético, la visión mítica de Tomás Tachinamo, con otro más coloquial, de intención desmitificadora que contiene la óptica de Máximo Cumache. Cito la narración completa:

Tomás Tachinamo hablaba de la culebra de dos cabezas que tenía su cueva en lo más alto de la cordillera de la costa. Hablaba de que de ella provenían los truenos, la lluvia, el crecientón, la mucha agua, los temporales, el rayo y la tempestad. Hablaba de los matos, esa clase de saurio sigiloso, que vela con su ojo inmóvil, de azogue, que el pato güirirí se levante de su nido hecho de greda para sorber los huevos con su ostentosa lengua lacerante; de las abejas que extraen miel de entre el espinar del guamacho; de la cascabel que pare sus hijos, o del carrao, que es una avechucha triste puesta por Dios en el cielo entenebrecido del calenturiento tiempo seco para que con su desgarrado canto atraiga las aguas remotas. Esto es, como de seres próximos, conocidos, familiares e ineludibles.

Máximo Cumache propala otra especie y por ahí la anda diciendo, pero esa es su versión de las cosas y la versión de Máximo Cumache es la menos exacta, la que menos verdad contiene, porque Tomás Tachinamo jura sobre la cruz de los dedos, que sí tiene las dos cabezas, mientras que Máximo Cumache no establece distinción entre lo irreal y lo real, entre lo verdadero y la sugestión. La mentira no siempre es lo

que se recrea, así como la verdad no es siempre la imagen de lo visto y lo comprobado⁸.

En otros relatos la historia de los héroes se desfigura como imagen desacralizada por los atuendos con que el autor viste a sus personajes y por la forma como su maestro de primeras letras interpretaba la historia. Es así por ejemplo el cuento N° 24, donde Piar y Bolívar quedan atrapados en la máquina deformadora de José Gelasio Barreto, transcrita al discurso del narrador. El maestro reta a los muchachos en un concurso ingenuo que desata la imaginación o la memoria dislocada donde se asocian los desdibujos y los diminutivos actúan como minimizadores implacables:

–El que me recomponga el retrato del ganador de El Juncal se gana las ciruelas, las ciruelas solamente porque la camaza no entra en el negocio.

Y ahí mismo todo el mundo se puso a asociar a Piar con el Libertador, la misma espadita como si fuera hecha de papelitos de color propio de los caramelos, las mismas charreteras de pecho de conoto, el dormán de pascuitas de monte secas, el pelo lacio peinado hacia adelante como si acabara de salir del baño en el paso Las Lajas, por donde se iba hacia Los Barrancones, donde el indio Chaurán, que era de aquí mismo, de Píritu, peló a Bolívar; la nariz como la de Sucre, como si la clase fuera sobre Ayacucho y no de San Félix, la boca como si se anticipara a aquella cosecha roja y jugosa que desbordaba la cucurbitácea piriforme, la mano derecha sosteniendo un papelerero como uno estaba acostumbrado a ver a Juan Carlos Alera de cobrador de rentas; la bota a la rodilla como si le fuera a entrar a un barrial o a un mayal sin quemar⁹.

⁸ *El osario de Dios*. Caracas, Monte Ávila, 1991, p. 44.

⁹ *Ibid.*, p. 46

Si se descompusieran los elementos abigarrados en ese párrafo, podría notarse que el humor opera por la contigüidad de rasgos pertenecientes a imágenes distintas de héroes, literalmente uniformados por el narrador; la coexistencia en el discurso de dos tiempos: el de la historia heroica (independencia) y el de los alumnos de la escuela (lección de historia reconstruida mentalmente) permite insertar como sin intención el signo ridiculizante del cobrador de impuestos. La desacralización es, pues, completa. Pero si faltase algún elemento, el final del relato es aún más demoledor:

Desde entonces yo asocio la historia a las ciruelas de teta, y si ahora mismo supiera en qué lugar de la tierra halló por fin acomodo mi maestro José Gelasio Barreto allá fuera a preguntarle por qué Bolívar acabó con la vida de Piar a las cinco de la tarde del 16 de octubre de 1817; eso él no nos lo leyó de ningún libro. Le diría también que bien hecho lo de Los Barrancones, en que sufrió una derrota humillante Bolívar, porque José Gelasio Barreto nos dio la lección de que los hombres se deben respeto entre sí y jamás debe derramarse la sangre. Tal vez él me impondría el silencio o no me negaría como antaño el premio a la aplicación.

Las tendencias a parodizar la historia, a dislocar las linealidades, a desmontar el realismo por vía de las distorsiones, la poeticidad de la prosa narrativa como un constituyente de la atmósfera misma donde se desarrolla cada cuento, hicieron de *El osario de Dios* un libro cuya lectura actual lo ubica indiscutiblemente como uno de los iniciadores de la contemporaneidad de nuestra literatura. Invito a seguir leyéndolo en su totalidad.

R Ó M U L O G A L L E G O S
N O V E L I S T A Y H O M B R E E J E M P L A R
D E A M É R I C A L A T I N A*

La tarde habanera mira caminar por el viejo puerto dos parejas. El periodista, el narrador y sus esposas dialogan. Pasan frente a la estatua de Antonio Maceo. El novelista comenta: este prócer llevaba sangre venezolana en sus venas. Su padre era venezolano. Es diciembre. La brisa enfría los crepúsculos. El periodista recuerda que pocos meses antes asistía al apoteosis del novelista, investido Presidente de Venezuela. Formaba parte de la delegación cubana, con el maestro Fernando Ortiz, el crítico Jorge Mañach y el ensayista Juan Marinello. Sobre decir que el periodista que ahora está allí con su amigo, es Raúl Roa. El novelista, un Presidente electo por el pueblo y derrocado por los mismos oficiales que habían depuesto antes al general Isaías Medina Angarita. Aquellos hombres de armas eran Carlos Delgado Chalbaud, Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez. Habían desconocido la autoridad moral y militar de un general Presidente en cuyo mandato no hubo un solo perseguido, ningún prisionero político, ningún exilado. Se habían conjurado con Rómulo Betancourt y otros dirigentes del mismo partido del novelista, quien no fue informado de semejante atropello. El periodista lo justificaba. Los exalumnos de Gallegos lo comprometieron después para que aceptara una candidatura presidencial que resultó triunfante pero efímera. Y en el momento de su investidura estuvo rodeado de hombres de letras llegados de todos los puntos cardinales de América, desde Waldo Frank hasta Gabriela Mistral; desde Andrés Bello hasta los cuatro amigos cubanos que ahora, derrocado y bullente de indignación, le abrían las puertas de La Habana. Mañach había sido uno de los primeros críticos latinoamericanos cuando *Doña*

* Conferencia leída el 18 de noviembre de 1999 en la Casa de las Américas de La Habana, durante la Semana de Venezuela en Cuba y la visita del Presidente de la República de Venezuela. Fechado en Caracas, noviembre de 1999.

Bárbara concedió fama internacional a su autor. Don Fernando Ortiz sería la figura cimera de la cubanidad azucarera y africana. Marinello hablaría de tres novelas ejemplares: *Doña Bárbara*, *La Vorágine*, *Don Segundo Sombra*. Raúl Roa, más que un periodista, un político y un amigo, fue el primero en llegar al Hotel Nacional, tocar la puerta de la habitación 321 y sacar al escritor con su esposa para charlar calle afuera, mar al frente, por la Avenida del Puerto, en la primera entrevista que concedía Rómulo Gallegos al llegar a la ciudad elegida por él como destino de su exilio inicial.

Fue en su exilio habanero donde evocó Rómulo Gallegos con mayor intensidad y nostalgia los años de iniciación literaria, en un ensayo escrito a modo de carta para Julio Horacio Rosales, otro de sus compañeros de *La Alborada*. Lo bautizó como un “Mensaje al otro superviviente de unas contemplaciones ya lejanas”. Fue publicado en *Bohemia* el 9 de enero de 1949. En ese mensaje se halla una de las reflexiones que mejor autorretratan al hombre de ideales proyectados a la lucha social y al novelista en cuya obra está siempre palpable una admonición moral de dignidad y ejemplo para superar los dolores de pueblo de nuestras repúblicas. Esa frase repetida muchas veces dice: “tanto más se pertenece uno a sí mismo cuanto más tenga su pensamiento y su voluntad, su vida toda, puesta al servicio de un ideal colectivo”¹. Y fue también desde su llegada al exilio habanero, cuando el hombre adolorido por la afrenta, quizá como el Cid aventado de Castilla, con “los ojos fuertemente llorando”, encontró un día de diciembre de 1948 a todo el pueblo de Cuba congregado en la Plaza José Martí, por convocatoria para un gran homenaje nacional. Allí se escuchó la palabra de don Fernando Ortiz, patriarca de la dignidad cultural cubana, cuando lo proclamaba “simbólico Presidente de todos los pueblos unidos de todas las Américas”².

¹ “Mensaje al otro superviviente de unas contemplaciones ya lejanas”, *Una posición en la vida*. Caracas, Edics. Centauro, 1977, vol. 2, p. 96.

² “Discurso de don Fernando Ortiz en el homenaje nacional a Rómulo Gallegos”, *Cuba, patria del exilio venezolano*. Comp. de José Agustín Catalá. Prólogo de Simón Alberto Consalvi. Caracas, Edics. Centauro, 1982, p. 227.

La concepción latinoamericanista de Rómulo Gallegos arraiga en los primeros textos escritos para la revista *La Alborada*, editada por él, Henrique Soublette, Julio Planchan, Salustio González Rincones y Julio Horacio Rosales en 1909. El latinoamericanismo especialmente se manifiesta en un ensayo titulado “La alianza hispanoamericana”. Apenas once años antes, la guerra hispano-norteamericana había conmovido hasta la indignación las conciencias del Continente. El primer venezolano que reaccionó contra el comienzo del atropello imperialista fue César Zumeta, en su ensayo *El continente enfermo* que ahora está cumpliendo cien años. Zumeta proponía, sin más, una unidad armada en defensa de la soberanía hispanoamericana frente a Estados Unidos. En su reflexión, Gallegos condenaba “el afán conquistador del yanqui” y para contrarrestarlo proponía la necesidad urgente de una alianza económica, política y cultural de nuestros países. Era, en su criterio, la mejor manera de honrar a Bolívar en la proximidad de la conmemoración de la independencia, a un siglo escaso de haberse iniciado el proceso emancipador entre los acontecimientos venezolanos del 19 de abril de 1810 y el 5 de julio de 1811. El joven escritor de 25 años condenaba el aislamiento de nuestras repúblicas, tanto como el europocentrismo exacerbado con el cual nuestros intelectuales nutrían su visión del mundo. Concluía proclamando:

Si alguien se incorporara a gritar a todos, que nuestro porvenir es el de América Latina, que en nuestra sangre está quizás la fuerza que ha de realizar futuros prodigios, que no pende la suerte de la humanidad de las viejas razas que caminan a su decadencia en el extranjero continente, sino del ímpetu y vigor juvenil de las que se levantan en el nuestro, dando traspiés, porque aún comienzan a andar, y tanteando rumbos, pero seguras de su propia fuerza, sin duda habríamos colocado la primera piedra de aquel edificio que soñó Bolívar³.

³ “La alianza hispanoamericana”, *La Alborada* (Caracas), N° 4 (marzo, 1909). También en: *Una posición en la vida*. v. 1, p. 44.

Esa conciencia reflexiva, capaz de horadar en las entrañas de nuestros pueblos, se había nutrido en él, como en sus compañeros de grupo intelectual, de las fuentes filosóficas expresadas por los pensadores españoles de 1898. Especialmente Joaquín Costa, Ángel Ganivet y el primer Ramiro de Maeztu, imbuido de socialismo utópico. Cuando Gallegos medita en 1912 sobre la “Necesidad de valores culturales”, en *El Cojo Ilustrado*, las referencias a Maeztu y Ganivet son directas. Del primero transcribe entre comillas esta frase: “La democracia necesita de intelectuales para que su triunfo no signifique la barbarie”⁴. De aquella lectura pensamos que nace el cimiento filosófico del pensador social y la visión del mundo del novelista. En el aspecto social, la glosa de Maeztu induce a Gallegos a exponer su temprano concepto de democracia: “Pero sobreentiéndase que al decir democracia, no me refiero al accidente político de una forma de gobierno, sino al fenómeno social que es esta universal aspiración de igualdad que constituye la característica de nuestra época”.

Ese mismo año de 1912 el argentino Manuel Ugarte había publicado en Madrid su famoso libro *El porvenir de la América española*. Había emprendido una cruzada antimperialista por los países de América Latina y habló en Caracas en un homenaje a Bolívar organizado por la Universidad Central.

Aquellas resonancias y la herida en el costado de América que fue la agresión norteamericana a Cuba, Puerto Rico y Filipinas bajo el pretexto de ayudar a la independencia cubana, marcaron la sensibilidad latinoamericanista de nuestro narrador. En 1929 obtiene el Premio al Mejor Libro del mes en España con su novela *Doña Bárbara*. La fama del escritor se internacionaliza. Su obra alcanza difusión masiva en el mundo de habla castellana. En uno de los primeros capítulos, el novelista introduce como causal de un conflicto familiar, las diferencias de opinión sobre la guerra hispano-americana. Y a distancia de cien años de aquel conflicto internacional uno se pregunta si, aparte la presencia ficcional de Mister Danger, ¿no será la guerra de Barqueros y Luzardos, una de las más sutiles simbolizaciones históricas de las rupturas políticas e

⁴ R. Gallegos, “Necesidad de valores culturales”, *Una posición en la vida*, v. 1, p. 99.

ideológicas originadas por el imperialismo en las ocupaciones de nuestras islas caribeñas o del Pacífico?

En el Capítulo II de *Doña Bárbara*, “El descendiente del Cuna-vichero”, hay dos escenas que puntualizan la simbiosis entre la rivalidad parricida de un Luzardo, hermano mayor del protagonista y el debate surgido de la lectura sobre la guerra internacional hispanoamericana, en una publicación periódica, posiblemente *El Cojo Ilustrado*. José Luzardo, el padre, se parcializa por España. Félix, el hijo, “síntoma de los tiempos que ya empezaban a correr –escribe Gallegos– se entusiasmaba por los yanquis”. El enfrentamiento concluye con la muerte de Félix, en manos de su padre, durante una riña de gallos. Esa presencia internacional inserta en una novela de la llanura venezolana resulta indicativo de la conciencia que el escritor mantuvo despierta frente a los problemas de nuestra América. Consagrado escritor, en 1931, invitado por la Federación Latinoamericana de Estudiantes, en el Roerich Museum de Nueva York, pronunció una conferencia titulada “Las tierras de Dios”. Nuevamente la prosa épica con que describe la naturaleza y la pasión latinoamericanista confluyen. Ante una pregunta de Gabriela Mistral sobre la coincidencias de las descripciones de *Doña Bárbara* con la realidad, Gallegos se desborda en un párrafo que bien podría haber sido prolongación de la famosa novela: “Tierras propicias al bárbaro brote, tierras que vuelcan el fondo del alma y abren la jaula a los pájaros negros de los torvos instintos; pero tierras recias, corajudas, buenas también para el esfuerzo y para la hazaña”⁵. Cuando en México se cumplieron los 25 años de la publicación de *Doña Bárbara*, la gran chilena exclamaría del autor: “¡Qué hombre tan naturaleza!”.

Como hombre político, Gallegos había proclamado la urgencia del sufragio universal, del voto popular, directo y secreto desde la muerte de Juan Vicente Gómez. Entra en campaña presidencial por primera vez en 1941. Adversaba con respeto a Isaías Medina Angarita. No triunfó y supo mantener una oposición combativa. No fue consultado por sus compañeros de lucha a la hora de participar en el derrocamiento de

⁵ “Las tierras de Dios”, *Una posición en la vida*, v. 1, p. 119.

aquel Presidente militar cuya gestión ha sido una de las más libres y constructivas del presente siglo en Venezuela. Los mismos que derrocaron a Medina lo echarían de la Presidencia a él también, el 24 de noviembre de 1948. Salió al exilio el 5 de diciembre de 1948.

Cuba es la solidaridad intelectual con Gallegos. Fue el rumbo que él ordenó tomar cuando el piloto del avión que lo conducía al exilio, preguntó a donde quería ir. Viejos amigos lo acogieron. Un día después de su aterrizaje en La Habana, los representantes socialistas lograron unanimidad en el Ayuntamiento para declararlo huésped de honor. La Cámara de Representantes lo recibió en sesión solemne y los universitarios lo declararon huésped de honor del estudiantado y la juventud cubana, a través de su Federación. Aquí vivió en el Edificio Las Américas donde ahora el Presidente develará un busto suyo. Aquí en La Habana fueron editadas por primera vez sus *Obras completas*, con el sello de Editorial Lex en 1949. Y también es de justicia recordar que fue en La Habana donde un denso grupo de escritores cubanos postuló por primera vez, en mayo de 1950, a Rómulo Gallegos para la concesión del Premio Nobel de Literatura. En la amplia lista vale recordar entre otras las firmas de escritores y artistas como Fernando Ortiz, Raúl Roa, Juan David, Elías Entralgo, Mariano Rodríguez, Sarah Hernández Catá, René Portocarrero, Filiberto Rodríguez, Juan García Espinosa, Julio Le Reve-rend y muchos más, junto a Bienes vale recordar el luchador y escritor dominicano, quien vivía también exiliado en La Habana: Juan Bosch.

Aquí, en la Universidad de La Habana, se reunía en abril de 1949, el IV Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Y ante profesores, estudiantes y escritores, habló Gallegos para presentar a toda América una “Rendición de cuentas”, donde el sentido ético del político y del intelectual le hacen decir: “Yo conservo el derecho de sentarme entre las esclarecidas letras de nuestra América que aquí se han reunido, porque no le he hecho traición a las mías, construidas conforme a las reglas de la concordancia entre escritor y pueblo”⁶. Esa conciencia de dignidad se mantendrá erguida a lo largo de su

⁶ “Rendición de cuentas”, *Una posición en la vida*, v. 2, p. 107.

existencia restante e irá elevándose con severa autoridad en defensa de las democracias sociales de América Latina. Así lo veremos después en México, junto a Lázaro Cárdenas al condenar los nuevos atropellos de Estados Unidos, representados por el macabro John Foster Dulles contra la democracia revolucionaria iniciada por Jacobo Arbenz en Guatemala. Las numerosas producciones narrativas que salieron de sus manos fueron tejiendo una red de hilos conductores hacia la entraña de Venezuela, pero también de América. Hoy todavía se pueden leer sus obras sin que un mal recuerdo las haga caer de las manos.

M A R I O B R I C E Ñ O I R A G O R R Y
Y L A T R A D I C I Ó N H I S P Á N I C A *

*“A través de los velos del recuerdo
los hechos pasados adquieren una dulce vaguedad,
semejante a la que pone en las cosas la niebla
de los blancos días de invierno”*

Mario Briceño Iragorry. Madrid, febrero, 1956.

1. Antecedente

En junio de 1997, visité España. Se cumplían cien años del nacimiento de Mario Briceño Iragorry. Hablé sobre él en el Colegio Mayor Guadalupano de Madrid y en la Cátedra Fray Luis de León de la Pontificia Universidad de Salamanca.

En septiembre viajé por segunda vez hasta Salamanca para dictar cursos en la Cátedra “José Antonio Ramos Sucre” de Literatura Venezolana. Las dos ocasiones me permitieron mirar de cerca lugares que acentuaron la memoria de vivencias leídas en la obra de don Mario: la casa de Beatriz Galindo (1475-1534) (La Latina) en una calle de Salamanca. Unos estudiantes venezolanos que cursaban su post-grado en la Universidad, (Juan Carlos Chirinos y Octavio González), me hablaron del pueblecito de Ledesma, distante pocos kilómetros de la ciudad salmántica. Allí fui con los profesores amigos Carmen Ruiz Barrionuevo, César Real y los estudiantes. Visitamos un pequeño Paseo dedicado a la memoria de Alonso Andrea de Ledesma, a quien don Mario supuso nativo de Trujillo de Extremadura¹. Ese personaje de los aldeaños

* Prólogo para la edición de una *Antología* que con motivo del Centenario del Nacimiento de don Mario Briceño Iragorry, pensaba realizar la Junta de Galicia, en España, y que nunca llegó a imprimirse. Fechado en Caracas, noviembre de 1998.

¹ Cf. “El conquistador español. Los fundadores de Trujillo”, *Obras completas*. Mario Briceño Iragorry. Caracas, Congreso de la República, 1998-, v. 5, pp. 167-322.

salmantinos, exhumado del olvido histórico, marcó el punto de cambio en la escritura de Briceño Iragorry.

Su hispanismo de juventud fue contradictorio. Las lecturas de Rodó y Nietzsche delinearon oscilaciones entre una defensa de la espiritualidad latina frente al pragmatismo sajón y una exaltación del irracionalismo ético del pensador alemán. La Primera Guerra Europea y las lecturas de Romain Rolland le abrieron los ojos a una visión universal de los problemas humanos. En alguna página de adolescencia contrapone su americanismo combativo y emocional a la herencia cultural española. A medida que va madurando intelectualmente su pensamiento se hace más profundo y combativo. A la emotividad se le enfrenta una vocación de investigador que lo inducirá definitivamente por rumbos historiográficos más objetivos sobre la conquista hispánica en América. Cercano a las argumentaciones de José María Ots Capdequi, el revisionismo nutrió obras fundamentales escritas por Ángel César Rivas, Caracciolo Parra León y Briceño Iragorry².

Cuando ingresa en la Universidad de Los Andes, en Mérida de Venezuela, para estudiar Derecho, Briceño Iragorry profundiza la amistad con Mariano Picón Salas (1901-1965) y otros incipientes intelectuales andinos. Se integra a la revista y el grupo *Génesis*. Antes había sido corredactor de dos pequeñas revistas estudiantiles en Trujillo, su ciudad natal: *Ariel* y *Juan Cristóbal*. En esos días el conocimiento de Nietzsche anduvo de la mano de un maestro, Julio Helvecio Sánchez. Ahora, en Mérida, la asimilación filosófica lo torna iconoclasta y agnóstico. Un buen día el acercamiento a un compañero de estudios, su más entrañable amigo –Caracciolo Parra León– y las lecciones de un joven profesor,

(Citadas de aquí en adelante como *OC*). Carlos Edsel González, en el *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas, Fundación Polar, 1988, vol. 1, p. 132, establece que este conquistador era nativo de la Villa de Ledesma, donde nació en 1537, hijo de Alonso Andrea, “uno de los principales vecinos de la villa”.

² De Ángel César Rivas es famoso su discurso de incorporación en la Academia de la Historia: “Orígenes de la independencia de Venezuela” (1909). De Caracciolo Parra fueron decisivas *La Instrucción en Caracas, 1567-1725* ((1932) y *Filosofía universitaria venezolana: 1785-1811* (1933); de Briceño Iragorry, *Tapices de historia patria e Introducción y defensa de nuestra historia*.

Roberto Picón Lares, lo van regresando a las creencias religiosas de un catolicismo crítico, menos ortodoxo que el de Parra. Lee a los místicos, estudia teología, discute problemas de fe con sus dos amigos consejeros.

En 1921, residenciado en Caracas, Mario Briceño Iragorry publica su primer libro: *Horas*. Al lado de prosas poéticas ya están recogidos en el pequeño volumen algunos ensayos que muestran la madurez de un incansable lector: los clásicos españoles (Fray Luis, Santa Teresa, Juan de la Cruz, Cervantes, Quevedo) saboreados y comentados con su fraternal Caracciolo Parra León, se mezclan con fuentes de autores franceses (Daudet, Zola, Baudelaire, Flaubert), los nórdicos Ibsen y Björson. Entre los ensayos iniciales resalta el dedicado al Dr. Eloy Paredes, un descendiente del conquistador Diego García de Paredes (1506-1563), a su vez hijo de otro Diego García de Paredes (1464-1530) a quien Cervantes elogia en *El Quijote*. Briceño Iragorry transcribe el fragmento leído en el gran clásico: "... tal dice en "El Quijote" don Miguel de Cervantes y Saavedra al querer referirse al famoso capitán español, caballero de Fernando V, oficial de la guardia del papa Alejandro VI, vencedor varias veces de los Orsino en Italia, compañero en andanzas del Gran Capitán don Gonzalo de Córdoba, y padre del conquistador de su mismo nombre: Don Diego García de Paredes, venido a tierras americanas por los años de 1550, gobernador que fue de El Tocuyo, y luego fundador de la llamada por un olvidado cronista *ciudad portátil*, Nuestra Señora de la Paz de Trujillo en Venezuela³. Esa manera de hilvanar lecturas literarias o documentales con sus propias vivencias de la Historia nativa van configurando el discurso hispanista y nacionalista de Mario Briceño Iragorry. A partir de aquel texto escrito en 1921, no cesará de indagar en los ancestros de los fundadores de Trujillo. Entre ellos, su abuelo remoto Sancho Briceño (1506-1565) y Alonso Andrea de Ledesma (1537-1595), joven oficial que acompañó a García de Paredes en la conquista de los indios cuicas en el occidente venezolano.

³ "Elogio del Dr. Eloy Paredes", *Obras completas*. Caracas, Edics. del Congreso de la República, 1988-1998, vol. 14 (1991), p. 63. En adelante citaremos: *OC*. seguido del volumen, año y página.

Los primeros sondeos de Briceño Iragorry, relativos a sus raíces ancestrales, datan de 1928. Proseguirán a lo largo de toda la vida. Primero fue hurgar en las culturas indígenas de los Andes venezolanos. Después vendrá la indagatoria sobre los orígenes fundacionales de su ciudad nativa. De la ciudad y sus fundadores va ampliando el estudio a otros conquistadores y ciudades: Maracaibo, entre otras. Pero es la pequeña población, donde él vio la luz, el centro irradiante de la reflexión historiográfica abierta en espiral hacia visiones cada vez más abarcadoras. Su nacionalismo como núcleo para la comprensión universal del hombre en un contexto de contemporaneidad aumenta la vigencia frente a los grandes retos y desafíos de una globalización no exenta de ambigüedades: “insisto una vez más en sostener cómo la afirmación de los valores nacionales, lejos de impedir la integración del hombre en el orden universal, ayuda a hacer más recia la sillería del edificio donde se insertan para una mayor justicia y para una mejor comprensión las aspiraciones de los pueblos. Para hacer efectivo y vigoroso lo internacional, precisa la existencia clara, definida y consciente de los grupos nacionales”⁴. Esa idea de un nacionalismo universal tiene cimiento en la triple raíz hispanoamericana de nuestra cultura: lo indígena, lo hispánico, lo africano. Y el conjunto arranca de la pequeña ciudad donde se nace. El Trujillo venezolano, evocado y añorado desde el Trujillo de Cáceres genera una doble nostalgia de hispanidades, una originaria, otra modificada por el encuentro de culturas.

En 1948, Briceño Iragorry refería que el mito de Alonso Andrea de Ledesma fue invocado por él “... en días nublados para la patria, cuando la amenaza de un ataque alemán a nuestras costas llevó temblores de agonía aun a espíritus más jóvenes”. Era la Segunda Guerra Mundial. Aquella figura de anciano que sale al paso a una invasión corsaria para impedir el asedio de Caracas, se erigía como un símbolo quijotesco, defensivo de la soberanía venezolana. A partir del pequeño libro el pensamiento de Briceño Iragorry comienza un indetenible crecimiento por rumbos de un nacionalismo hispano-americano combativo y crítico, diferenciado en forma plena de las modalidades europeas

⁴ “*Por la ciudad hacia el mundo*”, OC., vol. 1, 1988, p. 343.

nacional-socialistas. Fue un ideario que marcó derroteros nuevos para América Latina en la resistencia a la escalada imperialista de los años cincuenta, emboscada tras la hidra de numerosas dictaduras militares diseminadas por todo el Continente. Su figura terminó convertida, como la de Ledesma, en un símbolo. Galvanizó a las nuevas generaciones de jóvenes venezolanos en la lucha contra la dictadura de Pérez Jiménez. Como epílogo sobrevino el exilio del historiador e, incluso, la agresión física a su persona, en una calle de Madrid.

Mi lectura de 1997 en Madrid y Salamanca fue dirigida a un pequeño público académico. Estimo que para un lector español pudiera aún conservar algún interés y con este propósito la reproduzco ahora para completar estas palabras introductorias que, gracias a la lealtad de un amigo de Mario Briceño Iragorry, don Manuel Fraga Iribarne son editadas ahora por la Xunta de Galicia.

2. ¿Quién es Mario Briceño Iragorry?

En marzo de 1953 llega a Madrid un hombre de estatura mediana, cejas superpobladas ya encanecidas. Tiene cincuenta y seis años. Se aloja en un pequeño apartamento de Castelló 64. Es venezolano. Viene exilado de una dictadura que lo señala enemigo público Nº 1. Durante el régimen surgido por el derrocamiento del presidente constitucional Rómulo Gallegos, el desterrado combatía con palabra vehemente la progresiva entrega material y espiritual de su país a los Estados Unidos. Espejismo de una riqueza adventicia, el petróleo cegó las conciencias críticas salvo excepciones como él. Surgió un engendro humano, el “pitiyanqui”. Lo había descrito Luis Araquistain en su revista *España*. Fue parafraseado por Andrés Eloy Blanco, lector de Araquistain. Briceño Iragorry lo redefinió con apoyo en cierto poeta puertorriqueño⁵.

⁵ “La palabra pitiyanqui no la he inventado yo. La palabra es puertorriqueña. La acuñó el alto poeta Luis Llorens Torres. Su origen semántico quizá tenga algo que hacer con la florida imaginación del poeta. La voz piti como alteración del francés petit, entra en la palabra pitiminí, recogida por la Academia, y con la cual se designa el rosal de ramas trepadoras que echa rosas menudas y rizadas. Llorens Torres, más que en las

Mario Briceño Iragorry mantuvo por mucho tiempo una columna semanal en un diario caraqueño *El Nacional*. No atacaba directamente al régimen dictatorial. Hurgaba en la historia, incómoda a los despotas. La esgrimía como un arma y una angustia o, en términos de Kierkegaard, como un “permanente ontológico”⁶. La asumía como pasión y como arquitectura moral de los pueblos:

Cuando se siente la Historia con pasión de vida, comprendemos cómo en mirando hacia los anales del pasado renovamos soleras valentísimas que ayudan a dar tono a los caldos frescos. Nada de bíblica mujer convertida en estatua de sal; nada de telaraña que entorpece la mirada hacia el porvenir. Sin Historia no hay pueblo. Sin Historia las colectividades carecen de “comunidad” que les dé sentido por donde puedan superar lo disvalioso de la lucha instintiva. Habrá factoría, habrá empresa, habrá edificios y haciendas y caminos y puentes, pero no habrá nación, ni ciudad, ni pueblo, ni hombres, ni espíritus”⁷.

Cuando uno lee tal reflexión siente el impulso de preguntar ¿será esa la razón por la cual un norteamericano, escondido tras el biombo japonés de su apellido Fukuyama, decreta la muerte de la Historia? Tener clara conciencia histórica es un antídoto contra la globalización mal entendida o ejecutada como atomización de las especificidades nacionales de cualquier cultura. No hay que temerla, pero hay que vigilarla y ninguna atalaya mejor que una fuerte conciencia histórica.

En la concepción de la historia el ensayista afianzaba su prédica defensiva de los valores de la nacionalidad. Desenmascaraba un nacionalismo de pantomima que hacía desfilar a los empleados públicos junto a los estudiantes de escuelas primarias, al compás de bandas

rosas debió pensar en la actitud trepadora de los compatriotas que se rindieron al nuevo colonialismo”, “Léxico para antinacionalistas”, *Aviso a los navegantes* (1953), *OC.*, vol. 8, 1990, p. 185.

⁶ “Por la ciudad hacia el mundo”, *OC.*, vol. 1, 1988, p. 342.

⁷ *Ibíd.*, p. 343.

marciales y con banderitas nacionales empuñadas en una “Semana de la Patria”, juego de escarnio, ideograma de “Nuevo Ideal Nacional” con que se justificó el decenio dictatorial de Marcos Pérez Jiménez.

A Briceño Irigorry le perdonaron la crítica doctrinaria, en parte porque los señores del poder no entendían mucho lo que él mismo llamó un *Mensaje sin destino*. Hasta que osó participar en unas elecciones convocadas por la dictadura para reunir una Asamblea Constituyente. Obtuvo una ruidosa victoria que lo tornó figura cimera de oposición al régimen perezjimenista. Se le quiso atemorizar para neutralizarlo. No cedió. Fue obligado a salir del país, a riesgo de encarcelamiento. Dentro era un adversario temible. Fuera, un descrédito para el régimen.

Mario Briceño Irigorry llegaba a España, tierra de sus mayores, cuya cultura había estudiado desde muy temprana edad, como legado cultural y espiritual: una lengua, una religión, una Patria Grande integrada a América por sangres y orgullos, por odios o afectos como en toda familia y también por ejemplo de hidalguía⁸. La conquista y el poblamiento, además de dominación política los interpretó como una transferencia de instituciones y de sustancias populares⁹. La prosperidad

⁸ Su concepto de Patria, lo expuso en 1953: “Algunos la miran, en cambio, como mero campo para el desarrollo de las industrias útiles. La reducen a simples valores geográficos. Pero eso no es la Patria. La Patria, más que el suelo, es el proceso antiguo de las generaciones que, en el orden material, edificaron pueblos y caminos y crearon la riqueza, y que, en el orden moral, fijaron las líneas diferenciales que dan unidad a la familia nacional. Junto con los recios muros y las amplias vías, ellos dejaron sus pensamientos y sus afectos como patrimonio de mayor calidad”, “La tierra de los padres”. *Aviso a los navegantes*. *OC.*, vol. 8, 1990, p. 155.

⁹ “Popular fue la obra de la población y colonización de las Indias. Dirigió la Corona la política seguidora y así la iniciativa privada fue estimulada por el señuelo de los cargos perpetuos, de la composición de tierras, de la encomienda de indígenas, de las gobernaciones de las nuevas provincias. No fue el noble engreído a alardear su soberbia sobre indios y esclavos sufridos o sobre el peninsular de estado llano. A la limpieza de sangre rastreada en sombrosas sacristías medioevales, se pareó el desnudo mérito de la empresa, donde el número de antiguos labradores, soldados y artesanos copaba la influencia de los infatuados capitanes. El pueblo antiguo se hacía joven para comenzar una nueva historia. En América iban a tener su desquite las clases que soportaron acá el peso de las ínfulas de los presuntuosos señores”, “Por la ciudad hacia el mundo”, *OC.*, vol. 1, 1988, pp. 350-351.

imperial incrementada por las cuantiosas riquezas minerales extraídas de las colonias hispanoamericanas fue analizada en su imprevisión y despilfarro como una lección de advertencia histórica. Los “fantasmas de la Historia” colonial se levantan como en un mito para homologarse con el gran derroche que hizo de Venezuela un país saudita, presuntuoso de su opulencia petrolera y luego un desastroso modelo de nación arruinada por irresponsabilidad de quienes dirigieron lo que él llama *democracia de asalto*¹⁰.

Mario Briceño Iragorry nació el 15 de septiembre de 1897, en una pequeña ciudad del occidente montañoso de Venezuela, la quinta fundada por conquistadores españoles. Fue reubicada varias veces bajo los nombres de Trujillo de Salamanca, Trujillo de Extremadura, Trujillo del Collado, Trujillo de Medellín, Miravel. De tantas mudanzas como tuvo se la bautizó “ciudad portátil”. De ahí tomó Adriano González León título para definir a toda Venezuela: *País portátil*. El año de fundación definitiva fue 1557, diez años antes de que existiera Caracas. Desde la infancia, su familia paterna, de educadores y cronistas, le fue inculcando un amor especial por la historia. En primer término fue la curiosidad por aquella fundación de varios asentos. Luego la mirada hacia el

¹⁰ “Lo que las montañas de oro y plata sobre ella derramadas fueron para la España del Siglo XVI, ha sido para nosotros el petróleo del siglo XX. Si fuimos prósperos y tuvimos abundancia mientras éramos un país pobre, al producirse la plétora de riqueza que trajeron las explotaciones aceiteras, ha ocurrido una exhautez interior semejante a la que sufrió la península matriz al ver repletas sus cajas y abarrotadas sus aduanas. En el orden de la política económica hemos pasado a la categoría de meros intermediarios de los mismos explotadores de nuestros propios recursos. El dinero que recibimos en una mano, lo entregamos con la otra a los mismos banqueros extraños. Lo que nos da en oro el petróleo, lo devolvemos para pagar los artículos que miran a nuestra diaria subsistencia y los que satisfacen nuestra alocada manía de superficialidades. (...) Nos hacemos la ilusión de ser ricos cuando recibimos el jugoso cheque expedido a nuestro favor, pero enseguida, como incautos niños que jugasen a millonarios lo endosamos para provecho de los mercados que nos explotan, como si lejos de ser país independiente, fuésemos factoría de lucro forastero, “Los fantasmas de la Historia” (1948), *OC.*, vol. 17, 1993, p. 100.

mundo, la historia universal. Ese mirar al pasado tenía un sentido ético. No fue presunción de noblezas¹¹.

En el exilio madrileño, cuatro años después de su llegada, vivió la nostalgia de las celebraciones que conmemoraban los cuatrocientos años de vida del poblado venezolano. Se fue entonces al encuentro de la Trujillo de Extremadura, para establecer analogías y exhumar recuerdos. La Patria, fuego solidario y compartido, es ahora la añoranza del suelo remoto, como en la antigua Grecia. Es dolor por el regreso imposible. Relee a Séneca, el desterrado en Córcega, y piensa con él: “¡Sufrimiento intolerable es vivir fuera de la Patria!” Entonces escribe a la nieta María Eirene: “El patriotismo es también ese vago sentimiento que se forma y crece en la penumbra amable de las casas de los abuelos y que busca multiplicarse y fundirse en una comunión sagrada de afectos”¹². Siente bullir los ancestros referidos a un Sancho Briceño, castellano de Arévalo, de los primeros en cruzar el Mar Océano. Y entonces escribe:

Como la mía, esta Trujillo materna es de curso reptante y de ámbito escaso. Tiene anales gloriosos que la vinculan a la lucha feroz del cristiano con el moro y tiene raíces más largas aún, que enredan su historia con la conquista romana. Pequeña la ciudad, a su escasa dimensión geográfica pareciera referirse la forma ibérica Turgiela o Turgala de donde arranca su nombre actual, desvinculado así de la cuna semántica, que en latín de Plinio lo hace derivar de la Turris-Julia o Castra-Julia, donde ganaban descan-

¹¹ En *Mi infancia y mi pueblo*, escribe: “Cuando cito a mis abuelos no crea tampoco usted que estoy haciendo necio alarde de hidalguía. Mis abuelos eran gente llana, como los abolengos de la mayoría de los venezolanos. No fueron grandes “cacaos” y algunos llegaron a ser vistos de menos, porque llevaban sangre esclava en las venas; otros, en cambio, lucieron pergaminos y blasones. Mi abuela materna, la única que conocí, ordenó que blasones y doradas letras fueran echados al fuego abrasador. Buena republicana, no entendía otra nobleza sino la virtud, y tuvo el premio de haber contado por hijas a matronas de verdad. Una de ellas fue mi madre”, *OC.*, vol. 1. 1988, p. 45.

¹² “En tono de cuento” (1956), *OC.*, vol. 1, 1988, p. 131.

so las legiones en su marcha de Emerita Augusta a Cesar Augusta, de Mérida a Zaragoza, en lengua de los nuevos cristianos¹³.

Esta oscilación de nostalgias venezolanas desde España, o de identidades y ancestros hispánicos desde Venezuela, es línea constante de la reflexión en Mario Briceño Iragorry. En su juventud andina mira hacia la península en busca de abolengos. En su madurez de proscrito, desde la península, “torna la cabeza” a la remota geografía de los Andes. La sierra de Guadalupe, vecina al Trujillo español le sugiere aires y paisajes de la sierra trujillana de Venezuela: el valle de los Mucas, las montañas de Mocoy.

A pocos meses de residir en Madrid, una dolencia coronaria lo obligó a ausentarse a Italia. Recuperado, regresó en 1954, acompañado de su esposa y su hija Beatriz. Se alojaron en un apartamento de la calle Velázquez, esquina con Ortega y Gasset (antigua calle Lista). Católico fervoroso, todos los domingos acostumbraba asistir a la misa en la Iglesia de la Concepción Jerónima. Desaparecida hoy, en ese lugar –precisa la hija, Beatriz Briceño Picón, –se erige el Edificio Beatriz, en memoria de Beatriz La Latina¹⁴, una de las primeras mujeres humanistas, cuyos restos estaban sepultados en el viejo templo y a quien Briceño Iragorry llamó “Madrina de América”¹⁵.

¹³ “Por la ciudad hacia el mundo”, *OC.*, vol. 1, 1988, p. 346.

¹⁴ Beatriz Galindo (La Latina) (1475-1534), nativa de Salamanca, preceptora y consejera de Isabel La Católica, latinista y supuesta comentarista de Aristóteles. Durante el viaje a Salamanca para leer esta conferencia, la Profesora Lina Rodríguez Cacho tuvo la gentileza de mostrarme la fachada de la casa donde nació esta admirable humanista.

¹⁵ En un hermoso ensayo fechado en Madrid, 1953, Briceño Iragorry hace memoria de la gran estudiosa y del templo jerónimo así: “En la vecindad de mi residencia madrileña está el monasterio de monjas de la Concepción Jerónima. En su única umbrosa nave he meditado muchas veces ante el sarcófago de la Latina. Para sepultura suya y de su esposo, Don Francisco Ramírez, ordenó la egregia doña Beatriz Galindo, la erección de este templo y casa de religiosas. (...) Cierra su texto con esta expresión de lirismo: “Frente a su severo sepulcro, en el templo silencioso donde con frecuencia rezo, he pensado en la egregia mujer como en generosa madrina de mi América materna. Maestra y camarera de la gran reina,

El 8 de diciembre, día de la Inmaculada, don Mario salía solo de misa. Frente al templo, tres individuos lo atacaron a golpes hasta derribarlo. La prensa venezolana registró la noticia de cable internacional el 9 de diciembre. La información decía: “Unos atracadores asaltaron al escritor Mario Briceño Iragorry, cuando salía de su residencia en Madrid”. La verdad es que se trató de un atentado cometido por la policía política de la dictadura venezolana¹⁶. El historiador quedó muy lastimado y sus dolencias cardiopáticas tendieron a complicarse. Una ostiomielitis comenzó a roerlo. Viajó de nuevo a Génova. Restablecido, sintió impulso de volver a algún país hispanoamericano. La combativa escritura, difundida en periódicos de Argentina, Colombia y otros países, no le creó atmósfera propicia. Casi toda América estaba dominada por dictaduras que seguían dócilmente las directrices neo-coloniales de John Foster Dulles, Secretario de Estado de los Estados Unidos, excepto la Argentina gobernada por Juan Domingo Perón, amigo de Pérez Jiménez¹⁷.

Por tercera y última vez, Briceño Iragorry vuelve a Madrid. Desde fuera se le hostiliza. Las presiones políticas para que sea expulsado, se ejercen desde Caracas, a través del Embajador de España, Valdés Larrañaga; y en Madrid, la intensifica el Embajador venezolano Simón Becerra. Sin embargo, una vez más, el Presidente del Instituto de Cultura Hispánica, Dr. Sánchez Bella, intercede en favor de otorgar la residencia a don Mario. Con su familia, se radica en un modesto piso

también pudiera llamársela aya de sueños y profetisa de pueblos”, “Doña Beatriz Galindo, madrina de América”, *OC.*, vol. 9, 1990, pp. 93-96.

¹⁶ Desde Madrid, el 27 de junio de 1955, en una carta a su hijo Omar Briceño Picón, don Mario escribe: “A mí me hirió, no la cólera de Pérez Jiménez, sino el odio de una clase. El rencor de un grupo... A mí no se me perdona que no colaboré con el actual sistema venezolano”, *Epistolario*, *OC.*, vol. 20, 1997, p. 418.

¹⁷ Durante la década de los cincuenta gobernaban América Latina los siguientes dictadores militares: en Colombia Gustavo Rojas Pinilla; en Perú, Manuel Odría; en República Dominicana, Rafael Leonidas Trujillo; en Haití, Papa Doc Duvalier; en Nicaragua, Anastasio Somoza; en Cuba, Fulgencio Batista; en Paraguay, Alfredo Stroessner y en Venezuela, Marcos Pérez Jiménez. La democracia social de Jacobo Árbenz en Guatemala había sido derrocada el 27 de junio de 1954, por el Coronel Carlos Castillo Armas.

adquirido en la calle de Castelló, entre Juan Bravo y Maldonado. El primer nombre lo haría rememorar los ecos de la rebelión comunera castellana en Mérida y Trujillo de Venezuela. A su alrededor confluyen amigos venezolanos exilados y algunos intelectuales españoles cuya lealtad prevaleció en el tiempo. Particularmente uno: Manuel Fraga Iribarne.

Sobreponiéndose a la salud precaria, Briceño Iragorry despliega en España una intensa labor de producción intelectual. Alternan los temas políticos e históricos. La emotividad trasvasa a algunos ensayos. Es el exilio, la lejanía de amigos y familiares, el paisaje evocado al mirar coriácea geografía castellana. Escribe y envía una copiosa correspondencia a sus amigos de Venezuela y América Latina. Es una forma de paliar la soledad y el aislamiento. Los sentimientos afloran en su escritura epistolar. En las cartas publicadas el lector casi palpa los estados de ánimo: euforias momentáneas, depresiones constantes. Sale poco. La motricidad le ha quedado resentida, pero continúa trabajando sin descanso. En Madrid escribe: *Aviso a los navegantes* (1953); *Gente de ayer y de hoy* (1953); *El hijo de Agar* (1954); *Patria arriba* (1955); *La hora undécima* (1956); *Saldo* (1956); *En tono de cuento* (1956); *Primera lección para mis nietas desterradas* (1956); *Pequeño anecdotario trujillano* (1957); *Por la ciudad hacia el mundo* (1957); *Diálogos de la soledad* (epistolario parcial, edición póstuma, Mérida, Venezuela, 1958); *Cartera del proscrito* (textos publicados en la prensa latinoamericana entre 1952 y 1957); *Prosas de llanto* (recoge 12 fascículos titulados “Resposos”, escritos entre 1955 y 1956) (1969). Ahora lo ocupa una novela donde culmina su denuncia contra una oligarquía saqueadora, cuya primera pieza había sido la biografía histórica titulada *Casa León y su tiempo*. La nueva obra se llama *Los Riberas*. Escribe a mano contra la fatiga y el dolor físicos. A finales de 1956 viaja con su familia a Génova para internarse de nuevo en la Clínica *Montallegro*. Desde Venezuela llegan noticias de que el régimen dictatorial se está descomponiendo. En el lecho de convaleciente lee la prensa y, sobre todo, escucha de su hija Beatriz la lectura del manuscrito de la novela en proceso para las correcciones finales.

En Caracas, los partidos políticos ilegalizados, sectores empresariales, miembros del clero no comprometidos con la dictadura, estudiantes y profesores universitarios, van aglutinándose en un vasto movimiento de unidad, por sobre las diferencias ideológicas. El objetivo es derrocar al dictador. Surge una Junta Patriótica. La preside un periodista que desde joven había militado al lado de Briceño Iragorry y Jóvito Villalba en el Partido URD, organización protagonista de los acontecimientos que llevaron a Briceño Iragorry hasta el exilio en 1953. Es Fabricio Ojeda. La prédica periodística de Briceño Iragorry antes de marcharse y desde el destierro, una copiosa correspondencia y sus libros que ingresaban clandestinamente no sólo mantenían activo su mensaje, sino que también asumían valor de consigna, instrumento de lucha: unirse por sobre toda diferencia. El 23 de enero en la madrugada, Marcos Pérez Jiménez huía por avión hacia República Dominicana donde lo esperaba su amigo el dictador Rafael Leónidas Trujillo. El país venezolano entero desbordaba su júbilo.

La familia Briceño aún permaneció tres meses en Italia. Esperaban el total restablecimiento de don Mario. Desde Caracas, el teléfono insistía en la invitación al regreso. El escritor concluía la revisión de tres libros: *Cartera del proscrito*, *Diálogos de la soledad* e *Ideario político*. Congregaba en ellos artículos de combate contra la presencia opresiva de Estados Unidos en América Latina. Los había divulgado a través de intersticios de libertad logrados en la prensa de Costa Rica, Colombia, Chile, Panamá, Ecuador. Su cruzada ideológica era semejante a la librada a comienzos de siglo por otro latinoamericano: Manuel Ugarte, un socialista argentino a quien Briceño Iragorry había escuchado en 1912, durante una gira antimperialista que desde Madrid había cumplido el autor de *El porvenir de la América Española* (1911)¹⁸.

A fines de marzo de 1958, Briceño Iragorry emprendió el regreso a Venezuela. Llegó el 13 de abril. Cundieron los homenajes. Se reconocía en él un símbolo de la resistencia moral, aglutinante de voluntades

¹⁸ La Biblioteca Ayacucho de Venezuela (N° 45) publicó una excelente antología de textos de Ugarte con el nombre *La nación latinoamericana*. Selección y prólogo de Norberto Galasso. Caracas, 1978

combatientes durante los ocho años de dictadura. Su vida intelectual volvió a intensificarse en conferencias, artículos, entrevistas públicas y privadas. Una preocupación lo fustigaba: derrocado el dictador miraba proliferar de nuevo el sectarismo de grupos y partidos, la voracidad por asumir posiciones de poder a cualquier costo, lo que él había calificado reiteradamente como una “democracia de asalto”. Insistió hasta el final en que era urgente pensar primero en el país y luego dirimir las diferencias que enmascaraban los verdaderos intereses de grupos económicos y partidos políticos.

Aunque presentía el naufragio de los principios en la carnalización electoral, seguía convencido de que la única vía para restablecer una verdadera democracia con justicia social, más allá de los oportunismos del comercio del voto, era mantener un frente unitario capaz de producir un nuevo proyecto social y político, nacionalista en su defensa del patrimonio material y moral del país, sin menoscabo del universalismo de su ideario cristiano¹⁹. Abogaba por un procedimiento justo en la distribución social equitativa de una legendaria riqueza malbaratada por la misma oligarquía usurera y acomodaticia. Sus deseos no hallaron eco. Rechazó la postulación de candidato presidencial respaldada por un solo partido. Le flaqueaban las fuerzas y el desencanto hacía su tarea depresiva. Falleció el viernes 6 de junio de 1958.

¹⁹ “Sin negar el sentido ecuménico del hombre, he defendido de manera ardorosa y sistemática los valores de lo venezolano y he denunciado en forma angustiada el proceso de disolución promovido en el esqueleto de la sociedad nacional por la presencia de anti-valores que desdican nuestra tradición de pueblo”.

Párrafo seguido añade: “En un espíritu profundamente saturado de los principios universalistas de la doctrina cristiana, pareciera contradictorio el empeño de exaltar el área restringida de lo nacional. Mas, el nacionalismo que yo propugno, no es el nacionalismo arisco y exclusivista de los imperios. Yo defiendiendo en el orden social la dignidad sagrada del pueblo nacional. Creo que sin el robustecimiento de las pequeñas naciones, no puede llegarse a la anfictionía de los países. Dista esto bastante del chovinismo de quienes se sienten titulares de mayorazgos ilusivos”, “Así ha sido mi vida”, *OC.*, vol. 1, 1988, p. 109.

3. Tradición hispánica. Leyendas negra y dorada

“Nada ha contribuido tanto a desarticular nuestra continuidad de pueblo como el empeño sistemático de confundir las formas políticas del sistema colonial con la realidad histórico-social cuajada durante los siglos de acomodo de las nacionalidades hispanoamericanas”

M. Briceño Iragorry. *Patria arriba*.

Mario Briceño Iragorry había nacido un año antes de que finalizara la guerra emancipadora de las colonias dependientes de la corona española. El desenlace dramático de la guerra hispano-yanqui (1898), la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas por la injerencia militar norteamericana sacudió las conciencias e indujo a una reflexión autocrítica respecto a la cultura hispánica en América. En este cambio de visión fue importante el vínculo entre la “Generación española del 98” y los americanistas que regresaron a las raíces de la tradición hispano-latina para oponerla al creciente avance norteamericano en Latinoamérica²⁰.

La vieja controversia de las leyendas negra y dorada comenzaba a reformularse dentro del llamado *revisionismo histórico*, un término adoptado de Santayana, al menos en el caso de Briceño Iragorry²¹.

Los argumentos esgrimidos por los primeros pensadores de la independencia, formados en la Universidad Colonial a finales del siglo

²⁰ Este proceso fue estudiado con profundidad por Roberto Fernández Retamar, en una ponencia titulada “Contra la leyenda negra”, Cf. *Actas del Simposium Internacional de Estudios Hispánicos* (Budapest, Akademia Kiadó), N° 18-19 (1976-1978), pp. 39-58.

²¹ “Me complace haber ayudado a la formación de nuevos conceptos para el juicio de la Historia nacional. No era racional que la problemática histórica se mantuviese en las líneas rígidas y pugnaces que le habían fijado los viejos historiadores antihispanistas; precisaba, en cambio, que nuestro tiempo cumpliera la consigna de revisión que con tanto acierto define Santayana al decir que cada generación está en el deber de reconstruir todo el conocimiento histórico y fijar una nueva perspectiva que se acople al genio dramático de la época”, “Así ha sido mi vida” (Madrid, 1954), *OC.*, vol. 1, 1988, p. 109.

XVIII, se van tiñendo de romanticismo épico por la lucha armada (1810-1821) y de resentimientos etno-culturales por el desplazamiento intelectual hacia la Francia post-revolucionaria. Exhumados por los historiadores positivistas en las dos últimas décadas del siglo XIX, esos alegatos gestaron la *leyenda negra* de la cultura española en América. Un siglo después comienzan a investigarse dentro de nuevas metodologías aportadas por el Positivismo a las Ciencias Sociales. En esa línea surgen posiciones doctrinarias como el *arielismo*. Antes de Rodó, un venezolano, César Zumeta había publicado un ensayo de alerta al intervencionismo norteamericano. Lo tituló *El continente enfermo* (1899). Al año siguiente circuló *Ariel* (1900). Otro pensador, el argentino Manuel Ugarte hacía más patente el llamado: “El peligro yanqui” (1901). En ese contexto polémico transcurre el período de formación de Briceño Irigorry. Iconoclasta y agnóstico en la juventud, lector temprano de Nietzsche, su pasión inicial frente a la historia se mantuvo ligada al pensamiento positivista dominante. Briceño Irigorry no fue ajeno a aquellos prejuicios de la Leyenda Negra. En una página de juventud, “Americanismo, no hispanismo” (1919) había negado el aporte hispánico a nuestra cultura americana. Estudiaba entonces su carrera de Derecho en la Universidad de Los Andes, cuyo Rector, médico positivista, Diego Carbonell era un empecinado antihispanista.

Entre 1918 y 1920 Mario Briceño Irigorry se había convertido en *enfant terrible* de los conferencistas merideños²². Luego se opera un cambio drástico hacia un espiritualismo que lo transforma en católico practicante y también beligerante. Del primer período es su aproximación y búsqueda de las raíces indígenas del occidente venezolano.

²² En carta a V. M. Pérez Perozo (9-01-41), recuerda los días merideños y confiesa: “En Mérida, mis días de Universidad fueron a la par de escándalos religiosos. No contento de seguir mi propio impulso, hice míos los de Diego Carbonell, entonces Rector de la vieja casa de San Buenaventura. Allí, por su indicación, ataqué a España en el mero día de la Raza”. Agrega: “En una Asociación de Obreros, por agosto de 1920, ataqué a los capitalistas con tesis extraídas de Marx, a cuya lectura me había dado con afán revolucionario. El propio Obispo pidió no ser invitado a ningún acto literario en que yo llevase la palabra”. Incluida en el *Epistolario, OC.*, vol. 22, 1997, p. 551.

Investiga etnológica y arqueológicamente la cultura timoto-cuica²³. Sigue las líneas del americanista venezolano Julio César Salas. En el segundo tiempo, el cambio de mentalidad va operándose junto a Roberto Picón Lares y Caracciolo Parra León, cuya *Filosofía universitaria venezolana* se convirtió en la pieza fundamental del revisionismo histórico, mucho más objetivo que la Leyenda Dorada, por su valor documental y su discurso menos emotivo. Al lado de los dos amigos descubre y estudia en la juventud los clásicos españoles. El joven maestro Parra León lo regresa a la fe católica en forma militante. Junto a éste comienza Briceño Iragorry un proceso de indagación documental sobre el legado de la cultura hispánica en América. El primer resultado será su libro *Tapices de historia patria* (1933), cuyo antecedente es el Discurso de Incorporación en la Academia Nacional de la Historia: “El Conquistador español. Los fundadores de Nuestra Señora de la Paz de Trujillo” (1930). Lo escribe en medio de las polémicas del revisionismo histórico. En sus *Tapices* refuta a César Zumeta en su tesis del *hiato histórico* que engendraría un vacío entre los años finales de la colonia y el nacimiento de la república como matriz de la nacionalidad²⁴. El Discurso de Briceño Iragorry para incorporarse en la Academia Nacional de la Historia (1930) es una de las primeras páginas donde se analiza el proceso emancipador de Venezuela como un acto de rebeldía y ruptura entre dos Españas: la peninsular dominada por Bonaparte y la americana dominada por la clase de los *criollos* hijos de españoles²⁵. La

²³ De esa época son los trabajos “Sistema monetario de los timoto-cuicas” (1928); “Ornamentos fúnebres de los aborígenes del Occidente de Venezuela” (1928); “Procedencia y cultura de los timoto-cuycas” (1929); “Notas sobre arqueología venezolana” (1930).

²⁴ Zumeta expuso su punto de vista en el Discurso de Incorporación en la Academia Nacional de la Historia (1932). Ya era un ensayista e historiador consagrado.

²⁵ “Pero ¿de dónde venía aquella recia voluntad que en un momento dado de su evolución histórica rompió con la Madre Patria para constituir naciones independientes? ... No eran ni el indio ni el negro de África quienes se rebelaban contra el Gobierno de la Metrópoli: si éstos fueron a la guerra estuvieron unas veces bajo una y otras bajo otra de las banderas militantes y si entraron lo hicieron no como entidad que deliberara sino como fuerza numérica. Fue la clase llamada de los criollos, formada por los

tradición de ruptura nace, pues, en su concepto, de fuente española. No es por azar que uno de los más vigorosos movimientos precursores de la emancipación tuviera como cabezas visibles a dos criollos (Manuel Gual y José María España), pero los ductores ideológicos fueron universitarios liberales españoles, recluidos en las mazmorras venezolanas de La Guaira, por haber intervenido en la conspiración republicana de San Blas (1796), al impulso de la Revolución Francesa y la *Declaración de los Derechos del Hombre*, cuya primera traducción española fue obra de uno de aquellos conjurados, el mallorquino, formado en la Universidad de Salamanca, Juan Bautista Mariano Picornell (1759-1825). Para Briceño Iragorry la nacionalidad nace en 1777 con la creación de la Capitanía General de Venezuela. La lucha emancipadora, en esencia, es un proceso protagonizado por los hijos y nietos del criollo español emigrado a América como pueblo, sembrado en el suelo americano y mestizado con negros e indios en un acto histórico donde ve la raíz democrática de la nueva nación.

La hispánica fue para él tradición de libertad e independencia. La rebeldía y la altivez del hombre hispánico enorgullecían sus evocaciones. En 1951 ponía en confluencia la historia rebelde peninsular de los comuneros castellanos con la rebeldía emancipadora de América en una página donde se lee entre líneas una referencia al despotismo emergente del perezjimenismo:

Memorar la lucha de las Comunidades en el siglo XVI es evocar la más hermosa página del civismo español. Y la traemos a cuenta por coincidir con la conquista de América. No entienden los déspotas que una boca que se cierra con la pena capital sigue hablando para mil espíritus libres. Traidores llamaron los verdu-

descendientes de los conquistadores, a la que se unió después el mestizaje y aun los pardos elevados por matrimonios superantes, aquella clase integrada por hombres que, lejos de las Cortes formaron una ideología nueva, autónoma, absorbente y de tendencias exclusivistas la que engendró la idea separatista”, *“El Conquistador español. Los fundadores de Nuestra Señora de la Paz de Trujillo”* (Discurso de Incorporación... 1930), *OC.*, vol. 5, 1990, p. 175.

gos a los heroicos capitanes de la epopeya comunera. Traidores como todos los déspotas suelen llamar a los hombres dignos que se alzan por la libertad contra los gobernantes que miran el suyo personal como el bien público. Traidores llamaron las autoridades coloniales a Miranda, a Bolívar, a San Martín, a Hidalgo y a Martí. Desafectos y traidores siguen llamando los políticos de oportunidad a quienes no se suman al coro de los que ciegan con lisonjas la mente de los mandatarios²⁶.

La modernidad de los planteamientos desarrollados por Mario Briceño Iragorry irá proyectándose libro a libro en años posteriores. La Historia como instrumento moral defensivo de la tradición y la nacionalidad trasvasará a otros textos donde culmina y se agiganta su pensamiento entre los años que van de 1940 a 1958. Ese período, de plenitud intelectual, ve salir de su reflexión títulos fundamentales de nuestra investigación cultural como *El caballo de Ledesma*, *Mensaje sin destino*, *Alegría de la tierra e Introducción y defensa de nuestra historia*. En este último hay un ensayo cuya amplitud y hondura desmienten los señalamientos de algunos adversarios suyos, quienes lo tildaron de regresionista, hispanófilo dogmático, tradicionalista reaccionario, entre otros epítetos no muy enaltecidos. En “Suelo y hombres” (1951) señala: “Cualquier estudio severo de nuestra Historia nacional debe comenzar por el examen del área geográfica donde se ha movido nuestra sociedad histórica y por el examen sincero y profundo de los diversos elementos étnicos que se conjugaron para producir el alegre y calumniado mestizaje venezolano”²⁷. Su concepción de la cultura adquiere un viso de modernidad ecológica más trascendente que los viejos esquemas del determinismo geográfico donde halló justificación la tesis de la pereza hispanoamericana, justificadora a su vez del llamado *gendarme necesario*, disfraz de la dictadura más larga que conoció el

²⁶ “Ámbito y razón del humanismo americano”, *OC.*, vol. 4, 1989, p. 252.

²⁷ *Ibid.*, p. 233.

siglo veinte venezolano: los veintisiete años de Juan Vicente Gómez (1908-1935). Escribe Briceño Iragorry:

La Patria se mete por los ojos. Con el paisaje se recibe la primera lección de Historia. Entender nuestra Geografía y escuchar sus voces, es tanto como adentrarnos en el maravilloso secreto de nuestra vida social. La cultura, así adquiera los contornos de la Acrópolis griega, mantiene siempre su primitivo signo vegetal²⁸.

Esa comunión ecológica de hombre y geografía sustenta en el ideario de Briceño Iragorry el proceso inductivo que va de la ciudad hacia el mundo, de la Patria chica a la Patria Grande²⁹. En Briceño, la Patria, como tierra de los padres, explica la doble oscilación de una misma sangre entre dos geografías y dos mestizajes o heterogeneidades culturales: la heterogeneidad de las culturas hispánicas (ibérica-fenicia-arábica-latina-judaica-germánica, etc.) estratificadas y las estratificaciones de las culturas americanas que yuxtaponen una heterogeneidad de substratos indígenas (quechuas, aymaras, mochicas, nahuas, mayas, caribes, etc.) preexistentes al descubrimiento, con otras de culturas afrohispanicas, como que toda cultura al final es una compleja sucesión espacio-temporal de heterogeneidades. Las dos nostalgias de don Mario convergen en una tradición común que él concibió y leyó en la historia como una misma altivez de pueblo en busca de un espacio y un destino, por algo que sabía Don Quijote y don Mario recuerda: “El camino siempre es mejor que la posada”. No pudo Cervantes emprender la andanza de América, pero su personaje tomó cuerpo en otra figura magra y solitaria: Alonso Andrea de Ledesma, caballero a destiempo que enristraba su lanza, no contra molinos de viento sino contra la

²⁸ “Suelo y hombres”, *OC.*, vol. 4, 1989, p. 234.

²⁹ Los términos son de Foustel de Coulanges, una fuente común a su pensamiento y al de Ugarte. En Briceño Iragorry la Patria Grande adquiere dimensión concéntrica ciudad-nación-Hispanoamérica-mundo hispánico-cultura ecuménica. En Ugarte la Patria Grande será América Española y después Nación latinoamericana.

piratería de Amyas Preston, pirómano lanzado sobre Caracas. Y el anciano, él solo, sale a defender la ciudad. Aquel símbolo exhumado por Briceño Iragorry cobra un sentido de universal defensa contra las nuevas piraterías³⁰, a tiempo que explica el proceso emancipador de América como el choque de dos Españas separadas por un Océano, oprimidas por un mismo absolutismo e indisolublemente soldadas por una misma cultura. En su ensayo “Nuestra hispanidad” está expuesta su concepción, ahora más vigente que nunca, en vísperas de cumplirse un siglo de la guerra con Estados Unidos, epílogo del proceso emancipador de España, comienzo de otra dependencia cada vez más asfixiante:

Cuando los padres de la Independencia defendieron la libertad y la autonomía, no fueron contra España, sino contra una España que se había amañado con el absolutismo, y de la cual difirieron los americanos desde el momento en que los abuelos olvidaron el camino del regreso a la Madre Patria. Lejos de ir contra España como hontanar de nuestra cultura, la salvaron en su destino novocontinental. Los Padres de la Patria hispanoamericana defendieron el sentido de la España que en estos mares había logrado la democrática fusión de los pueblos indo-afro-hispánicos,

³⁰ Briceño Iragorry cuenta cómo surgió el símbolo de Ledesma dentro de su obra: “Algunos estudiantes universitarios que habían leído mis comentarios al libro de Maritain sobre la caída de Francia, me pidieron que escribiese algo sobre el peligro que corría Venezuela si tomaba bandera frente a Alemania. Era yo fervoroso partidario de los países democráticos, a quienes de la mejor buena fe consideraba interesados en la destrucción del mundo nazi, por lo que éste representaba de contra-revolución en el orden de la libertad. No veía yo entonces el juego intrincado de intereses imperialistas que movía los frentes de la guerra. Me bastaba para ser enemigo de Hitler y Mussolini la anti-humana filosofía política que éstos defendían. La bomba de Hiroshima me iluminó con sus téticos resplandores los oscuros meandros donde se ocultaba la farsa democrática de los imperios. De mi entusiasta actitud de entonces me quedó como fruto la tesis universal y permanente de *El Caballo de Ledesma*: “defender la dignidad humana hasta el sacrificio; pensar libremente hasta quedar en la absoluta soledad”, “Así ha sido mi vida”, *OC.*, vol. 1, 1988, pp. 111-112.

condenados, sin remedio, al coloniaje político de ingleses o de angloamericanos, si no hubieran conquistado para ellos los signos de la república. La propia guerra de independencia no fue pues sino una gran batalla ganada por el viejo hispanismo contra las fuerzas extrañas que empujaban el velamen de los antiguos piratas. Antiguos piratas, siempre nuevos y feroces en el horizonte de la Patria americana, cuyas sombras se empeñan en no ver los mercaderes que abastecen las naves del peligro³¹.

Estas ideas tomarían forma reiterada e integral en las páginas del ensayo *Patria arriba*, escrito en Madrid entre el 2 y el 30 de noviembre de 1954, dedicado “A la ciudad de Arévalo, cuna de mis mayores” y subtítulo “Nuevo ensayo sobre los valores de la hispanoamericanidad”³².

Dicen los estudiosos de viejos mitos que todo héroe tiene su iniciación, sus pruebas y su apoteosis. Luego sucede el retorno al mundo de origen, el fracaso o la victoria según se entienda el mensaje entre los interlocutores. El suyo fue incansable llamado ético a defender una identidad en peligro, una riqueza despilfarrada irresponsablemente, una tradición olvidada o negada, un ser humano acorralado en la estadística de los megacrecimientos. Ese llamado parece cobrar cada día más vigencia y continúa buscando destinatarios en medio de una globalización que democratiza el consumo electrónico y fagocita pueblos, memorias, culturas, seres sobrevivientes degradados de la condición de hombres a la subespecie de *usuarios*. La historia continúa siendo el antídoto.

4. Esta edición

Al cumplirse un siglo del nacimiento de Mario Briceño Iragorry, fue constituida una Comisión conmemorativa, que presidió Oscar Sambrano Urdaneta y coordinó Atanasio Alegre. Entre sus proyectos estuvo desde el comienzo la publicación de un conjunto de obras destinadas a

³¹ “Nuestra hispanidad” (1952), *OC.*, vol. 17, 1993, p. 170.

³² Está incluido en sus *OC.*, vol. 8, 1990, pp. 307-361

público español, escritas por Mario Briceño Iragorry, sobre temas españoles desde Venezuela o producidos en España sobre la doble corriente cultural e intelectual de España en América y de América en España. Por la amistad que unió al escritor desterrado con Manuel Fraga Iribarne en la década de los cincuenta, Beatriz Briceño Picón, hija de don Mario, propuso al Presidente de la Xunta de Galicia la edición de dos volúmenes donde se contuvieran dichos trabajos. El criterio de selección miró hacia los lectores españoles de las nuevas generaciones que tal vez no conocen la obra de este pensador singular en los enfoques del hispanoamericanismo. Los temas y problemas compendiados son, pues, aquellos que a nuestro juicio pudieran despertar interés por el conocimiento de un autor cuya obra más densa, en buena proporción fue pensada y escrita en Madrid, entre 1953 y 1957. En forma retrospectiva son incluidos otros ensayos nacidos de la reflexión historiográfica alrededor de la cultura colonial y las raíces comunes de una hispanidad compartida. Los más remotos remiten al período fundacional de ciudades del occidente venezolano en el siglo XVI (“El Capitán Francisco de Graterol”; “El conquistador español: los fundadores de Nuestra Señora de la Paz de Trujillo”; “Los corsarios de Venezuela: las empresas de Grammont en Trujillo y Maracaibo”). *Tapices de historia patria*, como se anotó en páginas anteriores constituye el libro culminante de una investigación sobre los aportes del proceso colonizador en Venezuela, desde la perspectiva el revisionismo histórico. *El caballo de Ledesma* y *El Regente Heredia o la piedad heroica* son dos biografías de personajes en quienes Briceño Iragorry plasmó símbolos del heroísmo defensivo del criollo contra los corsarios ingleses que asediaban su nueva patria hispánica en tierra americana (Ledesma) y la equidad piadosa del Regente Heredia –padre del poeta cubano José María Heredia– en los primeros choques armados que marcaron el período más cruento de la lucha emancipadora venezolana: la Primera República.

Un segundo grupo de textos muestra vivencias del ensayista en su relación directa con la realidad cotidiana española en sus días de proscrito, el pensamiento católico y nacionalista, su manera de entender el humanismo social en función de las mayorías marginales, y la

encrucijada de los países hispanoamericanos frente a una segunda colonización económica norteamericana. La pátina recubre también el discurso histórico. Es inevitable. Sin embargo, la vigencia de ciertos planteamientos con que don Mario vislumbraba la gran crisis de nuestra “modernidad subalterna” (término de Beatriz Sarlo) latinoamericana e hispánica ante los procesos de globalización fagocitaria, justifican su presencia en la antología. La selección fue realizada a cuatro manos por quien escribe esta introducción y el bibliógrafo documentalista Rafael Ángel Rivas. Los dos, con la colaboración de Gladys García Riera, desde hace diez años, hemos venido rescatando y ordenando la obra del pensador venezolano para estructurar los 27 volúmenes de *Obras completas* que acordó publicar el Congreso de la República de Venezuela. Hasta la fecha están impresos y circulan 23 volúmenes.

Por último dejo testimonio expreso de mi agradecimiento muy sincero a la Xunta de Galicia en la figura de su Presidente por la receptividad con que ha hecho posible este proyecto, así como a la Comisión del Centenario y a la Fundación Mario Briceño Iragorry en la persona de Beatriz Briceño Picón por su diligente apoyo en el trabajo de articular los dos volúmenes.

A L G O Q U E T R A N S P A R E C E
E N L U C I L A V E L Á S Q U E Z*

Esta mujer de lucha ha vivido con el verso a flor de piel y la palabra disparada hacia toda aventura de belleza.

Exilada temprano, abrevó en México el aire de las sacudidas sociales, sin caer en el texto panfletario. Antes, la poesía amorosa crecida junto a los poetas de *Contrapunto* la había dado a conocer como una de las voces femeninas de gran autenticidad. Ella, con Luz Machado, Ida Gramcko, Ana Enriqueta Terán, forman haz luminoso de poemas escritos por mano femenina.

Lucila adquiere una distancia propia por su capacidad de liderazgo cultural, su disciplina de estudio y, sobre todo, por su inagotable avidez de búsqueda estética trazada a lo largo de veinte libros de poemas, donde no se repite.

Con *El árbol de Chernobyl*, libro excepcional, vertido ya a varios idiomas, que hoy recibimos también en su traducción al alemán, Lucila Velásquez inicia una trilogía donde cristaliza el arte-ciencia más moderno por la conjunción de las tecnologías termonucleares, la innovación léxica y la reflexión filosófica. Se continúa en el libro que hoy tenemos en nuestras manos para saludarlo con júbilo: *Algo que transparece*. Lo seguirá, casi de inmediato *La próxima textura*. De este último, por cierto, el crítico greco-rumano Victor Ivanovici escribe que

...es la promesa de continuidad de conquistas o adquisiciones poéticas anteriores, cuyos datos y lindes se ensanchan ahora. Un rápido vistazo sobre la calidad semántica de "textura" puede proporcionarnos la respuesta a la interrogante de ¿qué es lo que viene sometido a proyección? "Textura", pues, pertenece a una zona del vocabulario que, a pesar del apetito omnívoro del idioma poético

* Trabajo inédito. Fechado en Caracas, octubre, 1991.

moderno, no ha dejado de oponer arduas resistencias a sus intentos de asimilación: se trata del lenguaje abstracto, con su “coto vedado” –casi esotérico para los hombres de letras– que es el científico, cuya audaz transgresión emprendió la audaz poetisa venezolana a partir de *El árbol de Chernobyl* (1989), en un experimento muy bien logrado poéticamente.

El incidente macabro de Chernobyl desató en la sensibilidad de Lucila una lucidez visionaria frente a la autodestrucción del hombre con la manipulación tecnológica. Era una concepción poética que rompía con su propio discurso anterior y, como apunta Oscar Sambrano Urdaneta, dentro de su obra, sólo hallaba antecedentes, en otro libro de 1967: *Indagación del día*.

Las vivencias acumuladas por Lucila Velásquez en su transitar de mujer embajadora, en Bulgaria, Rumanía, Dinamarca y ahora Grecia, le han dado a su lenguaje poético una dimensión cósmica donde se mira al infinito desde un átomo, sin perder el aroma de la rosa. En este lenguaje coexiste la más antigua tradición cosmológica de los poetas-filósofos presocráticos (Demócrito y Parménides primero), con las mitologías helénicas y los más recientes hallazgos de la física y la química nucleares. Entre la dialéctica temprana de Heráclito y la visión dinámica *De la naturaleza de las cosas* plasmada por Tito Lucrecio Caro, oscila el hilo conductor de esta poesía desconcertante.

El diálogo de la poesía y la ciencia tiene larga data en Venezuela. Es difícil deslindar entre los positivistas, por ejemplo, dónde comienza el hombre de ciencia, dónde termina el poeta. Igual si se trata de un historiador novelista como Gil Fortoul, un médico-ensayista y crítico literario como Lisandro Alvarado, por cierto traductor del poema de Lucrecio a nuestro idioma, un ingeniero poeta de la prosa como Santiago Key Ayala u otro médico, etnólogo y naturalista –Aristides Rojas–, quien regaló a su novia una caja de mariposas disecadas y dejó escritas numerosas páginas de prosa poemática tituladas en su conjunto “Ciencia y poesía”, para no hablar del médico luchador y poeta nativista Francisco Lazo Martí, en cuya obra destacó Edoardo Crema el coloquio de la ciencia y la metáfora. Las divisiones falaces de las letras y las

ciencias vinieron después bajo forma de una petulancia super-especializada, o de una super-ignorancia engreída.

En este sentido, la trilogía de Lucila hace culminar una tradición que pasa, además, por futuristas de la vanguardia que cantaban al Ingeniero de Minas o a “Las Torres desprevenidas”. En su hermoso estudio sobre *El árbol de Chernobyl*, Sambrano Urdaneta menciona los textos de Carlos Augusto León, Miguel Otero Silva y León Levy, entre quienes incorporaron la temática de la energía nuclear a sus poemas. En este nuevo libro, donde Lucila observa el átomo en su proyección creativa y pacífica, por contraste, viene a la memoria otro poeta luchador civil quien en el *Canto a los hijos*, aterrado por el genocidio de Hiroshima exclama oratoriamente “...que es infame y es vil y es proditorio / que en el jacal invente vidas el aldeano / y el sabio, asesinatos en el laboratorio”.

Bajo ese envidiable neologismo verbal que *transparece* en este segundo libro de la trilogía, grandes hilos conceptuales como los del amor y la muerte, el espacio, el tiempo, la soledad, la palabra, se articulan por cierta aguja invisible que, en un grupo de versos se perfila como “un agujijón irresistible / del átomo / que los hilvana”. La conjunción temática revierte a los orígenes cosmogónicos donde son indiferenciables el mito, la reflexión pre-filosófica, la intuición gnoseológica y esa gran metáfora del mundo que se construye a través de las grandes epopeyas antiguas, tanto como en los fragmentos poéticos de los ya recordados filósofos pre-socráticos. Los elementos constituyentes básicos del mundo: aire, agua, fuego, tierra, luz, de los griegos, a los cuales podríamos adicionar las dicotomías de inercia/movimiento, tinieblas/luz, noche/día, viento/luvia, de nuestros orígenes pre-hispánicos presentes en el *Popol-Vuh*, van macerándose en un crisol estético donde Lucila, alrededor del átomo, hace proliferar un sorpresivo lenguaje de neologismos y construcciones en el cual no es posible olvidar el poder transformador del verbo de César Vallejo, cuando uno lee y disfruta “evangelarios ilustrados”, o se deja hundir en un vórtice de juegos paradigmáticos donde es posible que coexistan el átomo y la rosa para construir este modelo de un barroco científico en el cual queremos insistir ahora:

rosa encarnada en la palabra
con un acento de jacinto
con algo intenso de rosaire
con voz más suave rododafne
con eco ronco amarescente
de sal de rodio por las calles
perpetuas flores encarnadas
de amarantinas a amarantas
aquellas flores en corimbo
trepando a rosa de montaña
atómica corola que sostiene
al tallo rodofíceo más liviano.

Esa pasión por trasvasar sentidos y formas verbales, no por azar fue designada modernamente por el semantista Algirdas Greimas, como *isotopías*. Es decir, núcleos diferenciales a partir de los cuales se desencadenan complejos de significación poética. En este caso el átomo de la energía elemental es el aglutinante isotópico, no sólo de la metáfora que teje el libro en su totalidad, sino que organiza los significados metafóricos en un gran conjunto donde se amalgaman la emoción, el concepto, la imagen y la palabra innovadora o transgresora.

La relación laberíntica del mundo sensorial, el trasfondo conceptual y el juego de ingenio alrededor de temas científicos formó una larga tradición en la poesía barroca americana del siglo XVII, especialmente en México. Baste recordar textos como la *Libra astronómica*, del matemático-novelistas Carlos de Sigüenza y Góngora o el *Primer sueño* de Sor Juana Inés de la Cruz. Señalamos, pues, que dentro de esa rica flora de antecedentes, la obra poética inmersa en el mundo de la energía termonuclear donde Lucila ha centrado su pasión creadora, es la proyección extraordinaria de un gran diálogo intertextual de la ciencia con la belleza, del arte verbal con la genialidad intuitiva de los sabios, lo cual en fin de cuentas no es sino una doble vertiente de la producción intelectual, aunque a veces lo olvidemos. Arte y ciencia no son ni siquiera anverso y reverso dentro de una cultura, son dos lenguajes que

perciben el mundo con metodologías distintas pero no excluyentes, quizás complementarias. Tal vez por eso en las soledades nocturnas de algún paraje africano, hace años, un médico leprologo ponía a resonar el aire de Lambaréné con las partitas de Bach interpretadas en un órgano de tubos de bambú; en otro extremo del mundo, un físico descansaba de sus reflexiones relativistas interpretando al mismo viejo alemán en la *Partita para violín solo*. Pero Schweitzer y Einstein no se hallaban tan distantes. Además de Bach, los unía una misma angustia que se tradujo en admoniciones y clamores por el uso pacífico del átomo. Una ejemplar trabajadora del poema bien puede en sus vigiliass frente a las islas griegas, vislumbrar el mundo y transformarlo en luminoso artificio de palabra, cuando “hay un peso del átomo en la cópula / de aquellos rodomieles desamándose”.

LUCILA VELÁSQUEZ
LA PRÓXIMA TEXTURA*

Hace algún tiempo, Lucila Velásquez me pidió que la acompañara a la presentación de su libro *Algo que transparece* (1991). Afirmé entonces y ahora reitero que esta escritora excepcional constituye una de las voces más elevadas de la poesía escrita por mujeres en la segunda mitad de nuestro siglo, junto a Luz Machado, Ida Gramcko, Ana Enriqueta Terán, Elizabeth Schön y algunas más. Sólo que ella no sólo destaca por haber dedicado más de medio siglo de su vida a la escritura poética, sino que además es una honesta luchadora democrática desde su juventud. Personalidad recia realizó una labor destacadísima como Presidenta del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes. Su gestión amplia en la actitud ideológica supo convocar alrededor lo más relevante del arte y la cultura nacionales. Fundó instituciones tan importantes como el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. Proyectó internacionalmente nuestro quehacer artístico y, cuando las controversias que precedieron el tránsito al Consejo Nacional de la Cultura la indujeron a renunciar, se volcó entonces a la vida diplomática donde también dejó bien plantado el nombre de Venezuela en varios países de Europa. Ese contacto con el Viejo Mundo fue propicio a la reflexión y al estudio que devolvieron al país una creadora novedosa por la materia y el lenguaje donde ha transcurrido el último decenio de su producción poética.

Manuel Bermúdez la recuerda en una vieja casa llanera del Apure. La habitaban “en su mayoría, mujeres de gran temple espiritual”. Añade el cronista: “La casa de las Borjas era un Ateneo, donde se manejaban actividades de la cultura, de la política y de la sociedad apureña. Pero al mismo tiempo había amor y acogida para la gente menesterosa que vivía más allá, en Perro Seco, barrio de donde yo provengo”. En ese ámbito despuntaba temprano su personalidad de poeta y luchadora.

* Texto leído en la presentación de la obra. Se publicó en La Brújula, encartado de *El Nacional*, Caracas, 13 al 19-3-1998. Fechado en Caracas, febrero, 1998.

José Ramón Medina la valora una de las voces femeninas mejor timbradas de una generación que, si bien no la vio militando en el grupo *Contrapunto*, estuvo muy cercana de sus integrantes por acción y convicción. Y el mismo Medina señala quizá uno de los rasgos constantes de la visión poética con que Lucila ha mirado el mundo: “una fórmula entre la emoción y la racionalidad”.

Una conciencia que canta y vive con una rosa desgarrada en el pecho, ha sido la autodefinición con la cual transita desde 1949 el hacer en lucha con la palabra. Primero fue el poema de amor y el verso ceñido a las modulaciones de la poesía clásica. Es una línea que prevalece hasta su libro *La singularidad endecasílabo* (1995), aunque la expresión medida aloja una temática de su última etapa innovadora.

La segunda etapa holló la poesía social, con la vehemencia y la nostalgia de quien padeció exilio con dignidad y entrega al combate contra una dictadura, sin desatender la faena esencial que centra su vida: el poema. Ella es de la estirpe de la abeja, reina de la palabra, obrera de la lucha democrática. En ambos oficios ha transcurrido medio siglo de vida. Es la mujer integral, que Martín Taylor equipara a distancia con otra Lucila chilena, educadora y señora del decir poético.

Durante los quince años de vida diplomática vivió en Bulgaria, Rumania, Grecia y otros países. Allí maduró la voz, la escritura y la pasión de estudio. El resultado fue una transformación inusitada del trabajo poético. Seis libros producidos entre 1989 y 1997 son el itinerario que la conduce a unas alturas de la creación que Oscar Sambrano Urdaneta ha definido como “una avanzada extraordinaria de la poesía latinoamericana hacia la poesía del siglo veintiuno, donde ya Lucila tiene ganado un sitio que la honra a ella, nos honra a sus amigos y honra a la literatura de vanguardia de nuestro país”. Fueron palabras escritas por Sambrano para presentar *El árbol de Chernobyl* (1989), libro de donde arranca esta vertiginosa aventura por los espacios del cosmos y de la ciencia que lo estudia.

Si el poema como labranza interior de sentimientos y protestas delineó la obra de esta admirable escritora en sus primeros libros, su convivencia con el ámbito cultural europeo la hizo mirar el mundo con

visión estupefacta ante la incontenible tendencia del hombre hacia su autodestrucción. Si el exilio temprano de la mujer combatiente la había llevado a México y el contacto con la realidad latinoamericana cambió el tono amoroso por el llamado a la resistencia expresada en la palabra poética, la nueva realidad indujo su escritura por una ruta de universalidad y de humanismo capaces de adentrarse en el universo de la ciencia como espacio lírico.

¿Dónde comienza el pensar filosófico y dónde el sentir poético científico en los padres de la filosofía presocrática? ¿No es un mismo hacer y hurgar en el misterio del mundo lo que guía a Demócrito en la temprana intuición del átomo? Qué hizo después el hombre con aquella genial reflexión convertida en materia letal, es otro asunto para la historia, pero no para el poema de Lucila Velásquez, quien retoma el oficio de observar más allá de lo cotidiano para horadar las dimensiones del conocimiento científico con el instrumento más sutil y penetrante: la poesía.

Cuando Bertrand Russell se internó en el mundo de la lógica matemática estableció el principio semántico de la univocidad para el lenguaje científico. Esta univocidad en manos de Lucila vuelve a adquirir plurivocidad estética. No es fácil percibir las resonancias que este uso abundante del neologismo científico imprime a la nueva poesía de Lucila Velásquez. Lecturas diversas de libros anteriores sugieren algunas pistas al lector. Por lo demás no existe poesía difícil o fácil. La dificultad reside en el ojo lector, más o menos habituado a los destellos luminosos de la palabra cuando esta rompe su cotidianidad corrosiva que la desgasta.

Con *El árbol de Chernobyl*, libro excepcional, vertido ya a varios idiomas, Lucila Velásquez inició una trilogía donde cristaliza el arte-ciencia más moderno por la conjunción de las tecnologías termonucleares, la innovación léxica y la reflexión filosófica. El crítico greco-romano Víctor Ivanovici, en su prólogo a *La próxima textura*, escribe que

...es la promesa de continuidad de conquistas o adquisiciones poéticas anteriores, cuyos datos y lindes se ensanchan ahora. Un

rápido vistazo sobre la calidad semántica de “textura” puede proporcionarnos la respuesta a la interrogante de ¿qué es lo que viene sometido a proyección? “Textura”, pues, pertenece a una zona del vocabulario que, a pesar del apetito omnívoro del idioma poético moderno, no ha dejado de oponer arduas resistencias a sus intentos de asimilación: se trata del lenguaje abstracto, con su “coto vedado” –casi esotérico para los hombres de letras– que es el científico, cuya audaz transgresión emprendió la poetisa venezolana a partir de *El árbol de Chernobyl* (1989), en un experimento muy bien logrado poéticamente.

En ese libro donde cambian sus códigos de escritura, la autora precisa su poética: “es una poesía pensante que me distancia de aquella otra que concebí en mis comienzos como universo cerrado del sentimiento”. Su nueva estética busca el amor más allá de la imagen evocativa y de la introspección del afecto; “tiene que ir a buscarlo y encontrarlo en las distancias como proximidad”. Esa visión cósmica del mundo la acerca a un espacio donde la razón también canta. Y lo hace desde la proximidad de una nueva textura del universo: el ámbito de la tecnología constructiva o destructiva y vertiginosa del futuro. La intención ahora no es conmover ni deslumbrar al lector, sino hacerlo pensar. Ubicarlo en la órbita del genocidio y la manipulación genética para que tome conciencia de su potencia predatoria como ser pensante. No es el terror sino la recuperación de la conciencia lo que propone esta poesía. Para expresar ese nuevo espacio poético el léxico de la ciencia deja de ser unívoco y se carga de sentidos múltiples. Se vuelve polisenso, como diría Galvano della Volpe. La sintaxis del poema se impregna de un barroquismo inevitable donde la exigencia al lector es un reto que lo obliga a modificar su marco habitual de referencia. No lo desubica, lo reubica en la virtualidad de un mundo que cambia a cada segundo por el impulso de la innovación tecnológica incesante. Percibir esa dimensión real y proyectarla a una escena imaginaria, casi holográfica, es lo que hace del nuevo lenguaje poético diseñado por Lucila, una proeza y un acto de audacia. Así lo han entendido y hecho sentir críticos muy

agudos como Oscar Sambrano Urdaneta en su presentación escrita para *El árbol de Chernobyl*, el físico y poeta catalán David Jou y Victor Ivanovici en el prólogo a este libro que ahora presentamos al lector venezolano en edición de Monte Ávila.

A través de seis libros producidos entre 1989 y 1997, Lucila Velásquez ha edificado un corpus estético cuya altura la eleva a niveles de indiscutible universalidad. Son ellos *El árbol de Chernobyl* (1989), *Algo que transparece* (1991), *La rosa cuántica* (1992), *El tiempo irreversible* (1995), *La singularidad endecasílaba* (1995) y *La próxima textura* (1997). En estos libros la autora asume la voz de un heraldo de los nuevos tiempos. Trasvasa lo convencional del poema encerrado en sus decodificaciones de un imaginario cerrado sobre sí mismo para entrar en la revelación del cosmos como una nueva dimensión habitada por la palabra del oráculo que hay en todo poeta legítimo. Desde Grecia me confesaba en hermosa carta de 1991: “Partiendo de un seguimiento riguroso de la física teórica (he leído mucho, me he quemado las pestañas, me he partido el labio), de una filosofía de la coexistencia cósmica del ser y las cosas, de una interpretación de la vida, el arte y la libertad a través de las concepciones que más amo, he ‘tocado el átomo’ (aunque no lo haya visto) en la palabra con que lo digo y lo exclamo”. Pero ese tocar en lo invisible una nueva textura de la vida y su espacio es pasión, no acto cerebral. Lucila, como en sus primeros libros, sigue siendo “palabra que viaja sobre un grito”. La actitud no ha cambiado, se ha transformado el espacio del galope hasta alcanzar una llanura sideral como la de su planicie nativa, que Lazo Martí cristalizó en una doble imagen: “el llano es una ola que ha caído; el cielo es una ola que no cae”. Ese viaje infinito por el conocimiento hacia la revelación es el mismo que emprendieron los viejos constructores de mitos con los cuales se pretendía explicar el universo por la epifanía. El reverso del viaje es entender la ciencia puesta a convivir con el conocimiento poético sin detrimento de la emoción convertida en terror o en asombro.

C E C I L I O A C O S T A ,
C R E A D O R D E T I E M P O S *

*Hasta dónde es capaz la razón de cegarse
cuando anda metida y envuelta
en el torbellino de los intereses de partido.*

Cecilio Acosta, 1846.

Tal vez nadie haya definido en su época, tan exactamente, la personalidad de Cecilio Acosta, como José Martí, en el hermoso ensayo elegíaco escrito en 1881. Entre otras frases hay una que llama a reflexión. Es cuando dice del gran mirandino que “sus manos, hechas a manejar los tiempos, eran capaces de crearlos”.

En la ensayística de Acosta hay meditaciones proféticas cuyos alcances aún no se han materializado. Son advertencias visionarias de un hombre que rebasó modelos propuestos por el Positivismo y el Krausismo. Este último, por cierto, una de las fuentes donde fue modelándose el pensamiento de Martí, Hostos y otros contemporáneos suyos. Acosta, firme en su religiosidad, supo adoptar de otras doctrinas todo cuanto incidiera en el mejoramiento ético, material y cultural de su país, a cuya elevación consagró desvelos, estudio y amor. Las ideas positivistas dominantes en su tiempo no le fueron desconocidas. Las sometió a crítica e incorporó a su pensamiento muchos postulados, en especial pedagógicos, sin que entraran en colisión con su moderna manera de ser católico.

Cecilio Acosta tenía conciencia del tiempo en transformación continua, casi al modo de Heráclito. Su mirada escrutadora de la historia estaba hecha a la reflexión enfocada a una imagen de futuro, bajo

* Conferencia dictada en la Universidad Católica “Cecilio Acosta” de Maracaibo. Fechada en Boconó, abril de 1999. Publicada en la revista *UNICA* (Maracaibo), N° 1 (2000), pp. 265-274. Fechada en Boconó, abril de 1999.

enunciados aforísticos. Humilde sin falsedad, tenía conciencia de su valor como intelectual. No vaciló en afirmar alguna vez, respecto a su obra, “lo que yo digo, perdura”. Si volvía los ojos al remoto pasado de las culturas clásicas era para exprimirle ejemplos que irradiaran hasta iluminar el presente espasmódico donde vivió como testigo de cargo y, desde ahí, vislumbrar el porvenir con precisión admonitoria de oráculo. En uno de sus más célebres ensayos, *Cosas sabidas y cosas por saberse* (1856), afirmaba que “La antigüedad es un monumento, pero no una regla; y estudia mal quien no estudia el porvenir. ¿Qué vale detenerse a echar de menos otros tiempos, si la humanidad marcha, si el vapor empuja, si en el torbellino de agitación universal, nadie escucha al rezagado? Con acento dialéctico, agrega: “¿Quién puede declamar con fruto contra el destino, si es inexorable, si es providencial, si no mira nunca para atrás? ¿Qué son los métodos, las instituciones, las costumbres, sino hilos delgadísimos de agua que son arrastrados en la gran corriente de los siglos?”¹.

Respecto al pasado nacional, observaba la historia inmediata con objetividad de mirada, para extraer lección y no para incriminar un proceso que, por pretérito y cumplido, resultaba inmodificable. Pensaba que “la imparcialidad es la justicia de la palabra”. Se cambia el presente, se orienta el futuro, pero es inútil echar cómodamente la culpa al pasado y dejar todo igual. La retórica política venezolana se ha caracterizado por una tendencia a responsabilizar de todos los males a los predecesores, sin admitir las conductas evasivas o indiferentes ante determinadas crisis. Contrariamente, don Cecilio definía su posición crítica así: “No culpamos: contamos; hacemos como el viajero, que al pasar, observa, coge y guarda. Las naciones se prueban como los metales; hay una época de errores; la verdad viene después. La vida colectiva, como la vida individual, es lucha, y no más; y esa lucha es la escuela.

¹ “Cosas sabidas y cosas por saberse”, *Cecilio Acosta*. Comp. de Pedro Grases. Caracas”, Presidencia de la República (Col. Pensamiento Político Venezolano el siglo XIX, N° 9), 1961, p 146. (Salvo indicación contraria, en adelante las citas de textos del autor estudiado irán referidas a esta edición, abreviada: *Acosta*, 1961, seguido de la página.)

Hoy sabemos más, y sabemos porque nos han enseñado los extravíos”². Del tiempo en que vivió y de los seres que lo poblaron, dijo un día: “Yo hablo de la situación y no de los hombres; del porvenir y no del pasado. Para lo pasado, velo; en política, quien no olvida no vence, quien no perdona no triunfa”. El mayor reparo que encaraba a la filosofía de su tiempo era la tendencia a fijar la vista en el pasado y, en consecuencia, “es muchas veces como un viajero, que habla por lo que ha visto y es ciega e ignorante en lo que queda por ver”. En tales visiones del tiempo está su extraordinaria capacidad para hacer un diagnóstico del presente como vía hacia un continuo pronóstico, especialmente en el campo de la educación. Encasillarlo con la simple ubicación de un “clásico”, además de injusto es impreciso. No fue un analista frío del contexto situacional donde vivió inmerso. Sentía y vibraba con el país y la humanidad hacia donde mantuvo muy abierta la mirada. Creía que el pasado era materia a ser juzgada por la historia.

Martí palpa en la obra de su admirado amigo la presencia del romanticismo sentimental, represado unas veces, otras desbordado. Por eso añade que al percibir el dolor del “hermano hombre”, lo padece franciscanamente como cosas de familia que le piden llanto y “él lo dio a mares”. Esa actitud conmisericordiosa por los padecimientos humanos lo llevará como a Guerra Junqueiro, a compartir solidariamente el *dolor de pueblo*, de que hablarían muchos años más tarde, por 1909, los jóvenes ensayistas de la generación de *La Alborada*: Rómulo Gallegos, Enrique Soublette, Enrique Planchart, Salustio González Rincones. El tiempo, es, entonces, un receptáculo invisible donde se aloja la noción de pueblo, tan esquiva a la posibilidad de cautivarla en una sola definición.

La turbulenta fundación de las repúblicas independientes politizó el discurso de reflexión. Acosta no escapó a esos enfrentamientos que ni en Venezuela ni en el resto de América conservaron la altura del debate doctrinario. Debió combatir el liberalismo demagógico, particularmente usufructuado por Antonio Leocadio Guzmán en los años 40. Rechazó la insurrección como vía para transformar las bases sociales

² “Inmigración”, *Acosta*, 1961, p. 115.

en beneficio de las grandes mayorías. Polemizó con su amigo Ildefonso Riera Aguinagalde, de quien disentía al rechazar la violencia de la Revolución Federal. Ese debate escrito adquirió significación especial, porque don Cecilio proyecta su interpretación de aquella guerra a la situación del Continente. Otea con inquietud la convulsión latinoamericana para emitir un juicio de impresionante actualidad, pues anota debilidades socio-históricas aún no superadas: “Lo que ha enfermado siempre a los pueblos americanos de la raza latina, y puede ser por algún tiempo su cáncer futuro, es el odio político. Confunden de ordinario la idea con la persona, la doctrina con la parcialidad, se oyen a sí solos, se niegan la cooperación de la labor común; y vienen, como resultas, la esterilidad en los esfuerzos de la administración, la impotencia en los trabajos de la paz y la pendiente que va a dar a los abismos de la guerra”³. Consideraba que la razón de estos reveses estaba en la carencia de verdaderas prácticas republicanas, donde la ley, la educación por la prensa y la escuela, instruyeran socialmente “en la discusión pacífica del derecho, en los usos respetables de la asociación, en la prensa como luz, en la representación como reclamo”.

Al participar en los debates públicos de la política no estuvo inmune a los ataques, especialmente de la pluma intemperante de Antonio Leocadio Guzmán. Sin perder la mansedumbre de carácter ni la elegancia expresiva, se defendió con frases enérgicas en una página alegórica. La tituló “En defensa propia. Atacado con alevosía me defiendo con la verdad. *Los espectros que son y un espectro que ya va a ser* (1877). Es una de las pocas ocasiones donde ostenta sus virtudes públicamente, más por disgusto que por presunción. Repudia el calificativo de oligarca con que lo quieren definir. Y en seguida traza su perfil político, moral e intelectual: “Cecilio Acosta ha sostenido siempre las doctrinas liberales, quiere gobierno de leyes, el ejercicio de todas las libertades, paga lo que debe, no engaña, no calumnia, no persigue, ha sido buen hijo, es buen hermano, buen ciudadano, buen amigo, y sólo enemigo de las tiranías y, por todo, universalmente querido y respetado en

³ “Deberes del patriotismo”, *Acosta*, 1961, p. 195.

Venezuela, en el resto de América y en Europa, en donde como en nuestro continente, tiene las más altas relaciones”⁴.

Cecilio Acosta concibió el pueblo como un conjunto integrado por los “hombres de bien”, por los buenos ciudadanos. Su idea del buen ciudadano está ligada a la propiedad y el trabajo productivo. Los describe como “aquellos que están dedicados a oficios de provecho, porque el trabajo es la virtud o principio de virtud; así como la ociosidad es el vicio, o su camino”⁵. Esa visión idealista de la convulsa realidad venezolana lo hizo padecer ataques y sinsabores. Angustiado por la ignorancia en que había permanecido la mayoría social desde la Colonia, abogaba por un mandato moral que debía cumplir la minoría ilustrada, en función de irradiar su cultura a través de la prensa periódica bien dirigida. En el propósito ineludible de educar al soberano, difería de Sarmiento. Sarmiento era pragmático. Acosta, idealista, insistía en el carácter moral de la educación, difundida a través de la prensa”. ¿No son muchos nuestros compatriotas sencillos, iliteratos, sin prácticas de gobierno, sin conocimiento de la política y alejados del mal así como del bien en cuanto mira a su felicidad y bienestar como miembros de un Estado? Y entonces, ¿por qué no los ilustran los buenos? Los que tengan virtudes para que se las enseñen; los que luces para que se las comuniquen; los que amor patrio para que los inflamen; los que interés, en fin, y celo noble por la causa común, para que no los precipiten”⁶. Quien así pensaba, por 1846, era un joven de 28 años. Diez años después, con la prosa y la inteligencia maduras de tanto observar y leer, escribiría el compendio más hondo y demoledor de una educación elitizada en la universidad, desconectada de la educación básica, repleta de saberes muertos o anacrónicos. En su ensayo *Cosas sabidas y cosas por saberse* expone lo medular de su doctrina educativa. Al interlocutor imaginario de su ensayo construido mediante un discurso epistolar, respecto a la universidad le expone: “Agrega ahora, que de ordinario se

⁴ Acosta, 1961, p. 437.

⁵ “Lo que debe entenderse por pueblo”, *El Centinela de la Patria* (1847), Acosta, 1961, p. 63.

⁶ “Libertad de imprenta”. Acosta, 1961, p. 56.

aprende lo que fue en lugar de lo que es; que el cuerpo va por un lado y el mundo va por otro; que una universidad que no es el reflejo del progreso, es un cadáver que sólo se mueve por las andas; agrega, en fin, que las profesiones son improductivas, y tendrás el completo cuadro”⁷.

Se manifiesta, al igual que Simón Rodríguez, partidario de la educación popular. Sostiene que la enseñanza debe ir de abajo hacia arriba. Critica la universidad convertida en fábrica de académicos, “desgraciados” por la inutilidad de su saber.

El liberalismo de Antonio Leocadio Guzmán había acuñado una concepción de pueblo como instrumento para la agitación social. Era la víspera del populismo en nuestra historia. Cecilio Acosta fue uno de los primeros en enfrentar esa concepción y en desenmascarar las ejecutorias que desembocarían en la agresión al Congreso Nacional el 24 de enero de 1848 y, más tarde, en el decenio dictatorial protagonizado por los hermanos Monagas, antiguos héroes o caudillos de la emancipación política de España. A la luz del presente, las admoniciones cecilianas parecerían inspiradas en una reaccionaria visión de la realidad. Insertas en su época eran el llamado al eclecticismo y a la moderación en medio de una incesante cadena de asonadas caudillescas que llevaron directamente a la guerra civil conocida como Revolución Federal (1859-1863). A su juicio, con las rebeliones recurrentes no se resolverían los problemas sociales de la estabilización económica, la solidez política y la educación de las mayorías. La concepción de pueblo parte de una pregunta que implica una distancia frente a la idea demagógica de Antonio Leocadio Guzmán: “¿A qué de pasiones no ha dado margen, a qué de intereses no ha exaltado, cuántos planes negros e inicuos no ha promovido la mala inteligencia del vocablo pueblo?” La concepción ética de pueblo la resume don Cecilio en este párrafo de indiscutible vigencia, donde el apóstrofe es su definición opuesta a la visión envilecedora:

Tú no eres él, ese que ha querido suplantarte y contrahacerte; tú eres la reunión de los ciudadanos honrados, de los virtuosos padres de familia, de los pacíficos labradores, de los mercaderes

⁷ “Cosas sabidas y cosas por saberse”. *Acosta*, 1961, p. 145.

industriosos, de los leales militares, de los industriales y jornaleros contraídos; tú eres el clero que predica la moral, los propietarios que contribuyen a afianzarla, los que se ocupan en menesteres útiles, que dan ejemplo de ella, los que no buscan la guerra para medrar, ni el trastorno del orden establecido para alcanzar empleos de holganza y lucro; tú eres, en fin, la reunión de todos los buenos; y esta reunión es lo que se llama pueblo; lo demás no es pueblo, son asesinos que afilan el puñal, ladrones famosos que acechan por la noche, bandidos que infestan caminos y encrucijadas, especuladores de desorden, ambiciosos que aspiran, envidiosos que denigran y demagogos que trastornan”⁸.

De la idea de pueblo pasa Acosta a la concepción de una república integrada por hombres sensibles al interés común, solidarios con las necesidades comunes: “Si todos los ciudadanos, si todos los gremios, si todas las corporaciones hicieran lo mismo, si un día se pensara por todos en que república quiere decir cosa de todos, en que no hay progreso sin espíritu público, ni espíritu público sin apreciación de las necesidades comunes, con desprendimiento de las aspiraciones personales; día vendría, y no lejos, en que viéramos grande, próspera y rica a la nación”⁹. Imagina la república como un ámbito futuro donde el hombre tiene que ser reeducado en la virtud y el trabajo. La utopía tiene dos cimientos en su visión de la realidad futura: en primer lugar, la inmigración de hombres sencillos, hechos al trabajo arduo de los campos, para lo cual propone especialmente la migración de agricultores canarios. Nótese que no hay la idea racista dominante en precursores del positivismo, como Sarmiento, o como el utopista Michel Chevalier, uno de los primeros en considerar *razas degeneradas* a nuestras culturas heterogéneas. En segundo lugar, la educación concebida como instrumento modelador del hombre en la destreza productiva, en la capacitación para el trabajo. Su mensaje pedagógico mayor se condensa

⁸ “Lo que debe entenderse por pueblo”, *Acosta*, 1961, p. 60.

⁹ “Inmigración”, *Acosta*, 1961, p. 113.

en pocas líneas. “Enséñese lo que se entienda, enséñese lo que sea útil, enséñese a todos y eso es todo”¹⁰.

Los grandes proyectos no requieren altisonancia. Con la humildad de las frases directas, donde se esconden las mejores ideas, se materializa su enunciado. Lo demás es hacerlo hecho tangible y darle permanencia. En el caso de Acosta, tanto la concepción de pueblo como el llamado a su educación conducen directamente a la superación del individualismo transformado en un nosotros. En tal sentido tiene una visión utopista de la historia y podría hablarse, en su caso, de una proposición meta-histórica, en cuyo fondo el pueblo dialoga con el futuro:

Algún día, el día en que esté completa, la historia se hallará no ser menos que el desarrollo de los deseos, de las necesidades y el pensamiento; y el libro que la contenga, el ser interior representado. Las usurpaciones de mando, los desafueros en el derecho, el Yo por el Nosotros, son dramas pasajeros, aunque sangrientos, vicisitudes que prueban la existencia de un combate, cuya victoria ha de declararse al fin por la fuente del poder, por la igualdad de la justicia, por la totalidad de la colección. De los tronos, unos han caído y otros ya caen, la guerra feroz huye, la esclavitud es mancha, la conquista no se conoce, casi desaparecen las fronteras, las naciones se abrazan en el Gabinete, los intereses se ajustan en los mercados, la autoridad va a menos, la razón a más; y multiplicados los recursos, y expeditos los órganos, se acerca el momento de paz y dicha para la gran familia de los hombres. El pueblo triunfa; el pueblo debe triunfar; pongo para ello por testigo, a la civilización, que le ha refrendado sus títulos, y a Dios, que se los dio. Él respira, él siente, él quiere, él debe tener goces; él ha sufrido mucho, y debe alguna vez sentarse a la mesa¹¹.

¹⁰ “Cosas sabidas...”, *Acosta*, 1961, p. 148.

¹¹ *Ibíd.*, p. 147.

El ensayo latinoamericano del siglo XIX funda nuestra imagen continental. La mayoría de los cultivadores expusieron sus ideas en la prensa periódica antes que en el libro. Así Andrés Bello, Simón Rodríguez, Juan Vicente González, Fermín Toro y Cecilio Acosta en Venezuela; Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría y Domingo Faustino Sarmiento en Argentina; Juan Montalvo en Ecuador; Manuel González Prada en Perú; José Victorino Lastarria y Francisco Bilbao en Chile; José Martí en Cuba; Eugenio María de Hostos en Cuba, República Dominicana y Puerto Rico; Florencio Escardó en Uruguay; José María Samper, Miguel Antonio Caro, José María Torres Caicedo en Colombia. Los cuatro últimos, por cierto, amigos y corresponsales de don Cecilio, en un epistolario inquieto por el destino de las naciones latinoamericanas, su cultura y su lengua comunes. Con interlocutores de esa estatura, la ensayística de Cecilio Acosta no desmerece. Por el contrario, se eleva y resalta. Ubicarlo en el contexto intelectual de los grandes forjadores de lo que el maestro Leopoldo Zea llama la emancipación mental de Hispanoamérica, es una tarea por llevar adelante.

José María Torres Caicedo fue uno de los primeros en acometer la iniciativa de una Historia de la literatura de América Latina. Fue un informe escrito originalmente en francés en 1879, para el Congreso Literario Internacional reunido en Londres. El mismo año lo tradujo al español, nada menos que Cecilio Acosta. El detalle ilumina la conciencia latinoamericanista del pensador venezolano. Según el maestro Arturo Ardao, Torres Caicedo es uno de los forjadores de “la idea y el nombre de América Latina”¹². El diplomático residente en París sostiene correspondencia con el venezolano. Acosta le dedica una semblanza elogiosa, donde analiza las ideas expuestas por el colombiano en su ensayo sobre Unión latinoamericana¹³. Se identifica con muchos de sus planteamientos y expone puntos de vista cuya modernidad impresiona.

¹² Arturo Ardao, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Caracas, Edics. del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980.

¹³ “José María Torres Caicedo”, *Colombia-Venezuela. Historia intelectual*. Comp. y ed. Juan Gustavo Cobo Borda. Bogotá, Edics. de la Presidencia de la República de Colombia (Biblioteca Familiar), 1997, pp. 15-93.

El concepto de raza (entendida como cultura), vigente en su tiempo, lo maneja con destreza cuando opone la América sajona a la Latina, en identidad con Torres Caicedo. Pragmática la primera, espiritual la segunda. Será el modelo manejado posteriormente por José Enrique Rodó. Sólo que don Cecilio otea el futuro y se anticipa en la idea de que ambas “se darán la mano y se conciliarán y unirán en sus tendencias como operarios de una obra común, que es la civilización universal. Vendrán otras necesidades sociales y de resultas la habrá de otra raza o de diferente combinación de las mismas que satisfaga aquéllas y sea el intérprete del espíritu contemporáneo”¹⁴.

En la historia de las ideas del siglo XIX, don Cecilio continúa ausente. Sin embargo, contemporáneos de alturas respetables como José Martí, Rufino Cuervo, Florencio Escardó o José María Torres Caicedo lo admiraron y tuvieron por su igual en los desvelos de una forja modernizadora del Nuevo Mundo, soñado por todos como proyecto de países hermanados en la emancipación política, económica e intelectual. Si en el discurso fue creador de tiempos, en el tiempo es de justicia crearle un espacio digno de su magisterio.

¹⁴ “Joaquín Torres Caicedo”, *ibíd.*, p. 44.

C E C I L I O A C O S T A
D E S D E E L T E R C E R M I L E N I O*

Caracas, abril de 2002

Ciudadano Doctor Ángel Lombardi

Rector de la Universidad Católica “Cecilio Acosta”

Maracaibo. Edo. Zulia

Muy distinguido Rector y amigo:

Hasta el último momento esperé, confiado, en que mi salud quebrantada pudiera responderme en forma que permitiese estar presente con ustedes para recibir, en propias manos, la elevada distinción del Doctorado *Honoris Causa*, que por su iniciativa fue acordada en el seno del Ilustre Consejo Académico. Lamentablemente no fue así y me veo obligado, gratamente, por lo demás, a delegar en la persona de mi hija Magaly Eugenia Miliani de Dávila, para que sea depositaria de la honrosa designación. Es modo de que una prolongación de mi sangre y mis manos vaya a estrechar las muy cálidas de ustedes.

No quiero que este momento pase sin hacerles llegar, al menos, un mensaje y unas reflexiones de lo que pudieron ser las palabras que proyectaba leer ante ustedes. Sería mezquino de mi parte silenciarme y limitar esta carta al mero agradecimiento por el honor que se me confiere. El gesto nace de una casa de estudios fincada en tierras zulianas,

* Este es tal vez el último de los trabajos escritos por Domingo Miliani. Es una cartan-ensayo dirigida al rector de la Universidad Católica “Cecilio Acosta” de Maracaibo para agradecer el que se le hubiese honrado al otorgársele el “Doctorado Honoris Causa” de esa casa de estudios. Lo avanzado de su enfermedad le impidió viajar a Maracaibo para leer el discurso por lo que prefirió convertirlo misiva para ser leída por su hija Magally en Maracaibo, el día 12 de abril del 2002, en el acto de la entrega de ese reconocimiento. Se publicó con el título de: *Discurso de recepción del Doctorado Honoris Causa conferido por la Universidad Católica Cecilio Acosta*. Maracaibo, UNICA, 2003. 18 p. También en: *Vigencia de Cecilio Acosta*. Domingo Miliani y otros. Maracaibo, Universidad Católica “Cecilio Acosta”, 2003 (135 p.), pp. 13-27.

con las que guardo permanente gratitud, porque fue en ellas, en el Liceo “Udón Pérez” y en la Universidad del Zulia donde, hace cuarenta años, estrené voz de conferencista para honrar la memoria de Andrés Eloy Blanco, por iniciativa de dos inolvidables amigos: Tito Balza Santaella y José Antonio Borjas Sánchez. Ahora debo a la amistad y el cariño de ustedes este nuevo lazo que me ata a esa admirable geografía de poetas y hombres tesoneros.

Ante el trance de aceptar la alta distinción, me pregunté cuáles méritos podían asistirme para justificarlo, en lo hondo de mí, y creo que el único fue haber dedicado parte de mi vida a una labor que exige de quien la ejecuta un honrado sentido de la modestia, como es la relación humana del profesor con los jóvenes, en el ámbito reducido de un aula, donde muchas veces las palabras parecieran diluirse en el aire y, cuando uno menos lo espera, esas palabras reverdecen, retoñan o retornan en gestos tan nobles como el que hoy me compromete y me conmueve con esa casa del saber. Recibo, pues, el honor conferido, no por soberbia personal, sino por interpretarlo como el homenaje que se rinde en mí a todo un conjunto innumerable de educadores o profesores, hombres que además de lanzar su discurso al aire del salón de clases, de vez en cuando roban horas al sueño para dejarlas fijadas en algunas cuantas líneas de reflexión. Es un simple acto de metamorfosis mediante el cual la hora de clase, palabra en el viento, deriva, por obra y gracia de la escritura, palabra en el tiempo, tan efímera como la ventisca inexorable que nos arrastrará al vórtice final.

Nuestra Universidad, como el país, vive momentos en los cuales es imperativo dejar que la reflexión serena nos ayude a buscar rumbos de continuidad y armonía dentro de las turbulencias de un mundo en el cual domina, cada vez más, la tendencia ontogénica a la autodestrucción, auspiciada y manejada a distancia por los grandes mecanismos del poder internacional. Venezuela no escapa a la avalancha de un discurso manipulado que nos arrastra a irracionalidades nunca imaginadas. Por eso, como antídoto, siento que hoy, como nunca, la autoridad moral de las mejores conciencias universitarias haga sentir su voz responsable y desinteresada, no para atizar hogueras o profundizar abismos

de odio, sino para arbitrar con energía el diálogo y abrir caminos de convivencia, como tantas veces lo ha logrado a lo largo de nuestra historia nacional y continental.

Cuando me llegó la noticia de la decisión de ustedes, la percibí, más que como un honor para envanecerme, como un llamado a la obligación profunda de compartir meditaciones sobre temas que nos han inquietado en forma común, no sólo respecto a la Universidad contemporánea, sino al espacio social donde ella está inmersa. Usted, querido amigo Rector, ha dedicado centenares de páginas admonitorias a esos desvelos, en su hermosa *Catedral de papel*, a cuyas páginas debo valiosas enseñanzas sobre el destino de la educación superior de nuestro país y nuestro tiempo y donde hallé coincidencias de lecturas o evocaciones de maestros a quienes debemos comunes lecciones: Briceño Iragorri entre otros.

Dentro de ese llamado a compartir el diálogo que los congregará durante dos días en esos espacios, quise volver los ojos hacia atrás en busca del manso don Cecilio Acosta, sin miedo a las estatuas de sal del viejo mito bíblico, para mirar en sus textos la imagen proyectada de un tercer milenio lleno de incertidumbres políticas, sociales, culturales y morales.

La revolución lingüística que sacudió por lo menos la segunda mitad del siglo XX transformó –o deformó, si se quiere– la concepción diltheyana del mundo, en el sentido de una cosmovisión que fundamentaba el pensamiento humano. Hoy, después de Iuri Lotman, más que una visión, se habla de la lectura de “un modelo del mundo”. Tanto el hombre como la esfera que habita devienen en signos de un lenguaje que abarca todo el universo globalizado, signo gigantesco, que casi nos aplasta en su diversificación semántica y en su relación traumática de quien habla en voz alta para expresar un pensamiento y de quien lo percibe desde una óptica o una lectura polisémica. Por eso, cuando pensé en la posibilidad de leer nuestro milenio desde Cecilio Acosta, no aludía sino a una manera de decir que don Cecilio fue uno de esos lectores capaces de descifrar, en el fondo de las palabras y los signos no verbales, el pronóstico de un drama nacional que está muy lejos de concluir. Supo

desmenuzarlo en lo político, moral y pedagógico. Por eso su palabra acumulaba la autoridad que le otorgaba una gran independencia de criterio frente al país y sus gobernantes. En algún momento de indignada defensa contra el vilipendio, escribió: “lo que yo digo, perdura”.

En muchas de sus páginas puede presentirse la visión de un país conmovido por un hambre profunda de transformación pacífica, frustrada en un siglo de búsquedas republicanas, las mismas que voluntaria o involuntariamente percibimos en nuestros días. Esta idea de relectura surgió no sólo por rendir un nuevo homenaje al epónimo de esa Universidad, uno de los más humildes y luminosos pensadores venezolanos del siglo XIX, sino porque en sus páginas perdura como en muy pocas más una visión profética del país y sus instituciones, con sus riesgos y abismos, con sus luces y demarcadores de rumbos. En ellas aprendí desde adolescente a sentirme doliente de una tierra cuya dramatismo histórico no deja de sacudir la entraña de sus hombres dotados de una mínima sensibilidad social. Uno de sus ensayos que integraron el debate escrito con su amigo Ildelfonso Riera Aguinagalde, encierra un esbozo de país que pareciera escrito ayer, dictado bajo su convicción de que “la imparcialidad es la justicia de la palabra”. Esa reflexión, escrita en 1867, plantea:

Lo que ha enfermado siempre a los pueblos americanos de la raza latina, y puede ser por algún tiempo su cáncer futuro, es el odio político. Confunden de ordinario la idea con la persona, la doctrina con la parcialidad, se oyen a sí solos, se niegan la cooperación de la labor común; y vienen, como resultas, la esterilidad en los esfuerzos de la administración, la impotencia en los trabajos de la paz, y la pendiente que va a dar a los abismos de la guerra. Lástima grande, cuando ese odio no es social, cuando nos amamos más bien, y cuando los gobiernos, que con frecuencia son de partido, tal vez continúan siéndolo a pesar suyo¹.

¹ “Deberes del patriotismo (Discusión con Clodius). Fechado el 16 de diciembre de 1867”, *Cecilio Acosta*. Comp. de Pedro Grases. Caracas, Edics. de la Presidencia de la República (Col. Pensamiento Político Venezolano del siglo XIX, vol. 9), 1961, pp. 195-196.

Párrafo más adelante añade unas líneas que encierran todo un llamado a la conciencia del comportamiento sociopolítico del que aún distamos un buen trayecto:

“Una cosa se ignora, o no ha alcanzado todavía a hacerse fisonomía permanente de nuestras costumbres sociales, a saber: que cada cual es inmune en la demanda de su justicia, que nada aterra más al espíritu de abuso que la vigilancia del derecho, que si hay quien se extravíe es porque hay quien calle, y que los gobiernos encuentran siempre en la actitud pacífica pero al mismo tiempo celosa y digna de todos, sanción, consejo y guía”².

Acosta, idealista y conservador en ideas políticas, fue un indiscutible avanzado en las propuestas pedagógicas frente a un país donde la educación pública gratuita y obligatoria fue decretada apenas en 1870 y donde la condición de una mayoría analfabeta obvió la exigencia de saber leer y escribir, como requisito de ciudadanía expuesto en la Constitución de 1830.

Si sus enfrentamientos con la demagogia liberal de Antonio Leocadio Guzmán y sus seguidores lo arrastraron a rechazar transformaciones sociales, fustigadas por él para refutar la demagógica consigna el *derecho a la insurrección*, no por eso dejaron de ser clamor de una sociedad donde la esclavitud prevaleció hasta 1854; en cambio en sus polémicas de madurez con Ildefonso Riera Aguinagalde hizo gala de tolerancia y amplitud, aunque no compartiera nunca la *idea de revolución* como acto de violencia armada.

Desde que tuvo capacidad para expresarse en la escritura, Acosta no cesó de afinar aquella voz admonitoria nutrida en la observación y el estudio de las tiranías y las democracias grecolatinas, donde hallaba símiles para entender los grandes dramas de su contemporaneidad. Cuando hoy volvemos los ojos hacia esas ideas topamos con asombrosas acotaciones que aún siguen confundiéndose voluntaria o

² *Ibid.*, p. 196.

involuntariamente en el debate de nuestros días, como las expuestas en su memorable *Cosas sabidas y cosas por saberse*, o las certeras visiones sobre el porvenir de América, expuestas en carta a su corresponsal uruguayo, el filósofo Florencio Escardó. Amplia temática hay, pues, en sus escritos para animar el debate universitario de las ideas en función de un proyecto de país que aún seguimos proponiendo sin materializar para imprimirle continuidad.

El desvelo de don Cecilio por la educación para el trabajo productivo antecedió en más de dos décadas el Decreto de Instrucción Pública promulgado por Antonio Guzmán Blanco. Ya en 1847, a propósito de las enmiendas a las leyes II y III del Código de Instrucción Pública, escribía:

Venezuela es un país pobre, con pocos pobladores, y esos desparrramados en un ancho territorio; con artes por aprender; con su agricultura principiando; con un comercio limitado y pobre como esa agricultura, y apenas reducido a traficar de pueblo a pueblo. ... en fin, con todo por hacer, con nada completo. Los veneros de riqueza están en nuestro sena, pero incultos, sin ponerlos en mano y la bondad y feracidad de nuestros abiertos campos no ansían más que la tala y simiente para empezar a producir. ¿Y qué se necesita para eso? Una cosa no más: crear los hábitos del trabajo y arraigarlos al propio suelo; y para crearlos y arraigarlos, fuerza es comenzar por enseñarlos³.

Esa tendencia a lo incompleto, a la falta de continuidad, al todo está por hacer, no es, entonces, nada nuevo ni ignorado. Prédicas como la de Acosta cayeron al vacío, palabras al viento y al olvido. Sin embargo, el solitario pensador no desmayó en su llamado. Aquel breve texto Reiteraba la necesidad de complementar la enseñanza “Meramente especulativa” con la de las artes y oficios, “... porque –como él señalaba–

³ “Reforma a las leyes II y III...”, *El Centinela de la Patria*. Caracas, 24 de febr. de 1847. Reproducido en, *Cecilio Acosta*. P. Grases; comp., p. 71.

en la marcha regular de los pueblos primero está el ser felices que el ser sabios. Si hay gradación en las cosas, y más o menos en la utilidad que las mide, hay cierto linaje de conocimientos que se deberían llamar de primera necesidad, porque procuran subsistencia y bienestar; y otro linaje que es meramente secundario, ora porque supone la existencia del primero, ora porque no sirve sino a contentar el lujo y vanidad de las naciones”⁴.

En esos primeros planteamientos se puede hallar el antecedente remoto de su texto más conocido y profundo: “Cosas sabidas y cosas por saberse”, escrito a modo de carta en mayo de 1856. Allí resume todo un proyecto de educación básica para las mayorías populares, así como una propuesta de redefinición para la universidad, con sentido moderno capaz de superar la mera fábrica napoleónica de los desempleados con título.

La propuesta de la educación popular está sustentada en la idea de enseñar lo que se entienda, lo que sea útil, enseñarlo a todos y eso es todo. Espiritualista por formación filosófica cristiana, adoptó sin contradicción los postulados del primer positivismo en cuanto a ideas de civilización y progreso, dentro de un pensamiento liberal pragmático en materia económica y política. Su visión de futuro coexistió con la pasión humanística por el estudio del pasado: “La antigüedad es un monumento, pero no una regla; y estudia mal quien no estudia el porvenir. ¿Qué vale detenerse a echar de menos otros tiempos, si la humanidad marcha, si el vapor empuja, si en el torbellino de agitación universal, nadie escucha al rezagado?”⁵. En reflexiones como éstas hay otro Cecilio Acosta que se escurre de encasillamientos como el de conservador y clásico, para insertarse en posiciones de modernidad dignas de una revaloración en su ideario.

El cuestionamiento de la universidad cerrada a las carreras tradicionales, fábrica de académicos, ceñida a la norma y al saber anacrónico asombra por su sentido actual, cuando afirma que en ella “se apren-

⁴ *Ibíd.*, p. 72.

⁵ “Cosas sabidas y cosas por saberse”, *Ibíd.*, 145.

de *lo que fue* en lugar de *lo que es*; que el cuerpo va por un lado y el mundo va por otro; que una universidad que no es el reflejo del progreso, es un cadáver que sólo se mueve por las andas; agrega, en fin que las profesiones son e improductivas y tendrás el completo cuadro” (p. 145). Este enfoque, escrito en 1856, guarda analogías inusitadas con los grandes cuestionamientos que en el siglo XX impulsaría los movimientos latinoamericanos de reforma universitaria iniciados en Córdoba (Argentina) en 1918 y se emparentarían con los sacudimientos de mayo de 1968, cuyo estallido inicial se produjo en Francia pero cundió como epidemia por casi todas las instituciones universitarias de Europa y Latinoamérica. Recuérdese el reclamo de los jóvenes respecto a la ruptura del aislamiento académico y la necesidad de irradiar el conocimiento a las mayorías sociales y veremos mejor estas similitudes cuando releemos párrafos de *Cosas sabidas y cosas por saberse* donde se insiste en la idea popularizadora el conocimiento, un deseo aún no cumplido en nuestro tiempo. Culminaba la reflexión ceciliana con el llamado siguiente:

Descentralicemos la enseñanza para que sea para todos; démosle otro rumbo para que no conduzca a la miseria; quitémosle el orín y el formulario, para convertirla en flamante y popular; procuremos que sea racional para que se entienda y que sea útil para que se solicite. Los medios de ilustración no deben amontonarse como las nubes, para que estén en altas esferas, sino que deben bajar como la lluvia a humedecer todos los campos⁶.

Esta requisitoria se volvió clamor aún no cumplido. Sartre la repetiría con otras palabras en 1968; Darcy Ribeiro, al hablar de la universidad necesaria no fue por distinto camino. Nuestra educación permanece en una crisis no superada. Nuestra universidad sigue siendo consumidora de saber exógeno y la producción de conocimientos en ella es precaria o desfasada de las urgencias sociales. Los perfiles del profesional y los curricula mantienen apego a las carreras tradicionales o no

⁶ *Ibíd.*, p. 150.

obedecen a las necesidades reales que el país requiere para su desarrollo pleno. Acosta sigue vivo en su ideario y en sus voces de alerta cuyo eco sencillamente hay que escuchar de nuevo en lugar de acallarlo por indiferencia. Su sentido de observación admirativa en torno al progreso lo llevaría a ponderar en su tiempo que, “en otros tiempos, a pesar de la imprenta, a pesar de lo que se había atesorado y se sabía, no obstante, había lentitud en la propagación de las ideas. Decíase, con este motivo, hablando del progreso de las naciones que para ellas los siglos eran días. Pero hoy, especialmente después del telégrafo, que tan pronto como se tiene el pensamiento, lo lleva como de la mano a fecundar la materia, es al revés: *un día que corre es un siglo que pasa*”⁷. El suyo transcurrió en medio de grandes turbulencias políticas. Su autoridad moral prevaleció sin deterioro en medio de la ventisca donde otros fueron arrollados. Más de un siglo después, su pensamiento tiene mucho por transmitir, ya no con la velocidad de un telégrafo sino con la vertiginosa urgencia de las demandas impostergables en un nuevo milenio de zozobras y velocidades siderales. No queda sino esperar que las vocaciones nuevas hallen en su obra un venero de inquietud para nuevos enfoques. Don Cecilio pensaba en los jóvenes con profundo respeto de maestro y, antes que cuestionar su disidencia, estimaba que “*Hay equivocación en creer que va errada la generación que tiene el encargo de continuar la cadena tradicional de pensamiento*”. Nosotros nos identificamos con esa afirmación y sentimos que hoy, como nunca, repensarnos con responsabilidad como país de grandes reservas para superar sus crisis es un reto inaplazable. Ya no lo podremos dejar con displicencia, una vez más, a las generaciones venideras. No hay más plazo para el advenimiento.

Me despido con el más sincero voto por el éxito de sus deliberaciones y en lo personal, por su ventura al culminar la brillante gestión rectoral en esa Universidad de mis afectos.

Atentamente.

⁷ *Ibíd.*, p. 150.

E L P E N S A M I E N T O A M E R I C A N I S T A
D E M A R I A N O P I C Ó N S A L A S*

La historia de las relaciones intelectuales entre Venezuela y Chile está demarcada por tres grandes nombres, entre muchos otros. Dos de ellos vivieron en el siglo XIX y fueron maestros del Libertador Simón Bolívar. Se llamaron Simón Rodríguez (1771-1855) y Andrés Bello (1781-1865). Rodríguez vivió en Concepción desde 1834 hasta 1836. En la ciudad sureña escribió uno de sus más profundos ensayos americanistas: "Luces y virtudes sociales". Después vivió en Valparaíso hasta 1842. Fundó una escuela, una fábrica de velas esteáricas y reeditó ampliado su ensayo en 1840. Andrés Bello llegó desde Londres en 1829 y se quedó para siempre. Es el patriarca intelectual y ético de la cultura chilena. Su historia es más conocida.

El tercero de ellos pertenece al siglo XX. Es Mariano Picón Salas (1901-1965). Llegó a Valparaíso en 1923 y residió en Santiago desde 1925 hasta 1936. Ricardo Latcham prologó en 1958 una edición de *Ensayos escogidos* publicada por Editorial Zig-Zag. El crítico chileno emitía entonces el siguiente juicio:

Nadie ha olvidado en Chile a Mariano Picón Salas, que después de Bello ha sido el venezolano más incorporado a nuestra realidad. Aparte sus valiosos libros, maduros ensayos y breves pero fructuosas exégesis históricas, habría que situar su labor personal de indiscutido líder intelectual. Picón Salas obraba por presencia, con socrática vocación, sin ningún residuo pedagógico, con señorío y elegancia de ademanes y actitudes. Esto último era algo natural en su persona, tan definida intelectualmente y tan ajena a cualquier diletantismo¹.

* Conferencia para ser leída en la Universidad Católica de Valparaíso el 29 de octubre de 2001). Fechado en Santiago de Chile, octubre de 2001.

¹ Latcham, p. XI

En Valparaíso leyó mucho en las horas de insomnio transcurridas como empleado de una tienda de minuta. Comenzó a escribir para *La Estrella de Valparaíso*. Publicó un comentario sobre la novela *Vida de un pobre diablo*, de Eduardo Barrios. El novelista lo invitó a visitarlo en su casa de Santiago. Ese fue el comienzo literario del joven recién llegado. Tenía 23 años. Trabajó como empleado en la Biblioteca Nacional. “Nunca he leído más que en aquellos años en que fui empleado de la Biblioteca Nacional de Chile y pasaban por mis manos –para clasificarlas– obras de la más variada categoría. (...) Y con esa capacidad proteica de los veintitantos años, el gusto de devorar libros no se contradecía con el ímpetu con que asistíamos a los mítines políticos y forjábamos ya nuestro cerrado dogma –en apariencia muy coherente– para resolver los problemas humanos”. Así recuerda en una *Pequeña confesión a la sordina* con la cual prologó una edición de sus *Obras seleccionadas* (1953). Chile fue la pasión de leer, el amor y el aprendizaje de la lucha donde creció el gran humanista. Intervino en luchas estudiantiles. Colaboró en periódicos universitarios como *Claridad*. Compartió tertulias literarias de la Librería Francesa y las encendidas discusiones políticas de los jóvenes socialistas de los años 30. Fundó y liderizó la revista *Índice*. Latcham reconstruye aquella participación así:

Casi todos los escritores chilenos cultivaron la incomparable amistad de Picón Salas. (...) El grupo “Índice” contó con colaboradores de múltiple categoría y de generaciones diversas, mancomunadas en un esfuerzo creador que contribuyó a enriquecer y ensanchar los horizontes de la cultura nacional y a despertar una nueva vocación americanista frente al aislamiento en que vivieron las promociones europeizantes más antiguas. Al lado de Mariano Latorre, de Domingo Melfi, de Manuel Rojas, de González Vera, de Eugenio González, de Juan Gómez Millas, se asentaron valores más jóvenes y se estrenaron poetas y ensayistas que después influirán en el pensamiento chileno.

En su madurez, Picón Salas dejó testimonio directo de sus años chilenos en un hermoso texto que tituló con un verso de *La Araucana* de Ercilla “En la fértil provincia señalada”². Es un capítulo de su autobiografía *Regreso de tres mundos*. Otro capítulo revela con picardía su vida amorosa en Santiago: “Amor, en fin, que todo diga y cante”. Durante los trece años de permanencia en Chile, Picón Salas escribió y publicó ocho libros.

La información histórica sobre el mundo colonial chileno e hispanoamericano fue el hilo conductor hacia un americanismo crítico, donde la búsqueda de un humanismo nuevo le permitiera comprender la cultura continental con visión ecuménica, similar a la de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, con quienes tuvo analogías en la reflexión desapasionada sobre los problemas de América Latina y Europa. Proclamaba una “anficciónía de la inteligencia americana”.

El sentimiento de unidad continental aflora casi como un desgarramiento geológico de su enorme amor por la tierra y el pueblo chilenos, que tanto le dolían. No en vano escribió al final de su ensayo “Intuición de Chile” (1933):

Pensamos que, como en las logias y los ejércitos de hace cien años, nuestra inquieta juventud de América volverá a encontrarse para realizar un plan grandioso. Veremos entonces que lo que nos une es mucho mayor que lo que nos separa; que el aislamiento es lo que nos entrega a la voracidad extranjera, y lo que debilita en esta América que habla español, el sentimiento nacional. Chile, como toda nación indoamericana, busca esa idea nacional que no puede edificarse sino sobre la común Cultura, la organizada Economía y la vasta voluntad de permanencia histórica³.

² El endecasílabo de *La Araucana* inicia la sexta octava y textualmente dice: “Chile, fértil provincia señalada”.

³ “Intuición de Chile”, *Viajes y estudios latinoamericanos*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1987, p. 19.

Esa búsqueda de resonancia, más allá de las fronteras, recorre toda su obra posterior. Tanto como a Reyes y Henríquez Ureña, le preocupa la expresión de nuestra cultura y su acceso al contexto de las naciones del mundo. Esas constantes de su pensamiento tuvieron un punto de partida en un tiempo y un espacio: el tiempo de la juventud en efervescencia intelectual y política y el espacio de Chile. El germen está en una primera conferencia dictada en la Universidad de Concepción en 1930. La tituló “Hispanoamérica, posición crítica”. Fue publicada en la revista *Atenea* de la misma Universidad en 1931. Leída a la distancia, hay un párrafo que a nuestro juicio resulta premonitorio de la incierta realidad de estos días. Por esa razón considero útil transcribirlo en su extensión:

Como las circunstancias nacionales y el proceso cultural en el continente tienen más de un punto de contacto, me atreví a hablar no de un país exclusivo, sino de toda América. No lo hice por alarde ni tendencia a la generalización. Creo que se nos aclaran las circunstancias peculiares de cada país cuando lo comparamos con otros. La historia es hoy, ante todo, historia comparativa. Todos nuestros pueblos con más o menos grados de progreso o de conquista técnica, viven las mismas inquietudes espirituales, reaccionan ante los mismos estímulos. Por otra parte, nuestra comprensión aumenta, nuestro destino se hace más responsable, cuando sobre las fronteras de nuestros países, que no son fronteras espirituales, tendemos una mirada de totalidad. Hace falta, por circunstancias que todos sabemos, no perder esa ecuménica posibilidad hispanoamericana. El hispanoamericanismo, si no se queda en las vanas fanfarrias y los discursos de las fiestas de la raza, si no es un pretexto para hacer retórica, si se apuntala en un firme método crítico, puede darle a la presente y a las próximas generaciones del Continente, una conciencia de raza y de cultura que sería lo mejor que nuestra América criolla ofreciera al mundo. Desgarrado por las crisis más dramáticas que conozca la historia de Occidente, óyense en el mundo contemporáneo clamorosas voces que piden unidad. El espíritu rebalsa las fronteras.

Los pueblos de la misma tradición y del mismo origen, quieren agruparse. Ven venir peligros comunes, y como ovejas perdidas en los despeñaderos al atardecer, retornan al valle a apretar el rebaño. Hasta la misma Europa dividida y nacionalista pide unidad. (...) Por los otros confines del mundo se oyen el llamado hindú, el llamado islámico, el llamado hispanoamericano. Los pueblos sueñan en las anfictionías de razas y culturas que por sobre sus ambiciones nacionales y pequeños odios, los purifiquen y les abran con mayor fe las puertas obstinadas del porvenir⁴.

Picón Salas regresó a Venezuela en febrero de 1936. El dictador Juan Vicente Gómez había muerto, en su cama, el 17 de diciembre de 1935. En 1937 fue designado Embajador de Venezuela en Checoslovaquia. Era su primer viaje a Europa. La realidad cultural del Viejo Continente lo impactó y acicateó en él sus reflexiones de aquella conferencia de la Universidad de Concepción. Volvió a Chile por corto tiempo y aquí escribió otro ensayo bajo el título de *Preguntas a Europa*⁵. Fue el núcleo de un nuevo libro donde culmina la visión universalista de la cultura americana. La Guerra Civil Española y los albores de la Segunda Guerra Mundial fueron factores que impulsaron aquella angustiada reflexión. El libro culminante lo editó en México, con el título *Europa-América*. Hay en sus páginas un aire de presagio sobre el destino de la cultura. Pero sobre todo hay una interrogante que mira a Hispanoamérica y a Estados Unidos como dos “Américas desavenidas”, éste último, nombre de otro ensayo escrito en 1951, cuyo mensaje, cincuenta años después, conserva una lúcida vigencia que asombra y casi estremece al lector de ahora, frente a las nuevas incertidumbres con las cuales despunta el tercer milenio:

⁴ *Ibid.*, pp. 202-203.

⁵ Lo editó en Santiago de Chile bajo el sello de Editorial Zig-Zag. Fue reeditado casi de inmediato en La Habana, por Editorial Cultura, 1938.

Y lo que le da cierta fragilidad paradójica al inmenso poder norteamericano ante la presente angustia mundial, es que frecuentemente fallan fines y principios más altos que los de la expansión de los negocios y de los objetos de confort. No pueden plegarse a las pautas del usual conformismo inmanentista norteamericano, pueblos y culturas que han vivido experiencias más trágicas y desgarradas. El “paria” hindú, el indio de Sur América, el estudiante musulmán, protagonistas de pueblos en extrema o reprimida tensión, pueden ser más inquietos y descontentadizos que el próspero y satisfecho Mr. Babitt. Por ellos hablan culturas o frustraciones milenarias. y no basta –como creen algunos norteamericanos– sustituir los principios teóricos, la Filosofía de una democracia mundial que a veces aceptó las alianzas y los intereses más bastardos, con la ayuda técnica a “los países atrasados”. Tanto como de auxilio material y tecnológico, esos pueblos están requeridos de comprensión y justicia. No serán tan sólo los tardíos herederos de un sistema industrial y capitalista; los últimos invitados de un festín que por el reclamo de fuera ya no era posible excluirlos. Se necesita una inteligencia supra-nacional que apacigue los resquemores y diferencias; que sea capaz de aproximarse con simpatía a lo distinto. No basta vencer porque es preciso convencer, decía Unamuno. Y el convencimiento –aquello que el Evangelio colocaba más allá de cada día– opera en zonas más desgarradas y misteriosas del alma, donde la necesidad se torna en fe⁶.

Frente a la pesadilla contemporánea que cambió en la mentalidad del hombre la indiferencia por terror, a partir del 11 de septiembre del 2001, volver a textos como *Europa-América*, si bien no solucionan los conflictos, al menos ponen a pensar y a revisar

⁶ “Américas desavenidas”. Publicado originalmente en *Cuadernos Americanos* (México), 10:4 (1951).

comportamientos en el ámbito de la inteligencia que fundamenta la cultura y entona su instrumento comunicativo: la educación. El pensador venezolano concedía a las pequeñas naciones hispanoamericanas un sentido de arbitraje moral que los grandes centros hegemónicos del poder militar y económico no pueden asumir ante el descrédito que produjo el horror. En 1946, después de la explosión atómica de Hiroshima y Nagasaki, escribió: “Quizás el proceso ecuménico del hombre que llamamos Historia Universal no sea más que el conflicto entre la voluntad de poder y la voluntad de cultura, entre las fuerzas de derroche y de destrucción y las de creación y conservación”⁷. Es posible que los pueblos hispanoamericanos estén inermes ante el poder de la decisión, pero no ante el poder de la reflexión que llame a una equidad prudente y no a una sumisión genocida incondicional. Ahí el reto de la universidad latinoamericana y de los intelectuales, como árbitros de un desbordamiento irracional. Picón Salas fue un ejemplo de equilibrio hace medio siglo. La indiferencia culpable ya no cabe en el estrecho margen de la esperanza contemporánea.

⁷ “Las pequeñas naciones” (Discurso en la Universidad de Puerto Rico, 31 de marzo de 1946), *Europa-América*. Caracas, Monte Ávila, 1996, pp. 170-171.

M A R I A N O P I C Ó N S A L A S (1 9 0 1 - 2 0 0 1)
O D I S E A E N T R E S A N T I A G O S*

*A Nelson Osorio,
a Imtrud Koenig.*

1. Mundo de origen
Santiago de los Caballeros de Mérida

*“La vida personal o la Historia no es sino la nostalgia
del mundo que dejamos y la utopía ardorosa,
siempre corregida y rectificada,
de ese otro mundo a donde quisiéramos llegar”.*
M. Picón Salas, “Adolescencia”. Valparaíso, 1923.

Todo mito es un viaje. Todo viaje, un desafío al destino. El viaje de Telémaco es una busca de identidad en la imagen paterna. El de Ulises un retorno a la tierra de los padres. La vida de Mariano Picón Salas (no la obra, otra historia, otro texto) podría leerse como un viaje mítico en tres instancias espaciales. La primera, mundo de origen, sería Santiago de los Caballeros de Mérida (1901-1920). La siguiente, camino de las pruebas y adquisición de un saber, se ubicaría en Santiago del Nuevo Extremo, o Santiago de Chile (1923-1936). La última, apoteosis y caída del héroe cultural ocurrirá en Santiago de León de Caracas (1936-1965).

En una “Pequeña Confesión a la sordina”¹, Picón Salas revela que: “Acaso contra mi voluntad, el Destino me impuso una vocación de escritor nómada, y por ello mis escritos obligan frecuentemente al lector

* Fragmentos de este trabajo fueron presentados como Ponencias, en la Biental “Mariano Picón Salas” (Mérida, 15-6-2001) y en las Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (JALLA) de Santiago de Chile (agosto de 2001) y se publicaron en las revistas: *Tierra Firme* (Caracas), 19:73 (2001), pp. 67-81 (partes II y III); y *Cuadernos Americanos* (México), N° 88 (2001), pp. 13-41.

¹ Prólogo a *Obras selectas*, 1962.

a largas expediciones por el mapa”². En verdad, casi no hay página suya que no remita a marcos espaciales de cultura o de paisaje en asociaciones contextuales, nada fortuitas, donde su extraordinaria capacidad viajera, interior y exterior, puede llegar a perdernos.

En una “Divagación sobre los viajes y sobre el Puerto de Iquique”, escrito en Chile (1935), hay una estética del viaje: “De cierta manera un viaje es como la adición de pequeños hallazgos y reconocimientos del viajero con climas, costumbres y personas distintas. Ojos penetrantes, estómago firme y cortesía para interrogar a las gentes y a las cosas sin prevenirlas ni asombrarlas, deberían ser los méritos y eficiencias del hombre que viaja: no advertir solamente lo grandioso, sino captar también lo menudo”³.

Santiago de los Caballeros de Mérida, mundo de origen, evocado muchas veces con nostalgia e ironía, es el desafío al crecimiento del hombre. Mérida es, como ninguna otra ciudad venezolana, un espacio donde coexisten, a lo largo de su historia, el recogimiento religioso medioeval con la picardía del oculto mundo universitario, la polémica doctrinaria con las excomuniones, la presencia viva de los credos indígenas con la búsqueda de objetividad científica, la historia con el mito, la magia y el conjuro con la taumaturgia religiosa o herética, el puritanismo con el liberalismo de la cotidianidad. Un novelista colombiano, Armando Romero captó los mundos subyacentes de la vida académica, en *La piel por la piel*.

Si la mentalidad medioeval de algunos clérigos excomulgó a catedráticos universitarios por sus ideas avanzadas, o por ancestros sefarditas, hubo otros sacerdotes como el obispo Torrijos, que en el siglo XVIII llevaron instrumentos químicos y físicos, difundieron el pensamiento moderno a través de libros actualizados y participaron en las tertulias e instituciones cuyo sentido emprendedor fue operando un cambio en el aislado medio geográfico. De todo aquel fermento no es raro que Mérida tenga un santo librepensador como Jacinto Plaza, un misterioso personaje como Gregorio de la Ribera, medio diabólico y

² 2ª ed. Caracas-Madrid, EDIME, 1962, p. ix

³ *Obras selectas*, p. 576.

medio milagroso, con virtudes para hacer que aparezcan objetos perdidos, y hasta historias de amor y dolor como la referida por Charles Empson (1836)⁴ sobre Leona Leyba –descendiente de incas por vía materna– y Mateo Luzano, soldado patriota, cuyos amores furtivos impedían que se cumplieran los deseos de doña Isidora, la viuda del realista Ildelfonso Leyba, para que su hija, refugiada en Lima en el Convento de Santa Rosa, profesara en entrega a Dios. Su héroe enamorado llegaba en calidad de peregrino para orar junto a la amada, guión potencial para telenovela, ubicada en un pasado entre místico y picaresco que alimentó la vida montuna. La misma donde algunos mantuanos enviaban a los indios hasta la sierra nevada a traer hielo para refrescar sus bebidas, mientras en algún otro lugar de la ciudad, dos hermanos, Emilio y Juana Paula Maldonado, en el día coleccionaban mariposas y por la noche, amorosos, observaban las estrellas con un telescopio. Entre la austeridad y la picardía, las tertulias literario-científicas y el recogimiento religioso de hogares petrificados en una edad media familiar, transcurre la existencia del joven Mariano Picón Salas.

En Mérida despuntó el intelectual precoz y algo atrevido. Disertó muy temprano sobre temas del arte contemporáneo, invitado por un rector universitario, médico positivista, don Diego Carbonell a quien debió las incipientes lecturas de Nietzsche (“el último pagano”, escribirá), el inevitable *Ariel* de Rodó y la incorporación a un grupo intelectual positivista congregado en torno a la revista *Génesis*. Mario Briceño Iragorry, copartícipe de aquella experiencia intelectual escribe que

...Carbonell, acabado de regresar de Europa con las alforjas llenas de ideales y proyectos, se presentaba a la metrópoli andina como una verdadera revolución. (...) Habían desaparecido clarisas y agustinos, mas, el espíritu claustral se mantenía adherido a los viejos portales y a las herméticas ventanas de las casas en su empingorotado señorío. Tal era el silencio y la quietud de

⁴ *Narratives of South America*. El texto, rescatado, traducido y divulgado por Carlos César Rodríguez: *Boletín de la Academia de Mérida*, N° 1 (1994), pp. 185-193.

la urbe, que el transeúnte percibía en la noche, tupida de neblina, el ruido del agua subterránea que primitivo acueducto llevaba a través de la ciudad. (...) El progreso, que llegaba sobre el tardo lomo de las bestias, carecía de fuerza para destruir la abulia fomentada por las enquistadas costumbres coloniales contra las cuales embotaron sus lanzas los intrépidos jóvenes de *Génesis*⁵.

La temprana curiosidad por el mundo del arte plástico aguzó mirada y oído de un ensayista donde la imagen visual domina expresada en eufonía de lenguaje, en sintaxis de la cortesía, orientada más a convencer que a derribar. En su “Divagación sobre los viajes” definía al viajero como “un hombre para quien mirar ya constituye un goce y acontecimiento”. En la plenitud de su oficio ensayístico observa que para “el novedoso espíritu sudamericano (...) el pensamiento es como otra forma de sensación”. E interpreta la cultura francesa como una versión del epicureísmo que “ha sabido guardar, en un tiempo tan mecanizado como el nuestro, el amor de la existencia, la concepción de la vida como obra de arte”⁶.

Junto a su condiscípulo Mario Briceño Iragorry, publicó, igual que cientos de adolescentes hispanoamericanos, una revista llamada *Ariel*, obligado homenaje a Rodó y su libro paradigma. En el adolescente de 18 años pugnaba por emerger el escritor, cuando estudiaba Derecho en una Universidad “con una ciudad por dentro”, como él la describió. En sus aulas y espacios urbanos campeaban el romanticismo patriarcal de don Tulio Febres Cordero, los aires modernistas del poeta bohemio Emilio Menotti Spósito y el Positivismo filosófico presidido por el etnólogo Julio César Salas, uno de los primeros venezolanos incorporados a la Sociedad Internacional de Americanistas, lector de Fourier, Saint Simon y otros socialistas utópicos.

⁵ M. Briceño Iragorry, “Contestación al discurso de incorporación del Dr. Diego Carbonell a la Academia Nacional de la Historia”, *Discursos de incorporación*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1966, vol. 3, pp. 91-93.

⁶ “Meditación francesa”, *Obras selectas* (1962), p. 1.097.

Si la mentalidad medioeval de algunos clérigos excomulgó en pleno siglo XX a catedráticos universitarios por sus ideas avanzadas, o por ancestros sefarditas, hubo otros sacerdotes como el Obispo Torrijos, que en el siglo XVIII llevaron instrumentos químicos y físicos, difundieron el pensamiento moderno a través de libros actualizados y participaron en las tertulias e instituciones cuyo sentido emprendedor fue operando un cambio en el aislado medio geográfico.

Picón Salas, en la primera Santiago (Mérida), nutrió su erudición precoz en aquellos volúmenes de Clásicos Castellanos de Espasa Calpe, que se hinchaban con la humedad por la textura algodonosa del papel e integraron parcialmente las bibliotecas de innumerables abuelos. Aprendía rudimentos de francés con un ductor particular: Monsieur Machy. Era asiduo a las tertulias del Hotel Mérida, regentado por el poeta Emilio Menotti Spósito, quien imbuido de un marxismo larval preconizaba ya la necesidad de fundar organizaciones obreras en un aldeón campesino. Emilio Menotti recitaba en su idioma de origen *Les fleurs du mal*, de Baudelaire y obsequiaba vinos europeos de buena etiqueta, “*apellation controlèe*”, aunque algo avinagrados por el mareo de las cruentas navegaciones y el bamboleante trayecto de recuas hasta aquel rincón olvidado. Picón Salas, el contertulio, conocía los poemas del uruguayo Emilio Oribe, los textos caligramáticos de José Juan Tablada, publicados en la prensa caraqueña. (Tablada desempeñó una corta misión diplomática en Venezuela). Otras lecturas de formación fueron las novelas de Eça de Queiroz, a más de las célebres figuras modernistas: Rubén Darío, José Asunción Silva, también diplomático en Venezuela por 1893, otra vez el inevitable maestro José Enrique Rodó, Pedro Emilio Coll, Manuel Díaz Rodríguez.

Entre los familiares del joven Picón Salas, residía y escribía en Mérida Gonzalo Picón Febres. Editó en 1903 una *Literatura venezolana del siglo XIX*, con la cual ganó prestigio dentro y fuera el país. Se carteo e intercambió libros con Unamuno, Rodó y Julio Cejador. Este último, desde Madrid, le pedía informaciones para su *Historia de la Lengua y Literatura Castellana: comprendidos los escritores hispanoamericanos* (1915), editada en diez volúmenes. Don Gonzalo tenía

fama de huraño. Quién sabe cómo se enteró Picón Salas de aquella correspondencia de su pariente con el célebre sacerdote español. Tal vez por Roberto Picón Lares, uno de los hijos del crítico merideño y joven profesor en la Facultad de Derecho, con quien Mariano y Briceño Iragorry cultivaron estrecha amistad. Lo cierto es que Picón Salas, aprendiz de intelectual, con 16 años de edad, tuvo la osadía de escribirle a Cejador una pomposa carta fechada el 29 de octubre de 1917 y cuya transcripción vale la pena, casi como un rescate y un anuncio del futuro hispanoamericanista:

Al notabilísimo filólogo y erudito crítico, don Julio Cejador. / ¡Salud! / Señor mío: / mi juvenil y exaltada admiración ha seguido los pasos de Ud. a través de obra tan portentosa y bien documentada como su *Historia de la literatura española*. ¡Bien por las cenizas del maestro Marcelino, que al hundirse en la tierra dejaron polvo de luz que fue recogido en cristalino envase de mentes como la suya! De obras como la de Ud., apenas he logrado la dicha de leer dos volúmenes, que conseguir los otros fue para mí empresa infructuosa. ¿Le sería a Ud. fácil vencer los medios para proporcionármelos?

Por referencia sé que Ud. tratará en uno de los tomos de su estudio, de la Literatura americana contemporánea. Yo aunque apenas empecé [*sic*] a borrar cuartillas de unos tres años para acá en revistas y periódicos de mi país, llevo publicadas varias disertaciones sobre crítica literaria, entre ellas, juicios sobre obras y escritores de mi país que podría proporcionarle y que en obsequio suyo ampliaría con más datos. Para que juzgue Ud. sobre mis teorías artísticas, le incluyo a ésta un folleto que contiene la conferencia que dictaré la noche de hoy 28 de octubre, onomástico del Libertador Simón Bolívar, en acto público y solemne de la Universidad de Los Andes e intitulada: “Las nuevas corrientes del arte”. Empeñaría mi agradecimiento *el que Ud. hiciera publicar este breve trabajo en la revista de ese Ateneo [cursivas nuestras]*,

que tendencia de muchos espíritus es el acercamiento de estos países con la Madre Patria, que más que con lazos de oro y comercio se hará con lazos de pensamiento.

Espero órdenes tuyas, le ofrezco mi ayuda espontánea en lo arduo de su labor, que ante el foco de sus conocimientos, será tenue lamparilla de aceite...⁷.

La perplejidad del historiador español es imaginable. Obviamente no respondió la carta, por más que, en la post-data, el joven Mariano añadía: “Pienso escribir un juicio sobre Ud., en que me mostraré su apologeta, especialmente en idea suya tan sensata y medida como la sobre Rubén Darío, rebatida con el lirismo nada analizador de Emilio Carrere”.

La audacia de aquel adolescente podría imputarse a exaltación emocional, motivada por su primera conferencia que iba a leer esa noche en la Universidad, algo importante en grado extremo para un joven, si no fuera porque el silencio del sacerdote peninsular, en lugar de frustrarlo lo indujo a persistir. En febrero del año siguiente (1918), vuelve a escribirle. Lamenta no haber obtenido respuesta. Insiste en solicitarle los volúmenes de la *Historia*, favor que promete retribuir, una vez más, con datos de escritores venezolanos, una tarea que su pariente Picón Febres cumplía a medias, pues se hallaba muy enfermo del mal que lo llevó a la muerte en Curaçao el 6 de junio. Remite a Cejador un recorte del diario *El Universal*, donde traza un boceto biográfico del escritor merideño Felipe Tejera. Y Mariano, ofendido, comenta con su ilustre corresponsal: “En el encabezamiento que le pusieron a esa crítica mía, me dijeron niño de quince años y para esa época yo ya había cumplido dieciséis”. Le anexa también otro recorte de su texto “Bolívar sociólogo”, publicado en una revista ecuatoriana que no identifica. Eran los “primeros fuegos de la vocación”.

⁷ Cf. Julio Cejador, *Epistolario de escritores hispanoamericanos*. Comp. Sergio Fernández Larraín. Santiago de Chile, Edics. de la Biblioteca Nacional, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1964, 2 v. Las cartas de Picón Salas en v. 1, pp. 363-366.

Lo que más asombra es que Picón Salas tuviera ya esa conciencia de actualizarse en lecturas y consagrarse a escribir para proyectarse con dimensiones extranacionales, en aquella ciudad aldeana, perdida entre nieves eternas de Los Andes venezolanos: "... eran las noches insomnes en que a través de los poetas y novelistas, de todo lo que se dijo sobre la sorpresa o la angustia del mundo, quería esculpir mi propia alma. Alma liberada de la tribu, de los actos reflejos y las convenciones de tantas gentes; alma tentada, atormentada y arisca que casi conjura un destino de exclusión o de maldición. La sensibilidad aguzada en la meditación solitaria, en su sorprendente comarca de fantasmas, traza entre nuestro yo y los otros una frontera intransferible"⁸. Esa toma de distancia con un medio conventual y saturado de prejuicios fue su salvación y su condena. Salvación de municipalizar su alma y su inteligencia, condena al destierro de su mundo origen hasta hoy. La figura de su intelectual más alto, Mariano Picón Salas, permanece excluida, en exilio póstumo, a cien años de su nacimiento, conmemorados el 26 de enero de este 2001. Hay un parque de los escritores donde está vacío el pedestal imaginario que muchos han propuesto para soportar el busto de su mejor ironista, el que trazó una pintoresca silueta de la ciudad aldeana en *Viaje al amanecer* y siguió evocando en la obra como una de sus "añorantes moradas", o una "comarca de fantasmas" desleída entre "las nieves de antaño". La nostalgia por el mundo de origen no hubo de abandonarlo. Era la raíz del dilema: "si la inteligencia aspiraba a ser libérrima, el corazón permanecía atado a esa como añoranza de un paraíso perdido".

Los abuelos viajaban por parameras nebulosas a lomo de cabalgaduras. Traspasaban la sierra nevada y, en caso de sobrevivir a la malaria, durante la travesía de los llanos, llegaban a otra Santiago [de León de Caracas], la capital. La ruta alterna atravesaba tierras arenosas surcadas por un río que terminaba presuntamente en el Lago de Maracaibo: sus aguas se sumergían en los cenagales de arena y nadie ve aún la

⁸ "Tentación de la literatura", *Regreso de tres mundos*, p. 156. Las citas en texto remiten a la edición de *Autobiografías*. Caracas, Monte Ávila, 1987.

desembocadura del Chama. De allí se podía viajar, Norte franco, a Curazao. Desde Willemstadt, rumbo al Este se navegaba hacia Caracas. La ruta occidental conducía al Canal de Panamá.

Con la misma ansiedad de ruptura, un día Mariano Picón Salas se marchó a Caracas, aventura que todos sus antepasados emprendieron en busca de alguna posición pública para regresar algunos con su desencanto, otros con su deseo de escapar aún más lejos. Era el joven que rompía sus primeros papeles borroneados y entraba en una Caracas que a su decir fue apenas “la primera escala de nuestra perplejidad”.

El contacto con el mundo capitalino, con sus políticos oportunistas, sus diplomáticos hacinados en los mentideros de la Plaza Bolívar y sus intelectuales congregados en las tertulias de alguna cervecería próxima a la Universidad, mientras esperan alguna prebenda ofrecida por parientes o amigos influyentes, conducen a Picón Salas hacia rumbos de una conciencia nueva. La ciudad es, como todo el país, cautiva de una dictadura que no la deja crecer hacia el mundo”. Por una parte –escribe– la vida era hermosa –porque nos acercábamos a los veinte años y los instintos y los sueños despiertan pronto a la demasiada luz del trópico–; por otra parte, la muerte también parecía acosarnos en el peligro, la persecución y el holocausto de que fueron víctimas muchos de los venezolanos de entonces. Aquella Santiago de León no era todavía el mundo que lo alucinara. La primera guerra europea, recién concluida, había dejado al país semi arruinado por la caída de las exportaciones de sus productos agrícolas, especialmente el café y el cacao. El espejismo petrolero apenas insinuaba su deslumbramiento.

Para el joven abogado, la Caracas de 1920 fue un accidente, escala efímera. Desempeñó un cargo subalterno en la Cancillería venezolana: Jefe del Servicio de la Dirección de Derecho Internacional Privado, desde el 7 de enero de 1920. Es un abogado que va a cumplir 19 años. Permanecerá en funciones hasta 1922. Vive en pensiones de estudiantes donde se conspira contra el dictador. Presencia allanamientos y detenciones de amigos y compañeros a raíz de una huelga de obreros de tranvías. La represión arreciaba hora tras hora. No había una clara dirección para la resistencia. El volumen de exilados aumentaba. Los gestos

románticos individuales eran tal vez el camino más corto hacia la muerte o la mutilación en las prisiones. El escritor, ya en final de su trayecto (1959), confiesa en páginas autobiográficas lo que aquel joven de 22 años sentía: “Siempre me infundieron espanto aquellos ex-cautivos que volvían de las mazmorras dictatoriales con la voluntad, los huesos o las hormonas deshechas y ambulaban como fantasmas por las calles, como evadiéndose aún de los esbirros invisibles”. Pero hay, junto al miedo del momento, una clara urgencia de formarse para la lucha futura como escritor y político. Lo confiesa con valentía casi temeraria a los ojos de quienes, poco tiempo después pasarían a erigirse en jueces de la trayectoria juvenil:

Es inmensa y tranquila obra de educación para levantar sobre la crueldad, el atropello y la demasía –tan frecuentes en nuestro turbio proceso histórico– otros valores de convivencia y tolerancia. Desde las palabras hasta las acciones, hay que tejer la compleja trama de nuestra conciencia moral. Quizá nos encanallecimos en exceso y las cosas no mejorarán porque un valeroso hizo saltar un barril de pólvora. No estaba dispuesto, con mis ganas de cultivar mi espíritu, de escribir libros, de participar en la viva sociedad de las gentes, a ir a caer en los presidios de Gómez. Es lógico que uno a los veinte años se considere del linaje de los mejores; y ¿hasta cuándo –ésta era otra pregunta– los mejores perecen en nuestro país para que triunfen los más torpes y desmandados? No; no haría la ofrenda de mi cuerpo ni de mi alma a ese Saturno goyesco que devora a los idealistas suicidas. Quería mi cuerpo veinteañero que me llevaba briosamente por los caminos del mundo; quería mis ojos y mi mente dispuestos a disfrutar de los libros y las obras de arte, y defender mi libertad inalienable (que mora a solas conmigo y contradice prejuicios y convenciones que todos repiten) y de la que no me despojaría ningún gendarme de los que arrastran a culatazos a los estudiantes. Era, acaso, preciso huir, como quien abandona una tierra invadida por ratas pestíferas⁹.

Hubo otras razones que impulsaron la decisión del viaje. Retorna a Mérida a padecer el embargo de las tierras familiares administradas por el padre, Pío Nono Picón Ruiz, bohemio y enamorado según la maledicencia municipal de Mérida. Viudo de su primera esposa, Delia Salas Uzcátegui, Pío Nono había continuado al frente de la heredad conyugal. Fueron a la quiebra con la depresión en los negocios de café exportados a Europa, en guerra hasta 1918. Cuentan unos que Pío Nono sirvió de fiador a un banquero doloso, quien lo llevó a la ruina. Cuentan otros que se marchó con los dineros del patrimonio familiar tras las enaguas de una coupletista de zarzuela, integrante quizás de uno de esos grupos que recorrieron los teatros venezolanos de provincia para dejarlos llenos de suspiros prodigados por románticos galanes. Otra historia filial precisa que había ocurrido un segundo matrimonio con su prima Elena Ruiz Fonseca, de quien tuvo tres hijos. Y la familia de la primera esposa no lo perdonó, como tampoco los tabúes del incesto que en las tierras de los Andes no son simple ficción garciamarquiana.

Es marzo de 1923. La quiebra y el embargo de bienes marchan juntos. Todos sufren la humillación del desalojo. Al padre se le imputa irresponsabilidad y manejo fraudulento de la heredad. Los acreedores forman jauría. En mayo, Pío Nono se marcha del país. Detrás queda una estela de cartas familiares llenas de dudas y señalamientos a su reputación. El hijo veinteañero montó en un viejo caballo y se marchó tras él con “los ojos fuertemente llorando”, aunque de pronto afloró la frase con que nos educaron desde niños a todos los andinos de Venezuela y él profiere, iracundo: “Los hombres no lloran, carajo”. Ese grito hacia adentro cambió en él su derrotero y su escritura. No regresaría nunca a su mundo de origen, la primera Santiago. “¡Y cuanta lágrima que no alcanzó a rodar se convirtió en dureza y reserva!”. Padre e hijo emprenden juntos el viaje, aunque por razones distintas. El primero, por vergüenza. Atrás quedan la segunda esposa y tres hijos, medios hermanos del escritor. Son

⁹ “Días de marcha”, *Regreso de tres mundos*, pp. 189-190.

Alberto, Josefina y Ada Picón Ruiz. Mariano va en busca de un destino intelectual a conquistar en otros espacios menos inhóspitos, inmunes al riesgo de la prisión dictatorial desde donde escriben y se indignan muchos compañeros. Atrás quedan un dolor y una ira por romper con todo el pasado. Una estela de infundios contra el padre, de envidias ensañadas contra el hijo herético, un primer libro: *Buscando el camino* (1920). Unos amigos que permanecieron leales, otros que dejaron de serlo y cayeron en la murmuración infamante. Mariano quería dejarlo todo, romper con el más mínimo hilo que lo atase a la ciudad de origen. Y así fue.

El país sufriría un vuelco en su economía y en sus costumbres. La agricultura tradicional del café y el cacao, hasta entonces soporte económico del país, terminaría ensombrecida hasta su liquidación casi total, cuando ese mismo año de 1920, ocurrieron los primeros brotes negros del pozo de La Rosa, en el Lago de Maracaibo, con los cuales estallaba la furia petrolera de una opulencia mitológica. Dentro del escritor que se marcha camina una conciencia conmovida por la dictadura de Juan Vicente Gómez. Por otra parte siente cómo los miembros de su generación de 1918, ávidos de ser escritores eran los primeros golpeados por la tormenta moral desatada después de la Primera Guerra europea:

Ya no bastaría mirarnos en el espejo de una Europa hermosa y arquetípica para huir de nuestra congoja –como los estetas del Modernismo– porque tan limpio cristal de la civilización también estaba foscamente empañado. Porque los problemas y la zozobra humana brotaban ahora como cráteres abiertos por los obuses, en lo que antes parecía encantado jardín. Entre la angustia de conciliar la belleza con la justicia, entre una áspera e interminable expedición a la Utopía, entre nuevos desengaños y tensiones, iba a trazarse nuestro derrotero¹⁰.

Ese itinerario hacia la Utopía, como futuro, iba a marcar su permanencia en Chile (1923-1936), un país que estaba madurando socialmente para grandes cambios.

¹⁰ “Tentación de la literatura”, *ibid.*, p. 163.

2. El cruce del umbral: Valparaíso

*Moré en todos los barrios, viví todas las vidas,
conocí la inquietud, la pena o el goce.
Porque llegué tan joven, se acabó de formar el hombre.
Hay en mi alma cicatrices chilenas que se ahondan
junto a las cicatrices venezolanas. Y la imaginación volandera, aun
cuando fuese arrastrada hacia otras comarcas,
siempre añora aquel verdor del valle de Santiago
con su trasfondo de nieves y sus avenidas de álamos.
Mariano Picón Salas, "En la fértil provincia señalada",
Regreso de tres mundos.*

Padre e hijo llegan a Panamá desde Mérida, por la ruta del Lago de Maracaibo. En el istmo comienza a dilatarse la pupila americanista del joven escritor. Los aledaños del Canal son ya un vagar de "varios y sudorosos días, contando mis monedas, entre baratas fondas de chinos, calles de estridentes bazares, prostíbulos de luz roja donde llaman tristemente las prostitutas. Un pedazo de América caótica revuelta en asfalto caliente, gritos de marinos borrachos y sudor de pantano germinal"¹¹. En el hijo que narra no hay una sola mención al padre, compañero invisible en todo el viaje. Tampoco la descripción denuncia la opulencia de quienes se hubieran apoderado de dineros familiares algunos. En Puerto Cristóbal de Panamá toman un barco de inmigrantes hacia el Sur. Van en tercera clase poblada de asturianos y gallegos, algún inglés trasapelado y una muchacha de nombre *Felicidad* que navega hasta Valparaíso. Para protegerse de los asedios visuales de los demás viajeros, la bella musa de a bordo ostenta como escudo un traje nupcial. Piensa casarse con un novio que la espera en el puerto.

Ahora Picón Salas, viajero por aguas del Pacífico Sur, reconstruye en la memoria de lector el itinerario que años antes había emprendido, con igual destino, un nicaragüense cuyos poemas sabía de memoria

¹¹ "Días de marcha", *Regreso de tres mundos*, cap. IV.

y, a veces, en la madurez caraqueña, volvería a recordar entre sonrisas y comentarios irónicos. En la travesía del Océano lo rememora:

Pensaba en el viaje que cuarenta años antes, en un vapor parecido, con su traje mal cortado y escasas prendas, hizo Rubén Darío desde su trópico nicaragüense a las tierras templadas de Chile. (...) No podía parangonarme con Rubén Darío, pero a pesar de la limitación mediocre que impusiera mi capacidad, también me agitaba un inquieto mensaje. Cada cosa que estaba mirando se transformaba en obsesionante imagen, en necesidad de comunicación y de reflexión. Llevado por ese duende interior, casi ya no pienso cómo he de ganarme la vida y cómo trabajar, cuando este barco que navega hace catorce días por el Océano Pacífico me deje en su postrera escala¹².

Ante la presencia de las milenarias culturas peruanas, en una breve permanencia del barco, empieza a tomar conciencia oracular de un americanismo en ciernes: “Un desconocido mundo americano, lleno de contradictorias y alucinantes esencias, estaba golpeando –a pesar de mi pobreza– en mi sensibilidad de escritor”¹³. Entre una procesión del “Señor de los Milagros” y una protesta estudiantil que pasan por las calles limeñas se filtran las remembranzas de turbulencias venezolanas vividas en Caracas, la otra Santiago (de León), por cuyas calles y pensiones de estudiantes merodeaban los oscuros sombreros de “La Sagrada”, policía política de Juan Vicente Gómez, a caza de estudiantes subversivos. Ahora, cuando mira y graba en la memoria cada imagen, lo hace con firme visión y convicción: “expresar algún día esa mezcla de angustia y añoranza del destino frustrado, que se mezcla en la diaria vivencia del hombre de este mundo mestizo, era mi deseo de escritor”. Tiempo después, estudiante de Historia, a la hora de elegir tesis, el mundo peruano

¹² *Ibíd.*, p. 194

¹³ *Ibíd.*

volverá a cobrar fuerza particular para expresarlo. Se le convierte en una obsesión intelectual que cristaliza después no sólo en una tesis académica sino en un conjunto de ensayos donde comienza la conciencia de americanidad y del “embrollo de las culturas superpuestas”. Constituyen parte de su primer libro de reflexión continental: *Hispanoamérica: posición crítica* (1931).

El viaje continúa. Es junio de 1923 y el barco se arrima a Valparaíso, entre “una niebla negra que hace aullar las sirenas del puerto”. El frío se multiplica en la piel del hombre tropical habituado a temperaturas altas y poco variables aun en las parameras de sus Andes nativos. Es el momento de asumir la conducta del viajero ante el mundo desconocido. En alta mar, a dos semanas de navegación, guiado por el “duende interior” que lo hace olvidar cómo deberá sobrevivir al tocar tierra, comienza el verdadero viaje hacia sí mismo, el inventario de fuerzas y balances espirituales para el camino de las pruebas, como todo héroe mítico que el hombre imagina y encarna en los ensueños o los viajes del proscrito, aunque el destierro sea voluntario:

La ventaja de ser joven es que podemos tener exageradas ilusiones sobre nosotros mismos; que creemos en un destino providencial que impondrá nuestra obra a pesar de toda contingencia. Quizá todo lo que sufrí fue necesaria lección de dureza; la búsqueda de otro camino diferente al de la comodidad, que hasta aquella crisis me deparó la suerte. Si permanezco en Venezuela y nada grave me acontece, acaso hubiera terminado en una fácil existencia de señorito que no sufre por la comida ni por la ropa limpia, y mira lo humano a través de una falsa idealización literaria. Ahora sentía la emoción nueva de integrarme a ese grupo de inmigrantes; de vencer la adversidad con el trabajo de mis manos, con la energía y la constancia que extrajera del alma¹⁴.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 195.

En Valparaíso, padre e hijo emprenden vida aparte. Pío Nono, instala una pequeña tienda de ropa. Apenas adquiere una mínima estabilidad, trae a su lado al resto de la familia: la segunda esposa Elena Picón Ruiz y los dos hijos mayores: Alberto y Josefina. La menor, Ada, queda en Mérida, al cuidado de los abuelos, por diez años más. Josefina aún vive en Santiago con su hermana Ada. Recuerda los días porteños de la familia. Valparaíso era una ciudad de intenso movimiento comercial. Sigue siéndolo. Y también una barroca mezcolanza de calles y cerros por donde trepa la ciudad que huye del puerto o de la hostilidad del océano nada Pacífico. Como en todo puerto, pululaban pícaros, marineros, prostitutas, rateros. Un día, las perchas colgadas a la puerta del negocio, se mueven sin brisa: un ladrón arrebató un terno y echó a correr. La niña observó lo que estaba ocurriendo y, aterrada, sólo tuvo la idea de cantar: “Se llevaron el perchero, se llevaron el perchero”. Cuando Pío Nono la reprendió, ella dijo: “Se lo llevó un ladrón y allá va cruzando la esquina”. Josefina comenta sonreída: “Mi papá nunca tuvo buena estrella para el comercio”.

Picón Salas intentó varios oficios: pregonero de diarios, vendedor ambulante. Finalmente halló trabajo en una tienda de “minuta”, ubicada en la Avenida Francia. Este tipo de negocios aún existe en Valparaíso y deja imaginar cómo pudo ser aquel instante en la vida el escritor incipiente. Mariano se conduce ante quienes llegan para vender sus muebles derruidos y quienes sacan grasientos billetes para adquirirlos. Me espanta la fealdad del negocio, que consiste en la compra y venta de muebles y objetos viejos que se amontonan en polvorienta confusión abigarrada. Son a veces pedazos de útiles caseros: un jarro al que le falta la palangana, un aguamanil roto, la manchada luna de un espejo, un biombo que perdió la pintura, el vestido de un buzo, unas botas de cazador. (...) En esas horas de la noche, a la luz de un débil bombillo, todo ese despojo de cosas gastadas y muertas me ofrece su perfil fantasmal”¹⁵. La hipersensibilidad del intelectual, tampoco era apta para el comercio.

¹⁵ *Regreso de tres mundos. Autobiografías*, p. 196.

En la soledad de los insomnios busca la compañía de personajes ficticiales de Knut Hamsun, cuyas novelas *Hambre* y *Pan*, hacían de breviario a los aprendices de novelistas en Hispanoamérica de los años 20 y 30. Entre ellos, poco después, los jaliscienses Juan Rulfo y Juan José Arreola, redactores de la revista *Pan*, de Guadalajara.

Años más tarde. Picón Salas recordaría aquellos instantes de empatía con el noruego:

“Camino por las noches por las callejas del puerto, o subo los pintorescos cerros desde donde la bahía perfila su iluminada herradura. Me sirve de compañía Nagel, el excéntrico protagonista de una novela de Knut Hamsun, que andaba por un puerto semejante hablando a solas consigo mismo, recreándose en los fantasmas de su soledad. A veces tropezaba con las cosas sin darse cuenta, o le llamaban la atención por si iba sonámbulo o dormido. Era aquello, para mí, como una Tebaida donde hacía cura de silencio o de renunciamiento, herido por el lado más cruel de las cosas”. La identidad espiritual con el monologante personaje de *Hambre* es clara en esa página sobre el puerto.

En febrero, con Nelson Osorio y su esposa Imtrud recorro la Avenida Ecuador a cuyos lados se agolpan las tiendas de minuta. Obviamente estamos recordando a Picón Salas y reconstruimos en lo posible los lugares hollados por él en aquellos años. Atravesamos la avenida Francia. Nos acercamos a la plaza Italia, que antes se llamaba plaza del Pueblo y durante la dictadura de Pinochet el rótulo metálico fue mutilado. Ahora se lee: “Plaza del...”.

En otra plaza hay una feria dominical de objetos y libros usados. Encuentro un ejemplar de *Hambre*, publicado en Chile por la Empresa Editora Nacional Quimantú en 1972. Lo prologa Luis Domínguez. En uno de sus párrafos leo:

“Hay algunas semejanzas entre Noruega y Chile: países largos, de mucho mar y montañas, mucha geografía en exposición. Hace falta saber más sobre las relaciones entre la literatura y la geografía, pero

la obra de Knut Hamsun nos recordará a veces a Manuel Rojas y otras a Francisco Coloane. Tal vez Hambre pudo suceder en Valparaíso. Un músico noruego como Edvard Grieg nos hace a veces soñar con nuestro extremo sur. ¿No hablamos también nosotros de minería, pesca, electricidad y bosques?”

Sin duda los contextos tienen algo de fortuito. Rebasan los tiempos. Hamsun escribió su novela en París, en medio de privaciones, cuando buscaba abrirse camino literario. Sentado en una plaza, con una plancha de mármol soportada sobre las piernas, escribía con la memoria evocadora vuelta hacia su ciudad natal, Cristianía. Picón Salas lee a Hamsun en extrema situación de pobreza, en un Valparaíso helado, para un tropical. Intenta salir de la trastienda sórdida donde habita y su escape es la lectura o la escritura de textos autobiográficos: “Adolescencia”, por ejemplo, o un artículo para el periódico local. Hamsun, en las primeras páginas de *Hambre*, escribe:

¡Cuán fielmente mi traje encubrió mi miseria! Poco a poco me fue necesario desprenderme de todo; no poseía ya ni un peine, ni un libro con qué confortar mi espíritu abatido. Durante el verano, invariablemente me encaminaba al cementerio o al Parque del Palacio, en donde me sentaba y escribía, cuartilla tras cuartilla, sobre las materias más dispares e inconexas, un artículo para cualquier periódico; en mi impaciencia me ocurría a menudo tener que romper el artículo después de haber elegido el asunto con mucho trabajo, por no parecerme aceptable. En cuanto terminaba uno de ellos, comenzaba invariablemente el segundo; la reprobación de un director quebrantaba raramente mis esperanzas. Constantemente me repetía: “¡Alguna vez acertarás!” Y, efectivamente, cuando ofrecía algo aceptable, recogía por mi trabajo de una sola tarde cinco coronas”¹⁶.

Cuando termina el trabajo, Mariano se mezcla con los obreros portuarios y los dirigentes anarcosindicalistas de la plaza Italia, o asis-

¹⁶ *Hambre*, ed. cit., p. 13.

te a sus reuniones públicas en diversos lugares de la ciudad, donde ellos y los predicadores del Ejército de Salvación se confunden y se lanzan gritos de escarnio (“¡Comunistas...!” / “¡Canutos!”).

Al reescribir sus pasos la memoria del ensayista en plenitud va como dibujando nuevamente un espacio que aún puede transitarse por las calles del puerto. Nelson a Imtrud rememoran sus días de universitarios en un tiempo más próximo, pero ahí, ahora, siguen los mismos rostros portuarios, las mismas boínas marineras, los ojos herrumbrosos de mirar un océano muy poco pacífico, en busca de un empleo que siguen esperando sentados en los bancos inamovibles. Un día Mariano los vio así:

Al frente, en la misma plaza los anarquistas establecían su agresiva cátedra de Sindicalismo Revolucionario. Según ellos, llegaba a su extrema disolución la sociedad burguesa. La única esperanza sería un sindicalismo total donde estén solo representados los auténticos trabajadores, quienes, al organizarse y fortalecerse, harán nula toda coacción de los gobiernos. ‘¡Una sociedad sin Iglesia ni Policía, sin cárceles ni la ley de bronce del salario; fundada en el libre acuerdo!’ ‘Y el proletariado, camaradas, debe demostrar su fuerza invencible’. Periódicos, a veces muy bien redactados por intelectuales de Santiago que simpatizaban con los anarquistas, se vendían en la plaza. Los compraba, ávido de informarme –aun con toda la exageración y el patetismo propagandista– de una realidad de dolor e injusticia que sólo hasta ese momento había presentado¹⁷.

Los anarcosindicalistas chilenos fueron muy anteriores a los socialistas no marxistas. Sus primeras organizaciones y órganos periodísticos datan de finales del siglo XIX. Fueron europeos bakuninistas. Fundaron la Sociedad Tipográfica de Valparaíso. Entre otros escritores, destacaron como pioneros Carlos Pezoa Véliz y Diego Dublé Urrutia. Por los años en que Picón Salas llegó a residir en Chile, escritores de la Generación de 1920 como Alejandro Escobar Carvallo y su revista *Occidente*; José Santos González Vera, Manuel Rojas, Eugenio González

¹⁷ *Regreso...*, *op. cit.*, p. 197.

Rojas, entre otros, estuvieron ligados a los movimientos anarcosindicalistas liderizados por Pedro Nolasco Arratia, antes de que naciera el Partido Socialista Chileno y mantenían distancias ideológicas con el Partido Obrero Socialista (1912) de Luis Emilio Recabarren, primer núcleo del Partido Comunista¹⁸.

Cuando regresa al tenducho de viejo para cuidar una mercancía que da vergüenza robar, allí, en la Avenida Ecuador, en los insomnios de mala luz y muchas ansiedades, escribe el primer capítulo de una autobiografía. Lo titula “Adolescencia”. Lo acogen inicialmente en la revista estudiantil *Claridad* (1923). Después formará parte de su libro *Mundo imaginario*. Y, revisado, trasvasará a sus memorias: *Regreso de tres mundos* (1959). El cambio en la escritura es palpable en este ensayo donde alternan relato y reflexión.

La vida miserable de empleado comercial en Valparaíso lo va sublevando. En las noches se familiariza con la Literatura narrativa chilena reciente. Escribe una nota de conjunto para *El Universal* de Caracas. De todas sus lecturas se impresiona especialmente con una novela de Eduardo Barrios: *Páginas de un pobre diablo*. Estaba recién editada por Nascimento (1923). Picón Salas envía un comentario que le publica *La Estrella de Valparaíso*. Lo invitan a continuar colaborando en el periódico que, en algún momento de estrechez, había pregonado por las esquinas del puerto. Refiere Picón Salas que “Eduardo Barrios, –hombre de ejemplar generosidad– me respondió con una carta de estímulo y agradecimiento; me preguntaba quién era y de dónde había venido, y me invitaba a visitarle en las tertulias literarias que se celebraban cada noche de sábado en su casa santiaguina, Plaza de San Isidro, 387”. Líneas adelante completa aquel momento decisivo para su vida chilena: “...bajé las empinadas aceras de la Avenida Ecuador, y compré un pasaje en el tren expreso que partía a Santiago. En la noche buscaba, entre los árboles de la Plaza de San Isidro, la casa donde vivía Eduardo Barrios”.

¹⁸ Cf. Luis Vitale, *Historia social comparada de los pueblos de América Latina*. Punta Arenas, 1999, vol. 3, pp. 81-83.

3. El camino de las pruebas: Santiago del Nuevo Extremo

*“Quien no abandona un poco su yo
al invisible magnetismo que emana del lugar nuevo
y no se incorpora de inmediato
a los tranvías que hacen su recorrido ordinario
en la ciudad recién visitada y no siente la curiosidad
un tanto infantil de dejarse llevar por la calle desconocida,
no será nunca un buen viajero”.*

M. Picón Salas”, “Divagaciones sobre los viajes”.

La odisea prosiguió en otra Santiago. Al amanecer del día siguiente, tal vez entre las nieblas invernales, dejaba asomar unos cuantos montes nevados que lo harían recordar la lejana Mérida del origen, la otra Santiago de los Caballeros. La Sierra Nevada de Mérida simula una maqueta de la Cordillera Andina que amuralla la Santiago del Nuevo Extremo. La ciudad se extendía a lo largo de un valle por ambos lados del río Mapocho y la poblaba medio millón de habitantes.

La universidad y los medios intelectuales eran sacudidos por brisas renovadoras. Cercanos, detrás de la Cordillera, resonaban los ecos de la Reforma Universitaria de Córdoba. El Gobierno de Arturo Alessandri Palma (1920-1925) abría senderos para el ascenso de una clase media letrada que gradualmente intentaría desplazar del poder a la vieja oligarquía conservadora. Los primeros movimientos sindicales urbanos y agrarios empezaban a sacudir la base social, junto a partidos políticos de nuevas ideologías. Superada la crisis de la Primera Guerra europea, Chile recibía una fuerte inyección de dinero procedente de préstamos internacionales. La prosperidad se reflejaba en la vida social. La oligarquía disfrutaba clubes de acceso restringido. La clase media se volcaba en nuevos parques y lugares de recreación. Los intelectuales animaban la vida nocturna en tertulias de cafés y otros lugares de las arcadas y calles cercanas a la Plaza de Armas. Ese era el mundo que se abría a los ojos y la avidez vital del joven merideño.

La tertulia de Eduardo Barrios fue el umbral de ingreso a la vida santiaguina. Barrios era entonces un hombre de cuarenta años. Concedor de América Latina por su vida trashumante de juventud, le abrió puertas y caminos a Picón Salas. Le presentó amigos. Entre ellos, Salvador Reyes, Armando Donoso y Sara Hubner, cuya hospitalidad no olvidaría nunca el escritor venezolano¹⁹. Su influencia en el destino inmediato de Picón Salas fue determinante. Como Director General de Bibliotecas, archivos y museos, lo hace ingresar a la Biblioteca Nacional en un cargo creado a la medida del lector sin tregua: Oficial de Número, encargado de Adquisición y Canje. Ya en la plenitud de obra y edad, en la “Pequeña confesión a la sordina”, escrita a modo de Prólogo de sus *Obras selectas* (1953), revela con emoción no exenta de nostalgia: “Nunca he leído más que en aquellos años en que fui empleado de la Biblioteca Nacional de Chile y pasaban por mis manos –para clasificarlas– obras de la más varia categoría. (...) Y con esa capacidad proteica de los veintitantos años, el gusto de devorar libros no se contradecía con el ímpetu con que asistíamos a los mítines políticos y forjábamos ya nuestro cerrado dogma –en apariencia muy coherente– para resolver los problemas humanos”²⁰.

Inspector de Estudiantes del Instituto Nacional de Chile, obtiene una modesta remuneración, además de residencia que le permite ingresar en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, de enorme prestigio, fundado en 1889 como el primero de América Latina. Obtuvo en 1927 el título de Profesor de Historia y Geografía. Se doctoró después en Filosofía en 1928. La vida literaria chilena lo ve con frecuencia transitar por el corro de la Librería Francesa, en la esquina de Huérfanos y Estado. Allí confronta opiniones con Mariano Latorre, Carlos Préndez Saldías, Alberto Romero. Salvador Reyes lo incorpora en su revista *Letras* fundada ese año, como uno de los animados colaboradores.

¹⁹ Barrios iniciaba por entonces un rápido ascenso en la vida pública, primero como Conservador de Propiedad Intelectual, en 1925; Director General de bibliotecas, archivos y museos en 1927, para culminar como Ministro de Educación durante el gobierno del Presidente Ibáñez del Campo (1927).

²⁰ M. Picón Salas, “Pequeña confesión a la sordina”, *Obras Selectas*. Caracas-Madrid, EDIME., 1953; 2ª ed., 1962.

Recién graduado, ingresa como Jefe de Trabajos Prácticos de la Universidad de Chile, donde sería Profesor de Historia del Arte y Literatura General hasta 1935. En las aulas universitarias llegó también la hora del amor. Era la “Tentación de la mujer” en el sentido del viaje mítico. Aquellos días de novias fueron el hallazgo de la autenticidad. Una de sus más hermosas páginas en *Regreso de tres mundos* lo autorretrata en esos pliegues de vida personal no muy frecuente en su escritura. Por eso adquiere relieve esta pequeña estampa santiaguina de los años 20:

Un trato más claro y directo se me ofrecía en esos días de estudiante en Chile. ¡Y qué buena compañía, no sólo para la caricia sino para la confidencia y la caminata, nos dispensaban esas muchachas con quienes el domingo podíamos ascender a la nieve de la cordillera, trepar por las vertientes o bañarnos en tiempo primaveral bajo los bambúes y eucaliptus fragantes del valle! Chile ponía su fiesta de verdura y de pomaredas, de yuyos amarillos en los caminos, de guindos que se enrojecen como bocas, en esa primavera que va del mar a la serranía, gozosa de soles, de promesas de amor, de tonadas y de viñedos que acendran su dulzura para las cosechas de abril. La ciudad ofrecía, aun a nuestra pobreza, una vida confortante y alerta. Brindábamos por la juventud –sin necesidad de estar ebrios– desde las colinas del San Cristóbal o de Santa Lucía, con la ciudad a nuestras plantas, como si el destino del mundo dependiera un poco de nuestros estudios o el dinamismo con que cargamos los sueños²¹.

Una de esas muchachas, fue su esposa en 1928: Isabel Cento Manzo, con quien tuvo una hija única: Delia Picón Cento, nacida en Santiago de Chile en diciembre de 1937. Ambas residen hasta hoy en Caracas.

²¹ “Amor, en fin, que todo diga y cante”, *Regreso de tres mundos, Autobiografías*, p. 215.

Cuando ocurrió el matrimonio de Mariano e Isabel ya Pío Nono estaba radicado en Santiago, con toda su familia. Adquirió en la Comuna de Ñuñoa una casa modesta. Mariano vivió algún tiempo en el hogar paterno. Josefina la hermana lo recuerda con ternura cuando en los días de reyes colocaba regalos en sus zapatos de niña. Alberto, el mayor del segundo matrimonio se aficionaba a escribir cuentos y poemas. Era un muchacho de apenas catorce años. Él y su hermana marchaban de excursión, los domingos, al Cerro San Cristóbal, cuya cima, hasta hoy, continúa siendo el mirador más espectacular de la ciudad. Josefina lo seguía hasta cierta altura, porque su escasa edad no le daba fuerzas suficientes para seguir los pasos del adolescente. En una de esas excursiones dominicales ocurrió una tragedia familiar. Alberto ascendió más alto que de costumbre. Josefina se quedó a media pendiente. Pasaron horas. Comenzó a llamar a su hermano, sin respuesta. El muchacho se había despeñado y murió de manera instantánea. Aquella nueva sombra quebró algo en la vida del grupo. Mariano, recién casado (1928), se trasladó con su esposa a una vivienda arrendada al pie del Cerro Santa Lucía, muy cercano de la Biblioteca Nacional, donde pasaba parte de su jornada laboral. Isabel fue alumna de Picón Salas en el Pedagógico. Se graduó de Profesora de Literatura. La erudición y la escritura de Mariano la inhibían para redactar la tesis cuyo tutor era también su esposo. Mariano la llevó de la mano y entre los dos redactaron el texto. El tema es *La novela hispano-americana*. La calidad de escritura y la impresionante información sobre obras y autores criticados con acierto, convirtieron el pequeño trabajo en el N° 2 de los “Cuadernos de Cultura y Enseñanza, utilizables en los programas de Literatura de Educación Secundaria y en los cedularios de Bachillerato”. Fue una serie publicada por Editorial Nascimento. El primero está firmado por Mariano Picón Salas. El contenido es *Problemas y métodos de la historia del arte*. Fue un pequeño manual utilizado por sus alumnos en la Cátedra, ganada por concurso en la Escuela de Bellas Artes del Instituto Pedagógico en 1931. Ambos cuadernos fueron impresos en 1934. El de novela hispano-americana tiene la particularidad de relacionar comparativamente narradores venezolanos con chilenos, especialmente en lo

que refiere al criollismo. Poco antes de mi viaje a Santiago de Chile, Delia Picón Cento me regaló una fotocopia de la tesis que doña Isabel sigue conservando amorosamente en Caracas, testimonio de su vida con el gran escritor. Y me refirió también la historia de cómo nació, a cuatro manos de una pareja, el pequeño libro.

Josefina Picón Ruiz recuerda todavía la afición de Isabel Cento por los sombreros vistosos. Cuenta que bailaba muy bien las danzas populares chilenas, especialmente la cueca. La cortesía de Mariano y la sociabilidad de Isabel convirtieron su hogar en centro de tertulias políticas e intelectuales de sus amigos. Ángeles Fuentes reconstruye aquellos momentos, no sólo de las tertulias en casa de los Picón Cento, sino la bohemia compartida:

A mediados de la década del 30 el lado Oriente del Cerro Santa Lucía no tenía la moderna traza que ahora vemos. La calle ganó en anchura y señorío, pero perdió en encanto. En esos años, un apiñado grupo de casas, ni ricas ni demasiado modestas, trepaban muy cercanas al Huelén en pintoresca y atractiva callejuela. En una de ellas vivían Mariano Picón Salas e Isabel Cento.

En esa casa había tertulia literaria, se discutía y se “componía el mundo”. Mariano Latorre, Domingo Melfi, Eugenio González, Juan Gómez Millas, Ricardo Latcham, Humberto y Héctor Fuenzalida y Álvaro de la Fuente (a quien siempre llamamos “El Chopo”) estaban entre los más asiduos a esa peña, pero hasta allí llegaban, además de los intelectuales chilenos, todas las grandes figuras de las artes o la literatura latinoamericanas que vinieran al país, bien en son de visita o apresuradamente deportadas por algún gobierno de facto.

.....

La política internacional con sus antepreludios de la Segunda Guerra Mundial, los movimientos literarios o pictóricos más audaces, los adelantos científicos que se perfilaban, maravillando a los estudiosos o neófitos, se ventilaban allí desenvueltamente y

con donaire. Esto no impedía la vehemencia de acalorados puntos de vista o la exaltación de algunas intransigencias. Con frecuencia, un pequeño grupo, nos quedábamos a comer.

La sobremesa era, obligatoriamente, un paseo por el Forestal, cuyo aditamento del Parque Providencia apenas se dibujaba. Allí proseguían las conversaciones que, a menudo, terminaban con un vino caliente en “La Posada del Corregidor” (donde todavía la luz permitía ver rostros, pero que ya tenía un hálito un si es no es pecaminoso) o en un bohemio lugar en la esquina de la Plaza de Armas con Merced, que ostentaba el hampón nombre de “La Puñalada”. A este último sitio llegaba Augusto D’Almar, quien, a medida que se lamentaba de una reciente desventura afectiva, con gracia y viperina lengua “pelaba” a personajes y hechos del mundillo santiaguino²².

El ambiente intelectual chileno se impregnaba con aires de reforma universitaria. Las sesiones de la Federación de Estudiantes de Chile y de los clubes políticos eran encendidas. Picón Salas conoce otros estudiantes latinoamericanos y chilenos con quienes comparte un desvelo americanista. Su sensibilidad literaria se vigoriza con las inquietudes de la lucha política y la efervescencia social. Al evocar aquellos días resalta la figura del maestro Pedro León Loyola, quien gritaba por la calle contra una asonada militar: “O vivir libres, o no vivir”. El proyecto de una nueva emancipación era apremiante para barrer con la horda dictatorial que azotaba algunos países de América Latina: “Se pensaba, bellamente, en esos años del 20 y tantos que el ímpetu de reforma universitaria que había recorrido todo el Continente, desde la Córdoba argentina hasta el México donde era ministro José Vasconcelos, no sólo

²² Ángeles Fuentes, “En la intimidad de Mariano Picón Salas”, *El Mercurio*. Santiago, 5 de enero de 1965. Reproducido en *Para Mariano Picón Salas*. Comp. de Rafael Pineda. Caracas, INCIBA, 1966, pp. 95-97)

nos haría más sabios y justos, sino contribuiría a modificar la áspera realidad de tiranos y tierras intervenidas, que era la de toda la América Latina. Nunca como en esos días tuvimos el deseo de ser más generosos. Pensábamos que otra generación de la Independencia habría de encontrarse, para restablecer la unidad de nuestro perdido destino continental. Cada estudiante que asaltaba la apasionada tribuna quería ser por un momento el nuevo Bolívar, el nuevo Martí. Padecíamos por toda la América de nuestra sangre, fuese la de la Revolución Mexicana o la Nicaragua de Sandino”²³.

Ese despertar de mesianismo social lo fue llevando progresivamente a participar discretamente en la vida política chilena en ebullición. Se iba preparando doctrinariamente como un educador y un combatiente capaz de empuñar la inteligencia como arma de lucha, para los nuevos tiempos venezolanos. Lee a los socialistas europeos, especialmente Fauré y los marxistas disidentes: Rosa Luxemburgo, entre otros. Se acerca a las líneas no dogmáticas del marxismo. En aquellos años los marxistas propugnaban un internacionalismo proletario de espaldas a las realidades turbulentas de América Latina. Por las mismas razones de esa indiferencia al drama continental Manuel Ugarte se iría distanciando incluso de los socialistas argentinos de Juan B. Justo. La influencia de ambos en los medios políticos e intelectuales chilenos, marcaba las polémicas. Entre anarquistas, marxistas y un socialismo en ciernes iba configurándose el espacio ideológico y político de Chile en los años del 20 al 30. Como estudiante fue vinculándose con otros compañeros que compartieron aulas e inquietudes en el Instituto Pedagógico. Se incorporó como colaborador de la revista *Claridad*, semanario estudiantil, fundado por el poeta Alberto Rojas Jiménez, junto a Raúl Silva Castro y Rafael Yepes. Allí colaboraban también Eugenio González, Rudecindo Ortega, Roberto Meza Fuentes, José Domingo Rojas, Pedro León Loyola, Carlos Vicuña, Alex Varela y Juan Gómez Millas²⁴.

²³ “En la fértil provincia señalada”, *Autobiografías*, p. 203

²⁴ Cf. Rolando Mellafe, Antonia Rebolledo y Mario Cárdenas: *Historia de la Universidad de Chile*. Santiago de Chile, Edics. de la Universidad de Chile, 1992, p. 150.

En los estudios del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, tuvo como maestros a Luis A. Puga y el Jefe de Trabajos Prácticos en Historia, Guillermo Feliú Cruz, de quien Picón Salas no sólo fue su alumno desde 1925 hasta 1930 sino también acreedor de una amistad que no se interrumpió nunca. Juntos trabajaron en la Biblioteca Nacional de Chile. Feliú era conservador de la sala José Toribio Medina, desde 1925, cuando el gran historiador donó sus fondos bibliográficos. Picón Salas era Oficial de Adquisiciones. Ambos compilaron un hermoso libro, *Imágenes de Chile* (1932), patrocinado y publicado por don Carlos Nascimento. Alcanzó tres exitosas ediciones.

La Biblioteca Nacional forjó la erudición del gran latinoamericanista y maestro de la prosa. El tránsito por el Instituto Pedagógico, adscrito a la Universidad, labró un educador y un combatiente por las causas sociales y culturales. En esta etapa formativa creemos que fue determinante su fraternal amistad con Eugenio González Rojas, quien venía curtiéndose en la acción política desde su adolescencia, primero como Presidente de la Federación de Estudiantes (1920). Eran días en que la unidad de los estudiantes con los obreros iba sentando bases de cambios y sacudidas sociales inminentes. En 1924 figura como dirigente sindical. Cuando el 4 de junio de 1932 ocurre el derrocamiento de Juan Esteban Montero e insurge la efímera revolución socialista de Marmaduque Grove, Eugenio González Rojas es nombrado Ministro de Educación. Un año después, con el mismo Marmaduque, Salvador Allende y Oscar Schnake, Eugenio González aparece entre los fundadores del Partido Socialista que nace el 19 de abril de 1933.

Al ocurrir la Revolución de Marmaduque Grove, el rector de la Universidad de Chile presentó renuncia. Lo reemplazó una junta rectoral de tres miembros: Pedro Godoy, profesor de la Escuela de Arquitectura; Pedro León Loyola, profesor del Instituto Pedagógico y Mariano Picón Salas, profesor de la Escuela de Bellas Artes. Aquella experiencia duró apenas doce días, pero Picón Salas no la olvidó nunca y, ya en la madurez caraqueña, con su fina ironía afirmaba: “Don Andrés Bello y yo hemos sido los únicos venezolanos que alcanzamos el alto honor de ser rectores de la Universidad de Chile”. Feliú Cruz observa que aquella

experiencia rectoral de Picón Salas se explica por lo siguiente: “Loyola era un viejo maestro, una recia personalidad moral e intelectual, y asimismo, tenía las mismas virtudes del ingeniero civil Godoy. Mariano Picón Salas no alcanzaba aún los rangos de los otros, pero su prestigio intelectual descollante en las aulas y en la cátedra, lo situaban como un buen director de la política universitaria en esos difíciles trances. Representaba las aspiraciones de la izquierda revolucionaria de Chile. Se hallaba cerca de las doctrinas proclamadas por el Partido Socialista, cuyo jefe era Eugenio Matte Hurtado. Picón-Salas prudentemente no hacía ostentación visible de partidismo, y creo sinceramente que nunca lo hizo. Su condición de extranjero lo alejaba de las tiendas de sus afecciones ideológicas y por eso no formó parte del Partido Socialista ni de ningún otro. Pero estaba identificado con él y era uno de sus mentores, junto con Eugenio González, Oscar Schnake, Manuel Eduardo Hubner, Arturo Bianchi, Luis y Manuel Mandujano Tobar, Arturo Natho, Julio César Jobet y otros más con quienes hizo intensa vida de camaradería intelectual”²⁵.

4. El saber adquirido

Si Picón Salas no entró a militar directamente en el Partido Socialista, por su condición de extranjero, al menos intervino en las discusiones programáticas de la nueva organización, especialmente en el aspecto pedagógico y cultural. Al crecimiento intelectual del escritor correspondía, pues, en paralelo, una madurez ideológica nutrida en el socialismo no marxista.

Su escritura entre 1930 y 1935 alterna la narrativa, el ensayo hispanoamericanista, los estudios de Historia Colonial Chilena e Hispanoamericana, con textos ensayísticos y epistolares de reflexión política. En 1931 inicia correspondencia con Rómulo Betancourt, quien se hallaba exilado en Costa Rica. Revela que está preparándose para el

²⁵ *Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas*. Santiago de Chile, Edit. Nascimento, 1970, pp. 32-33.

momento en que desaparezca la dictadura de Juan Vicente Gómez y ambos puedan regresar a Venezuela. Le comenta su participación en un grupo chileno de reflexión y estudio que marca distancia con los marxistas dogmáticos del momento. Se inclina a un socialismo con afinidades apristas. Menciona lecturas del famoso libro disidente de Henry de Mann (*Más allá del marxismo*), hace referencia al polémico “Plan de Barranquilla” que Betancourt y otros exilados habían redactado. Por último asume ya un compromiso de futuro regreso, no tan inminente como pensaban todos: “Yo me les ofrezco para estudiar el programa educacional –ya que soy Profesor titulado– y el problema lo hemos discutido largamente en Chile. Mi punto de vista en Educación prepararía para un régimen socialista”²⁶. Además de las cartas, tal vez por influencia de su destinatario, Picón Salas publica en *Repertorio Americano* de Costa Rica, tres ensayos con título común de “Hacia una voluntad de poder” (1934). Todo indicaba que Picón Salas preparaba el retorno, tan pronto ocurriese la caída del dictador Gómez y así sería.

El nivel intelectual alcanzado por Picón Salas era producto de una incesante labor de lectura y escritura. Fue asiduo colaborador de las revistas *Nosotros* (de Buenos Aires), *Repertorio Americano* (de Costa Rica), *Claridad*, *Atenea* (de Concepción), por invitación de su amigo Domingo Melfi; de *Letras*, y *Zig-Zag*. Pero su tarea literaria e ideológica de mayor impronta fue la fundación de la revista *Índice*, en la cual lo respaldaron sus compañeros de literatura y luchas Eugenio González Rojas, Ricardo A. Latcham, Oscar Vera, Raúl Silva Castro, Héctor y Humberto Fuenzalida, Benjamín Subercaseaux, junto a otros pertenecientes a promociones anteriores: Mariano Latorre, Fernando Santiván, Domingo Melfi. Al comentar la revista, Guillermo Feliú Cruz anota que *Índice* era una revista “de carácter literario, pero en cuyo fondo ideológico palpitaban muy vivamente las ideas socialistas del grupo político al que pertenecían los cofundadores”²⁷. En otro capítulo de su ensayo

²⁶ “Carta a Rómulo Betancourt, fechada en Santiago: 19 de septiembre de 1931”, *Correspondencia cruzada entre Rómulo Betancourt y Mariano Picón Salas*. Comp. de J. M. Siso Martínez. Caracas, Fundación Diego Cisneros, 1965, pp. 166-170.

²⁷ *Ibíd.*, p. 33.

Feliú transcribe fragmentos del manifiesto inicial firmado por Picón Salas con sus iniciales. El crítico lo considera ya, con Latcham, un “líder intelectual..., obraba por presencia, con socrática vocación, sin ningún residuo pedagógico, con señorío y elegancia de ademanes y actitudes”²⁸. Latcham, por su parte, estima que *Índice*, congregó un grupo extraordinario de intelectuales, “de múltiple categoría y de generaciones diversas, mancomunadas en un esfuerzo creador que contribuyó a enriquecer y ensanchar los horizontes de la cultura nacional y a despertar una nueva vocación americanista frente al aislamiento en que vivieron las promociones europeizantes más antiguas”²⁹.

Otro partícipe en la experiencia de *Índice*, Raúl Silva Castro, a raíz de la muerte de Picón Salas (1965) escribió un testimonio donde puede corroborarse la alternancia de las preocupaciones literarias y político-sociales del ensayista venezolano, como también su tolerante capacidad para coexistir con posiciones estéticas o políticas con las cuales guardó respetuosa distancia:

Formamos el grupo *Índice* con la decidida intención de abrir a las letras una nueva senda, equidistante de los imaginistas a cuya cabeza rolaban Salvador Reyes y Luis Enrique Délano, y a los criollistas, comandados por Mariano Latorre. Éramos todos amigos de unos y de otros, pero nuestra intención fincaba en lograr una literatura de mayor peso intelectual, con un bagaje cultural abundante y sólido, proyectada hacia problemas humanos y no solamente locales. Era el tiempo de los espadones y en cada nación americana, de las que hoy llaman subdesarrolladas, gobernaba un hombre de cuartel, con ademanes y arrogancia de cuartel. En la sombra, insidiosamente, por decirlo así, *Índice*, –la revista– debía minar el suelo de los espadones, a ver si se caían.

²⁸ *Ibid.*, p. 65.

²⁹ Ricardo A. Latcham. Prólogo a *Ensayos escogidos*. Comp. de Juan Loveluck. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1958, p. xi.

Mariano Picón Salas estuvo allí junto a Eugenio González, hoy Rector de la Universidad de Chile; a Ricardo A. Latcham, a José Manuel Sánchez y a quien esboza estos recuerdos. Como organizadores, tomamos a nuestro cargo la parte ingrata del negocio: conseguir suscriptores, enviar los papeles a la imprenta, corregir las pruebas, colocar ejemplares en consignación en los puestos de periódicos y en las librerías. Cuando se es joven, todo parece verdadero. El hecho es que algunos números de *Índice* lograron imprimirse, y allí pueden leerse los ensayos doctrinales, de forma algo barroca, con la firma de Mariano³⁰.

Las lecturas de José Ingenieros (*Evolución de las ideas argentinas*), Samuel Ramos (“Nacionalismo y cultura”) y Alfonso Reyes (“México en una nuez”), le aportaron métodos y le insinuaron ideas para las primeras meditaciones sobre América Latina, expuestas en “Hispanoamérica, posición crítica” [1931]. Es la ruptura con la ensayística larval y spengleriana, de los veinte años, indigesta de Nietzsche. Los libros y conferencias del pintoresco Keyserling le contagiaron la idea de *ecumene*, reiterada en su escritura ensayística hasta la madurez.

Igual que Manuel Ugarte, Picón Salas reacciona contra el excesivo culto a la forma de los modernistas. En diciembre de 1933 escribía en Chile esta reflexión: “... es preferible para un escritor vivir su tiempo, trasudar un poco con la multitud, disolver en su retorta estas sales que cristaliza cada época, antes que encerrarse en la campana aisladora de una forma perfecta pero vacía. (...) Hay por ahí una tradición literaria apretada como en un herbario en las Antologías, de hombres que persiguieron la forma con la obstinación del maniático. Pero la forma no se busca: se crea. El error y el olvido que ya cubre a algunos escritores de América, como Rodó, es que ganaron en forma lo que perdieron en vida y pasión”³¹.

³⁰ Raúl Silva Castro, “Mariano Picón Salas”, *Para Mariano Picón Salas*. Comp. Rafael Pineda. Caracas, INCIBA, 1965.

³¹ “Prólogo y digresiones sobre América”, *Dependencia e independencia en la historia hispanoamericana*. Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”, 1977, p 24.

Sin duda Picón Salas había consultado el prólogo y la *Antología de nuevos escritores hispanoamericanos* compilada por Manuel Ugarte. El prólogo fue causa de rechazo por parte de Rodó. Picón Salas se identificaba más con uno de sus grandes amigos y maestros: Alfonso Reyes, quien ese año de 1933 descansaba en Santiago de Chile. En una carta inédita para Ricardo A. Latcham, otro de sus grandes amigos, quien reposaba en los lagos de Pucón, escribe Picón Salas:

Aquí entre las novedades literarias está la llegada de Alfonso Reyes que viene a buscar unos días de reposo cordillerano, pues se siente muy cansado de trópico y diplomacia. No va a desempeñar ninguna actividad pública. Hoy lo fui a ver al “Crillón” y tuvimos con este hombre pequeñito de cuerpo pero de espíritu muy fino, una hora de charla muy cordial. Le di para que contrarrestara la impresión del mundo oficial un panorama de los problemas que a nosotros nos interesan; le hablé de ti y de los hombres jóvenes que representan dentro de la soterrada vida chilena un nuevo ímpetu. Él, por lo demás, estaba bien informado de nuestro movimiento”³².

El sentimiento de unidad latinoamericana, casi premonitorio, leído en Lastarria y en Bilbao, en Alberdi y en Sarmiento, en Hostos y en Martí, en Ingenieros y Manuel Ugarte, trabajaba ya desde los años treinta en el pensador que soñaba un proyecto modernizador de América Latina. Ese sentimiento aflora casi como un desgarramiento geológico de su enorme amor por la tierra y el pueblo chilenos, que tanto le dolían. No en vano escribía al final de su ensayo “Intuición de Chile”³³ estos párrafos de asombrosa actualidad conceptual:

Pensamos que, como en las logias y los ejércitos de hace cien años, nuestra inquieta juventud de América volverá a encontrarse para

³² Fechada en Santiago el 16 de agosto de 1933, dirigida a Latcham en Pucón, donde se hallaba recuperándose por trastornos de salud.

³³ *Atenea* (Concepción), agosto 1933.

realizar un plan grandioso. Veremos entonces que lo que nos une es mucho mayor que lo que nos separa; que el aislamiento es lo que nos entrega a la voracidad extranjera, y lo que debilita en esta América que habla español, el sentimiento nacional. Chile, como toda nación indoamericana, busca esa idea nacional que no puede edificarse sino sobre la común Cultura, la organizada Economía y la vasta voluntad de permanencia histórica.

Al bloque cultural y político latinoamericano con que ya soñamos, para salvarnos, Chile aporta su tradición de pueblo sagaz y tranquilo que conoció el Estado mientras otros vivían la montonera, que tiene ya una industria que aspira a ser libre, pero que sufre como todos de falta de eco, de afonía espiritual³⁴.

Muchos de los artículos editados por Picón Salas en su época de Chile permanecen dispersos, en espera de su compilación. Otros fueron agrupándose en libros significativos dentro de su obra, algunos de ellos publicados durante su permanencia en esta Santiago: *Mundo imaginario* (1927), *Hispanoamérica, posición crítica* (1931); *Odisea de Tierra Firme* (1931); *Imágenes de Chile* (en colaboración con Guillermo Feliú Cruz) (1933); *Registro de huéspedes* (1934); *Problemas y métodos de la Historia del Arte* (1934); *Intuición de Chile y otros ensayos* (1935); “Pablo Neruda en 1935” (1935).

Ya el escritor y el hombre combativo llegaban a la madurez. Chile había sido cobijo y espacio de grandes realizaciones. Compromisos y proyectos bullían en la imaginación del intelectual y del soñador social.

³⁴ “Intuición de Chile”, *Viajes y estudios latinoamericanos*. Caracas, Monte Ávila, 1987, p. 19.

5. Santiago de León de Caracas: Apoteosis y caída de un héroe

El 17 de diciembre de 1935, moría en su cama presidencial un dictador que había oprimido a Venezuela durante 27 años. Se llamaba Juan Vicente Gómez. Lo remplazaba un gobierno provisional presidido por el Ministro de Guerra y Marina, General Eleazar López Contreras. Picón Salas fija en instantánea verbal su mirada irónica sobre aquel ambiente como de retorno a la vida que, para el momento, era Santiago de León de Caracas, tan distinto a la ciudad de sombreros y almas grises de la que huyó aterrado en 1923. Es el retorno mítico de un héroe cultural, como los de su admirado Carlyle en busca de un espacio para transmitir el saber adquirido, en un doble riesgo de apoteosis o fracaso:

Por enero de 1936 los viejos parques de Caracas y hasta los dos circos taurinos (el “Metropolitano” y el “Nuevo Circo”) se convirtieron en foros ideológicos. Los emigrados que volvían de los más antípodas sitios del mundo, que vieron la “Plaza Roja”, los mítines parisienses del Vel d’hiver o la huelga de los mineros asturianos abrieron ante los ojos de la ávida multitud su caja de sorpresas políticas. Se arengaba y se discutía; había liberales, socialdemócratas, socialistas de la II Internacional, comunistas, troskistas y aun numerosos inconformes que aspiraban a establecer su propia teoría sobre el Estado y la Sociedad. El lenguaje criollo que se estancara en la simpleza aldeana y la continua represión exigida por la dictadura o en las formas ya convencionales de los “discursos de orden y del seudo-clasicismo académico, recibía un continuo aporte de barbarismos o de nuevas nomenclaturas para revestir las cosas. Surgieron palabras pedantes y difíciles como “culturización”, “conglomerado”, “estructuración social”. Una manifestación como la que en febrero de 1936 fue a pedir al General López Contreras que “ampliara el radio de las libertades públicas” (para hablar en el lenguaje de aquellos días) se llamaba un “desfile masivo”. Pero a tra-

vés de nuevas palabras, y aun contra el rechazo de los académicos, penetraba en la vida venezolana mayor emoción social y sentido de justicia³⁵.

A comienzos de 1936, el 10 de febrero, Mariano Picón Salas regresaba a la tercera Santiago de su Odisea: Santiago de León de Caracas. La misma que pintaba en esa estampa característica de su escritura oscilante entre la piedad y la ironía. Apenas a cuatro días de su llegada estaba incorporado de lleno en la recuperación de un país que despertaba de la pesadilla vivida por más de un cuarto de siglo. Como en muchas ocasiones posteriores se afirmaba que “todo estaba por hacer” y por pensar, especialmente en materia educativa y cultural. El país emergía de aquellos 27 años de terror, con un 75% de analfabetas, una educación primaria exigua, en manos de maestros empíricos o de colegios privados, la mayoría regentados por congregaciones religiosas. Los jóvenes que habían resistido la dictadura desde adentro y los que regresaban instruidos en los exilios, formaban un haz inicial muy unido en los primeros alvéolos de partidos políticos modernos, entre cuyos fundadores está el nombre de Picón Salas (ORVE, ARDI), dispersos y enfrentados en un amasijo de absurdas contradicciones cimentadas en “diferencias tácticas y estratégicas”, a pocos meses de finalizar la dictadura. Los gabinetes ministeriales iban sucediéndose en medio de un alud de protestas e impaciencias. Entre los recién llegados, luego de largo alejamiento, no precisamente revolucionario, figuraba un historiador merideño, estudioso de *Miranda y la Revolución Francesa*. Era Caracciolo Parra Pérez. Llegaba de París. Había desembarcado el 21 de febrero, once días después que Picón Salas. López Contreras lo designa Ministro de Instrucción Pública. Permanece en el cargo sólo 26 días, durante los cuales nombra a Mariano Picón Salas Superintendente Nacional de Educación. El escritor asume su responsabilidad el 4 de marzo. Parra Pérez renuncia el 26 de marzo y es sustituido por Rómulo

³⁵ “Caracas, 1945”, *Obras Selectas*, pp. 242-243.

Gallegos (recién llegado de Barcelona, España), quien continúa impulsando los decretos de reformas iniciados por el historiador. Entre ellos estaba la primera empresa modernizadora de Picón Salas, donde iba a empeñar conocimientos y esfuerzos, y para la cual los hombres señalados por Feliú Cruz como hermanos ideológicos del venezolano iban a tener una singular relevancia para la relación intelectual entre Chile y Venezuela. Varios de ellos serían llamados por Mariano Picón Salas para integrar la misión pedagógica con la tarea de fundar, en la tercera Santiago, (de León de Caracas), el Instituto Pedagógico Nacional. Llegaron al puerto de La Guaira, en la motonave “Reina del Pacífico”, el 30 de mayo de 1936. Después, en 1938, la seguiría una segunda misión. De ambas, dejaron huella imborrable Oscar Vera Lamperain (Jefe de la Misión), Juan Gómez Millas, Eugenio González Rojas, Armando Lira, Salvador Fuentes Vega, Manuel Mandujano, Humberto Parodi Alister, Humberto Fuenzalida, José Santos González Vera, María Marchant de González Vera, Carmen Moena Morales, Humberto Díaz Casanueva. Las concepciones pedagógicas modernas y el pensamiento avanzado de estos educadores halló inmediata resistencia en los círculos de la educación católica privada. Picón Salas fue señalado como un notorio comunista formado en Chile, de donde llevaba ahora al país aquella hueste satanizante de la enseñanza. Con humor e ironía respondió don Mariano los ataques encendidos de monseñor Jesús María Pellín, director del diario *La Religión*. El Instituto siguió adelante y a él se debe la transformación estructural de la educación post gomecista. Su proyección llega hasta ahora, cuando el viejo Instituto pionero fue convertido, desde 1983, en Universidad Pedagógica Libertador, con varios Institutos diseminados por diferentes ciudades: Caracas (dos Institutos Pedagógicos), Barquisimeto, Maturín, Maracay, San Cristóbal.

Nos quedó el trabajo de Sísifo acometido por Picón Salas. El Pedagógico fue apenas el primer impulso modernizador. Gallegos no duró mucho al frente de la Secretaría de Instrucción Pública. Las contradicciones y los juegos de intereses generados por las nuevas fuerzas políticas enturbiaban las buenas intenciones. Tal vez allí comenzó lo que Briceño Iragorry llamó una “democracia de asalto”. Los viejos dirigentes

estudiantiles revolucionarios devinieron en líderes de los nuevos partidos emergentes: Jovito Villalba, Raúl Leoni, Salvador de la Plaza y un gran disociador ya impregnado del aprismo peruano: Rómulo Betancourt Picón Salas no fue inmune a aquellas efervescencias. Desde Santiago había mantenido correspondencia política con el líder socialdemócrata. Betancourt fue así una suerte de Virgilio errático en las incursiones políticas del intelectual.

M A R I A N O P I C Ó N S A L A S
Y LA BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE*

*Me atiborraba de desordenadas lecturas;
me placía seguir las huellas de las gentes que fueron,
adivinarles en las barbas y las duras levitas de los retratos
las pasiones que los agitaron;
y comenzaba a acosarme, para que los liberase la fantasía,
una nutrida familia de fantasmas.*

Mariano Picón Salas, “Tentación de la Literatura”,
Regreso de tres mundos (1959).

El joven Mariano Picón Salas, una noche de sábado de 1924, buscaba por las calles santiaguinas la Plaza San Isidro, 387. Allí vivía Eduardo Barrios. Cada semana, reunía una tertulia intelectual en torno suyo. Gran viajero por América Latina, Barrios por entonces (1924-27) era personaje relevante en la vida pública bajo el Gobierno de Ibáñez del Campo: director de Propiedad Intelectual (1925), director de Bibliotecas, Archivos y Museos y Ministro de Educación (1927).

Picón Salas había recibido una carta de don Eduardo, en la cual le agradecía el comentario periodístico sobre su novela *Vida de un pobre diablo*. Lo invitaba a visitarlo. Gracias a la amistad surgida de una lectura, Eduardo Barrios incorporó a Picón Salas en la Biblioteca Nacional de Chile, al lado de Guillermo Feliú Cruz (1901-1973), quien sería en el futuro con Ricardo Latcham y Salvador Reyes, integrante de aquel universo de amigos hasta el último día de la vida.

El cargo para el cual fue seleccionado Picón Salas, no pudo ser más acertado. Feliú Cruz, su compañero de trabajo y amigo fraternal precisa que “...fue funcionario de la Biblioteca, desde su nombramiento por decreto supremo 695 del Ministerio de Educación Pública, del

* Fechado en Santiago de Chile, 20 de noviembre de 2001.

18 de marzo de 1927, como Oficial de Número. Eduardo Barrios lo incorporó al servicio. Se le entregó la función de la adquisición de libros en atención a su dilatada cultura general. Encontró allí un puesto cómodo y descansado. Fue esta una época feliz de su vida espiritual y de tranquilidad como escritor. Pudo leer a sus anchas cuanto quiso y deseó y a veces de primera mano. El cargo le permitía disponer, por la compra, de las primicias literarias y científicas que anunciaban las librerías o editoriales o que él descubría en sus rebuscas. Así lo reconoció él mismo”¹.

Añade el biógrafo que Picón Salas no fue “un modelo de funcionario”. Era reacio a la disciplina formal. Dedicó tiempo a tertulias formativas. Con el propio Feliú comentaba temas de Historia americana. Allí continuó su descubrimiento de la pasión histórica, cuyo antecedente chileno se ubica en la Biblioteca del Instituto Nacional, donde fue Inspector de Estudiantes y donde conoció al maestro José Toribio Medina, a quien llamó, entre otros calificativos elogiosos, “Sumo Oidor de la Historia americana, que de leer tantos papeles coloniales podía contar –como si lo hubiera visto– cómo se desarrolló un proceso de la Inquisición”².

Desde el rincón de la Biblioteca Nacional, a fuer de hurgar en libros y documentos del Fondo José Toribio Medina, dirigido por su entrañable Guillermo Feliú Cruz, Mariano Picón Salas terminó leyendo en el hombre y en la geografía chilenos, como había aprendido en la adolescencia merideña al hojear los viejos papeles del abuelo Federico Salas Roo. Hombre y paisajes pueden ser tan legibles o ilegibles como las páginas escritas. Son otros lenguajes a cuyos códigos sólo acceden las sensibilidades que saben mirar más allá de las nieblas y las máscaras. Y uno de esos lectores de mundos fue don Mariano.

En la Biblioteca Nacional, Picón Salas y Feliú Cruz compilaron uno de los más bellos libros sobre costumbres y gente de los siglos XVII y XVIII. Lo titularon *Imágenes de Chile*. Con estupendo humor recuerda Feliú Cruz aquel libro, producto del esfuerzo de dos empresarios de ilusiones. En el Capítulo introductorio a la biografía chilena de Picón

¹ Cf. *Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas*. Caracas, La Casa de Bello, 2000, p. 66.

² “En la fértil provincia señalada”, *Regreso de tres mundos. Autobiografías*. Caracas, Monte Ávila, 1987, cap. VI, p. 209.

Salas, cuenta Feliú que *Imágenes de Chile*, nació como resultado de un diálogo en esta biblioteca:

Un día como cualquier otro del mes de mayo de 1932, entró a mi Oficina en la Biblioteca Americana de José Toribio Medina de la Nacional de Santiago, mi ex alumno y amigo Mariano Picón-Salas, funcionario de ese establecimiento. Tenía a cargo la sub-sección adquisición de obras, en atención a su preparación literaria, y, sin rodeos, me dijo:

–¿Qué hacemos para salir de esta pobreza?

–Pues, hagamos un libro –le respondí.

–¿Y cuál y cómo sería ese libro? –me inquirió con vehemencia.

–Uno sobre Chile que relate la vida del pasado en sus diferentes aspectos, a través del testimonio de los viajeros extranjeros –aclaré.

–Es buena la idea y no es difícil de realizar –arguyó Mariano Picón-Salas³.

Imágenes de Chile alcanzó tres ediciones. Las dos primeras muy exitosas, animaron al editor-mecenas don Carlos George Nascimento para una tercera, de 1970. Picón Salas había muerto en 1965. Su amigo no lo olvidó nunca. Escribió un prólogo en homenaje al compañero desaparecido: *Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas*. Allí vive la historia cultural compartida por ambos con otros escritores y fabricantes de utopías. Con motivo de cumplirse cien años del nacimiento de don Guillermo, el pasado año 2000, fue reeditado el Retrato de don Mariano, por la Casa de Bello en Caracas. Ahora, con motivo del otro Centenario, el de don Mariano, cuatro instituciones tomaron en sus manos la iniciativa de reimprimirlo para lectores chilenos de hoy. Son la Biblioteca Nacional, la Biblioteca del Congreso, la Universidad de Chile y la Embajada de Venezuela. Tenemos la esperanza de verlo pronto en circulación*.

³ *Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas*. Caracas, La Casa de Bello, 2000.

* La obra se editó ese mismo año con prólogo de Domingo Miliani titulado “Feliú Cruz y Picón Salas”. Santiago de Chile: Biblioteca del Congreso Nacional de Chile / Universidad de Chile / Embajada de Venezuela, 2001. 129 p.

Por los mismos años en que la idea de los dos escritores estaba gestándose, llegó a Santiago y visitó la Biblioteca Nacional otro grande en espíritu latinoamericanista: Alfonso Reyes. Aquí hizo tertulia con Picón Salas, Feliú y otros amigos. En carta inédita fechada el 16 de agosto de 1933, para Ricardo Latchman, quien se hallaba en Pucón, Picón Salas comenta:

Aquí entre las novedades literarias está la llegada de Alfonso Reyes que viene a buscar unos días de reposo cordillerano, pues se siente muy cargado de trópico y diplomacia. No va a desempeñar ninguna actividad pública. Hoy lo fui a ver al “Crillón” y tuvimos con este hombre pequeñito de cuerpo pero de espíritu muy fino, una hora de charla muy cordial. Le di, para que contrarrestara la impresión del mundo oficial, un panorama de los problemas que a nosotros nos interesan; le hablé de ti y de los hombres jóvenes que representan dentro de la soterrada vida chilena un nuevo ímpetu.

La correspondencia de Picón Salas y Alfonso Reyes comenzó en 1927. Ha sido compilada recientemente por Gregory Zambrano⁴. Reyes era embajador en Brasil. Picón Salas le escribe desde la Biblioteca Nacional el 13 de noviembre de ese año y en su carta revela conocimiento de la obra del mexicano. En discretas funciones preparatorias de la VII Conferencia Internacional Americana, Reyes visitó Uruguay, Argentina y Chile entre el 7 de agosto y el 5 de octubre de 1933. Estos datos confirman el diálogo del Hotel Crillon y, además, por carta de Picón Salas escrita en la Biblioteca Nacional con fecha 9 de mayo de 1934, podrían imaginarse las tertulias que tuvieron por escenario esta Biblioteca: “Volví a escucharle –como aquella tarde de la Biblioteca Nacional en que Ud. convirtió en deleitosa meditación moderna los silogismos del peregrino Fuente la Peña, al través de la magnífica edición que me remitió,

⁴ Cf. *Odiseos sin reposo. Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes (Correspondencia 1927-1959)*. Mérida, Venezuela. Casa de las Letras Mariano Picón Salas, 2001

⁵ Gregory Zambrano; comp., *op. cit.*, p. 46.

junto con el poema a Güiraldes que ya había gustado en la privatísima edición de Buenos Aires. Aquí se le recuerda a Ud. con afecto y siguen viviendo los estímulos espirituales que dejó a su paso”⁵.

Los años chilenos vividos por Picón Salas (1923-1936) fueron poblándose de libros y tertulias, de remembranzas y aprendizajes latinoamericanos. Centro de confluencias, casi embudo de un vórtice infinito de diálogos escritos en libros o de libros que dialogan en charla, fue esta Biblioteca Nacional. Y una vez más me convenzo de la profundidad conmovedora que encierra una frase de Goethe. La recordaba Antonio Caso, en el Ateneo de la Juventud. La retomó Pedro Henríquez Ureña en homenaje a Alfonso Reyes. Hoy pudiera transferirse una vez más en el homenaje a Picón Salas: “La Literatura es la sombra de la conversación”. Mientras los hombres no perdamos la capacidad de mantener ese diálogo infinito de memorias, todavía tendremos la esperanza de que los negociantes de la muerte no sigan ensombreciendo la pequeña esfera errabunda en el espacio.

EL HUMANISMO DE JULIO CÉSAR SALAS*

A don Mario Spinetti Dini, in memoriam.

“Lo que entre nosotros se llama la cultura no es propiamente la identificación o comprensión con la tierra, sino la fuga, la evasión”.

Mariano Picón Salas, “Proceso del pensamiento venezolano”.

1. Contradicción

Detrás del aparente carácter taciturno, el andino mira su monte y quiere traspasar la niebla, el yagrumo, el frailejón, para saber qué hay más allá de las moles ciclópeas. Hace poco, en un encuentro con mi entrañable Salvador Garmendia, compañero del tránsito por Mérida, surgió un diálogo breve alrededor de las viejas casas provincianas que cada uno de nosotros lleva adentro, aunque sea en ruinas, para alimentar nostalgias en cualquier lejanía. Yo le contaba cómo en los años en que la infancia comenzaba a huir, cada vez que yo le inquiría a la abuela materna sobre lo que había más allá de las montañas boconesas, ella me contestaba: el mar. ¿Y cómo es el mar, abuela? Enorme. Cuando usted lo conozca no va a poder medirlo. Un viejo profesor, republicano español, confinado en mi pueblo natal por anarquista, desesperaba por enseñarnos el sentido matemático del alfa y el omega. Llegó una vacación y unos parientes me llevaron a Puerto Cabello para que yo conociera el mar. Llegamos de noche. Yo no esperé el amanecer porque el rugido que se oía tras la casa porteña era un desafío al sueño y a la curiosidad. Lo vi. Y pensé: Ahora

* Texto leído en el Simposium Julio C. Salas, Mérida, 21 de octubre de 1998. Fechado en Boconó / Caracas, octubre de 1998.

sé qué es el omega. Cuando volví a clases, le dije al maestro Cuenca Vásquez: Profesor ya entendí qué es el omega: Es el infinito. Y el infinito es el mar. El viejo sonrió y dejó caer su comentario de buen ironista: usted nunca será matemático. Pero le va a gustar la poesía.

Para Salvador, en cambio, el infinito era el rayo de sol que se filtraba en la cocina del viejo hogar larense, donde flotaba un número infinito de pequeñas partículas de polvo. Una de ellas era el niño que observaba.

La contradicción del epígrafe escrito por don Mariano está precisamente ahí. Un libro como *Viaje al amanecer*, o una serie de añoranzas como *Las nieves de antaño* son un regreso a la raíz telúrica, más allá de las ansias por marcharse allende los montes y los mares. De ellos parte su *Comprensión de Venezuela*. Es un problema de visiones del mundo. Unidas todas, forman un caleidoscopio llamado cultura y, al fondo, entre bastidores, siempre está el suelo de los primeros arraigos.

2. El Positivismo. Prejuicio y legado

El proyecto positivista del país madura en los años del afrancesamiento guzmacnista. Esboza un modelo para el desarrollo de *la civilización y el progreso* tal como lo concibió la occidentalización colonial de América Latina. Se le ha juzgado comienzo de un proceso pragmático opuesto al humanismo romántico desinteresado y conmisericordioso. Buscaba conciliar las ideas organicistas y liberales de Spencer con los principios evolucionistas de Darwin y la idea de emancipación mental que había regido el pensamiento de los fundadores de la República. La tesis del *gendarme necesario* fue magnificada como uno de los postulados funestos y casi únicos del cambio ideológico. Se olvida que la Historia natural, desde sus orígenes despuntó como una ciencia englobante de la vida donde el centro era el hombre y su coexistencia armoniosa con la naturaleza. Foucault señala que desde el siglo XVIII,

... los historiadores ponen también, un poco revueltos, diversos puntos de atención: interés económico por la agricultura, del que los fisiócratas dan testimonio, pero también los primeros esfuerzos de

la agronomía y la teoría, la curiosidad por las plantas y los animales exóticos, a los que se trata de aclimatar y sobre los cuales los grandes viajes de investigación o de exploración (...) proporcionan descripciones, grabados y especímenes; y después, sobre todo, la valoración ética de la naturaleza, con todo ese movimiento, ambiguo en su principio, por el cual se “invierte” –ya sea aristócrata o burgués– dinero y sentimiento en una tierra que por largos años las épocas precedentes habían abandonado. En el corazón del siglo XVIII, Rousseau herboriza¹.

Reducir la reflexión crítica sobre el Positivismo a la mera concepción fatalista del determinismo geográfico, del “gendarme necesario” que imponía su mandato sobre un pueblo mestizo –y por consiguiente flojo o degenerado– y de la incondicionalidad política de algunos de sus intelectuales frente al gomecismo, es percibir medias verdades emboscadas en un prejuicio. Si sus propulsores enfrentaron el humanismo romántico, ellos mismos en buen número asumieron una concepción más universal del humanismo puesto en función de un servicio social muchas veces desinteresado, como en los casos inolvidables de Adolfo Ernst, Aristides Rojas o el excéntrico caminante Lisandro Alvarado. Ese mesianismo científico invadió hasta la actitud de quienes adversaron doctrinariamente el positivismo y, en especial, el evolucionismo. Los positivistas científicos buscaron sentido a nuestra realidad con apelación a todo el conocimiento disponible en su tiempo. Desplegaron esfuerzos en el afán de interpretar y ordenar el habitat, o lo que, para el mismo Foucault era el objetivo de la vieja historia natural: ver primero (observación) para luego clasificar (taxinomia) y finalmente nominar. Actividades todas de un mismo lenguaje científico.

La cultura entendida desde una óptica antropológica procuraba el cultivo del ser humano de manera integral. A estos hombres ningún saber les sería ajeno. El *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes* (1895) es el mejor balance del saber enciclopédico, nutrido de humanismo ilustrado. Fue el mayor inventario de la cultura

¹ *Las palabras y las cosas*. 4ª ed. México, Siglo XXI, 1972, cap. 5, pp. 126-127.

y la historia del país, tal como lo entendieron los positivistas. Esa conjunción de ciencia, arte y literatura, constituyentes de un complejo integral de la cultura se dio no sólo en el libro de diagnóstico, sino en la praxis de muchos hombres de aquel momento: ellos hicieron etnografía y lingüística, herborizaron y aplicaron las taxinomias de Linneo y su discípulo Pedro de Loefflin para sistematizar el conocimiento de la realidad venezolana con criterios científicos de observación directa. Igual que los renacentistas italianos tuvieron una visión del mundo en la cual no hubo distancias entre el conocimiento empírico de las ciencias naturales, la reflexión que exigían las ciencias sociales y la filosofía o la sensibilidad para la expresión artística y literaria. Se puede hablar así de humanismo positivista. Es un humanismo utilitario, en función de conocimientos aplicados a la transformación de la naturaleza y al progreso del hombre. También fue así el renacimiento europeo en el área científica. En él, como superación del feudalismo, Ernesto Sábato observa el comienzo de una modernidad dentro de la cual, “cuando irrumpe la mentalidad utilitaria, todo se cuantifica. En una sociedad en que el simple transcurso del tiempo multiplica los ducados, en que ‘el tiempo es oro’, es natural que se lo mida, y que se lo mida minuciosamente”. Y añade que “El espacio también se cuantifica. La empresa que fleta un barco cargado de valiosas mercancías no va a confiar en esos dibujos de una ecumene rodeada de grifos y sirenas: necesita cartógrafos, no poetas”².

El carácter urgente de un programa que cambiara la concepción tradicional de la enseñanza universitaria hacia un objetivo más práctico y útil del conocimiento, había impulsado a Cecilio Acosta, humanista clásico, a escribir un ensayo conmovedor: *Cosas sabidas y cosas por saberse*. Su llamado no tuvo eco inmediato y, menos aún, aplicación efectiva. Acosta murió justamente cuando el Positivismo entraba en su período más controversial con la generación fundadora de la Sociedad de amigos el saber. Serán los positivistas quienes planteen una nueva concepción del proceso educativo y, entre ellos, uno de los más innovadores será precisamente Julio César Salas.

² “El diablo reemplaza a la metafísica”, *Hombres y engranajes. Ensayos*. Buenos Aires, Losada, 1962, p. 159.

3. Confluencia de las letras y las ciencias

La Guerra Federal, al sacudir a casi toda Venezuela, impone un nuevo propósito de enmienda social y cultural, redundancia política que fluye después de cada gran crisis donde se producen convulsiones sociales o, al menos un despertar del pueblo en alguna expresión de protesta. La Universidad de 1860 mira llegar y escucha con respeto al joven Adolfo Ernst. Al viejo Liceo Venezolano (1839-1843) y a la Academia de Ciencias Físicas y Naturales (1857) fundada por el Dr. Carlos Arvelo, cuyo órgano periodístico fue *Eco Científico Venezolano*, le siguen ahora la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas, presidida por el Dr. Adolfo Ernst³. De ella nació la revista *Vargasia*. Más tarde surgieron la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Artes y el Gimnasio de Literatura (1869) entre otras instituciones donde se presiente una suerte de nostalgia humanística: Liceos, Ateneos, Academias. En los Andes venezolanos se fundan, primero el Liceo de Lectura de Trujillo (1865). Entre sus miembros figuraban un editor español, Pedro Pou, el médico Mateo Troconis, don Andrés Iragorry, el jurista Juan Bautista Carrillo Guerra, y un farmacéuta de origen corso: Pierre Henri George Bourgoïn (1831-1913). Este último se había radicado en Escuque por 1861. Animaba veladas literarias. Conoció y orientó vocacionalmente a un adolescente nacido en Betijoque: José Ignacio Lares (1847-1921). Bourgoïn reside en Trujillo hasta 1867 cuando adopta por residencia permanente la ciudad de Mérida. Estudió hasta ser el primer graduado en Farmacia de la Universidad de Los Andes. Regenta la Farmacia Francesa. Funda en la Universidad la Cátedra de Ciencias Naturales, disciplina que había cursado por 1854 en Burdeos y París. Fundó la primera fábrica de cerveza y llevó el primer microscopio y el primer reloj público a la catedral de la ciudad. Estuvo entre los primeros “andinistas” que ascendieron al Pico El Toro en la Sierra Nevada. Sus observaciones

³ La integraron también Rafael Villavicencio, Gerónimo Eusebio Blanco, Agustín Aveledo, Aristides Rojas y otros. Cf. Rafael Villavicencio, “Las ciencias naturales en Venezuela”, *Escritos*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1989, vol. III.

botánicas, barométricas y climatológicas fueron publicadas en la revista *Vargasia*⁴.

El mismo año de 1867 llega a Mérida el joven José Ignacio Lares. Dos años después, Bourgoïn figura entre los fundadores del Liceo de Mérida, donde Lares sería Secretario de la Sección de Literatura⁵, instalada el 20 de septiembre de 1869, en casa del Dr. Alberto Contreras, bajo la dirección del Dr. Pedro María Arellano. Entre los miembros de la comisión redactora de los estatutos resalta el Dr. Federico Salas Roo, padre de Julio César Salas, quien sería electo Vice-Director. El Secretario fue José Ignacio Lares.

4. La ciudad Penélope

*“El Renacimiento es el epifenómeno
de una gran transformación social:
el pasaje del mundo feudal al mundo capitalista”.*

Ernesto Sábato, *Hombres y engranajes*.

Desde el siglo XVIII, Mérida, más próxima a Europa que a la capital de Venezuela, por razones de transporte marítimo desde el Lago de Maracaibo hacia Curazao y aislamiento del país restante, fue adquiriendo una autonomía favorable al desarrollo de una cultura y un espíritu independientes⁶. Los testimonios de viajeros y nativos, recién

⁴ Cf. Rafael Ramón Castellanos, *Caudillismo y nacionalismo: de Guzmán Blanco a Gómez. Vida y acción de José Ignacio Lares*. Caracas, Italgráfica, 1994.

⁵ Otros integrantes (según documento inédito de Lares, transcrito por Rafael Ramón Castellanos), fueron: Dr. Eusebio Baptista, Dr. José Francisco Más y Rubí, Dr. Pedro Enrique Jorge Bourgoïn, Miguel M. Candaes, Dr. Eloy Paredes, Dr. Gabriel Briceño (Picón?), Dr. Pedro J. Godoy, Caracciolo Parra, Dr. Pío León, Dr. Foción Febres Cordero, Dr. José Rafael Almarza, Dr. Antonio María Uzcátegui, Dr. Ciriaco Piñeyro, Dr. Pedro Monsalve, Dr. Zósimo Lugo, Dr. Pedro María Arellano, Lic. Mariano Contreras, Dr. José Domingo Hernández Bello, Dr. Federico Salas y José María Baptista.

⁶ Mario Briceño Iragorry, en su novela *Los Riberas*, desarrolla ampliamente la peripecia de aquel viaje y las implicaciones culturales del aislamiento andino respecto a las demás regiones de Venezuela.

antologados por el poeta Carlos César Rodríguez, lo comprueban⁷. Además de los conventos y colegios religiosos que desde el siglo XVI se habían establecido en la ciudad, resalta el hecho de que el canónigo Uzcátegui, un ilustrado indiscutible ya hubiese fundado en 1787 una Escuela de Artes y Oficios en Ejido, para cuya dotación y sostenimiento legó siete mil pesos; labor de mecenazgo y de educación social que reemprenderían a comienzos del siglo XX Julio César Salas y otros entusiastas de la educación para el trabajo. Viajeros de finales del XVIII como Depons señalan la lucha de los merideños por lograr la conversión del Colegio de San Buenaventura en Universidad, una aspiración alcanzada en los albores de la independencia. El terremoto de 1812 diezmó la ciudad y redujo su población de 12.000 a 6.000 habitantes. En 1823 carecía de escuelas públicas, conforme testifica su Gobernador Juan de Dios Picón en un diagnóstico de 1832. Sin embargo, el Seminario fundado por Fray Ramos de Lora, alvéolo de los estudios humanísticos y universitarios, las bibliotecas particulares bien dotadas fueron generando un clima intelectual que no ha decaído en Mérida. No por exageración fue considerada por Picón Salas centro de un Renacimiento *sui generis*⁸, con sus mecenas y sus heterodoxias. Ciudad Penélope, como la llama don Mariano⁹, pese a las vicisitudes de los terremotos y la intensidad de las guerras emancipadoras, la conciencia de recuperación y el espíritu laborioso de su gente logró que aquella aislada comarca montañesa fuera centro de una actividad donde a lo largo de todo el siglo XIX, convivieron, aunque no siempre en armonía, las creencias religiosas, la curiosidad científica y la polémica doctrinaria sobre las nuevas corrientes de pensamiento. Esa heterodoxia cultural es lo que imprime a la cultura merideña su perfil de un Renacimiento montañés, donde el asombro por la ciencia y el progreso alternan con el amor a una naturaleza que llama a ser conocida en sus más intrinca-

⁷ *Testimonios merideños*. Comp. Carlos César Rodríguez. Mérida, Edics. Solar (Col. Clásicos merideños), 1996.

⁸ “Los Andes pacíficos”, *Obras selectas*. Caracas, EDIME, 1962, pp. 173-282

⁹ Cf. “Mensaje a los merideños (en el IV Centenario de la ciudad)”, *Suma de Venezuela*. Caracas, Monte Ávila, 1988, p. 305.

dos misterios. En su hermoso ensayo sobre la “Complejidad y drama del hombre renacentista”, Ernesto Sábato observa que “si por Renacimiento consideramos no el mero, estrecho y falso concepto de los humanistas sino el comienzo de los tiempos modernos, hay que tomarlo como *el despertar del hombre profano pero en un mundo profundamente transformado por lo gótico y lo cristiano*. Como una civilización que simultáneamente produce palacios en estilo antiguo y catedrales góticas, pequeños burgueses anticlericales como Valla y espíritus religiosos como Miguel Ángel, literatura realista y satírica como Bocaccio y un vasto drama cristiano como la *Divina Comedia*”. Guardando las diferencias de tiempo y de grandeza, Mérida es, en microescala, como ninguna otra ciudad venezolana, un espacio donde han coexistido a lo largo de su historia el recogimiento religioso medioeval con la picardía del oculto mundo universitario, la polémica doctrinaria con las excomuniones, la presencia viva de los credos indígenas con la búsqueda de objetividad científica, la historia con el mito, el puritanismo con el liberalismo de la cotidianidad. Esa peculiaridad cultural ha sido materia para dos narraciones muy recientes: la novela de Armando Romero, *La piel por la piel* y el relato autobiográfico *Anfisbena*, de José Manuel Briceño Guerrero. Si la mentalidad medioeval de algunos clérigos excomulgó a catedráticos universitarios por sus ideas avanzadas, o por ancestros sefarditas, hubo otros sacerdotes como el obispo Torrijos, que en el siglo XVIII llevaron instrumentos químicos y físicos, difundieron el pensamiento moderno a través de libros actualizados y participaron en las tertulias e instituciones cuyo sentido emprendedor fue operando un cambio en el aislado medio geográfico. De todo aquel fermento no es raro que Mérida tenga un santo librepensador como Jacinto Plaza, un misterioso personaje medio diabólico y medio milagroso, con virtudes para reaparecer objetos perdidos como Gregorio de la Ribera, y hasta historias de amor y dolor como la referida por Charles Empson (1836)¹⁰

¹⁰ *Narratives of South America*. El texto, rescatado, traducido y divulgado por Carlos César Rodríguez: *Boletín de la Academia de Mérida*, N° 1 (1994), pp. 185-193. Recogido en *Testimonios merideños*. Mérida, Venezuela, Edics. Solar, 1996, pp. 191-202.

sobre Leona Leyba –descendiente de incas por vía materna– y Mateo Luzano, soldado patriota, cuyos amores furtivos impedían que se cumplieran los deseos de Doña Isidora, la viuda del realista Ildelfonso Leyba, para que su hija, refugiada en Lima en el Convento de Santa Rosa, profesara en entrega a Dios. Su héroe enamorado llegaba en calidad de peregrino para orar junto a la amada. Hermoso guión para telenovela de hoy, ubicada en un pasado entre místico y picaresco que alimentó la vida serrana, la misma donde algunos mantuanos enviaban a los indios hasta la sierra nevada a traer hielo para refrescar sus bebidas, mientras en algún otro lugar de la ciudad, dos hermanos, Emilio y Juana Paula Maldonado, en el día coleccionaban mariposas y trasnochaban observando las estrellas con un telescopio. Entre la austeridad y la picardía, las tertulias literario-científicas y el recogimiento religioso de hogares petrificados en una edad media familiar, transcurre la existencia que dio nacimiento a Julio César Salas, nacido seis meses antes de que el autócrata Antonio Guzmán Blanco promulgara el famoso decreto de instrucción pública, gratuita y obligatoria; muerto el 15 de abril de 1933, dos años antes de que finalizara la dictadura de Juan Vicente Gómez.

5. El humanismo de Julio César Salas

“Si los americanos quieren que la revolución política, que el peso de las cosas ha hecho y que las circunstancias han protegido, les traiga verdaderos bienes, hagan una revolución económica y empiécenla en los campos: de ellos pasará a los talleres, y diariamente notarán mejoras que nunca conseguirán comenzando por las ciudades”.

Simón Rodríguez.

Tal vez la tarea intelectual de donde arranca la obra posterior y en la cual se expresa más integralmente la visión humanística de Salas, sea su periódico *Paz y Trabajo*. Lo editó en Ejido entre 1904 y 1908. Circularon 40 números. Lo regalaba en un comienzo. Luego su hijo Carlos, apenas un niño, lo pregonaba por las calles de Mérida y

tenía precio de un centavo. Alguna vez tuvo que suspenderlo para ocuparse de lleno en tareas con las cuales se ganaba la vida: el cultivo de café y tabaco, entre otras. Ya para entonces Julio César Salas portaba el título de abogado. Ejerció y se decepcionó de la profesión. Como magistrado de la Corte de Justicia del estado ostentó firme su honestidad. Rechazó presiones. Renunció al cargo. Fue perseguido a raíz de un juicio, hasta que finalmente fue detenido en la estación caraqueña del ferrocarril en Caño Amarillo. Padeció cárcel en La Rotunda de Cipriano Castro por un tiempo corto. Había administrado la Hacienda “La Liria”, propiedad de su padre, el Dr. Federico Salas. En los patios de la vieja casa rural fueron hallados vestigios de un cementerio indígena, primer llamado a una vocación de arqueólogo y etnólogo. Salas sería el continuador de los trabajos etnológicos y etnográficos sobre las culturas indígenas de los Andes, iniciados entre 1870 y 1880 por José Ignacio Larres, Monseñor Jesús M. Jáuregui y José Gregorio Villafañe, según precisa Tulio Febres Cordero¹¹. Esta será su obra mayor en años posteriores. Antes había escrito artículos sobre agricultura en el periódico *El Comercial*. Participó con actitud protestataria en la política contra la gestión de los presidentes Joaquín Crespo y Raimundo Andueza Palacio, desde las páginas de un periódico que fundó junto a Marcial Hernández con el título *Mérida*¹². Ahora residía en Ejido donde tenía arrendada la hacienda “Agua Caliente”, propiedad de su suegro el Dr. Carlos Francisco Ruiz. Con un amigo (Otilio Gelsi) funda la fábrica de tabacos “Cabaña”, producidos con las hojas que el mismo Salas cultivaba en dicha Hacienda. Con el precario auspicio de aquella empresa aparece su periódico *Paz y Trabajo*, de formato 1/16 y que Mariano Picón Salas elogia así: “Enternece a medio siglo de distancia la lectura de un periodiquito de tan sabias lecciones agrícolas y económicas y de

¹¹ Prefacio a *Procedencia y lengua de los aborígenes de Los Andes venezolanos. Obras completas*. Mérida, Edit. Antares, 1960, vol. I, p. XXVII.

¹² Cf. una pormenorizada cronología en el trabajo de Susana Strozzi: *Palabra y discurso en Julio C. Salas*. Caracas, Academia Nacional de la Historia (Estudios, monografías y ensayos 155), 1992.

tan progresiva conciencia industrial como aquel *Paz y Trabajo* que dirigió en Ejido el Dr. Julio César Salas, que pretendía orientar a conuqueros y ganaderos y en el que pedagógicamente se disertaba sobre semillas, conservación de suelos, abonos, cultivos y pequeñas industrias rurales”¹³. Pero no sólo era el empresario y editor, sino que además lo redactaba íntegramente y lo ayudaba a componer en una vieja prensa que su padre había llevado a Mérida en 1892 para dotar el taller de su imprenta *El Trabajo*¹⁴. En ese periódico está el germen de su obra. Allí expone buena parte de las ideas ampliadas después en *Civilización y barbarie*.

Las ideas fundamentales que configuran el perfil humanístico de Julio César Salas podrían condensarse así:

5.1. El trabajo, como impulsor del progreso y como mecanismo ético del hombre

En el primer número de la publicación periódica, el editorial titulado “Propósitos” expone que aquella de 1904 es “una época propicia para entonar un himno al trabajo, fuente de prosperidad pública y privada”. Y lo exalta con frases aforísticas: “Trabajar es orar; y como no, si el trabajo es compañero de la sobriedad, de la honradez y de toda virtud que eleva el valor moral del hombre”. Concluye enunciando el objetivo de la publicación. “Estos nuestros propósitos: fomentar con todos los medios que estén a nuestros cortos alcances la industria nacional como vehículo de civilización; y en tal virtud, ofrecemos hoy esta humilde hoja, ocasional y gratis, a todo el que se interese por la paz y el progreso de la patria”.

La segunda entrega complementa la idea con un fragmento de Platón donde se alegoriza el trabajo en una estatua “con los pies en las entrañas de la tierra y la cabeza sobre la cúspide de la más alta montaña”¹⁵.

¹³ “Los Andes pacíficos”, *Obras selectas* (1962), p. 277.

¹⁴ Cf. P. N. Tablante Garrido, “Periodismo merideño: *Paz y trabajo*, de Julio César Salas”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), N° 159 (1957), pp. 346-358.

¹⁵ En el excelente estudio de Tablante, se hace un inventario temático muy minucioso.

Esta idea explica por qué la mayoría del espacio de su pequeña publicación se oriente a dar consejos a los agricultores y criadores. Allí compendia una divertida antología veterinaria, junto a cierta pedagogía de la cotidianidad: recomendaciones para matar ratones, combatir las gusaneras del ganado, curar la derrengadera, tratar la madera para que dure más, preparar cola o blanquear lana, conocer la edad de las bestias, diagnosticar las hernias y el muermo de las cabalgaduras, tratamiento para las fracturas en los animales grandes, con huesos pulverizados de la culebra *tatacua*, prácticas de sangrías en el ganado vacuno, elaboración de pinturas caseras más económicas que las industriales procesadas al óleo; fabricación de quesos; fórmulas para hacer incombustible la madera, etc. Más en lo profundo desarrolla historias de las explotaciones mineras y de la agricultura andina. Propone la creación de una fábrica de sombreros de jipijapa, la cual es acogida y fundada con la traída de artesanos colombianos. Basado en Boussingault analiza las malas prácticas de la tala y otras formas de daño a los suelos, para impartir enseñanzas y consejos conservacionistas. Al lado va creciendo un libro que no llegó a editar como publicación independiente. Es la *Historia de la conquista y población de Mérida y otras ciudades de Venezuela*. En *Paz y trabajo* fueron insertos algunos capítulos; los restantes forman parte de un impostergable rastreo de su obra inédita, enumerada en un trabajo de Rafael Ángel Rivas Dugarte: “Julio César Salas, pequeña historia de sus libros”¹⁶.

La ciencia social y los conocimientos prácticos de una incipiente agronomía o veterinaria se conjugan como un modo de proyectar la idea del saber integral para los hombres que compartían con él las alegrías y miserias en el trabajo de labrar la tierra. Exhuma de viejos documentos las informaciones sobre geología y geografía merideñas, sobre labores pioneras de la agricultura y la cría, la existencia de minas en aquellas tierras, los testimonios de viajeros como Humboldt y Goering. Todo en función del campesino –conqueros o pequeños propietarios– a quienes en todo momento aspira orientar en la protección de los suelos, la

¹⁶ *Cultura, historia y sociedad. Una visión múltiple sobre Julio César Salas*. Caracas: Fundación CELARG / Fundación “Julio César Salas” / Comisión Presidencial del V Centenario de Venezuela, 2000, pp. 235-253.

fertilización racional, el mejoramiento de las prácticas de labranza, el uso del riego y también la conciencia económica de que una tendencia al monocultivo del café, por ejemplo, condujo a la ruina por imprevisión. Impulsa ideas de cajas de ahorro entre los agricultores como una manera de prevenir los altibajos de precios e ingresos por la falta de una política agrícola coherente. La propuesta fue difundida, sin mencionar la fuente, por periódicos de Ciudad Bolívar y Cumaná. En una nota les pedía respetar “la marca de fábrica” del proyecto. Estuvo entre los promotores teóricos de un banco para el fomento y el crédito de la agricultura y la ganadería, un planteamiento que, según Losada Aldana, apenas cristaliza en 1928¹⁷.

5.2. Actitud crítica frente a los intelectuales modernistas

Alude concretamente a los modernistas “felicitadores” que formaron corte durante los regímenes de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez. Escarnece la poesía preciosista. Su crítica es injusta y algo arbitraria, aunque tuviera una base de circunstancialidad histórica y otra –herencia del prejuicio positivista– referida al “intelectualismo” de la colonización hispánica. En el N° 4 del periódico, a propósito del atraso técnico e industrial, en un segundo texto sobre agricultura, escribe:

¿Por qué se gasta en nuestra Patria tanta inteligencia y tanto tiempo en fabricar y leer bambolla literaria? ¿Será justo comprar sedas y pedrería, mármoles y perfumes viviendo en un destartalado bohío, sin telas que cubran nuestras carnes y vacío el estómago? ¿Entenderá su conveniencia un pueblo que fomenta el lirismo de sus hijos, para que exporten versos, a trueque de importar las más groseras manufacturas? Vivimos en un país de paradoja: por una parte tenemos los refinamientos del último grado de la civilización y por otra

¹⁷ Cf. Ramón Losada Aldana. Prólogo a *Civilización y barbarie*. Caracas, Colegio de Periodistas de Venezuela / Edics. Centauro, 1977.

la necesidad que nos hace pedir a cerebros y manos extrañas la máquina, la tela de algodón y la escardilla, cuya petición nos equipara a las tribus más salvajes del centro de África.

Su temor era que la dependencia económica por falta de educación técnica ligada al trabajo, nos convirtiera en un país neocolonizado al máximo. El primer ensayo sobre agricultura cerraba con esta reflexión: “País pobre, país de revueltas”. Este segundo texto repetía el mismo pensamiento pero complementado con otro más enfático en su admonición: “Pueblo pobre, pueblo indefenso, fácil presa del extranjero”.

Su actitud no era de rechazo generalizado a los creadores de literatura. Hay entregas donde cita poemas de autores chinos y narradores, poetas o pensadores occidentales. Tablante enumera citas de Bello, Sidney, Garnier, Séneca, Castelar, Victor Hugo, Montesquieu, Emerson, Mme. Stäel, Zolá, Say, Goethe, Bolívar, entre otros. Son la prueba de la cultura literaria adquirida por Salas, aunque el contenido de las menciones alude a la imprenta y a otros temas no exactamente literarios. En especial resaltan dos textos emotivos sobre Leon Tolstoi. El primero, condena la excomunión del gran ruso por su utopismo. El segundo, escrito a raíz de la muerte del novelista, exalta el mesianismo cristiano revolucionario de su obra social.

5.3. Adelantado de la educación para el trabajo

Desde los primeros números de su pequeño periódico Julio César Salas insistía en la idea de la educación para el trabajo y, en particular, para el cultivo tecnificado de la tierra. En su primer ensayo “Sobre agricultura” concreta su posición:

Tantas cosas necesita nuestra agricultura, adolece de tantos vicios que, lo confesamos con pena, en un país que por fuerza tiene que ser agrícola no hay agricultores en el sentido extricto [sic] de la palabra; y no los hay por la carencia en absoluto de conocimientos técnicos, y en consecuencia los cultivos tienen que ser deficientes por fuerza. Esta carencia de conocimientos no puede remediarse de

otra manera que con la creación de granjas modelo en las capitales de los Estados de la Federación, para la enseñanza práctica de la agricultura; tal como se han establecido en Argentina, Chile y México. A esta educación práctica debe preceder la ciencia, enseñada en planteles ad-hoc, o en cursos de agronomía abiertos en los colegios de instrucción superior; aunque para atender a los gastos que esto ocasionare tuviese el gobierno que hacer economías en el sostenimiento de la enseñanza de profesiones literarias. Llamamos sobre lo dicho la atención, pues no vamos por el camino del verdadero progreso, si se atiene a que tenemos plétora de jóvenes dedicados a seguir carreras, que a la postre podrán brindarles todo, menos bienestar para sí y riqueza para el país¹⁸.

A falta de estas granjas, considera tarea prioritaria del periodismo asumir la educación de los productores del campo. Pero es un llamado más radical para lograr una verdadera industrialización. Pide que el 10 o 15% de los venezolanos que saben leer y escribir en su tiempo, se consagren “a aclarar cerebros entenebrecidos, suprimir rutinas y preparar en fin el terreno de la prosperidad pública y luego que esta sea un hecho, que el campo se cultive, que miles de chimeneas acusen otras tantas manufacturas, que el ferrocarril reemplace la senda impracticable, que los puertos se llenen de productos exportables y la inmigración y la riqueza pública establezcan el orden fundado en las prácticas republicanas; entonces no estarán fuera de tiempo las múltiples manifestaciones del arte”.

Este ideario de un utopista merideño no era un discurso político para conquistar posiciones públicas. No las quiso, ni durante el gobierno de Castro ni durante la dictadura de Juan Vicente Gómez. Eran, pues, convicciones sinceras expuestas como aportes honrados para la diversificación de un país que, entonces, se asomaba a una gran crisis económica por su condición monocultora centrada en el café. Era la manera como Salas vislumbraba un desarrollo mucho antes de que explotara el

¹⁸ *Paz y Trabajo*, N° 3, sep. 19, 1904.

primer pozo petrolero. Ideario liberal el suyo, no estaba en controversia con el positivismo. Socialismo romántico, postulados del progreso positivo y liberalismo económico anduvieron en convivencia hasta bien entrado el siglo XX venezolano. No ocurría nada distinto en el resto de Latinoamérica, como ha estudiado en detalle Leopoldo Zea¹⁹.

En materia educativa su pensamiento es, pues, utilitario, pragmático y también popular igualitario. Dentro de la misma línea de la propuesta dirigida a educar a los agricultores adultos, en 1906 insistía en la idea de restringir la promoción de profesiones “literarias”, enseñar en las universidades Química Industrial, Agronomía, Geología, Mecánica, Veterinaria. A otro nivel, refundar en Mérida y crear en otras regiones del país las escuelas de artes y oficios “donde se enseñe a nuestros hijos a forjar escardillas, tejer telas de algodón, lana y demás manufacturas que no deben importarse al país; pues nos arruina la salida del oro y constituye la excesiva importación el estigma del coloniaje que debemos arrojar muy lejos, al igual de como lo hicieron Chile, Argentina y México, al convencerse, que sólo son vigorosos, ricos y respetados los pueblos que se bastan a sí mismos”²⁰. Por cierto, P. N. Tablante en su estudio sobre *Paz y Trabajo* informa que el presidente Cipriano Castro hizo eco de la idea y aportó mediante decreto una suma para construir la Escuela de Artes y Oficios de Ejido.

Del periodismo, Salas pasará al ejercicio de la docencia universitaria. La figura del humanista ya va encaminada a las ciencias sociales. Funda la Cátedra de Sociología en Mérida. Estudia las lenguas indígenas. Por su voz hablan las tribus andinas. Escribe libros de etnografía. Funda la Sociedad Venezolana de Americanistas. Ya es el hombre universal con aportes valiosos que le ganan reconocimientos internacionales. Pero aquel malhumorado y un tanto huraño cultivador de sus riscos andinos tiene anclada la raíz en el periodismo educativo de donde crece el académico. Picón Salas le debe mucho de su formación juvenil

¹⁹ Cf. Estudio preliminar a *Pensamiento positivista latinoamericano*. Caracas, Biblioteca Ayacucho N° 71, vol. 1, 1980.

²⁰ *Paz y Trabajo*, N° 20, feb. 1906.

al estudioso incansable y lo reconoce así: “Y aun en estas tierras –aparentemente tan internadas– ¡cuánta modernidad, qué aire polémico de ideas y corrientes filosóficas y literarias nos ofrecía la rica biblioteca y la vivacísima conversación de un Julio César Salas! Además del trabajo en el aula, su conversación brillante iba, pues, forjando nuevas mentalidades de un humanismo que se renueva continuamente aquí entre montes y nieblas donde a veces van ocultándose o quedan sepultos en olvido sus grandes trabajadores de la inteligencia²¹.”

6. Proposición final

El último número de *Paz y Trabajo* circuló el 24 de octubre de 1908. Fue dedicado a conmemorar el centenario de *La Gaceta de Caracas*. El título del pequeño periódico fue utilizado después como parte sustancial del *slogan* con que los positivistas integrados al régimen, bautizaron la autocracia gomecista: “Unión, Paz y Trabajo”. Nada tuvo que hacer la digna figura de Salas en tal propuesta. Su pequeña obra hemerográfica merece una reedición, no sólo como curiosidad, a noventa años, sino como un breviario de ejemplos vigentes y de ideas aún no cristalizadas en hechos. Ojalá de este Simposio pudiera partir la iniciativa.

²¹ “Mensaje a los merideños”, p. 321.

E L U T O P I S T A D E E J I D O :
J U L I O C É S A R S A L A S*

Agradezco a la Academia de Mérida el haberme invitado a su amplio hogar de cultura. Tiene parecido con la Academia platónica: recinto de diálogo entre soñadores e ilusos, sin parentesco o similitud con las almidonadas sesiones de organismos nacidos para conservar o embalsamar la irrefrenable dinámica del saber humano. Esta concepción abierta marca importantes diferencias, por las cuales acepté venir a compartir con ustedes unas cuantas ideas nacidas en el soliloquio de la vida rural. Soy reacio a honores y a grupos, por timidez y por convicción. Hace mucho leí un cuento de Franz Kafka, "Informe para una Academia". Me produjo algo como un rechazo inmunológico a cierto tipo de instituciones, de las cuales excluyo ésta que me aloja. Hoy modifico, pues, un poco, ese vivir apartado. Tengo entre ustedes grandes amigos de toda mi admiración y con quienes el diálogo ha de ser fecundo. De Mario Spinetti Berti, su Presidente, desde mis días merideños mantengo viva en la memoria su amena charla de médico y humanista. Ramón Palomares, hermano de palabras y aulas en el viejo Instituto Pedagógico de Caracas, ha prevalecido en el compañerismo que otorga el amor a la melodía del verso y a la lucha por un país soñado sobre un *Rocinante* de papel que armaron juntos él, Edmundo Aray y Adelis León Guevara, antiguo compañero de la Escuela de Letras de la Facultad de Humanidades, tienen para mí el sentido leal de la amistad que trasciende tiempo y distancias. Amílcar Rivas, pianista y Director de orquesta, de mi mayor afecto, igual que sus hermanos, me vinculan a una larga familiaridad crecida al calor de la música bien disfrutada. En fin, me siento, a más de emocionado, obligado con una institución cobijada por un alero que, por asociación de ancestros, me traía recuerdos de aquellas matronas italianas emigrantes desde la isla de Elba hasta los páramos andinos, aventadas por una fe republicana que

* Texto leído en la Academia de Mérida. Fechado en Boconó, enero-marzo de 1998.

combinaba la devoción por el monje San Cerbone con la dispensada a Giuseppe Garibaldi.

Es un atrevimiento de mi parte convertir en tema de reflexión una figura merideña, sobresaliente en el pensamiento social y la docencia universitaria. Tal vez lo justifique por un efecto de empatía, de afinidad en la independencia que concede la vida campesina cuando se elige voluntariamente, rebeldía simbólica, puerta de escape a muchos asedios que la gran ciudad teje alrededor del ser humano. Sobre él han escrito nombres destacados: J. L. Salcedo Bastardo, Rafael Caldera, Ramón Losada Aldana, José Nucete Sardi, Andrés Márquez Carrero, Pedro N. Tablante Garrido, Mario Sanoja, Iraida Vargas y otros.

1. El reformador práctico

Julio César Salas (1870-1933) compendia en su personalidad afán de conocimiento científico, pasión educadora, sensibilidad social y vocación obsesiva por el trabajo rural. Su extenso y variado quehacer lo emparenta con aquellos humanistas desinteresados que se fueron gestando a la sombra del Positivismo. Pienso, por ejemplo, en médicos e historiadores: Arístides Rojas, etnólogo y tradicionista, amante de las mariposas y de la poesía de la ciencia; Lisandro Alvarado, transeúnte de todos los caminos provincianos por donde iba recogiendo modalidades del habla coloquial, mientras curaba enfermos y recogía hierbas para incrementar su sabiduría nutrida por igual en la raíz popular y en la ciencia. Prodigaron ciencia y generosidad sin aprovechar los conocimientos para el asalto oportunista de posiciones públicas. En el caso de Julio César Salas, trocar el ejercicio de la abogacía por labores de agricultor en un país de fácil impunidad jurídica fue un ejemplo. Picón Salas afirma que “fue característico de Mérida preferir siempre el jurista al cau-dillo”¹. Pero más valiente es haber cambiado por el oficio de labriego los litigios del jurista y haber encontrado una modesta independencia

¹ “Mensaje a los merideños en el IV Centenario de la ciudad”, *Suma de Venezuela*. Caracas, Monte Ávila, 1988, p. 306.

material con el cultivo de la tierra para entregar el resto de su tiempo a la investigación sociológica, etnográfica y lingüística. En 1928, desde Nueva York, inventariaba su vida. Sobre el cambio de profesión expresa: “Habiendo desistido de ejercer la carrera de abogado, que en ciertos países no significa ciencia sino intriga, me consagré por entero a los estudios sociológicos e históricos, al mismo tiempo que cultivé la hacienda de mi padre y fundé por mi cuenta dos haciendas de café, cuyos productos me proporcionaron una situación independiente”².

Formado en aquella universidad regida con sabiduría y dignidad ejemplares por Caracciolo Parra y Diego Carbonell, Julio César Salas, tuvo la valentía de no ceder a las neutralizaciones ético-políticas que Gómez y su entorno ejercieron con astucia y dádivas. Mariano Picón Salas habla de la combativa generación positivista merideña que tuvo en Samuel Darío Maldonado y Julio César Salas los mayores nombres y el liderazgo moral más auténtico. Salas no humilló sus capacidades intelectuales en la servidumbre política como la mayoría de los positivistas que formaron la corte laudatoria de dos dictadores. Por el contrario, fue implacable en su combate contra el parasitismo burocrático a cuya sombra lucraron y engordaron el ocio muchos hombres de su generación³.

Seguidor de Augusto Comte y Herbert Spencer, del primero adoptó la concepción de la Sociología como madre de las ciencias. Es probable que esa visión amplia del conocimiento lo llevara a incursionar por disciplinas diversas: Economía Política, Antropología, Etnología, Etnografía, Sociología, Lingüística [Lexicografía], Historia y hasta Geología en algún momento. De Spencer asimiló la metodología organicista sometida a crítica y reparos para impartir sus Lecciones de Sociología en

² Citado de José Nucete Sardi: Prólogo a *Tierra firme*, Mérida, Universidad de Los Andes, Facultad de Humanidades y Educación, 1971, p. 12.

³ En un editorial de *Paz y Trabajo* escribe: “Esta tendencia de gran parte de los venezolanos hacia el presupuesto de gastos públicos no sólo debilita la Nación por el dinero que se gasta en sostener a tales ociosos sino también priva al país de los brazos e iniciativa de individuos que podrían contribuir al desarrollo de nuestras abatidas agricultura e industria”, “Por la paz”, *Paz y Trabajo*, N° 17, dic 8, 1905.

la Universidad. Amigo de Paul Rivet y Franz Boas, con ellos habría de compartir las experiencias en la Sociedad Internacional de Americanistas y las inquietudes por develar los orígenes del hombre americano desde una procedencia única, a través de la descripción etnográfica y el estudio comparativo de las lenguas.

Las calles de Mérida, ciudad medioeval y futurista, vieron transitar por aceras opuestas la avidez de progreso impulsado por la ciencia y la resistencia al cambio social. Premios y castigos, excomuniones y estatuas han testificado el paso de los innovadores y de los apegados a la tradición. Ambos polos podrían ser los extremos de un péndulo entre los cuales se ha movido la cultura andina y, especialmente, la merideña. Mariano Picón Salas, escribió páginas de evocación emocionada que ilustran ese largo proceso, desde la colonia hasta el final de nuestro siglo.

Antes de que el petróleo depredara suelo y alma del venezolano con una ilusoria opulencia, la nación agrícola vio prosperar el cacao, el café y el tabaco, fuentes de riqueza y también soportes para animar el crecimiento de una cultura. Auspiciada por el tabaco surgió una de las revistas más extraordinarios del Modernismo: *El Cojo Ilustrado*. Alrededor del café fueron famosas las tertulias científicas y culturales de las ciudades hasta el primer veintenio de este siglo. Las guerras civiles internas hasta 1897 y la primera Guerra Mundial provocaron ruina entre sus cultivadores. Su comercio de altibajos ha sido un indicador dramático de la carencia de una política agrícola en Venezuela. Bajo el título “Dos épocas”, Julio César Salas refiere que “En la década de 1887 a 1897 la agricultura venezolana y esencialmente la de Los Andes gozó de excepcional bienestar, por causa de los altos precios del café en el exterior, y ser éste para gran parte de la República casi único fruto de exportación. Se ha calculado que anualmente, durante ese decenio, afloró oro extranjero a los cinco distritos productores del grano en el Estado Mérida, por valor de un millón de pesos”⁴. La cifra equivalía a Bs. 4.000.000 anuales. Esa opulencia indujo la importación desmesurada

⁴ *Paz y Trabajo*, N° 19 (enero 27 de 1906), p. 1.

de bienes suntuarios, como es hábito desastroso entre la clase media alta del país, según observa el mismo Salas. No obstante, en sus épocas de auge, con la holgura del café marcharon a formarse en la Francia del Positivismo, jóvenes que después serían grandes médicos y pensadores, diestros en la Medicina experimental de Claude Bernard, en el pensamiento positivista de Augusto Comte, el organicista de Herbert Spencer, o llegaban emocionados con las meditaciones de Renan acerca del porvenir de la ciencia. Ellos prodigaron la curación como un servicio social y no como una industria de la salud; impartieron enseñanzas en el aula y en las esquinas de aquellas ciudades montañosas, cuyos habitantes se sintieron cercanos de Europa y Norteamérica por los barcos que zarpaban de los puertos zulianos hacia el mundo, para retornar después a sembrar nuevas ideas e iniciativas aunque tal conducta despertara refracción o desconfianza. Se marchaban a lomo de bestia hasta Palmarito en el Sur del Lago de Maracaibo, por cenagales inhóspitos y caminos imaginarios rumbo a Curaçao. Vivieron alejados de una capital del país cuyo acceso obligaba a cubrir el mismo itinerario marítimo hasta Willemstad, para desviarse al puerto de La Guaira. Una página de diario escrita por Salas en la juventud, registra el viaje de su hermano Roberto llevado por su padre al Colegio jesuita de Biarritz y, con ellos, un compañero, Juan Pedro Rojas, quien estudiará medicina en París. Para entonces los planes del escritor ya eran otros. Casado en enero de 1895, estaba consagrado a los trabajos agrícolas y al estudio. En 1912 hará la misma ruta para dejar escrita con toda ironía la peripecia de aquellos viajes.

La cultura ensimismada del siglo XIX y el primer tercio del nuestro, no obedeció tanto a los determinismos fatalistas que algunos estudiosos del Positivismo acuñaron para justificar la tesis del gendarme necesario, rebatida por Salas en *Civilización y barbarie*, sino a las condiciones de incomunicación y abandono que padeció el Occidente venezolano después de la Independencia. Esa condición introvertida engendró personalidades aceradas en un individualismo combatiente contra la adversidad y una afanosa lucha por abrirse caminos propios hacia la ciencia y la civilización que tocaban con sus dedos asombrados en Europa.

A lo menos tres generaciones de los Salas lucharon por introducir conocimientos y técnicas que mejorasen la industria y la vida de los merideños. Picón Salas recuerda la vocación progresista del bisabuelo:

...íbamos a buscar en las noches de “Llano Grande” la sombra de aquel gran caballo blanco que arrojaba fuego y que según algunos timoratos debía ser jineteado por mi bisabuelo Rafael Salas, por haber tenido la pretensión de fundar en Mérida una Logia masónica. Con su corbata de plastrón y su barba rapada a la inglesa, Don Rafael se impresionó de joven con aquel movimiento de los jacobinos colombianos allá por 1827, y trajo a Mérida las palabras y liturgias del Rito escocés antiguo y reformado y una serie de planes progresistas y quizás heréticos, para hacer caminos y desarrollar pequeñas industrias locales⁵.

Esa pasión innovadora fue heredada por el padre de Julio César, médico y poeta, empresario utópico de una fábrica de tabacos “Cabaña”, con cuyo auspicio, su hijo redactaría en Ejido, de manera solitaria, un pequeño periódico de formato 1/16: *Paz y Trabajo*⁶.

Además de catedrático universitario, don Federico animó la tertulia de Fabio y Tulio Febres Cordero. Los interlocutores, según Picón

⁵ “Don Tulio, rapsoda de Mérida”, Prólogo a *Mitos y tradiciones*. Caracas, Ministerio de Educación (Biblioteca Popular Venezolana, N° 48), 1952, pp. 17-18.

⁶ P. N. Tablante Garrido refiere a una cita de Tulio Febres Cordero donde se cuenta que el Doctor Salas Roo llevó a Mérida en 1892 la imprenta cuyo taller tipográfico llamó *El Trabajo*. Transcribe que “fue estrenada en 1893 y es la séptima por orden cronológico que llegó a esta ciudad, en 1902 la alquiló el señor Bartolomé T. Nucete, quien la tuvo hasta 1904, en el cual año el doctor Julio César Salas la trasladó a la ciudad de Ejido, la enriqueció con nuevos tipos y fundó allí el periódico *Paz y Trabajo*. Al taller, después, el doctor Salas nominó “Tipografía de Paz y Trabajo”. Toma las informaciones de Tulio Febres Cordero, *Datos históricos sobre la imprenta en Venezuela*. Mérida, 1906. “Periodismo merideño. *Paz y Trabajo*, de Julio César Salas, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Caracas, N° 159 (1957), pp. 346-358.

Salas eran: “el brillantísimo Doctor Federico Salas Roo, el naturalista Pedro Enrique Jorge Bourgoïn, los canónigos González, Carrero Chapparro, Gil Chipía; el astrónomo y coleccionista don Emilio Maldonado, los un poco volterianos don Constantino Valeri y el señor Liparelli”⁷.

Julio César Salas tuvo ejemplos en esos antepasados. Amó la lectura desde niño⁸. La apasionada entrega al estudio de la Sociología no constituyó en él simple curiosidad. El indagar la dinámica de la vida del hombre en comunidad fue una búsqueda de rumbos para impulsar la transformación modernizadora del país. Lo mismo en las tempranas empresas del periodista que a la hora de fundar la Sociedad Venezolana de Americanistas, –subtitulada “Estudios Libres”–, tuvo como objetivo educar una sociedad donde el analfabetismo alcanzaba un 75%, la instrucción pública permanecía en dolorosa estrechez cuantitativa y en atraso alarmante frente a la contemporaneidad.

Jean Duvignaud considera que es Saint Simon y no su discípulo y secretario, Augusto Comte, el padre de la Sociología moderna. Señala, además, que la Sociología es hija de la Revolución Francesa. Añade que a pesar, y a causa de los obstáculos que se le oponen “colectiva e individualmente, el hombre descubre que posee múltiples posibilidades de intervenir directamente en la trama de la vida social, de modificar sus estructuras y de regular sus formas. En este sentido se puede decir que la sociología es hija de la Revolución”⁹. A nadie mejor que a Julio César Salas, entre los fundadores de la ciencia social venezolana, cabría esa definición. Saint-Simon es un sociólogo y también un utopista. Ambas funciones encajan en la praxis social con que Salas interviene en aquellos años turbulentos cuando Venezuela se debatió entre un nacionalismo defensivo pero también autoritario y una entrega de la riqueza petrolera a las primeras transnacionales, bajo la cubierta de una

⁷ “Don Tulio, rapsoda...”, p. 14.

⁸ En su página autobiográfica, “Tiempo perdido”, escribe: “Apenas supe leer, los libros fueron mi pasión favorita; la variada y rica biblioteca de mi padre ofreciome ancho campo y recuerdo haber leído libros de viajes, de literatura e historia natural, en una edad en que otros muchachos apenas hojean cuentos infantiles”.

⁹ *Introducción a la Sociología*. Caracas, Tiempo Nuevo, 1970, p. 13.

larga dictadura: el gomecismo. Ambos polos desatendieron sin embargo los grandes cambios que la modernización exigía con urgencia. Sus esfuerzos civilizadores giraron alrededor de empresas que no tuvieron el éxito industrial aspirado por él. Cuando uno lo imagina en esos menesteres no soporta la tentación de relacionarlo con otro soñador tocuyano que del cultivo ruinoso de la caña y la educación de sus campesinos, pasa a luchar clandestinamente contra Gómez, interviene en una huelga inquilinaria de Panamá y escribe poemas a la reina Beatriz Peña en la Semana del Estudiante en febrero de 1928. Marxista Pío Tamayo, positivista y liberal utópico Julio César Salas, ambos abrigaban análoga ilusión y tomaban conciencia de que sólo el empuje hacia un proyecto industrializador podía lograr un país armonioso en la modernidad intelectual y la modernización material.

La concepción del trabajo creador, la consideración del “productor” como elemento de cambio social antes de Saint Simon no era considerado en su importancia. El papel que Salas asigna a este elemento lo muestra como un verdadero adelantado o, al menos como un reformista práctico de aguda imaginación¹⁰.

2. El periodismo educativo

Cuando Julio César Salas se dedica al trabajo rural, lo alterna con una tarea admirable: edita el periódico *Paz y Trabajo*. Por su formato reducido se parecía a aquella otra pintoresca publicación merideña que editaba Don Tulio Febres Cordero: *El Lápiz*. Lo distribuía gratuitamente al comienzo. Luego era vendido por su hijo al pregón o por suscripciones. No aceptaba colaboraciones, porque él fue su único redactor. Pero lo más asombroso es su contenido.

El pequeño periódico testimonia el afán de estudio con que Salas se adentraba en la historia regional y en la etnología. Eso lo habría

¹⁰ “Esta valoración, de la colectividad creadora y de la acción innovadora a nivel de la sociedad global, con el acento puesto en el trabajo creador, en el “productor” ya sea industrial u obrero, (no existe aún la distinción para Saint-Simon) era desconocida hasta ese momento”, Duvignaud, *Introducción a la sociología*, p. 20.

mantenido como un vocero intelectual más. La singularidad reside en otro aspecto: la concepción de que el trabajo, como base de toda civilización y progreso necesita una orientación que la universidad no provee al pequeño agricultor o al industrial de aquellos rincones aislados. El propósito lo enuncia su autor así: “fomentar por todos los medios que estén a nuestros cortos alcances la industria nacional como vehículo de civilización; y en tal virtud ofrecemos esta humilde hoja ocasional gratis, a todo el que se interese por la paz y el progreso de la patria”¹¹. Esta actividad divulgativa se convierte así en un instrumento del reformista infatigable. Su pasión de servir desinteresadamente a la pequeña sociedad donde está inmerso lo irá conduciendo después a una lucha por extender esa intención transformadora a todo el país. Cuando se inicia la segunda época de la publicación su editor expone: “Hemos luchado durante más de un año por la mayor extensión de estas ideas [dedicación al trabajo y elevación del nivel moral de los venezolanos], consagrando este humilde periódico, *Paz y Trabajo*, a su sostenimiento, y como creemos que el lirismo de los venezolanos es la más abundante fuente de sus males, hemos prescindido en absoluto de lo que no hemos creído esencialmente práctico; en esta virtud, nadie debe ver en este papel sino una modesta contribución en pro de la felicidad de todos, fruto espontáneo [sic] nacido al calor de nuestro amor por la patria y a la vista de sus males”¹².

Salas consideró el periodismo, en la forma como él lo ejercía, como un sustituto ventajoso de educación popular y libre para el trabajo. Las páginas del periódico están llenas en su mayoría con pequeños consejos para la ganadería y la agricultura, sugerencias prácticas, proposiciones de industrias como la del sombrero de jipijapa, donde se aprovechan materias primas aún existentes en las zonas aledañas de Ejido¹³,

¹¹ “Propósitos”, *Paz y Trabajo*, N° 1 (agosto de 1904), p. 1.

¹² “Capital y trabajo”. *Paz y Trabajo*, N° 17 (dic. 8 de 1905), p. 3.

¹³ En el N° 2 (agosto 28 de 1904) de *Paz y Trabajo* escribe Salas una nota sobre “Sombreros de jipa o Panamá”. En 1908 fundó una Junta Patriótica para el establecimiento de la industria de sombreros de jipijapa en Mérida. Los otros miembros fundadores fueron Gonzalo F. Cordero, Tolentino Ítalo Terán, Carlos Salas Uzcátegui, Federi-

alfarería, industria del tejido cuya existencia histórica había leído en alguna vieja página, fábricas de quesos madurados para los cuales los climas del páramo andino eran propicios, informaciones sobre minería del estado Mérida, algunas documentadas en textos de cronistas, historiadores y viajeros.

La agricultura y la ganadería se convierten en tema constante de difusión.

Por experiencia y convicción pensaba que nuestro país tenía que continuar siendo productor agrícola, mas no un monoprodutor de café; preconiza temprano la rotación de cultivos y la conservación ecológica de los suelos, combate la tradicional costumbre de incendiar los bosques y, para mejorar los conocimientos de los trabajadores del campo, fue tal vez uno de los primeros en proponer que se establecieran

granjas modelo en las capitales de los Estados de la Federación, para la enseñanza práctica de la agricultura, tal como se han establecido en Argentina, Chile y México. A esta educación práctica debe preceder la ciencia, enseñada en planteles ad-hoc, o en cursos de agronomía abiertos en los colegios de instrucción superior; aunque para atender a los gastos que esto ocasionare tuviese el Gobierno que hacer economías en el sostenimiento de la enseñanza de profesiones literarias. Llamamos sobre lo dicho la atención, pues no vamos por el camino del verdadero progreso si se atiende a que tenemos plétora de jóvenes dedicados a seguir carreras, que a la postre podrán brindarles todo, menos bienestar para sí y riqueza al país¹⁴.

En una entrega posterior insiste en la idea de que la prensa debe educar a los agricultores ante la falta de planteles: “hoy mismo debe tomar a su cargo la difusión de conocimientos primordiales sobre agronomía y ciencias anexas”. Añade un par de máximas: “país pobre, país

co Guzmán Omaña y el Gral. Golfredo A. Mazini Ducati. La Junta sostuvo en Ejido una Escuela de Artes y Oficios que funcionó por corto tiempo.

¹⁴ “Sobre agricultura, I”, *Paz y Trabajo*, N° 3 (sept. 19, 1904), p. 1.

de revueltas”. Y “Pueblo pobre, pueblo indefenso, fácil presa del extranjero”. ¿No estaba combatiendo entre líneas el periodismo de incensario que dominaba la época de Cipriano Castro? Si admite el nacionalismo del gobernante, una tendencia general que venía imponiéndose desde las intervenciones norteamericanas en la guerra de Cuba y Filipinas, rechaza la persistencia de las guerras civiles y las montoneras.

Ese afán de insistir en la praxis indujo a Salas a tomar una vía muy polémica de enfrentamiento a los escritores modernistas que devinieron en acólitos del gomecismo. Lo desvelaba la urgencia por impulsar el país hacia el desarrollo económico autónomo, capaz de superar la dependencia importadora de todos los bienes, hasta los más elementales. En un sentido similar había escrito Delfín Aurelio Aguilera apenas cuatro años antes. Los interrogantes de Salas, en su tercer fragmento sobre agricultura, debieron levantar escozores abundantes. Se preguntaba:

¿Por qué se gasta en nuestra Patria tanta inteligencia y tanto tiempo en fabricar y leer bambolla literaria? ¿Será justo comprar sedas y pedrería, mármoles y perfumes, viviendo en un destartalado bohío, sin telas que cubran nuestras carnes y vacío el estómago? ¿Entenderá su conveniencia un pueblo que fomenta el lirismo de sus hijos, para que exporten versos, a trueque de importar las más groseras manufacturas? Vivimos en un país de paradoja: por una parte tenemos los refinamientos del último grado de la civilización y por la otra la necesidad, que nos hace pedir a cerebros y manos extrañas la máquina, la tela de algodón y la escardilla, cuya petición nos equipara a las tribus más salvajes del centro de África¹⁵.

Su propósito y el cumplimiento de su enunciado convirtieron a *Paz y Trabajo*, probablemente en el primer periódico de extensión agrícola e industrial que circulara, hasta donde sabemos, en el país. Y, lo más, meritorio, como esfuerzo privado de un solo editor-redactor. Después vendrá la madurez del catedrático y la producción bibliográfica donde se vuelca esa inquieta manera de mirar su mundo y su tiempo.

¹⁵ “Sobre agricultura, II”, *Paz y Trabajo*, N° 4 (oct. 10 de 1904), p. 1.

3. El científico social

Desde las páginas de *Paz y trabajo*, junto a la tarea educativa de carácter práctico agrícola e industrial, Julio César Salas fue difundiendo temas de economía política, historia regional (*Historia de la conquista y población de Mérida*), notas sobre los alfabetos, lenguas indígenas, problemas de la criminalidad, situación cultural de la población mestiza e indígena. Algunos textos formarían parte después de su libro *Civilización y barbarie*. En el último número de su periódico publicado el 24 de octubre de 1908, edición de gala, inserta la columna “Vejece” dedicada a las voces indígenas venezolanas. La Lexicografía comparada comenzaba, pues a ocupar la atención de quien un año más tarde iniciaría su carrera docente universitaria en una cátedra de Economía Política y Sociología.

Su modo de entender los estudios sociales quedó plasmado en la Introducción con que abre *Civilización y barbarie* (1919): “La sociología estudia los fenómenos de evolución que se producen por las relaciones humanas y deduce consecuencias que deben aplicarse al perfeccionamiento moral de los hombres; para ese complejo trabajo se auxilia de la etnología, que investiga y clasifica las costumbres, y de la historia que da la nómina de los sucesos y las consecuencias filosóficas que de ellos se desprenden”.

Si como etnógrafo tenía la inquietud de describir las culturas indígenas del Occidente venezolano para vincularlas a etnoculturas emigradas desde Colombia, ese conocimiento le sirve para comprender mejor el presente del país en una coyuntura donde ya la crisis económica, provocada por endeudamientos crónicos no saldados, abatía el destino social y material. Salas no discrimina parcelas de saber entre la sociología, la etnología, la antropología y la economía política; su avidez de aprendizaje tiene un derrotero: contribuir a una transformación integral del país por vía práctica de la producción y el trabajo. Esta simbiosis de conocimientos que no se confunden sino complementan en su obra es lo que singulariza su condición de investigador cultural y de trabajador rural a un tiempo.

Si la formación inicial y la metodología de trabajo tuvo para él su raíz en el Positivismo europeo, la madurez del estudioso lo fue llevando a cuestionar algunos estereotipos acuñados y proclamados por otros pensadores venezolanos de la misma tendencia. La tesis del gendarme necesario tuvo cierta fundamentación en el determinismo geográfico y en la idea de la pereza criolla provocada por el clima. Salas aún aceptaba dicho argumento en algunas de sus páginas periodísticas de *Paz y trabajo*. Pero en la Introducción a *Tierra firme* (1908) deja caer esta afirmación:

Menos importante como modificador de costumbres puede considerarse el medio físico en el cual evoluciona un pueblo: para nosotros los latinoamericanos, en especial, resulta odiosa la teoría de las influencias geográficas o climatéricas, es decir, que existan en el globo zonas propicias para la civilización; por tal modo se ha pretendido excluir a los habitantes de la América tropical en la comunión gloriosa de las razas en la inteligencia y en el progreso¹⁶.

Contextualmente sus trabajos responden a lineamientos que ya se habían establecido en el país desde mediados del siglo XIX con las investigaciones de Adolfo Ernst, por cierto uno de los primeros en acometer el estudio de las lenguas indígenas. En Economía Política se muestra partidario del liberalismo económico muy dentro del marco de Adam Smith y *La riqueza de las naciones*. La Etnografía de la región andina tuvo antecesor en José Ignacio Lares (*Etnografía del Estado Mérida*, 1887). Sólo que Salas entra en contactos tempranos con grandes etnólogos y lingüistas como Franz Boas, cuyos trabajos le fueron familiares y a quien admira como fundador de la Sociedad Internacional de Americanistas. Conoció igualmente los trabajos del arqueólogo mexicano Manuel Gamio, introductor del método estratigráfico en las exploraciones de campo y autor de un libro clásico de la Sociología

¹⁶ *Tierra firme*. Mérida, Universidad de Los Andes, 1971, p. 26

mexicana: *Forjando patria* (1916). Su libro *Civilización y barbarie* llegó a convertirse en un clásico del tema, divulgado por todo el continente. Ese es su aporte mayor.

Uno de los esfuerzos de tiempo y amplitud con el cual aspiraba el merideño a alcanzar una consagración internacional fue su trabajo de lexicografía comparada. Está ubicado dentro de lo que era para los años 20 la tendencia historicista de las ciencias del lenguaje desarrolladas entre otros por Boas y Max Müller. Salas no disponía aún de un instrumento fundamental que le habría permitido una sistematización más moderna de sus trabajos sobre el lenguaje. Nos referimos a la Fonología, un método y una técnica desarrollados extraordinariamente por Trubetsky desde los tiempos del Formalismo ruso, base de los trabajos lingüísticos de Roman Jakobson y de los desarrollos del Círculo Lingüístico de Praga. Los trabajos lexicográficos de Salas se iniciaron por 1917, cuando fijó residencia en Caracas. Fundó con otros estudiosos la Sociedad Venezolana de Americanistas en 1918¹⁷. Fueron publicados parcialmente en *De Re Indica*, revista de la Sociedad y en algunos diarios caraqueños. Sus presentaciones preliminares en la Sociedad de Americanistas tuvieron lugar en La Haya y Gotenburgo por 1924, el mismo año en que publica sus *Orígenes americanos (Lenguas indias comparadas)*. Persistió en sus investigaciones y editó su famosa Memoria ante el XXIII Congreso Internacional de Americanistas, reunido en 1928 en Nueva York, bajo la presidencia de Franz Boas. Un año después, el Círculo Lingüístico de Praga divulgaba sus célebres tesis que habrían de revolucionar los estudios lingüísticos y especialmente fonológicos. Sólo que tales trabajos se conocieron en el resto de Europa y Estados Unidos mucho más tarde a través de Roman Jakobson. Ya para entonces don Julio César había fallecido en 1933. Lamentablemente el saber, como todo hecho cultural, está sometido a la ley inexorable que un antropólogo norteamericano, Jules Henry, enunció como el principio de *obsolescencia dinámica*. Los trabajos lexicográficos del gran

¹⁷ Los demás integrantes de la Sociedad fueron: Luis R. Oramas, Pedro Manuel Arcaya, Alfredo Jahn, José Ignacio Lares, José Ladislao Andara, Samuel Darío Maldonado, Christian Witzke, Abelardo Gorrochotegui y Enrique Suárez Borges.

merideño no podían permanecer inmunes a tal proceso. Quedan como un legado valioso para la historia de los estudios lingüísticos que fueron pioneros en el país. Y, por sobre todo, queda su figura ejemplar, su integridad moral y la perseverancia de un infatigable explorador en la investigación social.

- Abandonados en la tierra*, por C. Dávila Andrade: 86, 103.
- Abreu, José: 69.
- Academia de Mérida: 341.
- Academia Nacional de la Historia (Caracas): 216, 231, 282, 327, 332.
- Academia Venezolana de la Lengua: 147.
- Achugar, Hugo: 164, 176.
- Akademia Kiadó: 229.
- Acosta, Cecilio: 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 261, 264, 266.
- Acotaciones de un pesimista*, por J. González Eiris: 104.
- “Acta de París”: 19.
- Actas del Simposium Internacional de Estudios Hispánicos*: 229.
- Actual* (revista, Mérida): 99.
- La actual crítica literaria hispanoamericana*, por N. Osorio; comp.: 156.
- Adames, José: 173.
- "Adolescencia", por G. Meneses: 74.
- “Adolescencia”, por M. Picón Salas: 279, 296, 298.
- Adorno, Theodor W.: 164.
- Adoum, Jorge Enrique: 18.
- Adriani, Alberto: 6.
- África*: 336, 361.
- Agentes viajeros*, por M. Picón Salas: 108.
- Agosti, Héctor: 157.
- Agosto y otros difuntos*, por A. Armas Alfonso: 100.
- "Aguas turbias", por M. Bermúdez de Beloso: 97.
- Aguilera, Delfín Aurelio: 351.
- Agustín, José: 168.
- Ahora* (diario, Caracas): 6.
- Ainsa, Fernando: 133.
- Aires Puros*, por J.H. Rosales: 118.
- Alas* (revista. Barquisimeto): 84, 104.
- Alatorre, Antonio: 164, 167.
- Alberdi, Juan Bautista: 25, 36, 259, 311.
- La Alborada* (grupo y revista. Caracas): 5, 63, 200, 209, 253.
- Alegre, Atanasio: 236.
- Alegría de la tierra*, por M. Briceño Iragorry: 233.
- Alemán, Carmen Elena: 1, 177.
- Alemania*: 175, 235, 356.
- Alessandri Palma, Arturo: 299.
- Alfonso Reyes. Ensayos*, por R. Fernández Retamar; comp.: 150, 177.
- Alfonzo, Rafael: 177.
- Algo que transparece*, por L. Velásquez: 239, 245, 250.
- “*Algo que transparece* en Lucila Velásquez”: 239
- "La alianza hispanoamericana", por R. Gallegos: 209.
- Alizo, David: 74, 92, 98, 99.
- Allende, Salvador: 34, 306.
- Almarza, José Rafael: 328.
- Almena de sal*, por G.L. Carrera: 192.
- Alonso, Amado: 156, 158, 161.

- Alonso, Dámaso: 156, 161.
- Al pie de la ciudad*, por M. Mejía Vallejo: 97, 106.
- "Altargracia y otras cosas", por C. Noguera: 92, 98.
- Alvarado, Lisandro: 191, 240, 325, 342.
- Álvarez, Cristian: 177.
- Álvarez León, Luis: 173.
- "Ámbito y razón del humanismo americano", por M. Briceño Iragorry: 233.
- América*: 17, 18, 19, 25, 30, 31, 33, 36, 37, 40, 43, 44, 45, 46, 48, 49, 52, 57, 58, 60, 133, 158, 165, 167, 180, 181, 196, 207, 210, 211, 212, 213, 216, 221, 224, 225, 229, 230, 231, 232, 234, 237, 253, 255, 266, 273, 274, 291, 305, 310, 311, 312, 353.
- América* (revista. Bogotá): 165.
- América del Norte*: 20, 37.
- América del Sur*: 21, 57, 59.
- América Española*: 234.
- América espera*, por F. de Miranda: 58, 59.
- América Latina*: 5, 15, 17, 24, 25, 26, 27, 28, 31, 32, 35, 36, 37, 40, 41, 42, 43, 48, 58, 133, 140, 164, 166, 168, 174, 175, 178, 179, 180, 192, 201, 202, 209, 213, 219, 225, 226, 227, 259, 273, 298, 300, 304, 305, 310, 317, 324.
- América Meridional*: 20, 58.
- La americanización del mundo*, por R. Blanco Fombona: 26, 47.
- América sajona*: 43, 260.
- "Américas desavenidas", por M. Picón Salas: 37, 41, 53, 275.
- Amitesarove, Luis: 69.
- "Amor, en fin, que todo diga y cante", por M. Picón Salas:
- Los amos del cielo*, por C. Dorante: 86.
- Ana Isabel, una niña decente*, por A. Palacios: 135.
- Análisis estructural del relato*, por R. Barthes y otros: 160.
- Análisis funcional de la cultura*, por E. Martínez Estrada: 189.
- Andara, José Ladislao: 354.
- Anderson Imbert, Enrique: 201.
- "Los Andes pacíficos", por M. Picón Salas: 329, 333.
- Andoaín, Guipuzcoa*: 109.
- Andrea de Ledesma, Alonso: 215, 217, 218, 234.
- Andueza Palacio, Raimundo: 332.
- Anfisbena*, por J.M. Briceño Guerrero: 330.
- Angarita Arvelo, Rafael: 94, 121, 122, 126.
- Angelaciones*, por A. Armas Alfonzo: 100.
- Ante los bárbaros*, por J.M. Vargas Vila: 26, 47.
- "Antítesis y tesis de nuestra historia", por M. Picón Salas: 3.
- "Antítesis y tesis venezolanas", por M. Picón Salas: 14.
- Antología de cuentos*, por A. Cuesta y Cuesta: 102.
- Antología de nuevos escritores hispano-americanos*, por M. Ugarte; comp.: 33, 311.
- "Antonia Palacios y todo lo inmóvil", por L.A. Crespo: 133.
- La anunciación*, por A. Armas Alfonzo: 100.
- APRA (Perú):
- Ara, María Dolores: 176.
- Araquistain, Luis: 219.
- La Araucana*, por A. de Ercilla y Zúñiga: 273.
- Aray, Edmundo: 341.
- Árbenz, Jacobo: 39, 213.
- El árbol de Chernobyl*, por L. Velásquez: 239, 240, 241, 246, 247, 248, 250.
- Arcaya, Pedro Manuel: 354.
- Archipiélago Canario*: 131.
- Archipiélago de Filipinas*: 42.
- Arcila Farías, Eduardo: 161.
- "Arco secreto", por G. Díaz Solís: 79, 80, 96.
- Arco secreto y otros cuentos*, por G. Díaz Solís: 104.
- Arcos, José Luis: 164.
- Ardao, Arturo: 16, 24, 176, 259.
- Arellano, Pedro María: 328.
- Argentina*: 25, 30, 31, 40, 43, 45, 47, 188, 225, 259, 268, 310, 320, 337, 338, 350.
- Ariel*, por J.E. Rodó: 26, 37, 42, 47, 184, 230, 281, 282.
- Ariel* (revista. Trujillo): 47, 216.
- Aristóteles: 224.
- Armas Alfonzo, Alfredo: 72, 74, 83, 84, 88, 95, 96, 97, 100, 176, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 202, 203, 204.

- Arráiz, Antonio: 65, 67, 86, 94, 130.
 Arreola, Juan José: 200, 295.
 Arrom, Juan José: 164.
 Arroyo Lameda, Eduardo: 94.
 Artaud, Antonin: 87.
 Arteaga, Esteban de: 19.
 "El arte de meditar", por A. Mariño Palacio: 66.
El artista adolescente, por J. Joyce: 74.
Arturo Úslar Pietri, renovador del cuento venezolano, por D. Miliani: 112.
 Arvelo, Carlos: 327.
El asalto a la razón, por H. Lefebvre: 157.
 Asamblea Constituyente: 5, 358.
 "Así ha sido mi vida", por M. Briceño Iragorry: 228, 229, 235.
 Astorga Anta, Juan: 169.
 Asturias, Miguel Ángel: 40, 89, 125, 140.
Atala, por R. de Chateaubriand: 20.
 "Atenea política", por A. Reyes: 150.
Atenea (revista. Concepción): 274, 308.
 Ateneo de Caracas: 103.
 Ateneo de la Juventud (México): 45, 51, 267, 321.
 Ateneo de Santiago de Chile:
 Aub, Max: 168.
Auckland, Nueva Zelanda: 15.
 Auerbach, Erich: 157.
Augusta. Maine (EE.UU.): 24.
Austria: 28.
Autobiografías, por M. Picón Salas: 31, 286, 294, 301, 305, 318.
 "Auto de fe", por L. Landaeta: 123.
Aventuras de Cachito a través de Venezuela, por M. Blanco: 86.
Aventuras de un hombre vago (Divagaciones psicoanalíticas), por M. Picón Salas: 18.
 Avilés Fabila, René: 168.
Aviso a los navegantes, por M. Briceño Iragorry: 219, 221.
 Azorín (José Martínez Ruiz): 27.
 Bach, Juan Sebastian: 243.
El baile de tambor, por A. Úslar Pietri: 72, 82, 96.
Bajo el cielo dorado, por J.H. Rosales: 118.
 Baktine, Mikhail: 173.
 Bakunin, Mikhail: 26.
La balandra Isabel llegó esta tarde, por G. Meneses: 74, 106.
 Balza, José: 93, 202.
 Balza Santaella, Tito: 155, 262.
 Bansard, André: 177.
 Baptista, José María: 328.
Barcelona, Anzoátegui: 104.
Barcelona, España: 130, 315.
 Barceló Sifontes, Lyll: 177.
Barquisimeto, Lara: 84, 104, 315.
 Barrabás (pers. bibl): 120, 126.
 "Barrabás, cincuentenario", por D. Miliani: 111.
Barrabás y otros relatos, por A. Úslar Pietri: 109, 111, 112, 113, 114, 117, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 138.
 Barradas de Tovar, Aura: 173.
 Barrera Linares, Luis: 201.
 Barreto, José Gelasio: 197, 205, 206.
 Barreto, Oswaldo: 176.
 Barrios, Eduardo: 272, 298, 300, 317, 318.
 Barrios Ferrer, Gonzalo: 176.
 Barthes, Roland: 164.
 Bataillon, Marcel: 167.
 Batista, Fulgencio: 225.
 Baudelaire, Charles: 217, 283.
El bazar de la madama, por A. Armas Alfonso: 100.
 Becco, Horacio Jorge: 177.
 Becerra, Simón: 225.
 Beguin, Albert: 157.
 Benedetti, Mario: 177.
 Bello, Andrés: 34, 161, 176, 177, 259, 271, 307, 319, 336.
 Bello Porras, José Gregorio: 202.
 Belon, Tomás: 19.
 Benko, Susana: 177.
 Bermúdez de Beloso, Mercedes: 97.
 Bermúdez, Manuel: 155, 173, 245.
 Bernard, Claude: 345.
 Berroeta, Pedro: 72, 81, 96, 97.
 Betancourt Figueredo, Francisco: 63.
 Betancourt, Rómulo: 6, 207, 307.
 Beverly, John: 176.
 Bianchi, Arturo: 34, 307.

- Biarritz, Francia*: 345.
- Biografía de un escarabajo*, por O. Guaramato: 84, 105, 197.
- Biblioteca Ayacucho: 18, 21, 27, 43, 47, 57, 58, 59, 130, 133, 136, 162, 172, 178, 181, 227.
- Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela: 165.
- Biblioteca Nacional de Chile: 32, 272, 285, 300, 302, 306, 317, 318, 319, 320, 321, 338.
- Biblioteca Nacional de Venezuela: 162.
- Bilbao, Francisco: 25, 26, 36, 259, 311.
- Björson, Björnstjerne: 217.
- Blackmore, Harold: 175.
- Blaiser, Cole: 175.
- Blanco, Andrés Eloy: 5, 94, 130, 219, 262.
- Blanco Fombona, Rufino: 26, 47, 63, 121.
- Blanco, Gerónimo Eusebio: 327.
- Blanco Meaño, Rosario: 133.
- Blanco Meaño, "Totoña": 133.
- Blanco, Mireya: 86.
- Boas, Franz: 344, 353, 354.
- Bocaccio, Giovanni: 330.
- Bogotá*: 14, 259.
- Bohemia* (revista. La Habana): 208.
- Bohórquez, Douglas: 177.
- Boletín de la Academia de Mérida*: 281, 330.
- Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas): 333, 346.
- Bolívar Coronado, Rafael: 63.
- Bolívar, Dios y el Diablo y otros cuentos frívolos*, por B. Millán: 86.
- Bolívar, Simón: 22, 23, 31, 42, 45, 58, 60, 139, 153, 359.
- "Bolívar sociólogo", por M. Picón Salas: 358.
- Bontempelli, Massimo: 141, 359.
- Borges, Jacobo: 136.
- Borges, Jorge Luis: 142, 149, 197.
- Borjas Sánchez, José Antonio: 262.
- "El borracho", por A. Armas Alfonzo: 83.
- Boulton, Alfredo: 140.
- Borarué, Yaracuy*: 110.
- Borburata*, por R. Díaz Sánchez: 104.
- Bosetti, Mario: 169.
- Bosch, Juan: 212.
- Bosch, Velia: 177.
- El bosque de los elegidos*, por J.N. Oropeza: 107.
- Boston, Massachusetts*: 26.
- Bouarque de Holanda, Sergio: 175.
- Bourgoin, Pierre Henri George: 328.
- Bousoño, Carlos: 156.
- Bracho Montiel, Gabriel: 77.
- "La brasa duerme bajo la ceniza", por R. Zárraga: 90.
- Bravo, Víctor: 177.
- Briceño, Arturo: 68.
- Briceño Guerrero, José Manuel: 93, 169, 170, 330.
- Briceño Iragorry, Mario: 6, 11, 12, 13, 14, 39, 40, 45, 47, 142, 143, 144, 148, 184, 190, 215, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 224, 225, 226, 227, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 263, 281, 282, 284, 315, 328.
- Briceño Ortega, Rafael: 121.
- Briceño Perozo, Mario: 166, 184.
- Briceño Picón, Beatriz: 224, 237, 238.
- Briceño (Picón?), Gabriel: 328.
- Briceño Picón, Omar: 225.
- Briceño, Sancho: 217, 223.
- Briceño Uricoechea, María Eirene: 223
- Brito Figueroa, Federico: 175.
- Britto García, Luis: 200, 202.
- Bruzual Serra, Claudio: 10.
- Bryan, Keneth: 176.
- Budapest, Hungría*: 229.
- Bueno Chávez, Raúl: 156, 164.
- Buenos Aires*: 14, 20, 26, 30, 45, 53, 88, 89, 133, 144, 160, 165, 197, 308, 321, 326.
- Bulgaria*: 240, 246,
- Buonarroti, Miguel Ángel*: 330.
- Burelli Rivas, Miguel Ángel: 11.
- Burgos, José Joaquín: 155.
- Buscando el camino*, por M. Picón Salas: 31, 290.
- Bustillo, Carmen: 177.
- "El caballero", por A. Cuesta y Cuesta: 97.
- El caballo de Ledesma*, por M. Briceño Iragorry: 230, 237.
- Cabeza de gallo*, por C. Dávila Andrade: 103.

- Cable cifrado; ejercicio narrativo*, por G. Meneses: 106.
- Cabrera Malo, Rafael: 63.
- Cabrujas, José Ignacio: 2.
- Cachalo*, por G. Díaz Solís: 104.
- Cada espina: tres historias de amor*, por A. Armas Alfonzo: 100.
- Cajigal, Juan Manuel: 191.
- Cal* (revista. Caracas): 106.
- Caldera, Rafael: 6, 151, 342.
- Calderas, Barinas*: 99.
- Calder, Christopher: 40.
- Calzadilla, Iván: 171.
- Cambridge, Inglaterra*: 166, 176.
- “El camino”, por A. Úslar Pietri: 126.
- Camino de cuentos*, por A. Úslar Pietri: 109.
- Caminos del amanecer*, por R. Díaz Sánchez: 71, 104.
- El camino de El Dorado*, por A. Úslar Pietri: 110.
- Campanas sin campanario*, por R. González Paredes: 86.
- Campeones*, por G. Meneses: 106.
- Canal de Panamá*: 287.
- Canción de negros*, por G. Meneses: 106.
- “Canícula”, por C. Eduardo Frías: 119.
- Candales, Miguel M.: 328.
- Canto a los hijos*, por A.E. Blanco: 241.
- Capitanía General de Venezuela*: 232.
- Cardonal*, por R. Díaz Sánchez: 71, 103.
- Canetti, Elías: 150.
- Cantera*, por A. Cuesta y Cuesta: 102.
- “El Capitán Francisco de Graterol”, por M. Briceño Iragorry: 237.
- Caraballo, Magaly: 177.
- Caracas*: 1, 2, 4, 5, 6, 11, 12, 14, 18, 27, 33, 36, 37, 39, 43, 47, 48, 51, 55, 57, 58, 59, 61, 65, 66, 67, 69, 73, 82, 93, 101, 103, 104, 106, 108, 110, 110, 111, 113, 115, 120, 121, 125, 129, 130, 131, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 145, 146, 147, 149, 153, 154, 157, 161, 162, 164, 169, 170, 172, 176, 177, 178, 180, 181, 183, 184, 185, 187, 191, 195, 201, 205, 207, 208, 209, 210, 215, 216, 217, 218, 222, 225, 227, 235, 239, 245, 252, 259, 261, 264, 266, 273, 277, 279, 280, 282, 286, 287, 292, 298, 300, 301, 303, 304, 308, 310, 312, 313, 314, 315, 318, 319, 323, 327, 328, 329, 332, 333, 334, 335, 338, 341, 342, 346, 347, 354.
- “Caracas, 1945”, por M. Picón Salas: 314.
- Carbonell, Diego: 230, 282.
- Cárdenas, Lázaro: 168, 213.
- Cardona, Gertrudis: 169.
- Cardonal*, por R. Díaz Sánchez: 71, 100.
- Cardoso, Onelio Jorge: 90.
- El Caribe*: 17, 41.
- Carlos IV (de España): 21, 57.
- Carlos III (de España): 19.
- Carlyle, Thomas: 313.
- Carneiro, Roberto: 193.
- Caro, Miguel Antonio: 259.
- Caro, Tito Lucrecio: 240.
- Carpentier, Alejo: 40, 70, 72, 78, 88, 93, 94, 96, 101, 125, 140.
- Carrasquel y Valverde, Raúl: 64.
- Carrera Damas, Germán: 166.
- Carrera, Gustavo Luis: 74, 90, 91, 92, 95, 98, 101, 102, 161, 177.
- Carrere, Emilio: 285.
- Carrillo Guerra, Juan Bautista: 327.
- Carrión, Benjamín: 168.
- “Carta al Dr. Mario Briceño Perozo”, por M. Briceño Iragorry: 184.
- “Carta dirigida (sic) a los españoles americanos”, por J. Vizcardo y Guzmán: 19.
- La carta que contenía arena*, por J.N. Oropeza: 107.
- Cartas a Sebastián para que no me olvide*, por O. Araujo: 100.
- Cartera del proscrito*, por M. Briceño Iragorry: 226, 227.
- Casa de las Américas (La Habana): 16, 92, 102, 174.
- Casa León y su tiempo*, por M. Briceño Iragorry: 226.
- Cassandra*, por R. Díaz Sánchez: 104.
- Casi tan alto como el campanario*, por R. Valera: 110.
- Caso, Antonio: 45, 55, 321.
- Castelar, Emilio: 336.
- Castellanos, Rafael Ramón: 328.

- Castilla, España*: 208.
- Castillo Armas, Carlos: 40.
- El castillo de Elsinor*, por P.E. Coll: 14.
- Castillo de Otero Silva, María Teresa: 76, 95, 133.
- Castillo Libertador de Puerto Cabello: 131.
- Castillo Zapata, Rafael: 177.
- Castro, Cipriano: 332, 335, 338, 351.
- Castro, José Antonio: 177.
- Castro, Luis: 135.
- Catalá, José Agustín: 208.
- Cátedra Fray Luis de León: 215.
- Cátedra "José Antonio Ramos Sucre" (Salamanca): 215.
- Catedral de papel*, por Ángel Lombardi: 263.
- "Las categorías del relato literario", por T. Todorov: 160.
- Catorce cuentos venezolanos*, por A. Úslar Pietri: 109.
- Caudillismo y nacionalismo: de Guzmán Blanco a Gómez. Vida y acción de José Ignacio Larés*, por R. Ramón Castellanos: 328.
- Las causas de la tercera guerra*, por C. Wrigt Mills: 164.
- "Cecilio Acosta, creador de tiempos", por D. Miliani: 251.
- "Cecilio Acosta: desde el Tercer Milenio", por D. Miliani: 261.
- Cecilio Acosta*, por P. Grases; comp.: 252, 264, 266.
- Cejador y Frauca, Julio: 283, 284.
- El Centinela de la Patria* (diario. Caracas): 255, 266.
- Cento Manzo, Isabel: 38, 301, 303.
- Centroamérica*: 31, 45.
- Centro de Estudios Filológicos de El Colegio de México: 167, 174.
- Centro de Estudios Latinoamericanos (México): 16.
- Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos" (CELARG): 24, 33, 137, 177, 178, 259, 310.
- Centro de Estudios Literarios "Julio Jiménez Rueda" (México): 167.
- Centro de Investigaciones Lingüísticas y Literarias "Andrés Bello" del Instituto Pedagógico de Caracas. Véase: Instituto de Investigaciones Lingüísticas y Literarias "Andrés Bello".
- Centro de Investigaciones Literarias de la Universidad Católica "Andrés Bello": 362.
- Centro de Investigaciones Literarias "Gonzalo Picón Febres". Véase: Instituto de Investigaciones Literarias "Gonzalo Picón Febres": 169.
- Cerro San Cristóbal (Santiago de Chile)*: 302,
- Cerro Santa Lucía (Santiago de Chile)*: 302, 303.
- Cerutti Goldberg, Horacio: 151.
- Cervantes y Saavedra, Miguel de: 217, 234.
- Chabás, Juan: 72, 93, 96, 103.
- Chacón, Alfredo: 175.
- Chama, río*: 287.
- Le champ de bataille*, por C. Ruby: 148.
- Chao, muerto*, por M. Trujillo: 109.
- Chateaubriand, François René de: 18, 20, 21.
- Chavigny, Paul: 155.
- Checoslovaquia*: 53, 275.
- Chernobyl, Rusia*: 239, 240, 241, 246, 247, 248, 250.
- Chevalier, Michel: 23, 24, 25, 257.
- Chicago, Illinois*: 99.
- Chiguará, Mérida*: 105.
- Chile*: 15, 19, 25, 30, 32, 33, 34, 36, 37, 46, 47, 53, 83, 108, 227, 259, 271, 272, 273, 274, 275, 279, 299, 300, 301, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 310, 311, 312, 315, 317, 318 319, 320, 337, 338, 350.
- Chimó y otros cuentos*, por A. Croce: 78, 102.
- China*: 21, 28, 43, 57, 155.
- Chirinos, Juan Carlos: 215.
- Chomsky, Noam: 187.
- El Cid Campeador: 208.
- Los cielos de la muerte*, por A. Armas Alfonzo: 83, 96, 100.
- Los cielos de la muerte; cuentos escogidos*, por A. Armas Alfonzo: 100.
- Cien años de soledad*, por G. García Márquez: 172, 203, 210.
- "La Ciencia de la Literatura", por A. Reyes: 160.

- "Las ciencias naturales en Venezuela", por R. Villavicencio: 327.
- "Ciencia y poesía", por A. Rojas: 240.
- Cien máuseres, ninguna muerte y una sola amapola*, por A. Armas Alfonzo: 100.
- Cinco novelas*, por G. Meneses: 106.
- "Cinco rostros de la soledad", por E. Mayz Vallenilla: 96.
- "Círculo de Bellas Artes" (Caracas): 124.
- Círculo Lingüístico de Praga: 157, 354.
- Ciudad Bolívar, Bolívar*: 105, 335.
- La ciudad letrada*, por A. Rama: 188, 191.
- Ciudad Universitaria de Caracas*: 39, 40.
- Civilización y barbarie*, por J.C. Salas: 333, 345, 352, 354.
- Claridad* (revista. Santiago de Chile): 32, 272, 298, 305, 308.
- Clarines, Anzoátegui*: 100, 199.
- Cobo Borda, Juan Gustavo: 259.
- Codazzi, Agustín: 190.
- El Cojo Ilustrado* (revista. Caracas): 62, 63, 67, 210, 211, 344.
- Colegio Alemán de Caracas: 131.
- El Colegio de México: 167.
- Colegio de San Buenaventura (Mérida): 329.
- Colegio Mayor Guadalupano de Madrid: 215.
- Collioure, Francia*: 155.
- Coll, Pedro Emilio: 4, 14, 23, 63, 283.
- Colmenares del Valle, Edgar: 177.
- Colombia*: 21, 23, 40, 57, 60, 106, 190, 225, 227, 259, 352.
- Colombo*: 58.
- "Comentarios bibliográficos: *Barrabás y otros relatos*", por P. Sotillo: 113.
- "Como brasa hundida en el espejo", por H. Malavé Mata: 89, 98.
- "Como Dios", por A. Márquez Salas: 71, 80, 86, 97.
- Como ellos*, por J. González Eirís: 104.
- Como el polvo*, por A. Armas Alfonzo: 100.
- "Compae Facundo" (merengue): 82.
- Compañero de viaje*, por O. Araujo: 92, 100.
- Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile*, por J.I. Molina: 19.
- Comprensión de Venezuela*, por M. Picón Salas: 4, 14, 324.
- Comte, Augusto: 343, 345, 347.
- Comunidad Europea*: 179.
- Conceptos de crítica literaria*, por R. Wellek: 157.
- Conceptos fundamentales de la renovación universitaria* por D. Ribeyro: 163.
- Concha, Jaime: 164.
- Concepción, Chile*: 32, 50, 53, 271, 274, 275, 308.
- "Concurso de cuentos", por Héctor Mujica: 69.
- Con el corazón en la boca*, por A. Armas Alfonzo: 100.
- Congreso Anfictiónico de Panamá: 57, 60.
- Congreso de la República: 11, 142, 184, 215, 217.
- "Conocimiento y examen de Sudamérica", por F. de Miranda: 19.
- "El conquistador español. Los fundadores de Trujillo", por M. Briceño Iragorry: 215, 231.
- Consalvi, Simón Alberto: 208.
- "Contestación al discurso de incorporación del Dr. Diego Carbonell a la Academia Nacional de la Historia", por M. Briceño Iragorry: 282.
- El continente enfermo*, por C. Zumeta: 26, 42, 47, 209, 230.
- "Contra la leyenda negra", por R. Fernández Retamar: 229.
- Contra maestre, Morella: 177.
- Contrapunto* (grupo lit. y revista. Caracas): 65, 66, 67, 69, 71, 79, 81, 85, 86, 87, 109, 239, 246.
- Contreras, Alberto: 328.
- Contreras, Mariano: 328.
- Convento de Santa Rosa (Lima): 281, 331.
- Copland, Aaron: 40.
- Córcega, España*: 223.
- Cordero, Gonzalo F.: 349.
- Córdoba, Argentina*: 31, 43, 268, 299, 304.
- Corea*: 39.
- Cornejo Polar, Antonio: 177.
- Correa, Luis: 129, 162.
- Correa, Miguel Ángel: 155.
- Correspondencia cruzada entre Rómulo Betancourt y Mariano Picón Salas*, por J.M. Siso Martínez; comp: 308.

- “Los corsarios de Venezuela: las empresas de Grammont en Trujillo y Maracaibo”, por M. Briceño Iragorry: 237.
- Cortázar, Julio: 117.
- Cosas sabidas y cosas por saberse*, por C. Acosta: 252, 255, 266, 268, 326.
- Coseriu, Eugenio: 172.
- Cosmópolis* (revista. Caracas): 62.
- Costa Rica*: 40, 59, 227, 307, 308.
- Crema, Edoardo: 155, 156, 240.
- Crespo, Joaquín: 332.
- Crespo, Luis Alberto: 133.
- La cresta del cangrejo*, por A. Armas Alfonzo: 84, 100.
- Crisis, cambio y tradición*, por M. Picón Salas: 6, 14.
- Crítica Contemporánea* (revista. Caracas): 90, 101.
- “Crítica e investigación literarias en Venezuela. Experiencia y testimonio”, por D. Miliani: 153.
- Croce, Arturo: 65, 72, 78, 79, 96, 97, 102.
- Croce, Benedetto: 155.
- Crónica de las horas*, por A. Palacios: 134.
- Cronicario*, por O. Guaramato: 105.
- “Cronología de Isaac J. Pardo”, por O. Sambrano Urdaneta: 130.
- Cruz Diez, Carlos: 83.
- Cuadernos Americanos* (revista. México): 41, 53, 54, 74, 132, 133, 165, 276, 279.
- Cualquier ocaso*, por A. Armas Alfonzo: 100.
- Cuando yo sea grande*, por A. Úslar Pietri: 109.
- Cuarenta cuentos*, por A. Úslar Pietri: 109.
- IV Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana: 212.
- Cuatro cuentos de José Gabino*, por A. Úslar Pietri: 109.
- Cuatro cuentos*, por R. Zárraga: 110.
- Cuatro cuentos rurales*, por M. Trujillo: 84, 109.
- “Las cuatro falacias”, por G. L. Carrera: 90, 98.
- Los cuatro pies*, por O. Trejo: 85.
- Cuba*: 25, 31, 40, 42, 72, 168, 208, 210, 212, 229, 259, 351.
- Cubagua*, por E.B. Núñez: 83.
- Cuba, patria del exilio venezolano*, por J. A. Catalá; comp.: 208.
- Cuenca, Ecuador*: 102, 103.
- Cuenca, Humberto: 94.
- Cuéntame a Venezuela*, por A. Úslar Pietri: 2.
- “Cuenta usted, taita”, por H. Track: 90, 108.
- El cuento* (revista. México): 202.
- Cuentos*, por A. Armas Alfonzo: 100.
- Cuentos*, por A. Márquez Salas: 105.
- “Los cuentos”, por A. Úslar Pietri:
- Cuentos*, por C. Dávila Andrade: 103.
- Cuentos*, por G. L. Carrera: 102.
- Cuentos cómicos*, por S. Garmendia: 200.
- Cuentos de dos tiempos*, por G. Díaz Solís: 104.
- Cuentos de la primera esquina*, por O. Trejo: 85.
- Los cuentos de la realidad mágica*, por A. Úslar Pietri: 109.
- Cuentos en tono menor*, por O. Guaramato: 105.
- Cuentos escogidos*, por G. Díaz Solís: 104.
- Cuentos frívolos*, por B. Millán: 118.
- Cuentos grotescos*, por J.R. Pocaterra: 118.
- “El cuento venezolano”, por A. Úslar Pietri: 74.
- El cuento venezolano en El Nacional. Premios del concurso anual*: 61,
- La cultura contra el hombre*, por J. Henry: 159.
- Las culturas del libro*, por M. García Pelayo: 187.
- Cultura, historia y sociedad. Una visión múltiple sobre Julio César Salas*: 334.
- Cultura Universitaria* (revista, Caracas): 99.
- “Cuerpo de bases para la independencia y la unidad de los pueblos y provincias de la América Meridional”, por F. de Miranda: 58.
- Cuesta, Cecilia: 169.
- Cuesta y Cuesta, Alfonso: 86, 93, 97, 102, 169.
- Cultura Venezolana* (revista, Caracas): 63, 78, 102, 109.
- Cumaná, Sucre*: 101, 199, 335.
- Cumboto*, por R. Díaz Sánchez:
- Curaçao*: 285, 345.

- Cursos y Conferencias* (revista. Buenos Aires): 165.
- Dakkar, Senegal*: 15.
- D'Almar, Augusto: 304.
- Daroqui, María Julia: 177.
- Datos históricos sobre la imprenta en Venezuela*, por T. Febres Cordero: 346.
- Daudet, Alphonse: 217.
- David*, Juan: 212.
- Duvignaud, Jean: 347.
- Dávila Andrade, César: 86, 93, 97, 103.
- X Conferencia Interamericana de Cancilleres: 39, 48.
- "Deberes del patriotismo", por C. Acosta: 254, 264.
- De Coulanges, Foustel: 234.
- Decreto de "Instrucción Pública, Gratuita y Obligatoria", por A. Guzmán Blanco: 7, 191, 266, 331.
- La defensa latina*, por M. Ugarte: 15, 26, 27, 28, 42, 43.
- De la Cruz, Juan: 217.
- De la Fuente, Álvaro: 303.
- De la naturaleza de las cosas*, por T.L. Caro: 240.
- Délano, Luis Enrique: 309.
- De la Ribera, Gregorio: 280, 330.
- De la Torre, Liandro: 30.
- De la Torre Villar, Ernesto: 166.
- De la Vandra, Carrió: 167.
- Del Corral, Pedro: 6.
- Del cuento y sus alrededores*, por C. Pacheco y L. Barrera L.; comps.: Delgado Chalbaud, Carlos: 20.
- Del garibaldismo estudiantil a la izquierda criolla*, por A. Sosa y E. Legrand: 6.
- De Lima, Héctor: 93.
- "Del nacionalismo romántico al latinoamericanismo universal", por D. Miliani: 15.
- Delors, Jacques: 187.
- Del Paso, Fernando: 168.
- "La Delpiniada", por P.E. Coll: 14.
- Del Pozo, José: 19.
- Del Río, Marcela: 168.
- De Mann, Henry: 32, 308.
- La democracia en América*, por A. de Tocqueville: 24.
- Demócrito: 240.
- Departamento de Castellano, Literatura y Latín: 172.
- Dependencia e independencia en la historia hispanoamericana*, por M. Picón Salas: 33, 37, 48, 310.
- De Re Indica* (revista, Caracas): 354.
- Derrida, Jacques: 159.
- "El descontento y la promesa", por P. Henríquez Ureña: 180.
- Los desiertos del ángel*, por A. Armas Alfonso: 200, 203.
- De una a otra Venezuela*, por A. Úslar Pietri: 141, 142.
- Los diablos danzantes*, por A. Croce: 102.
- El diablo que perdió el alma*, por A. Arráiz: 86.
- "El diablo reemplaza a la metafísica", por E. Sábato: 326.
- El día implacable*, por A. Márquez Salas: 105.
- Diálogos de la soledad*, por M. Briceño Iragorry: 226, 227.
- "Días de marcha", por M. Picón Salas: 289, 291.
- El día señalado*, por M. Mejía Vallejo: 106.
- Díaz Casanueva, Humberto: 133, 315.
- Díaz, Manuel Guillermo. Véase: Millán, Blas (seud.): 85, 94, 118.
- Díaz Rodríguez, Manuel: 63, 122, 283.
- Díaz Sánchez, Ramón: 64, 70, 72, 76, 78, 82, 94, 95, 96.
- Díaz Seijas, Pedro: 95.
- Díaz Solís, Gustavo: 65, 66, 68, 72, 80, 89, 94, 95, 96, 104.
- Diccionario de Historia de Venezuela*, por Fundación Polar: 2, 14.
- Diccionario de venezolanismos*, por A. Rosenblat y otros: 161.
- Diccionario de la Literatura Venezolana*: 169.
- Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*: 170.
- "El diente roto", por P.E. Coll: 4, 14.
- Diez Cuentos*, por G. Meneses: 106.
- Difuntos, extraños y volátiles*, por S. Garmendia: 89, 202.

- Dinamarca*: 240.
- D'Introno, Francesco: 171.
- Di Prisco, Rafael: 157, 162.
- Discurso desde la marginación y la barbarie*, por L. Zea: 24, 149.
- "Discurso por la lengua", por A. Reyes: 172.
- "Discusión entre el posmodernismo y el neomodernismo en el Este y el Oeste", por B. Köpeczi: 132.
- "Divagación sobre los viajes y sobre el Puerto de Iquique", por M. Picón Salas: 280.
- La Divina Comedia*, por Dante Alighiero: 330.
- Doble fondo*, por S. Garmendia: 90.
- Doctrina Monroe: 23, 42, 60.
- Documentos que hicieron historia*, por P. Grases y M. Pérez Vila; comps.: 1.
- "Dolores", por O. Guaramato: 97.
- Domboe Salah Har y sus mujeres*, por A. Márquez Salas: 105.
- Domínguez, Luis: 295.
- Domínguez, Pablo: 366.
- Donde todo el universo es una orilla*, por J.N. Oropeza: 107.
- Don Francisco de Miranda*, por M. Gálvez: 20.
- Donoso, Armando: 300.
- Donoso, Ricardo: 166.
- Don Segundo Sombra*, por R. Güiraldes: 208.
- "Don Tulio, rapsoda de Mérida", por M. Picón Salas: 346, 347.
- Doña Bárbara*, por R. Gallegos: 114, 140, 208, 210, 211.
- "Doña Beatriz Galindo, madrina de América", por M. Briceño Iragorry: 224.
- Dorante, Carlos: 86.
- "Dos épocas", por J.C. Salas: 344.
- Dos novelas cortas*, por J. González Eiris: 204.
- Dostoiewsky, Fedor: 5.
- Dreyfus, Alfred: 26.
- Dublé Urrutia, Diego: 297.
- "Dulce Jacinta", por H. Santaella: 83, 96.
- Dulles, John Foster: 40, 213, 225.
- Duvalier, François: 40.
- Eça de Queiroz, José María: 283.
- Echeverría, Esteban: 259.
- Eco Científico Venezolano* (periódico, Caracas): 327.
- Eco, Umberto: 173, 183.
- Ecuador*: 86, 102, 103, 227, 259.
- Ediciones Centauro: 6, 208, 335.
- Edimburgo, Escocia*: 19.
- Editorial Edime: 4, 14, 120, 141, 142, 147, 154, 280, 300, 329.
- Editorial Élite: 14.
- Editorial Excelsiór (París): 118.
- Editorial Gredos: 157.
- Editorial Papi: 2, 14.
- Editorial Zig Zag (Santiago de Chile): 271.
- Edsel, Carlos: 215.
- La educación encierra un tesoro*, por J. Delors y otros: 187.
- "Educar para la sociedad global", por K. Singh: 187.
- "Eduvigis el de las canales", por E. Sánchez Gamboa: 96.
- Einstein, Albert: 187.
- Eisenhower, Dwight: 39.
- Ejido, Mérida*: 329.
- La elaboración costumbrista en Peonía*, por R. Osuna: 16.
- Elba, Italia*: 341.
- El Caribe*: 17, 41.
- El Comercial* (periódico. Mérida): 332.
- Eliot, T.S.: 157.
- Élite* (revista. Caracas): 64, 83, 109.
- La élite del poder*, por C. Wrigt Mills: 164.
- Elizaicín, Adolfo: 172.
- El Lápiz* (periódico. Mérida): 348.
- El Nacional* (diario. Caracas): 68, 69, 71, 81, 92, 106.
- El País* (diario, Buenos Aires): 26.
- El Tiempo* (diario. Caracas): 106.
- El Tocuyo, Lara*: 21.
- El Universal* (diario. Caracas): 63, 67, 285, 298.
- Emerson, Ralph Waldo: 336.
- "La empresa de hacer el país", por A. Úslar Pietri: 145.
- Empson, Charles: 281.
- "En el lago", por A. González León: 89, 97.

- “En la fértil provincia señalada”, por M. Picón Salas: 273, 291.
- En Haa* (revista. Caracas): 107.
- “En la intimidad de Mariano Picón Salas”, por A. Fuentes: 304.
- En pedazos*, por J. González Eirís: 104.
- “El ensalmo”, por A. Úslar Pietri: 126.
- El ensayo en nuestra América. Para una reconceptualización*, por H. Cerutti: 151.
- El Farol* (revista, Caracas): 100, 109.
- Ensayos*, por A. Reyes: 150, 160, 172.
- Ensayos*, por A. Mariño Palacio: 66.
- Ensayos*, por E. Sábato: 14, 144.
- Ensayos escogidos*, por M. Picón Salas: 271, 209, 309.
- En tono de cuento*, por M. Briceño Iragorry: 226.
- Entralgo, Elías: 212.
- Entre el oro y la carne: la trágica vida de Felipe Pirela, el bolero de América contada con certero realismo*, por J.N. Oropeza: 107.
- Erasmo y España*, por M. Bataillon: 167.
- Ercilla y Zúñiga, Alonso de: 273.
- Ermatinger, Emil: 156.
- Ernst, Adolfo: 325.
- Esa palabra no se dice*, por I.J. Pardo: 131.
- Escalona Escalona, José Antonio: 156.
- Escardó, Florencio: 259.
- Los escondites*, por S. Garmendia: 89.
- Escovar Carvallo, Alejandro: 297.
- Escovar Salom, Ramón: 175.
- Escritos*, por R. Villavicencio: 327.
- Escritos selectos*, por P. Grases: 162, 166.
- “Los escritores iberoamericanos del 900”, por M. Ugarte: 27, 368.
- El escritor y sus fantasmas*, por E. Sábato: 144.
- Escuchando al idiota*, por O. Trejo: 85.
- Escucha yanqui*, por C. Wright Mills: 158.
- Escuela Experimental Venezuela: 7.
- Escuela Normal Superior de México: 172.
- Esquque, Trujillo*: 327.
- Ese oscuro animal del sueño*, por A. Palacios: 133.
- “Espacio histórico del cuento venezolano”, por D. Miliani: 60.
- España*: 20, 25, 42, 44, 59, 103, 109, 113, 118, 130, 140, 145, 210, 211, 215, 219, 221, 224, 225, 226, 231, 232, 235, 237, 256, 315.
- España, José María:
- España* (revista. Madrid): 219.
- Espar, Teresa: 177.
- Espejos y disfraces*, por G. Meneses: 106.
- El espía que vino del cielo*, por P. Berroeta: 101.
- “Estación del viento”, por O. Trejo: 97.
- Estados Unidos*: 21, 23, 24, 25, 26, 29, 30, 39, 40, 42, 45, 46, 48, 53, 59, 60, 72, 104, 174, 175, 209, 213, 219, 225, 227, 235, 275, 354.
- “Estados Unidos y América Latina. Diálogo e incomunicación” por D. Miliani: 39.
- Esta tierra de gracia*, por I.J. Pardo: 130, 131.
- Esta vida del diablo*, por D. Alizo: 99.
- Este resto de llanto que me queda*, por A. Armas Alfonzo: 100.
- Esteva Grillet, Roldán: 170.
- La Estrella de Valparaíso* (diario): 272, 298.
- Estudio preliminar a *Pensamiento positivista latinoamericano*, por L. Zea; comp.: 338.
- Etnografía del estado Mérida*, por J.I. Lares: 353.
- Europa*: 19, 20, 21, 24, 27, 28, 30, 35, 37, 43, 48, 49, 52, 53, 57, 58, 72, 88, 99, 106, 116, 140, 148, 166, 174, 175, 245, 255, 268, 273, 275, 276, 281, 289, 290, 328, 345, 354.
- Europa-América*, por M. Picón Salas: 53, 55, 275, 276.
- Europa Central*: 132.
- Europa Oriental*: 132.
- Evolución de las ideas argentinas*, por J. Ingenieros: 310.
- “La evolución política de Venezuela ...”, por R.J. Velásquez: 146.
- Fabbiani Ruiz, José: 64, 94, 95, 161.
- Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela: 161.
- Facultad de Humanidades de la Universidad de Los Andes: 369.

- Facultad de Humanidades de la Universidad de Santiago de Chile: 368.
- El falso cuaderno de Narciso Espejo*, por G. Meneses: 106.
- "Los fantasmas de la Historia", por M. Briceño Iragorry: 222.
- Fantoches* (semanario. Caracas): 64, 65, 67, 78, 80, 84, 102, 104, 106, 110, 121.
- Faulkner, William: 65, 71, 72.
- Fauquié, Rafael: 177.
- Fauré, Sebastián: 32, 305.
- Febres Cordero, Fabio: 346.
- Febres Cordero, Foción: 328.
- Febres Cordero, Tulio: 346, 348.
- Federación de Estudiantes (Santiago de Chile): 31, 34, 304, 369.
- Federación de Estudiantes (UNE, Caracas): 369.
- Federación Universitaria Argentina: 30, 43.
- Felice Cardot, Carlos: 166.
- Felú Cruz, Guillermo: 37.
- Fernández, Ana María: 176.
- Fernández, Fernando: 1
- Fernández García, Alejandro: 369.
- Fernández Larraín, Sergio: 285.
- Fernández Retamar, Fernando: 150, 160, 164, 175, 229.
- Fernández, Sergio: 167.
- Fernando V (de España): 217.
- Ficciones y alicciones*, por A. Palacios: 133, 136.
- Fiebre*, por M. Otero Silva: 5, 14.
- "La filosofía del cuento", por B. Matthews: 201.
- Filosofía de la ciencia literaria*, por E. Ermatinger: 156, 133.
- Filosofía e identidad cultural en América Latina*, por J.E. Gracia e I, por Jaksic; comps.: 180.
- Filosofía universitaria venezolana*, por C. Parra León: 231.
- "¿Fin o renacimiento del pensar utópico?", por H. Cerruti G.:
- Fitzwilliam College (Cambridge, Inglaterra)*: 166.
- Flaubert, Gustave: 217.
- Les fleurs du mal*, por Ch. Baudelaire: 283.
- La flor escrita*, por C. Noguera: 107.
- Flores Menesini, Orlando: 169.
- Flores Olea, Víctor: 16.
- Fondo de Cultura Económica (México): 157.
- "La forastera", por P. Berroeta: 97.
- Forjando patria*, por M. Gamio: 354.
- Foucault, Michel: 188, 324, 325.
- Fourier, Charles: 282.
- Fraga Iribarne, Manuel: 219, 226, 237.
- Francia*: 29, 59, 230, 268, 345.
- Frank, Waldo: 207.
- Frías, Carlos Eduardo: 63, 64, 94, 119, 135.
- Friedman, Norman: 201.
- Fromm, Erich: 168.
- Frondizi, Rizieri: 160, 163.
- Fuegos bajo el agua*, por I.J. Pardo: 130, 131, 132.
- Fuentes de la cultura latinoamericana*, por L. Zea; comp.: 49.
- "Los fugitivos", por A. Carpentier: 70, 78, 96.
- Fuenmayor, Juan Bautista: 14.
- Fuenmayor, Lola de: 166.
- Fuentes, Ángeles: 303.
- Fuentes, Carlos: 88.
- Fuentes Vega, Salvador: 315.
- Fuenzalida, Héctor: 303.
- Fuenzalida, Humberto: 35, 308, 315.
- Fukuyama, Francis: 180.
- Fundación Bigott: 1.
- Fundación Polar: 14.
- La Gaceta de Caracas* (periódico): 339.
- Gaceta Literaria* (Madrid): 116, 284.
- Gaete Avaria, Jorge: 16, 176.
- Gainesville, Florida: 175.
- Galasso, Norberto: 27, 30, 227.
- Galindo, Beatriz: 215.
- Gallegos, Rómulo: 5, 63, 65, 85, 88, 114, 130, 131, 136, 137, 140, 177, 178, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 219, 245, 253, 315.
- Galvez, Manuel: 20, 30.
- Gamio, Manuel: 353.
- Los ganadores*, por A. Úslar Pietri: 109.
- Ganivet, Ángel: 210.
- Gaos, José: 167.
- Garaudy, Roger: 157.
- García Bacca, Juan David: 131, 155.
- García de Paredes, Diego: 217.

- García Espinoza, Juan: 212.
 García Golding, Orietta: 173.
 García Icazbalceta, Joaquín: 168.
 García Maldonado, Alejandro: 94.
 García Maldonado, Manolo: 130.
 García Márquez, Gabriel: 117, 203.
García Moreno. El santo del patíbulo, por B. Carrión: 168.
 García Moreno, Gabriel: 168.
 García Pelayo, Manuel: 187.
 García Riera, Gladys: 173, 370.
 García, Sonia: 177.
 Garibaldi, Guiseppe: 342.
 Garibay, Ángel María: 167.
 Garmendia, Julio: 13, 63, 66, 81, 86, 94, 95, 117, 118, 126, 148.
 Garmendia, Salvador: 87, 89, 131, 200, 202, 323.
 Garrandés, Alberto: 164.
La gata, el espejo y yo, por N. Himiob: 86.
 Gavidia, Francisco: 169.
 Gelsi, Otilio: 370.
Génesis (grupo lit. Mérida): 216, 281, 282.
Génesis de la idea y el nombre de América Latina, por A. Ardao: 24, 259.
Genova, Italia: 225, 226.
Gente de ayer y de hoy, por M. Briceño Iragorry: 226.
 Georgescu, Paul Alexandru: 175, 176.
 Gerbi, Antonello: 18.
 Gerendas, Judith: 173.
 Gil Fortoul, José: 240.
 Gimnasio de Literatura (Caracas): 327.
Godos, insurgentes y visionarios, por A. Úslar Pietri: 141.
 Godoy, Pedro J.: 34, 306.
 Goering, Anton: 334.
 Goethe, Johan Wolfgang: 55, 321, 336.
 Goldmann, Lucien: 164, 173.
Golpe y Estado en Venezuela, por A. Úslar Pietri: 145.
 Gómez, Aura: 161.
 Gómez, Juan Vicente: 1, 2, 4, 6, 7, 45, 63, 64, 68, 114, 116, 191, 211, 234, 275, 288, 290, 292, 308, 313, 315, 331, 335, 337, 343, 348.
 Gómez Martínez, José Luis: 164.
 Gómez Millas, Juan: 32, 272, 303, 305.
 Góngora y Argote, Luis de: 156.
 González Casanova, Pablo: 16.
 González Eiris, Joaquín: 104.
 González, Juan Vicente: 190, 259.
 González León, Adriano: 74, 87, 89, 96, 97, 222.
 González, Octavio: 215.
 González Paredes, Ramón: 66, 86.
 González Prada, Manuel: 259.
 González Rincones, Salustio: 209, 253.
 González Rojas, Eugenio: 32, 33, 34, 36, 272, 297, 303, 305, 306, 307, 308, 310, 315.
 González Rojo, Enrique: 16.
 González Stephan, Beatriz: 176.
 González Vega, Carlos: 93.
 González Vera, José Santos: 272, 297, 315.
 Gorbachov, Mijail: 132.
 Gorrochotegui, Abelardo: 354.
 Goyanarte, Juan: 89.
 Gracia, Jorge E.: 180.
 Gramcko, Ida: 239, 245.
Gran Bretaña: 59.
Gran Colombia: 22, 60, 190.
 “Gran Reunión Americana” (fraternidad, Londres): 20.
 Grases, Pedro: 129, 161, 162, 166, 169, 171, 177, 252, 264, 266, 362, 366, 368, 371, *Grecia*: 240.
 Greimas, Algirdas: 242.
Gremio de discretos, por P. Grases: 166.
 Grieg, Edvard: 296.
Griterío, por D. Alizo: 92, 99.
 Grove, Marmaduke: 34, 306.
 Grupo de Guayaquil: 102.
 Gual, Manuel: 232.
Guaramato, Oscar: 65, 68, 72, 84, 94, 95, 96, 97, 196, 197.
Guatemala: 39, 40, 41, 213.
 Guaura, Alberto: 136.
La guerra de los caracoles, por J.N. Oropeza: 107.
 Guerra Junqueiro, Abilio: 5, 253.
 Guerrero, Luis Beltrán: 1, 165.
 Guerrero, Mary: 93.
 Guevara, Maximiliano: 155.
 Güiraldes, Ricardo: 321.

- Gutiérrez Girardot, Rafael: 164, 175.
 Guzmán, Antonio Leocadio: 253, 254, 256, 265.
 Guzmán Blanco, Antonio: 191, 266, 331.
 Guzmán Omaña, Federico: 349.
- "Había adquirido una trampa jaula", por J.H. Rosales: 63.
 "Hacia una voluntad de poder", por M. Picón Salas: 308.
Hambre, por K. Hamsun: 295, 296.
 Hamsun, Knut: 295, 296.
Handbook of Latin American Studies (Austin, Texas): 165.
 Hartman, ?: 159.
 Hegel, Georg Wilhelm: 36, 37, 48, 51.
 Hemingway, Ernest: 65.
 Heráclito: 240, 251.
 Heredia, José María: 237.
 Hernández Bello, José Domingo: 328.
 Hernández Catá, Sarah: 212.
 Hernández, Marcial: 332.
 Herrera Irigoyen, Jesús María: 14, 63.
 Hidalgo y Costilla, Miguel: 233.
 Highet, [Gilbert]: 157.
El hijo de Agar, por M. Briceño Irigorrry: 226.
Los hijos, por A. Cuesta y Cuesta: 102.
 Himiob, Nelson: 86.
Hiroshima, Japón: 55, 241, 277.
 Hirshbein, Cesia Siona: 177.
Hispanoamérica: 51, 53, 72, 88, 171, 259, 275, 295.
Hispanoamérica, posición crítica, por M. Picón Salas: 32, 50, 274, 293, 310, 312.
Historia de la conquista y población de Mérida y otras ciudades de Venezuela, por J.C. Salas: 334, 352.
Historia de la lengua y literatura castellana: comprendidos los escritores hispano-americanos, por J. Cejador: 283, 284.
Historia de la Universidad de Chile, por R. Mellafe y otros: 32.
 "Historia de rapaces", por J.H. Rosales: 63.
Historia de Venezuela, por G. Morón: 14.
Historia de Venezuela política contemporánea, por J.B. Fuenmayor: 14.
Historia natural de Chile, por J.I. Molina: 46.
 "Historia natural de los talleres", por T. E. Martínez: 137.
Historias de la calle Lincoln, por C. Noguera: 92, 107.
Historia social comparada de los pueblos de América Latina, por L. Vitale: 298.
 Hitler, Adolfo: 235.
Las hogueras más altas, por A. González León: 89.
Hojas de Cal y Canto (revista. Caracas): 136, 137.
Las hojas más ásperas, por J.N. Oropeza: 107.
Hombre de otra parte, por A.M. Queremel: 118.
Hombre que daba sed, por A. González León: 89.
 "El hombre que limpió su arma", por C. Dávila Andrade: 86, 97.
Hombres y engranajes, por E. Sábato: 328.
El hombre y su verde caballo, por A. Márquez Salas: 71, 79, 96, 105, 196.
Horas, por M. Briceño Irigorrry: 217.
La hora undécima, por M. Briceño Irigorrry: 226.
Las hormigas viajan de noche, por A. Márquez Salas: 105.
 Hostos, Eugenio María de: 36, 251, 259, 311.
 Hubner, Manuel Eduardo: 34, 307.
 Hubner, Sara: 300.
 Hugo, Víctor: 336.
Huelén (Santiago de Chile): 303, 372.
La huella del pez en el agua, por P. Berroeta: 101.
 "El humanismo de Julio César Salas", por D. Miliani: 323.
Humanismo marxista, por R. Garaudy: 157.
 Humboldt, Alejandro de: 334.
Hungría: 175.
 Hurtado, Efraín: 173.
 Hurtado, Ramón: 118.
 Ibáñez del Campo, Carlos: 317.
Iberoamérica: 27.
 Ibsen, Henrik: 21.
Ideario político, por M. Briceño Irigorrry: 227.
 Iduarte, Andrés: 207.

- Ifigenia*, por T. de la Parra: 118.
- La Ilustración Francesa* (revista. París): 124.
- Imagen* (revista. Caracas): 99.
- Imágenes de Chile: vida y costumbres chilenas en los siglos XVIII y XIX a través de testimonios contemporáneos*, por M. Picón Salas (co-aut.): 306, 312, 318, 319.
- La imaginación sociológica*, por C. Wright Mills: 157.
- Indagación del día*, por L. Velásquez: 240.
- Índice* (revista. Santiago de Chile); 35, 51, 272, 308, 309, 310.
- Índice Literario de *El Universal*: 67.
- Ingenieros, José: 32, 36, 185, 310, 311.
- El Ingenioso Hidalgo* (revista. Caracas): 140, 141.
- Inglaterra*: 21, 44, 57, 58, 59, 107.
- "Inmigración", por C. Acosta: 373.
- "El inmigrante", por F. Rodríguez Rodríguez: 96.
- "El inquieto anacobero", por S. Garmendia: 131.
- Insausti, Rafael Ángel: 5, 14.
- "Instantes de una fuga", por P. Berroeta: 82, 96.
- Instituto Iberoamericano de Estocolmo: 166.
- Intentona*, por R. Valera: 78, 110.
- Instituto de Altos Estudios de la Universidad Simón Bolívar: 177.
- Instituto de Cooperación Iberoamericana (Madrid): 146.
- Instituto de Cultura Hispánica (Madrid): 225.
- Instituto de Estudios Hispanoamericanos (Caracas): 160.
- Instituto de Filología "Andrés Bello": 161.
- Instituto de Investigaciones Lingüísticas y Literarias "Andrés Bello", Instituto Pedagógico de Caracas: 177.
- Instituto de Investigaciones Literarias "Gonzalo Picón Febres": 177.
- Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana: 129, 212.
- Instituto Nacional (Chile): 310.
- Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (INCIBA): 99, 100, 174, 245.
- Instituto Pedagógico de Caracas: 7, 8, 104, 154, 155, 172, 185, 315, 341, 300.
- Instituto Pedagógico (Maracay): 373.
- Instituto Pedagógico (Santiago de Chile): 32, 34, 47, 300, 302, 306.
- La Instrucción en Caracas, 1567-1725*, por C. Parra León: 216.
- Los insulares*, por A. Palacios: 138.
- Introducción a la Sociología*, por J. Duvignaud: 347.
- Introducción y defensa de nuestra historia*, por M. Briceño Iragorry: 216.
- Intuición de Chile*, por M. Picón Salas: 36, 273, 311, 312.
- Inventando los días*, por C. Noguera: 107.
- "La investigación humanística...", por P. Grases: 162, 166, 171.
- "La invitación", por P. Berroeta: 97.
- Iñigo Madrigal, Luis: 164.
- Iragorry, Andrés: 327.
- Irazábal, Carlos: 130.
- La isla de Robinson*, por A. Úslar Pietri: 109.
- Istmo de Darién*. Véase: *Istmo de Panamá*.
- Istmo de Panamá*: 21, 57, 58, 59.
- Italia*: 19, 29, 173, 196, 217, 224, 227, 295.
- Ivanovici, Victor: 239, 247, 250.
- Izaguirre, Enrique: 74, 89, 97.
- Izquierdo, Carlos: 176.
- Jaffé, Verónica: 177.
- Jahn, Alfredo: 354.
- Jakobson, Roman: 354.
- Jaksic, I.: 180.
- Jaramillo Uribe, Jaime: 166.
- Jáuregui, Jesús Manuel: 324.
- Jaurès, Jean: 26.
- Jefferson, Thomas: 19, 46.
- Jesualdo: 168.
- Jiménez Emán, Gabriel: 202.
- Jiménez, Marisol: 176.
- Jitrik, Noe: 164.
- Jobet, Julio César: 34, 307.
- Jou, David: 250.
- Joyce, James: 65, 74, 87.
- "Juan del cine", por G. Meneses: 74, 106.
- Juegos bajo la luna*, por C. Noguera: 107.
- Jueves de El Nacional* (suplemento lit.): 106.

- Juliac, Josefina: 133.
 “Julio César Salas, pequeña historia de sus libros”, por R.A. Rivas Dugarte: 334.
 Junta de Galicia: 215.
 Justo, Juan B.: 305.
- Kafka, Frank: 196, 197, 341.
 Kayser, Wolfgang: 156.
 Key Ayala, Santiago: 240.
 Kierkegaard, Sorel: 220.
 Klein, Eva: 176.
 Koenig, Imtrud: 279.
 Köpeczi, Bela: 132.
 Kries Saavedra, Rafael: 16, 176.
 Kristeva, Julia: 173.
 Kropotkin, Piotr: 26.
- Labbé Osses, Raúl: 15.
El laberinto de Fortuna: [1] Un retrato en la geografía, por A. Úslar Pietri: 374.
El laberinto de Fortuna: [2] Estación de máscaras, por A. Úslar Pietri: 374.
 “Labios crueles”, por J.H. Rosales: 63.
La Eneida, por Virgilio: 156.
La Esfera (diario. Caracas): 106.
La Gaceta de Caracas (periódico. Caracas): 339.
La gloriosa victoria, por Diego Rivera y Rina Lazo: 41.
Lago de Maracaibo: 286, 290, 291, 328, 345.
La Habana, Cuba: 16, 25, 383.
La Haya (Noruega): 354.
Lambarene, Gabón: 243.
Los lamederos del diablo, por A. Amas Alfonso: 84, 100.
Lámpara de arcilla, por R. Briceño Ortega: 121.
 Landaeta, Leopoldo: 123.
 Lander, Tomás: 191.
Lanzarote, Islas Canarias: 131.
Las lanzas coloradas, por A. Úslar Pietri: 110, 113, 139, 140.
Las lanzas coloradas y cuentos selectos, por A. Úslar Pietri: 109.
La Plata, Argentina: 48.
La Religión (diario. Caracas): 315.
 Lares, José Ignacio: 327, 328, 332, 353.
- El largo día ya seguro*, por A. Palacios: 138.
 “Largo viento de memorias (1981-1982)”, por A. Palacios: 136.
 Larrazábal, Felipe: 191.
 Larrazábal, Oswaldo: 161.
 Lasarte, Javier: 176.
 Lastarria, José Victorino: 26, 36, 259, 311.
 Latcham, Ricardo A.: 33, 35, 50, 271, 272, 303, 308, 309, 310, 311, 317.
 “Latinoamérica en la encrucijada de la técnica”, por E. Mayz Vallenilla: 180.
 Latorre, Mariano: 35, 272, 300, 303, 308, 309.
Lazarillo de ciegos caminantes, por C. de la Vandra: 167.
Lázaro Andújar, por E. Izaguirre: 105.
 “Lázaro Andújar: el que olvidó su nombre”, por E. Izaguirre: 89, 97.
La Vela de Coro: 19.
 Lazo Martí, Francisco: 191, 240, 250.
 Lazo, Rina: 41,
 Leal, Luis: 141.
Ledesma, España: 215.
 Ledezma, Pedro Felipe: 172.
 Leenhardt, Jacques: 173.
 Lefebvre, Henry: 157.
 Legrand, Eloi: 6.
Lengua y creación en la obra de Rómulo Gallegos, por O. Araujo: 161.
 León, Carlos Augusto: 41, 241.
 León, Eleazar: 173.
 León, Fray Luis de: 215.
 León Guevara, Adelis:
 León Guevara, Hilda: 169.
 Leoni, Raúl: 6.
 León, Jesús Alberto: 93.
 León Loyola, Pedro: 32, 34, 304.
 León, Pío: 328.
 León Portilla, Miguel: 167.
 Leo, Ulrich: 154.
 Le Reverend, Julio: 212.
Letras (revista. Santiago de Chile): 51, 300, 308.
Letras y hombres de Venezuela, por A. Úslar Pietri: 73, 124, 138.
 “Letra y solfa” (columna), por A. Carpentier: 88, 101.

- Letres sur l'Amérique du Nord*, por M. Chevalier: 24.
- Levy, León: 241.
- "Léxico para antinacionalistas", por M. Briceño Iragorry: 39.
- Leyba, Ildefonso: 17, 331.
- Leyba, Isidora de: 17.
- Leyba, Leona: 17, 330.
- La leyenda del Conde Luna*, por P. Berroeta: 82.
- Libertella, Héctor: 107.
- Libra astronómica*, por C. de Sigüenza y Góngora: 242.
- "El libro de las separaciones y de las revelaciones", por R. Angarita Arvelo: 121.
- Libro rojo sobre las actividades comunistas en Venezuela*: 6.
- Libros al Día* (revista. Caracas): 111.
- Liceo de Lectura de Trujillo: 327.
- Liceo de Mérida: 328.
- Liceo "Udón Pérez" (Maracaibo): 262.
- Ligas Leninistas Espartaco: 168.
- Lima la horrible*, por S. Salazar Bondy: 168.
- El límite del hastío*, por A. Mariño Palacio: 77.
- Linares, Arturo: 171.
- Linneo, Carlos: 326.
- Lippolis, Héctor: 169.
- Lira, Armando: 315.
- Liscano, Juan: 94, 111, 175, 177.
- Literaturas europeas de vanguardia*, por G. de Torre: 115, 119.
- La literatura venezolana del siglo XIX*, por G. Picón Febres: 283.
- Literatura y conocimiento*, por M. Foucault: 188.
- Lizardo, Pedro Francisco: 68, 88, 97.
- Llegada de todos los trenes del mundo*, por A. Cuesta y Cuesta: 102, 375.
- Llovera Páez, Luis Felipe: 207.
- "*Llueve sobre el mar*", por G. Díaz Solís: 80, 104.
- La lluvia y otros cuentos*, por A. Úslar Pietri: 109.
- Löefflin, Pedro de: 326.
- Logia "Lautaro" (Cádiz): 20.
- Lombardi, Ángel: 261.
- Londres*: 19, 20, 59, 99, 259, 271.
- López, Amalia: 376.
- López Contreras, Eleazar: 6, 141, 313, 314.
- López Guédez, Horacio: 169.
- López Ortega, Antonio: 177.
- López, Silvio: 97.
- "Lo que debe entenderse por pueblo", por C. Acosta: 255, 257.
- Losada Aldana, Ramón: 342.
- Losada, Alejandro: 164.
- Los Natchez*, por F. R. de Chateaubriand: 21.
- Los Teques, Miranda: 20.
- Lotman, Iuri M.: 173, 263.
- Loveluck, Juan: 35, 309.
- Lovera de Sola, Roberto J.: 177.
- Lucena, Naudy: 169.
- "Luces y virtudes sociales", por S. Rodríguez: 271.
- "Lucila Velásquez: *La próxima textura*: 376.
- Lucrecio: 240.
- Lugo, Zósimo: 328.
- Lugones, Leopoldo: 30.
- "Luis Correa, suma de generosidad en las letras venezolanas", por P. Grases: 129.
- Lukács, György: 164.
- Lusinchi, Jaime: 2.
- Luxemburgo, Rosa: 32.
- Luzano, Mateo: 281.
- "La luz se apaga al amanecer", por M. de Ugalde: 97
- "La luz se quebró en el árbol", por A. Croce: 79, 97.
- Maceo, Antonio: 207.
- Machado, Antonio: 27, 129, 155.
- Machado, Eduardo: 6.
- Machado, Gustavo: 6.
- Machado, Luz: 239, 245.
- Macondo*: 197, 203.
- Madre América*, por J. Martí: 25.
- Madrid*: 11, 12, 27, 40, 42, 116, 210, 215, 219, 224, 225, 226, 227, 236, 237, 283.
- Maeztu, Ramiro de: 210.
- Magallanes, Manuel Vicente: 175.
- Maine* (crucero): 25, 26.
- Mairena, Juan de: 129.
- Malaparte, Curzio: 196.

- Malavé Mata, Héctor: 74, 87, 88, 89, 97, 98, 105.
- “El mal de pensar”, por D. Miliani: 1.
- Maldonado, Emilio: 281, 347.
- Maldonado, Juana Paula: 281.
- Mandujano Tobar, Luis: 34.
- Mandujano Tobar, Manuel: 307, 315.
- Mannarino, Carmen: 162.
- La mano junto al muro*, por G. Meneses: 74, 81, 86, 96, 106.
- Mañana sí será*, por R. Valera: 74, 86.
- Mañach, Jorge: 207.
- Maracaibo, Zulía*: 77, 103, 218, 237, 261, 286, 290, 291, 328, 345.
- Maracay, Aragua*: 107, 177, 315.
- Marchant de González Vera, María: 315.
- Marejada*, por G. Díaz Solís: 80, 104.
- Marianik*, por P. Berroeta: 81, 101.
- “Mariano Picón Salas”, por R. Silva Castro: 310.
- “Mariano Picón Salas (1901-2001). Odisea entre Santiagos”, por D. Miliani: 278.
- “Mariano Picón Salas y la Biblioteca Nacional de Chile” por D. Miliani: 317.
- Marinello, Juan: 207, 208.
- Marín, Gladys C.: 164.
- Mariño Palacio, Andrés: 66, 77.
- “Mario Briceño Iragorry y la tradición hispánica” por D. Miliani: 215.
- Maritain, Jacques: 235.
- Marmontel, Juan Francisco: 18.
- Márquez Carrero, Andrés: 342.
- Márquez Rodríguez, Alexis: 179.
- Márquez Salas, Antonio: 66, 71, 79, 85, 90, 94, 95, 96, 97, 98, 105, 196.
- Martí, José: 25, 31, 36, 45, 47, 208, 233, 251, 253, 259, 260, 305, 311.
- Martín de Puerta, Isabel: 173.
- Martínez, Agustín: 177.
- Martínez Estrada, Ezequiel: 168.
- Martínez, Tomás Eloy: 137, 176.
- Más allá del marxismo*, por H. de Mann: 308.
- Massiani, Felipe: 6.
- Más y Rubí, José Francisco: 328.
- Mata Gil, Milagros: 203.
- Match de Vera, Elena: 177.
- Matte Hurtado, Eugenio: 34, 307.
- Matthews, Brander: 201.
- Maturín, Monagas*: 315.
- Mayobre, José Antonio: 6.
- Mayz Vallenilla, Ernesto: 66, 72, 81, 82, 96, 98, 180, 185.
- Mazini Ducati, Golfredo: 349.
- Mecenas: 12.
- La medalla. El vidrio roto. El muro*, por A. Cuesta y Cuesta: 102.
- Medina Angarita, Isaías: 207, 211.
- Medina, José Ramón: 95, 246.
- Medina, José Toribio: 306, 318, 319.
- “Meditación francesa”, por M. Picón Salas: 282.
- Megged, Nahum: 175.
- Mejía Sánchez, Ernesto: 167.
- Mejía Vallejo, Manuel: 93, 97.
- Melfi, Domingo: 35, 272, 303, 308.
- Mellafe, Rolando: 32, 305.
- Memorias de un venezolano de la decadencia*, por J.R. Pocaterra: 5, 14.
- Mene*, por R. Díaz Sánchez: 71, 77, 103.
- Meneses, Guillermo: 64, 65, 66, 72, 74, 79, 80, 81, 88, 89, 95, 96, 106, 199.
- “Mensaje a los merideños (en el IV Centenario de la ciudad)”, por M. Picón Salas: 329
- “Mensaje al otro superviviente de unas contemplaciones ya lejanas”, por R. Gallegos: 208.
- Mensaje sin destino*, por M. Briceño Iragorry: 142, 221, 233.
- “El mensajero del sol”, por H. Soubllette:
- Mérida (periódico, Mérida)*: 332.
- Mérida, España*: 224, 226.
- Mérida, Venezuela*: 31, 102, 105, 108, 169, 170, 216, 226, 279, 280, 281, 283, 290, 291, 294, 299, 323, 327, 328, 329, 330, 331, 333, 338, 341, 342, 344, 346, 350, 352, 353.
- Mesa Lago, Carmelo: 175.
- El mestizo José Vargas*, por G. Meneses: 106.
- La metamorfosis*, por F. Kafka: 196.
- “La metamorfosis”, por H. Malavé Mata: 88, 97.
- Meza Fuentes, Roberto: 32, 305.

- México*: 15, 16, 24, 30, 31, 32, 40, 41, 45, 53, 101, 167, 168, 174, 177, 202, 213, 239, 242, 247, 275, 304, 310, 317, 338, 350.
- “México en una nuez”, por A. Reyes: 32.
- Michelena, Santos: 190.
- Mier, Fray Servando Teresa de: 20.
- Migaja; lectura para descansar en la playa*, por P. Berroeta: 101.
- Miguel Vicente Patacaliente*, por O. Araujo: 100.
- Mijares, Augusto: 6, 143.
- Miliani de Dávila, Magaly Eugenia: 261.
- Millán Astray, José: 163.
- Millán, Blas (seud.): 94.
- Millán, María del Carmen: 167.
- Miller, Henry: 87.
- Mill, James: 19.
- Minotauro (pers. mitol): 142, 143, 146.
- Mirabeau, Honoré Gabriel: 136.
- Miranda, Francisco de: 19, 20, 21, 22, 23, 45, 46, 57, 58, 59, 203, 233, 314.
- Miranda, Julio E.: 111, 177, 203.
- Miranda. La aventura de la libertad*, por E. Mondolfi y D. Ruiz Chataing; comps.: 19.
- “Miranda, precursor de la anfictionia americana”, por D. Miliani: 57.
- Miranda, protolider de la independencia americana*, por A. Rumazo González: 20.
- Miranda y la Revolución Francesa*, por C. Parra Pérez: 314.
- Miró Quesada, Francisco: 175.
- La misa de Arlequín*, por G. Meneses: 378.
- Mis parientes*, por H. Track: 108.
- Mistral, Gabriela (Lucila Godoy Alcayaga): 207.
- Mocoy, Trujillo*: 224.
- “Modernidad y vanguardia en la marcha sin fin de las utopías en América Latina”, por F. Ainsa: 133.
- Moena González, Carmen: 315.
- Molina, Juan Ignacio: 19.
- Mondolfi, Edgardo: 19.
- Monsalve, Pedro: 328.
- Montaigne, Michel de: 49.
- Montaldo, Graciela: 177.
- Montalvo, Juan: 259.
- La montaña labriega*, por A. Croce: 79, 102.
- Monte Ávila Editores: 19, 36, 51, 55, 65, 111, 112, 138, 141, 142, 149, 180, 185, 187, 250, 273, 277, 286, 312, 318, 329, 342.
- Monterde, Francisco: 167, 168.
- Montero, Juan Esteban: 34.
- Monterroso, Augusto: 208, 378.
- Montesquieu, Charles Louis: 336.
- Morales, Lourdes: 68.
- Moraña, Mabel: 176.
- Mörner, Magnus: 166.
- Morón, Guillermo: 2, 166, 175.
- Moro, Tomás: 133.
- El Morrocoy Azul* (semanario. Caracas): 130.
- Moscas, árboles y hombres*, por A. Úslar Pietri: 109.
- Moscú*: 39.
- La muerte baja de la montaña*, por A. Croce: 78, 102.
- La muerte discreta*, por G.L. Carrera: “La muerte se mueve con la tierra encima”, por R. Zárraga: 98, 107.
- La muerte viaja a caballo*, por E. Quintero: 200, 202.
- La mujer, el as deoros y la luna*, por G. Meneses: 106.
- Mujica, Héctor: 66, 69, 79, 86.
- Müller, Max: 354.
- Multiplificada sombra*, por A. Palacios: 138.
- Mundo en miniatura*, por L. Palacios: 86.
- Mundo imaginario*, por M. Picón Salas: 108, 298, 312.
- Muñecos de barro*, por J. Ramírez: 118.
- “El murado”, por H. Rivas Mijares: 85.
- “Las murallas”, por S. López: 97.
- Murry, John Middleton: 156, 201.
- Mussolini, Benito: 235.
- “Nacionalismo y cultura”, por S. Ramos: 32, 310.
- La nación latinoamericana*, por M. Ugarte: 27, 28, 30, 43, 227.
- Nagasaki, Japón*: 55, 277.
- Napoleón III: 25.
- Narratives of South America*, por Ch. Empson: 281, 330.
- Nascimento, Carlos: 306.
- Nass, Raúl: 175.

- Natacha te quiero tanto*, por P. Berroeta: 101.
- Natho, Arturo: 34, 307.
- National Directory of Latin-Americanists*. Biblioteca del Congreso (Washington, D.C.); 174.
- Navarrete Orta, Luis: 177.
- Navarrete, Raúl: 168.
- Navarro, Armando: 177.
- Navarro, Desiderio: 164.
- Navarro, José María: 175.
- Navas, Griselda: 173.
- Nazoa, Aquiles: 130.
- "Necesidad de valores culturales", por R. Gallegos: 210.
- "La negra Mercé", por Elma Vera: 97.
- Neruda, Pablo: 156, 312.
- Nicaragua*: 30, 31, 40, 58, 305.
- Nietzsche, Friedrich: 216, 230, 281.
- Las nieves de antaño*, por M. Picón Salas: 324.
- Niñas, fábulas y manzanas*, por J. Nunes: 107.
- Ningún espacio para muerte próxima*, por J.N. Oropeza: 107.
- La niña vegetal y otros cuentos*, por O. Guaramato: 84, 96, 105.
- Niño, Lya: 169.
- El niño que llegó hasta el sol*, por O. Araujo: 100.
- El niño y el caballo*, por O. Araujo: 100.
- Niza, Francia*: 31.
- Nochebuena negra*, por J.P. Sojo: 79.
- "La noche es rosa ingrima", por O. Guaramato: 97.
- La noche sumaria*, por E. Izaguirre: 90.
- Noguera, Carlos: 74, 92, 95, 98.
- Nolasco Arratía, Pedro: 298.
- Noriega, Simón: 169.
- Norteamérica*: 345.
- Noruega*: 295.
- "No sé", por A. Úslar Pietri: 127,
- "No sé cuántas cervezas en una noche", por D. Alizo: 92.
- "Notas sobre arqueología venezolana", por M. Briceño Irigaray: 231.
- "Notas sobre la inteligencia americana", por A. Reyes: 53, 49.
- "Notas sobre el problema de nuestra cultura", por M. Picón Salas: 8.
- La novela de Perú*, por T.E. Martínez: 137.
- La novela hispano-americana*, por I. Cento Manzo: 392.
- "Nubarrón", por R. Zárraga: 90, 97.
- Nubarrón y otros cuentos*, por R. Zárraga: 110.
- Nucete, Bartolomé T.: 346.
- Nucete Sardi, José: 342, 3443.
- Núcleo Universitario Rafael Rangel (Trujillo), de la Universidad de Los Andes: 177, 379.
- El nudo*, por A. Croce: 102.
- Nuestra América*, por J. Martí: 25, 47.
- "Nuestra hispanidad", por M. Briceño Irigaray: 235.
- Nueva Revista de Filología Hispánica* (México): 167.
- Nueva York, Nueva York*: 24, 46, 99, 142, 211, 343, 354.
- Nuevo Mundo. Véase: América.
- "Nuestra América corre sin brújula en el turbio mar de la humanidad contemporánea", por P. Henríquez Ureña: 45.
- Nunes, Jorge: 74, 92, 98.
- Núñez, Enrique Bernardo: 6, 83, 117, 143.
- Obras*, por P. Grases: 129.
- Obras completas*, por A. Bello: 164.
- Obras completas*, por G. Meneses: 106.
- Obras completas*, por J.E. Rodó: 185.
- Obras completas*, por M. Briceño Irigaray: 11, 14, 184, 215, 217, 238.
- Obras completas*, por R. Gallegos: 212.
- Obras selectas*, por A. Úslar Pietri: 120, 141, 145, 147.
- Obras selectas*, por M. Picón Salas: 4, 8, 154, 279, 280, 282, 300, 314, 328, 333.
- Obregón Muñoz, Hugo: 172.
- Ocampo López, Javier: 175.
- Océano Atlántico*: 58, 59.
- Océano Pacífico*: 59, 291, 293, 294.
- Odisea de tierra firme (Relatos de Venezuela)*, por M. Picón Salas: 108, 312.
- Odiseos sin reposo. Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes (Correspondencia, 1927-1959)*, por G. Zambrano; comp.: 50.

- Odría, Manuel: 225.
- O'Higgins, Bernardo: 19, 20.
- Ojeda, Alonso de: 131.
- Ojeda, Fabricio: 227.
- Ojeda, Jorge Arturo: 168.
- "Los ojos salvajes", por A. Croce: 97.
- Oficio de difuntos*, por A. Úslar Pietri: 109.
- Onza, Tigre y León* (revista. Caracas): 140.
- Ophidia y otras personas*, por G. Díaz Solís: 104.
- La Opinión Nacional* (diario. Caracas): 390.
- Oramas, Luis M.: 354.
- Ordaz, Ramón: 196.
- Organización del trabajo intelectual*, por P. Chavigny: 155.
- Oribe, Emilio: 283.
- Oriente*: 25, 174.
- Oriente* (revista. Cumaná): 99.
- Orígenes americanos (Lenguas indias comparadas)*, por J.C. Salas: 354.
- "Orígenes de la independencia de Venezuela", por A.C. Rivas: 216.
- Orinoco, río*: 13.
- Oropesa, Juan: 94, 121.
- Oropeza, José Napoleón: 24, 90, 380, 187.
- Ortega, Rudecindo: 32, 305.
- Ortega y Gasset, José: 115, 224.
- Ortiz, Fernando: 207, 208, 212.
- El osario de Dios*, por A. Armas Alfonso: 100, 195, 200, 202, 203, 204, 206.
- El osario de Dios y otros textos*, por A. Armas Alfonso: 100.
- Osarios, desiertos y otros ángeles. Antología de cuentos 1949-1999*, por A. Armas Alfonso: 100.
- Osegueda, Raúl: 40.
- Osorio Tejeda, Nelson: 15, 16, 176, 177, 178, 279, 295.
- Osuna Ruiz, Rafael: 161.
- Osuna, Yolanda: 173.
- Otero Silva, Miguel: 5, 14, 76, 94, 95, 130, 135, 241.
- Otero Vizcarrondo, Henrique: 67.
- Otros cuentos frívolos*, por B. Millán: 86, 119.
- Ots Capdequi, José María: 216.
- Pacheco, Carlos: 176, 201.
- Pacto con el hombre y otros cuentos*, por C, por Dávila Andrade: 103.
- Padrón, Julián: 85, 140.
- Páez Urdaneta, Iraset: 153.
- País portátil*, por A. González León: 222.
- Páginas de un pobre diablo*, por E. Barrios: 298.
- La palabra opuesta*, por G.L. Carrera: 102.
- "Palabras en un Coloquio de Humanidades", por P. Grases: 7.
- Palabra y discurso en Julio C. Salas*, por S. Strozzi: 332.
- Las palabras y las cosas*, por M. Foucault: 325.
- Palacios, Antonia: 94, 95, 97, 129, 130, 133, 136, 137, 176.
- Palacios, Inocente: 135.
- Palacios, Lucila: 86.
- Palacios, María Fernanda: 177.
- Palomares, Ramón: 155, 341.
- Pan*, por K. Hamsun: 381.
- Pan* (revista. Buenos Aires): 88.
- Pan* (revista. Guadalajara): 295.
- Panamá*: 21, 57, 58, 59, 60, 277, 291, 348.
- Papel Literario de *El Nacional* (Caracas): 67, 73.
- La parada de Maimos*, por A. Armas Alfonso: 100.
- Paraguay*: 40.
- Para Mariano Picón Salas*, por R. Pineda: 304, 310.
- Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas*, por G. Feliú Cruz: 319.
- Pardo, Isaac J.: 129, 130, 131, 132, 151.
- Pardo, Miguel Eduardo: 63.
- Parecía hermosa la vida allí*, por R. Valera: 110.
- Paredes, Eloy: 217.
- París*: 19, 20, 24, 25, 26, 27, 421, 51, 58, 95, 99, 101, 102, 118, 140, 259, 296, 314, 327, 345.
- Parménides: 240.
- Parodi Alister, Humberto: 315.
- Parra, Esdras: 93.
- Parra León, Caracciolo: 216, 217, 231, 314, 343.

- Parra, Teresa de la: 118.
- Parte de la noche*, por J.N. Oropeza: 107.
- La partida del Aurora*, por G.L. Carrera: 102.
- Partido Comunista (Chile): 298
- Partido Comunista Mexicano:
- Partido Obrero Socialista (Santiago de Chile): 298.
- Partido Socialista (Chile): 34, 298, 306, 307.
- Partido Socialista Francés: 26.
- Partido URD: 227.
- Partita para violín solo*, por J.S. Bach: 243.
- "Los pasos de la lluvia", por A. Palacios: 97.
- Los pasos perdidos*, por A. Carpentier: 88.
- Pastori, Luis: 76, 95, 101.
- "Patria de la justicia", por P. Henríquez Urena: 45.
- Paz Castillo, Fernando: 94, 95, 115.
- Pasos y pasajeros*, por A. Úslar Pietri: 109, 114.
- Patria arriba*, por M. Briceño Iragorry: 226, 229, 236.
- Paz y Trabajo* (periódico. Mérida): 331, 332, 333, 334, 338, 339, 346, 348, 349, 351, 352.
- Pedro Claver, el santo de los esclavos*, por M. Picón Salas: 83.
- Pedro Emilio Coll*, comp, por de R.A. Insausti: 14.
- El peligro yanqui*, por M. Ugarte: 26, 42, 47, 230.
- Pellegrini, Aldo: 156.
- Pellín, Jesús María: 315.
- Pelusa y otros cuentos*, por A. Pérez Guevara: 78.
- "El pensamiento americanista de Mariano Picón Salas", por D. Miliani: 271.
- Pensamiento político de la emancipación*, por J.L. Romero: comp. y prólogo: 21, 22, 57, 59.
- Peña, Beatriz: 133.
- Peña, Juan: 4, 5.
- Peñalver, Luis Manuel: 175.
- Pequeña confesión a la sordina*, por M. Picón Salas: 272, 279, 301.
- "Las pequeñas naciones", por M. Picón Salas: 55, 277.
- Pequeño anecdotario trujillano*, por M. Briceño Iragorry: 226.
- Pequeño cuento nocturno*, por P. Berroeta: 101.
- Peraza, Luis: 68.
- Pérez Baptista, Ernesto: 169.
- Pérez Enciso, Guillermo: 155.
- Pérez Guevara, Ada: 78.
- Pérez Huggins, Argenis: 173.
- Pérez Jiménez, Marcos: 7, 40, 87, 88, 145, 154, 219, 221, 225, 227.
- Pérez Martín, Norma: 164.
- Pérez Perozo, Victor Manuel: 230.
- Pérez Vila, Manuel: 14.
- "Periodismo merideño: *Paz y trabajo*, de Julio César Salas", por P.N. Tablante Garrido: 333
- Perón, Juan Domingo: 137, 225.
- Perú*: 31, 40, 259.
- "Peste en la nave", por M. Picón Salas: 83, 96.
- Petróleo, mi general*, por A. Croce: Petzold, Volker: 176.
- El pez dormido*, por H. Mujica: 79.
- Pezoa Véliz, Carlos: 297.
- Pfeiffer, J.: 156.
- Piar, Manuel Carlos: 205, 206.
- Pico El Toro, Mérida*: 327.
- Picón Cento, Delia: 301.
- Picón Febres, Gonzalo: 177, 285.
- Picón, Juan de Dios: 329.
- Picón Lares, Roberto: 217, 231, 284.
- Picón Ruiz, Pío Nono: 289.
- Picón [Ruiz], Ada: 290.
- Picón [Ruiz], Alberto: 290.
- Picón [Ruiz], Josefina: 290, 303.
- Picón Salas, Mariano: 3, 6, 7, 8, 14, 24, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 41, 47, 48, 49, 50, 51, 53, 54, 55, 89, 94, 96, 108, 142, 143, 153, 154, 161, 216, 271, 272, 273, 275, 277, 279, 281, 283, 284, 285, 286, 287, 291, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 280, 300, 302, 303, 304, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 312, 313, 314, 315, 316, 317, 318, 319, 320, 321, 323, 329, 332, 338, 342, 343, 344, 346.
- Picornell, Juan Bautista: 232.
- Piedra (grupo lit. Valencia): 105.

- La piedra y el espejo*, por A. Palacios: 138.
La piel por la piel, por A. Romero: 280, 330.
 "Pies horadados", por A. Úslar Pietri: 140.
 Pineda, Rafael: 304.
 Pinochet, Augusto: 295.
 Pinto de Escalona, Nelly: 173.
 Pinto Iturrieta, Elías: 176.
 Pintó, Juan: 169.
 Piñero, Buenaventura: 173, 177.
 Piñeyro, Ciriaco: 328.
 Pirrongelli, Oscar: 155.
 Pizarro, Ana: 16.
 "Plan de Barranquilla": 308.
 Planchart, Julio: 5, 209.
 Platón: 333.
 "La playa". Autor sin identificar: 97.
 Plaza, Jacinto: 280.
 Plaza, Salvador de la: 316.
 Plinio: 223.
 Pocaterria, José Rafael: 14, 63, 65, 114, 118.
 Poe, Edgar Allan: 200.
 "Poesía, humor y brevedad en *El osario de Dios*", por D. Miliani: 195.
 Polanco Alcántara, Tomás: 166.
 Pontificia Universidad de Salamanca: 215.
Popol-Vuh: 241.
Por el río de la calle, por O. Guaramato: 84, 105.
 "Por la ciudad hacia el mundo", por M. Briceño Iragorry: 226.
 Portocarrero, René: 212.
 Portuondo, José Antonio: 164.
El porvenir de la América Española, por M. Ugarte: 27, 30, 210, 227.
 Pottier, Bernard: 172, 173.
Praga, Checoslovaquia: 157, 354.
Preguntas a Europa, por M. Picón Salas: 53, 275.
 "Preguntas a la esfinge de la cultura", por M. Picón Salas: 53.
 Préndez Saldías, Carlos: 300.
Los Presidentes de Venezuela, por G. Morón: 14.
 Preston, Amyas: 235.
Primera lección para mis nietas desterradas, por M. Briceño Iragorry: 226.
Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes: 325.
Primer sueño, por J. Inés de la Cruz: 242.
 "El problema de América", por E. Mayz Vallenilla: 180.
 "El problema de la investigación humanística...", por P. Grases: 171.
Problemas y métodos de la historia del arte. Dos conferencias didácticas, por M. Picón Salas: 302, 312.
 "Procedencia y cultura de los timotocuyacas", por M. Briceño Iragorry: 231.
Procedencia y lengua de los aborígenes de Los Andes venezolanos, por J.C. Salas: 332.
 "Proceso del pensamiento venezolano", por M. Picón Salas: 323.
 "Profecía de la palabra", por M. Picón Salas: 153.
 "Profecías de lo obvio", por A. Úslar Pietri: 145.
El prójimo y otros cuentos, por A. Úslar Pietri: 109.
 "Prólogo y digresiones sobre América", por M. Picón Salas: 33.
 "La promesa", por C. Wright Mills: 164.
Prosas de llanto, por M. Briceño Iragorry: 226.
 Proust, Marcel: 134.
La próxima textura, por L. Velásquez: 239, 245, 247, 250.
PTC Puerto Sucre - vía Cristóbal, por A. Armas Alfonzo: 200.
Pucón, Chile: 33, 311, 320.
 Pudovkin, Vsevolod: 139.
 "Los pueblos del Sur ante el imperialismo norteamericano", por M. Ugarte: 30.
Puerta adentro, por D. Alizo: 99.
Puerto Cabello. Carabobo: 103, 131, 323.
Puerto Cristóbal, Panamá: 291.
Puerto de La Habana: 25.
Puerto Rico: 42, 210, 229, 259.
 Puga, Luis A.: 306.
 "¿Qué es la crítica?", por M. Foucault: 188.
 "¿Qué hace breve un cuento breve?", por N. Friedman: 201.

- Queremel, Angel Miguel: 63, 118, 119.
 Quevedo y Villegas, Francisco de: 21.
Quiero vivir, por A. Croce: 102.
El Quijote de la Mancha, por M. de Cervantes: 217, 234.
 Quilis, Antonio: 172.
 Quintero, Ednodio: 93, 200, 202.
 Quiroga Torrealba, Luis: 172.
Quorum, por D. Alizo: 92, 99,
- Raab, Elizabeth: 173.
La radiografía y otros cuentos, por B. Millán: 85.
Raíces de Venezuela, por A. Úslar Pietri: 2.
Rajatabla, por L. Britto García: 92, 200, 202.
 Rama, Ángel: 172, 188, 191.
 Ramírez, José: 118.
 Ramos de Lora, Juan: 329.
 Ramos Guédez, José Marcial: 177.
 Ramos, Julio César: 68.
 Ramos, Samuel: 32, 45, 51, 310.
 Ramos Sucre, José Antonio: 88, 131, 215.
La rana, el tigre, los muchachos y el fuego. Mito de los indios maquiritares, por D. Alozo; co-aut.): 99.
Ratio technica, por E. Mayz Vallenilla: 185.
 Raymond, Marcel: 157.
 Raynal, (abate) Guillermo Tomás: 18.
Rayuela, por J. Cortázar: 203.
 Read, Herbert: 157.
 Real, César: 215.
 Real Escudero, Sonia: 171.
 "Realismo mágico", por A. Úslar Pietri: 141.
 "El realismo mágico en la literatura hispanoamericana", por L. Leal: 74.
Realismo mágico. Post-expresionismo, por F. Roh: 65, 384.
 Rebolledo, Carlos: 157.
 Recabarren, Luis Emilio: 298.
Red, por A. Úslar Pietri: 109, 114.
 "La red", por E. Mayz Vallenilla: 98.
Las redes de siempre, por J.N. Oropeza: 107.
 "Reforma a las leyes II y III...", por C. Acosta: 266.
El Regente Heredia o la piedad heroica, por M. Briceño Iragorry: 237.
- Registro de huéspedes*, por M. Picón Salas: 108, 312.
Regreso de tres mundos, por M. Picón Salas: 38, 273, 291, 298, 301, 317.
El reino de este mundo, por A. Carpentier: 88, 101.
 Renán, Ernst: 345.
 "Remedo de un ángel", por A. Armas Alfonzo: 196.
 "Rendición de cuentas", por R. Gallegos: 212.
 Rengifo, César: 176.
Repertorio Americano (San José, Costa Rica): 308.
 Requena, Isidoro: 177.
Retrato de Abraham Lincoln, por Aaron Copland: 40.
Revista de Crítica Literaria Hispano-americana (Lima): 177
Revista de Edimburgo: 19.
Revista de Occidente (revista. Santiago de Chile): 115.
Revista de Occidente (España): 384.
Revista Hispánica Moderna (Nueva York): 165.
Revista Iberoamericana (Pittsburgh, Pennsylvania): 165.
Revista Interamericana de Bibliografía (Washington, D.C.): 165.
Revista Nacional (Montevideo): 165.
Revista Nacional de Cultura (Caracas): 14, 67.
 "La revitalización de la educación y las comunidades: una visión de la escuela socializadora del siglo XXI", por R. Carneiro: 193.
 Revolución Azul: 385.
 Revolución Francesa: 17, 21, 41, 232, 347.
 Revolución Mexicana: 31, 92, 305.
 Revueltas, José: 168
 Rey de Guido, Clara: 176.
 Reyero, Miguel de los Santos: 93, 96, 108.
 Reyes, Alfonso: 32, 33, 35, 36, 45, 47, 48, 49, 50, 51, 53, 54, 55, 150, 160, 167, 172, 273, 274, 310, 311, 320, 321, 356, 358, 363, 366.
 Reyes Baena, Juan Francisco: 94.
 Reyes, Salvador: 51, 300, 309, 317.
Los Riberas, por M. Briceño Iragorry: 226.
 Ribeyro, Darcy: 7.

- Ricci, Graciela N.: 164.
 Riera Aguinalgalde, Ildefonso: 254.
 Rimbaud, Jean Nicolás:
 Rincón, Carlos: 176, 177.
 Rincón Gutiérrez, Pedro: 170.
Río Grande (México): 43
Río Mapocho (Chile): 299.
 Riquelme, Bernardo. Véase: O'Higgins, Bernardo.
La riqueza de las naciones, por A. Smith: 353.
La risa quedó atrás, por R. Zárraga: 385.
 Riu, Luis: 167.
 Rivas Amílcar: 341.
 Rivas, Ángel César: 216.
 Rivas Dugarte, Rafael Ángel: 169, 170, 172, 173, 177, 238, 334.
 Rivarola, José Luis: 172.
 Rivas Mijares, Humberto: 66, 85, 94, 95.
 Rivera, Beatriz: 169.
 Rivera, Diego: 41.
 Rivera, Francisco: 177.
 Rivero Oramas, Rafael: 138, 139, 140.
 Rivet, Paul: 344.
 Roa, Raúl: 207, 208, 212.
La roca desnuda, por A. Croce: 102.
 Roces, Wenceslao: 167.
 Rodó, José Enrique: 26, 33, 42, 43, 46, 47, 183, 184, 216, 230, 260, 281, 282, 283, 310, 311.
 Rodríguez, Argenis: 93.
 Rodríguez Camacho, Lina: 224.
 Rodríguez, Carlos César: 169, 281, 329.
 Rodríguez Carucci, Alberto: 170, 177.
 Rodríguez, Filiberto: 212.
 Rodríguez, Luisa: 173.
 Rodríguez, Manuel Alfredo: 175.
 Rodríguez, Mariano: 212.
 Rodríguez Monegal, Emir: 167.
 Rodríguez Ortiz, Oscar: 177.
 Rodríguez Rodríguez, Federico: 96.
 Rodríguez, Simón: 256, 259, 271, 331.
 Rodríguez, Valmore: 77.
 Rodríguez, Zahir: 169.
Roerich Museum de Nueva York: 211.
 Roh, Franz: 123, 141.
 Roig, Arturo Andrés: 175.
 Rojas, Aristides: 104, 191, 240, 325, 327, 342.
 Rojas, Cándido: 199.
 Rojas, Gonzalo: 16, 137, 176.
 Rojas Guardia, Pablo: 135.
 Rojas Jiménez, Alberto: 32, 305.
 Rojas, Jorge Nelson: 172.
 Rojas, José Domingo: 305.
 Rojas, Juan Pedro: 20.
 Rojas, Manuel: 168, 296, 297.
 Rojas, María Teresa: 161, 172.
 Rojas Pinilla, Gustavo: 40, 225.
 Rojas Uzcátegui, José de la Cruz: 177.
 Rojo, Violeta: 177.
 Rolland, Romain: 216.
 Romero, Alberto: 300.
 Romero, Armando: 280.
 Romero, José Luis: 22, 59
 Romero, Carlos: 176.
 "Rómulo Gallegos novelista y hombre ejemplar de América Latina" por D. Miliani: 207.
 Rona, José Pedro: 172.
 "Ronda por el cuento", por E. Valadés: 202.
Las rondas del obispo, por R. Zárraga: 110.
La rosa cuántica, por L. Velásquez: 250.
 Rosales, Julio Horacio: 63, 208, 209.
 Rosenblat, Ángel: 10, 161.
Los rostros de la identidad, por C.E. Alemán y F. Fernández; comps.: 1.
 Rotker, Susana: 177.
 Rousseau, Jean Jacques: 325.
 Royo Gómez, José: 155.
 Rubén Darío: 283, 285, 292.
 Ruby, Christian: 148.
 Rufinelli, Jorge: 177.
 Ruiz Barrionuevo, Carmen: 215.
 Ruiz, Carlos Francisco: 332.
 Ruiz Chataing, David: 19.
 Ruiz Fonseca [de Picón], Elena: 289.
 Ruiz, Jorge Eliécer: 164.
 Rulfo, Juan: 88, 92, 201, 295.
 Rumazo González, Alfonso: 20.
Rumania: 240.
El rumor de los espejos, por D. Alizo: 99.
 Russel, Bertrand: 186.
 Russoto, Mágara: 177.
 Russoto, Sara: 173.

- Sábato, Ernesto: 1, 3, 14, 144, 186, 326, 328, 330.
- El sacrificio del Padre Amaro*, por R. Díaz Sánchez: 103.
- Saint Simon, Claude Henri: 282, 347, 348.
- Salamanca, España*: 215, 219, 222, 232.
- La salamandra*, por P. Berroeta: 101.
- Salas, Julio César: 166, 231, 282, 326, 328, 329, 331, 332, 333, 334.
- Salas, Manuel José de: 19, 58.
- Salas, Rafael: 387.
- Salas Roo, Federico: 318, 328, 332.
- Salas Uzcátegui, Carlos: 349.
- Salas Uzcátegui [de Picón], Delia: 289.
- Salas, Yolanda: 177.
- Salazar Bondy, Sebastián: 48, 168.
- Salazar Domínguez, José: 64, 83.
- Salcedo Bastardo, José Luis: 342.
- Salcedo Pizani, Ernestina: 123.
- Saldo*, por M. Briceño Iragorry: 226.
- Salomón*, por G.L. Carrera: 102.
- Salomón, Noel: 172.
- Sambarino, Mario: 16, 176.
- Sambrano Urdaneta, Oscar: 162, 236, 240, 246, 250.
- Samper, José María: 259.
- Sanabria, Martín J.: 1.
- San Cerbone: 342.
- Sánchez Bella, Alfredo: 225.
- Sánchez Chapellín, Julieta: 173.
- Sánchez Gamboa, Eliécer: 96.
- Sánchez, Iraida: 173.
- Sánchez, José Manuel: 310.
- Sánchez, Julio Helvecio: 216.
- Sánchez, Manuel Segundo: 177.
- Sánchez Vásquez, Adolfo: 167.
- Sancho Panza: 131.
- San Cristóbal, Táchira*: 170, 301, 315.
- Sandino, Augusto César: 31, 305.
- San Martín, José de: 23, 233.
- Santaella, Juan Carlos: 177.
- Santaella, Héctor: 83.
- Sanoja Hernández, Jesús: 6.
- Sanoja Obediente, Mario: 387.
- Santayana, George: 229.
- Santiago de Chile: 15, 33, 38, 50, 271, 279, 291, 294, 297, 299, 301, 303, 311, 316, 320.
- Santiago de León de Caracas. Véase: Caracas.
- Santiago del Nuevo Extremo. Véase: Santiago de Chile.
- Santiago de los Caballeros de Mérida. Véase: Mérida.
- Santiván, Fernando: 35, 308.
- "Santos de cabecera", por A. Armas Alfonzo: 96.
- Sapir, Edward: 156.
- Saramago, José: 131.
- Sardio* (grupo lit. y revista. Caracas): 8, 87, 89, 105.
- Sarlo, Beatriz: 238.
- Sarmiento, Domingo Faustino: 23, 36, 255, 257, 259, 311.
- Sartre, Jean Paul: 146, 186, 268.
- Sarraute, Nathalie: 133.
- "S.S. San Juan de Dios", por A. Úslar Pietri: 126.
- Sasso, Javier: 16, 176.
- Saussure, Ferdinand: 161.
- Say, Jean Baptiste: 336.
- Schnake, Oscar: 34, 306, 307.
- Schneider, Hans Karl: 166.
- Scholz, Lazlo: 175.
- Schön, Elizabeth: 176, 245.
- Schulman, Ivan A.: 175.
- Schweitzer, Albert: 186, 243.
- Segnini, Yolanda: 177.
- Segre, Cesare: 173.
- La segunda memoria*, por D. Alizo: 99.
- Semana de autor. Arturo Úslar Pietri*: 146.
- Semprum, Jesús: 120, 121.
- Séneca: 223, 336.
- Sequera, Armando José: 302.
- Seremos (grupo lit. Maracaibo): 77, 103.
- Serrón, Sergio: 172.
- Sidney, Philip: 136.
- Sierra de Guadalupe (Trujillo, España)*: 224.
- Sierra, Justo: 168.
- Sierra Nevada de Mérida*: 281, 286, 299, 327.
- Siete cuentos*. O, por Araujo: 100.
- Siete güiripas para Don Hilario*, por A. Armas Alfonzo: 100.
- Sifontes, Lourdes: 177.

- El signo secreto*, por G.L. Carrera: 102.
 Sigüenza y Góngora: Carlos de: 242.
 Silva, Carlos: 173, 176.
 Silva Castro, Raúl:
 "Silva criolla", por F. Lazo Martí: 191.
 Silva Estrada, Alfredo: 176.
 Silva, José Asunción: 283.
 Silva, Ludovico: 176.
Simeón Calamaris, por A. Úslar Pietri: 109.
 Singh, Karan: 187.
La singularidad endecasílaba, por L. Velásquez: 246, 250.
 Sisifo: 17, 43, 315.
 Siso Martínez, José Manuel: 95.
 "Sistema monetario de los timoto-cuicas", por M. Briceño Iragorry: 231.
 Smith, Adam: 23.
 "Sobre agricultura", por J.C. Salas: 332,
 Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas: 327.
 Sociedad Internacional de Americanistas: 344, 353.
 "Sociología y Antropología", por M. Picón Salas: 154.
 Sojo, Juan Pablo: 68, 72.
Solo, en campo descubierto, por A. Márquez Salas: 71, 96.
 El sol se acuesta a las diez, por O. Guaramato: 105.
 Somoza, Anastasio: 226.
Los sonámbulos, por H. Malavé Mata: 89, 105.
 Sosa, Arturo: 6.
 Sosnowski, Saúl: 177.
 Sotillo, Pedro: 63, 95, 112, 113, 120.
 Soubllette, Henrique: 5, 63, 209, 253.
 Spencer, Herbert: 343, 345.
 Spinetti Berti, Mario: 341.
 Spinetti Dini, Mario: 323.
 Sposito, Emilio Menotti: 282, 283.
 Staël, An Louise Germaine de: 336.
 Stalin, José: 39.
 Stempel París, Antonio: 95, 388.
 Storni, Alfonsina: 30.
 Street, John: 166.
 Stroessner, Alfredo: 40.
 Strozzi, Susana: 332.
 Suárez Borges, Enrique: 354.
 Subercaseaux, Benjamín: 35, 308.
 Subero, Efraín: 161.
 "Suceso", por J. Chabás: 96.
 Sucre, Guillermo: 173, 175.
 "Suelo y hombres", por M. Briceño Iragorry: 233.
Suma de Venezuela, por M. Picón Salas: 329, 342.
Surimán, por A. Croce: 102.
Sur (revista. Buenos Aires): 165.
 Sylva, Rafael: 63.
 Szychman, Mario: 111.
 Tablada, José Juan: 119, 283.
 Tablante Garrido, Néstor: 177.
 Tablante Garrido, P.N.: 336, 338, 342.
Tabla Redonda (grupo lit. y revista. Caracas): 87, 89.
 Tagliaferro, Julio César: 169.
 Taine, Hipólito: 154.
Taladro, por A. Croce: 78, 102.
Talud derrumbado, por A. Croce: 102.
 Tamayo, Pío: 348.
Tapices de historia patria e Introducción y defensa de nuestra historia, por M. Briceño Iragorry: 231, 237.
 "Las tardes juntas", por H. Track: 90, 97.
 Taylor, Martin: 246.
El Techo de la Ballena: 87.
 Tejera, Felipe: 285.
 Telémaco (pers. mitol.): 279.
Tempestad sobre Asia, por V. Pudovkin (film): 139.
 Tenreiro, Salvador: 177.
 "Tentación de la literatura", por M. Picón Salas: 317.
Teoría de la crítica y el ensayo en Hispanoamérica, por A. Garrandés y J.L. Arcos; comps.: 164.
Teoría de la Literatura (La construcción del significado poético), por A. García Berrio: 179.
Teoría de la novela, por G. Lukacs: 164
Teoría literaria, por R. Wellek y A. Warren: 157.
 Terán, Ana Enriqueta: 239, 245.
 Terán, Tolentino Ítalo: 349.

- Teresa de Jesús, Santa: 217.
Teseo (pers. mit.): 142, 143.
Testamento de un pájaro, por J.N. Oropeza: 107.
Testimonios merideños, por C.C. Rodríguez; comp: 329.
Texto Crítico (Veracruz, México): 177.
Textos del desalojo, por A. Palacios: 138.
Thomas, Dylan: 97.
"El tic-tac de la paz", por M. de los S. Reyero: 96.
Tiempo de callar, por H. Track: 108.
Tiempo de contar, por A. Úslar Pietri: 109.
Tiempo de sequía, por M. Mejía Vallejo: 106.
El tiempo irreversible, por L. Velásquez: 250.
"Tiempo perdido", por J.C. Salas: 347.
Tiempo sin reloj, por M. Trujillo: 85.
La tienda de muñecos, por J. Garmendia: 86, 118.
"La tierra de los padres", por M. Briceño Iragorry: 221.
La tierra éramos nosotros, por M. Mejía Vallejo: 106.
Tierra Firme (revista. Caracas): 279.
Tierra revuelta, por A. Croce: 102.
"Las tierras de Dios", por R. Gallegos: 211.
"El tío Nicolás" (seud.). Véase: Rivero Oramas, Rafael.
El tigre, la raíz cercana de la rosa, por A. Armas Alfonzo: 100.
Tío Tigre y Tío Conejo, por A. Arráiz: 86.
Tinaquillo, Cojedes: 102.
Tocqueville, Alexis de: 23, 24.
Todorov, Tzvetan: 160.
Tolstoi, Leon: 336.
Toriello, Guillermo: 40.
Toro, Fermín: 190, 259.
Torrealba Lossi, Mario: 95, 116, 119.
Torre, Guillermo de: 115, 124.
Torres, Ana Teresa: 177.
Torres Caicedo, José María: 259, 260.
Torrijos, Manuel Cándido: 280.
Tovar, Manuel Felipe de: 191.
Track Pino, Hernando: 74, 90, 97, 108.
Tragedias grotescas, por R. Blanco Fombona: 121.
"El traje a cuadros", por J. Oropeza: 121.
Tramojo, por A. Armas Alfonzo: 100.
"La trapecista", por J. Nunes: 92, 98.
Los tratos de la noche, por M. Picón Salas: 108.
Trece relatos, por C. Dávila Andrade: 103.
Treinta cuentos, por A. Úslar Pietri: 109.
Treinta hombres y sus sombras, por A. Úslar Pietri: 85, 109, 114.
Treinta y tres cuentos, por A. Úslar Pietri: 109.
XXXI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (Caracas): 129.
Trejo, Oswaldo: 74, 84, 85, 95, 97, 136, 137, 176.
Tres cuentos venezolanos, por G. Meneses: 106.
"Las tres dalias", por A. Márquez Salas: 71.
Las tres ventanas, por H. Mujica: 86.
Tricolor (revista. Caracas): 140.
"Trilogía de artífices: Isaac J. Pardo, Antonia Palacios, Arturo Úslar Pietri", por D. Miliani: 129.
Tríptico, por R. Hurtado: 118.
Troconis, Mateo: 327.
Tropismes, por N. Sarraute: 133.
Tropismos, por N. Sarraute: 133.
Trubetskoy, *Nikolay*: 354.
Trujillo de Cáceres, España: 215, 218, 223, 224.
Trujillo de Extremadura: Véase: *Trujillo de Cáceres*.
Trujillo del Collado: Véase: *Trujillo, Venezuela*.
Trujillo de Medellín: Véase: *Trujillo, Venezuela*.
Trujillo de Salamanca: Véase: *Trujillo, Venezuela*.
Trujillo, Manuel: 84.
Trujillo, Rafael Leonidas: 40, 227.
Trujillo, Venezuela: 99, 129, 177, 216, 217, 218, 222, 223, 226, 237, 327.
La tuna de oro, por J. Garmendia: 86.
Ugalde, Martín de: 88, 93, 94, 95, 97.
Ugarte, Manuel: 15, 26, 32, 36, 42, 227, 310, 311.
Ulises (pers. mitol.): 279.

- La última oportunidad del Magallanes*, por R. Valera: 110.
- Últimas Noticias* (diario. Caracas): 106.
- El último hermoso crimen*, por J. de los S. Reyero: 100.
- "Una conciencia nacional", por A. Úslar Pietri: 149.
- Unamuno, Miguel de: 54, 276, 283.
- Una plaza ocupando un espacio descontentante*, por A. Palacios: 138.
- Una posición en la vida*, por R. Gallegos: 208.
- Unare, Anzoátegui*: 195, 196, 197, 203.
- Una valoración de Alfredo Armas Alfonzo*, por R. Ordaz: 196.
- "Un destino cumplido", por G. Meneses: 79, 81, 96.
- "El único ojo de la noche", por A. Armas Alfonzo: 84, 97.
- Unión Nacional de Estudiantes (UNE): 6.
- El Universal* (diario. Caracas): 63, 67, 265, 298.
- Universidad Católica "Andrés Bello": 177.
- Universidad Católica "Cecilio Acosta" (Maracaibo): 261.
- Universidad Central de Venezuela: 44, 99, 100, 102, 104, 105, 107, 136, 161, 163, 165, 210.
- Universidad de Birmingham (Inglaterra): 107.
- Universidad de Carabobo: 107.
- Universidad de Chile: 32, 34, 300, 301.
- Universidad de Columbia (Nueva York): 30, 43, 44.
- Universidad de Concepción (Chile): 32, 50, 53, 274.
- Universidad de La Habana: 212.
- Universidad de La Plata (Argentina): 45.
- Universidad de Los Andes (Mérida): 102, 105, 108, 170, 391, 216, 284.
- Universidad del Zulia: 107, 262.
- Universidad de Oriente (Cumaná): 99, 100.
- Universidad de Puerto Rico: 55.
- Universidad de Salamanca: 232.
- Universidad de Santiago de Chile: 15.
- Universidad de Valparaíso (Chile): 275.
- Universidad Hebrea de Jerusalén: 175.
- Universidad Nacional Autónoma de México: 16, 101, 167.
- La Universidad necesaria*, por D. Ribeyro: 170, 186.
- Universidad Pedagógica Experimental Libertador (Caracas): 8.
- Universidad "Santa María": 166.
- Universidad Simón Bolívar: 153, 176, 177, 189.
- "La universidad venezolana, entre la ciudad letrada y el analfabetismo ilustrado", por D. Miliani: 183.
- La universidad y sus misiones*, por R. Frondizi: 160, 188.
- "Un muerto que no era el suyo", por O. Araujo: 91, 98.
- "Un negro a la luz de la luna", por A. Croce:
- Uno y el universo*, por E. Sábato:
- Un real de sueño sobre un andamio*, por M. de Ugalde.
- Urbaneja Achelpohl, Alejandro:
- Urriola, José Santo:
- Úslar Pietri, Arturo: 2, 6, 6, 7, 63, 64, 65, 66, 72, 73, 74, 82, 85, 94, 96, 101, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 119, 123, 124, 125, 126, 129, 130, 134, 135, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151.
- Uspenski, Boris: 173.
- La utopía de América*, por P. Henríquez Ureña: 18, 47, 181.
- "El utopista de Ejido: Julio César Salas", por D. Miliani: 341.
- Uzcátegui, Antonio María: 320.
- Uzcátegui, Francisco Antonio (Canónigo): 329.
- Valadés, Edmundo: 201, 202.
- Valcárcel, Daniel: 166.
- Valencia, Carabobo*: 104, 105.
- Valera, Raúl: 68, 74, 78, 86, 110, 199, 361, 373, 376, 381, 390.
- Valera, Trujillo*: 99, 376.
- Valeri, Constantino*: 347.
- Valle de los Mucas (Trujillo)*: 224, 272.
- Vallejo, Cesar: 241.
- Valparaíso, Chile*: 271, 279, 291, 293, 293, 296, 297, 298, 368.
- vátvula* (revista. Caracas): 115, 116, 120, 121, 123, 124, 138.

- Varela, Álex: 32.
 Vargas, Getulio: 39.
 Vargas, Iraida: 342.
 Vargas, José María: 190.
Vargasia (revista. Caracas): 327.
 Vargas Llosa, Mario: 117.
 Vargas Vila, José María: 26, 47.
 Vargas, Vilma: 177.
 Vasconcelos, José: 31, 48, 304.
 "Vejece", por J. C. Salas: 352.
 Velásquez, Lucila: 174, 239, 240, 245, 247, 250.
 Velásquez, Ramón J.: 146.
 Venegas Filardo, Pascual: 95.
Venezuela: 3, 16, 19, 40, 46, 53, 62, 65, 67, 68, 69, 70, 72, 80, 93, 100, 102, 103, 108, 109, 112, 113, 115, 118, 119, 122, 124, 129, 131, 140, 142, 144, 145, 146, 147, 149, 151, 153, 160, 161, 166, 171, 172, 174, 175, 176, 190, 191, 196, 207, 212, 213, 2117, 222, 224, 225, 226, 227, 251, 235, 237, 238, 240, 245, 253, 255, 262, 266, 271, 275, 275, 283, 289, 293, 308, 313, 315, 219, 327, 328, 330, 334, 335, 344, 347.
 "Venezuela y su Literatura", por A. Úslar Pietri: 147.
 Vera, Elena: 177.
 Vera, Elma: 97.
 Vera Lamperain, Oscar: 315.
 Vera, Oscar: 35.
 "Versos ante el mural de la gloriosa victoria", por C.A. León: 41.
Viaje al amanecer, por M. Picón Salas: 108, 286, 324.
 "Viaje al fondo del espejo", por P.F. Lizardo: 88, 97.
Viaje al frailejón, por A. Palacios: 138.
Viaje inverso, por G. L. Carrera: 90, 98.
Los viajes de Miguel Vicente Pata Caliente, por O. Araujo: 100.
Viajes y estudios latinoamericanos, por M. Picón Salas: 36, 273, 312.
 Vicuña, Carlos: 32, 305.
Vida de un pobre diablo, por E. Barrios: 272, 317.
 "Viendo pasar las nubes", por J.H. Rosales: 63.
Viernes (grupo y revista. Caracas): 64.
 Vigas, Oswaldo: 169.
Vigencia de Cecilio Acosta, por D. Miliari y otros.: 261.
 Vilanova, Ángel: 177.
Villa de Ledesma, España: 215.
 Villafañe, Gregorio: 332.
 Villalba, Jovito: 6, 227, 316.
 Villasana, Ángel Raúl: 177.
 Villavicencio, Rafael: 327.
 Villegas, Abelardo: 175.
Viña del Mar, Chile: 26, 30.
La virgen caraqueña, por B. Millán: 86.
La virgen no tiene cara, por R. Díaz Sánchez: 70, 77, 79, 96, 104.
 Viscardo y Guzmán, Juan: 19, 21, 57.
Las visiones del camino, por A. Úslar Pietri: 14.
La visita en el tiempo, por A. Úslar Pietri: 109.
 Vitale, Luis: 298.
La Vorágine, por J.E. Rivera: 208.
 "La voz", por A. Úslar Pietri: 126.
El vuelo de ayer o el sueño de los sueños, por J.N. Oropeza: 107.
 Washington, D.C.: 82.
 Warren, Austin: 157.
 Wellek, René: 157.
Willemstadt, Curacao: 287, 345.
 Witzke, Christian: 354.
 Wright Mills, C.: 157, 158.
 Wu-Cheng-En: 155.
 Yáñez, Agustín: 167.
 Yepes, Rafael: 32, 305.
Yoknapatawpha: 197.
 Zambrano, Gregory: 320.
Zaragoza, España: 224.
 Zárraga, Rafael: 74, 90, 97, 98.
 Zavala, Silvio: 166.
 Zea, Leopoldo: 15, 16, 23, 24, 44, 149, 259, 338.
Zig-Zag (revista, Santiago de Chile): 393.
 Zolá, Emile: 336.
Zona Franca (revista, Caracas): 99.

IX	Presentación
XIII	Prólogo
XXI	Nota preliminar
1	El mal de pensar
15	Del nacionalismo romántico al latinoamericanismo universal (Notas preliminares)
39	Estados Unidos y América Latina: diálogo e incomunicación
57	Miranda, precursor de la anfictionía americana
61	Espacio histórico del cuento venezolano
111	<i>Barrabás</i> , cincuentenario
129	Trilogía de artífices: Isaac J. Pardo, Antonia Palacios, Arturo Uslar Pietri
153	Crítica e investigación literaria en Venezuela. Experiencia y testimonio
183	La universidad venezolana. De la ciudad letrada al analfabetismo ilustrado
195	Poesía, humor y brevedad en <i>El osario de Dios</i>
207	Rómulo Gallegos novelista y hombre ejemplar de América Latina
215	Mario Briceño Iragorry y la tradición hispánica
239	<i>Algo que transparece</i> en Lucila Velásquez
245	Lucila Velásquez. <i>La próxima textura</i>
251	Cecilio Acosta, creador de tiempos
261	Cecilio Acosta: desde el tercer milenio
271	Pensamiento americanista de Mariano Picón Salas
279	Mariano Picón Salas (1901-2001). Odisea entre Santiagos
317	Mariano Picón Salas y la Biblioteca Nacional de Chile
323	El humanismo de Julio César Salas
341	El utopista de Ejido: Julio César Salas
357	Índice onomástico

